

# **LA CONCIENCIA DE ZENO**

**Italo Svevo**

**InfoLibros.org**



## SINOPSIS DE LA CONCIENCIA DE ZENO

La conciencia de Zeno es una novela de 1923 escrita por Aron Hector Schmitz bajo el pseudónimo de Italo Svevo. La obra es un análisis psicológico de Zeno, un ocioso miembro de la burguesía con una conciencia infeliz y un estado de descontento permanente, quien busca incesantemente una cura para su enfermedad.

La narración explora e integra algunos elementos del psicoanálisis, como las afecciones psíquicas que Freud reseña en su obra Psicopatología de la vida cotidiana. Svevo también imprimió algo de drama y humor a esta obra que, más allá de ser una biografía de un burgués, es un análisis de la fuerza de voluntad del individuo.

[La conciencia de Zeno por Aron Hector Schmitz en InfoLibros.org](#)

**Si deseas leer esta obra en otros idiomas, sólo tienes que hacer clic sobre los enlaces correspondientes:**

- Inglés InfoBooks.org: [Zeno's conscience author Italo Svevo](#)
- Portugués InfoLivros.org: [A consciência de Zeno autor Italo Svevo](#)

---

**Si quieres acceder a nuestra biblioteca digital con más de 3.500 libros para leer y descargar gratis, te invitamos a que visites esta página:**

- [+3.500 libros gratis en formato PDF en InfoLibros.org](#)

## P R E F A C I O

Yo soy el doctor de quien se habla en esta narración, a veces, con palabras poco lisonjeras. Quien conozca el psicoanálisis sabe a qué atribuir la antipatía que el paciente me demuestra.

No voy a hablar del psicoanálisis, porque aquí se habla suficientemente de él. Tengo que excusarme por haber inducido a mi paciente a escribir su autobiografía. Los seguidores del psicoanálisis fruncirán el ceño ante tal novedad, pero el paciente era ya viejo, y yo confié en que, con tal evocación, su pasado reverdeciera y su autobiografía fuera un buen prelude al psicoanálisis. Aún hoy me parece buena mi idea porque me ha dado resultados inesperados, que habrían sido mayores si el enfermo no hubiera interrumpido su terapia, arrebatándome el fruto de mi largo y paciente análisis de estas memorias.

Las publico por venganza y confío en que le moleste. Debe saber, sin embargo, que estoy dispuesto a compartir con él los elevados honorarios que obtendré de esta publicación, a condición de que reanude la terapia. ¡Parecía tan lleno de curiosidad hacia sí mismo! ¡Si supiera cuántas sorpresas podría depararle el análisis de las muchas verdades y mentiras que aquí ha acumulado...!

## PREÁMBULO

¿Ver mi infancia? Más de diez lustros me separan de ella. Mis ojos cansados podrían alcanzarla, si la luz que aún desprende no se viera interceptada por toda clase de obstáculos que son auténticas cordilleras: cada uno de los años y alguna de las horas de mi vida.

El doctor me recomendó que no me obstinara en mirar tan lejos. También las cosas recientes resultan preciosas para los analistas, y sobre todo las fantasías y los sueños de la noche anterior. Aun así, algo de orden debería haber y, para empezar ab ovo, nada más dejar al doctor que, en estos días y por largo tiempo, deja Trieste, he comprado y leído un tratado de psicoanálisis, sólo para facilitarle la tarea. No es difícil de entender, pero sí muy aburrido.

Después de comer, cómodamente arrellanado en un diván, dispongo de lápiz y un pedazo de papel. Mi frente está despejada y sin arrugas porque he eliminado de mi mente cualquier esfuerzo. Mi pensamiento se me antoja aislado de mí. Lo veo. Se eleva, baja... ésta es su única actividad. Para recordarle que él es el pensamiento y que sería su deber manifestarse, empuño el lápiz. Y es ahora cuando mi frente se llena de arrugas, porque cada

palabra está compuesta de muchas letras y el imperioso presente vuelve a surgir y a desdibujar el pasado.

Ayer había intentado conseguir un abandono total. El experimento acabó en un sueño muy profundo, y no obtuve otro resultado que un gran descanso y la curiosa sensación de haber visto, durante ese sueño, algo importante, pero que estaba olvidado, perdido para siempre.

Gracias al lápiz que tengo en la mano, hoy permanezco despierto. Veo, vislumbro unas imágenes caprichosas que no es posible que guarden relación alguna con mi pasado: una locomotora que resopla en una cuesta arrastrando innumerables vagones, ¿de dónde vendrá y adónde irá, por qué habrá aparecido aquí ahora!

En el duermevela recuerdo que mi tratado afirma que, con este sistema, se puede llegar a recordar la más lejana infancia, la de un recién nacido. Veo al momento

a un niño en pañales, pero ¿por qué debería yo ser él? No se me asemeja en

absoluto y creo que bien pudiera ser, en cambio, el niño que mi cuñada ha tenido hace pocas semanas y que nos fue presentado

como si de un prodigio se tratara, porque tiene las manos muy pequeñas y los ojos muy grandes, ¡pobre niño! ¡Sí, sí, recordar mi infancia! Ni siquiera encuentro la manera de hacerte comprender, a ti que vives ahora la tuya, lo importante que es recordarla en beneficio de tu salud e inteligencia. ¿Cuándo llegarás a saber que sería mejor que tú pudieras recordar tu vida, aun esa parte tan grande de ella que puedas aborrecer? Y entretanto, inconscientemente, vas investigando tu pequeño organismo a la búsqueda del placer, y tus deliciosos descubrimientos te encaminan al dolor y a

la enfermedad hacia los que te verás impelido también, incluso, por aquellos que no querrían hacer tal cosa. ¿Qué hacer? Es imposible proteger tu cuna. En tu interior —¡pequeñín!— se está produciendo una combinación misteriosa. Cada minuto que pasa añade un reactivo. Hay demasiadas probabilidades de enfermedad para ti, porque no todos tus minutos pueden ser puros. Y, además — pequeño—, llevas la sangre de personas que yo conozco. Los minutos que pasan ahora puede que sean puros, pero no lo fueron, desde luego, todos los siglos que te proyectaron.

Bien lejos me encuentro de las imágenes que deben preceder al sueño. Volveré a intentarlo mañana.

## EL TABACO

El doctor, con quien abordé mi preocupación por mi inclinación a fumar, me dijo que iniciase mi tarea con un análisis histórico de esta adicción:

—¡Escriba! ¡Escriba! Verá cómo llega a verse por entero.

Creo que puedo escribir sobre el tabaco aquí en mi mesa, sin ir a soñar al diván. No sé cómo empezar e invoco la ayuda de los cigarrillos que he fumado, tan parecidos todos al que ahora sostengo en la mano.

Al instante descubro hoy algo de lo que ya no me acordaba. Los primeros cigarrillos que fumé no se encuentran ya en el mercado. Hacia 1870, había en Austria unos que se vendían en cajetillas con el sello del águila imperial.[2] Ya está, en torno a una de esas cajetillas se agrupan, de repente, varias personas cuyos rasgos bastan para recordarme el nombre de cada uno de ellos, pero no para conmoverme por el inesperado encuentro. Intento sacar algo más y me



dirijo al diván. El perfil de las personas se diluye y ocupan su lugar unos bufones que se burlan de mí. Vuelvo desalentado a la mesa.

Una de las figuras, de voz un poco ronca, era Giuseppe, un joven de mi misma edad, y la otra era la figura de mi hermano, un año más joven que yo y muerto hace mucho. Al parecer, Giuseppe recibía mucho dinero de su padre y nos regalaba ese tipo de cigarrillos. Estoy seguro, sin embargo, de que le regalaba más cigarrillos a mi hermano que a mí. Me vi, por ello, en la necesidad de conseguir otros por mi cuenta; así es como llegué a robar. En verano solía dejar mi padre en el cuarto de estar, en una silla, su chaleco, en cuyo bolsillo había siempre algunas monedas. De allí cogía yo los cincuenta céntimos que necesitaba para comprar la preciosa cajetilla y me fumaba uno detrás de otro los diez cigarrillos que contenía, para no guardar demasiado tiempo el comprometedor fruto de mi hurto.

Todo esto yacía en mi conciencia, al alcance de la mano. No ha aflorado hasta ahora porque no sabía anteriormente que pudiese tener importancia. Acabo así de registrar el origen de mi vergonzoso hábito y (¿quién sabe?) quizá esté ya curado. Enciendo, para comprobarlo, un último cigarrillo y tal vez lo tire al instante, asqueado.

Recuerdo, después, que un día mi padre me sorprendió con su chaleco en la mano. Yo, con una desfachatez que ahora no tendría y que, aún hoy, me causa pesar (tal vez este pesar tenga una gran importancia en mi tratamiento), le dije que se me había ocurrido contar los botones de la prenda. Mi padre se rió de mi inclinación a las matemáticas o la sastrería, y no advirtió que tenía los dedos en el bolsillo de su chaleco. Debo decir en mi honor que bastó esa risa dirigida a mi

inocencia, cuando ésta ya no existía, para impedirme robar nunca más. Es decir... volví a robar, pero sin saberlo. Mi padre dejaba por la casa puros de Virginia a medio fumar, en equilibrio, en el borde de las mesas y de los armarios. Yo pensaba que era ésa su manera de darlos por concluidos y creía saber también

que nuestra vieja criada, Catina, los tiraba. A continuación me los fumaba, hasta que mi frente se cubría de un sudor frío y mi estómago se retorció. No se dirá que, en mi infancia, careciera de energía.

Sé perfectamente cómo mi padre me curó también de esta fea costumbre. Un día de verano había regresado a casa tras una excursión escolar, cansado y lleno de sudor. Mi madre me había ayudado a desvestirme y, tras haberme envuelto en un albornoz,

me había echado a dormir en un sofá, en el que ella misma se sentó a coser. Estaba a punto de dormirme, pero tenía aún los ojos llenos de sol y mis sentidos intentaban demorar el momento de ceder al sueño. La dulzura que en

esa edad acompaña al descanso tras un gran cansancio se me aparece evidente como una imagen aislada, tan evidente como si ahora estuviese allí, junto a ese querido cuerpo que ya no existe.

Recuerdo la habitación fresca y grande donde jugábamos los niños, y que ahora, en estos tiempos avaros de espacio, está dividida en dos partes. En esa escena no aparece mi hermano, algo que me sorprende, porque pienso que también él debió de asistir a aquella excursión y tuvo que compartir, por tanto, ese descanso.

¿Estaría también él dormido en el otro extremo del sofá? Miro ese lugar pero me

parece vacío. Sólo me veo a mí mismo, la dulzura de aquel descanso, a mi madre y después a mi padre, cuyas palabras oigo resonar. Había entrado y no me había visto enseguida porque llamó en voz alta:

—¡María!

Mamá, con un gesto acompañado de un leve sonido de los labios, señaló mi presencia creyéndome inmerso en el sueño, en cuya superficie nadaba yo, en

cambio, plenamente consciente. Me complacía tanto que mi padre se viera obligado a imponerse consideraciones hacia mí, que no me moví:

Mi padre se quejó en voz baja:

—Me parece que me estoy volviendo loco. Estoy seguro de que hace una media hora he dejado sobre este armario un puro y ahora no lo encuentro. Estoy cada vez peor. No me doy cuenta de lo que hago.

Mi madre, con una voz que, aun siendo baja, también traicionaba una hilaridad contenida sólo por el temor a despertarme, contestó:

—Pero si nadie ha entrado en esa habitación después de comer. Mi padre murmuró:

—¡Ya lo sé, y eso es lo que me vuelve loco! Se dio media vuelta y salió.

Yo abrí a medias los ojos y miré a mi madre. Había reanudado su labor, pero seguía sonriendo. Desde luego, no pensaba que mi padre se estuviese volviendo loco, de lo contrario no se reiría así de sus temores. Esa sonrisa se quedó tan grabada en mí que la reconocí de inmediato al volver a verla un día en los labios de mi mujer.

Después no fue la carencia de dinero lo que dificultó la posibilidad de dar satisfacción a mi vicio, y las prohibiciones tuvieron el efecto de incrementarlo.

Recuerdo haber fumado mucho, escondido en todos los lugares posibles. Porque le siguió un intenso malestar físico, recuerdo haber permanecido durante una larga media hora en un oscuro sótano junto a otros dos chicos de los que no

logro encontrar en mi memoria más que la impresión de lo infantil de su indumentaria: dos pares de pantalones cortos que se tienen en pie, porque dentro hubo un cuerpo que el tiempo ha eliminado. Teníamos muchos cigarrillos y queríamos ver quién podría consumir más en el plazo más breve. Gané yo, y heroicamente oculté el malestar que la extraña competición me ocasionó.

Después salimos al aire y al sol. Tuve que cerrar los ojos para no caer aturdido. Me repuse y me jacté de la victoria. Uno de esos hombrecitos me dijo entonces:

—A mí no me importa haber perdido porque yo fumo sólo lo que necesito.

Recuerdo sus sanas palabras y no la carita también sana, a no dudar, que debía de estar dirigida a mí en ese momento.

Pero entonces yo no sabía si amaba u odiaba el tabaco, su sabor, y el estado en el que me ponía la nicotina. Cuando supe que odiaba todo aquello, fue peor. Y lo supe alrededor de los veinte años. Padecí entonces, durante algunas semanas, un intenso dolor de garganta, acompañado de fiebre. El doctor me ordenó guardar cama y abstenerme del tabaco, total y absolutamente. Recuerdo esta palabra:

¡absolutamente! Me hirió y la fiebre le prestó color: un gran vacío y nada para resistir a la enorme presión que enseguida se produce en torno a un vacío.

Cuando el doctor se marchó, mi padre (mi madre había muerto muchos años antes), con un puro en la boca y todo, se quedó

algún tiempo a hacerme compañía. Al irse, tras haber dulcemente pasado su mano por mi frente, que abrasaba, me dijo:

—¡No fumes, eh!

Se apoderó de mí una enorme ansiedad. Pensé: «Ya que me perjudica no fumaré nunca más, pero antes quiero hacerlo por última vez». Encendí un cigarrillo y me sentí inmediatamente liberado de la inquietud, a pesar de que la fiebre seguramente aumentaba y de que, a cada calada, sentía una quemazón en las amígdalas como si un tizón ardiente las hubiera tocado. Acabé el cigarrillo, con el esmero con que se cumple un voto. Y, sin dejar de sufrir terriblemente, fumé muchos otros durante la enfermedad. Mi padre iba y venía, con su puro en la boca, diciéndome:

—¡Muy bien! ¡Algunos días más sin fumar y estarás curado!

Bastaba esta frase para que yo deseara que se marchara pronto, enseguida, y poder correr a por mi cigarrillo. Llegaba incluso a fingir que dormía, para invitarle a marcharse cuanto antes.

Esa enfermedad me ocasionó la segunda de mis dolencias, esto es, la que llevaba aparejada el esfuerzo de intentar liberarme de la primera. Mis jornadas acabaron por estar llenas de cigarrillos y de propósitos de dejar de fumar y, a decir verdad, de vez en cuando, lo siguen estando. El baile de los últimos cigarrillos que se inició a los veinte años, sigue girando todavía. Mi propósito es menos enérgico y

la debilidad halla mayor indulgencia en mi viejo ánimo. Cuando se es viejo, la vida y sus contenidos inspiran una sonrisa. Es más, puedo decir que, desde hace algún tiempo, fumo muchos cigarrillos... que no son los últimos.

En la primera página de un diccionario, encuentro esta anotación hecha con mi mejor caligrafía y algunos adornos: «Hoy, 2 de febrero de 1886, paso de los estudios de derecho a los de química. ¡Último cigarrillo!».

Era un último cigarrillo muy importante. Recuerdo todas las esperanzas que lo acompañaron. Me había enfadado con el derecho canónico, que me parecía tan alejado de la vida, y corría hacia la ciencia que es la vida misma, aunque reducida a un matraz.[3]



Aquel último cigarrillo representaba, precisamente, el deseo de actividad

(manual incluso), y de pensamiento sereno, sobrio y sólido.

Para huir de la cadena de las combinaciones del carbono en que no creía, regresé al derecho. Lamentablemente. Fue un error, también éste, registrado por un último cigarrillo, con una fecha que encuentro anotada en un libro. Fue importante, también, y yo me resignaba a regresar a esas complicaciones de lo mío, lo tuyo y lo suyo, con los mejores propósitos, rompiendo por fin la cadena del carbono. Había resultado ser poco apto para la química por mi deficiente capacidad manual, además. ¿Cómo iba a tenerla si seguía fumando como un carretero?

Ahora que me encuentro aquí, analizándome, me asalta una duda. ¿Es posible que me haya gustado tanto fumar para poder así achacarle al tabaco la culpa de mi incapacidad? Si hubiera dejado de fumar ¿me habría convertido en el hombre ideal y fuerte que esperaba ser? Tal vez fue esa duda la que me encadenó a mi vicio, porque el creerse dotado de una grandeza latente es una manera cómoda

de vivir. Yo planteo esta hipótesis para explicar mi debilidad juvenil, pero sin

ninguna firme convicción. Ahora que soy viejo y nadie exige nada de mí, sigo, sin embargo, pasando de un cigarrillo al propósito de dejarlo, y de tal propósito a otro cigarrillo. ¿Qué significan hoy estos propósitos? Como ese anciano higienista que describió Goldoni, ¿es posible que quisiera morir sano tras haber vivido enfermo toda la vida?[4]

En una ocasión, al tener que cambiar de alojamiento cuando era estudiante, hube de pagar los gastos del arreglo de las paredes porque las había llenado de fechas.

Dejé aquella habitación, probablemente porque se había convertido en el cementerio de mis buenos propósitos, y no creía posible poder seguir concibiendo otros en ese lugar.

Creo que un cigarrillo alcanza su sabor más intenso cuando es el último. También los restantes tienen un especial sabor, pero menos intenso. El último toma su aroma de la sensación de victoria sobre uno mismo, y de la esperanza de un cercano futuro de fuerza y de salud. Los otros cigarrillos tienen también su importancia porque, al encenderlos, proclamas tu propia libertad y el futuro de fuerza y salud permanece, sólo que aplazado en alguna medida.

Las fechas, en las paredes de mi habitación, estaban impresas con los colores más variados, e incluso al óleo. El propósito, renovado con la fe más ingenua, encontraba adecuada expresión en la fuerza del color, que tenía que hacer palidecer el dedicado al propósito anterior. Prefería algunas fechas por la concordancia de sus cifras. Recuerdo una fecha del siglo pasado, que me pareció que tenía que sellar para siempre el ataúd en el que quería enterrar mi vicio:

«Noveno día del noveno mes de 1899». Muy significativa, ¿no? El nuevo siglo aportó fechas de muy otra manera musicales: «Primer día del primer mes de

1901». Todavía hoy se me antoja que si esa fecha pudiera repetirse, yo sabría iniciar una nueva vida.

Pero no faltan fechas en el calendario, y, con un poco de imaginación, cada una de ellas podría adecuarse a un buen propósito. Porque me pareció que contenía un imperativo extremadamente categórico, recuerdo la siguiente: «Tercer día del sexto mes de 1912, a las 24 horas». Suena como si cada cifra doblase la anterior.

El año 1913 trajo consigo un momento de vacilación. Carecía de un

decimotercer mes para crear una concordancia con el año. No vaya a creerse, sin embargo, que son necesarias tantas concordancias en una fecha para conceder el necesario relieve a un último cigarrillo. Muchas cifras, que encuentro anotadas en algunos libros o cuadros preferidos, llaman la atención por su deformidad.

Por ejemplo, ¡el tercer día del segundo mes de 1905, a las 6 horas! Pensándolo bien, tiene su ritmo, porque cada una de las cifras niega la anterior. Muchos acontecimientos, mejor dicho, todos desde la muerte de Pío IX hasta el nacimiento de mi hijo, me parecieron dignos de ser conmemorados con el acostumbrado férreo propósito. En mi familia, todos se sorprenden de mi memoria para nuestros aniversarios tristes o venturosos y ¡me creen tan bueno!

Para reducir su torpe apariencia, intenté dar un contenido filosófico a mi enfermedad del último cigarrillo. Es fácil pronunciar, con una muy digna actitud:

¡nunca más! Pero ¿adónde va a parar la actitud, si se mantiene la promesa? Tal actitud es posible mantenerla sólo si se va a renovar el propósito. Y además, el tiempo para mí no es esa cosa impensable, que no se detiene nunca. Sólo en mi caso vuelve.

La enfermedad es una convicción y yo he nacido con ella. No recordaría gran cosa de la que padecí a los veinte años si no se la hubiera descrito entonces a un médico. Es curioso cómo se recuerdan mejor las palabras que se pronunciaron que los sentimientos, que no llegaron ni a agitar el aire.

Había acudido a aquel médico porque me habían dicho que curaba las enfermedades nerviosas con el empleo de la electricidad.[5] Pensé que podía obtener de ese método la fuerza necesaria para abandonar el tabaco.

El doctor tenía una gran barriga y su respiración asmática acompañaba al golpeteo de la máquina eléctrica que puso en funcionamiento desde el primer momento, en la primera cita, pero me desilusionó porque había esperado que el doctor, al estudiarme, descubriese el veneno que contaminaba mi sangre. Declaró, por el contrario, que me veía sanamente constituido y, dado que me había quejado de que digería y dormía mal, supuso que mi estómago carecía de ácidos y que, en mi caso, los movimientos peristálticos (repitió esta expresión tantas veces que no pude ya olvidarla) eran poco activos. Me recetó también un ácido que echó a perder mi estómago porque, desde entonces, padezco exceso de acidez.

Cuando me di cuenta de que, por sí mismo, no llegaría nunca a descubrir la nicotina que se encontraba en mi sangre, quise ayudarle y manifesté la duda de que mi indisposición pudiera atribuirse a esa causa. Se encogió de hombros con cansancio:

—Movimientos peristálticos anómalos..., ácido... ¡la nicotina no tiene nada que ver!

Sesenta; tales fueron las veces que me aplicó la electricidad, y hubiera seguido hasta hoy, de no haber yo creído que ya había recibido bastantes. Corría a aquellas sesiones, más que esperando un milagro, esperando convencer al doctor de que me prohibiera fumar. ¡Quién sabe cómo hubieran podido ir las cosas si una prohibición de ese tipo hubiera reforzado mis propósitos!

He aquí la descripción de mi enfermedad, tal y como se la hice al médico: «No puedo estudiar e, incluso las raras veces en que me acuesto temprano, sigo insomne hasta los primeros toques de las campanas. Por esto titubeo entre el derecho y la química. Las dos ciencias llevan aparejada la exigencia de un trabajo que empieza

a una hora fija, mientras que yo no sé nunca a qué hora podré levantarme».

—La electricidad cura cualquier insomnio —sentenció el Esculapio, con los ojos, como siempre, dirigidos a la esfera del reloj y no al paciente.

Llegué a hablar con él como si pudiera entender el psicoanálisis, al que yo, tímidamente, me adelanté. Le conté mis desventuras con las mujeres. Una no me bastaba y muchas tampoco. ¡Las deseaba a todas! Por la calle, mi inquietud era enorme; según pasaban, eran mías. Las miraba de arriba abajo, con insolencia, por una necesidad de sentirme brutal. En mi mente las desnudaba, dejándoles sólo su delicado calzado, cargaba con ellas en mis brazos y no las soltaba hasta que no estaba bien seguro de conocerlas por entero.

¡Sinceridad y palabras desperdiciadas! El voluminoso doctor jadeaba:

—Espero muy mucho que las aplicaciones eléctricas no le curen de tal enfermedad. ¡Faltaría más! Yo no volvería a tocar un Rumkorff[6] si hubiera de tener tales efectos.

Me contó una anécdota que le parecía divertidísima. Un paciente con mi misma enfermedad había acudido a un célebre médico rogándole que lo curara. Tras conseguirlo, el médico tuvo que emigrar porque, de lo contrario, el paciente lo habría matado.

—Mi excitación no es buena —gritaba yo—. ¡Procede del veneno que enciende mis venas!

El doctor murmuraba acongojado:

—Nadie está contento con su suerte.

Para convencerle hice eso que él no quiso hacer y estudié mi enfermedad registrando todos sus síntomas. ¡Mi distracción!

También eso me impide

estudiar. Estaba preparándome en Graz para mi primer examen de Estado y había anotado cuidadosamente todos los textos que



precisaba hasta el último examen. Resultó que, pocos días antes de éste, me di cuenta de que había estudiado cosas que no habría de necesitar hasta unos años después. Tuve, por tanto, que aplazarlo. Es cierto que no había estudiado concienzudamente ni siquiera esas cosas innecesarias a causa de una joven vecina, la cual, por otra parte, sólo me concedía algún gesto de coquetería algo descarado. Cuando se asomaba a la ventana, yo ya no era capaz de distinguir el texto que estaba estudiando. ¿No es acaso un imbécil el que cede a semejante distracción? Recuerdo la carita pequeña y blanca de la muchacha en la ventana: ovalada, rodeada de rizos sueltos y pelirrojos. La miraba soñando poder apretar esa blancura y ese amarillo rojizo contra la almohada.

El Esculapio murmuró:

—Siempre hay algo bueno detrás de la coquetería. A mi edad, no podrá usted ya coquetear.

Hoy sé con certeza que el médico no sabía absolutamente nada de esa materia. Tengo cincuenta y siete años, y estoy seguro de que, si no dejo de fumar o el psicoanálisis no me cura, mi última mirada, desde mi lecho de muerte, será la expresión de mi deseo

por la enfermera, si es que ésta no es mi mujer y si mi mujer consiente que sea guapa.

Fui sincero como en una confesión. La mujer a mí no me gustaba entera, sino... por partes. De todas ellas me gustaban sus pequeños pies, si iban bien calzados; de muchas, su cuello delgado, o hasta robusto, ¿por qué no?, y el seno, si era ligero, pues ligero. Y seguía en mi enumeración de partes anatómicas femeninas, cuando el doctor me interrumpió:

—Todas estas partes componen una mujer entera. Pronuncié entonces una frase importante:

—El amor sano es el que se dirige a una sola, entera mujer, e incluye su carácter e inteligencia.

Hasta ese momento no había conocido un amor semejante y cuando se me presentó, tampoco me dio la salud, pero para mí es importante recordar que supe, ya entonces, rastrear la enfermedad allá donde un pretendido experto veía salud y que ese diagnóstico se haya demostrado certero.

En la persona de un amigo que nada tenía que ver con la medicina, encontré a quien mejor entendió mi enfermedad y a mí mismo. No gané gran cosa pero sí una nota nueva en mi vida que aún resuena.

Mi amigo era un rico señor que adornaba su ocio con estudios y trabajos literarios. Hablaba mejor que escribía y, por ello, el mundo no llegó a saber qué gran literato era. Era corpulento y, cuando lo conocí, estaba siguiendo con gran determinación una dieta para adelgazar. Había obtenido en pocos días grandes resultados hasta el punto de que, por la calle, todos se le acercaban con la esperanza de poder sentir mejor su propia salud junto a él, que parecía enfermo. Yo le envidiaba porque sabía hacer lo que quería, y me pegué a él mientras duró su dieta. Consentía que le tocara la tripa que disminuía cada día que pasaba, y yo, malévolo por envidia, queriendo debilitar su propósito le decía:

—Pero, al acabar la dieta, ¿qué hará con toda esta piel?

Con una gran calma, que daba un aspecto cómico a su demacrada expresión, respondió:

—Dentro de dos días empezaré un tratamiento de masajes.

Su dieta había previsto todos los detalles y era seguro que él se presentaría puntual a cada cita.

Hizo que me inspirara una gran confianza y le describí mi enfermedad. Recuerdo también aquella descripción. Le expliqué que me parecía más fácil no comer tres veces al día que no fumar mis innumerables cigarrillos porque éstos hubieran requerido que yo tomara, en cada ocasión, la misma fatigosa resolución a cada instante. Con semejante resolución en la cabeza, no hay tiempo para ninguna

otra, porque sólo Julio César sabía hacer varias cosas al mismo tiempo. Vale que

nadie pretende que yo trabaje mientras viva mi administrador, Olivi, pero ¿cómo puede ser posible que una persona como yo no sepa hacer nada más, en esta

vida, que soñar o rascar el violín, para el que carezco de aptitudes?

El obeso adelgazado no contestó de manera inmediata. Era un hombre metódico y antes reflexionó durante largo tiempo.

Después, con un aire doctoral que bien se ajustaba al caso dada su gran superioridad en la materia, me explicó que mi auténtica enfermedad era el propósito y no los cigarrillos. Tenía que intentar dejar ese vicio sin necesidad de formular ningún propósito.

Opinaba que, en el curso de los años, se habían formado en mí dos personas, de las que una ordenaba y la otra no era más que un esclavo que, en cuanto se relajaba la vigilancia, contrariaba la voluntad de su amo por amor a la libertad. Era preciso, por tanto, darle plena libertad y tenía, al mismo tiempo, que mirar a mi vicio a la cara como si fuera nuevo y no lo hubiese visto nunca. Era preciso no luchar contra él, sino ignorarlo; de alguna manera, abandonarse a él, dándole la espalda con indiferencia como a una compañía que se considera indigna. Sencillo,

¿verdad?

De hecho, la cosa me pareció sencilla. Es verdad, además, que tras haber conseguido, con gran esfuerzo, eliminar de mi ánimo todo propósito, conseguí

no fumar durante varias horas. Cuando mi boca quedó limpia, sin embargo, sentí un sabor inocente como el que debe sentir un recién nacido; surgió el deseo de

un cigarrillo y cuando me lo fumé me produjo el remordimiento que me llevó a renovar el propósito que había querido eliminar. Era sólo un camino más largo que conducía al mismo destino.

El canalla de Olivi me dio un día una idea: fortalecer mi propósito con una apuesta.

Creo que Olivi ha tenido siempre el mismo aspecto que yo veo ahora en él. Siempre lo vi así, un poco encorvado, pero fuerte, y siempre pareció viejo, como viejo lo veo ahora que tiene ochenta años. Ha trabajado y trabaja para mí, pero no me gusta porque pienso que me ha impedido llevar a cabo ese trabajo que hace él en mi lugar.

¡Hicimos una apuesta! El primero que fumara pagaría y después los dos recuperaríamos nuestra libertad. De esta forma, el administrador que me fuera impuesto para impedir que dilapidara la herencia de mi padre intentaba disminuir la de mi madre, que yo libremente administraba.

La apuesta se reveló muy perjudicial. Ya no era yo esclavo y señor alternativamente, sino que sólo era esclavo y ¡de ese Olivi, que

además no me gustaba! Fumé enseguida. Pensé después en engañarle fumando a escondidas. Pero, en ese caso, ¿para qué había hecho la apuesta? Me apresuré entonces a buscar una fecha que guardara una buena relación con la fecha de la apuesta, para fumar un último cigarrillo que, así, en cierta manera, podría figurarme que el mismo Olivi hubiera registrado. Pero la rebelión continuaba y, a fuerza de

fumar, llegué a un malestar más intenso. Para librarme de este peso fui a ver a

Olivi y me confesé.

El viejo se embolsó sonriendo el dinero y, al instante, sacó de su bolsillo un gran puro que encendió y fumó con voluptuosidad. Nunca me asaltó la duda de que él no hubiera mantenido la apuesta. Los demás, como es sabido, no son como yo.

Hacía poco que mi hijo había cumplido tres años, cuando a mi mujer se le ocurrió una buena idea. Me aconsejó que me internara durante algún tiempo en un sanatorio, para quitarme mi vicio.

Acepté enseguida, porque quería, ante

todo, que cuando mi hijo alcanzara la edad en que me pudiera juzgar, me hallase sereno y equilibrado, y, además, por el más

urgente motivo de que Olivi estaba mal y amenazaba con dejarme. Me podría, por tanto, ver obligado a tomar su lugar de manera inminente, y me consideraba poco apto para desempeñar una gran actividad con toda esa nicotina en mi organismo.

Pensamos, en un primer momento, ir a Suiza, clásico país de sanatorios, pero supimos después que, en Trieste, residía un tal doctor Muli, que había abierto un establecimiento. Encargué a mi mujer que se entrevistase con él y el doctor ofreció poner a mi disposición un pequeño apartamento cerrado, en el que estaría sometido a la vigilancia de una enfermera, asistida a su vez por otras personas.

Al hablarme de ello, mi mujer a veces sonreía y otras reía irrefrenablemente. Le divertía la idea de internarme, y yo reía a la par que ella, de todo corazón. Era la primera ocasión en que ella se sumaba a mis intentos de curación. Hasta entonces, mi mujer no había tomado en serio mi enfermedad y decía que el fumar no era más que una forma un poco extraña, y no demasiado aburrida, de vivir. Creo que se había visto agradablemente sorprendida, tras nuestra boda, al no verme lamentar nunca mi libertad perdida, ocupado como estaba en lamentar otras cosas.



Nos dirigimos al sanatorio el día en que Olivi me comunicó que, bajo ningún concepto, seguiría a mi lado después del mes siguiente. En casa, preparamos algunas mudas en un baúl, y, de manera inmediata, a última hora de la tarde fuimos a ver al doctor Muli.

Nos recibió en la puerta, personalmente. En aquel entonces el doctor Muli era un joven apuesto. Era pleno verano y él, pequeño, nervioso, con un rostro

bronceado por el sol, donde destacaban aún más sus brillantes ojos negros, era la imagen de la elegancia, con su traje blanco desde el estrecho cuello hasta los

zapatos. Despertó mi admiración, pero evidentemente también yo era objeto de la suya.

Un poco incómodo, comprendiendo el motivo de su admiración, le dije:

—Ya veo. Usted no cree en la necesidad del tratamiento ni en la seriedad con que me dispongo a seguirlo.

Con una leve sonrisa que, sin embargo, me hirió, el doctor respondió:

—¿Por qué? Tal vez sea cierto que el tabaco es más perjudicial para usted de lo que nosotros los médicos estamos dispuestos a admitir. Sólo que no entiendo, en cambio, por qué usted, en vez de dejar de golpe de fumar, no se ha decidido a reducir el número de los cigarrillos que fuma. Se puede fumar, pero no es preciso exagerar.

La verdad es que, a fuerza de querer dejar de fumar del todo, no había llegado a pensar nunca en la posibilidad de fumar menos. En aquel momento, sin embargo, ese consejo no podía más que debilitar mi propósito. Contesté con resolución:

—Ya está decidido, deje que intente el tratamiento.

—¿Intentar? —y el doctor sonrió, con aire de superioridad—. Una vez que se haya sometido a él, el tratamiento ha de tener éxito. A menos que no se decida usted a usar su fuerza muscular contra la pobre Giovanna, no podrá salir de este lugar. Las formalidades

para liberarse durarían tanto que, en ese intervalo de tiempo, olvidaría usted su adicción.

Nos encontrábamos en el apartamento que me estaba destinado y al que habíamos llegado regresando a la planta baja, tras haber subido al segundo piso.

—¿Ve? Esa puerta atrancada impide la comunicación con la otra parte de la planta baja donde se encuentra la salida. Ni siquiera Giovanna está en posesión de las llaves. También ella, para salir a la calle, tiene que subir al segundo piso y sólo ella tiene las llaves de esa puerta que ha sido abierta para permitir nuestro paso, en aquel rellano. En el segundo piso, por otra parte, siempre hay vigilancia. No está mal, ¿verdad?, tratándose de una clínica destinada a niños y partos.

Y se echó a reír, ante la idea, quizá, de haberme encerrado entre niños.

Llamó a Giovanna y me la presentó. Era una mujer pequeña, de una edad difícil de definir y que podía encontrarse en algún lugar entre los cuarenta y los sesenta años. Tenía unos ojos pequeños, de luz intensa, bajo unos cabellos muy grises. El doctor le dijo:

—Éste es el señor con el que tiene que estar dispuesta acaso a luchar.

La mujer me miró escrutadoramente, se puso muy colorada y gritó con voz chillona:

—Yo cumpliré con mi deber pero, desde luego, no puedo luchar con usted. Si me amenaza, llamaré al enfermero que es un hombre fuerte y, si no viene inmediatamente, le dejaré ir donde quiera porque ¡no quiero arriesgar mi integridad de ninguna manera!

Supe después que el doctor le había confiado aquella tarea con la promesa de una compensación bastante alta, y esto había contribuido a asustarla. En aquel momento, en cambio, sus palabras me enojaron. ¡En qué situación me había puesto voluntariamente!

—Pero ¡qué integridad ni qué nada! —grité— ¡Nadie va a tocarle ni un pelo! — Me dirigí al doctor—: ¡Quisiera que se le advirtiera a esta mujer que no me fastidie! He traído algunos libros y quisiera que me dejaran tranquilo.

El doctor intervino con algunas palabras de advertencia dirigidas a Giovanna. Para disculparse, ésta siguió atacándome:

—Tengo dos hijas, pequeñas las dos, y tengo que vivir.

—No entra dentro de mis planes el matarla—contesté con un tono que seguramente no tranquilizó a la pobre mujer.

El doctor hizo que se alejara encomendándole ir a coger no sé qué en el piso de arriba y, para aplacarme, me propuso poner a otra persona en su lugar, añadiendo:

—No es mala mujer, y cuando le haya indicado que sea más discreta, no le dará mayores motivos de queja.

Con el deseo de demostrar que no concedía la menor importancia a la persona

encargada de vigilarme, manifesté estar dispuesto a soportarla. Sentí la necesidad de tranquilizarme, saqué de mi bolsillo el penúltimo cigarrillo y lo fumé ávidamente. Expliqué al doctor que

me había llevado conmigo sólo dos y quería dejar de fumar aquella medianoche.

Mi mujer se despidió de mí al tiempo que el doctor. Me dijo, sonriéndome:

—Puesto que esto es lo que has decidido, sé fuerte.

Su sonrisa, que yo amaba tanto, me pareció una burla y fue precisamente en ese instante cuando germinó en mi ánimo un sentimiento nuevo que habría de hacer que un intento acometido con tanta seriedad tuviese que fallar enseguida miserablemente. Me sentí mal al instante, pero hasta quedarme solo no supe qué me hacía sufrir: unos insensatos, amargos celos del joven doctor. ¡Él, guapo y libre! Lo llamaban la Venus de los médicos. ¿Por qué no iba a amarle mi mujer? Al ir tras ella, cuando se iban, él había mirado sus pies elegantemente calzados. Era la primera vez que me sentía celoso desde que contraje matrimonio. ¡Qué tristeza! ¡Bien se adecuaba a mi condición de prisionero! ¡Luché! La sonrisa de mi mujer era su sonrisa habitual y no una burla por haberme eliminado de mi casa. Desde luego era ella la que había hecho que me internaran a pesar de no conceder la menor importancia a mi vicio; pero lo había hecho seguramente para complacerme. Y,

además, ¿olvidaba acaso que no era fácil enamorarse de mi mujer? Si el doctor había mirado sus pies, lo había hecho seguramente para ver qué tipo de botines debía comprar para su amante. Me fumé de inmediato mi último cigarrillo, y no era medianoche sino las once: ¡una hora imposible para un último cigarrillo!

Abrí un libro; leía sin comprender y hasta tenía visiones. La página que miraba fijamente se cubría con la fotografía del doctor Muli en toda la gloria de su belleza y elegancia. ¡No pude resistirlo! Llamé a Giovanna porque conversando, tal vez, lograría calmarme.

Vino y me miró con expresión desconfiada. Gritó con su voz chillona:

—No se figure que conseguirá hacer que me aparte de mi deber.

De momento, para tranquilizarla, mentí y le declaré que ésa no era mi intención; le dije que no tenía ya ganas de leer y prefería charlar con ella. Hice que se sentara frente a mí. Me repugnaba realmente, con ese aspecto suyo de anciana y los ojos inquietos y juveniles, como los de todos los animales débiles. ¡Me

compadecía de mí mismo por tener que soportar semejante compañía! Es verdad, sin embargo, que tampoco en libertad sé elegir las compañías que mejor me corresponden, porque son ellas, por lo general, las que me eligen, como hizo mi mujer.

Rogué a Giovanna que me distrajera y, dado que declaró no saber decir nada que valiera mi atención, le pedí que me hablase de su familia, añadiendo que casi todos, en este mundo, tenemos por lo menos una.

Obedeció entonces y empezó contándome que había tenido que ingresar a sus hijas en el hospicio.

Yo empezaba ya a escuchar su narración con interés, porque aquellos dieciocho meses de gestación, resueltos de esa manera, me resultaban cómicos. Pero ella tenía una naturaleza demasiado polémica, y yo no pude escucharla cuando, en primer lugar, quiso probarme que no había podido hacer otra cosa, dado lo exiguo de su salario, y añadió que el doctor se equivocaba cuando, pocos días antes, había declarado que dos coronas al día eran suficientes para ella, ya que el hospicio mantenía a toda su familia. Gritaba:



—¿Y lo demás? Cuando se ha surtido a los hijos de vestido y alimento, ¿no se les ha dado aún todo aquello que precisan! —Y se puso a enumerar una larga sarta

de cosas que tenía que proporcionar a sus hijas y que yo no recuerdo, dado que, para proteger mis oídos de su voz chillona, orientaba mi pensamiento hacia otras cosas. Aun así me sentía herido y me pareció que tenía derecho a una recompensa.

—¿Podría proporcionarme un cigarrillo, sólo uno? Le pagaré diez coronas por él, pero mañana, porque no llevo ni un céntimo.

Giovanna se asustó enormemente ante mi propuesta. Se puso a gritar; quería llamar al instante al enfermero y se levantó para salir.

Desistí inmediatamente de mi propósito para conseguir que se callara, y al azar, sólo por tener algo que decir y recuperar la compostura, pregunté:

—Pero, en esta prisión, habrá al menos algo que beber...

Giovanna respondió para mi sorpresa, sin gritar y con prontitud, en un auténtico tono de conversación:

—¡Ya lo creo! Antes de salir, el doctor me ha entregado esta botella de coñac. Aquí está sin abrir. Mire, está intacta.

Me encontraba en tales condiciones que no veía otra salida para mí que la embriaguez. ¡Hasta ahí me había llevado la confianza en mi mujer!

En aquel momento me parecía que el vicio de fumar no valía el esfuerzo al que me había dejado conducir. Ahora hacía media hora que no fumaba y no pensaba ya en ello, aplicado como estaba al pensamiento de mi mujer y el doctor Muli.

¡Me había por tanto curado del todo, para caer en un irremediable ridículo!

Descorché la botella y me serví una copita de líquido ambarino. Giovanna me miraba con la boca abierta, pero yo dudaba si invitarla.

—¿Podré disponer de más cantidad cuando haya vaciado esta botella? Giovanna, conservando su más agradable tono de expresión, me tranquilizó:

—¡De tantas botellas como quiera! La encargada de la despensa se tendría que levantar aunque fuera a medianoche para satisfacer una petición suya.

La avaricia no ha sido nunca uno de mis defectos y Giovanna recibió enseguida su copita, llena hasta el borde. No había acabado de darme las gracias cuando ya la había vaciado, mientras sus ojos inquietos se dirigían a la botella. Fue ella misma, por tanto, la que me sugirió la idea de emborracharla. ¡Pero no fue tarea fácil!

No podría transmitir con exactitud lo que me dijo, en su cerrado dialecto triestino y tras haber trasegado varias copas de licor, pero tuve toda la impresión de haber descubierto junto a mí a una persona que, de no hallarme yo inmerso en mis propias preocupaciones, habría podido detenerme a escuchar con agrado.

Me confió, ante todo, que era justo así como a ella le gustaría poder trabajar. En esta vida a todos les debería caber el derecho

de pasar, cada día, un par de horas en un sillón tan cómodo y frente a una botella de buen licor, de ese que no sienta mal.

Intenté conversar también yo. Le pregunté si, cuando vivía su marido, el trabajo se organizaba de esa manera para ella.

Se echó a reír. Su marido, en vida, se había dedicado más a pegarla que a besarla y, comparado con lo que ella había tenido que trabajar para él, ahora cualquier cosa le parecía un descanso, incluso antes de que yo llegase a esa clínica con mi especial terapia.

La expresión de Giovanna se hizo pensativa y me preguntó si creía que los muertos veían lo que hacen los vivos. Asentí brevemente. Pero ella quiso saber aún si los muertos, cuando llegan al más allá, pueden alcanzar a saber todo lo que aquí abajo sucedió cuando ellos estaban todavía vivos.

Por un momento, la pregunta consiguió realmente distraerme. Había sido planteada, además, con una voz cada vez más queda porque Giovanna, para evitar que los muertos pudieran oírla, la había ido bajando poco a poco.

—Usted, entonces —le dije—, traicionó a su marido.

Me pidió que no gritara y confesó luego que le había traicionado, pero sólo en los primeros meses de su matrimonio. Después, se había acostumbrado a los golpes y había amado a su hombre.

Para mantener animada la conversación pregunté:

—¿La primera de sus hijas, por tanto, debe su nacimiento a ese otro hombre? Todavía en voz baja, admitió que ella así lo creía, en razón también de ciertos

parecidos. Le pesaba haber traicionado a su marido. Lo afirmaba, pero al decirlo se reía. Porque son cosas de las que uno se ríe, incluso cuando duelen. Sólo desde que había muerto le dolía, sin embargo, porque antes, dado que él lo desconocía, el asunto no podía haber tenido importancia.

Una cierta simpatía fraterna me empujó a intentar aliviar su dolor y le dije que yo creía que los muertos lo sabían todo, pero que muchas de aquellas cosas les traían sin cuidado.

—¡Sólo los vivos sufren por ello! —exclamé golpeando la mesa con un puño. Una contusión en mi mano fue el resultado del golpe, y nada hay mejor que un

dolor físico para despertar nuevas ideas. Vislumbré la posibilidad de que

mientras yo me atormentaba ante la idea de que mi mujer aprovecharse mi reclusión para traicionarme, tal vez el doctor se encontrase en el sanatorio, en

cambio, de manera que, al confirmarlo, bien podría yo recobrar mi tranquilidad. Rogué a Giovanna que fuese a verlo, diciéndole que sentía la necesidad de decirle algo al doctor y prometiéndole la botella entera como recompensa. Ella protestó diciendo que no le gustaba beber tanto, pero me complació enseguida y oí cómo se encaramaba, de manera vacilante, por la escalera de madera hasta el segundo piso, para salir de nuestra clausura. Volvió a bajar después, pero resbaló, con gran estrépito y gritando.

—¡Que el diablo te lleve! —murmuré fervientemente. Si se hubiera roto el pescuezo, mi situación se habría simplificado en gran medida.

Llegó junto a mí, en cambio, sonriendo porque se encontraba en ese estado en el que los dolores no se sienten demasiado. Me contó que había hablado con el enfermero, que iba a acostarse, pero que quedaba a su disposición, en la cama, por si yo me portaba mal. Levantó la mano y el índice extendido acompañó

aquellas palabras con un gesto de amenaza, atenuado con una sonrisa. Después, más secamente, añadió que el doctor no había vuelto a casa desde que había salido con mi mujer. ¡Justo desde entonces! Es más, durante unas horas, el enfermero había esperado que regresara porque un enfermo requería que lo examinara. Ahora ya no le esperaba.

Yo la miré intentando averiguar si la sonrisa que contraía sus rasgos era convencional, o enteramente nueva y debida al hecho de que el doctor se encontrara junto a mi mujer en vez de junto a mí, que era su paciente. Me invadió una ira tan grande que la cabeza me daba vueltas. Tengo que confesar que, como de costumbre, en mi ánimo luchaban dos personas de las que una, la más razonable, me decía: «¡Imbécil! ¿Por qué piensas que tu mujer te traiciona? No necesitaría recluirte para disponer de la ocasión de hacerlo». La otra, y era

sin duda esa la que quería fumar, me llamaba también imbécil pero para añadir a continuación: «¿No te acuerdas de lo cómoda que resulta la ausencia del marido?

¡Con el doctor que tú ahora estás pagando!».

Giovanna, sin dejar de beber, dijo:

—Se me ha olvidado cerrar la puerta del segundo piso. Pero no quiero tener que subir esos dos pisos otra vez. De todas maneras, allá arriba siempre hay gente y sería ridículo que intentase usted escapar.

—¡Pues sí! —dije con ese mínimo de hipocresía que requería el querer engañar a

la pobre, a esas alturas. Después bebí también yo coñac y declaré que, dado que tenía tanto licor a mi disposición, los cigarrillos habían dejado de interesarme. Ella me creyó de inmediato y le conté entonces que no era yo, en realidad, quien quería librarse del vicio de fumar. Era mi mujer la que quería que eso sucediera. Era preciso saber que cuando yo llegaba a fumar una decena de cigarrillos, me volvía intratable. Cualquier mujer que se encontraba a tiro, en esos casos, se hallaba en peligro.

Giovanna empezó a reír a carcajadas al tiempo que se derrumbaba sobre su silla:

—¿Es su mujer, entonces, quien le impide fumar esos diez cigarrillos?



—¡Eso es precisamente lo que hacía! Al menos es lo que hacía conmigo.

No era tonta Giovanna, cuando tenía tanto coñac en el cuerpo. Le acometió un ataque de risa que la hizo casi caer de su asiento pero, cuando el resuello se lo permitió, dibujó, con palabras entrecortadas, una magnífica escena que mi enfermedad le sugirió:

—Diez cigarrillos... media hora... se pone el despertador... y luego...  
La corregí:

—Para diez cigarrillos, necesito casi una hora. Después, para esperar el efecto completo hace falta casi otra hora, diez minutos arriba o diez minutos abajo...

Giovanna, de repente, se puso seria y se levantó sin gran esfuerzo de su silla. Dijo que iba acostarse porque le dolía algo la cabeza. La invité a que se llevara consigo la botella, porque yo ya había tenido bastante de ese licor. Hipócritamente añadí que, al día siguiente, quería que me trajeran buen vino.

Pero ella no pensaba en el vino. Antes de salir, con la botella bajo el brazo, me miró fijamente con una mirada que me asustó.

Había dejado la puerta abierta y, tras pocos instantes, cayó en medio de la habitación un paquete que me apresuré a recoger: contenía once cigarrillos. Para mayor seguridad, la pobre Giovanna no había querido quedarse corta. Eran cigarrillos húngaros corrientes, pero el primero que encendí resultó muy bueno. Me sentí muy aliviado. En un primer momento pensé que me recreaba en la idea de haberle jugado una buena pasada a ese sanatorio que estaría muy bien para encerrar a unos niños pero no para encerrarme a mí. Me di cuenta después de que también se la había jugado a mi mujer pagándole con la misma moneda, ¿por qué si no mis celos se habían convertido en una curiosidad tan fácil de soportar? Seguí tranquilo, en mi sitio, fumando aquellos cigarrillos apestosos.

Al cabo de casi media hora, recordé que era preciso huir de aquella casa donde Giovanna esperaba su recompensa. Me quité los zapatos y salí al pasillo. La puerta de la habitación de Giovanna estaba entreabierta y, a juzgar por su respiración ruidosa y regular, me pareció que estaba dormida. Subí con el

mayor sigilo hasta el segundo piso donde, tras aquella puerta que era el orgullo del doctor Muli, volví a calzarme los zapatos. Salí a un rellano y empecé a bajar las escaleras, lentamente para no despertar sospechas.

Había alcanzado el rellano del primer piso, cuando una señorita vestida, no sin elegancia, de enfermera, vino tras de mí para preguntarme amablemente:

—¿Busca usted a alguien?

Era mona y no me habría desagradado poder acabar junto a ella mis diez cigarrillos. Le sonreí con alguna agresividad:

—¿No está el doctor Muli?

Abrió los ojos de par en par, sorprendida:

—Nunca está aquí a esta hora.

—¿Podría decirme dónde podría encontrarle ahora? Tengo en casa un paciente que le necesita.

Me dio, cortés, la dirección del doctor y yo la repetí varias veces para hacerle creer que intentaba memorizarla. No hubiera sido mi propósito irme a toda prisa, pero ella, fastidiada, me volvió la espalda. Tal parecía que me expulsaran de mi prisión.

Abajo, una mujer se apresuró a abrirme la puerta. No tenía ni un céntimo encima y murmuré:

—La propina, se la daré en otra ocasión.

No se puede conocer el futuro. En mi caso, las cosas se repiten. No había que excluir que yo tuviera que volver a pasar por ese sitio.

La noche era cálida y clara. Me quité el sombrero para sentir mejor la brisa de la libertad. Miré a las estrellas con admiración como si hiciera poco que las hubiese conquistado.

Al día siguiente, lejos del sanatorio, dejaría de fumar. Entretanto, en un café aún abierto compré buenos cigarrillos, porque no era

aceptable dar por finalizada mi carrera de fumador con uno de los cigarrillos de la pobre Giovanna. El camarero que me los proporcionó me conocía y me los fió.

Al llegar a mi casa toqué el timbre con furia. En primer lugar, vino a la ventana la criada y después, tras un espacio de tiempo tampoco demasiado breve, mi mujer. Yo la esperé pensando con absoluta frialdad: «Parecería que estuviera el doctor Muli». Pero al reconocirme, mi mujer dejó oír en la calle una risa muy sincera capaz de disipar por sí misma cualquier duda.

En casa, me detuve a llevar a cabo algunos gestos de inquisidor. Mi mujer, a la que prometí contar al día siguiente mis aventuras que ella creía conocer, me preguntó:

—¿Por qué no te acuestas? Para disculparme, dije:

—Me parece que has aprovechado mi ausencia para cambiar de sitio ese armario.

Es cierto que yo creo que las cosas sufren en casa continuos desplazamientos y es también cierto que mi mujer a menudo las cambia de sitio; pero en esa ocasión yo escudriñaba cada rincón

para ver si allí se escondía el pequeño y elegante cuerpo del doctor Muli.

Mi mujer me dio una buena noticia. Mientras regresaba del sanatorio se había encontrado con el hijo de Olivi quien le había confiado que el anciano se encontraba mejor, tras haber tomado la medicina que un nuevo médico le había recetado.

Al dormirme pensé que había hecho bien en dejar el sanatorio, porque ahora

disponía de todo el tiempo preciso para curarme lentamente.

Incluso mi hijo, que dormía en la habitación contigua, seguramente no se inclinaba aún a juzgarme o

a imitarme. Decididamente no había prisa alguna.

## LA MUERTE DE MI PADRE

El doctor se ha marchado y yo no sé si la biografía de mi padre es realmente necesaria. Si describo demasiado detalladamente a mi padre, puede resultar que, para conseguir mi curación, fuera preciso antes analizarle a él y se llegaría así a un punto muerto. Sigo adelante, en cambio, sin temor, porque sé que si mi padre hubiese precisado mi mismo tratamiento, se habría debido a una enfermedad completamente diferente de la mía. De cualquier manera, para no perder tiempo, diré de él sólo aquello que pueda reavivar el recuerdo de mí mismo.

«15.4.1890, 4h y ½. Muere mi padre. U.S.»[7] Para quien no lo entienda, las dos últimas letras no significan United States sino último cigarrillo. Ésta es la anotación que encuentro en un volumen de filosofía positiva de W. Ostwald, al que, lleno de esperanzas, dediqué varias horas y que nunca logré entender. Nadie lo creería, pero, a pesar de su forma, esa anotación señala el acontecimiento más importante de mi vida.

Mi madre había muerto antes de que yo cumpliera quince años. Compuse poesías en su honor, algo que nunca equivale a llorar y, en el dolor, me vi siempre acompañado por el sentimiento de que,

desde ese momento, tenía que empezar para mí una vida seria y dedicada al trabajo. El propio dolor indicaba una vida más intensa. Después, un sentimiento religioso, vivo a pesar de todo, mitigó y suavizó aquella enorme desgracia. Mi madre continuaba viviendo, aunque distante de mí, y podía incluso alegrarse con los éxitos para los que me estaba preparando. ¡Qué cómodo! Recuerdo con exactitud mi estado en aquel momento. Por la muerte de mi madre y la saludable emoción que me había proporcionado, todo en mí debía mejorar.

La muerte de mi padre, en cambio, fue una auténtica, enorme catástrofe. El paraíso ya no existía y además yo, a los treinta años, era un hombre acabado.

¡También yo! Me di cuenta, por primera vez, de que la parte más importante y decisiva de mi vida quedaba a mis espaldas, irremediablemente. Mi dolor no era sólo egoísta, como estas palabras podrían hacer pensar. ¡Al revés! Le lloraba a él y me lloraba a mí mismo, sólo porque él había muerto. Hasta entonces yo había pasado de cigarrillo a cigarrillo y de una facultad universitaria a otra, con una

indestructible confianza en mis capacidades. Pero creo que esa confianza, que tan placentera hacía la vida, habría continuado, tal



vez, hasta hoy de no haber muerto mi padre. Al morir él, no había ya un mañana al que remitir mis propósitos.

Muchas veces, cuando pienso en ello, me sorprende lo extraño de que esta desesperación, por mí y mi futuro, se haya producido a la muerte de mi padre y no antes. En conjunto, se trata de cosas recientes, y para recordar mi enorme dolor y cada detalle de la desgracia no necesito, desde luego, soñar, como pretenden los que se dedican al psicoanálisis. Lo recuerdo todo, pero no entiendo nada. Hasta su muerte yo no viví para mi padre. No hice el menor esfuerzo por acercarme a él y, cada vez que pude hacerlo sin ofenderle, le eludí. En la universidad todos lo conocían con el apodo, que yo le di, de viejo Silva manda dinero. Tuvo que llegar la enfermedad para que me sintiera unido a él; una enfermedad que enseguida se transformó en muerte, porque fue muy breve y porque el médico lo desahució al instante. Cuando estaba en Trieste, nos

veíamos una hora al día, como mucho. Nunca estuvimos tanto y durante tanto tiempo juntos como en mi llanto. ¡Ojalá le hubiera asistido mejor y llorado menos! De esa forma, yo habría estado menos enfermo. Era difícil estar juntos, también porque intelectualmente entre él y yo no había nada en común. Al mirarnos lo hacíamos con una idéntica sonrisa compasiva, más crispada en él por una viva, paternal ansiedad por mi porvenir. En

mí, en cambio, todo era indulgencia, seguro como estaba de que sus debilidades carecían ya de consecuencias. Tanto es así que las atribuía, en parte, a su edad. Él fue el primero que desconfió de mi energía, y lo hizo —me parece— demasiado pronto. Y sin embargo sospecho que, aun sin el apoyo de una convicción científica, él desconfiaba de mí porque él mismo había hecho lo necesario —y aquí sí con la más segura fe científica— para aumentar mi desconfianza hacia él.

Mi padre tenía fama de hábil comerciante, pero yo sabía que era Olivi quien dirigía sus negocios desde hacía muchos años. En la incapacidad para los negocios había una semejanza entre nosotros, pero ésa era la única. Puedo decir que, de los dos, yo representaba la fuerza y él la debilidad. Lo que he reseñado en estas páginas prueba que en mí hay y ha habido siempre —tal vez sea ésta mi mayor desgracia— un impetuoso anhelo de superación. No se pueden definir de otra manera todas mis ansias de mejora. Mi padre no conocía nada de esto. Él vivía perfectamente en armonía con la manera en que había crecido, y tengo que considerar que nunca realizó el menor esfuerzo para superarse. Fumaba durante todo el día y, tras la muerte de mamá, cuando no dormía, también por la noche.

Bebía también moderadamente, como un gentleman, por la noche, con la cena; lo bastante como para estar seguro de poder

conciliar el sueño nada más reclinar la cabeza en la almohada. Según él, el tabaco y el alcohol eran buenas medicinas.

Por lo que se refiere a las mujeres, supe por mis parientes que mi madre tuvo algún motivo para los celos. Es más, parece ser que, a pesar de su carácter poco dado a los excesos, tuvo que intervenir, a veces con contundencia, para poner freno a su marido. Él se dejaba guiar por mi madre, a la que amaba y respetaba, pero parece ser que ella no consiguió nunca obtener de él la confesión de una traición, por lo que murió convencida de haberse equivocado. Y, sin embargo, mis queridos parientes cuentan que encontró a su marido, una vez, casi en flagrante delito con su modista. Él se excusó con una aguda estrategia de distracción y con tanta constancia que acabó por creerle. La única consecuencia fue que mi madre dejó de acudir a aquella modista y mi padre también. Yo creo que, en su lugar, habría acabado por confesar pero no habría podido dejar a la modista, pues allá donde me paro echo raíces.

Mi padre sabía defender su tranquilidad como un auténtico pater familias. La tenía tanto en su casa como en su ánimo. Los únicos libros que leía eran insulsos y moralizantes. No lo hacía, desde

luego, por hipocresía, sino por la más honda de las convicciones; creo que sentía intensamente la verdad de esos sermones morales y que su sincera adhesión a la virtud tranquilizaba su conciencia. Ahora que me hago viejo y me acerco al modelo del patriarca, también yo siento que una inmoralidad predicada es más sancionable que una acción inmoral. Se llega al asesinato por amor o por odio; a la propaganda del asesinato, sólo por maldad.

Teníamos tan poco en común que él me confesó que una de las personas que más inquietud le producían en este mundo era yo. Mi deseo de salud me había empujado a estudiar el cuerpo humano. Él, en cambio, había sabido borrar de su recuerdo cualquier noción de tan terrible máquina. Para él, el corazón no latía y no era preciso acordarse de válvulas, venas y metabolismo para explicar de qué manera vivía su organismo. Nada de movimiento, porque ya decía la experiencia que todo aquello que se movía acababa por detenerse. También la tierra estaba, para él, inmóvil y sólidamente anclada a sus enganches. No lo mencionó nunca, claro, pero le inquietaba cualquier cosa que se le dijera que no se ajustase a esas concepciones. Me interrumpió, molesto, un día en que le estaba hablando de las antípodas. La idea de esa gente, con la cabeza hacia abajo, le revolvía el estómago.

Me reprochaba otras dos cosas: mi distracción y mi tendencia a reírme de las cosas más serias. En lo que a la distracción se refiere,

él era de lo más opuesto a mí gracias al auxilio de una libreta en la que anotaba todo lo que quería recordar y revisaba varias veces al día. Creía, de esta manera, haber vencido su enfermedad y ya no padecía por ella. Me impuso también a mí la utilización de esa libreta, pero yo sólo escribí en ella el apunte de algún último cigarrillo.

En cuanto a mi desprecio por las cosas serias, creo que él tenía el defecto de considerar como serias demasiadas cosas en esta vida. He aquí un ejemplo: cuando, después de haber cambiado mis estudios de derecho por los de química, volví con su consentimiento a retomar los primeros, me dijo bondadoso:

—Lo que está claro, desde luego, es que estás loco.

No me ofendí en lo más mínimo, y me sentí tan agradecido por su condescendencia que quise compensarle haciéndole reír. Fui a que me examinara el doctor Canestrini, para obtener un certificado. El asunto no resultó fácil porque, para ello, tuve que someterme a muchos y minuciosos reconocimientos. Cuando hube obtenido el certificado, se lo llevé triunfalmente a mi padre, pero

no le hizo gracia. En tono apesadumbrado y con lágrimas en los ojos, exclamó:

—¡Ah! ¡Estás loco de verdad!

Y éste fue el premio que obtuvo mi fatigosa e inocente comedia. Nunca me lo perdonó y nunca se rió de ella. ¿Hacer que redacten, en broma, un certificado legitimado por toda clase de sellos? ¡Locuras!

En resumidas cuentas, yo representaba, a su lado, la fuerza, y a veces pienso que la desaparición de esa debilidad que en él había y que me enaltecía llegué a sentirla como una disminución.

Recuerdo cómo su debilidad fue puesta a prueba cuando el canalla de Olivi le convenció de que hiciera testamento. A Olivi le urgía ese testamento, que había de poner bajo su tutela mis asuntos, y parece que presionó durante largo tiempo a mi padre para que accediese a llevar a cabo tan penoso trámite. Se decidió por

fin mi padre, pero su ancha cara serena se oscureció. Pensaba constantemente en la muerte como si, a través de esa acción, al

firmar ese testamento hubiese establecido un estrecho contacto con ella.

Una noche me preguntó:

—¿Crees que cuando morimos todo se acaba?

Yo pienso todos los días en el misterio de la muerte, pero no estaba aún en condiciones de darle el tipo de información que de mí requería. Para contestarle, me inventé la más alegre fe en nuestro futuro.

—Creo que sobrevive el placer, porque el dolor no tiene ya entonces ningún sentido. La disolución podría recordar al placer sexual. Se verá acompañada, desde luego, del sentido de la felicidad y el descanso. ¡La disolución debería ser el premio de la vida!

Mis palabras no pudieron resultar más desafortunadas. Estábamos todavía sentados a la mesa, después de cenar. Mi padre, sin responder, se levantó de su silla, volvió a vaciar su vaso y dijo:

—No es el momento indicado para filosofar, ¡sobre todo contigo!

Y salió. Lo seguí pesaroso y pensé en quedarme con él para alejarle de sus tristes pensamientos. Me apartó, diciéndome que le recordaba la muerte y sus placeres.

No era capaz de olvidar el testamento mientras no me hubiera informado de él. Se acordaba cada vez que me veía. Una vez estalló:

—Tengo que decirte que he hecho testamento.

Yo, para distraerle de su pesadilla, superé enseguida la sorpresa que me produjo la noticia y le dije:

—Yo no tendré nunca esa preocupación porque... ¡espero que, antes que yo, mueran todos mis herederos!

Mi risa, ante un asunto tan serio, le inquietó de inmediato y volvió a sentir el deseo de castigarme. Le resultó fácil, de esta manera,



contarme la jugada que me había hecho, al ponerme bajo la tutela de Olivi.

Tengo que decirlo: me porté muy bien; renuncié a manifestar ninguna objeción con tal de alejarle de ese pensamiento que le hacía sufrir. Declaré que cualquiera que fuese su última voluntad yo la aceptaría.

—Tal vez —añadí— yo sepa comportarme de manera que tú te inclines a

cambiar tu última voluntad.

Esto último le gustó porque advertía que yo, con mis palabras, le atribuía una vida larguísima en realidad. Pretendió obtener de mí, sin embargo, hasta un juramento en el que afirmara que, si él no cambiaba de opinión, yo no intentaría rebajar las atribuciones de Olivi. Tuve que jurar, visto que él no quiso aceptar sólo mi palabra de honor. Fui tan bueno entonces, que cuando me tortura el remordimiento de no haberle amado lo suficiente antes de su muerte, vuelvo siempre a evocar aquella escena. Para ser sincero tengo que decir que me resultó fácil resignarme a sus

disposiciones porque, en aquella época, la idea de verme obligado a no trabajar me resultaba bastante atractiva.

Alrededor de un año antes de su muerte, tuve una vez la ocasión de actuar, de manera bastante enérgica, a favor de su salud. Me había confiado que se sentía mal y yo lo obligué a acudir a un médico, cita a la que también acudí yo para acompañarle. El médico recetó alguna medicina y dijo que habíamos de volver a su consulta algunas semanas después. Mi padre no quiso hacerlo, declarando que odiaba tanto a los médicos como a los sepultureros, y no tomó tampoco la medicina que le había indicado el doctor porque le recordaba, a su vez, a los médicos y enterradores. No fumó durante un par de horas, y prescindió, durante una sola comida, del vino. Se sintió muy bien cuando pudo despedirse de su tratamiento, y yo, al verle tan contento, no volví a pensar en ello.

Después, en alguna ocasión le vi algo triste; pero, me hubiera sorprendido verle alegre, tan solo y viejo como estaba.

Una noche de finales de marzo, llegué a casa algo más tarde de lo habitual. No había pasado nada. Había caído en las manos de un erudito amigo, que había querido confiarme algunas de sus ideas

sobre los orígenes del cristianismo. Era la primera vez que se me requería para que pensara en tales orígenes y, sin embargo, me resigné a tan larga disertación para complacer a mi amigo.

Lloviznaba y hacía frío. Todo resultaba desagradable y oscuro, incluidos los

griegos y los hebreos de los que hablaba mi amigo y, a pesar de ello, me sometí a esa tortura durante más de dos horas ¡Mi habitual debilidad! Apuesto a que, hoy en día, sigo siendo tan incapaz de resistirme que, si alguien se pusiera de lleno a la tarea, podría convencerme de estudiar, por algún tiempo, astronomía.

Entré en el jardín que rodea nuestra casa. Se llegaba a ella por una corta calzada. María, nuestra camarera, me esperaba en la ventana y, al oírme llegar, gritó en la oscuridad:

—¿Es usted, señor Zeno?

María era una de esas criadas de las que ya no quedan. Estaba con nosotros desde hacía quince años. Cada mes ingresaba una parte de su salario en la Caja de Ahorros, para su vejez. Tales

ahorros no habrían, sin embargo, de serle útiles porque murió en nuestra casa, poco después de mi boda, sin dejar de trabajar.

Fue ella quien me contó que mi padre había regresado a casa hacía una hora, pero que había querido esperarme para cenar. Cuando ella había insistido para que comiese, él le había ordenado alejarse con maneras algo bruscas. Además, mi padre no se encontraba bien. Decía que había notado en él alguna dificultad de expresión y la respiración entrecortada. Hay que decir que, al estar siempre

sola con él, a menudo se había convencido de que mi padre estaba enfermo. Eran pocas las cosas que la pobre mujer tenía que observar en esa casa solitaria y, después de la experiencia que el caso de mi madre había supuesto, esperaba que todos murieran antes que ella.

Corrí al comedor, con alguna curiosidad, pero aún no preocupado. Mi padre se levantó de inmediato del sofá en que estaba tumbado y me recibió con una gran alegría, que no llegó a conmoverme porque me pareció advertir en ella, ante todo, la expresión de un reproche. Sirvió, de momento, para tranquilizarme, porque tal alegría me pareció una señal de salud. No distinguí en él las señales

de esos balbuceos y respiración entrecortada de que había hablado María. En vez de recriminar mi tardanza, se excusó en cambio por su obstinación.

—¿Qué quieres? —me dijo bondadoso—. Estamos los dos solos en este mundo y quería verte antes de acostarme.

¡Ojalá me hubiera comportado con sencillez y hubiese estrechado entre mis brazos a mi querido padre, que la enfermedad había vuelto tan tierno y afectuoso! Empecé, en cambio, a elaborar un frío diagnóstico: ¿tanto se había ablandado el viejo Silva? ¿Estaría enfermo? Lo miré con sospecha y no se me ocurrió nada mejor que dirigirle un reproche:

—Pero ¿por qué has esperado hasta ahora para comer? ¡Podías haber comido y esperarme después!

Rió jovialmente:

—Se come mejor acompañado.

Esta alegría podía ser también la señal de un buen apetito. Me tranquilicé y me puse a comer. Con sus zapatillas de andar por casa, con paso inseguro, se acercó a la mesa y ocupó su lugar acostumbrado. Estuvo mirando después cómo comía, mientras que él, tras un par de cucharadas escasas, no comió más y apartó incluso el plato, que le desagradaba.

La sonrisa, sin embargo, seguía presente en su viejo semblante. Me acuerdo solamente, como si se tratara de algo que ocurrió ayer, de que un par de veces en que le miré a los ojos, él apartó su mirada. Se suele decir que tal cosa es señal de falsedad; en cambio, yo sé ahora que es señal de enfermedad. El animal enfermo no deja que miren en los rincones en los que se podría divisar la enfermedad, la debilidad.

Él seguía esperando escuchar cómo había yo empleado esas muchas horas en las que él me había estado esperando. Viendo que el asunto era tan importante para él, dejé de comer por un momento y le dije secamente que hasta poco antes de llegar a casa había estado debatiendo los orígenes del cristianismo.

Me miró, lleno de dudas y sorpresa:

—También tú, ahora, ¿piensas en la religión?

Era evidente que le habría proporcionado un gran consuelo si hubiera yo

aceptado reconocer estar ocupado como él en tales pensamientos. En cambio, yo, que mientras vivió mi padre me sentí combativo (y luego ya no), respondí con una de esas frases habituales que se oyen todos los días en los cafés cercanos a las universidades:

—Para mí la religión no es más que un fenómeno cualquiera que es preciso estudiar.

—¿Un fenómeno? —repitió desconcertado. Buscó una respuesta rápida y abrió la boca para dármela. Después dudó y miró el segundo plato, que justo entonces le ofreció María y que él no tocó. A continuación, para mejor taparse la boca, introdujo en ella el extremo de un puro, que encendió y dejó que se apagara al momento. Había conseguido, así, concederse una pausa para reflexionar con tranquilidad. Durante un instante, me miró con decisión:

—¿No pretenderás reírte de la religión?

Yo, como el perfecto estudiante gandul que siempre he sido, con la boca llena, respondí:

—Pero ¿qué risas ni qué nada? ¡Yo estudio!

Calló y miró largamente el puro que había dejado en un plato. Entiendo ahora todo lo que pasó por esa mente nublada, y me sorprende no haber entendido nada entonces. Creo que, en ese instante, mi ánimo carecía del afecto que permite comprender tantas cosas. ¡Todo me resultó, además, tan sencillo! Él evitaba enfrentarse a mi escepticismo, una lucha demasiado difícil para él en aquel momento, pero consideraba que podía oponerse a él desde algún flanco, como corresponde a un enfermo. Recuerdo que cuando se decidió a hablar, su respiración era entrecortada y balbuceaba. Requiere un gran esfuerzo prepararse para el combate. Pero pensé que él no aceptaría acostarse sin darme mi merecido y me preparé para unas discusiones que, al final, no se dieron:



—Yo —dijo, mirando todavía su trozo de puro ya apagado— siento que mi experiencia y conocimiento de la vida son grandes. No se vive tantos años en balde. Yo no sé enseñártelos todos como querría. ¡Oh, ojalá pudiera! Veo el interior de las cosas, y veo también lo que es justo y verdadero, e incluso aquello que no lo es.

No había discusión posible. Farfullé, poco convencido, y sin dejar de comer:

—¡Sí, papá!

No quería ofenderle.

—Lástima que hayas llegado tan tarde. Antes estaba menos cansado y hubiera podido decirte muchas cosas.

Pensé que quería de nuevo meterse conmigo por haber llegado tarde y le propuse dejar esa discusión para el día siguiente.

—No se trata de una discusión —contestó aturdido— sino de una cosa completamente diferente y que tú también conocerás en cuanto te la diga. Pero

¡lo difícil es decirlo!

Aquí me asaltó una duda:

—¿Te encuentras mal?

—No diría que me encuentro mal, pero sí muy cansado y me voy enseguida a la cama.

Tocó la campanilla y llamó al tiempo a María en voz alta.

Cuando ésta llegó, le pregunté si todo estaba listo en su alcoba. Se encaminó hacia allí inmediatamente arrastrando las zapatillas.

Cuando llegó a mi lado, inclinó la cabeza para ofrecerme su mejilla para el beso de todas las noches.

Viendo lo inseguro de sus movimientos, surgió de nuevo la duda de que estuviera mal y se lo pregunté. Repetimos los dos, más de

una vez, las mismas palabras y él me confirmó que estaba cansado pero no enfermo. Añadió después:

—Pensaré, ahora, en las palabras que te diré mañana. Ya verás cómo te convencen.

—Papá —dije conmovido—, te escucharé con gusto.

Al verme tan dispuesto a someterme a su experiencia, dudó si marcharse: ¡había que aprovechar un momento tan favorable! Se pasó la mano por la frente y se sentó en la silla en la que se había apoyado, para ofrecerme su mejilla para el habitual beso. Jadeaba ligeramente.

—¡Qué curioso! —dijo—. No acierto a decirte nada. ¡Nada de nada!

Miró a su alrededor como si buscara en el exterior lo que, en su interior, no conseguía aferrar.

—Y, sin embargo, sé muchas cosas, es más, ¡sé todas las cosas! Este desconcierto debe ser por efecto de mi dilatada experiencia.

No sufría mucho por no saber expresarse, porque sonrió ante su propia fuerza, su propia grandeza.

No sé por qué no llamé inmediatamente al doctor. Tengo en cambio que confesarlo, con remordimiento y dolor: consideré estas palabras de mi padre

dictadas por una presunción que yo creía haber constatado en él otras veces. Sin embargo, no se me podía escapar lo evidente de su debilidad, y sólo por este motivo no discutí. Me complacía verle feliz en su ilusión de creerse tan fuerte cuando, en realidad, estaba tan débil. Me halagaba además el afecto que me demostraba al manifestar el deseo de entregarme la ciencia de la que se creía poseedor, aun cuando estaba bien convencido de no poder aprender nada de él. Para halagarle y tranquilizarle le dije que no debía esforzarse por encontrar, de inmediato, las palabras que no le salían, porque en situaciones como ésas los más grandes científicos solían almacenar los conceptos demasiado complicados en algún rincón del cerebro para que se aclararan por sí mismos.

Él contestó:

—Lo que estoy buscando no es en absoluto complicado. Es más, se trata de encontrar una palabra, una sola, y ¡acabaré por encontrarla! Pero no esta noche, porque voy a dormir de un tirón, sin ninguna preocupación.

Sin embargo, no se levantó de la silla. Dubitativo y mirándome fijamente un momento a la cara, me dijo:

—Temo no poder decirte lo que pienso, sólo porque tú sueles reírte de todo. Me sonrió como si quisiera rogarme que sus palabras no me ofendieran, se

levantó de la silla y me ofreció, por segunda vez, la mejilla.

Renuncié a discutir e

intentar convencerle de que, en esta vida, había muchas cosas de las que bien se podía discutir y reír, y quise tranquilizarle con un fuerte abrazo. Mi gesto resultó, tal vez, demasiado enérgico, porque se separó de mí más jadeante que antes,

pero es seguro que entendió mi afecto porque se despidió amigablemente, con un gesto de la mano.

—¡Me voy a la cama! —dijo con alegría y salió, seguido de María.

Tras quedarme solo (¡extraña cosa esto también!) no pensé más en la salud de mi padre, sino que, conmovido y —puedo afirmarlo— con el mayor respeto filial, deploré que una inteligencia semejante, orientada a altas metas, no hubiese encontrado los medios para adquirir mayor cultura.

Hoy, mientras escribo, próximo a la edad alcanzada por mi padre, sé con seguridad que un hombre puede tener la sensación de tener una enorme inteligencia que no dé, sin embargo, otra señal de sí que esa misma intensa

sensación. Ahí está, se respira hondo y se acepta y se admira a la naturaleza como es y como, inmutable, se nos ofrece; se manifiesta con ello la misma inteligencia de la que procede toda creación. En el caso de mi padre, es seguro que, en el último instante lúcido de su vida, su sensación de inteligencia se debió a una imprevista inspiración religiosa, tanto es así que se decidió a hablar de ello porque yo le había contado que había estado debatiendo los orígenes del cristianismo. Ahora sé, en cambio, que ese sentimiento era el primer síntoma de un edema cerebral.

María vino a quitar la mesa y a decirme que le parecía que mi padre se había dormido enseguida. Me fui así a dormir también yo con toda tranquilidad. En el exterior el viento soplaba y gemía. Lo

oía en el calor de mi cama, como una nana que se iba alejando de mí, porque me sumergí en el sueño.

No sé durante cuánto tiempo dormí. Me despertó María. Al parecer, había venido ya varias veces a mi habitación a despertarme, yéndose corriendo después. En mi profundo sueño sentí, en un primer momento, alguna inquietud;

después divisé a la mujer, que daba saltos por la habitación y, por fin, comprendí. Quería despertarme, pero cuando lo consiguió ya no estaba ella en mi habitación. El viento seguía cantando para mí su canción de cuna y yo, para ser sincero,

tengo que confesar que fui a la habitación de mi padre lamentando que hubieran tenido que arrancarme del sueño. Me acordaba de la costumbre que María tenía de ver siempre en peligro a mi padre. ¡Más le valía no haberse equivocado esta vez!

La habitación de mi padre, no muy grande, estaba excesivamente llena de muebles. Tras la muerte de mi madre, para olvidar mejor, él había cambiado de habitación, llevándose a su nueva estancia todos sus muebles. La habitación, escasamente iluminada por una llamita de gas colocada sobre la mesilla, muy baja, se encontraba toda ella en sombras. María sujetaba a mi padre que yacía boca arriba, pero con una parte del torso fuera de la cama. La cara de

mi padre, cubierta de sudor, adquiría tintes rojizos a causa de la cercana luz. Su cabeza se apoyaba en el fiel pecho de María. Aullaba por el dolor y su boca estaba tan inerte que la saliva se escurría por la barbilla. Miraba inmóvil la pared de enfrente y no se giró cuando entré.

María me dijo que había oído su quejido y que había llegado a tiempo de

impedir que cayera de la cama. Afirmaba que antes se agitaba más, mientras que ahora parecía relativamente tranquilo, pero no se arriesgaba a dejarlo solo.

Parecía querer excusarse por haberme despertado, pero yo ya había entendido que había actuado bien al hacerlo. Al hablarme lloraba, pero yo todavía no lloré acompañándola y, por el contrario, le ordené que se callara y que no aumentase con sus quejas la alarma de la hora. Aún no me había enterado de todo. La pobre hizo todo tipo de esfuerzos para calmar sus sollozos.

Me acerqué al oído de mi padre y grité:

—¿Por qué te quejas, papá? ¿Te encuentras mal?



Creo que oía, porque su gemido se volvió más quedo y apartó sus ojos de la

pared de enfrente como si se esforzase por verme, pero no llegó a dirigirlos hacia mí. Varias veces grité en su oreja la misma pregunta con el mismo resultado. Mi viril, contenida, actitud desapareció al instante. Mi padre, en esa hora, estaba

más cerca de la muerte que de mí porque mi grito ya no le alcanzaba. Me invadió un gran espanto y recordé, ante todo, las palabras que nos habíamos intercambiado la noche anterior.

Pocas horas antes él había intentado saber quién de los dos tenía razón. ¡Qué curioso! Mi dolor estaba acompañado por el remordimiento. Escondí la cabeza en la misma almohada de mi padre y lloré desesperadamente, con los mismos sollozos que, poco antes, había reprochado a María.

Fue su turno de calmarme, pero lo hizo de una extraña manera. Me exhortaba a la calma, pero hablando de mi padre, que sin embargo gemía con los ojos abiertos, como si de un muerto se tratara.

—¡Pobrecito! —decía—. ¡Morir de esta manera! Con esta bonita cabellera. —La acariciaba. Tenía razón. La cabeza de mi padre

estaba coronada por una rica, blanca cabellera rizada, mientras que yo, a los treinta años, tenía los cabellos bastante escasos.

No me acordé de que había médicos en este mundo y de que, según se cree, en alguna ocasión traen la curación. Yo había visto ya la muerte en esa cara descompuesta por el dolor y no abrigaba más esperanzas. Fue María la primera que mencionó la necesidad de un médico y fue, a continuación, a despertar a un empleado para enviarlo a la ciudad.

Me quedé solo sosteniendo a mi padre durante unos diez minutos que me parecieron una eternidad. Recuerdo que intenté transmitir a mis manos, que tocaban aquel cuerpo torturado, toda la dulzura que había embargado mi corazón. Las palabras, él ya no podía oírlas. ¿De qué manera podía comunicarle todo lo que le amaba?

Cuando el empleado llegó, me retiré a mi habitación para escribir una nota y me costó redactar esas cuatro letras que tenían que dar al doctor una idea de la situación, para que pudiera traer consigo también alguna medicina. Sin cesar, veía ante mí la

segura, inminente muerte de mi padre y me preguntaba: «¿Qué voy a hacer yo ahora en la vida?».

Siguieron después algunas largas horas de espera. Tengo un recuerdo bastante exacto de aquellas horas. Transcurrida la primera, no fue ya preciso sostener a mi padre, que yacía exánime tumbado en el lecho. Su gemido se había interrumpido, pero su pérdida de sentidos era absoluta. Tenía una respiración acelerada que yo, casi de manera inconsciente, imitaba. No podía respirar durante largo tiempo a semejante ritmo y me concedía periódicas pausas, con la esperanza de arrastrar al enfermo conmigo a ese reposo. Pero él seguía incansable, a la carrera. Intentamos en vano que tomara una cucharada de té. Su estado de pérdida de sentido disminuía cuando se trataba de defenderse de alguna intervención nuestra. Decidido, apretaba los dientes. Hasta en la inconsciencia le acompañaba esa indomable obstinación suya. Mucho antes del alba, su respiración adquirió otro ritmo. Se agrupó en períodos que empezaban

con algunas respiraciones lentas que podían parecer las de un hombre sano, a las que seguían otras, apresuradas, que se detenían en una larga pausa, espantosa, que a María y a mí nos parecía el anuncio de la muerte. Pero el período se reanudaba siempre casi de la misma manera; un período musical de una tristeza infinita, carente de todo color. Esa respiración, que no fue

siempre igual, pero sí siempre ruidosa, se convirtió en parte de esa habitación. A partir de aquella hora

¡estuvo siempre allí, durante mucho y mucho tiempo!

Pasé algunas horas echado en un sofá, mientras María seguía sentada al lado de la cama. En ese sofá derramé mis lágrimas más ardientes. El llanto diluye nuestras culpas y permite acusar, sin objeciones, al destino. Lloraba porque estaba perdiendo al padre con el que siempre había vivido. No importaba que le hubiese prestado poca compañía. ¿Acaso mis esfuerzos por mejorar no se habían debido el deseo de satisfacerle? El éxito que anhelaba debía ser mi motivo de orgullo ante él, que siempre había dudado de mí, pero también su consuelo. Y ahora, en cambio, él no podía esperar que yo cumpliera mi objetivo, y se iba convencido de mi incurable debilidad. Mis lágrimas eran muy amargas.

Al escribir, es más, al grabar en el papel tales dolorosos recuerdos, descubro que la imagen que me obsesionó en mi primer intento de ver mi pasado, esa locomotora que arrastra un séquito de vagones cuesta arriba, la tuve, por primera vez, al escuchar desde aquel sofá la respiración de mi padre. Así avanzan las locomotoras que arrastran pesos enormes: emiten bufidos regulares que se aceleran después y acaban con una pausa, amenazadora también

para quien escucha, que puede temer ver que la máquina y lo que arrastra caigan vertiginosamente de la ladera. ¡Así es! Mi primer esfuerzo por recordar me había vuelto a llevar a aquella noche, a las horas más importantes de mi vida.

El doctor Coprosich[8] llegó a casa cuando todavía no apuntaba el alba, acompañado por un enfermero que traía una caja de medicinas. Había tenido que llegar a pie porque, a causa de la violenta tormenta, no había podido encontrar un coche.

Le recibí llorando y él me trató con gran dulzura, animándome incluso a abrigar esperanzas. Tengo que decir enseguida, sin embargo, que tras ese encuentro, en este mundo hay pocos hombres que despierten en mí una antipatía tan viva como el doctor Coprosich. Él, hoy, vive aún, decrepito y rodeado del aprecio de toda la ciudad. Cuando le divisó, tan debilitado y lleno de dolores, caminando por las calles en busca de un poco de actividad y de aire, en mí, aún hoy, mi aversión por él crece.

En aquella época, el doctor tendría poco más de cuarenta años. Se había dedicado especialmente a la medicina forense y, por más que fuera, de manera notoria, un buen patriota italiano,[9] las autoridades austríacas solían confiarle los exámenes periciales más importantes. Era un hombre delgado y nervioso, con un rostro insignificante que una calvicie, que parecía concederle una frente altísima, contribuía a destacar. Otra debilidad suya le concedía alguna

importancia: cuando se quitaba las gafas (y lo hacía siempre que quería meditar)

sus ojos miopes miraban a su interlocutor al lado o arriba y adquirían el curioso aspecto de los ojos carentes de color de una estatua, amenazadores o tal vez irónicos. Eran unos ojos desagradables, en esas ocasiones. Si tenía que pronunciar una sola palabra volvía a ponerse las gafas sobre la nariz y, como por ensalmo, sus ojos volvían a ser los de un buen burgués cualquiera, que examina con cuidado las cosas de las que habla.

Se sentó en la antesala y descansó durante unos instantes. Me pidió que le contara exactamente lo que había sucedido, desde la primera señal de alarma

hasta su llegada. Se quitó las gafas y miró fijamente con aquellos extraños ojos suyos la pared que estaba detrás de mí.

Intenté ser exacto, algo que no resultó fácil en el estado en que me encontraba. Me acordaba también de que el doctor Coprosich no toleraba que las personas que no tenían instrucción médica usaran términos médicos, fingiendo conocer algo de la materia. Cuando empecé a hablar de la que a mí me había parecido una «respiración cerebral» se puso las gafas para decirme: «Cuidado con las definiciones. Ya veremos luego de qué se trata». Había hablado también de la extraña actitud de mi padre, de su ansia por verme, de su prisa por acostarse. No le confié el contenido de las extrañas frases que mi padre me había dirigido; temía tal vez verme obligado a revelar algunas de las respuestas que yo, a mi vez, había dado. Sí dije, en cambio, que mi padre no conseguía expresarse con

precisión y que parecía pensar intensamente en algo que rondaba por su cabeza y no conseguía formular. El doctor, con las gafas apoyadas en la nariz y todo, exclamó triunfalmente:

—¡Sé lo que le rondaba por la cabeza!

Yo también lo sabía, pero no lo dije para no enfadar al doctor Coprosich: eran los edemas.

Nos acercamos a la cama del enfermo. Con la ayuda del enfermero, el doctor dio vueltas y vueltas al pobre cuerpo inerte, durante un tiempo que se me antojó larguísimo. Lo auscultó y lo exploró. Intentó que el propio paciente le ayudara, en vano.

—¡Basta! —exclamó en un determinado momento. Se me acercó, con las gafas en la mano, mirando al suelo y me dijo suspirando—: ¡Tenga valor! Se trata de un caso muy grave.

Fuimos a mi habitación donde él se lavó hasta la cara.

No tenía, por tanto, puestas las gafas y, cuando levantó el rostro para secársela, su cabeza mojada parecía la extraña, reducida cabeza de un amuleto, tallada por manos inexpertas. Recordó que nos habíamos visto algunos meses antes y manifestó su sorpresa por el hecho de que yo no hubiera vuelto a verle. Es más, había pensado, al parecer, que había buscado otro médico; él, en esa ocasión, había indicado claramente que mi padre precisaba un tratamiento. Cuando reprendía, así, sin gafas, era terrible. Había elevado la voz y pedía explicaciones.



Sus ojos las buscaban por todas partes. Él tenía razón, desde luego, y yo merecía que me reprendiera. Tengo que aclarar, aquí, que estoy seguro de que no es por estas palabras por lo que odio al doctor Coprosich. Me excusé, alegando la aversión que mi padre sentía hacia médicos y medicinas; lloraba mientras hablaba, y el doctor, con generosa bondad, intentó tranquilizarme, diciéndome que aunque hubiéramos recurrido a él antes, sus conocimientos habrían podido, como mucho, retrasar la catástrofe a la que ahora estábamos asistiendo, sin impedirla.

Sin embargo, en cuanto siguió indagando en los antecedentes de la enfermedad, encontró nuevos motivos de reproche hacia mí. Quiso saber si mi padre, en aquellos últimos meses, se había quejado de sus condiciones de salud, de su apetito y de su sueño. No supe decir siquiera si mi padre había comido mucho o poco en esa mesa a la que nos sentábamos diariamente juntos. La evidencia de mi culpa me aterrorizó, pero el doctor no siguió insistiendo con sus preguntas. Le conté que María siempre le veía moribundo y que yo me burlaba de ella por este motivo.

Él se estaba secando las orejas, mirando hacia arriba.

—Dentro de un par de horas, probablemente, recuperará la consciencia, en parte por lo menos —dijo.

—¿Hay, por tanto, alguna esperanza? —exclamé yo.

—¡Ni la más mínima! —contestó secamente—. Pero las sanguijuelas obtienen siempre resultado en estos casos. Recuperará seguramente algo de consciencia, para enloquecer después, a lo mejor.

Se encogió de hombros y volvió a poner en su sitio la toalla. Ese encogimiento de hombros significaba, realmente, un gesto de desdén hacia su tarea y me animó a hablar. Me espantaba la idea de que mi padre pudiera recuperarse de su inconsciencia para advertir que se estaba muriendo, pero, sin ese encogimiento de hombros por parte del doctor, no me hubiera animado a decirlo.

—¡Doctor! —supliqué—. ¿No le parece que sería una cruel acción el hacerle recuperar el sentido?

Estallé en sollozos. Las ganas de llorar estaban ya anteriormente presentes en

mis agitados nervios, pero entonces me abandoné a ellas, sin ninguna resistencia, para mostrar mis lágrimas y hacer que el doctor me perdonara el juicio que había osado expresar sobre su actuación.

Con gran bondad, me dijo:

—Vamos, cálmese. La consciencia del enfermo no será nunca tan clara como para que comprenda su estado. No es un médico. Bastará no decirle que se está muriendo, y no lo advertirá. Puede pasar algo peor; podría volverse loco. He traído una camisa de fuerza y el enfermero se quedará aquí.

Más asustado que nunca, le supliqué que no le aplicara las sanguijuelas. Me contó entonces, con toda calma, que el enfermero se las habría ya aplicado porque él lo había así ordenado, antes de abandonar la habitación de mi padre. Entonces me enfadé. ¿Podía haber una acción más malvada que la de hacer

volver en sí a un enfermo, sin que hubiera la más mínima esperanza de salvarlo y sólo para exponerle a la desesperación o al riesgo de tener que soportar —con

esa atroz respiración— una camisa de fuerza? Con toda violencia, pero acompañando mis palabras con un llanto que demandaba indulgencia, declaré que me parecía una crueldad inaudita no dejar morir en paz a quien estaba definitivamente condenado.

Odio a ese hombre porque se enfadó entonces conmigo. Esto es lo que no le pude ya perdonar. Se alteró tanto que olvidó ajustarse sus gafas y, sin embargo, descubrió con exactitud el punto donde se encontraba mi cabeza para mirarla fijamente con sus terribles ojos. Me dijo que parecía como si yo quisiera cortar incluso ese tenue hilo de esperanza que aún había. Así me lo dijo, con toda crudeza.

Nos dirigíamos a un conflicto. Llorando y gritando objeté que, pocos instantes antes, él mismo había excluido cualquier esperanza de salvación para el enfermo. ¡Mi casa y los que en ella vivían no debían servir para experimentos para los que bien había otros lugares en el mundo!

Con gran severidad y una calma que la volvía amenazadora, contestó:

—Yo le he explicado lo que la ciencia sabe en este momento. Pero ¿quién puede decir lo que sucederá dentro de media hora o de aquí a mañana? Manteniendo con vida a su padre, he dejado abierta la puerta a todo tipo de posibilidades.

Se puso entonces las gafas y, con su aspecto de empleado pedante, añadió

además unas interminables explicaciones sobre la importancia que podía tener la intervención del médico en el destino económico de una familia. Una media hora más de vida podía ser decisiva en el futuro de un patrimonio.

Yo lloraba, llegados a este punto, también porque me compadecía de mí mismo por tener que verme obligado a escuchar cosas como ésas en tales momentos. Estaba exhausto y dejé de discutir. De todas maneras ¡ya habían usado las sanguijuelas!

El médico detenta el mayor poder cuando está junto a la cabecera de un enfermo, y yo presté al doctor Coprosich todo tipo de consideraciones. Debió de ser por tales consideraciones que no me atreví a solicitar otra opinión, algo que me reproché más tarde durante largos años. Ahora, también ese remordimiento está

muerto, junto con todos los restantes sentimientos míos, de los que hablo aquí

con la frialdad con la que hablaría de sucesos acaecidos a un extraño. En mi corazón no queda más residuo de aquellos días que la antipatía hacia ese médico que se obstina en cambio en seguir, hoy, viviendo.

Regresamos de nuevo, más tarde, a la cama de mi padre que dormía tendido sobre su lado derecho. Le habían puesto unos vendajes en las sienes para cubrir las heridas que habían producido las sanguijuelas. El doctor quiso comprobar, enseguida, si su grado de consciencia había aumentado y gritó algo en sus oídos. El enfermo no reaccionó de ninguna manera.

—¡Mejor así! —dije con gran valor, pero sin dejar de llorar.

—¡El efecto previsto no dejará de producirse! —contestó el doctor—. ¿No ve que la respiración ya se ha modificado?

En efecto, la respiración, cansada y acelerada, no componía ya esos períodos que me habían asustado. El enfermero dijo algo al médico y éste asintió. Se trataba

de probar al enfermo la camisa de fuerza. Sacaron tal aparato de la maleta y levantaron a mi padre obligándolo a quedar sentado sobre la cama. Entonces el enfermo abrió los ojos; nublados, no del todo abiertos a la luz. Sollocé, de nuevo, temiendo que miraran de repente y vieran todo. En cambio, cuando la cabeza del enfermo volvió a caer sobre la almohada, esos ojos volvieron a cerrarse, como pasa con los de algunas muñecas.

El doctor, triunfante, murmuró:

—Es completamente diferente.

Sí, ¡era completamente diferente! Para mí sólo una grave amenaza. Besé a mi padre en la frente con fervor y le deseé sin palabras:

—¡Oh, duerme! ¡Duerme hasta llegar al sueño eterno!

Así fue como llegué a desear la muerte a mi padre, pero el doctor no lo adivinó porque me dijo bondadosamente:

—¡A usted también le complace, ahora, verle volver en sí!

Cuando el doctor se marchó, despuntaba el alba. Un alba oscura, vacilante. El viento, que soplaba ahora a ráfagas, me pareció menos violento, aunque levantaba todavía la nieve helada.

Acompañé al doctor al jardín. Exageraba mis manifestaciones de cortesía para que no adivinase mi odio. Mi rostro mostraba sólo consideración y respeto. Me concedí una mueca de desagrado que alivió mi esfuerzo, sólo en el momento en que le vi alejarse por el sendero que conducía a la salida de la casa. Pequeño y negro en medio de la nieve, se tambaleaba y se detenía ante cada ráfaga para poder mantener mejor el equilibrio. No me bastó con esa mueca y sentí el deseo de llevar a cabo otras acciones violentas, después de tanto esfuerzo. Caminé unos pocos minutos por el sendero, en medio de aquel frío, con la cabeza

destapada, golpeando airadamente los pies contra la gruesa capa de nieve. No sé, sin embargo, si tanta ira pueril estaba dirigida al doctor o, más bien, a mí mismo. A mí mismo, en primer lugar, a mí que había deseado la muerte de mi padre y no me atrevía a decirlo. Mi silencio convertía ese deseo mío, inspirado por el más puro afecto filial, en un auténtico delito que me pesaba terriblemente.



El enfermo seguía durmiendo. Dijo sólo dos palabras que no entendí, pero en el más tranquilo tono de conversación, muy extraño porque interrumpió su respiración, de ritmo acelerado, lejos de toda calma. ¿Se acercaba a la conciencia y a la desesperación?

María estaba ahora sentada junto a la cama, en compañía del enfermero. Éste me inspiró confianza y me molestó, únicamente, una meticulosidad exagerada por su parte. Se opuso a la propuesta de María de dar al enfermo una cucharadita de caldo que ella consideraba una buena medicina. Pero el médico no había dicho nada de caldos y el enfermero quiso que se esperase su regreso para decidir una

acción tan importante. Habló con un tono más imperioso de lo que el asunto requería. La pobre María no insistió y yo tampoco. Cedí, sin embargo, a otra mueca de desagrado.

Me convencieron para que me acostara porque tendría que pasar la noche con el enfermero atendiendo al enfermo, que sólo requeriría la presencia de dos personas; uno de nosotros podía descansar en el sofá. Me tumbé y me dormí de inmediato, con completa, agradable pérdida de conciencia y —estoy seguro de ello— sin ningún asomo de sueño.

En cambio, la noche anterior, tras haber pasado parte de la jornada de ayer reuniendo estos recuerdos míos, había tenido un sueño vivísimo que volvió a llevarme, con un salto enorme a través del tiempo, a aquellos años. Volvía a verme con el doctor en la misma habitación donde habíamos debatido sobre sanguijuelas y camisas de fuerza, en esa habitación que tiene ahora un aspecto completamente diferente, porque es mi dormitorio y el de mi mujer. Yo le enseñaba al doctor la manera de tratar y curar a mi padre, mientras que él (no viejo y casi impedido como está ahora, sino vigoroso y nervioso como era) con ira, con las gafas en la mano y los ojos desorientados, gritaba que no merecía la pena hacer tantas cosas. Esto era lo que decía: «¡Las sanguijuelas lo devolverían a la vida y al dolor y no hay que utilizarlas!». Yo, en cambio, pegaba un puñetazo sobre un libro de medicina y vociferaba: «¡Las sanguijuelas! ¡Quiero las sanguijuelas! ¡Y la camisa de fuerza también!».

Al parecer, mi sueño fue ruidoso, porque mi mujer lo interrumpió despertándome. ¡Sombras lejanas! Soy de la opinión de que, para divisaros, hay que recurrir a la ayuda de algún instrumento óptico, y es este último el que sugiere vuestra imagen invertida. Mi sueño tranquilo es mi última imagen de aquella jornada. Siguiéron, a continuación, algunos largos días en los que cada una de las horas

se parecía a la otra. El tiempo había mejorado; se afirmaba que también el estado de mi padre lo había hecho. Se movía libremente por su habitación y había iniciado su carrera en busca de aire trasladándose de la cama al sillón. A través de las ventanas cerradas miraba también, en algunas ocasiones, hacia el jardín cubierto de una nieve cegadora a la luz del sol. Cada vez que yo entraba en esa habitación lo hacía preparado para discutir y nublar esa conciencia que el doctor Coprosich esperaba. Mi padre, en cambio, daba

señal cada día de oír y comprender mejor, pero esa pretendida conciencia seguía quedando lejos de él.

Tengo que confesar tristemente que, ante el lecho de muerte de mi padre, yo albergué en mi ánimo un gran rencor que se unió de extraña manera a mi dolor y lo falsificó. Este rencor estaba dirigido, ante todo, al doctor Coprosich y se veía aumentado por mi esfuerzo por ocultárselo. Iba también dirigido hacia mí, que no encontraba la manera de reanudar la discusión con el doctor, para decirle claramente que me importaba un comino toda su ciencia y que prefería desear la muerte a mi padre si con ello conseguía ahorrarle el dolor.

Acabé por sentir rencor también hacia el enfermo. Quien ha pasado por la experiencia de estar durante semanas y días junto a

un enfermo inquieto, sintiéndose inhábil para actuar como enfermero, y espectador por tanto de todo aquello que hacen los demás, podrá entenderme. Yo, además, hubiera precisado un largo descanso para aclarar mi ánimo y poder regular también, y tal vez saborear, mi dolor por mi padre y por mí. En cambio, tenía que luchar para conseguir que tragara su medicina cuando no por impedir que saliera de su habitación. La lucha produce siempre rencor.

Una noche, Carlo, el enfermero, me llamó para comunicarme un nuevo progreso en mi padre. Corrí, con el corazón acelerado, ante la idea de que el viejo pudiera darse cuenta de su enfermedad y reprochármela.

Mi padre estaba en mitad de la habitación, de pie, vestido solamente con su ropa interior y su gorrito de noche, de seda roja, en la cabeza. Aunque seguía jadeando mucho, decía de vez en cuando alguna corta palabra llena de juicio. Cuando entré, dijo a Carlo:

—¡Abre!

Quería que abriéramos la ventana. Carlo respondió que no podía hacerlo a causa del intenso frío que hacía. Mi padre durante un tiempo olvidó su demanda. Fue a sentarse en un sillón cerca de la ventana y se estiró en él en busca de alivio. Cuando me vio, sonrió y me preguntó:

—¿Has dormido?

No creo que mi respuesta llegase hasta él. No era éste el tipo de consciencia que yo había temido tanto. Cuando uno se está muriendo, tiene cosas muy diferentes que hacer que pensar en la muerte.

Todo su organismo estaba concentrado en el esfuerzo de respirar y, en vez de escucharme, gritó a Carlo otra vez:

—¡Abre!

No hallaba descanso. Abandonaba el sillón para ponerse de pie. Después, con grandes dificultades y con ayuda del enfermero se

acostaba en la cama apoyándose primero, por un instante, sobre el lado izquierdo y después, enseguida, sobre el derecho; posición en la que aguantaba durante unos minutos. Requería de nuevo la ayuda del enfermero, para ponerse de pie, y acababa por regresar al sillón donde conseguía, a lo mejor, quedarse un rato más largo.

Ese día, al pasar de la cama al sillón, se detuvo delante del espejo y, viendo su imagen reflejada en él, murmuró:

—¡Parezco un mexicano!

Pienso que fue para romper aquella horrible monotonía de su trajín de la cama al sillón por lo que ese día intentó fumar. Se había llenado la boca con el humo de una sola calada, cuando tuvo que expulsarlo jadeando.

Carlo me había convocado para hacerme asistir a un instante de clara consciencia en el enfermo:

—¿Así que estoy gravemente enfermo? —había preguntado con angustia. Tal grado de consciencia no volvió a presentarse. Tuvo, en cambio, poco después, un instante de delirio. Se levantó de la

cama y creyó haberse despertado, tras una noche de sueño, en un hotel de Viena. Seguramente soñó con Viena por un deseo de frescura en su boca abrasada y recordando la rica agua helada que hay en esa ciudad. Habló enseguida del agua fresca que le esperaba en la siguiente fuente.

Por lo demás era un enfermo inquieto, pero dócil. Me atenazaba el miedo de verlo exasperarse cuando hubiera comprendido la situación y, por ello, su docilidad no llegaba a atenuar mi gran tensión, pero él aceptaba obediente todo lo que se le sugería, porque, en todas estas propuestas, confiaba encontrar la posibilidad de librarse de sus dificultades respiratorias. El enfermero se ofreció a ir a buscarle un vaso de leche y él aceptó con auténtica alegría. Con la misma ansiedad con la que esperó conseguir esa leche, quiso que se le librara de ella tras haber tragado un sorbo escaso y, como no se vio complacido de inmediato, dejó caer el vaso al suelo.

El doctor no se declaraba nunca decepcionado del estado en que encontraba al enfermo. Cada día constataba una mejoría, pero veía inminente la catástrofe. Un día llegó en coche y tuvo prisa por marcharse. Me recomendó que intentara convencer al enfermo para que permaneciera acostado lo más posible porque la postura horizontal era la mejor para la circulación. Le hizo la misma

recomendación a mi padre también, y él comprendió y, con expresión muy inteligente, prometió obedecer, quedándose sin embargo de pie en medio de la habitación y volviendo enseguida a su distracción, o mejor a lo que yo llamaba meditación en torno a su jadeante respiración.

Durante la noche que siguió, sentí por última vez terror al ver de nuevo presentarse esa consciencia que yo tanto temía. Se había sentado en el sillón junto a la ventana y miraba, a través de los cristales, en la noche clara, el cielo lleno de estrellas. Su respiración seguía siendo difícil, pero no daba muestras de padecer por esa causa, absorto como se encontraba en mirar hacia arriba. Tal vez a causa de su respiración, parecía que su cabeza llevase a cabo gestos de asentimiento.

Pensé con espanto: «Vaya por donde, está dedicándose a los problemas que siempre evitó». Intenté descubrir el punto exacto del cielo que miraba con tanta fijeza. Miraba, erguido en todo momento, con el esfuerzo de quien espía a través de un agujero situado demasiado arriba. Me pareció que miraba a las Pléyades. Tal vez nunca en toda su vida había él mirado tan lejos durante tanto tiempo. Se volvió inesperadamente hacia mí, manteniendo su postura erguida:



—¡Mira! ¡Mira! —me dijo con severo aspecto de recriminación. Volvió enseguida a mirar fijamente al cielo y se giró después de nuevo hacia mí:

»¿Has visto? ¿Has visto?

Intentó regresar a las estrellas pero no lo consiguió. Se dejó caer exhausto contra el respaldo del sillón y, cuando quise saber qué era lo que me había querido

hacer ver, no me entendió ni recordó haber visto algo y haber querido que yo también lo viera. Las palabras que tanto había buscado para entregarme se le habían escapado para siempre.

La noche fue muy larga pero, tengo que confesarlo, no especialmente fatigosa para mí y para el enfermero. Dejábamos que el enfermo hiciera lo que quisiera, y él caminaba por la habitación con su extraño atavío, completamente inconsciente de estar esperando la muerte. En una ocasión intentó salir al pasillo, donde hacía mucho frío. Se lo impedí y me obedeció de inmediato. En otra ocasión, en cambio, el enfermero, que había oído la recomendación del médico, quiso impedirle que se

levantara de la cama, pero entonces mi padre se rebeló. Salió de su pasivo estado, se levantó llorando e imprecando y yo conseguí que se le concediese la libertad de moverse según su voluntad. Se calmó enseguida y regresó a su vida silenciosa y a sus vanas carreras en busca de alivio.

Cuando el médico regresó, se dejó examinar intentando incluso respirar más hondo, como se le requería que hiciera. Después se dirigió a mí:

—¿Qué dice?

Dejó de prestarme atención por un instante, pero enseguida me volvió a interpelar:

—¿Cuándo podré salir?

El doctor, animado por tanta docilidad, me sugirió que le dijera que se esforzase por quedarse más tiempo en la cama. Mi padre escuchaba sólo las voces a las que estaba habituado: la mía, y las de María y el enfermero. No confiaba en el posible resultado de

semejantes recomendaciones por mi parte, pero aun así las hice, añadiendo a mi voz también un tono de amenaza.

—Sí, sí —prometió mi padre y, en ese mismo instante, se levantó y se dirigió al sillón.

El médico le miró y, resignado, murmuró:

—Se ve que un cambio de postura le concede algo de alivio.

Poco después ya estaba yo en la cama, pero no podía cerrar los ojos. Miraba al porvenir intentando divisar por qué y para quién podría seguir llevando a cabo mis proyectos de mejora. Fue mucho lo que lloré, pero más bien por mí mismo que por ese desventurado que corría, sin paz, por su habitación.

Cuando me levanté, María fue a acostarse y yo me quedé junto a mi padre en compañía del enfermero. Me sentía cansado y abatido; mi padre se encontraba más inquieto que nunca.

Fue entonces cuando se produjo la terrible escena que nunca olvidaré, que arrojó su sombra hasta lo más lejos y que enturbió cualquier gesto de valor por mi parte, cualquier alegría que pudiera llegar a tener. Para olvidar el dolor, fue preciso que todo sentimiento mío se viera debilitado por los años.

El enfermero me dijo:

—Sería bueno que consiguiéramos que se quedara en la cama. ¡El doctor ha insistido tanto en ello!

Hasta ese momento yo me había quedado sentado en el sofá. Me levanté y me dirigí a la cama donde, en ese instante, jadeando más que nunca, se encontraba echado el enfermo. Estaba decidido; obligaría a mi padre a quedarse allí por al menos media hora, descansando como el médico había prescrito. ¿No era éste mi deber?

De inmediato, mi padre intentó escurrirse hacia el borde de la cama para escapar de mi imposición y levantarse. Con una vigorosa mano apoyada en su hombro, se lo impedí, mientras en

voz alta e imperiosa le ordenaba no moverse. Durante un instante, aterrorizado, obedeció. Después exclamó:

—¡Me muero!

Y se enderezó. Asustado de repente por su grito, alivié a mi vez la presión de mi mano. Pudo él por ello sentarse en el borde del lecho, justo frente a mí. Creo que entonces su ira aumentó al encontrarse —aunque por un solo instante— impedido en sus movimientos y le pareció que ciertamente yo le quitaba ese aire que tanto necesitaba, igual que le quitaba la luz quedándome de pie, frente a él que seguía sentado. Con un esfuerzo llegó a ponerse de pie, levantó muy alto su mano, como si supiera que no podía transmitirle otra fuerza que la de su peso, y la dejó caer sobre mi mejilla. Después cayó en la cama y, desde allí, al suelo.

¡Muerto!

No sabía aún que lo estuviera, pero se me encogió el corazón por el dolor del castigo que él, moribundo, había querido darme. Con la ayuda de Carlo lo levanté y volví a acostarle en la cama. Llorando, precisamente como un niño castigado, le grité en el oído:

—¡No es culpa mía! ¡Ha sido ese maldito doctor, él quería obligarte a permanecer acostado!

Era una mentira. Después, de nuevo como un niño, añadí la promesa de no volver a hacerlo:

—¡Dejaré que te muevas como quieras! El enfermero dijo:

—Está muerto.

Tuvieron que arrancarme por la fuerza de aquella habitación. ¡Él había muerto y ya no podía darle pruebas de mi inocencia!

En la soledad intenté recobrar la calma. Pensaba lo siguiente: había que descartar que mi padre, con sus sentidos perdidos en todo momento, hubiese podido

decidir castigarme y dirigir su mano con tanta exactitud como para golpear mi cara.

¿De qué manera era posible tener la certeza de que mi conclusión era acertada? Pensé hasta en dirigirme a Coprosich. Él, en calidad de médico, podría decirme algo sobre la capacidad de decidir y

actuar de un moribundo. ¡Podía ser incluso que hubiera sido yo víctima de un gesto provocado por un intento de favorecer su respiración! Pero no hablé con el doctor Coprosich. Era imposible ir a revelar de qué manera se había despedido de mí mi padre. ¡A él precisamente, que me había acusado de carecer de afecto por el enfermo!

Fue otro grave golpe para mí oír que Carlo, el enfermero, por la noche en la cocina, le decía a María:

—El padre levantó la mano muy en alto y con su último gesto golpeó a su hijo. Él lo sabía y Coprosich podía, por ello, llegar a saberlo.

Cuando me dirigí a la habitación del velatorio, me encontré con que habían vestido el cadáver. Seguramente, el enfermero le había arreglado también su hermosa cabellera blanca. La muerte había prestado ya su rigidez a ese cuerpo que yacía soberbio y amenazador. Sus manos grandes, fuertes, bien formadas, estaban lívidas, pero ocupaban con tal naturalidad su espacio que parecían listas a aferrar y castigar. No quise, no supe ya volver a verlo.

Después, en el funeral, conseguí recordar a mi padre débil y bueno como le

había conocido siempre desde niño y me persuadí de que aquella bofetada con la que, moribundo, me había golpeado, no fue fruto de su voluntad. Me volví muy bueno y el recuerdo de mi padre me acompañó, haciéndose cada vez más dulce. Fue como un delicioso sueño; estábamos perfectamente de acuerdo ahora; yo me había vuelto el más débil y él el más fuerte.

Regresé y, durante mucho tiempo, me quedé en la religión de mi infancia. Imaginaba que mi padre podía escucharme y podía, por tanto, decirle que no había sido culpa mía sino del doctor. La mentira no tenía ya sentido porque él ahora lo entendería todo y yo también. Durante mucho tiempo las conversaciones con mi padre prosiguieron, dulces y ocultas como un amor clandestino, porque ante todos seguía burlándome de cualquier práctica religiosa, mientras que es verdad (y quiero aquí confesarlo) que yo a alguien, con diario fervor, encomendé el alma de mi padre. La verdadera religión es precisamente aquella que no es necesario profesar en voz alta para obtener ese consuelo del que alguna vez —raramente— no se puede prescindir.



## LA HISTORIA DE MI MATRIMONIO

En la mente de un joven de origen burgués, el concepto de vida humana está asociado al de una carrera y, en la más temprana juventud, esa carrera es la de Napoleón I. Esto no quiere decir que se sueñe con llegar a ser emperador; de hecho, uno puede llegar a parecerse a Napoleón quedándose mucho, pero que mucho más abajo. ¡El sonido más rudimentario, el de la ola del mar que, desde que se forma, cambia a cada instante hasta que muere, puede narrar en síntesis la vida más intensa! También yo esperaba por tanto llegar a ser y deshacerme luego como Napoleón y la ola.

Mi vida no sabía producir más que una única nota sin ninguna variación; bastante alta y tal que algunos quizá la envidiaran, pero terriblemente tediosa. Mis amigos me dispensaron durante toda mi vida la misma estima y creo que tampoco yo, desde que llegué a la edad de la razón, he cambiado de manera importante el concepto que de mí mismo me hice.

Puede ser, por tanto, que la idea de casarme se me haya ocurrido ante el cansancio de emitir y oír siempre esa única nota. Quien aún no conoce el matrimonio lo considera más importante de lo que en realidad es. La compañera que elegimos renovará,

empeorándola o mejorándola, su propia raza en sus hijos. La misma naturaleza, que es esto lo que pretende pero que por sí sola no sabría encaminarnos a este resultado, porque al principio en los hijos no se piensa en absoluto, nos hace creer que esa esposa nos aportará una renovación personal; curiosa ilusión que ningún texto autoriza a pensar. De hecho, se vive después igual, uno junto a otro, sin el menor cambio, excepto una antipatía nueva hacia quien es tan diferente de nosotros o una envidia venenosa hacia quien se nos revela superior.

Lo divertido es que mi aventura matrimonial empezó cuando trabé conocimiento con mi futuro suegro, y surgió con la amistad y la admiración que le tributé antes de saber que era el padre de varias muchachas casaderas. Es por ello evidente

que no fue una resolución lo que me hizo avanzar hacia una meta que yo desconocía. Me desinteresé de una mujer que, por un momento, pensé que podría ser adecuada a mi objetivo y me vi ligado a mi futuro suegro. Ganas me dan de creer en el destino.

El deseo de novedades que había en mi ánimo encontraba respuesta en Giovanni

Malfenti, tan diferente a mí y a todas las personas cuya compañía y amistad hasta entonces había buscado. Yo era bastante culto, por haber pasado por dos facultades y por mi prolongada inactividad que yo consideraba muy instructiva. Él, en cambio, era un gran hombre de negocios, ignorante y emprendedor. De su ignorancia él obtenía, sin embargo, fuerza y serenidad, y yo le miraba hechizado, con envidia.

Malfenti tenía entonces cerca de cincuenta años, una salud de hierro y un enorme cuerpo alto y grueso de más de un quintal de peso. Las pocas ideas que se agitaban en su voluminosa cabeza las desarrollaba con tal claridad, las examinaba con tal asiduidad, las aplicaba, dirigiéndolas a tantos nuevos negocios cada día, que se habían convertido en partes suyas, miembros suyos, su propio carácter. De tales ideas yo me encontraba completamente huérfano y, para enriquecerme, me pegué a él.

Había ido al Tergesteo[10] por consejo de Olivi, que me decía que sería un buen estreno de mi actividad comercial el acudir a la Bolsa y que, desde ese sitio, podría además proporcionarle útiles noticias. Me acerqué a esa mesa en la que se hallaba entronizado mi futuro suegro y no me moví más de allí, pareciéndome que

había llegado a una auténtica cátedra comercial, tal y como la buscaba desde hacía mucho tiempo.

Él advirtió al instante mi admiración y correspondió con una amistad que, desde el primer momento, me pareció paternal. ¿Es posible que él llegase a saber enseguida cómo habían de desarrollarse los acontecimientos? Cuando, entusiasmado por el ejemplo de su gran actividad, declaré una noche que quería librarme de Olivi y dirigir en persona mis negocios, él me lo desaconsejó y pareció incluso que esta intención mía le alarmaba. Podía, en su opinión, dedicarme al comercio, pero tenía que permanecer sólidamente ligado a Olivi, a quien él conocía.

Estaba muy dispuesto a instruirme, y hasta llegó a anotar con su propia caligrafía en mi libreta tres mandamientos que él consideraba que bastaban para hacer que cualquier empresa prosperara: 1. No es preciso saber trabajar, pero el que no sabe hacer que trabajen los demás, sucumbe. 2. No hay más que un único gran remordimiento, el de no llegar a favorecer al propio interés. 3. En los negocios la teoría es utilísima, pero se la puede utilizar sólo cuando el trato ha sido liquidado.

Me sé de memoria este y muchos otros teoremas, pero a mí no me resultaron útiles.

Cuando admiro a alguien intento inmediatamente imitarle. Copié también al señor Malfenti. Quise ser y llegué a sentirme muy astuto. En una ocasión soñé incluso ser más astuto que él. Me parecía que había encontrado un error en su organización comercial y quise decírselo enseguida para conquistar su aprecio. Un día, en su mesa en el Tergesteo le detuve cuando, discutiendo un negocio, estaba insultando a su interlocutor. Le advertí que, en mi opinión, se equivocaba al proclamar ante todos su astucia. Según yo, en los negocios, un auténtico hombre astuto debería hacerse pasar por tonto.

Se rió de mí. Su fama de astuto era muy útil. Muchos venían a pedir su consejo y le traían noticias frescas mientras que él les retribuía con utilísimos consejos, confirmados por una experiencia asentada ya desde la Edad Media. En algunas ocasiones también tenía la oportunidad de conseguir, junto con las noticias, la posibilidad de vender algunas mercancías. En último lugar —y se puso entonces a gritar porque le pareció que había por fin

encontrado el argumento definitivo para convencerme—, para vender o comprar de manera ventajosa todos se dirigían al más astuto. Del bobo no se podía esperar otra cosa excepto inducirlo a sacrificar todo posible beneficio, pero su mercancía era siempre más cara que la del astuto, porque ya en el momento de la compra le habían estafado.

Yo era la persona más importante para él en aquella mesa. Me confió secretos comerciales suyos que yo nunca traicioné. Había depositado bien su confianza, tanto es así que consiguió engañarme dos veces, cuando ya había pasado a ser su yerno. En la primera ocasión su sagacidad me costó dinero, pero fue a Olivi a quien engañó y por eso no me dolió demasiado. Olivi me había enviado a él para obtener con astucia unas informaciones y, de hecho, las obtuvo. Fueron tales que nunca me las perdonó y, cuando abría la boca para darle algún dato, me preguntaba: «¿Quién se lo ha dicho? ¿Su suegro?». Para defenderme tuve que defender a Giovanni y acabé por sentirme más estafador que estafado. Un sentimiento de lo más agradable.

Pero en otra ocasión fui yo quien hizo el papel de imbécil, aunque, ni siquiera en esa ocasión, llegué a albergar sentimientos de rencor hacia mi suegro. Él

despertaba a veces mi envidia y otras veces mi hilaridad. Veía en mi desgracia la exacta aplicación de sus principios, que él nunca me había explicado tan bien. Encontró también el modo de reírse de todo ello conmigo, sin confesar nunca haberme engañado y afirmando no poder por menos que reírse del aspecto cómico de mi mala suerte. En una sola ocasión confesó haberme jugado esa mala pasada y fue en la boda de su hija Ada (no conmigo) tras haber bebido champán; algo que alteró a esa corpulenta anatomía suya, acostumbrada a beber agua pura por lo general.

Entonces contó, gritando para vencer la hilaridad que le impedía hablar:

—¡Aparece entonces ese decreto! Abatido, me encuentro haciendo el cálculo de lo que me va a costar. En ese momento entra mi yerno. Me declara que quiere dedicarse al comercio. «Aquí tienes una buena ocasión», le digo. Él se arroja sobre el documento para firmarlo temiendo que Olivi pudiese llegar a tiempo para impedirselo y el trato queda concluido. Después me dedicaba grandes alabanzas. Conoce a los clásicos de memoria. Sabe quiénes han dicho esto y lo otro. Y, sin embargo, ¡no sabe leer un periódico!

¡Tenía razón! Si hubiera visto ese decreto publicado en algún lugar poco llamativo de los cinco periódicos que leo, no habría caído en la trampa. Hubiera debido también entender ese decreto y ver sus consecuencias, lo que no era tan fácil porque por medio de él se reducía la tasa de un impuesto y la mercancía de que se trataba sufría una depreciación.

Al día siguiente, mi suegro desmintió sus confesiones. El negocio, según sus palabras, volvía a adquirir la fisonomía que había tenido antes de aquella cena.

«El vino inventa», decía él con toda serenidad, y quedaba así establecido que el decreto en cuestión había sido publicado dos días después de la conclusión del acuerdo. Nunca llegó a pronunciar la suposición de que si yo hubiera visto ese decreto podría haberlo malinterpretado. Yo me sentí halagado, pero no era por amabilidad por lo que me exoneraba, sino porque pensaba que cualquiera, al leer los periódicos, por fuerza tenía que recordar lo relacionado con sus propios intereses. En cambio yo, cuando leo un periódico, siento que me transformo en opinión pública, y viendo la reducción de una tasa recuerdo a Cobden[11] y el libre cambio. Es un pensamiento tan importante que no deja lugar a ningún recuerdo de mi mercancía.



En una ocasión, sin embargo, ocurrió que logré conquistar su admiración, y hacia mí justamente, tal como soy y por mis peores cualidades, además. Teníamos, él y yo, desde hacía mucho tiempo unas acciones de una fábrica de azúcar de las que esperábamos maravillas. Las acciones, en cambio, bajaban, ligeramente pero a diario, y Giovanni, que no quería nadar contra corriente, se deshizo de las suyas y me convenció para que hiciera lo mismo. Completamente de acuerdo, me hice el propósito de dar esa orden de venta a mi agente y tomé nota de ello, entretanto, en una libreta cuyo uso, en aquella época, había vuelto a establecer. Pero ya se sabe que durante el día no se miran los bolsillos y, de esta manera, a lo largo de varias noches, tuve la sorpresa de encontrar en mi libreta esa anotación en el momento de acostarme y demasiado tarde para que se le pudiese dar utilidad. La contrariedad me llevó a gritar en una ocasión y, para no tener que dar demasiadas explicaciones a mi mujer, le dije que me había mordido la lengua. En otra ocasión, atónito ante mi distracción, me mordí las manos.

«Cuidado con los pies, ahora», dijo mi mujer riendo. No hubo después otras desgracias porque estaba ya acostumbrado. Miraba estupefacto esa maldita libreta, demasiado ligera para atraer la atención sobre sí misma durante el día, y no volvía a pensar en ello hasta la noche siguiente.

Un día, un imprevisto aguacero me obligó a buscar refugio en la Bolsa, en el Tergesteo. Encontré allí, por casualidad, a mi agente, que me dijo que en los últimos ocho días el precio de las acciones se había casi reduplicado.

—¡Pues ahora, vendo! —exclamé triunfante.

Corrí hacia mi suegro, quien conocía ya el aumento de precio de esas acciones y se reprochaba el haber vendido las suyas y se culpaba también, con menor intensidad, por haberme inducido a vender las mías.

—¡Tómatelo con calma! —dijo riendo—. Es la primera vez que pierdes por haber seguido un consejo mío.

El otro negocio no se había debido a un consejo suyo sino a una propuesta por su parte, algo que, según él, era muy diferente.

Yo me eché a reír con ganas.

—¡Pero si yo no he seguido ese consejo! —No me bastaba mi suerte e intenté adjudicarme además un mérito. Le conté que las acciones no se venderían hasta el día siguiente y, adoptando aires de importancia, quise hacerle creer que había recibido unas informaciones que había olvidado darle a él y que habían sido esas

noticias las que me habían convencido para que no tuviera en cuenta su consejo. Airado y ofendido me replicó, sin mirarme a la cara:

—Cuando se tiene una cabeza como la tuya no hay que dedicarse a los negocios. Y cuando aconteciera que se hubiera cometido una tal maldad, no se confiesa. Son muchas las cosas que aún tienes que aprender tú.

Sentí haberle irritado. Era mucho más divertido cuando él me perjudicaba. Le conté sinceramente cómo habían transcurrido los hechos.

—Como verás es precisamente con una mente como la mía cuando conviene dedicarse a los negocios.

Apaciguado de repente, se rió conmigo:

—Lo que sacas de ese negocio no es un útil, es una indemnización. Esa cabeza tuya fue mucho lo que te costó, de manera que es justo que te reembolse parte de tus pérdidas.

No sé por qué me he detenido tanto a contar las disputas que tuve con él y que son tan pocas. Le quise de la manera más sincera, tanto es así que busqué su compañía a pesar de que tenía la costumbre de gritar para pensar más claramente. Mis tímpanos sabían soportar sus berridos. Si las hubiera pregonado con menos gritos, esas teorías tan inmorales hubieran sido más ofensivas y, si él hubiera sido más educado, su fuerza hubiera parecido menos importante. Y, a pesar de que yo era tan diferente a él, creo que él correspondió a mi afecto con uno parecido. Lo sabría con mayor certeza si él no hubiera fallecido tan pronto. Siguió impartíendome constantes lecciones a lo largo de mi matrimonio y las aderezó a menudo con gritos e insolencias que yo encajaba convencido de que me las merecía.

Me casé con su hija. La misteriosa madre naturaleza encaminó mis pasos y podrá verse con qué imperativa violencia. Ahora, de vez en cuando, examino con atención las caras de mis hijos e intento averiguar si junto a mi fina barbilla,

señal de debilidad, junto a mis soñadores ojos, que yo les he transmitido, hay en ellos, al menos, algún rasgo de la fuerza brutal del abuelo que elegí para ellos.

Y en la tumba de su abuelo lloré, a pesar de que el último adiós que me dio no fue demasiado afectuoso. Desde su lecho de muerte, me dijo que admiraba mi descarada buena suerte que me permitía moverme en libertad mientras que él estaba atado a ese lecho. Yo, sorprendido, le pregunté qué es lo que había hecho para que él deseara verme enfermo. Así fue como me contestó:

—Si transmitiéndote mi enfermedad yo pudiera librarme de ella, ¡te la cedería al instante, agravándola incluso! ¡Yo no tengo los escrúpulos humanitarios que tú tienes!

No había nada ofensivo en ello; le hubiera gustado volver a repetir aquel negocio con el que había conseguido endosarme una mercancía deteriorada. Además, también en esta ocasión había habido una caricia porque no me desagradaba ver explicada mi debilidad por los escrúpulos humanitarios que él me atribuía.

En su tumba, como en todas aquellas junto a las que lloré, mi dolor estuvo destinado también a esa parte de mí mismo que allí quedaba sepultada. ¡Qué pérdida para mí verme privado de ese segundo padre, ordinario, ignorante, luchador feroz que hacía que destacasen mi debilidad, mi cultura, mi timidez! Ésta es la verdad: ¡soy tímido! Nunca lo hubiera descubierto de no encontrarme ahora estudiando aquí a Giovanni. ¡Cuánto mejor hubiera llegado a conocerme a mí mismo si él hubiera seguido estando a mi lado!

Me di cuenta pronto de que en su mesa del Tergesteo, donde se divertía en mostrarse como era e incluso un poco peor, Giovanni se imponía una reserva: no hablaba nunca de su casa o sólo cuando era imprescindible, de forma comedida y con una voz algo más dulce de lo habitual. Sentía un gran respeto por su casa y tal vez le parecía que no todos aquellos que se sentaban a esa mesa de trabajo merecían saber algo de ese aspecto de su vida. Supe allí solamente que sus cuatro hijas tenían nombres que empezaban por A; algo muy práctico, en su opinión, porque las cosas en que estaba grabada esa inicial podían pasar de una a otra, sin tener que alterarlas. Se llamaban (aprendí, enseguida, de memoria los nombres): Ada, Augusta, Alberta y Anna. En aquella mesa se afirmó asimismo que las cuatro eran guapas. La inicial me llamó la atención más de lo que

el asunto merecía.[12] Soñé con aquellas cuatro muchachas tan unidas por su nombre. Parecía que hubieran de ser entregadas en un mismo ramillete, y su inicial parecía querer añadir algo más. Me llamo Zeno y tenía por eso la impresión de estar a punto de escoger esposa lejos de mis dominios.

Fue tal vez casualidad que antes de presentarme en casa de Malfenti hubiese cortado una relación bastante antigua con una mujer que quizá hubiera merecido

mejor trato. Una casualidad que da que pensar. La decisión de tal ruptura se dio por razones de poco peso. A la pobre le había parecido un buen sistema, para mejor atarme, el ponerme celoso. La sospecha, en cambio, fue suficiente como para empujarme a abandonarla definitivamente. Ella no podía saber que entonces estaba yo entregado a la idea del matrimonio y que creía no poder contraerlo con ella, sólo porque con ella la novedad no habría resultado lo bastante intensa. La sospecha que había hecho nacer en mí, de manera artificial, era una

demostración de la superioridad del matrimonio, estado en el que tales sospechas no deben nacer. Cuando esa sospecha, de la que enseguida comprendí lo poco fundada que estaba, se desvaneció, recordé también que solía gastar demasiado. Hoy en día, después de veinticuatro años de honesto matrimonio, no tengo ya

esa opinión.

Para ella resultó una auténtica suerte, porque pocos meses después se casó con alguien muy bien situado y consiguió el anhelado cambio antes que yo. Nada más casarme la encontré de visita en mi casa porque su marido era amigo de mi suegro. Volvimos a vernos a menudo pero, durante muchos años, mientras fuimos jóvenes, entre nosotros reinó la máxima reserva y nunca se hizo la menor alusión al pasado. El otro día me preguntó de buenas a primeras, con su cara, enmarcada con grises cabellos, juvenilmente sonrojada:

—¿Por qué me dejaste?

Yo fui sincero porque no tuve el tiempo necesario para construir una mentira:

—Ya no lo sé, pero desconozco también muchas otras cosas de mi vida.



—Lo siento —dijo, y ya me inclinaba ante el cumplido que así me prometía—. En la vejez, me parece usted un hombre muy divertido. —Me enderecé con alguna dificultad. La ocasión no requería agradecimientos.

Me enteré un día de que la familia Malfenti había regresado a la ciudad de un viaje de recreo bastante prolongado, que había seguido al veraneo en el campo. No llegué a dar ningún paso para entrar en aquella casa porque Giovanni se me adelantó.

Me dejó ver la carta de un amigo íntimo suyo que pedía saber de mí. Había sido compañero mío de estudios y le había apreciado mucho mientras creí que estaba destinado a convertirse en un gran químico. Ahora, en cambio, no me importaba nada porque se había convertido en un gran comerciante en abonos y, en su nueva condición, no lo conocía en absoluto. Giovanni me invitó a su casa precisamente porque era el amigo de ese amigo suyo y, claro está, yo me guardé muy mucho de protestar.

Recuerdo aquella primera visita como si se hubiera producido ayer. Era una tarde oscura y fría de octubre; y recuerdo incluso el alivio que me supuso desprenderme del abrigo en el calor de

aquella casa. Estaba a punto de llegar a puerto. Aún hoy me admiro de tanta ceguera que me pareció clarividencia entonces. Corría tras la salud, la legitimidad. Es verdad que aquella inicial A encerraba a cuatro muchachas, pero tres de ellas se verían enseguida eliminadas y, por lo que se refiere a la cuarta, también ella habría de sufrir de inmediato un severo examen. Yo a resultar un juez muy severo iba. Pero entretanto no hubiera podido decir las cualidades que pretendía de ella y las que aborrecía.

En el elegante y vasto salón amueblado en dos diferentes estilos, Luis XIV y veneciano rico con oro grabado incluso en las piezas de cuero, dividido en dos partes por los muebles como era costumbre de la época, encontré sola a Augusta, leyendo junto a una ventana. Me dio la mano, conocía mi nombre y llegó incluso a decirme que me esperaban porque su padre había avisado de mi visita. A continuación se marchó para llamar a su madre.

De las cuatro muchachas con idéntica inicial, una desaparecía en lo que a mí se refería. ¿Cómo habían podido llamarla guapa? La primera cosa que destacaba en ella era un estrabismo tan marcado que, al pensar en ella tras mucho tiempo de no verla, la personificaba por entero. Tenía además unos cabellos no muy

abundantes, rubios, pero de un tono oscuro carente de luz, y su figura, agraciada, era sin embargo algo rellena para su edad. En los pocos instantes en que permanecí solo pensé: «¡Si las tres restantes se parecen a ésta...!».

Poco después, el grupo de las muchachas se redujo a dos. Una de ellas, que hizo su entrada junto a la madre, no tenía más que ocho años. ¡Muy mona esa niña de cabellos ensortijados, luminosos, largos y sueltos sobre los hombros! Por sus facciones rellenitas y dulces se parecía a un angelito pensativo (mientras estaba callada) como los imaginaba Rafael.

Mi suegra... ¡Bien!, también yo siento alguna incomodidad al querer hablar de ella con toda libertad. La quiero desde hace muchos años porque es mi madre, pero estoy narrando una antigua historia en la que ella no representó un papel amigo y tengo la intención de no dirigirle, ni siquiera en estas hojas que nunca

verá, palabras que puedan no ser respetuosas.

Su participación en los hechos fue además tan breve que hubiera podido incluso no tenerla ya en cuenta: un empujoncito en el

momento oportuno, no más intenso de cuanto se requería para hacerme perder mi escaso equilibrio. Tal vez hubiera llegado a perderlo también sin necesidad de su intervención, y además ¿quién sabe si ella quiso realmente lo que ocurrió? Es tan educada que no puede pasarle como a su marido que, bebiendo demasiado, llegue a revelarme sucesos que me conciernen. De hecho, nunca pasó nada parecido y por eso estoy contando una historia que no conozco bien; es decir, no sé si se debe a su astucia o a mi estupidez que yo me haya casado, de entre sus hijas, con aquella a la que no quería.

En cambio puedo afirmar que en la época de aquella primera visita, mi suegra era aún una mujer hermosa. Era elegante también, según su especial manera de vestir con un lujo poco llamativo. Todo en ella era suave y discreto.

Tenía así, en mis propios suegros, un ejemplo de armonización de contrarios entre marido y mujer como yo soñaba. Habían sido muy felices juntos; él siempre gritando y ella sonriendo con una sonrisa que, al mismo tiempo, quería expresar asentimiento y compasión. Ella amaba a su hombretón y él tuvo seguramente que conquistarla y conservarla a fuerza de conseguir llevar a cabo buenos negocios. No el interés sino una sincera admiración la

ataba a él, una admiración que yo compartía y que, por tanto, no me costaba comprender. La

intensa vivacidad que él invertía en un ámbito tan restringido, una jaula en la que no había otra cosa que una mercancía y dos contrincantes (las dos figuras del contrato), donde nacían y se contraían nuevas combinaciones y relaciones, animaba la vida de manera maravillosa. Le contaba todos sus negocios y ella era tan bien educada que no daba nunca consejos por temor a distraer su trayectoria. Él sentía la necesidad de ese mudo apoyo y, a veces, corría a su casa a escuchar su propio monólogo, convencido de ir a escuchar el consejo de su esposa.

No supuso ninguna sorpresa para mí enterarme de que él la traicionaba, que ella lo sabía y no le guardaba rencor. Llevaba yo un año casado cuando un día Giovanni, muy alterado, me contó que había perdido una carta muy importante para él y quiso revisar unos papeles que me había entregado, esperando encontrarla entre ellos. Pocos días después, en cambio, todo contento me contó que la había encontrado en su cartera. «¿Era de una mujer?», pregunté yo, y él indicó que sí con la cabeza, jactándose de su buena suerte. Después yo, para defenderme, un día en el que me acusaban de haber perdido unos papeles, dije a mi suegra y a mi mujer que no podía contar con

tener la suerte de su padre, a cuya cartera las cartas regresaban solas. Mi suegra se echó a reír de tan buena gana que no me quedó ninguna duda de que ella había sido quien había vuelto a ponerla en su lugar. Evidentemente, en sus relaciones, esto carecía de importancia. Cada cual ama como le parece, y la suya, en mi opinión, no era la forma más estúpida. La señora me recibió con gran amabilidad. Se excusó por llevar consigo a la pequeña Anna que estaba en uno de esos especiales momentos en que no se la podía dejar con otras personas. La niña me miraba examinándome con ojos serios. Cuando Augusta regresó y se sentó en un pequeño sofá enfrente de aquel en que nos sentábamos la señora Malfenti y yo,

la pequeña fue a refugiarse en el regazo de su hermana, desde donde me observó durante todo el tiempo con una persistencia que me pareció divertida mientras no supe qué pensamientos se agitaban en esa cabecita.

La conversación no resultó divertida en los primeros momentos. La señora, como todas las personas bien educadas, era bastante aburrida en un primer encuentro. Me preguntaba incluso demasiadas cosas del amigo que se pretendía era el que me había introducido en aquella casa y del que yo no recordaba ni su nombre de pila.

Hicieron por fin su entrada Ada y Alberta. Respiré aliviado: las dos eran guapas y llevaban a ese salón la luz que hasta entonces había faltado. Las dos eran morenas y altas y esbeltas pero muy diferentes entre sí. No era difícil la elección que tenía que hacer. Alberta tenía entonces no más de diecisiete años. Como su madre, tenía —aun siendo morena— la piel rosada y transparente, lo que incrementaba lo infantil de su aspecto. Ada, en cambio, era ya una mujer con unos ojos muy serios en una cara que, para resultar más nivea, era una poco azulada y su cabellera rica, rizada, estaba peinada con gracia y severidad.

Es difícil descubrir los apacibles orígenes de un sentimiento que se volvió luego tan violento, pero estoy seguro de que, en mi caso, estuvo ausente el llamado coup de foudre por Ada. Se vio sustituido, sin embargo, por el convencimiento inmediato de que esa mujer era la que yo necesitaba y la que debía conducirme a la salud moral y física a través de la sagrada monogamia. Cuando pienso en ello me sorprende que ese repentino flechazo no se diera y que hubiera en cambio tal convicción. Ya se sabe que los hombres buscamos en la esposa las cualidades

que adoramos y despreciamos en la amante. Parece, por tanto, que no vi de inmediato todos los adornos y la belleza de Ada, sino que me detuve hechizado a

admirar otras cualidades que le atribuí de seriedad y de energía también; las cualidades, en definitiva, algo mitigadas en ella, que yo gustaba de ver en su padre. Dado que más tarde creí (como todavía creo) que no me había equivocado y que Ada, de joven, poseía tales cualidades, puedo considerarme un buen observador pero un buen observador bastante ciego. En aquella primera ocasión yo miré a Ada con un único deseo: el de enamorarme de ella, porque ése era el paso que había que cumplir para casarme con ella. Me apliqué a esa tarea con la energía que dedico siempre a mis prácticas higiénicas. No sé decir cuándo lo conseguí; tal vez ya en el tiempo relativamente corto de esa primera visita.

Giovanni debía de haber hablado mucho de mí a sus hijas. Ellas sabían, entre otras cosas, que había pasado, en mis estudios, de la facultad de leyes a la de químicas para regresar luego —por desgracia— a la primera. Intenté explicarme: estaba seguro de que cuando nos encerrábamos en una facultad, la mayor parte del conocimiento quedaba cubierta por la ignorancia. Y decía:



—Si ahora no me urgieran las cosas serias de la vida —y no mencioné que tal seriedad la sentía yo desde hacía poco tiempo, desde que había resuelto casarme

—, hubiera vuelto a pasar de una facultad a otra.

Después, para despertar la risa de mi auditorio, dije que era curioso que yo abandonase una facultad justo en el momento de tener que pasar los exámenes.

—Daba esa casualidad —decía con la sonrisa de quien quiere dar a entender que está diciendo una mentira. Y, en cambio, la verdad era que había cambiado de estudios en las más diferentes épocas del año.

Partí así a la conquista de Ada y perseveré en el esfuerzo de hacer que se riera de mí y a mi costa, olvidando que la había elegido por su seriedad. Soy algo extravagante, pero a ella le debí de parecer un auténtico desequilibrado. No toda la culpa fue mía, y esto se ve por el hecho de que Augusta y Alberta, que yo no había elegido, me juzgaron de manera muy diferente. Pero Ada, que precisamente entonces era tan seria como para girar alrededor sus bellos ojos en busca del hombre que ella habría de admitir en

su nido, era incapaz de amar a la persona que le hacía reír. Reía, reía durante largo rato y su risa cubría de un aspecto ridículo a la persona que había provocado su regocijo. La suya era una auténtica inferioridad y tenía que acabar por perjudicarla, pero me perjudicó antes a mí. Si hubiera sabido callarme a tiempo tal vez las cosas habrían ido de otra manera. De momento, le habría dejado ocasión para que ella hablara, para que se me revelase tal cual era y pudiera preservarme de ella.

Las cuatro muchachas estaban sentadas en el pequeño sofá en el que a duras penas cabían, a pesar de que Anna estuviese sentada en las rodillas de Augusta. Así, juntas, estaban muy guapas. Pude constatarlo con una íntima satisfacción al ver lo magníficamente encaminado que estaba a la admiración y al amor.

¡Auténticamente guapas! El color desvaído de Augusta servía para destacar el moreno de los cabellos de las restantes hermanas.

Yo había hablado de la universidad y Alberta, que estaba cursando el penúltimo año del bachillerato, habló de sus estudios. Se quejó de que el latín le resultaba muy difícil. Dije que no me sorprendía porque se trataba de una lengua no adecuada para las mujeres, tanto es así que yo pensaba que, ya entre los antiguos romanos, las mujeres hablaban italiano. En cambio, para mí —

afirmé— el latín había sido mi asignatura favorita. Poco después, sin embargo, caí en el

desacierto de usar una cita latina que Alberta se vio obligada a corregir. ¡Una auténtica mala suerte! No le concedí importancia y advertí a Alberta que cuando ella tuviera tras de sí una decena de semestres de universidad, también ella tendría que guardarse de hacer citas latinas.

Ada, que recientemente había estado con su padre algunos meses en Inglaterra, contó que en ese país muchas jóvenes conocían el latín. Después y siempre con su seria voz, ajena a cualquier musicalidad, algo más baja de lo que se hubiera esperado de la gentil personita que ella era, contó que las mujeres en Inglaterra eran muy diferentes a las de nuestro país. Se asociaban con finalidades caritativas, religiosas y hasta económicas. Ada se vio invitada a seguir hablando por parte de sus hermanas, que querían volver a escuchar las cosas que les parecían maravillosas a las jóvenes de nuestra ciudad en aquella época. Para complacerlas, Ada habló de esas mujeres presidentes, periodistas, secretarias y propagandistas políticas que subían a la tribuna para hablar a centenares de personas sin ruborizarse y sin azorarse cuando se las interrogaba y veían cómo sus argumentos resultaban refutados. Hablaba de ello con sencillez, con poco color, sin la menor intención de sorprender o hacer reír.

Me gustaban sus sencillas expresiones, a mí, que en cuanto abría la boca pasaba

a desfigurar cosas o personas, porque, de lo contrario, me hubiera parecido inútil hablar. Sin ser un orador, tenía la enfermedad de las palabras. La palabra debía ser un acontecimiento en sí para mí, y por ello no podía estar sometida a ningún otro hecho.

Sentía sin embargo un odio especial hacia la pérfida Albión y lo expresé sin temor a ofender a Ada, quien, por otra parte, no había manifestado ni odio ni amor hacia Inglaterra. Yo había vivido allí durante algunos meses, pero no había llegado a conocer a ningún inglés de la alta sociedad, dado que en los viajes había perdido unas cartas de presentación que me habían proporcionado algunos hombres de negocios amigos de mi padre. En Londres, por tanto, había visitado sólo a algunas familias francesas e italianas, y había acabado por pensar que todas las personas de bien en esa ciudad procedían del continente. Mi conocimiento del inglés era muy limitado. Con la ayuda de unos amigos pude comprender, sin embargo, algo de la vida de los habitantes de esa isla y sobre todo resulté informado de su antipatía hacia los que no fueran ingleses.

Describí a las muchachas la poco agradable sensación que me había producido mi estancia entre tales enemigos. Habría podido sin embargo resistir y soportar Inglaterra durante aquellos seis meses que mi padre y Olivi querían infligirme para que estudiase el comercio inglés (con el que de todas maneras no llegué a toparme nunca, porque se hace al parecer en lugares recónditos) si no me hubiera acontecido una desagradable aventura. Había ido a una librería a comprar un diccionario. En esa tienda, sobre el mostrador, descansaba tumbado un enorme y magnífico gato de angora que realmente despertaba la tentación de acariciar su suave pelo. Pues bien, sólo porque dulcemente lo acaricié, el gato me atacó con saña y me arañó profundamente las manos. Desde aquel instante no pude ya soportar Inglaterra y al día siguiente estaba en París.

Augusta, Alberta e incluso la señora Malfenti rieron de buena gana. Ada en cambio estaba asombrada y creía haber malinterpretado la anécdota. ¿Había sido, por lo menos, el librero el que me había ofendido y arañado? Tuve que volver a repetir mi historia, algo que resulta aburrido porque siempre repite uno mal.

Alberta, la sabia, quiso ayudarme:

—También los antiguos se dejaban orientar en sus decisiones por los movimientos de los animales.

No acepté su ayuda. El gato inglés no se había comportado como un oráculo,

¡había actuado como el destino!

Ada, con sus grandes ojos abiertos de par en par, quiso más explicaciones:

—¿Y el gato representó para usted a todo el pueblo inglés?

¡Qué desdichado era! Aun siendo cierta, esa aventura me había parecido instructiva e interesante como si hubiera sido inventada para unas concretas finalidades. Para entenderla ¿no bastaba recordar que en Italia, donde conozco y quiero a tantas personas, el comportamiento de ese gato no habría llegado a adquirir tanto peso? Pero no fue esto lo que dije y sí lo siguiente:

—Lo que está claro es que ningún gato italiano sería capaz de comportarse de esa manera.

Ada se echó a reír durante un buen rato, un rato muy largo. Me pareció incluso demasiado grande mi éxito, de modo que me rebajé, y rebajé también mi aventura con más detalles:

—El mismo librero se sorprendió de la actuación del gato que, con todos los demás, se portaba correctamente. La aventura me había sido deparada por ser yo o porque era italiano. It was really disgusting y tuve que salir corriendo.

Aquí sucedió algo que debería haberme alertado y salvado. La pequeña Anna, que hasta entonces había permanecido inmóvil, con grandes gritos se lanzó a explicar el sentimiento de Ada. Gritó:

—¿Está loco, loco de remate? La señora Malfenti la amenazó:

—¿Quieres estar callada? ¿No te da vergüenza meterte en las conversaciones de los mayores?

La amenaza empeoró las cosas. Anna gritó:

—¡Está loco! ¡Habla con los gatos! ¡Deberíamos conseguir unas cuerdas para atarlo!

Augusta, roja por el enojo, se levantó y se la llevó mientras la reprendía y me pedía, al tiempo, perdón. Pero, desde la puerta, la pequeña víbora pudo aún mirarme a los ojos, dedicarme una atroz mueca y gritarme:

—¡Ya verás como acabarán por atarte!

El ataque había sido tan inesperado que no supe cómo defenderme en un primer momento. Sentí algún alivio, en cambio, al advertir que también Ada lamentaba haber visto manifestar de esa manera sus propios sentimientos. La impertinencia de la pequeña nos había acercado.

Conté riendo abiertamente que también yo, en casa, tenía un certificado debidamente sellado que atestiguaba bajo cualquier aspecto mi salud mental. Así fue como llegaron a saber la pasada que le había jugado a mi anciano padre. Propuse hacer llegar ese certificado a la pequeña Annetta.

Cuando hice el ademán de marcharme, me lo impidieron. Querían que antes olvidase los arañazos con que me había obsequiado su hermana pequeña. Me retuvieron ofreciéndome una taza de té.



Es verdad que, de alguna vaga manera, me di cuenta enseguida de que para que Ada me apreciara debería haberme mostrado algo diferente de como realmente era; llegué a pensar que no me resultaría difícil ser como ella quería que fuese. La conversación volvió a centrarse en la muerte de mi padre y me pareció que al revelar el gran dolor que aún pesaba sobre mí, la sería Ada podría llegar a sentirlo conmigo. De inmediato, sin embargo, en el esfuerzo por parecerme a ella, perdí mi naturalidad y por tal motivo me alejé —como se verá a continuación— enseguida de ella. Dije que el dolor por una pérdida como ésta

era tal que si yo llegaba a tener hijos intentaría comportarme de manera que llegaran a amarme menos, para ahorrarles el tener que sufrir, más adelante, por mi pérdida. Me sentí algo confundido cuando me preguntaron de qué manera pensaba actuar para conseguir esa finalidad. ¿Pegarles y maltratarles? Alberta, riendo, dijo:

—La mejor medida sería matarles.

Veía que a Ada le animaba el deseo de no desagradarme. Vacilaba por ello, pero cualquier esfuerzo por su parte no podía conducirla más allá de la vacilación. Dijo después que se daba

cuenta de que era por bondad por lo que yo pensaba organizar así la vida de mis hijos, pero que no le parecía apropiado vivir preparándose para la muerte. Me empeiné y afirmé que la muerte era la auténtica organizadora de la vida. Yo siempre pensaba en la muerte y por ello no tenía mayor dolor que la certeza de tener que morir. Las restantes cosas se tornaban tan carentes de importancia que no les reservaba más que una alegre sonrisa o una risa igualmente alegre. Me había dejado arrastrar a decir cosas que

eran algo menos verdaderas, especialmente en el momento de encontrarme con ella que representaba una parte de mi vida que se había vuelto ya tan importante. Sinceramente, creo que le hablé así por mi deseo de darle a entender que yo era un hombre muy alegre. A menudo la alegría me había ayudado con las mujeres.

Pensativa y vacilante, me confesó que no le gustaba un estado de ánimo como ése. Al rebajar el valor de la vida, se la vuelve aún más peligrosa de lo que la madre naturaleza querría. En realidad, Ada me había dicho que yo no era adecuado para ella, pero yo había conseguido, aun así, verla vacilante y pensativa y ya sólo eso me pareció un éxito.

Alberta citó a un filósofo antiguo que debía de parecerse a mí en la interpretación de la vida y Augusta dijo que la risa estaba muy bien. También su padre la cultivaba abundantemente.

—¡Porque le gustan los buenos negocios! —dijo la señora Malfenti riendo. Di por concluida al fin aquella visita digna de ser recordada.

No hay nada más difícil en la vida que conseguir contraer matrimonio como es debido. Es fácil advertirlo en mi caso, donde la decisión de casarme había sido tan anterior a la elección de la novia. ¿Por qué no me molesté en ver a un sinfín de candidatas antes de elegir? ¡No! Parecía que me molestara ver a demasiadas mujeres y preferí no esforzarme.

Una vez que hube elegido a la joven, habría podido examinarla algo mejor y asegurarme al menos de que estaría dispuesta a encontrarse conmigo a mitad de camino, como suele suceder en las novelas sentimentales con final feliz. Yo, en cambio, elegí a la chica de voz muy grave y cabellera algo rebelde, pero severamente peinada, y pensé que, siendo tan seria, no rechazaría a un hombre inteligente, no mal parecido, rico y de buena familia como yo era. Ya en las primeras palabras que nos dirigimos, me

pareció oír algo que desafinaba, pero la disonancia es la vía para alcanzar el unísono. Es más, debo confesar que pensé:

«Ella tiene que seguir siendo como es porque es así como me gusta y seré yo el que cambie si ella lo quiere». En conjunto, era yo muy modesto porque es desde luego más fácil cambiar uno mismo que reeducar a los demás.

Tras un muy breve espacio de tiempo la familia Malfenti se convirtió en el centro de mi vida. Pasaba todas las noches con Giovanni que, tras haberme introducido en su casa, se había vuelto conmigo aún más afable e íntimo. Tanta

fue su afabilidad que hizo que me volviera hasta oprimentemente asiduo. Al principio visité a las señoras una vez a la semana, después más de una vez y acabé por ir a su casa todos los días a pasar allí varias horas por la tarde. Para instalarme en aquella casa no faltaron pretextos y creo no equivocarme también al decir que muchos me fueron ofrecidos. Alguna vez llevé conmigo mi violín y pasé bastantes horas dedicado a la música con Augusta, la única que en aquella casa tocaba el piano. Era una pena que Ada no tocara, era una pena además que yo tocara tan mal el violín y peor aún era que Augusta no fuera una buena intérprete. De cada sonata me veía obligado a eliminar alguna parte porque resultaba demasiado difícil, usando el pretexto no real de no haber

tocado el violín durante largo tiempo. El pianista es casi siempre superior al violinista aficionado y Augusta tenía una técnica aceptable, pero yo, que tocaba mucho peor que ella, no podía darme por satisfecho y pensaba: «Si supiera tocar como ella, ¡cuánto mejor interpretaría yo!». Mientras yo juzgaba a Augusta, los demás me juzgaban a mí y, como más tarde llegué a saber, no de la manera más favorable. Después Augusta hubiera deseado seguir interpretando nuestras sonatas, pero yo advertí que Ada se aburría con ellas, y por eso fingí en más de una ocasión haber olvidado mi violín en casa. Augusta dejó entonces de mencionar nuestros encuentros musicales.

Desgraciadamente yo no vivía con Ada sólo las horas que estaba en aquella casa. Muy pronto ella pasó a acompañarme durante todo el día. Era la mujer que había elegido, era por tanto ya mía y la adorné con todo tipo de sueños para que el premio de mi vida me resultase más bello. La adorné, le presté las muchas cualidades cuya necesidad sentía y de las que en cambio yo carecía, y todo porque ella tenía que convertirse, no sólo en mi compañera, sino también en una segunda madre que me conduciría a una vida completa, viril, de lucha y de victoria.

En mis sueños la embellecí, incluso físicamente, antes de entregarla a otros. En realidad, en mi vida corrí detrás de muchas mujeres y muchas de ellas se dejaron alcanzar. En mis sueños conseguí alcanzarlas a todas. Como es natural no las embellezco alterando sus rasgos, sino que hago como un amigo mío, pintor extremadamente cuidadoso, que, cuando retrata bellas mujeres, piensa intensamente también en otras cosas: en porcelana muy fina, por ejemplo. Es un sueño peligroso porque puede otorgar nuevo poder a las mujeres que se soñaron

y que al volver a ver a la luz de la realidad conservan algo de la fruta, las flores y la porcelana de que se vieron revestidas.

No me resulta fácil hablar de la manera en que cortejé a Ada. Hubo además una larga época de mi vida en la que me esforcé por olvidar esa estúpida aventura que realmente conseguía avergonzarme con ese tipo de vergüenza que lleva a gritar y protestar: «¡No es posible que yo haya sido tan asno!».

¡Y tanto que sí! Pero la protesta concede algo de alivio y yo insistí en ella. No hubiera sido tan malo si hubiese actuado de esa manera diez años antes, a los veinte años. Pero verme castigado por tanta estupidez, sólo porque había decidido casarme, me parece injusto. Tras haber pasado por todo tipo de aventuras,

afrentadas con un espíritu emprendedor que llegaba al descaro, volvía

a verme como el muchacho tímido que intenta tocar la mano de la amada sin que ésta, a lo mejor, se dé cuenta, y después adora esa parte de su cuerpo que alcanzó el honor de tal contacto. Ésta que ha sido la más pura aventura de mi vida,

incluso ahora que soy viejo, la recuerdo como la más sucia. Era algo fuera de lugar, inoportuno, como si un niño de diez años se aferrase al pecho de su nodriza. ¡Qué asco!

Cómo explicar además mis largos titubeos a la hora de hablar claro a la muchacha y decirle: ¡Decídetes! ¿Me quieres o no? Yo llegaba a esa casa directamente desde mis sueños; contaba los peldaños que me llevaban hasta el primer piso diciéndome que si eran impares esto probaría que ella me amaba, y siempre resultaban ser impares, dado que había cuarenta y tres. Llegaba hasta ella tutelado por una seguridad tan infalible como ésa y acababa por hablar de algo completamente diferente. ¡Ada no había encontrado todavía la ocasión para hacerme llegar su desprecio, y yo callaba! ¡También yo, en el lugar de Ada, habría recibido a ese muchacho de treinta años con patadas en el trasero! Tengo que aclarar que en un aspecto yo no me parecía en absoluto al joven enamorado que calla esperando que la amada

se le eche al cuello. No esperaba nada parecido. Yo hablaría, pero más tarde. Si no avanzaba se debía a las dudas sobre mí mismo. Esperaba volverme más noble, más fuerte, más digno de mi divina joven. Era algo que podía suceder de un día a otro. ¿Por qué no esperar?

Me avergüenzo también de no haberme dado cuenta a tiempo de que estaba destinado a un rotundo fracaso. Tenía que vérmelas con una muchacha de lo más simple y fue a fuerza de soñar como llegó a presentármeme con la apariencia de

la más adiestrada tentadora. Injusto fue también ese enorme rencor mío cuando consiguió hacerme ver que no estaba interesada en mí. Yo había mezclado tan íntimamente la realidad a los sueños que no conseguía aceptar que ella no me había besado nunca.

Es precisamente señal de escasa virilidad interpretar mal a las mujeres. Antes no me había equivocado nunca y tengo que creer que me equivoqué con Ada por haber falseado desde el primer momento mis relaciones con ella. Me había acercado a ella no para conquistarla sino para casarme con ella, lo que es un extraño camino para el amor; una senda ancha, un camino muy cómodo, que no conduce, sin embargo, a la meta por más que pueda acercarse a ella. Al amor al que por este camino se llega le falta



una característica esencial: la rendición de la mujer. El varón, de esta manera, se apresta a desempeñar su papel con una gran inercia que puede extenderse a todos sus sentidos, incluidos la vista y el oído. Diariamente llevé flores a las tres muchachas y obsequié a las tres con mis

rasgos de ingenio y, sobre todo, a diario, con una ligereza increíble, les relaté mi autobiografía.

Todo el mundo recuerda con más fervor el pasado cuando el presente adquiere una mayor importancia. Se dice incluso que los moribundos, en los últimos momentos, vuelven a ver toda su vida. Mi pasado se aferraba a mí, con la violencia del último adiós, porque yo tenía la sensación de estar me alejando de él. De este pasado hablé siempre a las tres muchachas, animado por la intensa atención de Augusta, que, tal vez, ocultaba la falta de atención de Ada, de la que no estoy seguro. Alberta, con su dulce talante, se conmovía con facilidad y escuchaba las descripciones de mis calaveradas estudiantiles con las mejillas enrojecidas por el deseo de vivir ella también en el futuro aventuras parecidas.

Mucho tiempo después, Augusta me dijo que ninguna de las tres muchachas dio nunca crédito a mis historias. A Augusta le parecieron, por ese mismo motivo, más valiosas porque, al

haberlas inventado yo, le parecía que me pertenecían más que si el destino me las hubiera asignado. A Alberta, esa parte que no creyó le resultó, en cambio, grata porque divisó en ella excelentes sugerencias. La

única que se indignó con mis mentiras fue la seria Ada. Tras tantos esfuerzos por mi parte, me sucedió como a ese jugador al que le ocurrió que consiguió acertar el centro de una diana que no era la suya, sino la de quien se encontraba al lado de él.

Y sin embargo, en gran medida, esas historias eran verdaderas. No puedo ya aclarar qué parte de ellas porque, al haberlas contado a tantas otras mujeres antes que a las jóvenes Malfenti, se alteraron, sin que me lo propusiera, para adquirir mayor expresividad. Eran verdaderas desde el momento en que yo no hubiera podido contarlas de otra manera. Hoy, ya no me importa probar su veracidad. No quisiera desilusionar a Augusta, a quien complace creerlas inventadas por mí. En

lo que a Ada se refiere, creo que ahora ya ha cambiado de opinión y las considera verdaderas.

Mi total fracaso con Ada se puso de manifiesto justo en el momento en el que creía que debía, por fin, hablar abiertamente. Recibí tal evidencia con sorpresa y, en un primer momento, con

incredulidad. Ella no había pronunciado ninguna palabra que manifestase la aversión que sentía hacia mí y yo, mientras, cerré los ojos para no ver esos pequeños gestos que estaban lejos de indicar alguna simpatía hacia mí. Yo mismo, además, no había dicho las palabras que se imponían y podía incluso imaginar que Ada no sabía que allí estaba, listo para casarme con ella, y pudiera ella creer que yo —el extravagante y poco virtuoso estudiante— pretendía algo completamente diferente.

El malentendido se prolongaba a causa de mis intenciones matrimoniales, claramente decididas. Es verdad que entonces ya deseaba a Ada toda por entero y había seguido imaginariamente mejorando el tono de sus mejillas, reduciendo el tamaño de sus manos y sus pies, y adelgazando y afinando sus medidas. La deseaba como esposa y como amante. Pero es decisiva la manera con que nos acercamos por primera vez a una mujer.

Ahora bien, sucedió que, por tres veces consecutivas, en aquella casa me recibieron las otras dos muchachas. La ausencia de Ada fue explicada la primera vez a causa de una visita inexcusable, la segunda por una indisposición y la tercera no recibió ninguna excusa hasta que yo, alarmado, no la hube requerido. Entonces Augusta, a la que me había dirigido por casualidad, no respondió.

Contestó en su lugar Alberta, a la que Augusta había dirigido la mirada como en demanda de ayuda: Ada había ido a visitar a una tía.

Sentí que el aire me faltaba. Era evidente que Ada me evitaba. El día anterior había podido soportar su ausencia y había incluso prolongado mi visita esperando que ella acabara por aparecer. Este día, en cambio, me quedé todavía allí durante algunos instantes, incapaz de abrir la boca, y después, pretextando un repentino dolor de muelas, me levanté para irme. ¡Qué curioso que en aquella primera ocasión el sentimiento más intenso que experimenté al chocar con la resistencia de Ada fuera de cólera y despecho! Pensé incluso en recurrir a Giovanni para llamar al orden a la joven. Un hombre que quiere casarse es capaz también de acciones como éstas, réplicas de las de sus antepasados.

Aquella tercera ausencia de Ada estaba llamada a convertirse en algo más

significativo. La casualidad quiso que descubriera que estaba en casa, pero recluida en su habitación.

Tengo que decir ante todo que en aquella casa había otra persona a la que no había conseguido conquistar: la pequeña Anna. Ante los demás ya no me atacaba, porque había sido duramente reprendida. Es más, en alguna ocasión había accedido a acompañar a sus hermanas y se había quedado a escuchar mis historias. Cuando me iba, sin embargo, me alcanzaba en la entrada de la casa, rogaba amablemente que me inclinase hacia ella, se elevaba sobre las puntas de los pies y, cuando llegaba hasta poder pegar su boquita a mi oreja, me decía bajando la voz de forma que sólo yo pudiera oírla: «¡Pero tú estás loco, loco de remate!».

Lo divertido es que, delante de los demás, la hipócrita me trataba de usted. Si estaba presente la señora Malfenti, pasaba a refugiarse entre sus brazos, y su madre la acariciaba diciendo: «¡Qué amable se ha vuelto la pequeña Anna! ¿No es así?».

Yo no protestaba y la amable Anna siguió llamándome loco, a menudo, de la misma manera. Recibía su declaración con una sonrisa cobarde que hubiera podido pasar por una expresión de agradecimiento. Esperaba que la niña tuviese el valor de no confesar sus agresiones a los adultos y no quería tener que revelar a Ada qué tipo de opiniones tenía su hermana pequeña sobre mí.

Esa niña acabó, por fin, por ponerme en una posición embarazosa. Si, cuando hablaba con los demás, mis ojos se cruzaban con los suyos, tenía que encontrar de inmediato la manera de mirar hacia otra parte, y no era fácil hacerlo con naturalidad. Desde luego, me sonrojaba. Me parecía que esa inocente podía perjudicarme con sus opiniones. Le llevé regalos que no consiguieron apaciguarla. Debió de darse cuenta de su poder y de mi debilidad en presencia de los demás y me dirigía miradas inquisitivas e insolentes. Creo que todos tenemos, en nuestra conciencia así como en nuestro cuerpo, puntos delicados, ocultos, en los que no pensamos de buen grado. No sabemos siquiera qué son, pero sabemos que están allí. Apartaba mi mirada de la mirada infantil que quería hurgar en esos lugares.

Pero ese día en que, solo y abatido, salía de esa casa y Anna me alcanzó para hacer que me inclinara y hacerme oír su habitual cumplido, me agaché hasta ella con tal cara descompuesta de auténtico loco y extendí hacia ella tan amenazadoramente las manos, contraídas en forma de garra, que ella huyó llorando y gritando.

Fue así como llegué a ver a Ada también ese día, porque fue ella la que acudió al oír esos gritos. La pequeña contó sollozando que yo la había amenazado con dureza porque ella me había llamado loco:

—Porque está loco y quiero decírselo. ¿Qué tiene de malo?

No me quedé a oír a la niña, sorprendido al ver que Ada se encontraba en casa.

¡Sus hermanas habían, entonces, mentido; es más, sólo lo había hecho Alberta, a la que Augusta le había pasado la responsabilidad, librándose ella! Por un instante, estuve acertado de la más exacta manera, adivinándolo todo. Le dije a Ada:

—Me alegro de verla. Creía que estaba desde hace tres días en casa de su tía. Ada no me respondió porque antes se inclinó hacia la niña que lloraba. Esa

pausa antes de obtener las explicaciones a que creía tener derecho hizo que la

sangre se me subiera vehementemente a la cabeza. Me faltaban las palabras. Di otro paso para acercarme a la puerta de salida y, si Ada no hubiera hablado, yo me hubiese ido y no hubiera regresado nunca más. En medio de la ira, me parecía algo muy fácil renunciar a un sueño que había ya durado demasiado.

Pero, entretanto, Ada, roja, se volvió hacia mí y dijo que acababa de regresar al no haber encontrado en casa a su tía.

Bastó para que me calmara. ¡Qué mona resultaba así, maternalmente inclinada hacia la niña que seguía llorando!

Su cuerpo era tan flexible que parecía haberse vuelto más pequeño para acercarse al de la niña. Me detuve a admirarla considerándola mía de nuevo.

Me sentí tan sereno que quise hacer olvidar el resentimiento que acababa de manifestar y fui de lo más amable con Ada y también con Anna. Dije, riendo de buena gana:

—Me llama loco tantas veces que quise hacerle ver la auténtica cara y la actitud de un loco. Le presento mis excusas. Y tú, pobre Annuccia, no tengas miedo porque soy un loco bueno.

También Ada fue muy, pero que muy amable. Reprendió a la niña, que seguía sollozando, y me pidió excusas en su nombre. Si hubiera tenido la suerte de que

Anna, con su ira, hubiese salido corriendo, yo habría hablado. Habría pronunciado una frase que a veces se encuentra también en alguna gramática de idiomas extranjeros, lista para facilitar la



vida de quien no conoce la lengua del país donde reside: «¿Puedo pedir su mano a su padre?». Era la primera vez que yo deseaba casarme y me encontraba por ello en un territorio completamente desconocido para mí. Hasta ese momento me había comportado de manera muy diferente con las mujeres que había tratado. Las había asaltado poniéndoles, lo primero, las manos encima.

Pero no llegué a decir ni siquiera esas pocas palabras. ¡Hubieran requerido algún tiempo! Hubieran debido estar acompañadas por una expresión suplicante de la cara, difícil de improvisar inmediatamente después de la lucha con Anna y también con Ada, y, desde el final del pasillo, se acercaba ya la señora Malfenti atraída por los gritos de la niña. Extendí mi mano a Ada, quien me alargó de inmediato cordialmente la suya, y le dije:

—Hasta mañana. Presente mis excusas a su madre.

Dudé, sin embargo, si dejar escapar esa mano que descansaba confiadamente en las mías. Sentía que, al irme en ese instante, renunciaba a una ocasión única con esa muchacha enteramente aplicada a cortésmente intentar compensar las maldades de su hermana. Cedí a la inspiración del momento, me incliné sobre su mano y la rocé con mis labios. A continuación abrí la puerta y salí

rápidamente después de haber visto que Ada, que hasta ese momento me había confiado su mano derecha mientras con la izquierda sostenía a Anna, que se aferraba a su falda, se miraba sorprendida la pequeña mano que había sentido el roce de mis labios, como si quisiera ver si algo había quedado escrito en ella. No creo que la señora Malfenti llegara a observar mi gesto.

Me detuve un momento en las escaleras, yo mismo sorprendido por mi impremeditado impulso. ¿Existía aún la posibilidad de regresar a aquella puerta que se había cerrado tras de mí, llamar al timbre y solicitar poder decirle a Ada esas palabras que ella había buscado en vano escritas en su mano? Me pareció que no. Habría pecado de falta de dignidad demostrando demasiada impaciencia. Además, habiéndole dicho que regresaría, le había anunciado de antemano mis explicaciones. Ahora dependía sólo de ella el obtenerlas ofreciéndome la oportunidad de dárselas. Mira por dónde, había por fin acabado de contar historias a tres muchachas y había, en cambio, besado la mano de una sola de ellas.

El resto del día fue más bien desagradable. Me encontraba inquieto y ansioso. Me decía a mí mismo que mi inquietud procedía sólo de la impaciencia por ver aclarada esa aventura. Imaginaba que si Ada me rechazaba, podría con toda tranquilidad correr en busca de otras mujeres. Todo mi apego a

ella procedía de una libre resolución mía que ¡ahora podría verse anulada por otra que la cancelase! No entendí entonces que en esos momentos no había otras mujeres para mí y que necesitaba precisamente a Ada.

También la noche siguiente me pareció larguísima; la pasé casi completamente en blanco. Tras la muerte de mi padre, había abandonado mis hábitos de noctámbulo y ahora, dado que había decidido casarme, hubiera sido raro volver a ellos. Me había, por ello, acostado temprano con el deseo de conciliar ese sueño que consigue hacer pasar el tiempo tan rápido.

Durante el día había aceptado las explicaciones de Ada en relación con esas tres ausencias suyas del salón de su casa en las horas en que estaba yo, con la más ciega confianza; una confianza debida a mi firme convicción de que la mujer seria que yo había elegido no sabía mentir. Pero durante la noche esa confianza disminuyó. Dudaba si no había sido yo el que le había informado de que Alberta

—cuando Augusta se había negado a hablar— había aducido como excusa de su ausencia esa visita a su tía. No recordaba bien las palabras que le había dirigido en el ardor de mi enfado, pero creía estar seguro de haberle mencionado esa excusa. ¡Lástima! Si

no lo hubiera hecho, tal vez ella, para excusarse, habría inventado algo diferente y yo, al sorprenderla en una mentira, habría, a esas alturas, obtenido la aclaración que deseaba.

Aquí hubiera podido darme cuenta de la importancia que Ada tenía ya para mí, porque para tranquilizarme me decía que si ella no me quería, renunciaría para siempre al matrimonio. Un rechazo por su parte habría, por tanto, cambiado mi vida. Y seguía soñando, consolándome con la idea de que su rechazo tal vez sería una suerte para mí. Me acordaba de ese filósofo griego que pronosticaba un

inevitable arrepentimiento tanto en quien se casaba como en quien permanecía soltero. No había perdido en definitiva la capacidad de reírme de mi aventura; la única capacidad de la que carecía era de la capacidad de dormir.

Conseguí conciliar el sueño cuando ya amanecía. Cuando me desperté era ya tan tarde que eran pocas las horas que me separaban de esa en que la visita a casa de los Malfenti me estaba permitida. Por ello no era ya preciso fantasear y recoger otros indicios que aclararan el estado de ánimo de Ada. Es difícil, sin embargo,

conseguir refrenar el pensamiento para que no se ocupe de un hecho que nos importa mucho. El hombre sería un animal más afortunado si supiera hacerlo. En medio de las atenciones a mi persona, que extremé aquel día, no pensé en otra cosa: ¿había actuado de la manera correcta al besar la mano de Ada o me había equivocado al no besarla también en la boca?

Esa mañana precisamente tuve una idea que creo que me perjudicó mucho, al despojarme de ese poco de iniciativa viril que ese curioso estado mío de adolescencia me hubiera podido conceder. Una duda dolorosa: ¿y si Ada se casaba conmigo sólo por seguir la imposición de sus padres, sin amarme y, es más, sintiendo una auténtica aversión hacia mí? Porque estaba claro que todos en esa familia, es decir Giovanni, la señora Malfenti, Augusta y Alberta me

querían; mis únicas dudas estaban relacionadas con Ada. En el panorama se perfilaba precisamente el tema de la conocida novela popular de la joven a la que su familia obliga a un matrimonio no deseado. Yo no lo permitiría. Éste era el nuevo motivo por el que quería hablar con Ada, solamente con ella. No sería suficiente dirigirle la frase hecha que había preparado. Mirándola a los ojos le preguntaría: «¿Tú me amas?». Y si me dijese que sí, yo la estrecharía entre mis brazos para sentir vibrar su sinceridad.

De esta manera, me pareció que me había preparado para todo. En cambio, tuve que darme cuenta de que llegué a esa especie de examen, olvidando revisar precisamente esas páginas de texto de las que tendría que hablar.

Me recibió únicamente la señora Malfenti, que me invitó a sentarme en una esquina del gran salón y empezó a charlar de inmediato, con especial animación, impidiéndome incluso poder preguntar por las muchachas. Me encontraba por ello bastante distraído mientras repetía mi lección para no olvidarla en el momento oportuno. De repente, mi atención se vio alertada, como por un toque de corneta. La señora Malfenti estaba elaborando un preámbulo. Confirmaba su amistad y la de su marido hacia mí, así como el afecto de toda la familia,

incluida la pequeña Anna. Nos conocíamos desde hacía mucho tiempo. Nos

habíamos visto diariamente durante cuatro meses.

—¡Cinco! —corregí yo que había hecho ese cálculo por la noche, recordando que mi primera visita había sido en otoño y que estábamos ahora en plena primavera.

—¡Cinco! ¡Sí! —dijo la señora Malfenti, tras pensarlo como si hubiera querido

comprobar mi cálculo. Después, con tono de reproche—: Me parece que está usted comprometiendo a Augusta.

—¿Augusta? —pregunté yo, creyendo haber oído mal.

—¡Sí! —confirmó la señora Malfenti—. Usted la halaga y la compromete. De la manera más ingenua, revelé mis sentimientos.

—Pero si yo a Augusta no la veo nunca.

Tuvo un gesto que fue (o así me lo pareció) de sorpresa dolorosa.

Yo, entretanto, intentaba pensar intensamente para conseguir cuanto antes explicar lo que me parecía una equivocación, cuya importancia, sin embargo, pronto comprendí lo importante que era. Volvía a verme mentalmente, visita tras visita, durante aquellos cinco meses, ocupado en intentar espiar los sentimientos de Ada. Había interpretado música con Augusta y, de hecho, alguna vez había hablado más con ella, que me prestaba atención,

que con Ada; pero lo había hecho sólo para que comunicase a Ada mis historias junto con su aprobación.

¿Debía hablar claramente con la señora Malfenti y explicarle mis propósitos en relación con Ada? Pero un poco antes había decidido hablar con Ada a solas e intentar descubrir su opinión. Tal vez, si hubiera hablado con la señora Malfenti claramente, las cosas habrían tomado otro rumbo y, al no poder casarme con Ada, no me habría visto obligado a casarme con Augusta. Dejándome llevar por la resolución tomada antes de que hubiese visto a la señora Malfenti y, tras escuchar las sorprendentes cosas que ésta me había dicho, me callé.

Pensaba con intensidad, pero, por ello mismo, con algo de confusión. Quería comprender, quería adivinar y rápido. Se ven las cosas con menos nitidez cuanto más se abren los ojos. Divisé la posibilidad de que me quisieran cerrar las

puertas de su casa. Me pareció que había que excluir tal hipótesis. Era inocente,

dado que no cortejaba a Augusta, la hija que ellos querían proteger. Tal vez me atribuían intenciones en relación con Augusta para no comprometer a Ada. ¿Y por qué proteger de esa manera a Ada, que no era ninguna niña? Yo estaba seguro de no habérmela llevado a rastras agarrada por los cabellos a no ser en



mis sueños. En realidad sólo había rozado su mano con mis labios. Tampoco quería que se me prohibiese acudir a aquella casa, porque antes de abandonarla quería hablar con Ada. Por eso con voz temblorosa pregunté:

—Dígame usted qué he de hacer para no contrariar a nadie.

La señora Malfenti vaciló. Yo hubiera preferido tratar el asunto con Giovanni, que pensaba a gritos. Después, decidida, pero llevando a cabo un esfuerzo por mostrarse educada que se manifestaba de manera evidente en el tono de su voz, dijo:

—Tendría que venir menos a menudo durante un tiempo a esta casa; no todos los días, por tanto, sino dos o tres veces a la semana.

Es verdad que si me hubiera dicho con rudeza que me fuera y que no volviera más, yo, siempre obedeciendo al propósito que me había hecho, habría suplicado que se aceptara mi presencia allí, al menos durante uno o dos días más, para aclarar mis relaciones con Ada. En cambio sus palabras, más amables de lo que había temido, me dieron el valor de expresar mi resentimiento:

—Pues si ése es su deseo, ¡no volveré a poner los pies en esta casa!

Pasó lo que yo había esperado. Protestó, volvió a hablar de la gran estima que todos me tenían y me suplicó que no me enfadara con ella. Yo me mostré magnánimo, le prometí todo lo que quiso, es decir, abstenerme de ir a esa casa durante cuatro o cinco días, regresar después con cierta regularidad cada semana dos o tres veces y, sobre todo, no guardarle rencor.

Tras haber hecho tales promesas, quise darle alguna señal de mi propósito de cumplirlas y me levanté para marcharme. La señora Malfenti protestó, riendo:

—A mí no puede comprometerme de ninguna manera y puede quedarse.

Y, dado que yo le rogaba que me dejara marcharme a cumplir un encargo del que acababa de acordarme, siendo en cambio verdad que no veía la hora de estar a solas para mejor reflexionar sobre la extraordinaria aventura, la señora Malfenti llegó hasta a rogarme que me quedara, para darle así una confirmación de que no me había enfadado con ella. Me quedé, por tanto, sometido a la

continua tortura de escuchar el vacuo parloteo al que la señora Malfenti se abandonaba ahora, hablando de las modas femeninas que ella no quería seguir, del teatro y también del tiempo tan seco con que se anunciaba la primavera.

Poco después me alegré de haberme quedado porque me di cuenta de que necesitaba otra aclaración. Sin consideración alguna, interrumpí a la señora, cuyas palabras ya no conseguía distinguir, para preguntarle:

—¿Toda la familia sabrá que usted me ha invitado a mantenerme alejado de esta casa?

Pareció, en un primer momento, que ni siquiera se acordase de nuestro pacto. Después, protestó:

—¿Lejos de esta casa? Pero sólo por unos días, que quede claro. Yo no diré nada a nadie, ni siquiera a mi marido, y es más, le agradecería que hiciese uso de la misma discreción.

También esto prometí; prometí que si alguien me pidiera una explicación de por qué no me dejaba ver tan a menudo, recurriría a diferentes pretextos. Por el momento, presté fe a las palabras de la señora Malfenti e imaginé que Ada podría sentirse dolorosamente sorprendida por mi imprevista ausencia. ¡Una imagen sumamente placentera!

Me quedé después, esperando que alguna otra inspiración dirigiera mis próximos pasos, mientras la señora Malfenti hablaba de los precios de los comestibles, que en los últimos tiempos se habían elevado mucho.

En vez de otras posibles inspiraciones llegó la tía Rosina, una hermana de Giovanni mayor que él, pero mucho menos inteligente que él. Tenía, sin embargo, algún rasgo en su fisonomía moral que bastaba para caracterizarla

como su hermana. Tenía, ante todo, la misma conciencia de sus propios derechos y de los deberes de los demás; una conciencia algo cómica porque carecía de cualquier arma para imponerse, y además tenía también el vicio de elevar la voz. Creía tener tantos derechos en la casa de su hermano que —como supe después— durante largo tiempo consideró a la señora Malfenti como una intrusa. Era

soltera y vivía con una única criada de la que hablaba siempre como de su mayor enemiga. Antes de morir encomendó a mi mujer que vigilara la casa hasta que la criada, que le había prestado sus cuidados, no se hubiera ido. En casa de Giovanni todos la toleraban temerosos de su agresividad.

No me fui todavía. La tía Rosina, de entre todas sus sobrinas, sentía predilección por Ada. Me surgió el deseo de conseguir también yo su amistad y busqué una frase amable que dirigirle. Me acordé de manera imprecisa de que la última vez que la había visto (entrevisto, en realidad, porque no sentía entonces la menor necesidad de mirarla) sus sobrinas, nada más irse ella, habían comentado que no

tenía buena cara. Es más, una de ellas había dicho:

—¡Habrás tenido algún disgusto con la criada!

Encontré así lo que necesitaba. Mirando afectuosamente a las arrugadas, anchas facciones de la anciana, le dije:

—La encuentro muy recuperada, señora.

¡Ojalá no hubiera pronunciado nunca esa frase! Me miró sorprendida y protestó:

—Estoy como siempre. ¿Desde cuándo debería haber recuperado mi salud? Quiso saber cuándo la había visto por última vez. No me acordaba con precisión

de la fecha y tuve que recordarle que habíamos pasado toda una tarde juntos, sentados en ese mismo salón con las tres señoritas, pero no en la parte en que ahora nos encontrábamos, sino en la opuesta. Yo estaba decidido a dar muestras de mi interés por ella, pero las explicaciones que exigía hacían que este hecho se alargara de manera desproporcionada. La falsedad de mis intenciones me oprimía, produciéndome un auténtico dolor.

La señora Malfenti intervino sonriendo:

—Pero ¿no quería usted decir que la tía Rosina ha engordado?

¡Diablos! Ése era el motivo del resentimiento de la anciana, que era gruesa como su hermano y esperaba, sin embargo, adelgazar.

—¿Engordar? ¡Nunca! Me refería sólo a que la señora parece tener mejor cara. Intentaba conservar un aspecto afectuoso y tenía, en cambio, que contenerme

para no soltar una insolencia.

La anciana no pareció quedar satisfecha ni siquiera entonces. No había estado enferma últimamente y no entendía por qué debía parecer que tenía mala cara. La señora Malfenti le dio además la razón:

—Es más, es una de sus características el tener siempre la misma buena cara —

dijo, dirigiéndose a mí—. ¿No le parece?

Me parecía. Más aún, era evidente. Me marché enseguida. Ofrecí con

cordialidad mi mano a la tía Rosina esperando apaciguarla pero ella me alargó la suya mirando hacia otro lado.

En cuanto hube cruzado el umbral de esa casa mi estado de ánimo cambió. ¡Qué liberación! No tenía ya que estudiar las intenciones de la señora Malfenti ni esforzarme por gustar a la anciana tía. Creo verdaderamente que si no se hubiera producido la ruda intervención de tía Rosina, los manejos de la señora Malfenti habrían conseguido su objetivo y yo me habría alejado de esa casa con la plena satisfacción de creerme bien tratado. Bajé

las escaleras con rápidos saltos. La tía Rosina había sido casi un comentario más de la señora Malfenti. Ésta me había propuesto mantenerme alejado de su casa durante algunos días. ¡Cuánta bondad por su parte! ¡Yo la complacería hasta más allá de sus expectativas y no volvería a verme más! ¡Me habían torturado, ella, la tía y también Ada! ¿Con qué derecho? ¿Porque había querido casarme? ¡Esa idea se me había ido de la cabeza! ¡Qué dulce era la libertad!

Durante un buen cuarto de hora corrí por las calles acompañado por hondos sentimientos. Después, sentí la necesidad de una libertad aún mayor. Tenía que encontrar la manera de mostrar de manera definitiva mi voluntad de no volver a poner los pies en aquella casa. Descarté la idea de escribir una carta de despedida. El abandono se volvía aún más lleno de desdén si yo no comunicaba mi intención. Me limitaría a olvidarme de ver a Giovanni y a toda su familia.

Había encontrado el gesto discreto y amable y por ello un poco irónico con el

que podría mostrar mi decisión. Corrí a una floristería y elegí un magnífico ramo de flores que remití a la señora Malfenti, acompañado de una de mis tarjetas de visita en la que no escribí



más que la fecha. No era preciso nada más. Era una fecha que no podría ya olvidar, y tal vez Ada y su madre tampoco la olvidaran: 5 de mayo, aniversario de la muerte de Napoleón.

Me encargué de que el envío se realizara con rapidez. Era muy importante que llegara a su destino ese mismo día.

Pero ¿y después? Todo estaba ya hecho, todo, porque ¡ya no había nada más que hacer! Ada y toda su familia quedaban lejos de mí y yo tenía que vivir sin hacer nada más, a la espera de que alguno de ellos viniese a buscarme y darme la ocasión de hacer o decir alguna otra cosa.

Corrí a mi estudio para encerrarme en él y reflexionar. Si hubiera cedido a mi dolorosa impaciencia, habría regresado corriendo a esa casa, aun a riesgo de llegar allí antes que mi ramo de flores. Por falta de pretextos no sería. ¡Podía hasta alegar que había olvidado mi paraguas!

No quise hacer algo así. Al enviar ese ramo de flores yo había adoptado una muy correcta actitud que era preciso conservar. Tenía ahora que estarme quieto

porque el siguiente movimiento les correspondía a ellas realizarlo.

El recogimiento que conseguí en mi pequeño estudio, del que esperaba un alivio, aclaró sólo las razones de mi desesperación, que se exasperó hasta hacerme

llorar. ¡Amaba a Ada! No sabía aún si ese verbo era apropiado y continué mi análisis. No sólo quería poseerla sino que quería que fuera mi esposa. Quería, sí, que lo fuera ella, con su marmórea cara sobre su ácido cuerpo, y ella también

con su seriedad además, una seriedad capaz de impedirle entender mi espíritu que yo no llegaría a enseñarle, sino que renunciaría a él para siempre en cambio, ante ella que me enseñaría una vida de inteligencia y de trabajo. La quería a ella toda por entero y todo de ella quería. Acabé por concluir que el verbo requerido era precisamente ése: amaba a Ada.

Me pareció haber llegado a un punto muy importante que podía servirme de

guía. ¡Fuera dudas! No importaba ya saber si ella me amaba. Era preciso intentar conseguirla y ya no hacía falta hablar con ella si Giovanni podía decidir en su lugar. Lo más pronto posible había que aclarar todo para llegar enseguida a la felicidad o, de lo contrario, olvidar todo y conseguir la curación. ¿Por qué tenía que sufrir tanto en la espera? Cuando supiera —y sería Giovanni quien

me lo dijera— que había perdido a Ada definitivamente, al menos no tendría ya que luchar con el tiempo, que seguiría transcurriendo lentamente sin que yo sintiese la necesidad de empujarlo. Algo definitivo está siempre en calma porque está separado del tiempo.

Corrí de inmediato en busca de Giovanni. Dos fueron las carreras que me di. Una hacia su oficina, situada en esa calle que seguimos llamando de las Casas Nuevas, porque así lo hacían nuestros antepasados, con un nombre que se refiere a esas altas y viejas casas que prestan su penumbra a una calle muy cercana a la orilla del mar y con pocos paseantes a la hora del atardecer y por donde pude transitar con rapidez. No pensé, mientras caminaba, en otra cosa que en preparar lo más brevemente posible la frase que tenía que dirigirle. Era suficiente comunicarle mi decisión de casarme con su hija. No tenía que conquistarle ni convencerle. Ese hombre de negocios que él era sabría qué respuesta darme en cuanto oyera mi petición. Me preocupaba, sin embargo, la duda de si en una ocasión así debía hablar en dialecto o no.

Giovanni se había ido ya de la oficina y se había dirigido a la Bolsa. Hacia allí me encaminé yo también. Lo hice más lentamente

porque sabía que en la Bolsa tendría que esperar más tiempo para poderle hablar a solas. Después, al llegar a la calle Cavana, tuve que refrenar mi paso por el gentío que obstruía la estrecha calle. Y fue precisamente mientras luchaba por pasar a través de toda aquella gente cuando alcancé, por fin, como en una visión, la claridad que hacía tantas horas que perseguía. Los Malfenti querían que yo me casara con Augusta y no querían que me casara con Ada, y todo por la simple razón de que Augusta estaba enamorada de mí y Ada no lo estaba en absoluto. No lo estaba en absoluto porque, de lo contrario, no hubieran intervenido para separarnos. Me habían dicho que yo comprometía a Augusta, pero era ella en cambio la que se comprometía al amarme. Entendí todo en ese momento, con viva claridad, como si alguien de la familia me lo hubiera dicho. Y adiviné que Ada estaba de acuerdo en que se me alejara de esa casa. No me amaba y no me amaría por lo menos mientras lo hiciera su hermana. En la atestada calle Cavana había pensado pues más rectamente que en mi solitario estudio.

Hoy en día, cuando regreso al recuerdo de esos cinco días memorables que me condujeron al matrimonio, me sorprende el hecho de que mi ánimo no se viera apaciguado al saber que la pobre Augusta me amaba. Yo, expulsado de la casa de la familia

Malfenti, amaba a Ada con ira. ¿Por qué no me supuso ninguna satisfacción la clara visión del hecho de que la señora Malfenti me había alejado en vano, porque yo, en esa casa, me iba a quedar, y muy cerca de Ada, es decir,

en el corazón de Augusta? Me parecía en cambio una nueva ofensa la invitación de la señora Malfenti a no comprometer a Augusta, es decir, a casarme con ella. Hacia la poco agraciada joven que me amaba, sentía todo el desdén que no admitía que hacia mí sintiera su guapa hermana, a la que yo amaba.

Aceleré el paso aún más, pero desvié mi camino y me encaminé hacia casa. No tenía ya que hablar con Giovanni porque sabía claramente cuál debía ser mi conducta; lo sabía, de hecho, con una evidencia tan desesperante que tal vez por fin me diera la paz, arrancándome de un tiempo demasiado lento. Era incluso peligroso hablar de todo ello con ese maleducado de Giovanni. La señora Malfenti había hablado de una manera que yo sólo había podido entender allí, en la calle Cavana. Su marido era capaz de comportarse de muy distinta manera. Tal

vez llegara a decirme: «¿Por qué quieres casarte con Ada? ¡Veamos! ¿No sería mejor que te casaras con Augusta?». Porque él seguía un axioma que yo recordaba y que bien hubiera podido servirle de guía en este caso: «Tienes siempre que explicar la

cuestión a tu adversario porque ¡sólo entonces estarás seguro de entenderla mejor que él!». ¿Y qué, entonces? Se hubiera producido una abierta ruptura. Sólo en ese caso el tiempo hubiera podido seguir el ritmo que quisiera, porque yo no habría encontrado ninguna razón para intervenir:

¡habría llegado al punto muerto!

Recordé también otro axioma de Giovanni y me adherí a él porque me otorgaba una gran esperanza. Pude permanecer pegado a ese principio durante cinco días, esos cinco días que transformaron mi pasión en enfermedad. Giovanni solía decir que no conviene tener prisa por llegar a la liquidación de un negocio

cuando de esta liquidación no puede esperarse alguna ventaja; todo negocio llega antes o después por sí mismo a su liquidación, como prueba el hecho de que la historia del mundo es muy larga y muy pocos los negocios que han quedado en suspenso. Hasta que no se procede a su liquidación, cualquier negocio puede aún desarrollarse ventajosamente.

No me acordé de que había otros axiomas de Giovanni que decían lo contrario y me aferré a ése. A algo tenía que agarrarme. Hice el firme propósito de no moverme hasta no saber que algo nuevo había hecho que el asunto que me traía entre manos evolucionase

a favor mío. Y resulté tan perjudicado que tal vez por ello, en adelante, ningún propósito por mi parte volvió a acompañarme durante tanto tiempo.

Nada más formular mi decisión, recibí una nota de la señora Malfenti. Reconocí su caligrafía en el sobre y, antes de abrirlo, me divertí pensando que había bastado mi férreo propósito para que ella se arrepintiese de haberme maltratado y corriese ahora detrás de mí. Cuando encontré que no contenía más que las iniciales de una fórmula de agradecimiento por las flores que le había enviado, me arrojé sobre mi cama e hincué los dientes en la almohada para casi clavarme en ella e impedirme salir corriendo a quebrar el propósito que me había forjado.

¡Cuánta irónica serenidad desprendían las iniciales que la señora Malfenti había escrito! Bastante más intensas eran que la fecha que yo había hecho aparecer en mi tarjeta y que indicaba que ya había un propósito y tal vez incluso un reproche.

¡Remember, había dicho Carlos I antes de que le cortaran el cuello, y seguro que pensó también en la fecha de ese día! ¡También yo había exhortado a mi adversaria a recordar y temer!

Fueron cinco días y cinco noches terribles y yo asistí a sus amaneceres y sus ocasos que significaban fin y principio y

acercaban la hora de mi libertad, la libertad de batirme de nuevo por mi amor.

Me preparaba para esa batalla. Ahora sabía cómo mi muchacha quería que fuera yo. Me resulta fácil recordar los propósitos que entonces me hice, ante todo porque volví a hacerlos idénticos en tiempos más cercanos, y además porque los anoté en una hoja de papel que aún conservo. Me hacía el propósito de volverme más serio. Eso entonces significaba no contar los chistes que provocaban la risa

y me difamaban, haciendo incluso que fuera la fea Augusta y no la bella Ada la que me amara. Además estaba el propósito de encontrarme cada mañana a las ocho en mi oficina, a la que hacía tanto que no iba, no para discutir con Olivi mis derechos, sino para trabajar con él y poder asumir, a su debido tiempo, la dirección de mis negocios. Esto debía ser llevado a cabo en una época más tranquila que aquella, así como, también más tarde, dejar de fumar cuando volviera a disponer de mi libertad, porque no era menester empeorar entonces

ese horrible intervalo. Ada merecía un marido perfecto. Por ello había concebido también varios propósitos de dedicarme a lecturas serias y pasar cada día una media horita dedicado a la



esgrima y a cabalgar un par de veces a la semana. Las veinticuatro horas del día no resultaban demasiadas.

Durante esos días que duró mi segregación, los celos más amargos fueron mis compañeros de cada hora. La decisión de querer corregirme de todo defecto para prepararme a conquistar a Ada algunas semanas después era heroica. Pero ¿y entretanto? Mientras yo me sometía a la más dura disciplina, los restantes varones de la ciudad ¿se estarían quietos o intentarían arrebatarme a esa mujer? Entre ellos habría con toda seguridad alguno que no precisara tantos esfuerzos para ser bien recibido. Yo sabía, creía saber, que cuando Ada hubiese encontrado a quien se acomodara a sus deseos, daría su consentimiento sin esperar a enamorarse. Cuando en aquellos días me cruzaba con un hombre bien vestido, sano y sereno, le odiaba, porque me parecía que se ajustaba a las expectativas de Ada. De aquellos días, lo que recuerdo con más claridad son los celos que se habían abatido como la niebla sobre mi vida.

No es posible reírse de mi atroz duda de tener que verme obligado a presenciar cómo podían llegar a arrebatarme a Ada en esos días, ahora que sabemos cómo transcurrieron los hechos. Cuando

vuelvo a pensar en esos días de pasión siento una gran admiración por mi profética alma.

En diferentes ocasiones pasé, de noche, bajo las ventanas de aquella casa. Allá arriba, aparentemente, se seguían divirtiendo como cuando yo estaba. Hacia las doce o poco antes, en el salón se apagaban las luces. Me alejaba por el temor de que me descubriera algún visitante que entonces abandonara la casa.

Pero todas las horas de aquellos días resultaron angustiosas también por la impaciencia. ¿Por qué nadie preguntaba por mí? ¿Por qué Giovanni no daba ningún paso? ¿No debería acaso sorprenderle no verme ni en su casa ni en la Bolsa? ¿Estaba por tanto de acuerdo, también él, con la decisión de alejarme de su casa? Interrumpía a menudo mis paseos, de día o de noche, para correr a casa a comprobar si alguien había ido a preguntar por mí. No conseguía retirarme a dormir acuciado por esa duda, y despertaba a la pobre María para interrogarla. Me quedaba esperando horas enteras en casa, el lugar donde más fácil era localizarme. Pero nadie preguntó por mí y lo cierto es que si no me hubiera decidido a actuar, seguiría siendo soltero.

Una noche fui a jugar al club. Hacía muchos años que no me dejaba ver por allí por respeto a una promesa que le había hecho

a mi padre. Me pareció que tal promesa no tenía ya valor, dado que mi padre no podía haber previsto unas circunstancias tan dolorosas como las mías en ese momento y mi urgente necesidad de conseguir distracción. Al principio gané un montón de dinero, algo que me dolió porque lo interpreté como una indemnización a mi adversa fortuna en el amor. Perdí después, y me dolió también porque me pareció haber sucumbido en el juego como había sucumbido en el amor. No tardó en desagradarme el juego, algo indigno de mí y de Ada, ¡tan puro me volvía aquel amor!

De esos días recuerdo también que los sueños de amor se habían visto aniquilados por esa realidad tan carente de toda amabilidad. El sueño había pasado a ser algo completamente diferente. Soñaba con la victoria, no ya con el amor. Mi sueño se vio adornado una vez por una visita de Ada. Vestía como una novia y me acompañaba hasta el altar, pero cuando nos dejaron solos no hicimos el amor, tampoco entonces. Era su marido y había adquirido el derecho de preguntarle: «¿Cómo has podido permitir que se me tratara de esa manera?». No me urgía la satisfacción de ningún otro derecho.

Encuentro en uno de mis cajones unos esbozos de cartas a Ada, a Giovanni y a la señora Malfenti. Son de aquellos días. A la señora

Malfenti le escribía una carta sencilla con la que me despedía antes de emprender un largo viaje. No recuerdo sin embargo haber abrigado una tal intención; no podía dejar la ciudad cuando no estaba aún seguro de que alguien fuera a buscarme. ¡Qué desgracia si llegaran y no me encontraran! No envié ninguna de esas cartas. Es más, creo que las escribí sólo para poner sobre el papel mis pensamientos. Desde hacía muchos años me consideraba enfermo, pero a causa de una enfermedad que hacía sufrir a los demás más que a mí mismo. Fue entonces cuando pasé a conocer la enfermedad «que duele», una suma de sensaciones físicas desagradables que me hicieron muy infeliz.

Se iniciaron como sigue: casi a la una de la noche, incapaz de conciliar el sueño, me levanté y caminé en la noche templada hasta que llegué a un café de una parte de la ciudad en el que no había estado con anterioridad y donde no encontraría a ningún conocido, algo que me resultaba muy conveniente porque quería continuar una discusión con la señora Malfenti, que se había iniciado en

la cama y en la que no quería que nadie se inmiscuyera. La señora Malfenti me había dirigido nuevos reproches. Decía que yo había intentado «jugar con ventaja» con sus hijas. Lo primero, si hubiera

intentado tal cosa, lo habría hecho sólo con Ada. Me venían sudores fríos sólo de pensar que, a estas alturas, en casa de los Malfenti se formularan reproches de este tipo contra mí. El ausente es siempre culpable y podían haberse aprovechado de mi alejamiento para asociarse en mi contra. En la viva luz del café me defendía mejor. Claro está que en ocasiones hubiera querido tocar con mi pie el de Ada y hasta una vez me pareció haberlo hecho con su consentimiento. Luego resultó, sin embargo, que había presionado un pie de madera de la mesa que desde luego no había rechistado.

Fingía estar interesado en una partida de billar. Un señor apoyado en una muleta se acercó y vino a sentarse precisamente junto a mí. Pidió una limonada, y como el camarero esperaba también mi pedido, distraído, pedí una limonada también para mí, por más que no puedo soportar el sabor del limón. Mientras, la muleta, apoyada en el sofá en el que estábamos sentados, resbaló al suelo y yo me

incliné a recogerla con un gesto casi instintivo.

—¡Oh, Zeno! —dijo el pobre cojo al reconocerme en el momento en que se disponía a darme las gracias.

—¡Tullio! —exclamé yo muy sorprendido y alargándole la mano.

Habíamos sido compañeros de colegio y no nos habíamos visto durante muchos años. De él sabía que, al acabar el bachillerato, había ingresado en un banco donde ocupaba un buen puesto.

Estaba sin embargo tan distraído que bruscamente le pregunté cómo había llegado a tener la pierna derecha tan corta como para precisar muleta.

Con buen humor, me contó que seis meses antes había estado enfermo de reumatismo y esto había acabado por dañar su pierna.

Me apresuré a sugerirle infinidad de tratamientos. Es la mejor manera para poder simular, sin gran esfuerzo, un vivo interés. Él los había seguido todos. Sugerí entonces:

—¿Y por qué a estas horas no estás aún en la cama? No me parece que te pueda sentar bien exponerte al aire nocturno.

Bromeó de manera bondadosa; consideraba que tampoco a mí me podía sentar bien el aire de la noche y que quien no padecía reumatismo, mientras estuviera vivo, siempre estaba a tiempo de contraerlo. El derecho de acostarse tarde por la noche era algo que hasta la constitución austríaca reconocía. Por lo demás, de manera contraria a la opinión común, el calor y el frío no tenían nada que ver con el reumatismo. Él había estudiado su enfermedad y, es más, no hacía otra cosa en la vida que estudiar sus causas y remedios. Más que para el tratamiento, había necesitado por parte del banco un largo permiso para poder ahondar en tales estudios. Me contó después que estaba siguiendo un extraño tratamiento. Comía cada día una enorme cantidad de limones. Ese día había engullido unos treinta, pero esperaba que, con el debido entrenamiento, podría llegar a soportar incluso más. Me confió que los limones, según él, eran buenos también para muchas otras enfermedades. Desde que los tomaba sentía menos molestias por su alto consumo de tabaco, al que también él estaba condenado.

Yo sentí un escalofrío ante la visión de tanto ácido, pero, inmediatamente después, tuve una visión algo más alegre de la vida. Los limones no me gustaban, pero si me hubieran dado la libertad de hacer lo que debía o quería sin verme perjudicado y liberándome de cualquier otra obligación, yo también tragaría tantos limones como él. La libertad completa consiste en hacer lo que se quiere a condición de hacer también algo que guste menos. La auténtica esclavitud es la condena a la obligación de abstenerse: Tántalo y no Hércules.

Después también Tullio se fingió ansioso por saber de mí. Yo estaba completamente decidido a no hablarle de mi amor contrariado, pero necesitaba un desahogo. Hablé con tanta exageración de mis males (así los presenté y seguro estoy de que la calificación era ligera) que acabé por tener lágrimas en los ojos, mientras que Tullio se iba sintiendo cada vez mejor, al crearme a mí más enfermo que él mismo.

Me preguntó si trabajaba. Todos en la ciudad decían que yo no hacía nada y temía que esto le diera motivos para envidiarme, siendo así, en cambio, que yo en ese momento tenía una total necesidad de verme compadecido. ¡Mentí! Le conté que trabajaba



en mi oficina, no mucho, pero sí diariamente al menos durante seis horas y que además mis muy enrevesados negocios, heredados de mi padre y mi madre, requerían una atención diaria durante otras seis horas.

—¡Doce horas! —comentó Tullio y, con una sonrisa satisfecha, me concedió aquello que yo deseaba, su conmiseración—: Desde luego ¡no se te puede envidiar!

La conclusión era exacta y yo me sentí tan conmovido que tuve que luchar para contener mis lágrimas. Me sentí más infeliz que nunca y, en ese mórbido estado de autocompasión, se entiende que me viera expuesto a alguna lesión.

Tullio había vuelto a hablar de su enfermedad, que era también su principal distracción. Había estudiado la anatomía de la pierna y el pie. Me contó riendo que, cuando se camina con paso ligero, el tiempo que se emplea en dar un paso no supera el medio segundo y que en ese medio segundo se movilizaban nada menos que cincuenta y cuatro músculos. Me sobresalté y, de inmediato, acudí con mi pensamiento a mis piernas para descubrir en ellas tan monstruosa maquinaria. Creo que la encontré. Naturalmente no hallé cincuenta y cuatro dispositivos, sino una enorme complejidad

de funcionamiento que perdió su perfecta armonía en el instante en que yo fijé en ella mi atención.

Salí de aquel café cojeando y durante varios días lo seguí haciendo. Caminar se había convertido para mí en un trabajo pesado, e incluso ligeramente doloroso. A esa mañana de dispositivos parecía que le faltase ahora el aceite y que, al moverse, se dañaran unos a otros. Pocos días después me aquejó un mal más grave, del que ahora hablaré, y que disminuyó el primero. Aún hoy en día, escribiendo de todo ello, si alguien me mira cuando me muevo, los cincuenta y cuatro engranajes se atascan y yo corro el riesgo de caerme.

También esta lesión se la debo a Ada. Muchos animales se vuelven presa de los cazadores o de otros animales cuando están en celo. Yo fui presa entonces de la enfermedad y estoy seguro de que si me hubieran informado sobre esa monstruosa maquinaria en otro momento, no se hubiera derivado de ello ningún daño.

Algunas notas en una hoja de papel que conservé, me recuerdan otra extraña aventura de esos días. Además de la anotación de un último cigarrillo, acompañada de la consignación de mi esperanza de poder curarme de la enfermedad de los cincuenta y cuatro engranajes, hay en esas líneas un intento de poesía... a propósito

de una mosca. Si no me constara la verdad, podría creer que esos versos procedían de una remilgada señorita que tratara con confianza a los insectos de que habla, pero puesto que soy yo quien los ha escrito, tengo que creer que, dado que he llegado a caer en tan extraña forma de expresión, cualquiera, de la misma manera, puede ceder a parecidas caprichosas inspiraciones.

Así es como nacieron esos versos. Había regresado a casa tarde por la noche y, en vez de acostarme, me había dirigido a mi pequeño estudio donde estaba encendido el gas. La luz atrajo a una mosca que se puso a fastidiarme. Conseguí golpearla, ligeramente para no ensuciarme. Me olvidé de ella, pero volví a verla después en medio de la mesa mientras lentamente se recuperaba. Estaba quieta, erguida y parecía más alta que antes porque una de sus patitas estaba anquilosada y no podía plegarse. Con las dos patitas posteriores se alisaba continuamente las alas. Intentó moverse, pero cayó hacia arriba sobre su espalda. Se enderezó y regresó obstinadamente a su tenaz tarea.

Fue entonces cuando escribí esos versos, sorprendido de haber descubierto que ese pequeño organismo, atravesado por tanto dolor, se veía orientado en su monumental esfuerzo por dos

errores. En primer lugar, al alisar con tanta determinación sus alas que no estaban dañadas, el insecto revelaba no saber de qué órgano procedía su dolor. La asiduidad de su esfuerzo, además, que había en su minúscula mente una fe fundamental en el hecho de que la salud le corresponde a todo el mundo y que necesariamente tiene que regresar cuando

nos ha abandonado. Se trataba de errores que fácilmente se pueden excusar en un insecto cuya vida coincide con la vida de una sola estación, y no dispone del tiempo necesario para adquirir experiencia.

Pero llegó el domingo. Se cumplía el quinto día de mi última visita a casa de los

Malfenti. Yo, que trabajo tan poco, consideré siempre con un gran respeto al día festivo que divide la vida en períodos breves que la hacen más soportable. Ese día festivo cerraba también una agotadora semana para mí y tenía motivos para disfrutarlo. No varié mis planes en nada nunca, pero en esa concreta ocasión no iban a servir y yo volvería a ver a Ada. No comprometería con palabra alguna dichos planes, pero quería volver a verla porque había también la posibilidad de que las circunstancias se hubieran inclinado a mi favor y, en ese caso, habría representado un inútil perjuicio continuar sufriendo sin motivo.

Por ello, al mediodía, con la prisa que mis pobres piernas me concedían, corrí a la ciudad y a la calle por la que sabía que la señora Malfenti y sus hijas tenían que pasar al regresar de la iglesia. Era un domingo lleno de sol y, mientras caminaba, pensé que tal vez en la ciudad me esperaba una anhelada novedad: ¡el amor de Ada!

No fue así, pero por otro instante tuve la ilusión de que así fuera. La suerte me favoreció de manera increíble. Me encontré cara a cara con Ada, sólo con ella. Me falló el paso y la respiración. ¿Qué hacer? El cumplimiento de mi propósito hubiera requerido que me retirase y la dejara pasar con un saludo poco comprometido. Pero en mi cabeza hubo algo de confusión porque antes había habido otros propósitos, entre los que recordaba uno que establecía que debía hablar claro y conocer de sus labios mi sentencia. No me aparté y cuando ella me saludó como si nos hubiéramos separado cinco minutos antes, yo me puse a su lado. Ella me había dicho:

—¡Buenos días, señor Cosini! Llevo algo de prisa. Y yo:

—¿Me permite acompañarla un rato?

Ella aceptó sonriendo. ¿Tenía entonces que hablar? Ella añadió que iba directamente a su casa, por lo que entendí que no disponía más que de cinco minutos para hablar y, de tan pequeño margen, perdí incluso una parte calculando si sería suficiente para las cosas importantes que tenía que decir. Mejor no aludir a ellas que no poder llegar a decirlas por completo. Me creaba confusión también el hecho de que entonces, en nuestra ciudad, para una joven, era ya un gesto comprometedor dejarse acompañar por la calle por un hombre. Ella me lo permitía. ¿No debía contentarme sólo con eso? La miraba mientras,

intentando sentir de nuevo entero mi amor que se había visto nublado por la ira y la duda. ¿Recuperaría mis sueños? Ella se me antojaba pequeña y grande al mismo tiempo, en la armonía de sus líneas. Los sueños volvían en tropel incluso allí junto a ella, real. Era mi manera de desear y regresé a ella con infinita alegría. De mi ánimo desaparecía cualquier resto de ira o de rencor. Pero detrás de nosotros se oyó una vacilante solicitud:

—¿Si me lo permite, señorita!

Me giré indignado. ¿Quién osaba interrumpir las explicaciones que todavía no había empezado a dar? Un joven imberbe, moreno y pálido, la miraba con ojos ansiosos. Miré a Ada con la loca esperanza de que reclamara mi ayuda. Hubiera bastado una señal

por su parte y yo me hubiera arrojado sobre ese individuo a demandar el motivo de su audacia. ¡Y ojalá hubiese insistido! Mis males se habrían curado de inmediato si se me hubiera concedido poder abandonarme a un brutal acto de fuerza.

Pero Ada no llevó a cabo este gesto. Con una sonrisa espontánea, porque cambiaba ligeramente el contorno de sus mejillas y su boca pero también la intensidad de la luz de sus ojos, alargó su mano:

—¡Señor Guido!

El uso del nombre propio me hirió. Ella, poco antes, me había llamado por mi apellido.

Miré más detenidamente a ese señor Guido. Vestía con una elegancia rebuscada y sostenía, en su mano derecha, un bastón con mango de marfil, muy largo, que yo no hubiera llevado ni siquiera si me hubiesen pagado por hacerlo una suma por cada kilómetro recorrido. No me reproché haber podido ver en una persona tal una amenaza para Ada. Hay oscuros personajes que visten elegantemente y llevan bastones como ése.

La sonrisa de Ada volvió a conducirme a las comunes relaciones mundanas. Ada llevó a cabo las presentaciones ¡y yo también sonreí! La sonrisa de Ada recordaba un poco la agitación de un agua límpida que una ligera brisa

acariciara. También mi sonrisa recordaba un movimiento parecido, pero provocado por una piedra que alguien hubiera arrojado al agua.

Se llamaba Guido Speier. Mi sonrisa se hizo más espontánea porque se me presentaba de inmediato la ocasión de decirle algo desagradable:

—¿Es usted alemán?

Cortésmente, me dijo que tenía que reconocer que al oír su nombre todos pudieran considerarle de tal nacionalidad. Los documentos de su familia, en cambio, probaban que era italiana desde hacía varios siglos. Hablaba un italiano muy correcto con gran naturalidad, mientras que Ada y yo estábamos condenados a nuestro poco apreciado dialecto local.



Le miraba para oír mejor lo que decía. Era un joven muy apuesto: sus labios entreabiertos de manera natural dejaban ver una boca con dientes blancos y perfectos. Sus ojos eran vivos y expresivos y, cuando se quitó el sombrero, pude ver que sus cabellos oscuros y algo rizados cubrían todo el espacio al que la madre naturaleza les había destinado, mientras que, en mi caso, la frente había invadido gran parte de la cabeza.

Le hubiera odiado aunque Ada no hubiese estado presente, pero ese odio me hacía padecer e intenté atenuarlo. Pensé: «Es demasiado joven para Ada». Y pensé que la confianza y la amabilidad que ella le tributaba se debían a alguna orden por parte de su padre. Tal vez se trataba de un hombre importante para los negocios del señor Malfenti y me había parecido que, en casos como éste, toda la familia se veía obligada a colaborar. Le pregunté:

—¿Va a establecerse en Trieste?

Me contestó que así lo había hecho desde hacía un mes y que iba a fundar una casa comercial. ¡Respiré! Podía ser que hubiera acertado en mi anterior hipótesis.

Yo caminaba cojeando, pero de manera bastante desenvuelta, viendo que nadie lo advertía. Miraba a Ada e intentaba olvidar todo el resto, incluido el otro personaje que nos acompañaba. En el fondo, soy un hombre hecho para el presente y no pienso en el futuro siempre que no arroje una amenazadora sombra sobre el hoy de manera evidente. Ada caminaba entre nosotros dos y mantenía

en sus facciones, estereotipada, una vaga expresión de agrado que llegaba casi a la sonrisa. Tal alegría se me antojaba nueva. ¿Para quién era esa sonrisa? ¿No para mí, a quien hacía tanto tiempo que no veía?

Presté atención a lo que decían. Hablaban de espiritismo, y supe enseguida que Guido había introducido en casa de los Malfenti la práctica del juego de la lectura de una posible fantasmal respuesta en la caprichosa manera de elevarse de una mesa.

Me consumía el deseo de asegurarme de que la dulce sonrisa que vagaba sobre los labios de Ada era para mí y me sumé al tema que estaban tratando inventando una historia de espíritus. Ningún poeta hubiera podido improvisar, con rimas obligatorias, mejor de lo que yo lo hacía. Cuando aún no sabía cómo acabaría mi historia, empecé diciendo que ahora también creía en los espíritus

por algo que me había ocurrido el día antes en esa misma calle... es más ¡no!... en la calle paralela a ésta y que nosotros podíamos ahora divisar. Dije después que también Ada había conocido al profesor Bertini que había fallecido poco tiempo antes en Florencia, donde se había establecido tras su jubilación. Tuvimos noticias de su muerte por una breve nota en un periódico local que yo había olvidado, tanto es así que, cuando pensaba en el profesor, le veía pasear por las Cascine, en su merecido descanso. Ahora bien, el día antes, en un punto

que indiqué en la calle paralela a la que estábamos recorriendo, se puso a mi lado un señor que me conocía y que yo estaba seguro de conocer. Tenía una curiosa manera de caminar, como de mujer pequeña que se debate para mejor abrirse paso...

—¡Claro! ¡Podía ser el señor Bertini! —dijo Ada riendo. La risa era por mí y, animado, seguí diciendo:

—Sabía que le conocía, pero no conseguía acordarme. Hablamos de política. Era

Bertini, porque dijo tantas animaladas con esa voz suya de oveja...

—¡Hasta la voz era suya! —volvió a reír Ada mirándome ansiosa por oír el final.

—¡Sí! Tenía que ser Bertini —afirmé fingiendo miedo con el estilo del gran actor que en mí se ha perdido, y seguí contando cómo el personaje me estrechó la mano para despedirse y se fue bailoteando. Le seguí por un trecho intentando encontrar el sentido de esa escena. Me di cuenta de que había hablado con Bertini sólo cuando lo hube perdido de vista. ¡Había hablado con Bertini que hacía un año que había muerto!

Poco después Ada se detuvo delante del portón de su casa. Estrechándole la mano, dijo a Guido que le esperaba esa noche. Después, saludándome también a mí, me dijo que, si no temía aburrirme, acudiera esa noche a su casa para contribuir a conseguir que la mesa bailase.

No contesté ni agradecí la invitación. Tenía que analizar esa invitación antes de aceptarla. Me parecía que había tenido el tono de un gesto de cortesía obligado. Mira por dónde; tal vez para mí la jornada festiva se cerrara con ese encuentro. Pero quise mostrarme cortés para dejarme abiertas todas las vías, incluida la de aceptar la invitación. Le pregunté por Giovanni, con quien dije que tenía que hablar. Ella me contestó que lo encontraría en su oficina, donde había acudido por un asunto urgente.

Guido y yo nos detuvimos unos instantes a mirar por detrás a la elegante figura que desaparecía en la oscuridad del zaguán de la casa. No sé qué pensó Guido en ese momento. En lo que a mí se refiere, me sentía extremadamente infeliz: ¿por qué Ada no me había invitado antes a mí y después a Guido?

Regresamos juntos sobre nuestros pasos, casi hasta el lugar donde nos habíamos topado con Ada. Guido, cortés y desenvuelto (era precisamente la desenvoltura lo que más envidiaba en los demás), volvió a hablar de ese cuento que había improvisado y que él tomaba en serio. En esa historia esto es lo único cierto que había: en Trieste, incluso después de haber muerto Bertini, vivía una persona que decía disparates, caminaba de forma que parecía moverse sobre la punta de sus pies y tenía también una voz extraña. Me la habían presentado recientemente y, por un momento, me había recordado a Bertini. No me desagradaba que Guido

se rompiese la cabeza estudiando ese invento mío. Ya había quedado establecido que no debía odiarle porque para los Malfenti no era más que un comerciante importante. Aun así me resultaba antipático por su rebuscada elegancia y su bastón. Es

más, me resultaba tan antipático que no veía la hora de deshacerme de él. Oí que él llegaba a la siguiente conclusión:

—Es también posible que la persona con quien habló usted fuese mucho más joven que Bertini, caminase como un granadero y tuviese una voz viril y que la semejanza con Bertini se limitara al hecho de decir disparates. Esto hubiera sido suficiente para fijar su pensamiento en Bertini. Pero para admitir tal cosa, habría también que creer que usted es una persona muy distraída.

No pude ayudarle en sus esfuerzos:

—¿Distraído yo? ¡Qué ocurrencia! Soy un hombre de negocios.  
¿Qué sería de mí si fuese despistado?

Pensé después que estaba perdiendo el tiempo. Quería ver a Giovanni. Dado que había visto a su hija, bien podría ver también al padre que era mucho menos importante. Tenía que darme prisa si quería encontrarle aún en su oficina.

Guido continuaba cavilando sobre en qué medida una parte de un milagro se podía atribuir a la falta de atención de quien lo hace o de quien asiste a su realización. Yo quise despedirme y mostrarme al menos tan desenvuelto como

él. Todo ello llevó a una cierta brusquedad, cercana a la brutalidad, en mi actitud al interrumpirle y separarme de él:

—Para mí los milagros existen y no existen. No conviene complicarlos con muchos añadidos. Hay que creer en ellos o no hacerlo y en ambos casos las cosas son muy sencillas.

No quería dejarle ver mi antipatía; tanto es así que, con mis palabras, me parecía que le estaba haciendo una concesión, visto que soy un positivista convencido y no creo en los milagros. Pero era una concesión hecha con bastante malhumor. Me alejé cojeando más que nunca y esperé que Guido no tuviera la ocurrencia de mirarme por detrás.

Era realmente necesario que yo hablara con Giovanni. Por lo menos, me podría instruir en el comportamiento que me convenía guardar esa noche. Ada me había invitado y por la actitud de Giovanni podría comprender si debía aceptar esa invitación o

recordar, en cambio, que tal invitación se oponía al expreso deseo de la señora Malfenti. Era preciso aportar claridad a mis relaciones con esas personas, y si el domingo no bastase, dedicaría a esa tarea también el lunes. Seguía contraviniendo mis propósitos y no me daba cuenta de ello. Es más, me parecía estar llevando a cabo una resolución tomada después de cinco días de meditación. Así denominaba yo a mi actividad de aquellos días.

Giovanni me recibió con un gran saludo en voz alta, que me reconfortó, y me invitó a tomar asiento en un sillón pegado a la pared, frente a su mesa.

—¡Cinco minutos! ¡Enseguida estoy con usted! —Y a continuación—

: Pero

¿cojea usted?

Me sonrojé. Pero, en la línea de fácil improvisación que ese día me caracterizaba, le dije que me había resbalado mientras salía de un café, nombré

precisamente el café donde me había pasado aquel incidente y temiendo que él pudiera atribuir mi descalabro a una ofuscación mental provocada por el alcohol, riéndome, añadí el detalle de que



cuando me caí me encontraba en compañía de una persona aquejada de reumatismo, que también cojeaba.

Un empleado y dos mozos se encontraban de pie, junto a la mesa de Giovanni. Debía de haberse producido algún desajuste en una entrega de mercancías y Giovanni se hallaba inmerso en una de sus ásperas intervenciones en el funcionamiento de su almacén, del que raras veces se ocupaba, prefiriendo mantener su mente libre para hacer —como él decía— sólo aquello que ningún otro hubiera podido hacer por él. Gritaba más de lo acostumbrado, como si quisiera grabar sus disposiciones en los oídos de sus empleados. Creo que el conflicto estaba relacionado con la manera en que debían transcurrir las relaciones entre la oficina y el almacén.

—Este papel —gritaba Giovanni, pasando de su mano derecha a la izquierda un papel que había arrancado de un libro— lo firmas tú, y el empleado que lo reciba te dará otro idéntico que él habrá firmado.

Miraba fijamente a la cara a sus interlocutores a través de las gafas o por encima de ellas alternativamente, y concluyó con otro gran grito:

—¿Habéis entendido?

Quería volver a empezar sus explicaciones desde el principio, pero yo tenía la impresión de estar perdiendo demasiado tiempo. Tenía la curiosa impresión de que, si me daba prisa, podía batirme por Ada, aunque luego advertí con sorpresa que nadie me esperaba, que yo no esperaba a nadie, y que no había nada que yo pudiera hacer. Me acerqué a Giovanni con la mano extendida:

—Esta noche voy a su casa.

Se me acercó enseguida mientras los demás se apartaban.

—¿Por qué hace tanto que no le vemos por casa? —preguntó con sencillez.

La sorpresa que esta pregunta me produjo llegó a confundirme. Era precisamente esta pregunta la que Ada no me había hecho, a pesar de que yo creía tener derecho a oírla. Si no hubieran estado

presentes aquellos otros hombres, me hubiera sincerado con Giovanni que, al hacerme esa pregunta, me había probado su inocencia en lo que yo ya sentía como una conjura en mi contra. Sólo él era inocente y merecía mi confianza.

Tal vez entonces no pensé con tanta claridad y prueba de ello es el hecho de que no tuve la paciencia de esperar que el empleado y los mozos se alejaran. Quería además comprobar si, tal vez, la inesperada llegada de Guido le había impedido a Ada realizar esa pregunta.

Pero, al final, también Giovanni me impidió hablar, manifestando una gran prisa por reanudar su trabajo.

—Nos veremos entonces esta noche. Oirá a un violinista como nunca habrá tenido ocasión de oír. Se presenta como un aficionado sólo porque tiene tanto dinero que no se digna ejercer sus dotes como profesional. Tiene la intención de dedicarse al comercio. —Se encogió de hombros en señal de desprecio—.Yo, aun amando como amo el comercio, en su lugar, me limitaría a vender sólo notas. No sé si le conoce. Un tal Guido Speier.

—¿De veras? ¿De veras? —dije simulando agrado, agitando la cabeza y abriendo la boca, es decir, moviendo todo lo que mi voluntad tenía a su alcance mover. ¿Ese joven sabía también tocar el violín?—. ¿De verdad? ¿Y tan bien, además? —Esperaba que Giovanni hubiese bromeado y que con sus exageradas alabanzas quisiese indicar que Guido sólo era capaz de torturar al violín, no de tocarlo. Pero él seguía sacudiendo su cabeza con gestos de gran admiración.

Estreché su mano:

—¡Hasta luego!

Me dirigí cojeando a la puerta. Me asaltó una duda que me hizo detenerme. Tal vez hubiera sido mejor no aceptar esa invitación, en cuyo caso era conveniente avisar a Giovanni. Me di la vuelta para volver a su lado, pero me di cuenta entonces de que él me miraba con gran atención inclinado hacia adelante para verme más de cerca. ¡No pude soportar este gesto por su parte y me marché!

¡Un violinista! Si era verdad que tocaba tan bien, yo estaba simplemente aniquilado. Si, por lo menos, no hubiera tocado ese instrumento o no me hubiese dejado convencer de tocarlo en casa de los Malfenti. Había llevado mi violín a esa casa no para conquistar con mis interpretaciones el corazón de los presentes, sino como un pretexto para alargar mis visitas. ¡Me había portado como un imbécil! ¡Hubiera podido recurrir a muchos otros pretextos menos comprometedores!

Nadie podrá afirmar que me abandono a ilusiones sobre mí. Sé que tengo un sentido musical muy desarrollado y no es por afectación que busco la música más complicada. Sin embargo, ese mismo sentido musical me advierte, y lo viene haciendo desde hace muchos años, que no llegaré a tocar de forma que pueda realmente conmover a quienes me escuchan. Si sigo tocando, a pesar de ello, lo hago por la misma razón por la que sigo sometiéndome a diferentes

tratamientos. Podría tocar bien si no estuviera enfermo, y corro detrás de la salud incluso cuando estudio el equilibrio sobre las cuatro cuerdas. Hay en mi organismo una ligera parálisis, y en el violín se revela por entero y se muestra

por ello, más fácilmente, curable. Hasta el ser más torpe, cuando sabe qué son

los tresillos, los cuatrillos y los sextillos, sabe pasar de unos a otros con exactitud rítmica, igual que su ojo sabe pasar de un color a otro. En mi caso, en cambio, cada una de esas figuras, en cuanto la he compuesto, se me queda pegada y no consigo ya librarme de ella, de manera que logra colarse en la figura siguiente y deformarla. Para poner las notas en su lugar, tengo que marcarme el tiempo con los pies y la cabeza y entonces, ¡adiós desenvoltura, adiós serenidad, adiós música! La música que procede de un organismo equilibrado pasa a ser por sí misma el tiempo que crea y agota. Cuando consiga hacer una música como ésa estaré curado.

Por primera vez pensé en dejar libre el campo, dejar Trieste y buscar distracción en otro lugar. Nada cabía ya esperar. Había perdido a Ada. ¡Estaba seguro de ello! ¿No sabía acaso que ella se casaría con un hombre después de haberlo evaluado y sopesado como si se hubiera tratado de concederle una medalla de honor académico? Me parecía ridículo porque, en realidad, entre los seres

humanos el violín no debería contar en la elección de un marido, pero esto no me salvaba. Sentía la importancia de ese sonido. Era decisivo como entre las aves canoras.

Me encerré en mi estudio, ¡y eso que la jornada festiva no había acabado para los demás! Saqué el violín de su funda, indeciso entre hacerlo pedazos o ponerme a tocarlo. Después lo probé como si quisiera darle el último adiós y finalmente me puse a estudiar al consabido Kreutzer.[13]

En ese mismo lugar había hecho que el arco de mi violín recorriera tantos kilómetros que, en mi desorientación, volví a recorrer maquinalmente otros tantos.

Todos los que se han dedicado a esas condenadas cuatro cuerdas saben que, mientras se mantenga uno aislado, se cree que cualquier pequeño esfuerzo depara un progreso relativo. Si así no fuera ¿quién aceptaría someterse a esos trabajos forzados sin fin, como si se hubiera incurrido en algún grave delito? Después de algún tiempo, me pareció que mi lucha con Guido no estaba

definitivamente perdida. Tal vez me estaba aún deparado interponerme entre Guido y Ada con un violín victorioso.

No era esta última una presunción, sino mi habitual optimismo del que nunca pude liberarme. Cualquier amenaza me aterra en un primer momento, pero inmediatamente después la olvido confiado en la fe más segura de poder sortearla. Allí además era preciso sólo hacer benévolo mi juicio en relación con mis capacidades como violinista. En general, en las artes es sabido que un juicio seguro se desprende de las posibilidades de comparar, algo de lo que yo carecía. El mismo violín, además, resuena tan cerca de la oreja que su camino hasta el corazón es breve. Cuando, cansado, dejé de tocar, me dije:

—Bien, Zeno, te has ganado el pan.

Sin más vacilaciones me dirigí a casa de los Malfenti. Había aceptado la invitación y ahora no podía ya dejar de acudir. Se me antojó un pronóstico favorable el que la camarera me recibiese con una afable sonrisa y con la pregunta de si había estado acaso enfermo para no haber acudido durante tanto tiempo. Le di una propina. A través de sus palabras, toda la familia de la que ella pasó a ser representante, me hacía esa pregunta.



Me condujo al salón, que estaba inmerso en la más honda oscuridad. Al llegar desde la plena luz de la antesala, durante un tiempo no conseguí ver nada y no me atreví a moverme. Después distinguí algunas figuras sentadas alrededor de una mesita, al fondo del salón, bastante lejos de mí.

Me saludó la voz de Ada, que me pareció muy sensual en la oscuridad. Sonriente, acariciadora:

—¡Siéntese ahí y no turbe a los espíritus! —Si las cosas seguían igual no sería yo quien los turbara, desde luego.

Desde otro lugar del extremo de la mesa se dejó oír otra voz, de Alberta o de

Augusta tal vez:

—Si desea participar en la invocación, queda todavía libre un huequecito.

Yo estaba muy decidido a no quedar relegado y me adelanté resuelto hacia el lugar de donde había procedido el saludo de Ada. Mi rodilla chocó contra la esquina de esa pequeña mesa veneciana llena de ángulos. Sentí un dolor intenso, pero no dejé que me detuviera y fui a caer sobre un asiento que alguien me ofreció, entre dos muchachas de las que una, la de mi derecha, pensé que era

Ada y la otra Augusta. De inmediato, para evitar cualquier contacto con esta última, me incliné hacia la otra. Me surgió la duda de que me pudiera haber equivocado y a la vecina de la derecha le pregunté, para oír su voz:

—¿Ha habido ya alguna comunicación por parte de los espíritus?

Guido, que me pareció que estaba sentado frente a mí, me interrumpió. Gritó con voz imperiosa:

—¡Silencio!

Después, de manera más serena:

—Concéntrense y piensen intensamente en el muerto que quieren invocar.

No siento la menor aversión hacia los intentos de cualquier tipo de espiar el más allá. Es más, me molestaba no haber sido yo quien introdujera en casa de Giovanni esa práctica alrededor del velador que tanto éxito estaba consiguiendo. No me apetecía, sin embargo, obedecer las órdenes de Guido y por ello no me concentré en lo más mínimo. Además me había dirigido tantos reproches por haber permitido que las cosas llegaran a ese punto sin haber dicho a Ada lo que sentía con claridad que, ya que tenía cerca a la joven, en esa oscuridad tan propicia, era mi intención aclararlo todo. Me contuvo sólo la emoción de tenerla tan cerca de mí, después de haber temido perderla para siempre. Intuía la dulzura de los cálidos tejidos que rozaban mi traje y pensaba también que, tan cerca el uno del otro, el mío tocaba su pequeño pie que sabía que, por ser de noche, calzaría una diminuta bota de charol. Era auténticamente excesivo después de un martirio tan prolongado.

Guido habló de nuevo:

—Se lo ruego, concéntrense. Supliquen ahora al espíritu que invocaron que se manifieste moviendo el velador.

Me complacía que él siguiera ocupándose del velador. ¡Ahora era evidente que Ada aceptaba cargar con el peso que mi contacto suponía! Si no me hubiera amado no hubiera soportado esa carga. Había llegado la hora de aclarar las cosas. Retiré mi mano derecha de la mesita y, poco a poco, puse mi brazo alrededor de su cintura:

—¡La amo, Ada! —dije en voz baja y acercando mi cara a la suya para que me escuchara mejor.

La muchacha no contestó de inmediato. Después, con un hilo de voz, la de

Augusta, me dijo:

—¿Por qué no ha venido durante tanto tiempo?

La sorpresa y la contrariedad casi me hicieron caer de la silla. Sentí enseguida que si tenía que hacer desaparecer a esa fastidiosa joven de mi destino, debía guardar aun así con ella la consideración que el caballero que soy debe tributar a la mujer que le ama aunque pueda ésta ser la menos agraciada que haya

sido nunca creada. ¡Cómo me amaba! Sentí su amor en mi dolor. Sólo el amor podía haberle dictado la decisión de no confesar que no era Ada, y dirigirme en cambio la pregunta que en vano había yo esperado que Ada me hiciera. Augusta, por el contrario, había ciertamente planeado hacérmela enseguida en cuanto volviera a verme.

Obedecí a un impulso instintivo y no contesté a su pregunta pero, tras una breve vacilación, le dije:

—¡Me complace haberme confiado a usted, Augusta, que tan buena me parece! Me apresuré a volver a recuperar el equilibrio sobre mi escabel. No podía tener

total claridad en relación con Ada, pero de momento la tenía ya, total, con

Augusta. No cabían aquí los malentendidos. Guido volvió a advertirnos:

—¡Si no quieren estar callados, no tiene ningún sentido que sigamos pasando el tiempo aquí a oscuras!

Él no lo sabía, pero yo tenía aún necesidad de un poco de oscuridad que me

aislase y me permitiese reflexionar. Había descubierto mi error y el único equilibrio que había recuperado era el de mi cuerpo sobre el asiento.

Hablaría con Ada, pero con toda claridad. Me asaltó la sospecha de que a mi izquierda no estuviera ella, sino Alberta. ¿Cómo confirmarlo? La duda hizo que casi me cayera hacia mi izquierda. Y, para recuperar el equilibrio, me apoyé en la mesa. Todos empezaron a gritar: «¡Se mueve, se mueve!». Mi gesto involuntario podría, tal vez, conducirme a la claridad. ¿De dónde procedía la voz de Ada?

Pero Guido, cubriendo con su voz la de todos, impuso el mismo silencio que yo, de muy buen grado, le hubiera impuesto a él. Después, con voz alterada, suplicante (¡imbécil!), habló con el espíritu que él creía que estaba presente:

—¡Te lo ruego, di tu nombre indicando las letras en nuestro alfabeto! Había previsto todo; temía que el espíritu recordase el alfabeto griego.

Yo seguí la comedia sin dejar de espiar la oscuridad en busca de Ada. Tras una ligera vacilación hice que el velador se elevase siete veces de forma que la letra G quedara establecida. La idea me pareció buena y, a pesar de que la U que seguía requería

innumerables movimientos, dicté con claridad el nombre de Guido. No dudo que al dictar su nombre yo me hallase impelido por el deseo de relegarle entre los espíritus.

Cuando el nombre de Guido estuvo claro, Ada habló por fin:

—¿Algún antepasado suyo? —sugirió. Estaba sentada justo junto a él. Ganas hubiera tenido yo de desplazar la mesita de manera que quedara entre ellos dos para separarlos.

—Pudiera ser —dijo Guido. Él creía tener antepasados, pero no me daba miedo. Su voz estaba alterada por una real emoción que me produjo la dicha que siente quien, al practicar la esgrima, advierte que su adversario es menos temible de lo que creía. Guido no llevaba a cabo esos ejercicios espiritistas con ánimo templado. ¡Era un auténtico imbécil! Todas las debilidades despertaban fácilmente mi compasión, pero en este caso, la suya no lo conseguía.

Se dirigió él, después, al espíritu:

—Si te llamas Speier haz un solo movimiento. De lo contrario mueve dos veces la mesita.

Dado que quería tener antepasados, le complací moviendo la mesita una vez.

—¡Mi abuelo! —murmuró Guido.

A continuación la conversación con el espíritu prosiguió a un ritmo más acelerado. Al espíritu se le preguntó si quería comunicar algún mensaje. Contestó que sí. ¿Relativo a los negocios o a otra cosa? ¡Los negocios! Esta respuesta fue la elegida porque requería para darla mover la mesa una sola vez. Guido preguntó después si se trataba de buenas o de malas noticias. Las malas tenían que ser indicadas con dos movimientos y yo —sin duda alguna en esta ocasión— quise mover la mesa. El segundo movimiento, sin embargo, encontró resistencia. Alguno de los presentes hubiera deseado que las noticias fueran buenas. ¿Ada, tal vez? Para poder realizar ese segundo movimiento llegué hasta a arrojarme sobre la mesita y ¡vencí con facilidad! ¡Las noticias eran malas!



A causa de la lucha entablada, el segundo movimiento resultó excesivo y llegó a desplazar a todos los presentes alrededor de la mesa.

—¡Qué raro! —murmuró Guido. Después, decidido, gritó—: ¡Basta!  
¡Basta!

¡Aquí alguien se está divirtiendo a costa nuestra!

Se trató de una orden a la que muchos, en el mismo momento, obedecieron y el salón se vio de repente inundado por las luces encendidas en diferentes puntos.

¡Me pareció que Guido estaba pálido! Ada se engañaba a propósito de ese individuo y yo le abriría los ojos.

En el salón, además de las otras tres muchachas, estaban la señora Malfenti y otra señora cuya visión me inspiró incomodidad y malestar porque creí que era la tía Rosina. Por diferentes razones las dos señoras recibieron, por mi parte, un breve saludo.

Lo mejor es que me había quedado sentado a la mesa, solo junto a Augusta. Era de nuevo un compromiso, pero no conseguía decidirme a sumarme a todos los demás que rodeaban ahora a

Guido, quien, no sin vehemencia, explicaba cómo se había dado cuenta de que nuestra mesa la movía no un espíritu sino un carnal sujeto lleno de malicia. No Ada, él mismo había intentado frenar al dichoso velador que se había revelado, de repente, demasiado hablador. Decía:

—Yo sujeté la mesa con todas mis fuerzas para impedir que se moviese en la segunda ocasión. Alguien tuvo incluso que arrojarse sobre ella para vencer mi resistencia.

¡Bonito espiritismo el suyo! ¡Un esfuerzo poderoso no podía proceder de un espíritu según él!

Miré a la pobre Augusta para ver qué aspecto tenía tras haber recibido la declaración de amor a su hermana. Estaba muy sonrojada, pero me miraba con una sonrisa benévola. Sólo entonces se decidió a confirmar que había escuchado esa declaración:

—¡No se lo diré a nadie! —me dijo en voz baja. Me complació mucho escucharlo.

—Gracias —murmuré estrechando su mano, no pequeña, pero perfectamente modelada. Estaba decidido a llegar a ser un buen amigo para Augusta, mientras que antes de ese momento tal cosa no hubiera sido posible porque no me agrada entablar amistad con las personas que no son bien parecidas. Pero sentía una cierta simpatía por su cintura, que había llegado a abrazar descubriendo que era más estrecha de lo que hubiera pensado. Su cara tampoco estaba mal y parecía irregular sólo a causa de ese ojo que se desviaba según un recorrido que no debería ser el suyo. Había exagerado, desde luego, mi percepción de este defecto en ella, juzgando que afectara hasta a la longitud y simetría de sus piernas.

Habían traído limonada para Guido. Me acerqué al grupo que aún se recogía a su alrededor y me topé con la señora Malfenti que se estaba alejando de allí. Riendo con ganas, le pregunté:

—¿Necesita un tónico?

Ella dibujó un ligero movimiento de desprecio con los labios:

—¡No parece un hombre! —dijo con claridad.

Yo me felicité de que mi victoria pudiese tener una importancia decisiva. No podía ser que Ada no tuviera la misma opinión que su madre. La victoria tuvo de inmediato el efecto que cabe esperar en un hombre con una naturaleza como la mía. Desapareció en mí cualquier rencor y no quise que Guido siguiera

sufriendo. Desde luego, el mundo sería un lugar menos hostil si muchos se pareciesen a mí.

Me senté a su lado y, sin mirar a los otros, le dije:

—Tiene que disculparme Guido. Me he permitido una broma de mal gusto. Soy yo el responsable de que la mesita declarase que un espíritu con su nombre la movía. No lo hubiera hecho de haber sabido que también su abuelo tenía ese nombre.

Guido traicionó en el mal color de su cara, que se iluminó de repente, cuán importante era mi confesión para él. No quiso, sin embargo, admitirlo y me dijo:

—¡Estas señoras son excesivamente generosas! No preciso consuelo. El asunto no tiene la menor importancia. Le agradezco

su sinceridad, pero yo había ya advertido que alguien se había puesto la peluca de mi abuelo.

Rió, satisfecho, diciéndome:

—¡Es usted muy fuerte! Hubiera debido imaginar que la mesa la movía el único otro hombre de entre los presentes.

Había demostrado ser más fuerte que él, de hecho, pero pronto me vi obligado a sentirme más débil que él. Ada me miraba con una expresión poco amistosa y, encendidas sus bonitas mejillas, me atacó:

—Lamento que se haya sentido usted autorizado a llevar a cabo una broma como ésta.

Me quedé sin respiración y, balbuciendo, dije:

—¡Quería reírme un poco! Pensaba que ninguno de nosotros tomaría en serio esa historia de la mesita.

Demasiado tarde para atacar a Guido y, es más, si hubiera tenido un oído más sensible, habría advertido que, nunca más, en un enfrentamiento con él, la victoria podría ser mía. La ira que Ada demostraba sentir hacia mí era bien significativa. ¿Cómo no me di cuenta de que le pertenecía ya por entero? Yo me obstinaba, sin embargo, en la idea de que él no la merecía porque no era el tipo de hombre que ella buscaba con sus serios ojos. ¿Acaso la señora Malfenti no lo había advertido?

Todos se apresuraron a protegerme y empeoraron la situación. La señora

Malfenti dijo riendo:

—No ha sido más que una broma muy bien lograda.

La tía Rosina tenía todavía su voluminosa anatomía entretenida en un movimiento oscilatorio, a causa de la risa, y decía con admiración:

—¡Una broma magnífica!

Me molestó que Guido se mostrase tan amigable. Claro, a él no le importaba nada más que estar seguro de que las malas noticias que el velador le había dado no hubieran sido dictadas por un espíritu. Me dijo:

—Estoy seguro de que, en un primer momento, no ha movido la mesa a propósito. La habrá movido la primera vez sin querer y después habrá decidido seguir moviéndola deliberadamente. Así todo seguiría teniendo cierta importancia, hasta el momento en que decidió sabotear su propia inspiración.

Ada se giró y me miró con curiosidad. Estaba a punto de demostrar a Guido una exagerada devoción al perdonarme, a su vez, porque Guido lo había ya hecho. Se lo impedí:

—¡Que no! —dije decidido—. Estaba harto de esperar a esos espíritus que no querían acudir y fingí ser ellos para divertirme.

Ada me dio la espalda, arqueando los hombros de tal manera que despertó de inmediato en mí la sensación de haber recibido una bofetada. Hasta los rizos de su nuca parecían manifestar su desdén.

Como siempre, en vez de mirar y escuchar, estaba totalmente pendiente de mis pensamientos. Me angustiaba el hecho de que Ada se comprometiera de manera tan honda. Me producía un dolor tan intenso como la revelación de que mi mujer pudiera estar traicionándome. A pesar de esas manifestaciones suyas de afecto hacia Guido, Ada podía aún ser mía, pero sentía que no le perdonaría nunca su actitud. ¿Es mi pensamiento demasiado lento para saber seguir los acontecimientos que se desarrollan sin esperar a que, en mi cerebro, se hayan borrado las impresiones que causaron los que les precedieron? Yo tenía sin embargo que moverme según la senda que mi propósito había trazado. Una auténtica, ciega obstinación. Es más, quise fortalecer mi propósito volviendo a enunciarlo de nuevo. Me acerqué a Augusta, que me miraba ansiosamente, con una sincera sonrisa de aliento en la cara, y le dije serio y apesadumbrado:

—Es tal vez la última vez que vengo a su casa porque esta noche declararé mi amor a Ada.

—No debe hacerlo —me dijo con voz suplicante—. ¿No se da cuenta de lo que está pasando? Me dolería verle sufrir.



Augusta seguía interponiéndose entre Ada y yo. Le dije, con toda la intención de desairarla:

—Hablaré con Ada porque tengo que hacerlo. Lo que ella responda luego me resulta completamente indiferente.

Cojeé nuevamente en dirección a Guido. Cuando llegué junto a él, mirándome en un espejo, encendí un cigarrillo. En el espejo me vi muy pálido, algo que, en mi caso, resulta una invitación a palidecer aún más. Luché por sobreponerme y parecer desenvuelto. En ese doble esfuerzo mi mano distraída agarró el vaso de Guido. Una vez que lo hube agarrado, no se me ocurrió nada mejor que vaciarlo.

Guido se puso a reír:

—Así conocerá todos mis pensamientos porque hace poco que he bebido también yo de ese vaso.

El sabor del limón me resulta muy desagradable. Ése debió de parecerme hasta venenoso porque, ante todo, por haber bebido de su vaso me pareció haber tenido un contacto repelente con Guido, y además, porque me impresionó, en el mismo instante, la expresión de iracunda impaciencia que se dibujó en la cara de

Ada. Llamó enseguida a la criada para pedirle otro vaso de limonada e insistió en su orden, a pesar de que Guido declaró que no tenía ya sed.

Entonces es cuando realmente sentí compasión de verdad. Ella, sin ser consciente, se estaba comprometiendo cada vez más.

—Perdóneme, Ada —le dije con actitud sumisa y mirándola como si esperara alguna explicación por su parte—. No quería contrariarla.

Me invadió después el temor de que mis ojos se llenaran de lágrimas. Quise salvarme de quedar en ridículo. Grité:

—Me he salpicado de limón.

Me tapé los ojos con un pañuelo y no tuve, por tanto, que contener mis lágrimas, y sólo me restó evitar los sollozos.

Nunca olvidaré esa oscuridad detrás del pañuelo. Ocultaba tras de él mis

lágrimas pero también un momento de locura. Pensaba que le diría todo, que ella me entendería y me amaría y que yo, en cambio, no la perdonaría nunca más.

Alejé el pañuelo de mi cara, dejé que todos vieran mis ojos llorosos e hice un esfuerzo por reír y hacer reír:

—Cualquiera diría que el señor Malfenti manda a su casa ácido cítrico para hacer las limonadas.

En ese momento llegó Giovanni, que me saludó con su habitual gran cordialidad. Recibí un pequeño consuelo, que no duró gran cosa porque él declaró que había llegado antes de lo acostumbrado llevado por su deseo de oír tocar a Guido. Se interrumpió para pedir explicaciones por las lágrimas que había en mis ojos. Le relataron mis sospechas en relación con la calidad de los zumos de su casa y él

se rió.

Yo fui tan cobarde como para unirme calurosamente a los ruegos que Giovanni dirigía a Guido para que tocara. Recordaba: ¿no había ido allí yo esa noche para oír el violín de Guido? Y lo curioso es que me consta que esperaba congraciarme con Ada al suplicar también yo a Guido que tocara. La miré esperando verme por fin asociado a ella por primera vez esa noche. ¡Qué extraño! ¿No había acaso decidido hablarle y no perdonarla? No vi, en cambio, nada más que su espalda y los desdeñosos rizos de su nuca. Había ido a la carrera a sacar el violín de Guido de su funda.

Guido pidió que le dejaran tranquilo aún otro cuarto de hora. Parecía vacilante. Después, en los largos años en que le traté, me di cuenta de que él siempre dudaba antes de hacer las cosas más sencillas que se le solicitaran. Sólo hacía lo que le complacía, y antes de acceder a una petición sometía a sus órganos internos a una encuesta para ver qué es lo que allí dentro se deseaba.

Después, en aquella noche memorable, se dio el instante más feliz para mí. Mi caprichosa charla hizo que todos se divirtieran, Ada

también. Se debía con toda certeza a mi excitación, pero también a mi supremo esfuerzo por vencer a ese amenazador violín que se aproximaba, se aproximaba... Y ese pequeño espacio de tiempo que los demás, por obra mía, encontraron tan divertido yo lo recuerdo, en cambio, aplicado a un afanoso combate.

Giovanni había contado que en el tranvía que tomó para regresar a casa había asistido a una penosa escena. Una mujer había bajado cuando el vehículo estaba aún en movimiento, con tan mala fortuna como para caer y herirse. Giovanni describía con un poco de exageración su ansiedad al advertir que la mujer se disponía a dar ese salto y de una manera tal que resultaba evidente que se caería y podría, tal vez, ser atropellada. Era doloroso preverlo y no estar ya a tiempo de evitarlo.

Tuve una ocurrencia. Conté que para ese vértigo, que en el pasado me había hecho padecer mucho, había descubierto un remedio. Cuando veía a un gimnasta hacer sus ejercicios a demasiada altura, o cuando asistía al descenso de un tranvía de una persona demasiado mayor o poco ágil, me liberaba de toda ansiedad deseándoles todo tipo de desgracias. Llegaba

hasta a modular las palabras con las que les deseaba que se cayeran y se estrellaran. Esto me sosegaba enormemente y podía, por tanto, asistir con toda tranquilidad a la amenaza de un posible accidente. Si mis augurios no se realizaban, podía sentirme aún más contento.

Guido quedó encantado con mi idea, que le pareció un hallazgo psicológico. La analizaba como solía hacer con todas las naderías; se declaraba impaciente por comprobar por sí mismo su eficacia. Pero expresaba una reserva: que los malos augurios, en vez de comportarse como elementos para conjurar los infortunios, aumentasen las desgracias. Ada se unió a sus risas y me dirigió incluso una mirada de admiración. Yo, tonto de mí, sentí una gran satisfacción. Pero descubrí que no era verdad que no pudiera ya perdonarla; también esto era una gran ventaja.

Reímos y mucho, todos juntos, como buenos chicos que se aprecian. En un determinado momento yo me había quedado en una parte del salón sólo con la tía Rosina. Ésta seguía hablando de la mesita y, bastante gruesa como era, estaba inmóvil en su silla y me hablaba sin mirarme. Yo hallé la manera de hacer comprender a los demás que me

molestaba y todos me miraban, sin que la tía les viera, riendo discretamente.

A fin de incrementar esa hilaridad me las arreglé para decirle sin preparación

alguna:

—Pero usted, señora, está muy repuesta, la veo rejuvenecida.

Hubiera sido cómico si ella se hubiese alarmado. Pero la anciana, en vez de enfadarse, se declaró muy agradecida y me contó que, de hecho, se había recuperado, y mucho, después de una reciente enfermedad. Me quedé tan sorprendido por esa respuesta que mi cara debió de adquirir una expresión muy cómica, de tal forma que la hilaridad que había esperado no faltó. Poco después me explicaron el enigma. Es decir, me dijeron que no era la tía Rosina, sino la tía María, una hermana de la señora Malfenti. Había así despejado en ese salón una fuente de malestar para mí, pero no la mayor.

En un momento dado Guido pidió su violín. Prescindiría esa noche del acompañamiento de piano, al interpretar la Chacona.[14] Ada

le acercó el violín con una sonrisa de agradecimiento. Él no la miró, pero miró al violín como si hubiera querido aislarse con él y con su inspiración. Después, se colocó en medio del salón dando la espalda a buena parte del pequeño auditorio, tocó ligeramente las cuerdas con el arco para afinarlas y produjo también algunos arpeggios. Se interrumpió para decir con una sonrisa:

—¡Qué valor tengo! ¡No he tocado el violín desde la última vez que lo toqué aquí!

¡Vaya charlatán! Daba la espalda a Ada. Yo la miré ansiosamente para ver si ella lo pasaba mal. ¡No parecía! Había apoyado el codo en una mesita y la barbilla en la mano y se concentraba para escuchar.

Después el gran Bach en persona se puso en mi contra. Jamás, ni antes ni después, llegué a sentir de esa manera la belleza de esa música nacida sobre esas cuatro cuerdas como un ángel de Miguel Ángel en un bloque de mármol. Sólo que ese estado de ánimo era nuevo para mí y fue eso lo que me llevó a mirar hacia arriba en pleno éxtasis, como ante una gran novedad. Y sin embargo yo luchaba para tener lejos de mí esa música. Nunca dejé de pensar: «¡Ten cuidado!



¡El violín es una sirena y se puede llorar con él incluso sin tener el corazón de un héroe!». Sufrí el asalto de esa música, que consiguió apresarme. Me pareció que hablaba de mi enfermedad y de mis dolores con indulgencia, mitigándolos con sonrisas y caricias.

¡Pero era Guido quien hablaba! Y yo intentaba desprenderme de la música diciéndome: «Para saber hacer esto basta disponer de un organismo

dotado de ritmo, una mano segura y una buena capacidad de imitación; cosas todas ellas que yo no tengo, lo que no es una inferioridad sino una desventura».

Yo protestaba, pero Bach avanzaba seguro como el destino. Cantaba en lo alto con pasión y descendía a buscar el bajo obstinado que sorprendía por más que el oído y el corazón lo hubiesen anticipado: ¡justo en el lugar oportuno! Un instante más tarde, y el canto se habría desvanecido y la resonancia no habría podido alcanzarlo; un instante antes y se hubiera superpuesto al canto, y lo habría ahogado. En el caso de Guido eso no sucedía. Su brazo ni siquiera temblaba enfrentándose a Bach y esto sí que representaba una inferioridad en los demás.

Hoy que escribo todo esto tengo las pruebas de lo que acabo de afirmar. No me alegro de haber acertado entonces con tanta

exactitud. Entonces estaba lleno de odio, y esa música, que yo aceptaba como mi misma alma, no supo apaciguarlo. Vino después la vida vulgar de cada día y lo anuló sin que por mi parte hubiera alguna resistencia. ¡Por descontado! La vida vulgar sabe hacer este tipo de cosas.

¡Ay si los genios se dieran cuenta de ello!

Guido dejó de tocar magistralmente. Nadie aplaudió más que Giovanni, y

durante algún tiempo nadie habló. Después, desgraciadamente, sentí la necesidad de hablar. ¿Cómo osé hacerlo ante gente que sabía cómo tocaba yo el violín?

Parecía ser mi violín, que en vano anhelaba la música, el que hablara, derramando sus reproches sobre el otro violín en el que — inútil hubiera sido negarlo— la música se había transformado en vida, luz y aire.

—¡Muy bien! —dije, y tenían mis palabras todo el aspecto de una indulgente concesión, no de un aplauso—. No entiendo sin embargo por qué, hacia el final, ha tocado usted separadas esas notas que Bach dispuso debían ir ligadas.

Yo conocía la Chacona nota a nota. Había habido una época en la que había creído que, para progresar en mi estudio, tendría que afrontar empresas parecidas y, en el curso de largos meses, empleé mi tiempo en copiar, compás tras compás, algunas composiciones de Bach.

Sentí que en todo el salón no había hacia mí más que desdén y burla. Volví a hablar, sin embargo, luchando contra esa hostilidad.

—Bach —añadí— es tan modesto en sus medios que no admite un arco concebido de esa manera.

Guido respondió al instante de una manera tan disparatada como la mía, declarando:

—Tal vez Bach no conocía la posibilidad de esa expresión. ¡Yo se la regalo!

Se permitía ser irrespetuoso con Bach, pero nadie rechistó, mientras que de mí se habían burlado porque había osado ser irrespetuoso con él.

Sucedió entonces algo de escasa importancia que adquirió, en cambio, para mí un peso decisivo. Desde una habitación bastante alejada de la nuestra se oían los gritos de la pequeña Anna. Como luego supimos, se había caído haciéndose una herida en los labios. Sucedió entonces que yo me vi solo unos instantes con Ada, después de que todos salieran a la carrera del salón. Guido, antes de correr con los demás, había depositado su precioso violín en sus manos.

—¿Quiere que sea yo quien sostenga el violín? —le pregunté, viendo que dudaba si seguir a los demás. De verdad que no había aún advertido que la tan anhelada ocasión se había, por fin, presentado.

Ada vaciló, pero después una rara desconfianza venció en su ánimo. Apretó el violín contra sí y contestó:

—No. No es necesario que vaya con los demás. No creo que Anna se haya hecho tanto daño. Grita por cualquier cosa.

Se sentó agarrada a su violín y me pareció que, con este gesto, me había invitado a hablar. Además ¿cómo podría volver a mi casa sin haber hablado? ¿Qué haría esa larga noche? Me veía dando vueltas en mi cama o recorriendo las calles y los garitos en busca de distracción. ¡No! No debía irme de esa casa sin haber obtenido claridad y calma.

Intenté hablar de una manera breve y sencilla. No tenía más remedio, además, porque mi respiración era entrecortada. Le dije:

—La amo, Ada. ¿Por qué no me concede poder hablar de ello con su padre? Ada me miró atónita y asustada. Temí que empezase a chillar como su hermana

pequeña, en el otro cuarto. Yo sabía que su serena mirada y su cara de líneas tan

claras no conocían el amor, pero tan alejada del amor como en ese momento, yo no la había visto nunca. Empezó a hablar y dijo algo que hubiera debido ser una

introducción. Pero yo exigía claridad: ¡un sí o un no! Su sola vacilación ya me ofendía. Para abreviar y empujarla a decidirse, puse en duda su derecho a tomarse un tiempo:

—Pero ¿cómo es posible que no se haya dado cuenta? ¡No es posible que haya creído que yo cortejaba a Augusta!

Quise dotar a mis palabras de cierto énfasis, pero con las prisas, deposité mi énfasis en mal lugar y, al final, el pobre nombre de Augusta se vio acompañado de un tono y un gesto de desprecio.

Aquí es donde Ada se vio libre de su turbación. En su ánimo prevaleció sólo su protesta por la ofensa que su hermana había recibido:

—¿Por qué se cree superior a Augusta? ¡No creo en absoluto que ella aceptara ser su mujer!

Sólo entonces recordó que me debía una contestación:

—En lo que a mí se refiere... me sorprende que se le haya podido ocurrir semejante cosa.

Su amarga frase tenía la misión de vengar a Augusta. En mi gran confusión pensé también que el sentido de sus palabras no tenía

otra finalidad; si me hubiera abofeteado creo que me hubiera quedado, expectante, a pensar en sus motivos. Por ello volví a insistir:

—Considérelo, Ada. No soy mala persona. Soy rico... Soy algo extravagante, pero no me costará corregirme.

También Ada dulcificó su tono, pero volvió a hablar de Augusta.

—Considérelo usted también, Zeno. Augusta es una buena chica y es absolutamente adecuada a sus deseos. No puedo hablar por ella, pero creo que...

Resultaba excepcionalmente placentero oír cómo Ada se dirigía a mí usando mi nombre de pila. ¿No era esto una invitación a hablar con mayor claridad? Tal vez fuera una opción perdida para mí, o por lo menos no aceptara casarse conmigo

de inmediato, pero por lo menos era preciso evitar que ahondara su compromiso con Guido, alguien a propósito del cual era preciso que yo le abriera los ojos.

Actué con astucia, y ante todo le dije que estimaba y respetaba a Augusta, pero que no podía casarme con ella de ninguna manera.

Lo dije dos veces para que quedara completamente claro: «No quería casarme con ella». Esperaba así apaciguar a Ada, que había creído anteriormente que yo quería ofender a Augusta.

—Augusta es una buena, encantadora y amable muchacha, pero no es adecuada para mí.

Sólo entonces apresuré mis argumentos, porque había ruido en el pasillo y mis palabras hubieran podido verse interrumpidas en cualquier momento.

—¡Ada! Ese hombre no es adecuado para usted. ¡Es un imbécil! ¿No se dio cuenta de cómo le hicieron padecer las respuestas del velador? ¿Ha visto su bastón? Toca bien el violín, pero hay algunos monos que también saben hacerlo. Cada una de sus palabras deja entrever al asno que se esconde tras ellas...

Ada, tras haberme escuchado con el aspecto de quien no sabe decidirse a admitir el sentido que tienen las palabras que se le dirigen, me interrumpió. Se incorporó de un salto, con el violín y el arco en las manos, y me espetó algunas palabras inequívocamente ofensivas. Yo me esforcé por olvidarlas y lo



conseguí. Recuerdo sólo que empezó por preguntarme en voz alta cómo había podido hablar así de él y de ella. Yo abrí desmesuradamente los ojos por la sorpresa, porque me parecía que había hablado sólo de él. He olvidado las muchas palabras ultrajantes que me dirigió, pero no sus bellas, nobles y sanas facciones sonrojadas por el desprecio, con sus rasgos aún más netos, casi marmóreos a causa de la indignación. No he olvidado su cara y cuando pienso en el amor y la juventud, vuelvo a ver el rostro bello y noble y sano de Ada en el instante en que me eliminó definitivamente de su destino.

Regresaron todos agrupados en torno a la señora Malfenti, que abrazaba a Anna, todavía llorosa. Nadie se fijó en mí o en Ada, y yo, sin despedirme de nadie, salí del salón; en el pasillo cogí mi sombrero. ¡Qué curioso! Nadie venía a impedir mi marcha. Fui yo entonces quien tuvo que hacerlo, recordando que no podía ofender a las reglas de la buena educación y que, por ello, antes de marcharme tenía que despedirme cumplidamente de todos. Es verdad que no dudo que me haya impedido abandonar esa casa el convencimiento de que, demasiado pronto, empezaría para mí una noche aún peor que las cinco noches precedentes. Ahora que por fin había alcanzado la claridad, sentía otra necesidad: la de la paz, paz

con todos ellos. Si conseguía eliminar cualquier aspereza en mis relaciones con Ada y con los demás, me resultaría más fácil dormir. ¿Por qué tenía que persistir esa aspereza? ¡Si no podía enfadarme ni siquiera con Guido, que, si bien no tenía ningún mérito ciertamente, tampoco tenía ninguna culpa de que Ada le hubiera escogido!

Esta última era la única que se había dado cuenta de mi viaje al pasillo y, cuando me vio regresar, me miró con inquietud. ¿Temía una escena? La tranquilicé enseguida. Pasé junto a ella y murmuré:

—¡Perdone si la he ofendido!

Ada tomó mi mano y, serena de nuevo, la estrechó. Fue un gran consuelo. Cerré por un instante los ojos para aislarme junto a mi alma y valorar cuánta paz este gesto le había aportado.

Mi destino quiso que, mientras todos se encontraban aún pendientes de la pequeña, yo me viera sentado junto a Alberta. No la había visto y no advertí su presencia hasta que ella se dirigió a mí diciendo:

—No se ha hecho nada. Lo único grave es la presencia de papá que, cuando la ve llorar, le hace un regalo.

Yo dejé de analizarme porque ¡me vi por entero! Para obtener la paz, tendría que actuar de manera que ese salón no me llegara a ser prohibido nunca más. Miré a Alberta. ¡Se parecía a Ada! Era un poco más menuda que aquélla y sus

miembros y facciones delataban de manera evidente señales aún no borradas de la infancia. Elevaba el tono de su voz con facilidad y su risa, a menudo excesiva, contraía su carita y la sonrojaba.

¡Qué curioso! En ese momento recordé una recomendación de mi padre: «Elige a una mujer joven y te resultará más fácil educarla a tu gusto». El recuerdo fue decisivo. Miré de nuevo a Alberta. En mi pensamiento me esforzaba por desnudarla y me complacía verla tan dulce y temprana como me pareció que era.

Le dije:

—¡Escuche, Alberta! Se me ocurre una idea. ¿Ha pensado alguna vez que está ya en edad de casarse?

—¡No pienso en casarme! —dijo sonriendo y mirándome apaciblemente, sin

incomodidad o sonrojo—. Quiero continuar mis estudios. También mi madre lo quiere.

—Podría seguir con sus estudios también después de casada.

Se me ocurrió una idea que me pareció divertida y le dije de inmediato:

—Yo también pienso empezar a estudiar después de casarme.

Ella rió con ganas, pero me di cuenta de que estaba perdiendo el tiempo, porque no era con semejantes sandeces como se podía conquistar al tiempo a una esposa y la paz. Era preciso ser serios. En este caso además era fácil porque se me acogía de manera muy diferente que en el caso de Ada.

Fui serio de verdad. Mi futura mujer tenía además que saberlo todo. Con voz conmovida le dije:

—Hace poco, acabo de hacer a Ada la misma proposición que le he hecho a usted. Se negó con desprecio. Puede hacerse una idea de en qué estado me encuentro.

Estas palabras, acompañadas de una actitud de tristeza, no eran otra cosa que la postrera declaración de mi amor a Ada. Me estaba poniendo muy serio y añadí sonriendo:

—Pero creo que si usted aceptara casarse conmigo, yo sería muy feliz y olvidaría en su honor todo y a todos.

Se puso muy serio para decirme:

—No se ofenda, Zeno, porque lo sentiría. Siento un gran aprecio por usted. Sé que es usted una buena persona, y además, sin saberlo, sabe usted muchas cosas, mientras que mis profesores saben exactamente sólo esas cuatro cosas que conocen. No quiero casarme. Tal vez cambie de opinión, pero por ahora no tengo otra meta que la de convertirme en escritora. Ya ve con qué confianza le trato.

No se lo he dicho nunca a nadie y espero que no me traicione. Por mi parte, le aseguro que no le diré a nadie nada de esta proposición que me ha hecho.

—¡Pero si se lo puede decir a todos! —la interrumpí con fastidio. Me sentía de nuevo bajo la amenaza de ser expulsado de ese salón e intenté ponerle remedio.

Había además una única manera de atenuar en Alberta el orgullo de haber tenido ocasión de rechazarme y la adopté en cuanto la descubrí. Le dije:

—¡Le haré ahora la misma proposición a Augusta y les diré a todos que me casé con ella porque sus dos hermanas me rechazaron!

Reía con un exagerado buen humor que me había invadido tras esa extraña manera de proceder mía. No era en mis palabras donde depositaba el espíritu de que tan orgulloso estaba, sino en mis acciones.

Miré a mi alrededor buscando a Augusta. Había salido al pasillo con una bandeja en la que no había otra cosa que un vaso casi lleno de agua que contenía un calmante para Anna. Corrí detrás

de ella llamándola por su nombre y ella se acercó a la pared para esperarme. Me puse frente a ella y le dije:

—¿Oiga, Augusta, quiere usted que nosotros dos nos casemos?

La proposición carecía de todo tacto. Yo tenía que casarme con ella y ella conmigo y yo no preguntaba qué es lo que ella pensaba ni consideraba que estuviera yo obligado a dar ninguna explicación. ¡Sólo hacía lo que todos querían que hiciera!

Ella elevó su mirada con los ojos dilatados por la sorpresa. Al hacerlo, el que estaba desviado parecía más diferente del otro que normalmente. Su rostro aterciopelado y blanco, en un primer momento adquirió una más intensa palidez y a continuación se congestionó. Agarró con su mano derecha el vaso que temblaba en la bandeja. Me dijo, con un hilo de voz:

—Está usted bromeando y eso no está bien.

Temí que se pusiera a llorar y tuve la curiosa ocurrencia de consolarla hablándole de mi tristeza.

—No bromeo —dije serio y triste—. Pedí su mano a Ada en primer lugar y me rechazó con ira, después le pedí a Alberta que se casara conmigo y ella, con bonitas palabras, se negó también. No les guardo rencor a ninguna de las dos. Me siento sólo muy, pero que muy infeliz.

Ante mi dolor ella recuperó el dominio de sí misma y se puso a mirarme conmovida, reflexionando con intensidad. Su mirada era semejante a una caricia que no me complacía.

—¿Tengo por lo tanto que saber y recordar que usted no me ama?  
—preguntó.

¿Qué quería decir esta frase sibilina? ¿Era un prelude de un consentimiento por su parte? ¡Pretendía recordar! ¿Recordar todo a lo largo de la vida que pasaría conmigo? Me sentí como alguien que, con el deseo de matarse, se ha puesto en una posición peligrosa y ahora se ve obligado a esforzarse penosamente para salvarse. ¿No hubiera sido mejor que también Augusta se hubiese negado a casarse conmigo y me fuera permitido regresar sano y



salvo a mi pequeño estudio en el que ese mismo día no me había sentido demasiado mal? Le dije:

—¡Sí! Amo sólo a Ada y me casaría con usted...

Estaba a punto de decirle que no me resignaba a pasar a ser un extraño para Ada y que ésta era la razón por la que aceptaba pasar a ser cuñado suyo. Hubiera sido excesivo, y Augusta hubiera podido creer de nuevo que intentaba burlarme de ella. Por eso dije solamente:

—No puedo ya aceptar la idea de quedarme solo.

Augusta seguía apoyada contra la pared como si necesitara que ésta la sostuviera, pero parecía más tranquila y con una sola mano sujetaba la bandeja.

¿Me había salvado y tenía, por lo tanto, que abandonar ese salón, o podía quedarme y tenía que casarme? Añadí algunas otras palabras sólo porque me las dictó la impaciencia de esperar las suyas que no llegaban:

—Soy una buena persona y creo que conmigo se puede vivir fácilmente aunque no haya un gran amor.

Era ésta una frase que en los largos días anteriores había preparado para Ada para persuadirla de que contestase afirmativamente incluso sin que sintiera por mí un gran amor.

La respiración de Augusta estaba ligeramente acelerada y ella aún callaba. Ese silencio podía también significar una negativa, la más delicada negativa que se pudiese imaginar. Yo me escaparía en busca de mi sombrero a tiempo de poder, con él, cubrir una cabeza que se había salvado.

Augusta, en cambio, decidida, con un movimiento cargado de dignidad y que

nunca pude ya olvidar, se enderezó y abandonó el apoyo de la pared. En el pasillo, no muy ancho, se aproximó de esta manera aún más a mí, que estaba frente a ella. Me dijo:

—Usted, Zeno, necesita a una mujer que quiera vivir dedicada a usted y que le cuide. Yo quiero ser esa mujer.

Me ofreció su mano regordeta, que yo besé casi de manera instintiva. Evidentemente no cabía ya la posibilidad de hacer otra cosa. Tengo además que confesar que en ese momento me invadió una gran satisfacción que ensanchó mi pecho. No tenía ya nada que decidir porque todo estaba decidido ya. Ésta era la auténtica claridad.

Así fue como me prometí. Enseguida nos felicitaron. Mi éxito se parecía un poco al gran éxito del violín de Guido, tales fueron los aplausos de todos. Giovanni

me besó y pasó a tutearme en ese instante.

—Hace mucho tiempo que me sentía tu padre, desde que empecé a darte consejos para tus negocios.

Mi futura suegra me ofreció también su mejilla, que rocé con la mía. Tampoco hubiera podido librarme de ese beso si me hubiera casado con Ada.

—Ya ve como yo había acertado —me dijo con una enorme desenvoltura, que no encontró su castigo porque yo no supe ni quise protestar.

Abrazó a Augusta a continuación y la intensidad de su afecto se reveló en un sollozo que se le escapó en medio de sus declaraciones de alegría. Yo no podía soportar a la señora Malfenti, pero tengo que confesar que ese sollozo coloreó, aquella noche al menos, con una luz simpática e importante mi noviazgo.

Alberta, radiante, me estrechó la mano:

—Quiero ser para usted una buena hermana. Y Ada:

—¡Muy bien, Zeno! —Después en voz baja—: Entérese, nunca jamás un hombre que crea haber actuado con precipitación, ha actuado con más sabiduría que usted.

Guido consiguió sorprenderme:

—Desde esta mañana me había dado cuenta de que quería a una de las señoritas

Malfenti, pero no alcanzaba a saber a cuál de ellas.

¡No serían por lo tanto tan íntimos si Ada no le había hablado de mis intentos por conquistarla! ¿No habría yo tal vez actuado con demasiada precipitación?

Poco después, sin embargo, Ada volvió a decirme:

—Desearía que me quisiera como un hermano. Olvidemos el resto; yo no le diré nunca nada a Guido.

Por otra parte, resultaba bonito haber provocado tanta dicha en una familia. No podía disfrutar mucho por ello sólo porque estaba muy cansado. Tenía sueño además. Ésta era la señal de que había actuado con gran sagacidad. La noche que se avecinaba sería buena para mí.

Durante la cena, Augusta y yo asistimos mudos a los agasajos que nos tributaron. Ella sintió la necesidad de excusarse por ser incapaz de tomar parte en la conversación general:

—No acierto a decir nada. Tenéis que tener presente que, hace media hora, yo desconocía lo que iba a sucederme.

Decía la más exacta verdad. Se debatía entre la risa y el llanto y me miró. Quise acariciarla yo también con la mirada y no sé si lo conseguí.

Esa misma noche, en aquella mesa me fue infligido otro golpe. Fue el propio

Guido quien me hirió.

Al parecer poco antes de que yo llegara y me sumara a la sesión de espiritismo, Guido había contado que, por la mañana, yo había afirmado que no era una persona distraída. Le ofrecieron de inmediato tantas pruebas de que yo había mentido que, para vengarse (o tal vez sólo para mostrar que sabía dibujar), hizo dos caricaturas mías. En la primera se me veía mirando hacia arriba mientras me apoyaba en un paraguas clavado en el suelo. En la segunda, el paraguas se había roto y el mango sobresalía detrás de mi espalda. Las dos caricaturas conseguían su objetivo y hacían reír a través del despreciable recurso de representar al individuo que debía de ser yo (nada parecido a mí, en realidad, y caracterizado

por una gran calvicie) idéntico en el primero y el segundo bosquejo. Era fácil, por tanto, imaginarle tan distraído como para no haber alterado su aspecto por el hecho de que un paraguas le hubiera atravesado el pecho.

Todos se rieron mucho, demasiado a decir verdad. Me hirió intensamente el intento tan logrado de arrojar sobre mí el ridículo. Fue entonces cuando por primera vez me asaltó mi lacerante dolor. En aquella velada me dolieron el antebrazo derecho y la cadera. Una intensa quemazón, un hormigueo en mis nervios como si amenazaran con contraerse. Sorprendido, me llevé la mano derecha a la cadera y con la mano izquierda sujeté el antebrazo que el dolor atenazaba. Augusta me preguntó:

—¿Qué te pasa?

Contesté que sentía un dolor en el lugar que había resultado contusionado en la caída en el café de la que se había hablado esa misma noche.

Llevé a cabo de inmediato un enérgico intento por liberarme de ese dolor. Me pareció que se me curaría si conseguía vengarme de

la injuria que había recibido. Solicité una hoja de papel y un lápiz e intenté dibujar a un individuo bajo el peso de una mesita que estaba volcada encima de él. Puse después junto a él un bastón que se le había escurrido de las manos, a consecuencia de la catástrofe. Nadie reconoció el bastón y por eso la ofensa no tuvo el efecto que yo había esperado. Para que se reconociese quién era ese individuo y cómo había llegado a esa situación, escribí debajo: «Guido Speier luchando con el velador». De ese infortunado personaje, por otra parte, se veían sólo las piernas, que hubieran podido parecerse a las de Guido si no las hubiera deformado con maestría y el espíritu de venganza no hubiese intervenido para empeorar el dibujo, ya de por sí muy infantil.

Mi angustioso dolor me hizo trabajar muy aprisa. Ciertamente, mi pobre organismo no estuvo nunca invadido de un modo tan completo por el deseo de herir, y si hubiese tenido en la mano un sable en vez de un lápiz que no sabía utilizar, tal vez mi terapia hubiera resultado un éxito.

Guido se rió sinceramente de mi dibujo, pero después hizo tímidamente notar:

—¡No me parece que la mesita me haya hecho daño!



No le había hecho daño, efectivamente, y era esta injusticia la que yo deploraba.

Ada cogió los dos dibujos de Guido y dijo que quería guardarlos. La miré para expresarle mi censura y ella tuvo que apartar su mirada de la mía. Tenía el derecho de reprenderla porque incrementaba mi dolor.

Fue Augusta quien me defendió. Quiso que en mi dibujo pusiera la fecha de nuestro compromiso porque quería conservar también ella ese deforme dibujo mío. Una ola caliente de sangre inundó mis venas ante tal señal de afecto que, por primera vez, pude reconocer importante para mí. El dolor, sin embargo, no se interrumpió y tuve que pensar que si ese gesto de afecto hubiese partido de Ada, habría provocado en mis venas una oleada de sangre capaz de borrar todos los residuos depositados en mis nervios.

Ese dolor no me abandonó nunca. Ahora, en mi vejez, me hace padecer menos porque cuando se presenta lo soporto con indulgencia: «¡Ah! Aquí estás, prueba evidente de que he sido joven». Pero en mi juventud era diferente. No afirmo que el dolor fuera grande, por más que en alguna ocasión me haya impedido

realizar un libre movimiento o me haya obligado a permanecer despierto noches

enteras. Sí que ocupó, en cambio, buena parte de mi vida. ¡Quería curarme! ¿Por qué había de acarrear toda mi vida el estigma de la derrota? ¿Por qué

convertirme incluso en el monumento ambulante de la victoria de Guido? Era preciso borrar ese dolor de mi cuerpo.

Fue así como empezaron mis tratamientos. Pero, inmediatamente después, el rabioso origen de la enfermedad quedó olvidado y me resultó hasta difícil volver a hallarlo. No podía ser de otra forma. Tenía una gran fe en los médicos que me trataron y creí en ellos sinceramente cuando atribuyeron ese dolor unas veces al metabolismo, otras a mi defectuosa circulación, después a la tuberculosis o a diferentes infecciones, vergonzosas algunas de ellas. Tengo además que confesar que todos los tratamientos me aportaron una temporal mejoría que parecía confirmar, en cada ocasión, un posible reciente diagnóstico. Antes o después éste se iba revelando menos acertado, pero no completamente erróneo, porque en mi caso ninguna función resulta idealmente perfecta.

Sólo una vez hubo un auténtico error. Una especie de veterinario a cuyas manos me había confiado, se obstinó durante largo tiempo

en atacar mi nervio ciático con sus vesicantes y acabó por verse burlado por mi dolor que, de repente, durante una sesión, saltó de la cadera a la nuca, lejos por lo tanto de cualquier conexión con el nervio ciático. El médico se enfadó y me echó con cajas destempladas y yo me marché (lo recuerdo muy bien) nada ofendido,

sorprendido en cambio de que el dolor, en su nuevo emplazamiento, no hubiera reducido en lo más mínimo su fuerza. Seguía siendo feroz e inalcanzable como cuando había torturado mi cadera. Resulta extraño que todas las partes de nuestro cuerpo consigan doler con la misma intensidad.

Todos los restantes diagnósticos conviven en iguales condiciones en mi cuerpo y se enfrentan entre sí por alcanzar el primer puesto. Hay algunos días en los que vivo para la diátesis úrica y otros en los que la diátesis resulta aniquilada, es

decir curada, por una inflamación de las venas. Tengo cajones enteros de medicinas y son los únicos cajones que me pertenecen, cuyo orden yo mismo vigilo. Amo a mis medicinas y sé, cuando dejo de utilizar alguna de ellas, que antes o después habré de regresar a ella. Por otra parte, no creo haber perdido el tiempo. ¿Quién sabe desde hace cuánto y de qué enfermedad habría ya

muerto si mi dolor, a tiempo aún, no las hubiera simulado todas para instarme a tratarlas antes de que me asaltaran?

Aun sin saber explicar su íntima naturaleza, sé muy bien cuándo se formó mi dolor por primera vez: precisamente a causa de ese dibujo mucho mejor logrado que el mío. ¡Una gota que hizo rebosar el vaso! Seguro estoy de no haber sentido nunca antes un dolor así. Quise explicarle su origen a un médico, pero no me entendió. ¿Quién sabe? Tal vez el psicoanálisis saque a la luz toda la alteración que mi organismo padeció en esos días y, de forma especial, en las pocas horas que siguieron a mi compromiso matrimonial.

¡Esas horas ni siquiera fueron pocas!

Cuando, tarde, la reunión acabó, Augusta alegremente me dijo:

—¡Hasta mañana!

La invitación me agradó porque era la prueba de que había alcanzado mi

objetivo y de que nada estaba acabado y de que todo continuaría el día siguiente. Me miró a los ojos y encontró los míos vivazmente dispuestos a asentir de una manera que la reconfortó. Bajé esos peldaños, que no me molesté en contar, diciéndome:

—A lo mejor la amo.

Es una duda que me ha acompañado toda mi vida, y hoy en día puedo pensar que el amor sembrado de tantas dudas es el verdadero amor.

Pero, ni siquiera tras abandonar esa casa me fue otorgado el poder ir a acostarme y recoger los frutos de mi actividad de esa noche en un largo y reparador sueño. Hacía calor. A Guido se le antojó un helado y me invitó a acompañarle a un café. Se aferró amigablemente a mi brazo y yo, de manera igualmente amigable, sostuve el suyo. Era una persona muy importante para mí y no hubiera podido negarle nada. El gran cansancio que hubiera debido conducirme directamente a la cama, me volvía más dócil que de costumbre.

Entramos precisamente en el local donde el pobre Tullio me había contagiado su enfermedad y tomamos asiento en una mesa apartada. En el camino mi dolor, que estaba lejos de saber entonces qué clase de fiel compañía habría de ser, me había hecho padecer intensamente y, durante unos momentos, me pareció que se atenuaba cuando pude al fin sentarme.

La compañía de Guido resultó ser terrible. Pedía información con gran curiosidad sobre la historia de mis amores con Augusta. ¿Sospecharía acaso que yo le estuviese engañando? Le dije con todo descaro que yo me había enamorado de Augusta de inmediato, en la primera ocasión en que visité la casa de los Malfenti. Mi dolor me invitaba a hablar, como si quisiera gritar más alto que él. Hablé demasiado, en cambio, y si Guido hubiese prestado más atención habría advertido que yo no estaba tan enamorado de Augusta. Hablé de lo más interesante de la anatomía de Augusta, es decir, de su ojo estrábico, que equivocadamente inducía a pensar que también el resto de su cuerpo no guardaba las debidas proporciones. Después quise explicar por qué no me había declarado con anterioridad. Tal vez Guido se preguntara sorprendido por qué había llegado yo a esa casa, en el último momento, para formalizar el compromiso. Declaré a gritos:

—Lo cierto es que las señoritas Malfenti están acostumbradas a grandes lujos y yo no podía saber si era conveniente que asumiera una carga como ésta.

Me molestó el haber hablado aquí también de Ada, pero ya no había remedio:

¡resultaba tan difícil aislar a Augusta de Ada! Seguí, bajando el tono de mi voz para controlar mejor mis palabras:

—Tuve entonces que hacer algún cálculo. Descubrí que mi dinero no era suficiente. Empecé a estudiar la posibilidad de ampliar mi negocio.

Dije después que, para llevar a cabo esos cálculos, había necesitado mucho

tiempo y por eso había dejado de visitar a los Malfenti durante cinco días. Por fin, mi lengua abandonada a sí misma había llegado a algo de sinceridad. Me encontraba a punto de llorar y, apretándome la cadera, murmuré:

—¡Cinco días se hacen muy largos!

Guido se declaró complacido de descubrir en mí a una persona tan previsor. Yo observé con sequedad:

—¡Una persona previsor no es más agradable que una atolondrada! Guido rió:

—¡Qué curioso que una persona previsor se sienta en la necesidad de defender a quien no lo es!

A continuación y sin transición me comunicó secamente que se encontraba a punto de pedir la mano de Ada. ¿Me había arrastrado hasta ese café para hacerme esa confesión o es que se había hartado de tener que oírme hablar a mí durante tanto tiempo y se tomaba la revancha con su revelación?

Estoy casi seguro de que conseguí demostrar una completa sorpresa a la par que la mayor alegría. Poco después, logré encontrar la manera de agredirle con vigor:

—¡Ahora entiendo por qué Ada ha demostrado apreciar tanto ese Bach suyo tan poco acertado! Estaba bien interpretado, pero hay cosas que no admiten una libre y poco atinada lectura.



El golpe era fuerte y Guido lo acusó con un vivo y repentino sonrojo. Su respuesta fue suave porque carecía ahora del apoyo de todo su pequeño público entusiasta.

—¡Dios mío! —empezó para ganar tiempo—. A veces, al tocar, se cede a un capricho. Eran pocos los que en esa habitación conocían a Bach y yo se lo he presentado algo modernizado.

Pareció satisfecho con su respuesta y así me sentí yo también, en la misma medida, porque me pareció oír en ella una excusa y un gesto de sumisión. Bastó para aplacarme y, por otra parte, por nada del mundo hubiera querido yo

pelearme con el futuro marido de Ada. Proclamé que rara vez había oído a un aficionado que tocara tan bien.

A él no le bastó. Hizo notar que él podía aceptar que se le tratara como un aficionado sólo en la medida en que él mismo no aceptaba presentarse como un profesional.

¿Era eso todo lo que quería? Le di la razón. Era evidente que no se le podía considerar un aficionado.

Así fue como volvimos a ser buenos amigos.

Después, de buenas a primeras, se puso a hablar mal de las mujeres. ¡Me quedé con la boca abierta! Ahora que le conozco mejor, sé que él se abandona a una profusa charla en cualquier dirección cuando se cree seguro de resultar del agrado de su interlocutor. Yo, poco antes, había hablado del lujo de las señoritas Malfenti, y él empezó a hablar de nuevo de aquello, para acabar por hablar de todas las restantes malas cualidades de las mujeres. Mi cansancio me impedía interrumpirle y me limitaba a continuos gestos de asentimiento que suponían ya un gran esfuerzo para mí. De lo contrario, desde luego, hubiera protestado. Yo sabía que con toda razón podía criticar a las mujeres que para mí representaban Ada, Augusta y mi futura suegra, pero él no tenía ninguna razón para emprenderla con el sexo que para él representaba únicamente Ada, que además le amaba.

Sabía mucho y, a pesar de mi cansancio, le escuché con admiración. Mucho tiempo después descubrí que él había adoptado las geniales teorías del joven suicida Weininger.[15] En aquel entonces, en cambio, padecí el peso de un segundo Bach. Me surgió incluso la duda de si se proponía aplicarme una

terapia. ¿Por qué si no habría querido convencerme de que la mujer no puede ser

ni genial ni buena? A mí me parece que la terapia no alcanzó ningún resultado porque quien la aplicó fue Guido. Me guardé, sin embargo, esas teorías y las perfeccioné con la lectura de Weininger. No curan, pero son una cómoda compañía cuando se persigue a las mujeres.

Tras acabar su helado, Guido quiso tomar el aire y me convenció para que le acompañara en un paseo hacia las afueras.

Recuerdo: desde hacía días, en la ciudad, se anhelaba un poco de lluvia que concediera algún alivio a un intenso calor anticipado.

Aquella noche el cielo

había empezado a cubrirse de ligeras nubes blancas, de esas de las que la gente espera una lluvia abundante, pero al tiempo, una gran luna avanzaba por un cielo intensamente azul allá donde estaba todavía despejado. Era una de esas lunas de hinchadas mejillas que popularmente la gente considera capaz de tragarse las nubes. Era evidente que lo que ella tocaba se deshacía y se limpiaba.

Quise interrumpir el parloteo de Guido que me obligaba a asentir continuamente, una tortura, y le describí el beso de la luna que el poeta Zamboni[16] había descubierto. ¡Qué dulce resultaba ese beso en medio de nuestras noches en comparación con la injusticia que Guido junto a mí cometía! Hablando y sacudiéndome el sopor en el que me había sumido a fuerza de asentimientos, me pareció que mi dolor remitía. Era el premio por mi rebelión e insistí en seguir hablando de ello.

Guido tuvo que resignarse a dejar por un momento en paz a las mujeres y mirar hacia arriba. ¡Pero por poco tiempo! Tras descubrir, siguiendo mis indicaciones, una pálida imagen de mujer en la luna, volvió a retomar su línea de conversación con una broma que le produjo una fuerte risa, pero sólo a él, en la calle desierta:

—¡Cuántas cosas verá esa mujer! ¡Qué pena que, al ser mujer, no pueda recordarlas!

Formaba parte de su teoría (o de la de Weininger) la creencia de que la mujer no puede ser genial porque no puede recordar.

Llegamos al pie de la calle Belvedere. Guido dijo que un poco de camino cuesta arriba nos sentaría bien. También en esta ocasión le complací. Cuando llegamos arriba, con uno de esos movimientos más propios de un muchacho muy joven, se tendió sobre el pretil que separaba la calle de la de más abajo. Le parecía estar llevando a cabo un gesto de gran valentía exponiéndose a una caída de unos diez metros. Sentí en un primer momento mi habitual angustia al verle expuesto a tanto peligro, pero recordé después el sistema por mí inventado esa misma noche, en un alarde de improvisación, para librarme del padecimiento que su postura me producía y me entregué con el máximo fervor a desear que se cayera.

Desde su posición él seguía predicando contra las mujeres. Decía ahora que necesitaban juguetes como los niños, pero muy caros. Recordé que Ada decía que le gustaban mucho las joyas. ¿Era por lo tanto de ella de quien hablaba? ¡Se me ocurrió una idea aterradora! ¿Por qué no hubiera debido hacer que Guido diera ese salto de diez metros? ¿No hubiera sido justo suprimir a este sujeto que me arrebatava a Ada sin amarla? En ese momento me parecía que, cuando le hubiera matado, podría correr de

inmediato ante Ada a recoger mi premio. En la extraña noche llena de luz, me parecía que ella había oído cómo Guido la vilipendiaba.

Tengo que confesar que yo, en ese momento, ¡me dispuse de verdad a matar a Guido! Me encontraba de pie junto a él, que estaba tendido sobre el bajo pretil, y examiné fríamente cómo tendría que agarrarlo para estar seguro de cumplir mi tarea. Después descubrí que no necesitaba ni siquiera agarrarle. Estaba tumbado sobre sus propios brazos cruzados detrás de la cabeza y hubiera bastado un buen empujón imprevisto para romper irremisiblemente su equilibrio.

Se me ocurrió una idea que me pareció tan importante como para compararla con la gran luna que avanzaba por el cielo limpiándolo: había aceptado el compromiso de matrimonio con Augusta para asegurarme la garantía de dormir bien aquella noche. ¿Cómo hubiera podido dormir si mataba a Guido? Ésta fue la idea que nos salvó a Guido y a mí. Quise abandonar de inmediato esa posición desde la que dominaba a Guido desde arriba y que me sugería ideas tan terribles. Doblé mis rodillas encogiéndome sobre mí mismo y llegando casi a tocar el suelo con la cabeza.

—¡Qué dolor, qué dolor! —grité.

Asustado, Guido se puso de pie de inmediato para pedirme explicaciones. Yo seguí quejándome, de manera más queda, sin responder. Sabía por qué me quejaba: porque había querido matar y tal vez, también, porque no había sabido hacerlo. El dolor y mis quejas lo justificaban todo. Me parecía estar gritando que yo no había querido matar y me parecía estar también gritando que no era culpa mía si no había sabido hacerlo. Todo era culpa de mi enfermedad y mi dolor. En cambio, recuerdo con toda claridad que precisamente entonces mi dolor desapareció completamente y que mis lamentaciones fueron una pura comedia a la que yo, en vano, intenté dar un contenido evocando el dolor y reconstruyéndolo para sentirlo y sufrirlo. Quedó todo en un esfuerzo baldío porque el dolor no volvió a presentarse más que cuando así lo quiso.

Como de costumbre, Guido pasó a avanzar por hipótesis. Entre otras cosas me preguntó si no se había tratado del mismo dolor que me produjo la caída en el café. La idea me pareció buena y asentí.

Me tomó del brazo y, con delicadeza, me ayudó a levantarme. Después, con todo tipo de consideraciones, sosteniéndome, bajó a mi lado la pequeña cuesta. Cuando llegamos abajo, declaré que me encontraba algo mejor y que creía que, con su apoyo, estaría en condiciones de avanzar con más rapidez. ¡Me dirigía por fin a la cama! Además era la primera gran satisfacción que ese día me había deparado. Guido trabajaba para mí, porque era casi él el que me llevaba y era yo el que, por fin, conseguía imponer mi voluntad.

Encontramos una farmacia que estaba aún abierta y se le ocurrió la idea de mandarme a la cama en compañía de un calmante. Elaboró toda una teoría a propósito del dolor real y el sentimiento exagerado del mismo, según la cual un dolor se multiplicaba por la exasperación que su misma presencia despierta. Con ese primer envase empezó mi colección de medicinas y no deja de ser apropiado que fuera Guido quién lo escogiera.

Para dotar su teoría de una base más sólida, llegó a la conclusión de que yo había padecido ese dolor desde hacía muchos días. Sentí no poder complacerle.

Declaré que esa noche, en casa de los Malfenti, yo no tenía ningún dolor. En el instante en que se me concedió la realización de mi



largamente acariciado sueño, evidentemente, no era posible que yo sufriera.

Y para ser sincero quise ser precisamente como había afirmado que era y me dije repetidas veces a mí mismo: «Yo amo a Augusta, no amo a Ada. Amo a Augusta y esta noche he alcanzado la realización de mi largamente acariciado sueño».

De esta manera avanzamos en esa noche lunar. Supongo que Guido estaba cansado de sostener mi peso, porque enmudeció al fin. Me propuso en cambio acompañarme a la cama. Me negué y, cuando pude cerrar la puerta de mi casa a mis espaldas, dejé escapar un suspiro de alivio. No dudo que Guido hiciera lo mismo.

Subí los peldaños de mi casa de cuatro en cuatro y en diez minutos estaba ya en la cama. Me dormí de inmediato y en el breve período que antecede al sueño, no me acordé ni de Ada ni de Augusta, sino sólo de Guido, tan dulce, bueno y paciente. No me olvidaba, claro, de que poco antes había querido matarle, pero eso carecía de importancia porque las cosas que nadie conoce y que no han dejado huella alguna, no existen.

Fue un noviazgo trabajoso. Tengo la impresión de haberlo anulado repetidas

veces y haber vuelto a reconstruirlo después con gran esfuerzo, y me sorprende que nadie lo haya advertido. No tuve nunca la certeza de encaminarme al matrimonio, pero al parecer, sin embargo, me comporté como el más tierno de

los enamorados. De hecho, yo besaba y estrechaba contra mi pecho a la hermana de Ada cada vez que encontraba ocasión de hacerlo. Augusta soportaba mis arrebatos como consideraba había de hacerlo una prometida y yo me comporté relativamente bien, únicamente porque la señora Malfenti sólo durante pocos instantes llegó a dejarnos solos. Mi prometida era mucho menos fea de lo que había creído y su mayor belleza la descubrí al besarla: ¡su sonrojo! Allí donde la besara aparecía una llama en mi honor, y yo besaba más con la curiosidad del investigador que con el fervor del amante.

El deseo no desapareció y aligeró la pesadez de ese período. Por suerte, Augusta y su madre me impidieron quemar esa llama de una sola vez, como yo a menudo hubiera deseado hacer. ¿Cómo hubiera sido posible seguir viviendo en ese caso? Así por lo menos el deseo siguió dictándome, en las escaleras de esa casa, la misma ansia que cuando las subía para ir a la conquista de Ada.

Los escalones de número impar me prometían que ese día podría demostrar a Augusta lo que era el noviazgo que ella tanto había deseado. Soñaba con una acción violenta que me daría todo el sentimiento de mi libertad. No deseaba otra cosa, y es bien raro que cuando Augusta comprendió lo que yo quería lo haya interpretado como una señal de fiebre amorosa.

En mi recuerdo ese período se divide en dos fases. En la primera la señora Malfenti hacía que nos vigilase a menudo la pequeña Anna con una joven preceptora suya. Ada no se vio nunca emparejada con nosotros, y yo me repetía que debía alegrarme de ello, mientras que, en cambio, recuerdo oscuramente haber pensado una vez que hubiera supuesto una bonita satisfacción, para mí, poder besar a Augusta en presencia de Ada. ¡Cuánta violencia hubiera puesto en ese gesto!

La segunda fase se inició cuando Guido se comprometió con Ada de manera oficial, y la señora Malfenti, en aplicación de su mejor inclinación a lo práctico, nos juntó a las dos parejas en el mismo salón para que nos vigilásemos la una a la otra.

Sé que Augusta, en la primera fase, se declaraba completamente satisfecha conmigo. Cuando no la sometía a mis ataques, me inclinaba por una locuacidad extraordinaria. La locuacidad era una necesidad para mí. Me busqué una excusa

metiéndome en la cabeza que ya que tenía que casarme con Augusta, tenía que encargarme también de su educación. Quería hacerla versada en dulzura, en afecto y sobre todo en fidelidad. No recuerdo con exactitud la forma que daba a mis sermones, algunos de los cuales recuerda aún la propia Augusta, que nunca los ha olvidado. Me escuchaba atenta y sumisa. Yo, una vez, en el ardor de la enseñanza, declaré que si ella llegaba a descubrir una traición por mi parte, autorizada quedaba a pagarme con la misma moneda. Augusta, indignada, protestó que ni siquiera con mi permiso podría traicionarme y que una traición por mi parte sólo le concedería la libertad de llorar.

Yo creo que todos esos sermones concebidos sin otra finalidad que la de decir algo, han tenido una positiva influencia en mi matrimonio. Sincero fue el efecto que tuvieron en el ánimo de Augusta. Su fidelidad no fue puesta a prueba nunca porque de mis traiciones ella no supo nunca nada, pero su afecto y su dulzura permanecieron inalterables a lo largo de los años que pasamos juntos, justo como le había llevado a prometerme.

Cuando Guido se prometió, la segunda fase de mi noviazgo se inició con uno de mis habituales propósitos, al que di la siguiente expresión: «¡Estoy por fin completamente curado de mi amor por Ada!». Hasta ese momento había creído que los rubores en la piel de Augusta habían sido suficientes para curarme, pero por lo que se ve ¡nunca se está lo bastante curado! El recuerdo de esas rojas señales me llevó a pensar que, a partir de entonces, se darían también entre Guido y Ada. Este hecho, mucho más que el que el mismo efecto se produjera entre Augusta y yo, tenía que anular cualquier deseo en mí.

A la primera fase pertenece el deseo de violar a Augusta. En la segunda fase mi excitación fue menor. La señora Malfenti, desde luego, no se había equivocado al organizar de esa manera nuestra vigilancia, con tan pocas molestias por su parte.

Me acuerdo de que una vez, bromeando, empecé a besar a Augusta. En vez de bromear en relación con mi comportamiento, Guido empezó a su vez a besar a Ada. Me pareció poco delicado por su parte dado que él no besaba castamente como había hecho yo en consideración a ellos, sino que besaba a Ada justo en la boca y hasta se la chupaba. Estoy seguro de que, por entonces,

yo me había ya acostumbrado a considerar a Ada como una hermana, pero no estaba preparado para ver que se le diera semejante uso. Dudo también de que a un hermano de verdad le gustase ver manipular así a su hermana.

En presencia de Guido, por este motivo, no volví a besar a Augusta. En cambio, Guido, estando yo presente, intentó en otra ocasión atraer hacia sí a Ada, pero fue ella quien se liberó de ese abrazo y él no volvió a repetir más su intento.

Con gran confusión recuerdo las tantas y tantas veladas que pasamos juntos. La escena, que se repitió infinitas veces, quedó así grabada en mi memoria: los cuatro estábamos sentados alrededor de la delicada mesa veneciana, sobre la que ardía una gran lámpara de petróleo cubierta por una pantalla de tela verde que dejaba todo en sombras, menos las labores de bordado a que se entregaban las dos muchachas; Ada en un pañuelo de seda que sostenía libremente en su mano

y Augusta en un pequeño bastidor redondo. Veo perorar a Guido y debe de haber sucedido a menudo que fuera yo el único que le diera la razón. Me acuerdo aún de la cabeza con cabellos negros ligeramente rizados de Ada, destacada por un extraño efecto que la luz amarilla y verde producía.

Se debatieron los efectos de esa luz y también el verdadero color de esos cabellos. Guido, que también sabía pintar, me explicó cómo había que analizar un color. Tampoco he olvidado nunca esta enseñanza suya y aún hoy, cuando quiero entender mejor el color de un paisaje, entorno mis ojos hasta que desaparecen muchas líneas y sólo se ven las luces que también se oscurecen en un único, auténtico, color. Cuando me dedico sin embargo a un análisis parecido, en mi retina, inmediatamente después de las imágenes reales, casi como por una reacción física mía, vuelve a aparecer la luz amarilla y verde y los oscuros cabellos sobre los que, por primera vez, adiestré a mi ojo a distinguir.

No puedo olvidar una noche que, entre las restantes, se destacó por una expresión de celos en Augusta y de inmediato, también, por una reprobable indiscreción mía. Por broma, Guido y Ada habían ido a sentarse lejos de nosotros, en el otro lado del salón, junto a la mesa Luis XIV. Empezó enseguida a dolerme el cuello, que torcía para hablar con ellos. Augusta me dijo:

—¡Déjales! Ellos allí sí que se demuestran su amor.

Y yo, de manera poco afortunada, le dije en voz baja que no lo creyera así porque Guido no amaba a las mujeres. De esa manera me había parecido poder excusarme por mis injerencias en las conversaciones de los dos amantes. Era en cambio una muy malvada indiscreción esa de relatar a Augusta las observaciones a propósito de las mujeres a que se abandonaba Guido cuando estaba en mi compañía, pero nunca en presencia de algún otro familiar de

nuestras prometidas. El recuerdo de esas palabras mías me amargó durante varios días, mientras que puedo afirmar que el recuerdo de haber querido

asesinar a Guido no me turbó ni una hora siquiera. Bien es verdad que matar, aun a traición, es algo más viril que perjudicar a un amigo traicionando una confidencia suya.

Augusta se equivocaba entonces al tener celos de Ada. No retorció yo mi cuello de esa manera para ver a Ada. Guido, con su locuacidad, me ayudaba a pasar esos largos momentos. Le había tomado ya un gran afecto y pasaba con él una parte de mis jornadas. Me sentía ligado a él también por la gratitud que me producía la consideración que me tributaba y que transmitía a los demás. Hasta Ada se detenía a escucharme con atención cuando yo hablaba.



Cada noche esperaba con cierta impaciencia el sonido del gong que nos llamaba a la mesa, y de esas cenas recuerdo sobre todo mis interminables indigestiones. Comía demasiado, llevado por la necesidad de verme ocupado. Durante la cena no dejaba de dirigir a Augusta palabras afectuosas cuando mi boca, siempre llena a rebosar, me lo permitía y sus padres podían así recibir sólo la mala impresión de que mi gran afecto se viera disminuido únicamente por mi desmedida voracidad. Les sorprendió que, al regreso de mi viaje de novios, mi gran apetito hubiera remitido. Desapareció cuando no se me exigió demostrar una pasión que estaba lejos de sentir.

¡No está admitido que los padres de la novia puedan advertir una actitud fría hacia ella en el momento en que uno se dispone a pasar sus noches con ella! Augusta recuerda de manera especial las cariñosas palabras que, dedicadas a ella, solía yo murmurar en esas cenas. Entre bocado y bocado debí inventar algunas realmente magníficas y es algo que me sorprende cuando me las recuerdan porque me cuesta reconocerlas como mías.

Mi propio suegro, el astuto Giovanni, se dejó engañar y, mientras duró su vida, cuando quería dar un ejemplo de gran pasión

amorosa, citaba la mía por su hija, es decir, por Augusta. Sonreía complacido al hablar de ello, como el buen padre que era, pero no dejaba de registrar, al tiempo, un aumento de su desprecio hacia mí, porque, en su opinión, no era un verdadero hombre todo aquel que ponía su entero destino en las manos de una mujer y que no reparaba, sobre todo, en que aparte de la suya propia, había en este mundo también otras mujeres. Es fácil advertir que no siempre se me trató con justicia.

Mi suegra en cambio no prestó ningún crédito a mi amor, ni siquiera cuando

Augusta se abandonó a él llena de confianza.

Durante largos años me miró con ojos suspicaces, llena de dudas en relación con el destino de su hija preferida. Por este último motivo también estoy convencido de que ella debió de guiarme en los días que me llevaron a mi compromiso matrimonial. Era imposible engañarla también a ella, que seguramente conoció mi ánimo mejor que yo mismo.

Llegó por fin el día de mi boda y, precisamente ese día, tuve una última vacilación. Tenía que estar en casa de la novia a las ocho de la mañana y, en cambio, a las siete y cuarenta y cinco minutos estaba todavía en la cama

fumando furiosamente y mirando mi ventana en la que brillaba, burlón, el primer sol que había asomado durante todo ese invierno. ¡Estaba considerando la posibilidad de dejar a Augusta! Veía de manera evidente lo absurdo que era contraer ese matrimonio ahora que ya no me importaba seguir ligado o no a Ada.

¡Tampoco podía ser tan grave que no me presentara a la cita! Además, Augusta había sido una novia encantadora, pero no se podía saber cómo se comportaría el día siguiente a la boda. ¿Y si me consideraba un imbécil por dejarme cazar de esa manera?

Por suerte llegó Guido, y yo, en vez de resistirme, excusé mi retraso pretextando que creía que había sido fijada otra hora para la ceremonia. En vez de reñirme, Guido empezó a hablar de sí mismo y de las muchas veces en que él, por distracción, había faltado a sus citas. Hasta en materia de distracciones quería ser superior a mí y tuve que dejar de prestarle escucha para conseguir salir de casa. Fue así como ocurrió que llegué a mi boda a la carrera.

Llegué aun así muy tarde. Nadie me reprochó nada y todos, menos la novia, se dieron por satisfechos con las explicaciones

que Guido dio en mi lugar. Augusta estaba tan pálida que hasta sus labios estaban lívidos. Aunque no podía afirmar que la quisiera, es sin embargo verdad que no era mi intención hacerle daño. Intenté compensar mi ofensa y cometí la estupidez de atribuir tres causas a mi retraso. Eran demasiadas y revelaban con tal claridad lo que yo había meditado allá en mi cama, mirando el sol invernal, que hubo de ser retrasada nuestra salida hacia la iglesia para dar tiempo a Augusta para reponerse.

Ante el altar respondí que sí distraídamente porque en mi viva compasión por

Augusta estaba cavilando una cuarta explicación para mi tardanza que me

parecía la mejor de todas.

En cambio, al salir de la iglesia, advertí que Augusta había recuperado su habitual colorido. Me produjo alguna irritación, porque ese sí mío no hubiera debido ser suficiente como para disipar sus dudas en relación con mi amor. Estaba decidido a tratarla con dureza si llegaba a reponerse tanto como para llamarme imbécil por haberme dejado cazar de esa manera. En cambio, en su casa, aprovechó un momento en que nos dejaron solos para decirme llorando:

—No olvidaré nunca que, aun sin amarme, te casaste conmigo.

Yo no protesté porque el hecho era tan evidente que no cabía hacerlo. Lleno de compasión, la abracé.

Después, Augusta y yo no volvimos a hablar de todo esto, porque el matrimonio es una cosa mucho más sencilla que el noviazgo.

Una vez casados no se habla ya de amor y, cuando surge la necesidad de hacerlo, el instinto cobra protagonismo

y restaura el silencio. Ahora bien, tal instinto animal puede haberse vuelto tan humano como para complicarse y falsearse, y puede a veces suceder que, al inclinarnos sobre el cabello de una mujer lleve uno a cabo también el esfuerzo de evocar en él una luz que no hay. Se cierran los ojos y la mujer se convierte en otra, para volver a ser ella misma en cuanto la abandonamos.

A ella le dirigimos toda nuestra gratitud, aun mayor si el esfuerzo obtuvo su resultado. Por todo ello, si yo tuviese que nacer de nuevo (la madre naturaleza es capaz de cualquier cosa), aceptaría casarme con Augusta, pero nunca soportar un noviazgo con ella.

En la estación Ada me ofreció su mejilla para un beso fraternal. Sólo en ese momento la vi, aturdido como me encontraba por la mucha gente que había acudido a acompañarnos, y pensé enseguida: «¡Precisamente tú has sido la que me ha metido en este embrollo!». Acerqué mis labios a su mejilla aterciopelada poniendo buen cuidado de no rozarla siquiera. Fue la primera satisfacción de ese día porque, por un instante, pude sentir qué ventaja me deparaba mi matrimonio:

¡me había vengado rehusando aprovechar la única ocasión que se me había ofrecido de besar a Ada! Después, mientras el tren corría, sentado junto a Augusta, me surgió la duda de haberme equivocado tal vez. Temía que mi amistad con Guido resultase dañada. Pero sufría aún más cuando pensaba que tal vez Ada ni siquiera había advertido que yo no había besado la mejilla que me había ofrecido.

Ella lo había advertido, pero no llegué a saberlo hasta que, a su vez, muchos meses después, salió con Guido de esa misma estación en su propio viaje de novios. Besó a todos y sólo a mí me ofreció con gran cordialidad la mano. Yo se la estreché con frialdad. Su venganza llegaba decididamente tarde porque las circunstancias habían cambiado por completo. Desde el regreso de mi viaje de novios habíamos mantenido relaciones fraternales y

no era posible entender por qué me había excluido del beso general.

## LA ESPOSA Y LA AMANTE

En mi vida hubo varios períodos en que creí hallarme en la senda de la salud y la felicidad. Tal fe sin embargo no fue nunca tan intensa como durante el tiempo

que duró mi viaje de bodas y algunas semanas después de nuestro regreso a casa. Empezó con un descubrimiento que me sorprendió sobremanera: amaba a Augusta igual que ella me amaba a mí. Con desconfianza al principio, gozaba de cada día y temía que el siguiente fuera completamente diferente. Pero las jornadas que se sucedían se parecían cada una a la anterior, luminosas, con todo un despliegue de amabilidad por parte de Augusta y también —lo que resultaba más sorprendente— por mi parte. Cada mañana descubría en ella el mismo conmovido afecto y en mí el mismo agradecimiento que, si no era amor, se le parecía mucho. ¿Quién podría haberlo previsto cuando arrastraba mi cojera

desde Ada a Alberta para llegar a Augusta? Descubría que había sido, no un ciego animal que otros guían, sino un hombre extremadamente hábil. Y, al ver mi sorpresa, Augusta me decía:

—Pero ¿por qué te sorprendes? ¿No sabías que el matrimonio es así? ¡Hasta yo lo sabía que soy mucho más ignorante que tú!



Ya no sé si después o antes del afecto, en mi ánimo tomó forma una esperanza, la gran esperanza de poder conseguir, al final, parecerme a Augusta, que era la

salud personificada. A lo largo de nuestro noviazgo yo no había ni siquiera vislumbrado esa salud, inmerso como me hallaba en el estudio de mí mismo, en primer lugar, y en el de Ada y Guido después. La lámpara de petróleo en ese salón no había prestado nunca sus especiales reflejos al más bien escaso cabello de Augusta.

En lo que a sus característicos rubores se refiere, en cuanto desaparecieron con la sencillez con la que los colores de la aurora desaparecen ante la directa luz del sol, Augusta los olvidó y pasó a recorrer con aplomo el camino que habían ya recorrido sus hermanas en esta tierra, esas hermanas que todo son capaces de encontrar dentro de la ley y el orden, así como son capaces de renunciar a todo

lo que allí no esté. Por más que supiera que sus bases eran endebles porque se fundaban en mí, yo amaba, adoraba esa seguridad. Frente a ella tenía que

comportarme con la misma ponderación que dedicaba al espiritismo. Este último pudiera ser que existiera, y por la misma razón podía también existir la fe en la vida.

Me dejaba atónito, sin embargo. De cada una de sus palabras, de cada uno de sus gestos, se desprendía la impresión de que ella en el fondo consideraba la vida como algo eterno. No es que afirmase tal cosa; es más, se sorprendió de que una vez yo, que detestaba cualquier error antes de empezar a adorar los suyos, me hubiese sentido obligado a recordarle la brevedad de la existencia. ¡Qué tontería! Ella bien sabía que todos tienen que morir, pero eso no quitaba que una vez que estábamos ya casados siempre, siempre, siempre juntos habíamos de seguir.

Ella ignoraba por tanto que cuando nos unimos en esta vida lo hacemos por un período tan breve, breve, breve, que no se entiende cómo podemos llegar a tutearnos después de no habernos conocido durante un tiempo infinito, teniendo que estar listos a no volver a vernos después, nunca más, durante otra infinita cantidad de tiempo. Entendí por fin lo que era la perfecta salud humana cuando adiviné que el presente para ella era una realidad tangible, en la que uno se podía retirar al calor de una cómoda confianza. Intenté que se me admitiera allí

también y allí intenté permanecer decidido a no burlarme ni de ella ni de mí, porque la tentación no podía obedecer a otra cosa que a mi enfermedad, y yo tenía que guardarme al menos de contagiar a quien a mí se había confiado. Por este motivo también, en el esfuerzo por protegerla, pude durante algún tiempo desenvolverme como si fuera un hombre sano.

Ella no ignoraba todas esas cosas que llevan a la desesperación, pero en sus manos cambiaban de naturaleza. ¡Sólo porque la Tierra dé vueltas no tiene uno que marearse! ¡Todo lo contrario! La Tierra da vueltas, pero todo el resto se queda en su sitio. Estas cosas inmóviles tenían además una enorme importancia: su anillo de casada; todas sus joyas y sus vestidos, el verde, el negro, el de salir que iba derecho al armario cuando llegábamos a casa y el de noche que de ninguna manera podía ser utilizado de día ni cuando yo no aceptaba ponerme el frac. Y las horas de las comidas se respetaban rígidamente, así como las de dormir. Todas esas horas existían y ocupaban siempre su lugar establecido.

Los domingos Augusta iba a misa y yo la acompañé alguna vez para ver cómo soportaba la idea del dolor y la muerte. Tales imágenes no existían para ella, y esa visita le infundía serenidad

para el resto de la semana. Acudía también en esos días festivos que ella sabía cuáles eran al dedillo. Pero sólo iba esos días, mientras que si yo hubiera sido religioso habría procurado obtener una perfecta garantía de conseguir la salvación estando en la iglesia todo el día.

Había un montón de autoridades, también aquí abajo, que le daban seguridad. En primer lugar, la autoridad austríaca o la italiana que se encargaban de la seguridad en las calles y en las casas, y yo puse siempre mi mejor empeño en sumarme también a ese respeto suyo. Estaban además los médicos, esas personas que habían cursado los preceptivos estudios para salvarnos cuando —¡Dios no lo quisiera!— nos tuviera que tocar alguna enfermedad. Yo hacía uso diario de este último tipo de autoridad, ella en cambio jamás. Por eso mismo es por lo que yo conocía cuál habría de ser mi atroz destino cuando me alcanzase una enfermedad mortal, mientras que ella creería, también entonces, sólidamente apoyada aquí y allá, que para ella habría salvación.

Estoy analizando su salud, pero no lo consigo porque me doy cuenta de que, al analizarla, la convierto en una enfermedad. Al escribir mis reflexiones, empiezo a dudar de si esa salud no

precisará a su vez de un tratamiento o de instrucciones para curarse de ella. Mientras estuve viviendo tantos años a su lado, en cambio, nunca surgió tal duda.

¡Cuánta importancia se me concedía en ese pequeño mundo suyo! Tenía que manifestar mis deseos ante cualquier decisión: para elegir las comidas y la ropa, los amigos y las lecturas. Se me obligaba a una gran actividad que me fastidiaba. Estaba contribuyendo a la construcción de una familia patriarcal y pasaba a ser yo mismo el patriarca que había odiado y que ahora se me representaba como el indicativo de la salud. Es muy diferente ser tú el patriarca que tener que venerar a otro que se haya atribuido tal dignidad. Yo buscaba la salud para mí a costa de endilgarles a los no patriarcas la enfermedad y, de manera especial durante el viaje, adopté, en ocasiones de buen grado, la majestuosa actitud de una estatua ecuestre.

Ya durante el viaje, sin embargo, no me resultó fácil la imitación que me había propuesto. Augusta quería verlo todo como si estuviera en un viaje de formación. No era suficiente haber estado en el Palacio Pitti, sino que había que recorrer esas interminables salas, deteniéndonos al menos unos instantes ante cada una de las obras de arte. Yo me negué a abandonar la primera sala y no

vi nada más, y sólo me tomé la molestia de encontrar pretextos para mi pereza. Pasé media jornada delante de los retratos de los fundadores de la casa de los Medici y descubrí que se parecían a Carnegie y a Vanderbilt.[17] ¡Maravilloso!

¡Y sin embargo eran de mi misma raza! Augusta no compartía mi sorpresa. Sabía quiénes eran los yanquis, pero aún no muy bien quién era yo.

En el caso de los museos, su salud no prevaleció y Augusta tuvo que renunciar a ellos. Le conté que en una ocasión, en el Louvre, sufrí una tan extraña reacción

en medio de tantas obras de arte, que a punto estuve de hacer pedazos a la Venus. Resignada, Augusta dijo:

—¡Menos mal que a los museos va uno en el viaje de bodas y luego nunca más! De hecho, en mi vida falta la monotonía de los museos. Algunos de mis días son

merecedores de un marco, pero los enriquecen sonidos que aturden, y a sus

líneas y colores se añade verdadera luz, de esa que quema y por eso mismo no aburre.

La salud empuja a la actividad y eso lleva aparejada una infinidad de fastidiosos inconvenientes. Cerrado el episodio de los museos dieron inicio las compras. Augusta, que no había vivido en ella, conocía mi casa mejor que yo mismo y sabía que en una habitación hacía falta un espejo, en otra una alfombra y, en una tercera habitación, había espacio para una delicada figura. Compró los muebles de un salón entero y, desde cada una de las ciudades en las que nos detuvimos, hubo que organizar al menos un envío. Yo opinaba que hubiera sido más oportuno y menos engorroso hacer todas esas compras en Trieste para no tener que preocuparme, como en cambio hube de hacer, por el envío, los seguros y las diligencias aduaneras.

—¿Acaso no sabes que todas las mercancías tienen que viajar?  
¿No eres un comerciante, tú? —Y se rió.

Casi tenía razón. Objeté:

—¡Las mercancías viajan en operaciones de venta para obtener beneficios! ¡Si esa finalidad no existe, se las deja en paz y se queda uno tranquilo!

Pero su intrépida actividad era una de las cosas que más me gustaban en ella.

¡Resultaba deliciosa esa actividad suya tan ingenua! Y era ingenua porque hay que desconocer lo que es la historia del mundo para poder creer haber hecho un buen negocio con sólo la adquisición de un objeto; es en su venta donde se puede medir el bien calculado mérito de una compra.

Tenía la impresión de hallarme en plena convalecencia. Mis lesiones se habían vuelto menos agudas. Fue entonces cuando se instauró la inmodificable actitud mía de hombre alegre. Era como un compromiso que en aquellos días inolvidables había contraído con Augusta y fue la única fe que no violé más que por pocos instantes, los instantes en que la vida consiguió hacer que su burlona risa se superpusiera a la mía. La nuestra fue, y siguió siendo, una relación sonriente porque yo sonreí siempre en relación con Augusta, que creí que no sabía, y Augusta sonrió siempre en relación conmigo, a quien atribuía muchos conocimientos y muchos errores también, que ella —tal era su ilusión— acabaría por corregir. Yo seguí mostrándome alegre incluso cuando la enfermedad volvió a apoderarse de mí; alegre como si mi dolor produjese en mí el efecto de unas cosquillas.



En el largo camino a través de Italia, a pesar de mi nueva salud, no me vi libre de un sinfín de padecimientos. Habíamos iniciado nuestro viaje sin ninguna carta de recomendación y, a menudo, me pareció que muchos de los desconocidos entre los que nos movíamos, eran enemigos. Era un miedo ridículo pero no fui capaz de superarlo. Podían asaltarme, insultarme y sobre todo calumniarme, y ¿quién me habría protegido?

Hubo incluso una auténtica crisis de este miedo de la que por suerte nadie, ni siquiera Augusta, llegó a enterarse. Solía coger todos los periódicos que me ofrecían por la calle. Al detenerme un día delante de un puesto de periódicos, me surgió el miedo de que el vendedor, por odio, pudiera fácilmente hacerme arrestar como a un ladrón, al haber pagado yo un solo periódico, mientras tenía muchos otros bajo el brazo, comprados en otros sitios y ni siquiera abiertos. Me alejé de prisa seguido por Augusta, a la que no revelé el motivo de mi apresuramiento.

Hice amistad con un cochero y un cicerone en cuya compañía estaba por lo menos seguro de que no se me podía acusar de ridículos robos.

Entre el cochero y yo había algún evidente punto de contacto. Le gustaban mucho los vinos de Castelli y me contó que cada dos por tres se le hinchaban los pies. Iba en esos casos al hospital y allí, una vez curado, le daban el alta con la seria recomendación de dejar el vino. Había entonces un propósito que llamaba férreo porque, para materializarlo, lo acompañaba de un nudo que realizaba en la cadena de metal de su reloj. Cuando yo le conocí su cadena colgaba, sobre el chaleco, sin nudos. Le invité a venir a Trieste. Le describí el sabor de nuestros

vinos, tan diferentes del suyo, para garantizarle el éxito de su drástico tratamiento. No quiso saber nada y se negó, con una cara en la que estaba dibujada la nostalgia.

Con el cicerone hice amistad porque me pareció superior a sus compañeros. No es difícil que alguien sepa más que yo de historia, pero incluso Augusta con su precisión y con su Baedeker[18] confirmó la exactitud de muchas de sus indicaciones. Además era joven y con él se iba de prisa a través de los senderos sembrados de estatuas.

Cuando perdí a esos dos amigos, abandoné Roma. El cochero, tras haber estado recibiendo mucho dinero por mi parte, me demostró un día de qué manera el

vino le atacaba la cabeza en alguna ocasión y nos arrojó contra una muy sólida y antigua construcción romana. Al cicerone, por su parte, se le ocurrió un día afirmar que los antiguos romanos conocían perfectamente la fuerza de la electricidad, que utilizaban abundantemente. Llegó a declamar unos versos latinos que daban, al parecer, fe de ello.

Me atacó entonces otra enfermedad de la que ya no habría de curarme. Una tontería: el miedo a envejecer y, sobre todo, el miedo a morir. Creo que tuvo su origen en una especial forma de celos. El envejecer me daba miedo sólo porque me acercaba a la muerte. Mientras yo viviera era seguro que Augusta no me traicionaría, pero me figuraba que en cuanto estuviera muerto y sepultado, tras haberse ocupado de que mi tumba estuviese siempre en condiciones y se dijese en mi honor las misas oportunas, enseguida ella miraría a su alrededor para darme un sucesor al que ella se encargaría de rodear del mismo mundo sano y regular con el que hacía ahora mis delicias. No iba desde luego a morir su bonita salud sólo porque yo me muriera. Tenía una fe tan intensa en esa salud que me parecía que no podía sucumbir más que hecha papilla bajo un largo tren en marcha.

Me acuerdo de que una noche en Venecia, paseábamos en góndola por uno de esos canales de profundo silencio, cada dos por tres interrumpido por la luz y el ruido de una calle que se abría de repente sobre él. Augusta, como siempre, miraba todo y cuidadosamente lo registraba: un jardín verde y fresco que surgía de una sucia base que había dejado al aire el agua que se había retirado; un campanario que se reflejaba en el agua turbia; una estrecha calle larga y oscura con un río de luz y de gente al fondo. Yo, en cambio, en la oscuridad, me sentía sólo a mí mismo, con absoluto desconsuelo. Le hablé del tiempo que volaba y le dije que pronto ella volvería a hacer ese viaje de novios con otro. Estaba tan seguro de ello que me parecía estar hablando de algo que hubiera ya ocurrido.

Me pareció incluso fuera de lugar que Augusta se pusiera a llorar para negar toda posible verdad a mi historia. Tal vez me entendió mal y creyó que yo le estaba atribuyendo la intención de matarme. ¡Todo lo contrario! Para explicarme mejor le describí una posible forma de morir para mí: mis piernas, en las que la circulación ya acusaba signos de cansancio, se verían atacadas por la gangrena y ésta, extendiéndose, llegaría a afectar a cualquier otro órgano, uno de esos indispensables para poder seguir vivo y con los ojos abiertos. Sería entonces cuando tuviera que cerrarlos, y ¡adiós patriarca! Habría que buscarse otro.

Ella siguió sollozando y a mí ese llanto, en la enorme tristeza de ese canal, me pareció muy importante. ¿Lo provocaba tal vez la desesperación por la visión exacta de esa su atroz salud? Entonces la humanidad entera hubiera debido llorar el mismo llanto. Más adelante supe, en cambio, que ella ni siquiera imaginaba cómo era su salud. La salud no se analiza a sí misma y ni siquiera se mira al espejo. Sólo nosotros, los enfermos, sabemos algo a propósito de nosotros mismos.

Fue entonces cuando Augusta me contó que me había amado aun antes de conocerme. Me amaba desde que había oído mi nombre: Zeno Cosini, un ingenuo, que abría los ojos de par en par cuando oía hablar de cualquier astuta regla de trato comercial y se apresuraba a tomar nota de ella en un cuaderno de aprendizaje, que luego, en cambio, perdía a las primeras de cambio. Si yo no había advertido su confusión en nuestro primer encuentro, hay que pensar que se debió a mi propia confusión.

Me acordé de que al ver a Augusta me había distraído su fealdad dado que había esperado encontrar en esa casa a las cuatro muchachas, con una A como inicial, bellísimas todas ellas. Me enteraba ahora de que ella me amaba desde hacía mucho tiempo, pero ¿qué probaba tal cosa? No le di la satisfacción de negar mi

anterior postura. Cuando yo muriera, estaba seguro de que ella volvería a casarse. Cuando su llanto se hubo calmado, Augusta se apoyó aún más en mí y, riendo de repente, me preguntó:

—¿Dónde podría encontrarte un sucesor? ¿No ves lo fea que soy?

En efecto, probablemente se me concedería un razonable intervalo de tranquila putrefacción.

Pero el miedo a envejecer ya no me abandonó, por el temor de tener que entregar a mi mujer a otros. No se mitigó ese temor cuando la traicioné y no se

incrementó tampoco ante la idea de perder de la misma manera a mi amante. Era algo completamente diferente que no tenía nada que ver con ella. Cuando el miedo a morir me atenazaba, me dirigía a Augusta para obtener consuelo como esos niños que ofrecen al beso de su madre la pequeña mano herida. Ella sabía encontrar siempre nuevas palabras para consolarme. En el viaje de novios afirmaba que ante mí tenía aún treinta años de juventud y hoy día sigue afirmando lo mismo. Yo sabía en cambio que ya las semanas de dicha de ese viaje me habían acercado sensiblemente a las horribles muecas de la agonía.

Augusta bien podía decir lo que le viniera en gana, era fácil hacer la cuenta: cada semana me acercaba una semana más a ese momento.

Cuando me di cuenta de que me asaltaba demasiado a menudo el mismo dolor, evité cansarla diciéndole siempre las mismas cosas y, para hacerle saber que necesitaba su consuelo, bastó que le murmurase: «¡Pobre Cosini!». Ella sabía entonces qué era lo que me inquietaba y se apresuraba a cubrirme con su enorme afecto. De esa manera conseguí obtener su consuelo cuando tuve también padecimientos de muy diferente naturaleza. Un día, enfermo por el dolor de haberla traicionado, murmuré en un descuido: «¡Pobre Cosini!». Conseguí una gran ventaja porque también entonces su reconfortante ayuda me resultó preciosa.

Al regreso del viaje de novios, me encontré con la sorpresa de no haber residido nunca en una casa tan cómoda y cálida. Augusta introdujo en ella todas las comodidades que había tenido en su propia casa, y otras que ella misma ideó. El cuarto de baño, que hasta donde mi memoria alcanzaba había estado siempre al fondo de un pasillo a medio kilómetro de mi dormitorio, se instaló cerca del nuestro y se le añadieron un mayor número de grifos. Además, un cuartucho que estaba cerca del comedor se convirtió

en la salita del café. Llena de alfombras y adornada con grandes sillones de piel, solíamos demorarnos allí una horita todos los días después de comer. En contra de mis deseos, había todo lo necesario para fumar. También mi pequeño estudio, por más que yo intenté defenderlo, sufrió modificaciones. Yo temía que esos cambios acabasen por hacerlo odioso para mí y en cambio, enseguida, me di cuenta de que sólo tras haberse producido esos cambios el lugar resultaba habitable. Augusta dispuso la iluminación de la estancia de forma que pudiera leer sentado a la mesa, tumbado en el diván o recostado en el sofá. Incluso se añadió, para el violín, un atril con una pequeña lámpara que iluminaba la partitura sin herir la vista. También allí y en contra de mis deseos, me vi acompañado de todos los artilugios necesarios para fumar con toda tranquilidad.

En casa se construía mucho y había un cierto desorden que disminuía nuestra

paz. Para ella, que creía en las dimensiones de lo eterno, la pasajera incomodidad podía no tener importancia, pero para mí la cosa era muy diferente. Me opuse enérgicamente cuando se le antojó tener en nuestro jardín una pequeña

lavandería que hacía necesaria la construcción de un cobertizo.

Augusta afirmaba que una lavandería en casa era una garantía de



salud para los bebés. Pero de momento no había ningún bebé y yo no veía ninguna razón para dejar que esos bebés me fastidiaran aun antes de llegar. Ella en cambio traía a mi vieja casa un instinto que parecía venir del aire libre y, en el amor, se comportaba como la golondrina que, enseguida, se ocupa de construir su nido.

Pero yo también prestaba atención al amor y llevaba a casa flores y joyas. El matrimonio cambió mi vida. Renuncié, tras un débil intento por resistirme, a disponer según mi gusto de mi tiempo y me adapté a un horario más rígido. Bajo este aspecto mi educación tuvo un éxito espléndido. Un día, inmediatamente después del viaje de novios, me dejé inocentemente arrastrar a un compromiso que me alejó de casa a la hora de comer y, tras haber comido algo en un bar, no regresé a casa hasta la noche. Cuando volví a casa tarde por la noche, me encontré con que Augusta no había comido al mediodía y desfallecía de hambre. No me dirigió ningún reproche, pero no se dejó convencer de que hubiera actuado mal. De manera dulce, pero decidida, declaró que, caso de no recibir ningún aviso, hubiera esperado para comer hasta el desayuno del día siguiente.

¡No era cosa de broma! En otra ocasión dejé que un amigo me convenciera para que me quedara fuera de casa hasta las dos de la noche. Encontré a mi regreso a Augusta esperándome con los dientes castañeteando, al haberse apagado la estufa. Sufrió

después además una ligera indisposición que hizo inolvidable la lección que me quiso infligir.

Un día quise hacerle otro gran regalo: ¡trabajar! Ella lo quería y yo pensaba que el trabajo resultaría útil para mi salud. Ya se sabe que suele estar menos enfermo quien menos tiempo tiene para estarlo. Fui al trabajo, y si no me quedé no fue desde luego por mi culpa. Fui allí con mis mejores propósitos y con auténtica humildad. No reclamé tomar parte en la dirección de los negocios y solicité llevar de momento el libro mayor. Delante del grueso volumen en el que los

asientos estaban dispuestos con la regularidad de calles y casas, me sentí lleno de respeto y empecé a escribir con mano temblorosa.

El hijo de Olivi, un joven sobriamente elegante, con gafas, instruido en todas las ciencias comerciales, se encargó de mi formación y de él, verdaderamente, no tengo queja. Me fastidió algo con su ciencia económica y la teoría de la oferta y la demanda que a mí me parecía más evidente de lo que él estaba dispuesto a admitir. Se veía en él, en cambio, un cierto respeto hacia el dueño, y yo le estaba agradecido por ello, en la medida en que no era admisible que lo hubiera aprendido de su padre. El respeto hacia la propiedad debía formar parte de su ciencia económica. No me

reprochó nunca los errores que con frecuencia aparecían en mis apuntes; se inclinaba sólo a atribuirlos a mi ignorancia y me daba explicaciones verdaderamente innecesarias.

Lo malo es que a fuerza de mirar, me entraron ganas de llevar a cabo algún negocio también yo. En el libro, con claridad, llegué a ver representado mi bolsillo y cuando registraba un importe en el «dar» de los clientes, me parecía que tenía en mano, no la pluma, sino la raqueta del croupier que recoge el dinero esparcido en la mesa de apuestas.

El joven Olivi me enseñaba también el correo que llegaba y yo lo leía con atención y —tengo que decirlo—, al principio, con la esperanza de entenderlo mejor que los demás. Una oferta muy común atrajo un día mi apasionada atención. Incluso antes de leerla sentí moverse en mi pecho algo que reconocí de inmediato como el oscuro presentimiento que algunas veces me asaltaba en la mesa de juegos. Es difícil describir ese presentimiento. Consiste en una especial dilatación de los pulmones que lleva a respirar con voluptuosidad el aire por más lleno de humo que esté. Pero hay algo más: uno sabe enseguida que cuando haya doblado la apuesta se sentirá aún mejor. Hace falta práctica para entender todo esto. Es preciso haberse alejado de la mesa con los bolsillos

vacíos y sentir el dolor de haber descuidado la atención que el juego merece. Y cuando esto sucede, no hay salvación posible ese día porque las cartas se vengán. Delante del tapete verde, sin embargo, es menos grave no haberlo sentido que ante el apacible libro maestro y, de hecho, yo lo sentí claramente, mientras gritaba dentro de mí: «¡Compra enseguida toda esa fruta seca!».

Hablé del asunto con tono medido a Olivi sin, naturalmente, referirme a mi inspiración. Olivi contestó que ese tipo de operaciones las hacía sólo por cuenta de terceros cuando podía obtener algún beneficio. De tal manera eliminaba Olivi de mis negocios la posibilidad de atender a la inspiración y cedía este tipo de iniciativas a terceros.

La noche fortaleció mi convicción: el presentimiento estaba intensamente instalado en mí. Respiraba tan bien que no conseguía dormir. Augusta advirtió mi inquietud y tuve que explicarle el motivo. Ella se sumó de inmediato al dictado de mi inspiración y en el sueño llegó a murmurar:

—¿No eres acaso tú el dueño?

Es verdad aun así que, por la mañana, antes de que saliera, me dijo con preocupación:

—No te conviene desairar a Olivi. ¿Quieres que hable con mi padre?

No quise que lo hiciera porque sabía que también Giovanni concedía muy poco valor a mis corazonadas.

Llegué a la oficina muy decidido a batirme en la defensa de mi idea para vengarme también del insomnio que me había tocado sufrir. La contienda se alargó hasta el mediodía, cuando expiraba el plazo previsto para aceptar la oferta. Olivi se mantuvo firme en su postura y dio por liquidados mis argumentos con su habitual comentario: «¿Pretende usted tal vez disminuir las facultades que su difunto padre me concedió?».

Resentido, regresé por el momento a mi libro maestro, muy decidido a no volver a inmiscuirme en los negocios. Pero el sabor de aquellas uvas pasas permaneció en mi boca y cada día en la Bolsa me informaba del precio que alcanzaban. El resto no me interesaba. El precio subió de manera lenta e imparable como si

hubiera necesitado encogerse para tomar impulso. Después, en un solo día,

sufrió un fuerte aumento y es que la cosecha había sido muy pobre, algo que no se hubiera podido saber hasta ese momento. ¡Qué cosa más extraña, esa corazonada mía! No había previsto la escasa cosecha pero sí el aumento de precio.

Las cartas cumplieron su venganza y como consecuencia yo no supe ya resignarme a atender a mi libro maestro y perdí todo respeto por quienes pretendían enseñarme, tanto más que Olivi, a la vista de los resultados, no estaba ya tan seguro de haber actuado correctamente. Yo me reí y me burlé y en esto consistió mi principal ocupación.

Llegó una segunda oferta con el precio dos veces más alto. Olivi, para congraciarse conmigo, me pidió consejo y yo, triunfal, le dije que no comería ni

una uva con ese precio. Olivi, ofendido, murmuró:

—Me limito a seguir el sistema que he seguido durante toda mi vida.

Fue en busca de un comprador. Encontró uno por una suma muy reducida y, animado siempre por las mejores intenciones, volvió a consultarme con actitud vacilante:

—¿Cubro esta pequeña venta? Respondí en mi malintencionada línea:

—Yo la hubiera cubierto antes de hacerla.

Al final Olivi perdió la fuerza de su propia convicción y dejó la venta descubierta: las uvas siguieron subiendo y nosotros perdimos todo lo que, en esa moderada cantidad, se podía llegar a perder. Pero Olivi se enfadó conmigo y declaró que había jugado sólo para complacerme. El muy astuto se olvidaba de que yo le había aconsejado apostar al rojo y de que él, para fastidiarme, lo había hecho al negro. La pelea que se produjo tuvo un alcance que la hizo insanable. Olivi apeló a mi suegro diciendo que entre él y yo la perjudicada acabaría por ser la empresa y que, si la familia lo deseaba, él y su hijo estaban dispuestos a retirarse y dejar el campo libre. Mi suegro se inclinó enseguida por alabar la conducta de Olivi. Me dijo:

—El asunto de la fruta seca es muy instructivo. Sois dos personas que no podéis estar juntas. ¿Quién tiene entonces que retirarse: quien, sin duda, hubiera hecho un único negocio, o quien, desde hace medio siglo, dirige solo la empresa?

También Augusta se vio empujada por su padre a convencerme para que no me inmiscuyera más en mis propios negocios.

—Parece que tu bondad y tu ingenuidad —me dijo— te hacen poco apto para los negocios. Quédate en casa conmigo.

Lleno de ira, me retiré a mi segunda plaza, mi pequeño estudio. Durante un tiempo me entretuve en leer sin gran afición y en tocar el violín, después surgió en mí el deseo de una actividad más seria y faltó poco para que no volviera a la química y al derecho después. Por fin, e ignoro la verdadera razón, me dediqué durante un tiempo a los estudios de religión. Tuve la impresión de estar retomando el estudio que había abandonado a la muerte de mi padre y tal vez, en esa ocasión, se debió a un enérgico intento por acercarme a Augusta y su salud. No era suficiente acudir a misa con ella; yo tenía que hacerlo de forma muy diferente, es decir, leyendo a Renan[19] y Strauss,[20] con placer al primero y



soportándolo como un castigo al segundo. Lo menciono en este lugar sólo para revelar cuán grande era el deseo que me unía a Augusta. Ella no llegó a adivinarlo viéndome con los Evangelios en edición crítica en las manos. Prefería la indiferencia a la ciencia y no supo apreciar así el máximo signo de afecto que le había dado. Cuando, como solía hacer, interrumpiendo su arreglo personal o sus ocupaciones en casa, se asomaba a la puerta de mi habitación para dirigirme una palabra de saludo, al verme inclinado sobre esos textos, torcía el gesto:

—¿Sigues todavía con esas historias?

La religión de que Augusta precisaba no requería tiempo para adquirirla o practicarla. ¡Una genuflexión, y de vuelta a la vida después! Nada más. En mi caso la religión adquiriría un aspecto completamente diferente. Si hubiera tenido la fe auténtica, en el mundo no hubiera habido ninguna otra creencia para mí.

Más adelante, en mi pequeña habitación tan magníficamente organizada, empezó a hacer su aparición el aburrimiento. Se trataba más bien de ansiedad, en alguna medida, porque precisamente entonces me parecía sentir en mí las fuerzas para trabajar mientras que me veía obligado a esperar a que la vida

me impusiera alguna tarea. A la espera de esa ocasión, salía con frecuencia y pasaba muchas horas en la Bolsa o en algún café. Vivía una simulación de actividad: algo aburridísimo.

La visita de un amigo de la universidad, que había tenido que regresar, a toda prisa, desde un pequeño pueblo de la región austríaca de Estiria para curarse de una grave enfermedad, fue mi Némesis, por más que ése no fuera su aspecto. Vino a verme después de haber pasado un mes en Trieste en la cama, lo que había servido para hacer pasar su enfermedad, una nefritis, de un estado de afección aguda a crónica y posiblemente incurable. Él, en cambio, creía estar mejor y se disponía a trasladarse de inmediato, durante la primavera, a algún lugar de clima más dulce que el nuestro que esperaba le restituyera la plena salud. Le había resultado tal vez fatal el detenerse demasiado tiempo en el rígido clima de su lugar de nacimiento.

Considero la visita de ese hombre tan enfermo, pero alegre y sonriente, algo que resultó nefasto para mí; pero me equivoco tal vez y su llegada no señala en realidad más que una fecha en mi vida por la que era forzoso pasar.

Mi amigo, Enrico Copley, se sorprendió de que no hubiese sabido yo nada ni de él ni de su enfermedad de la que Giovanni debía de estar informado. Giovanni,

en cambio, desde que estaba enfermo también él, no tenía tiempo para nadie y no me había dicho nada, a pesar de que todos los días soleados venía a mi casa para dormitar algunas horas al aire libre.

Pasamos con los dos enfermos una tarde muy alegre. Se habló de sus enfermedades, lo que constituye la máxima distracción para un enfermo y es

algo no demasiado triste para los que, no estando enfermos, les escuchan. Surgió alguna diferencia sólo cuando Giovanni hizo notar que necesitaba estar al aire libre, algo que a Copley le estaba, en cambio, prohibido. La controversia se

disipó cuando se levantó un poco de viento que llevó también a Giovanni a quedarse con nosotros, en la pequeña habitación con calefacción. Copley nos habló de su enfermedad que no producía dolor pero que le restaba fuerzas. Ahora, al estar mejor, se deba cuenta de lo enfermo que había estado. Habló de las medicinas que le habían sido administradas y fue entonces cuando se avivó mi interés. Su doctor le había aconsejado entre otras cosas un eficaz sistema para proporcionarle un largo sueño sin envenenarle

en cambio con somníferos. ¡Esto era precisamente lo que yo necesitaba! Mi pobre amigo, al oírme hablar de mi interés por las medicinas, imaginó ilusionadamente por un instante que yo pudiera padecer su misma enfermedad y me aconsejó que visitara a un médico que me escuchase y me hiciese los oportunos análisis.

Augusta se echó a reír y declaró que yo no era más que un enfermo imaginario. En la cara de Copley se cruzó la sombra de algo que se parecía al resentimiento. Enseguida, virilmente, se desprendió del estado de debilidad a que parecía estar condenado, pasando a agredirme con gran energía:

—¿Enfermo imaginario? Pues bien, yo prefiero ser un enfermo real. Ante todo, un enfermo imaginario es una ridícula monstruosidad para la que no existen medicinas, mientras que los fármacos, como en mí puede verse, ¡tienen siempre alguna eficacia en nosotros, los enfermos reales!

Sus palabras parecían las de una persona sana y yo —quiero ser en esto sincero

— me sentí herido.

Mi suegro se inclinó por tomar partido en su defensa con gran energía, pero sus palabras no llegaron a arrojar ningún desprecio sobre el enfermo imaginario, porque traicionaban demasiado a las claras su envidia hacia la persona sana. Dijo que si él hubiera estado tan sano como yo, en vez de hastiar al prójimo con quejas, hubiera corrido junto a sus amados buenos negocios, especialmente

ahora que había conseguido reducir su barriga. Giovanni ignoraba que el adelgazamiento en su caso se consideraba un síntoma poco favorable.

A causa del ataque de Copler, yo mostraba entonces todo el aspecto de un enfermo, y de un enfermo maltratado además.

Augusta se sintió en la obligación de acudir en mi ayuda.

Acariciando mi mano que descansaba sobre la mesa, dijo que mi enfermedad no molestaba a nadie y que ella no estaba ni siquiera convencida de que yo creyese realmente estar enfermo porque, de ser así, difícilmente se podría entender mi alegría de vivir. De esta manera Copler volvió a verse rebajado al estado de inferioridad a que se veía condenado. Carecía de familia, y si bien podía medirse conmigo en lo que a salud se refiere, no podía oponer contra mí ningún afecto parecido al que Augusta me ofrecía. Al haber sentido con fuerza en ese instante la falta de una enfermera, se

resignó a confesarme más tarde cuánto me había envidiado por disponer yo de ella.

La discusión se reanudó, en los días que siguieron, con un tono más tranquilo mientras Giovanni dormitaba en el jardín. Copler, tras haber reflexionado, afirmaba ahora que el enfermo imaginario bien podía ser considerado un enfermo real, pero de una manera más íntima y hasta más radical. De hecho, en el caso de este último, los nervios estaban tan alterados como para mostrar los

síntomas de una enfermedad inexistente, mientras que su función normal hubiera debido consistir en poner en guardia, por medio del dolor, e invitar así a poner remedio.

—¡Sí! —decía yo—. Como en el caso de las muelas, donde el dolor se manifiesta sólo cuando el nervio está al descubierto y para sanarlo es preciso destruirlo.

Acabamos por convenir en que un enfermo real y otro imaginario eran iguales. Precisamente en el caso de su nefritis no se había producido un aviso de sus nervios, mientras que los míos eran a veces tan sensibles como para darme señales de la enfermedad

que tal vez hubiera de causar mi muerte bastantes decenas de años después. Mis nervios eran pues perfectos y su única desventaja era la de depararme pocos días dichosos en esta vida. Tras haber conseguido sumar mi caso al de los enfermos, Copler alcanzó una plena satisfacción.

Desconozco por qué el pobre enfermo tenía la manía de hablar de las mujeres y, cuando Augusta no estaba presente, no se hablaba de otra cosa. Tenía la opinión de que en el caso del enfermo real, al menos en las enfermedades que conocíamos, el sexo se debilitaba, lo que constituía una buena defensa para el organismo, mientras que en el caso del enfermo imaginario, que no padecía otro daño que el desordenado comportamiento de sus nervios demasiado activos (éste nos parecía ser el diagnóstico del caso), el sexo constituía un sentido patológicamente despierto. Corroboré su teoría con mi experiencia y nos compadecimos el uno al otro. Ignoro por qué no quise decirle que me encontraba bien lejos de cualquier actividad anormalmente elevada desde hacía mucho tiempo. Hubiera al menos podido confesar que me consideraba convaleciente si no sano, para no ofenderle demasiado y porque la mera mención de lo sano, cuando se conocen todas las complicaciones que nuestro organismo alberga, es algo muy difícil.

—¿Deseas a todas las mujeres guapas que ves? —quiso saber.

—¡No a todas! —murmuré yo para sugerir la idea de que no estaba tan enfermo. Por lo pronto, no deseaba a Ada, a la que ahora veía todas las noches. Ésa, desde luego, era para mí la mujer prohibida. El leve susurro de sus faldas no me inspiraba en lo más mínimo y si a mi alcance hubiera estado ser yo mismo quien pudiera hacer que se agitaran, el resultado hubiera sido el mismo. Por suerte no me había casado con ella. Esta indiferencia era, o me lo parecía, una manifestación genuina de salud. A lo mejor mi deseo hacia ella había sido tan violento como para agotarse por sí mismo. Mi indiferencia, sin embargo, alcanzaba también a Alberta, que tan atractiva resultaba con su cuidado y serio vestidito de colegiala. ¿Era el caso de pensar que el poseer a Augusta había sido suficiente para calmar mi deseo hacia toda la familia Malfenti? De ser ésa la explicación, ¡hubiera resultado sin duda extremadamente moral!

No hablé tal vez de mi virtud porque con el pensamiento yo seguía traicionando a Augusta e incluso en ese instante, al hablar con Copley, con un estremecimiento de deseo pensé en todas las mujeres que por ella me perdía. Pensé en las mujeres que



caminaban por las calles, bien tapadas, de forma que sus órganos sexuales secundarios adquirirían una tan destacada importancia, mientras que en el caso de la mujer en cuya posesión ya se estaba, desaparecían

como si el hecho de poseerlos los hubiera atrofiado. El deseo de aventuras seguía

vivo en mí, y me refiero a la aventura que empieza por admirar un delicado calzado, un guante, una falda, todo lo que tapa y altera las formas. Este inicial deseo no constituía aún una culpa. Copley no actuaba de manera correcta al analizarme, ya que explicarle a alguien su naturaleza es una manera de autorizarlo a actuar como desea. Copley hizo algo aún peor, sólo que al hablar y actuar como lo hizo, no podía prever dónde me habría de conducir todo ello.

Permanecen en mi recuerdo como algo importante las palabras de Copley, que, al recordarlas, reavivan todas las sensaciones y la impresión de las cosas y las personas que a ellas quedaron asociadas. Había acompañado al jardín a mi

amigo, que tenía que volver a su casa esa misma tarde. Desde mi casa, en una colina, se dominaba, de una manera que ahora impiden las nuevas construcciones, la vista del puerto y del mar. Nos detuvimos a contemplar largo rato el mar agitado por una ligera brisa que reflejaba en miles de rojas partículas la serena luz

del cielo. El perfil de la península de Istria concedía descanso a la vista con su atenuado verdor que se adentraba con su enorme arco en el mar, como una sólida penumbra. Los muelles y los diques eran pequeños e insignificantes, en sus formas rígidamente lineales, y el agua de los embalses se veía oscurecida, ¿por su inmovilidad o porque estaba tal vez turbia? En ese amplio panorama, la paz era pequeña frente a todo aquel rojo animado sobre el agua y nosotros dos, deslumbrados, nos volvimos poco después de espaldas al mar. Sobre la pequeña explanada delante de la casa, parecía ya cernirse, en comparación, la oscuridad de la noche.

Ante el porche, en un gran sillón, con la cabeza cubierta por un sombrero y protegido también por el cuello levantado de su abrigo de piel, mi suegro descansaba con las piernas envueltas en una manta. Nos detuvimos a mirarle. Tenía la boca completamente abierta, la mandíbula inferior colgaba como algo muerto y su respiración era ruidosa y demasiado rápida. Cada dos por tres su cabeza caía sobre el pecho y él, sin llegar a despertarse, volvía a levantarla. Se producía entonces un movimiento de sus párpados como si hubiera querido abrir los ojos para recuperar más fácilmente el equilibrio y su respiración cambiaba de ritmo. Una auténtica interrupción del sueño.

Era la primera vez que la grave enfermedad de mi suegro se presentaba ante mis ojos en toda su evidencia y me produjo un hondo dolor.

Copler, en voz baja, me dijo:

—Habría que tratarle. Posiblemente esté también enfermo de nefritis. Conozco bien ese estado suyo que no es sueño normal. ¡Pobre hombre!

Acabó por aconsejar que llamáramos a su médico.

Giovanni nos oyó hablar y abrió los ojos. Enseguida pareció menos enfermo y bromeó con Copler:

—¿Se atreve a quedarse al aire libre? ¿No le hará daño?

¡Le parecía que había dormido con provecho y no pensaba que le hubiera podido faltar aire allí de cara al vasto mar que tanto aire hacía llegar! Su voz, en cambio, era débil y sus palabras resultaban entrecortadas por culpa de su continuo jadeo; su cara tenía color amarillento y, al levantarse de su asiento, se sintió helado. Tuvo

que refugiarse dentro de la casa. Aún puedo verle dirigirse a la explanada, la manta bajo el brazo, jadeante pero riéndose, mientras nos enviaba un saludo.

—¿Ves cómo es el enfermo real? —dijo Copley, que no podía librarse de su idea dominante—. Está moribundo e ignora que esté enfermo.

También a mí me pareció que el enfermo real padecía poco. Mi suegro y también Copley descansan desde hace muchos años en Sant'Anna, pero hubo un día en que pasé cerca de sus sepulturas y me pareció que, por el hecho de encontrarse desde hacía tantos años bajo esas piedras, no quedaba invalidada la tesis que uno de ellos defendió.

Antes de abandonar su antiguo domicilio, Copley había liquidado sus negocios y por eso no tenía ya ninguno. Sin embargo, en cuanto dejó la cama, no pudo quedarse inactivo y, a falta de negocios propios empezó a ocuparse de los de los demás, que le parecían mucho más interesantes. Me produjo risa, entonces, pero más adelante también tendría que aprender qué agradable sabor tienen los negocios de los demás. Él se dedicaba a la beneficencia y, habiéndose propuesto vivir sólo de las rentas de su capital, no

podía permitirse el de ejercer su actividad a costa sólo de sus ingresos. Organizaba por eso colectas y recaudaba tasas contributivas entre amigos y conocidos. Apuntaba todo, como el buen hombre de negocios que era, y yo pensé que ese libro era su viático y que yo, en su lugar, condenado a una vida breve y carente de familia como era su caso, habría enriquecido sus cantidades usando para ello mi propio capital. Él, en cambio, era el sano imaginario y no tocaba más que los intereses que le correspondían, al no poder aceptar que su futuro fuera breve.

Un día se me echó encima con la petición de algunos cientos de coronas para proporcionar un modesto piano a una pobre muchacha que ya recibía una subvención mía y de otros, a través de Copley, en forma de reducida mensualidad. Era preciso actuar con presteza para poder adquirir un instrumento que estaba a buen precio. No pude librarme de esta solicitud, pero, con ligero mal tono, hice notar que hubiera sido un buen negocio, en lo relativo a mí, no salir de casa ese día. Ocasionalmente me veo asaltado por algún que otro exceso de avaricia.

Copley cogió el dinero y se marchó tras una breve expresión de agradecimiento, pero el efecto de mis palabras se reveló pocos días después y fue, lamentablemente, destacado. Copley vino a informarme de que la compra del piano se había podido llevar a cabo según lo deseado y de que la señorita Carla Gerco y su

madre me rogaban que accediera a visitarlas para que me pudieran agradecer mi participación en todo ello. Mi amigo tenía miedo de perder a uno de sus benefactores y quería fortalecer mi compromiso favoreciendo la ocasión de que pudiera llegar a deleitarme con el agradecimiento de quienes habían sido objeto de nuestra desprendida gestión.

En un primer momento deseé librarme de ese enojoso trámite asegurándole que estaba convencido de que él había sabido llevar a cabo la más económicamente avisada de las ayudas benéficas que cupiera imaginar, pero tanto insistió que, al final, acabé por acceder.

—¿Es guapa? —pregunté riendo.

—Guapísima —contestó él—, pero fuera de nuestro alcance.

Era curioso que me asociara a él en el establecimiento de ese imposible acceso a la joven. Me habló de la honradez de esa desgraciada familia que había perdido algunos años antes al padre y que, en la más honda de sus miserias, había sabido mantener una rígida conducta de honestidad.

Era un día desapacible. Soplaban un viento helado y yo envidiaba a Copley que se había vestido con su abrigo de piel. Tenía que sujetarme con la mano el sombrero que, de lo contrario, hubiera cedido a los intentos del viento por arrebatármelo. A pesar de todo me sentía de buen humor porque me dirigía a recoger la gratitud de que me había hecho acreedor mi filantropía. Recorrimos a pie la Corsia Stadion y atravesamos el Jardín Público. Era una parte de la ciudad que yo nunca visitaba. Entramos en una de esas casas llamadas de especulación que nuestros antepasados se habían dedicado a construir cuarenta años antes en lugares alejados de la ciudad, por más que esta última, en cambio, enseguida les hubiera dado alcance. Tenía un aspecto modesto pero, aun así, más rico que las casas que se construyen hoy en día con las mismas intenciones. La escalera ocupaba un espacio reducido y por eso era muy alta.

Nos detuvimos en el primer piso, adonde llegué antes que mi acompañante, mucho más lento. Me sorprendió que, de las tres puertas que daban al rellano, dos, las laterales, estuvieran identificadas con la tarjeta de visita de Carla Gerco, sujetas por unos clavitos, mientras que la tercera puerta tenía también una tarjeta con un nombre diferente. Copley me explicó que Carla y su

madre tenían, a la derecha, la cocina y el dormitorio mientras que a la izquierda no había más que una sola habitación, el estudio de la señorita Carla. Habían podido subarrendar una parte del piso, la central, y de esta manera el alquiler les costaba muy poco, pero tenían la incomodidad de tener que salir al rellano para pasar de una habitación a otra.

Llamamos a la puerta de la izquierda: el estudio donde la madre y la hija, que esperaban nuestra visita, nos aguardaban. Copley procedió a presentarnos. La madre, una señora muy tímida vestida con un pobre vestido negro y una cabeza que destacaba por su nivea blancura, me dirigió un pequeño discurso que tenía preparado y en el que afirmaba que se sentían honradas con nuestra visita y agradecían el conspicuo regalo que les había hecho. Después de esto la señora no volvió a abrir la boca.

Copley asistía como un maestro que, en un examen oficial, escucha la lección que él con gran esfuerzo ha logrado enseñar. Corrigió las palabras de la señora diciéndole que yo no sólo había costado la compra del piano, sino que contribuía también a la ayuda mensual que él había conseguido allegar para la manutención de las dos mujeres. Le gustaba hacer las cosas con exactitud.



La señorita se levantó de la silla donde estaba sentada y me dirigió sólo una única y sencilla palabra:

—¡Gracias!

Esto, por lo menos, no era tan largo. La carga de mi filantropía estaba empezando a hacérseme pesada. ¡También yo me dedicaba a los asuntos de los

demás como un vulgar enfermo real! ¿Qué es lo que podía ver en mí esa graciosa jovencita? ¡Una persona merecedora de gran respeto, pero no un hombre, claro! ¡Y lo cierto es que resultaba realmente encantadora! Creo que quería parecer más joven de lo que era, con su falda demasiado corta para la moda de la época, a no ser que, en casa, usara una falda del tiempo en que aún no había acabado su crecimiento. Su cabeza era, en cambio, plenamente la

cabeza de una mujer y, por su peinado algo rebuscado, la de una mujer que desea resultar atractiva. Sus ricas trenzas oscuras estaban colocadas de manera que tapaban las orejas y, en parte, también el cuello. Estaba tan entregado a la figura que mi papel de dignidad componía y temía tanto al inquisidor ojo de Copley

que, en un primer momento, no miré ni siquiera bien a la joven; ahora en cambio la conozco por entero. Su voz tenía, cuando hablaba, tonos musicales y, con una afectación tan instalada que parecía ser natural en ella, se complacía en alargar las sílabas como si quisiera acariciar el sonido que conseguía atribuirles. Por ello y por algunas vocales a veces excesivamente abiertas hasta para tratarse de Trieste, su expresión adquiría en ocasiones tonos que parecían extranjeros. Supe después que algunos maestros, para enseñar a emitir la voz, alteran el valor de las vocales. Su pronunciación era completamente diferente a la de Ada. Cada uno de sus sonidos me parecían de amor.

Mientras duró esa visita, la señorita Carla no dejó de sonreír, imaginando tal vez tener en el rostro, estereotipada, la expresión de su gratitud. Era una sonrisa algo forzada: el auténtico aspecto de la gratitud. Más tarde, cuando pocas horas después empecé a soñar con Carla, imaginé que en ese rostro había habido un combate entre la dicha y el dolor. Nada de todo esto encontré más tarde en ella y una vez más aprendí que la belleza femenina simula sentimientos con los que nada tiene que ver, de la misma manera que la tela sobre la que estuviera pintada una batalla no tendría por qué tener ningún sentimiento heroico.

Copler parecía satisfecho de la presentación, como si las dos mujeres hubieran sido obra suya. Me las describía contentas con su destino y trabajando siempre. Pronunciaba palabras que parecían tomadas de un libro escolar y, al asentir de manera maquinal, daba la impresión de que yo quisiera confirmar que, tras los oportunos estudios, estaba en condiciones de poder, con pericia, conocer cómo han de ser las pobres mujeres virtuosas, carentes de dinero.

El mismo Copler pidió después a Carla que cantara algo. Ella no quiso hacerlo alegando que estaba resfriada. Proponía dejarlo para otro día. Yo notaba con simpatía que ella temía nuestra opinión, pero tenía ganas de prolongar la sesión y me sumé a los ruegos de Copler. Afirmé también que no sabía si ella habría de volver a verme, porque era un hombre muy ocupado. Mi amigo, que sabía que yo no tenía ningún compromiso, confirmó con seriedad lo que estaba yo diciendo. No me costó luego entender que él deseaba que yo no volviera a ver a Carla.

Ésta intentó de nuevo librarse del compromiso, pero Copler insistió con un argumento que parecía sobre todo una orden y ella obedeció. ¡Qué fácil resultaba reducir su voluntad!

Cantó La mia bandiera. Desde mi blando sofá seguía su canto. Sentía un ardiente deseo de poderla admirar. ¡Qué bonito hubiera sido verla revestida de

genialidad! Pero me encontré en cambio con la sorpresa de oír que su voz, cuando cantaba, perdía toda musicalidad. El esfuerzo la alteraba. Carla no sabía tampoco interpretar al piano y su torpe acompañamiento hacía aún más pobre esa pobre música. Me recordé que estaba ante una estudiante y consideré si su volumen de voz era suficiente. ¡Abundante, más bien! En aquella reducida estancia había conseguido herir mis oídos. Pensé, para poder seguir animándola, que lo único malo había sido la enseñanza que había recibido.

Cuando acabó me uní al aplauso abundante y locuaz de Copley. Decía:

—Imagínate qué efecto haría esta voz acompañada por una buena orquesta. Esto, desde luego, era verdad. Hacía falta una completa y entera orquesta para esa voz. Yo dije con gran sinceridad que me reservaba mi opinión sobre el valor de su aprendizaje hasta haber podido oír a la joven algunos meses después. Con menos sinceridad, añadí que

ciertamente esa voz merecía una escuela de primera categoría. Después, para disipar el efecto de lo que de desagradable pudiera haber habido en mis primeras palabras, diserté sobre la necesidad, para una voz

excelsa, de encontrar una instrucción que también lo fuera. Esta encendida adjetivación consiguió taparlo todo. Pero después, cuando me hube quedado solo, me sorprendió haber sentido la necesidad de mostrarme sincero con Carla.

¿La amaba acaso ya entonces? ¡Pero si aún no había podido ni verla como es debido!

En las escaleras, donde flotaba un dudoso olor, Copler volvió a repetir:

—Su voz es demasiado fuerte. Es una voz para el teatro.

Él no sabía que entonces yo sabía algo más: esa voz pertenecía a un ambiente muy pequeño donde se pudiera disfrutar la impresión de ingenuidad de un arte como aquél y soñar con poder llegar a introducir en él lo que constituye el auténtico arte, es decir la vida y el dolor.

Mientras nos separábamos, Copler me dijo que me avisaría cuando el maestro de Carla organizase un concierto público. Se trataba de un maestro poco conocido aún en la ciudad, pero que estaba sin duda destinado a convertirse en una futura gran celebridad. Copler estaba seguro de ello a pesar de que el maestro tenía ya una edad avanzada. Al parecer, la celebridad tendría que llegarle ahora que Copler le conocía: debilidades de dos moribundos ambas, la del maestro y la de Copler.

Lo curioso es que sentí la necesidad de contarle esa visita a Augusta. Se pudiera pensar que fue por prudencia, dado que Copler lo sabía y a mí no me apetecía rogarle que no hablara del asunto. Sin embargo hablé con demasiado entusiasmo. Fue un gran desahogo. Hasta ese momento lo único que tenía que reprocharme era mi silencio para con Augusta. Ahora era ya completamente inocente.

Augusta solicitó algún dato a propósito de la muchacha y preguntó si era guapa. Me resultó difícil contestar y dije sólo que la pobre chica me había parecido muy anémica. Se me ocurrió después una buena idea:

—¿Por qué no te encargas de ayudarla un poco?

Eran muchas las tareas a las que Augusta tenía que prestar su atención en la nueva casa y lo mismo pasaba con su casa paterna, desde donde solicitaban su ayuda para el cuidado de su padre enfermo, de manera que poca ocasión tuvo de dar satisfacción a mi propuesta y al poco la olvidó. Precisamente por esto mi idea resultó auténticamente brillante.

Copler en cambio supo, a través de Augusta, que yo le había hablado a mi mujer de nuestra visita y por la misma razón pasó así a olvidar enseguida las cualidades que él presumía propias del enfermo imaginario que yo era. Me dijo delante de Augusta que, en un breve plazo, haríamos otra visita a Carla, concediéndome así su plena confianza.

En la que era entonces mi permanente falta de actividad me asaltó enseguida el deseo de volver a ver a la joven. No me atreví a correr a cumplir ese deseo, en el temor de que Copler llegara a descubrirlo. No me hubieran faltado pretextos.

Podría haber ido a verla para ofrecerle una ayuda mayor sin que Copler lo supiera, pero antes hubiera tenido que estar seguro de que, en su propio beneficio, ella aceptaría mantener todo ello en silencio. ¿Y si ese enfermo real que era Copler era ya el amante de

la joven? Yo no sabía nada de los enfermos reales y bien pudiera ser que tuvieran el hábito de dejar que otros pagaran a sus amantes. En ese caso, una sola visita a Carla hubiera bastado para comprometerme. No podía poner en peligro la paz de mi pequeña familia, es decir, no la puse en peligro mientras mi deseo por Carla no se hizo más intenso.

El deseo en cambio siguió aumentando. Conocía ya a aquella chica mucho mejor que cuando le había estrechado la mano para despedirme de ella. Recordaba de manera especial la negra trenza que cubría su cuello tan blanco y que hubiera sido preciso apartar con la nariz para conseguir besar la piel que ocultaba. Para incrementar mi deseo bastaba que yo recordara que en un determinado descansillo, en mi misma pequeña ciudad, estaba expuesta una bella joven de la que me separaba sólo un corto paseo. La lucha contra el pecado se torna, en tales circunstancias, muy difícil, porque ha de ser renovada a cada hora, cada día, mientras esa muchacha siga estando disponible en un descansillo. Las largas vocales de Carla parecían querer llamarme y, tal vez, precisamente su sonido había logrado introducir en mi alma la convicción de que cuando mi resistencia desapareciera, no habría ninguna otra resistencia que vencer. Aun así veía con claridad que tal vez me estuviera equivocando y que, tal vez, Copler viera las cosas con mayor exactitud, pero también



esta duda servía para reducir mi resistencia, dado que la pobre Augusta podía ser rescatada de una traición por mi parte por obra de la misma Carla que, en su condición de mujer, tenía como misión resistirse.

¿Por qué mi deseo tenía que despertar en mí remordimientos cuando parecía que había llegado justo a tiempo de salvarme del tedio que, en aquella época, me amenazaba? No perjudicaba en lo más mínimo a mis relaciones con Augusta, es más, todo lo contrario. Yo le dirigía ahora, no solamente las palabras de afecto que siempre le había dedicado, sino también las que dentro de mí, y dedicadas a Carla, iban adquiriendo forma. No había habido nunca en mi casa una tal abundancia de dulzura y Augusta se mostraba encantada en estas condiciones. Observaba yo con la mayor exactitud lo que llamaba el horario de la familia. Mi conciencia era tan delicada que, a través de mis mejores modales, me preparaba ya entonces a atenuar las consecuencias de mi futuro remordimiento.

Que alguna resistencia por mi parte haya habido, lo demuestra el hecho de que

yo llegué hasta Carla no en un solo impulso, sino por etapas. Al principio, durante varios días, llegué sólo hasta el Jardín Público y

sólo con la sincera intención de disfrutar de ese verdor que tan puro se muestra en medio del gris de las calles y de las casas que lo rodean. Después, no habiendo tenido la suerte de encontrármela como esperaba que sucediera, salí del Jardín para pasear justo debajo de las ventanas de su casa. Lo hice con una gran emoción que se parecía

a esa deliciosa turbación del hombre muy joven que se acerca al amor por primera vez. Desde hacía mucho tiempo había carecido yo, si no de amor, sí de las agitadas carreras que los afanes del amor despiertan.

Acababa de salir del Jardín Público cuando me tropecé de frente con mi suegra. En un primer momento me surgió una curiosa duda relativa al hecho de encontrármela ahí, en esas calles tan alejadas de las nuestras y tan temprano. Tal vez ella también estuviese traicionando a su marido enfermo. Enseguida supe que la trataba injustamente, porque se hallaba allí por haber acudido al médico, tras una mala noche pasada junto a Giovanni. El médico le había dedicado palabras tranquilizadoras, pero ella estaba tan alterada que enseguida me dejó olvidando hasta el detalle de sorprenderse por haberme encontrado en ese lugar al que sólo acudían viejos, niños y niñeras.

Sólo el hecho de haberla visto fue suficiente en cambio para que me sintiera de nuevo en poder de mi familia. Caminé hacia casa con paso decidido, acompasado y murmurando: «¡Nunca más! ¡Nunca más!». En aquel instante la madre de Augusta, con ese dolor suyo, me había devuelto al sentimiento de todos mis deberes. Fue una buena lección y suficiente para el resto del día.

Augusta no estaba en casa porque había corrido al lado de su padre, donde se quedó toda la mañana. A la hora de la comida me dijo que habían debatido si, dado el estado de Giovanni, no sería mejor aplazar la boda de Ada que estaba fijada para la semana siguiente. Giovanni estaba ya algo mejor. Al parecer en la cena del día anterior se había excedido y la indigestión que siguió había tomado el aspecto de un empeoramiento de su enfermedad.

Le dije que algo de todo esto sabía yo por su madre, con la que me había encontrado por la mañana en el Jardín Público. Augusta tampoco se sorprendió de mi paseo, pero yo me sentí obligado a darle algunas explicaciones. Le dije que, desde hacía algún tiempo, prefería el Jardín Público como destino de mis vagabundeos. Me sentaba en un banco y leía mi periódico. Luego añadí:

—¡Ese Olivi! ¡Buena me la ha hecho al condenarme a esta inactividad!

Augusta, que en relación con todo esto se sentía algo culpable, adquirió una expresión de dolor y remordimiento. Yo me sentí entonces estupendamente. Pero mi pureza seguía sin tacha porque pasé toda la tarde en mi estudio y podía realmente creer haberme curado definitivamente de cualquier deseo perverso. Mi lectura de la Biblia había llegado al Apocalipsis.

A pesar de que no cabía ya duda de que poseía la autorización para ir cada mañana al Jardín Público, tan grande se había vuelto mi resistencia a la tentación que, cuando salí al día siguiente, encaminé mis pasos en dirección completamente opuesta. Iba a por una música que necesitaba para intentar un nuevo método de violín que me habían aconsejado. Antes de salir me dijeron que mi suegro había pasado una noche muy buena y que, en un vehículo, vendría a visitarnos esa misma tarde. Me alegraba tanto por mi suegro como por Guido, que podría así celebrar su boda. Todo era perfecto: yo estaba a salvo y también mi suegro lo estaba.

¡Pero fue precisamente la música lo que volvió a llevarme hasta Carla! Entre los métodos que el vendedor me ofreció había, por error, uno no de violín sino de canto. Leí su título con atención: Tratado completo del Arte del Canto (Escuela de García) de E. García (hijo) con un Informe sobre la Memoria relativa a la voz humana presentada en la Academia de las Ciencias de París.

Dejé que el vendedor atendiese a otros clientes y me puse a leer la obra. Tengo que confesar que leía con una intranquilidad que tal vez se parecía a aquella con la que un joven depravado lee obras de pornografía. Ésta era la vía para llegar a Carla. Ella necesitaba esa obra y hubiera sido una grave falta por mi parte no llevársela. La compré y regresé a casa.

La obra constaba de dos partes, de las cuales una era teórica y otra práctica. Seguí leyéndola con la intención de entenderla tan bien como para poder dar luego consejos a Carla, cuando volviera a visitarla en compañía de Copley. De momento ganaba así tiempo y podía seguir alimentando mis tranquilos ensueños, sin dejar de recrearme con el pensamiento en la aventura que me esperaba.

Fue la propia Augusta quien hizo que los acontecimientos se precipitaran. Interrumpió mi lectura para venir a despedirse de mí,

se inclinó sobre mí y rozó mi mejilla con sus labios. Me preguntó qué estaba haciendo y al oír que estaba estudiando un nuevo método, pensó que era para el violín y no se detuvo a mirar mejor. Cuando me dejó solo, exageré el peligro que acababa de correr y pensé que, para mi seguridad, era preferible que ese libro no se quedara en mi estudio. Era preciso llevarlo de inmediato a casa de Carla, y así fue como me vi impelido a dirigirme directamente hacia mi aventura. Había encontrado algo más que un pretexto para poder llevar a cabo el que era mi deseo.

No hubo más dudas. Cuando llegué a aquel rellano, me dirigí de inmediato a la puerta de la izquierda, pero delante de esa puerta me detuve por un instante a escuchar los sonidos de la balada La mia bandiera que resonaban gloriosamente en la escalera. Al parecer, durante todo ese tiempo, Carla había seguido cantando la misma canción. Sonreí lleno de afecto y de deseo ante tan infantil insistencia. Abrí luego con cautela la puerta sin llamar y entré en la habitación de puntillas. Quería verla de inmediato, en ese mismo instante. En la pequeña habitación su voz resultaba realmente desagradable. Cantaba con gran entusiasmo y mayor intensidad que en la anterior ocasión, en el curso de mi primera visita. Sentada,

se apoyaba con total abandono en el respaldo de la silla para poder emitir todo el aire de sus pulmones. Yo vi solamente su pequeña cabeza que sus espesas

trenzas rodeaban y me retiré presa de una honda emoción por haber osado llegar a tanto. Ella había llegado entretanto a la última nota, que se resistía a acabar, y yo pude regresar al rellano y cerrar detrás de mí la puerta sin que ella lo advirtiera. Esa última nota había oscilado arriba y abajo antes de afirmarse segura. Carla podía, por tanto, percibir la nota acertada, y le tocaba ahora al

autor del método que yo había comprado para ella aportar su instrucción para enseñarle a encontrar el timbre requerido con mayor presteza.

Llamé a la puerta cuando me pareció estar más sereno. Ella acudió de inmediato a abrirla y no olvidaré nunca su pequeña, gentil figura, apoyada en el quicio, mientras fijaba en mí sus grandes ojos oscuros antes de conseguir reconocermé en la oscuridad.

Yo mientras tanto había recuperado la calma tanto como para ser de nuevo presa de todas mis dudas. Me hallaba en la senda de la traición a Augusta, pero pensaba que, al igual que en los días

anteriores había podido darme por satisfecho con sólo llegar al Jardín Público, con mayor facilidad podría ahora detenerme ante esa puerta, entregar el libro comprometedor y marcharme plenamente satisfecho. Fue un breve instante lleno de buenos propósitos. Me acordé hasta de un extraño consejo que me habían dado para librarme del hábito de fumar y que podía servir también para esta otra ocasión: a veces para poder contenerse, basta encender la cerilla y arrojarla luego junto con el cigarrillo.

No me hubiera costado gran cosa actuar así, porque la misma Carla, cuando me hubo reconocido, se sonrojó e hizo ademán de querer huir avergonzándose — como más adelante llegué a saber— de que la viera vestida con un desgastado vestido de estar en casa.

Cuando me reconoció, sentí la necesidad de excusarme:

—Le he traído este libro que creo que le interesará. Si lo desea se lo puedo dejar e irme de inmediato.



El sonido de mis palabras —o así me lo pareció— era bastante brusco; no así su significado, porque en términos generales, le concedía la condición de árbitro para decidir, según su voluntad, si debía irme o quedarme y traicionar a Augusta.

Ella tomó enseguida su decisión porque aferró mi mano para retenerme con mayor seguridad y me invitó a entrar. La emoción nubló mi vista, y todo ello motivado no tanto por el dulce contacto de esa mano, sino por la familiaridad con que, me pareció, estaba decidiendo mi destino y el de Augusta. Creo, por tanto, que entré con alguna resistencia y, cuando vuelvo a recordar la historia de mi primera traición, tengo la impresión de haberla llevado a cabo porque me arrastraron a cumplirla.

El rostro de Carla resultaba realmente precioso, sonrojado todo él. Me sentí deliciosamente satisfecho al advertir que, si bien no esperaba visitas, ella en cambio sí que deseaba una visita mía. Me dijo complacida:

—¿Ha venido usted con ganas de volver a verme? ¿De volver a ver a esta pobre chica que le debe tanto?

Hubiera podido, claro, tomarla de inmediato entre mis brazos, pero la idea no se me pasó por la cabeza. Pensaba tan poco en ello que no contesté siquiera a sus palabras, que me parecían comprometedoras, y me puse a hablar otra vez del autor del método y de lo útil que había de resultarle. Hablé con una aguda vehemencia que me llevó a dejar escapar alguna palabra poco considerada. Le dije que el método le enseñaría la manera de conseguir que sus notas fueran sólidas como el metal y dulces como el aire. Le enseñaría que una nota no puede representar más que una línea recta o mejor aún un plano, pero un plano sin relieves.

Mi fervor no desapareció hasta que ella me interrumpió para comunicarme una dolorosa duda que la atormentaba:

—¿A usted no le gusta entonces mi manera de cantar?

Su pregunta me sorprendió. Yo había expresado mi crítica sin ningún tacto, pero no tenía conciencia de ello y protesté de buena fe. Tan bien protesté que me pareció estar abordando, refiriéndome sólo al canto, el motivo del amor que tan imperiosamente me había arrastrado hasta esa casa. Mis palabras resultaron tan amorosas que consiguieron transmitir una parte de sinceridad:

—¿Cómo puede imaginar algo así? ¿Me encontraría yo aquí de ser éste el caso? Me he quedado en este rellano durante un largo rato disfrutando de su canto, delicioso y elevado en su ingenuidad. Creo solamente que a la perfección de su expresión le hace falta algo más y he venido a traérselo.

¡Qué poder tenía en mi ánimo el pensamiento de Augusta, si aún obstinadamente seguía yo elevando mi protesta ante la sospecha de que hubiese podido ser el deseo el que me condujera hasta el lugar en que me encontraba!

Carla se detuvo a escuchar mis halagadoras palabras que, ni por asomo, estaba ella en condiciones de analizar. No era muy culta pero, para mi sorpresa, advertí que no carecía de sentido común. Me contó que ella misma tenía serias dudas a propósito de su talento y de su voz; pensaba que no conseguía hacer progresos. A menudo, tras una cierta cantidad de horas de estudio, se concedía la distracción y el premio de entonar La mía bandera esperando encontrar en su voz alguna nueva cualidad. El resultado era siempre el mismo. Su ejecución no empeoraba y mantenía siempre un resultado bastante positivo, como afirmaban los que la escuchaban, y yo mismo también, y aquí me hizo llegar desde sus

bonitos ojos oscuros un destello mansamente interrogativo que demostraba hasta

qué extremo precisaba recibir una reconfortante confirmación a propósito del sentido de mis palabras, que aún le parecían poco claras. A despecho de todo ello, no se daba un auténtico progreso. El maestro decía que en el arte no había progresos lentos, sino grandes saltos que conducían a la meta y que un buen día Carla se despertaría siendo una gran artista.

—Se trata sin embargo de algo muy largo —añadió mirando al vacío y volviendo a ver quizá todas sus horas de tedio.

Se llama honesto todo aquello que ante todo es sincero, y por mi parte hubiera

sido muy honesto aconsejar a la pobre muchacha que dejase sus estudios de canto y pasara a ser mi amante. Pero mis escapadas al Jardín Público no me habían aún sugerido una imagen tan definida de mis deseos, y además no estaba tan seguro de la certeza de mi opinión en lo que al arte del canto se refería. Desde hacía algunos instantes yo me sentía intensamente preocupado por una sola persona: ese pesado de Copley que pasaba en mi casa todas las festividades con mi mujer y conmigo. Éste hubiera sido el mejor momento para encontrar un pretexto que me

permitiera rogarle a Carla que no hablara con Copley de mi visita. No lo hice al no encontrar ninguna forma de disfrazar mi intención y fue

mejor así, porque pocos días después mi pobre amigo enfermó e inmediatamente después murió.

De momento le dije que encontraría en el método que yo le había llevado todo lo que buscaba, y por un solo instante, sólo por un instante, esperó ansiosamente milagros de ese libro. Pronto, en cambio, al encontrarse delante de tantas palabras, dudó de la eficacia de esa magia. Yo leía las teorías del método en italiano, después se las explicaba en ese idioma y, cuando el caso lo requería, se las traducía al dialecto triestino, pero ella no sentía que nada se moviera en su garganta y sólo hubiera concedido alguna eficacia a ese libro si hubiera notado algún cambio en ese punto concreto de su anatomía. Lo malo es que yo también, poco después, me convencí de que, en mis manos, ese libro no valía gran cosa.

El verme obligado a revisar esas frases unas buenas tres veces y el no conseguir aun así encontrarles sentido me llevó a vengarme de mi incapacidad pasando a criticarlas libremente. El autor del método, afirmé, perdía su tiempo y el mío en intentar demostrar que, dado que la voz humana podía producir diferentes sonidos,

era injusto considerarla un único instrumento. Por la misma razón también el violín hubiera debido ser considerado como un conjunto de instrumentos. Me equivoqué tal vez al comunicar a Carla esta crítica mía, pero junto a una mujer a la que se quiere conquistar es difícil contenerse y no destacar la propia superioridad. De hecho, ella me admiró, pero en términos rigurosamente físicos alejó de sí el libro que había actuado como nuestro

instrumento de seducción, un Galeotto[21] que no habría, en cambio, de acompañarnos hasta la consumación de nuestra culpa. Aun así, no me resigné a la renuncia y aplacé todo hasta una próxima visita. Cuando Copler murió no necesité más excusas; cualquier posible nexo entre aquella casa y la mía quedaba interrumpido y mis acciones no podían tener otro freno que mi propia conciencia.

Mientras tanto Carla y yo habíamos logrado ser bastante íntimos, con una mayor intimidad que la que hubiera cabido esperar se desprendiera de esa media hora de conversación. Soy de la opinión de que alcanzar un acuerdo en la expresión de una crítica es algo que une

de una manera muy íntima. La pobre Carla aprovechó esa intimidad para hacerme partícipe de sus desvelos. Tras la aparición de la ayuda de Copley, en esa casa se vivía modestamente pero sin grandes privaciones. La carga más pesada para las dos mujeres era su preocupación en lo relativo a su futuro. Copley les hacía llegar, en fechas muy determinadas, su ayuda, pero no permitía saber con exactitud cuándo y cómo había de llegar esa ayuda; él no quería tener preocupaciones y prefería que fueran ellas quienes las tuvieran. Su dinero, además, no lo daba de manera

gratuita; era el verdadero dueño de esa casa y exigía que se le informara de hasta la más pequeña cosa. ¡Ay de ellas si se permitían algún gasto que él no hubiera aprobado por adelantado! La madre de Carla, poco tiempo antes, había estado enferma y Carla, para poder atender a las tareas de la casa, había dejado durante algunos días de cantar. Al ser informado por el maestro, Copley organizó una escena y se fue, declarando que no valía entonces la pena molestar a tantos caballeros para que accedieran a ayudarlas. Durante varios días vivieron en el terror horrible de verse abandonadas a su destino. Cuando regresó, después, Copley renovó los pactos establecidos y las condiciones, y estableció con exactitud durante cuántas horas al día Carla tenía que sentarse al piano y cuántas podía dedicar a la casa. Amenazó incluso con ir a su casa a cualquier hora del

día para sorprenderlas en el incumplimiento de lo acordado.

—Claro, no pretende más que nuestro bien, pero se enfada tanto por cosas que carecen de importancia que, antes o después, en un ataque de ira, acabará por echarnos a la calle. Pero ahora que también usted se ha ocupado de nosotras, no corremos ya ese peligro ¿no?

De nuevo me estrechó la mano. Dado que no contesté de inmediato, temió que mi ánimo fuera solidario con Copley y añadió:

—El señor Copley dice también que usted es muy bueno.

La frase quería ser un cumplido en mi honor pero también en el de Copley.

Su figura, que tan antipática se mostraba en la descripción de los hechos según las palabras de Carla, resultaba nueva para mí y despertaba, en cambio, mi simpatía. ¡Me hubiera gustado parecerme a él, siendo así en cambio que el deseo que me había



llevado hasta esa casa me hacía completamente diferente a él!

Era

muy cierto que él llevaba el dinero de otros a las dos mujeres, pero les concedía en cambio, con todo el interés que en ellas se tomaba, una parte de su propia vida. La ira que les dedicaba era auténticamente paterna. Me surgió en cambio una duda: ¿y si lo que le condujo a tal obra hubiese sido el deseo? Sin dudarlo le pregunté a Carla:

—¿Le ha pedido alguna vez Copley un beso?

—¡Nunca! —contestó Carla con viveza—. Cuando está satisfecho con lo que hago imparte con sequedad su aprobación, me estrecha ligeramente la mano y se va. Otras veces, cuando está enfadado, se niega a estrechar mi mano y no advierte siquiera que, por el susto, lloro. Un beso en ese momento sería una liberación para mí.

En vista de que yo me eché a reír, Carla se explicó mejor:

—¡Aceptaría agradecida el beso de un hombre tan viejo al que tanto debo! Ésa es la ventaja de los enfermos reales; parecen más viejos de lo que en

realidad son.

Llevé a cabo un torpe intento de parecerme a Copley. Sonriendo para no asustar demasiado a la pobre muchacha, le dije que también yo, cuando tomaba a mi cargo el cuidado de alguien, acababa por volverme demasiado autoritario. En general, yo consideraba que cuando se estudiaba un arte había que hacerlo con toda seriedad. A continuación me dejé arrastrar tanto por el papel que interpretaba, que dejé hasta de sonreír. Copley acertaba al mostrarse tan severo con una joven que no podía entender el valor del tiempo y era también preciso recordarle que eran muchas las personas que se sacrificaban para ayudarla. Me mostré de lo más serio y severo.

Llegó así la hora de la comida y precisamente ese día no quería hacer esperar a Augusta. Alargué mi mano a Carla y advertí entonces lo pálida que estaba. Quise reconfortarla:

—Puede confiar en que haré todo lo posible por apoyarla frente a Copley y todos los demás.

Carla agradeció mis palabras pero no dejó de mostrarse abatida. Más tarde supe que, al verme llegar, había adivinado casi enseguida la verdad, y había pensado que estaba enamorado de ella y ella a salvo, por lo tanto. Luego en cambio —y precisamente cuando me dispuse a irme— creyó que también yo estaba enamorado sólo del arte y el canto y que por ese motivo si ella no llegaba a cantar bien, con evidentes progresos, la abandonaría.

Me pareció que estaba muy triste. Fui presa de la compasión y, visto que no había tiempo que perder, la tranquilicé con el sistema que ella misma había indicado como el más eficaz. Cerca ya de la puerta, donde nos encontrábamos, la atraje hacia mí, aparté cuidadosamente la negra trenza de su cuello, que pude así alcanzar con mis labios, y rocé su piel llegando a usar hasta los dientes. Tenía todo el aspecto de una broma y ella acabó por reírse, pero sólo cuando la liberé de mi abrazo. Hasta ese momento se había quedado inmóvil y sorprendida entre mis brazos.

Vino detrás de mí hasta el rellano y, al empezar yo a bajar las escaleras, me preguntó riendo:

—¿Cuándo volverá?

—¡Mañana o luego más tarde quizá! —contesté algo incierto. Y luego, con más decisión—: ¡Vendré mañana seguro! —A continuación, y con el deseo de no comprometerme demasiado, añadí—: Seguiremos con la lectura del método.

Su expresión no sufrió ningún cambio en ese breve intervalo: asintió ante mi primera insegura promesa, asintió con agradecimiento ante la segunda y volvió a asentir también al oír mi tercera decisión, sin perder la sonrisa. Las mujeres siempre consiguen lo que quieren. No hubo ninguna vacilación por parte de Ada, que me rechazó, ni de Augusta, que logró casarse conmigo, y tampoco por parte de Carla, que se limitó a dejar que yo actuara.

En el camino me encontré más cercano a Augusta y no a Carla. Respiré el aire fresco libre y conseguí en toda su plenitud el sentimiento de mi libertad. Yo me había limitado a bromear y mi gesto no podía perder ese carácter, lejos de cualquier compromiso, sólo porque hubiera ido a detenerse en su cuello y

bajo aquella trenza. Carla, en fin, había sabido aceptar ese beso como una promesa de afecto y, sobre todo, de protección.

Ese mismo día, a la hora de la comida, en cambio, empecé a sufrir de verdad. Entre Augusta y yo se interponía mi aventura, como una gran sombra oscura que me parecía imposible que ella no hubiera visto. Me sentía pequeño, culpable y

enfermo, y notaba mi dolor en la cadera como un dolor que allí se reflejara por simpatía, a causa del dolor que la gran herida de mi conciencia me causaba. Mientras intentaba comer distraídamente, busqué hallar algún alivio a través de la formulación de un férreo propósito: «No volveré a verla y si, por consideración, tuviera que hacerlo, será la última vez». No era después de todo

tanto lo que se me pedía, se trataba de un único esfuerzo: no volver a ver a Carla. Augusta, riendo, me preguntó:

—¿Has ido a ver a Olivi, que tan preocupado te veo?

Reí también yo. Poder hablar representaba un gran consuelo. Las palabras que podía usar no eran las que hubieran podido devolverme mi paz interior porque, para pronunciarlas, hubiera sido preciso confesar y prometer después, pero, no pudiendo usar las requeridas, era aun así un gran consuelo poder decir otras.

Hablé con profusión, manteniendo mi tono alegre y cordial. Después se me ocurrió algo aún mejor; me referí a la pequeña lavandería que Augusta tanto deseaba y que hasta entonces tan tajantemente le había negado, y le otorgué ahora, en cambio, el permiso para construirla. Se sintió tan conmovida ante mi permiso, no solicitado en esta ocasión, que se levantó y vino a darme un beso. Era evidentemente un beso que borraba el que yo había dado a Carla, y al instante me sentí mejor.

De esta manera fue como llegamos a tener nuestra lavandería y todavía hoy, cuando paso delante de la pequeña estancia que construimos para albergarla, recuerdo que fue Augusta quien la quiso y Carla quien permitió que se construyera.

La tarde que siguió a esta comida se desarrolló de una encantadora manera, cargada de nuestro afecto. Cuando me encontraba solo, mi conciencia se hacía notar de manera más pesada. Las palabras y el afecto de Augusta contribuían a calmarla. Salimos juntos. La acompañé después a casa de su madre y toda la velada la pasé también con ella.

Antes de acostarme, como a menudo suelo hacer, miré durante largo tiempo a mi mujer que dormía ya, envuelta en su ligera

respiración. Hasta durmiendo componía una imagen perfectamente ordenada, con las sábanas hasta el cuello y sus no muy abundantes cabellos recogidos en una breve trenza anudada en la nuca. Pensé: «No quiero causarle ningún dolor. ¡Nunca!».

Dormí tranquilo. A la

mañana siguiente aclararía los términos de mi relación con Carla y encontraría la manera de asegurar el porvenir de la chica sin verme, a cambio, obligado a darle ningún beso.

Tuve un curioso sueño: no me limitaba a besar el cuello de Carla sino que me lo comía. Su cuello en cambio, a pesar de las heridas que le infligía con furiosa voluptuosidad, no sangraba y permanecía inalterablemente cubierto por su blanca piel y respetando su forma ligeramente arqueada. Carla, abandonada en mis brazos, no parecía estar padeciendo las consecuencias de mis mordiscos. Quien padecía por su causa era, en cambio, Augusta, que había acudido de repente. Para tranquilizarla le decía: «No voy a comérmelo todo. Te dejaré también a ti un trozo».

El sueño adquirió el aspecto de una pesadilla sólo cuando, en mitad de la noche, me desperté y mi mente, librándose de sus brumas, pudo recordarlo; pero no antes, porque mientras duró, ni

siquiera la presencia de Augusta había anulado el sentimiento de satisfacción que me proporcionaba.

En cuanto me desperté adquirí plena conciencia de la intensidad de mi deseo y del peligro que representaba para Augusta, y para mí también. Tal vez en el seno de la mujer que dormía a mi lado se estuviera gestando otra vida de la que tendría que responsabilizarme. ¿Quién sabe qué se le podría antojar a Carla pretender si llegaba a ser mi amante?

A mí se me antojaba ávida de los deleites que hasta entonces se le habían negado, y ¿cómo podría yo mantener a las dos familias? Augusta reclamaba su útil instalación de lavado, la otra reclamaría alguna otra cosa, no menos costosa. Volví a ver la imagen de Carla mientras, desde el rellano, se despedía de mí riendo tras haber recibido el beso que le había dado.

Sabía ella entonces que yo habría de ser una presa en sus manos. Esta súbita percepción me asustó y allí, solo y en la oscuridad, no pude contener un gemido.



Mi mujer, que se despertó al momento, me preguntó qué me pasaba y yo le contesté con una resumida frase, la primera que se me había ocurrido cuando pude reponerme del susto de verme interrogado, en un momento en el que me parecía que había dejado escapar una confesión en voz alta:

—¡Pienso en la vejez que me acecha!

Ella se rió e intentó consolarme sin por ello interrumpir el sueño al que aún se aferraba. Me dirigió las mismas palabras que solía repetirme cuando me veía asustado por el paso del tiempo:

—No pienses en ello, ahora que somos jóvenes... ¡Dormir es tan agradable!

Su recomendación resultó útil; no volví a pensar en todo ello y conseguí volver a conciliar el sueño. Las palabras, en medio de la noche, son como un rayo de luz. Iluminan una parte de la realidad, frente a la que desaparecen los perfiles de aquello que la fantasía construye. ¿Por qué abrigaba tantos temores en relación con la pobre Carla de la que aún no era amante? Era evidente que me había esforzado por asustarme de mi situación. Además, el «bebé» que caprichosamente había querido imaginar en el seno de

Augusta, hasta ahora no había dado otra señal de su existencia que la voluntad de construir la lavandería.

Me levanté por la mañana en la mejor compañía aún de mis más firmes propósitos. Corrí a mi estudio y preparé en un sobre algo de dinero que quería entregar a Carla en el mismo instante en que le anunciara mi abandono. En ese momento me declararía dispuesto a hacerle llegar por correo más dinero en cualquier otra ocasión en que ella me lo solicitara, escribiéndome a una

dirección que le haría llegar. Justo cuando me disponía a salir, Augusta me invitó con una dulce sonrisa a acompañarla a casa de su padre. Había llegado de

Buenos Aires el padre de Guido para asistir a la boda de su hijo y era preciso ir a conocerlo. Augusta, con toda seguridad, estaba menos interesada en lo que

atañía al padre de Guido que a mí; mi intención era mantener viva la dulzura de la unión que entre nosotros se había dado el día anterior. La situación no era ya la misma y a mí me urgía no dejar pasar demasiado tiempo entre el instante en que se había forjado la decisión de mi buen propósito y su ejecución. Mientras caminábamos por la calle uno junto al otro y aparentemente seguros de nuestro afecto, la otra mujer se seguía considerando

objeto de mi amor y esto era algo que estaba mal. Viví ese paseo como una auténtica imposición.

Giovanni estaba realmente mejor; únicamente acusaba alguna dificultad para calzarse sus botas debido a una hinchazón de los pies a la que él no concedía ninguna importancia y yo, entonces, tampoco. Estaba en el salón en compañía del padre de Guido a quien enseguida me presentó. Augusta nos dejó solos para ir a ver a su madre y su hermana.

El señor Francesco Speier me pareció un hombre mucho menos instruido que su

hijo. Era pequeño, tosco, de alrededor de sesenta años, con pocas ideas y poco animado, tal vez también porque, tras una enfermedad, su oído se había resentido mucho. Mezclaba palabras españolas en sus frases en italiano:

—Cada[22] vez que vengo a Trieste...

Los dos ancianos hablaban de negocios, y Giovanni escuchaba con atención porque esos negocios eran muy importantes para el destino de Ada. Me quedé escuchándoles de manera distraída. Oí

que el anciano señor Speier había decidido liquidar sus negocios en Argentina y entregar a Guido todos sus duros[23] para que los empleara en la creación de una empresa en Trieste; él, a continuación, regresaría a Buenos Aires para vivir con su mujer y su hija en una pequeña finca que aún tenía. No entendí por qué contaba en presencia mía a Giovanni todo aquello; todavía hoy lo desconozco.

Me pareció que los dos, en un determinado momento, dejaron de hablar, mirándome como si esperasen un consejo mío y yo, por ser amable, dije:

—¡No será tan pequeña esa finca si le resulta suficiente para mantener a su familia!

Giovanni gritó enseguida:

—Pero ¡qué dices! —La explosión de su voz recordaba a la de sus mejores tiempos, pero es verdad que si no hubiera gritado tanto, el señor Speier no hubiera reparado en mi observación. Así, en cambio, palideció y repuso:

—Confío en que Guido no deje de abonarme los intereses de mi capital. Giovanni, sin dejar de gritar, intentó tranquilizarle:

—¡No sólo los intereses! ¡Hasta el doble si lo precisa! ¿No es acaso su hijo?

El señor Speier no se mostró, sin embargo, demasiado convencido y parecía esperar precisamente de mí una palabra que le restituyera la confianza. Yo se la proporcioné enseguida, profusamente además, porque el anciano ahora parecía poder oír menos que antes.

Después, la conversación entre los dos hombres de negocios prosiguió, pero yo tuve buen cuidado de no volver a intervenir. Giovanni me miraba de vez en

cuando por encima de sus gafas para vigilarme, y su pesada respiración parecía una amenaza. Habló a continuación durante largo rato y me preguntó en un determinado momento:

—¿No te parece?

Yo asentí con fervor.

Tanto más férvido debió parecer mi asentimiento en la medida en que cada gesto mío adquiriría, a causa de la rabia que cada vez más me embargaba, una especial expresividad. ¿Qué hacía yo en ese lugar dejando pasar un tiempo útil para el cumplimiento de mis buenos propósitos? ¡Me impedían llevar a cabo una tarea que tan favorable había de resultar para Augusta y para mí! Estaba preparando una excusa para marcharme cuando, en ese instante, el salón se vio invadido por todas las mujeres de la casa que acompañaban a Guido. Éste, inmediatamente después de la llegada de su padre, había regalado a su novia un magnífico anillo. Nadie me miró ni saludó, ni siquiera la pequeña Anna. Ada lucía ya en su dedo

la destellante piedra de su anillo y, sin dejar de apoyar su brazo en el hombro de su prometido, se la mostraba a su padre. Las mujeres miraban también extasiadas.

Tampoco los anillos me interesaban. ¡Si ni siquiera llevaba mi alianza matrimonial porque dificulta la circulación! Sin despedirme, me dirigí a la puerta del salón y me dispuse a marcharme. Augusta advirtió mi fuga y me alcanzó a tiempo. Me sorprendió su aspecto desenchajado, con los labios pálidos como el

día de nuestra boda poco antes de que nos dirigiéramos a la iglesia. Le dije que tenía que atender a un asunto urgente; después, al recordar que me había comprado, unos días antes y por capricho, unas lentes muy ligeras para la presbicia que después no me había acordado de probar tras ponerlas en el bolsillo de mi chaleco, donde sentía ahora que aún seguían, le dije que tenía una cita con un oculista para que revisara mi vista que, desde hacía algún tiempo,

parecía haberse debilitado. Ella contestó que podría irme enseguida, pero que me

rogaba no lo hiciera sin antes despedirme del padre de Guido. La impaciencia me llevó a encogerme de hombros pero, aun así, la complací.

Volví a entrar en el salón y todos amablemente se despidieron de mí. En lo que a mí respecta, y seguro ahora de que me dejarían marchar, hasta me permití un destello de buen humor. El padre de Guido que, con tanta familia, no sabía aún bien orientarse, me preguntó:

—¿Volveremos a vernos antes de mi regreso a Buenos Aires?

—¡Oh! —dije, sin olvidar incluir en mi frase en italiano las expresiones en español que antes le había oído usar a él—, ¡cada vez que venga a esta casa, seguramente me encontrará en ella!

Todos se rieron y yo salí triunfalmente, acompañado también por un saludo bastante alegre por parte de Augusta. Me iba tan ordenadamente, tras haber cumplimentado todas las formalidades legales, que podía caminar con paso seguro. Había otro motivo que me liberaba de las dudas que hasta ese instante me habían contenido: escapaba de la casa de mi suegro para alejarme lo más posible de ella, es decir, hasta la máxima distancia de la casa que Carla simbolizaba. En esa casa, y no por primera vez (así me lo parecía), sospechaban que yo había rastreramente conjurado en contra de los intereses de Guido. De manera inocente y en medio de mi distracción, yo me había referido a esa finca que estaba en Argentina y Giovanni había de inmediato interpretado mis palabras como si estuviesen meditadas para perjudicar a Guido a los ojos de su padre. Con Guido no me hubiera costado explicarme caso de haber sido necesario; con Giovanni y los demás, que me creían capaz de tales maquinaciones, bastaría la venganza. No es que me hubiera fijado el objetivo de traicionar a Augusta, pero estaba claro que hacía, a la luz del sol, lo que quería. Una visita a Carla no implicaba todavía nada incorrecto y es más, si yo en esas calles hubiera vuelto a



encontrarme a mi suegra y ésta me hubiera preguntado qué hacía por allí, le hubiera respondido:

—¡Qué pregunta más tonta! Voy a casa de Carla.

Fue, por tanto, ésa la única vez que fui a casa de Carla sin acordarme de

Augusta. ¡Hasta tal punto me había ofendido la actitud de mi suegro!

En el rellano no oí resonar la voz de Carla. Me asaltó un instante de terror:

¿estaría fuera de casa? Llamé a la puerta y entré a continuación sin esperar a que nadie me diera el permiso para hacerlo. Carla estaba en la casa, pero la acompañaba su madre. Cosían juntas formando una asociación que puede que sea frecuente, pero que yo no había visto nunca antes con anterioridad. Trabajaban ambas aplicadas a la tarea de coser la misma sábana, en sus extremos, no muy alejadas la una de la otra. Yo había corrido en busca de Carla y me la encontraba en compañía de su madre. Esto lo cambiaba todo. No podía llevar a cabo ni mis buenos ni mis malos propósitos. Todo seguía quedando en

suspenso.

Muy encendida, Carla se puso de pie mientras la señora se quitaba lentamente

las gafas que guardó en una funda. Yo, mientras, creí poder invocar mi derecho a indignarme por un motivo diferente al real de ver cómo se me impedía poder aclarar de inmediato mis intenciones. ¿No eran ésas las horas que Copley había establecido que se dedicaran al estudio? Saludé amablemente a la anciana señora y hasta ese simple gesto de urbanidad requirió por mi parte someterme a algún esfuerzo. Saludé también a Carla sin apenas mirarla. Le dije:

—He venido para ver si podemos sacar de este libro alguna utilidad —y señalé el método que yo le había regalado y que se encontraba intacto sobre la mesa en el mismo lugar donde lo habíamos dejado.

Tomé asiento en el lugar que había ocupado el día anterior y abrí de inmediato el libro. Carla intentó sonreírme en un primer momento, pero dado que yo no respondí a su amabilidad, se sentó con un cierto ademán de solícita obediencia junto a mí, para mirar.

Dudaba, no comprendía, yo la miré y vi que en su cara se dibujaba algo que podía significar enfado y obstinación. Me imaginé que ésta era la manera con que solía acoger las reprimendas de Copley. Sólo que ella no

estaba aún segura de que mis reproches fuesen iguales precisamente a los que Copley le dirigía porque —como más tarde me confirmó— recordaba que el día anterior la había besado y por esa razón seguía creyendo aún que no tenía nada que temer en relación con el enfado que yo ahora demostraba. Tengo que señalar aquí —porque más tarde no tendré tiempo para hacerlo— que esta fe suya en la posibilidad de haberme domado definitivamente con ese único beso que me

había concedido, me contrarió enormemente: una mujer que piensa así es en extremo peligrosa. En aquel momento mi ánimo era justo igual al de Copley; estaba cargado de reproches y de resentimiento. Me puse a leer en voz alta precisamente la parte que el día anterior habíamos ya leído y que yo mismo había desautorizado de la manera más pedante, y sin aportar ningún nuevo comentario, deteniéndome en algunas palabras que me parecían más significativas.

Con voz algo temblorosa, Carla me interrumpió:

—¡Me parece que esto lo hemos leído ya!

Me vi así obligado a utilizar mis propias palabras. Incluso las propias palabras

pueden conceder alguna salud. Las mías no sólo fueron más medidas que mi ánimo y mi comportamiento, sino que consiguieron devolverme a una conducta civilizada:

—Mire, señorita —y acompañé de inmediato el apelativo cariñoso con una sonrisa que podía ser también de amante—, quisiera volver a revisar esta parte antes de proseguir. Tal vez ayer la hayamos juzgado de manera algo apresurada y un amigo me acaba de decir, en cambio, que para entender todo lo que el autor sugiere hay que estudiarlo con detenimiento.

Sentí, en fin, también el deseo de mostrar alguna consideración a la pobre anciana que, con toda seguridad, en el curso de su vida y por más desventurada que ésta hubiera sido, no se había encontrado nunca en una situación tan apurada. Le dediqué también a ella una sonrisa que me costó más esfuerzo que aquella otra con la que había obsequiado a Carla:

—El asunto no es muy divertido —le dije—, pero incluso quien no se dedica al canto puede seguirlo con algún aprovechamiento.

Seguí leyendo con obstinación. Carla, desde luego, se sentía más confortada y en sus generosos labios aleteaba algo parecido a una sonrisa. La anciana, en

cambio, seguía pareciendo un pobre animal apesado y permanecía en esa habitación sólo porque su timidez le impedía encontrar la manera de irse. Yo, además, bajo ningún concepto hubiera dejado escapar la manifestación de mi deseo de expulsarla de aquella habitación. Hubiera sido algo grave y comprometedor.

Carla fue más decidida; con grandes consideraciones me rogó suspender por un momento mi lectura y, dirigiéndose a su madre, le dijo que podía irse y que reanudarían el compartido bordado de la sábana por la tarde.

La señora se acercó a mí dudando si alargarme su mano. Yo se la estreché con no poco entusiasmo, y le dije:

—Comprendo que esta lectura está lejos de resultar divertida.

Parecía, con estas palabras, querer lamentar que nos abandonara. La señora se marchó tras dejar en una silla la sábana que, hasta ese momento, había dejado reposar en su regazo. A continuación Carla salió tras ella al descansillo para decirle algo mientras yo a duras penas conseguía detener mis ansias de tenerla cerca de mí. Volvió a entrar, cerró la puerta tras de sí y volviendo a ocupar su lugar mostró de nuevo alrededor de la boca algo indefinidamente rígido, que llevaba a recordar la obstinación de la cara de un niño. Dijo:

—Cada día, a esta hora, estudio. ¡Justo hoy tenía que pasarme no poder dejar de atender a ese trabajo urgente!

—¿Pero no se da cuenta de que no me importa nada su dedicación al canto? — grité, y la asalté con un violento abrazo que me llevó a besarla en la boca primero y enseguida, después, en el mismo lugar donde el día antes la había besado.

¡Qué curioso! Se puso a llorar desconsoladamente y se apartó de mí. Explicó entre sollozos que su padecimiento, al verme entrar de la manera que lo había hecho, había sido grande. Lloraba por esa

común compasión hacía sí mismo que invade a quien ve cómo se compadecen de su dolor. Las lágrimas no son expresión del dolor sino de las circunstancias que lo provocan. Se llora cuando se grita contra la injusticia y, de hecho, era injusto obligar a estudiar a esa guapa muchacha a la que se debía, muy por el contrario, sólo besar.

En conjunto, todo iba peor de lo que me había imaginado. Tuve que explicarme y para acabar cuanto antes no me tomé el tiempo necesario a fin de inventar otros motivos y conté la verdad exacta. Le hablé de mi impaciencia por verla y besarla. Me había hecho el propósito de ir a verla temprano; con esta decisión había incluso conseguido pasar la noche. Naturalmente no pude decirle lo que me había prometido hacer en esta proyectada visita, pero el dato carecía de importancia. Era verdad que la misma dolorosa impaciencia la había sentido cuando había querido ir a su casa para decirle que quería abandonarla para siempre y, en la misma medida, cuando me había abalanzado a tomarla entre mis brazos. Le conté después lo que por la mañana había sucedido y cómo mi mujer me había obligado a salir con ella y me había llevado a casa de mi suegro donde me había visto sujeto a quedarme a escuchar cómo se debatían asuntos que no

me concernían. Por fin, con grandes esfuerzos, había conseguido librarme de esa situación y recorrer el largo camino con paso acelerado y ¿qué es lo que me había encontrado?... ¡Su cuarto invadido por esa sábana!

Carla se echó a reír porque se dio cuenta de que en mí no había nada que se asemejase a Copley. La risa en su bonita cara parecía un arco iris y yo volví a besarla. Ella no correspondía a mis caricias, pero se sometía a ellas dócilmente, una actitud que yo adoro, tal vez porque amo al sexo débil en directa proporción a esa debilidad suya. Por primera vez, me dijo que Copley le había dicho que yo amaba mucho a mi mujer:

—Por este motivo —añadió, y vi pasar sobre su bello rostro la sombra de un serio propósito— entre nosotros dos no puede haber más que una bonita amistad y sólo eso.

No concedí demasiada importancia a esa sabia decisión porque esa misma boca que la exponía no conseguía, ni siquiera en ese instante, resistirse a mis besos.



Carla habló durante largo rato. Quería evidentemente despertar mi compasión. Recuerdo todo lo que me dijo: algo a lo que presté crédito sólo cuando desapareció de mi vida. Mientras la tuve a mi lado, temí siempre que antes o después se revelase como una mujer que querría aprovechar su posición para arruinarme a mí y mi familia. No le concedí así ningún crédito cuando me aseguró que no pedía más que la necesaria seguridad para ella y su madre. Ahora sé, con toda certeza, que nunca tuvo la intención de obtener de mí nada más que lo que precisaba y, cuando pienso en ella, la vergüenza de haberla interpretado y amado tan mal hace que me sonroje. La pobre no obtuvo nada de mí. Le habría dado todo, porque soy de los que pagan sus deudas, pero esperaba que fuera ella quien me lo pidiese.

Me habló de la situación desesperada que había seguido a la muerte de su padre. Durante meses y meses su madre y ella se habían visto obligadas a trabajar día y noche realizando unas labores de bordado que un comerciante les encomendaba. De la manera más ingenua, ella creía que la ayuda les llegaría de la divina providencia, tanto es así que durante horas se había quedado en la ventana a mirar la calle, el lugar de donde esa ayuda habría de llegar. El que llegó, en cambio, fue Copler. A través de él obtuvo la ayuda que la llevó a declararse contenta, pero lo cierto es que Carla y su madre pasaban noches llenas de inquietud

porque el apoyo que recibían era muy precario. ¿Y si un día resultaba que ella no tenía ni la voz ni el talento para cantar? Copler las abandonaría. Además él mencionaba su intención de que ella debutara en un teatro en el plazo de pocos meses. ¿Y si todo acababa en un monumental fiasco?

Con la intención aún de despertar mi compasión, Carla me contó que la desgracia financiera de su familia había dado al traste también con su sueño de amor: su prometido la había abandonado.

Yo seguía estando muy lejos de sentir compasión. Le dije:

—¿Ese prometido suyo llegó a besarla mucho? ¿De la manera en que lo hago yo?

Se rió porque no la dejaba hablar. Delante de mí vi así a un hombre que me indicaba el camino a seguir.

Hacía mucho tiempo que había pasado la hora en la que hubiera debido estar en casa para comer. Me quería ir; ya era suficiente por ese día. Me encontraba bien lejos de ese remordimiento que me había impedido dormir por la noche y la inquietud que me

había arrastrado a casa de Carla se había desvanecido del todo, pero no estaba tranquilo. Tal vez sea mi destino no estarlo nunca. No sentía remordimientos porque lo cierto es que Carla me había prometido todos esos besos que yo deseaba en nombre también de una amistad que no podía ofender a Augusta. Me pareció descubrir la razón del descontento que, como de costumbre, hacía que indefinidos dolores recorrieran serpenteantes mi organismo. ¡Carla me veía bajo una luz falsa! ¡Podía llegar a despreciarme al verme tan deseoso de sus besos a pesar de amar a Augusta! ¡Esa misma Carla, que me daba tantos signos de aprecio por lo mucho que me necesitaba!

Decidí conquistar su afecto y dije unas palabras que habrían de dolerme como el recuerdo de un crimen cobarde, como una traición cometida por libre decisión, sin necesidad, sin llevar aparejada la menor ventaja.

Había llegado casi a la puerta y con el aspecto de una persona serena que se estuviera confesando en contra de sus deseos, dije a Carla:

—Copley le ha hablado del afecto que siento por mi mujer. Es verdad, la tengo en gran estima.

Después le conté con todo lujo de detalles la historia de mi matrimonio: cómo me había enamorado de la hermana mayor de Augusta que no había querido saber nada de mí porque estaba enamorada de otro, cómo a continuación intenté casarme con otra de sus hermanas, que a su vez me rechazó, y cómo finalmente me resigné a casarme con ella.

Carla concedió de inmediato un crédito total a este relato. Supe después que Copley había llegado a saber algo de todo ello en mi casa y le había confiado algunos detalles no enteramente ciertos, pero casi, que yo ahora había rectificado y confirmado.

—¿Es guapa su mujer? —preguntó pensativa.

—Depende del gusto —contesté.

Algún mecanismo de control actuaba aún dentro de mí. Había afirmado que estimaba a mi mujer, pero aún no había dicho que no la amara. No había dicho que me gustara, pero tampoco que no pudiera gustarme. En aquel momento me pareció estar siendo muy sincero; ahora sé que, con aquellas palabras, traicioné a las dos mujeres y todo posible amor, el mío y el de ellas.

A decir verdad no me sentía tranquilo aún; aún faltaba algo, por tanto. Me acordé del sobre de las buenas intenciones y se lo ofrecí a Carla. Ella lo abrió y me lo devolvió diciéndome que pocos días antes Copley le había entregado su cantidad mensual y que, por el momento, no precisaba dinero. Mi inquietud aumentó por una antigua idea que tenía, que establecía que las mujeres auténticamente peligrosas no aceptan dinero en cantidades pequeñas. Ella advirtió mi malestar y con una deliciosa ingenuidad que únicamente ahora sé apreciar, al escribir de ella, me pidió unas pocas coronas con las que comprar unos platos de los que ella y su madre se habían visto despojadas por una catástrofe en la cocina.

Se produjo entonces una cosa que dejó un signo indeleble en mi memoria. En el momento de irme la besé, pero en esta ocasión y,

con toda intensidad, ella respondió a mi beso. Mi veneno había surtido efecto. Ella dijo con total ingenuidad:

—Le quiero porque es tan bueno que ni siquiera la riqueza le ha echado a perder. Añadió después con malicia:

—Sé ahora que no puede hacer que le esperen y que, al margen de ese peligro, no hay ningún otro con usted.

En el descansillo me preguntó aún:

—¿Puedo librarme del maestro de canto y de Copley? Bajando rápidamente las escaleras le dije:

—¡Ya veremos!

Algo quedaba pues aún pendiente en nuestras relaciones; todo lo demás había sido claramente establecido.

Esto me produjo un tal malestar, que cuando llegué al aire libre, indeciso, tomé una dirección opuesta a la de mi casa.

Hubiera deseado regresar en ese mismo instante al lado de Carla para explicarle otra cosa más: mi amor por Augusta. Podía aún hacerlo porque yo no había afirmado que no la amase; sólo que, como conclusión a esa historia verdadera que le había contado a Carla, había olvidado decirle que ahora yo amaba

realmente a Augusta. Carla había deducido que yo no la amaba en absoluto y por eso había correspondido tan fervientemente a mi beso, subrayándolo con una declaración de amor.

Me parecía que, si no se hubiera dado ese episodio, yo habría podido soportar más fácilmente la mirada confiada de Augusta. ¡Y pensar que poco antes me había alegrado de saber que Carla estaba informada de mi amor por mi mujer y que, de esa manera, por su propia decisión, la aventura que yo había buscado me venía brindada bajo la forma de una amistad sazonada de besos! En el Jardín Público me senté en un banco y, con el bastón, dibujé distraídamente en el suelo la fecha de ese día. Después me reí con amargura: sabía que ésa no era la fecha que señalaría el final de mis traiciones; es más, empezaban ese día. ¿Dónde podría encontrar la fuerza para no volver junto a esa mujer tan deseable que me esperaba? Además, había contraído ya compromisos de honor. ¡Había obtenido unos besos y no se me había permitido dar otra cosa a cambio más que el precio de unos platos de loza! Lo que ahora me ligaba a Carla era una cuenta sin saldar.

La comida transcurrió tristemente. Augusta no había pedido ninguna explicación por mi tardanza y yo no se la di. Tenía miedo de traicionarme, tanto más porque en el breve recorrido desde el Jardín a casa me había dejado tentar por la idea de contarle todo, y la historia de mi traición podía, por tanto, estar aún impresa en mis honestas facciones. Hubiera sido la única manera de salvarme. Al contarle todo me hubiera podido acoger a su protección, bajo su vigilancia. Hubiera sido una tal demostración de capacidad de decisión que, en tal caso, con todo derecho bien hubiera podido señalar la fecha de ese día como la del inicio de un camino de honestidad y salud.

Hablamos de un sinfín de cosas carentes de importancia. Intenté mostrarme alegre, pero no pude intentar siquiera ser afectuoso. Ella era presa de gran inquietud; esperaba con gran seguridad una explicación que no llegó.

A continuación, Augusta fue a proseguir su gran tarea de guardar las prendas de invierno en armarios especiales. Distinguí su presencia a menudo, a lo largo de la tarde, allá al fondo del pasillo más largo, intensamente dedicada a su trabajo, ayudada por la criada. Su enorme dolor no interrumpía su sana actividad.



Inquieto, me trasladé a menudo del dormitorio al baño. Hubiera querido llamar a Augusta y decirle al menos que la amaba porque eso a ella —¡pobre simple tontuela!— le hubiera bastado, pero en cambio seguí fumando y meditando.

Pasé naturalmente por varias fases. Hubo hasta un instante en el que ese acceso de virtud se vio interrumpido por una viva impaciencia de ver llegar el día siguiente para poder correr a casa de Carla. Puede ser que hasta algún buen propósito inspirara ese deseo. En el fondo, la inconveniencia más grande estribaba en la dificultad de poder, sin ayuda de nadie, comprometerme y someterme al cumplimiento del deber. La confesión, que me hubiera garantizado la colaboración de mi mujer, resultaba impensable; lo único que quedaba por tanto era Carla. ¡Sobre su boca hubiera podido jurar con un último beso! ¿Quién era Carla? ¡Ni siquiera el chantaje era el peligro más grande que con ella corría! Al día siguiente pasaría a ser mi amante y ¡quién sabe qué consecuencias tendría este hecho! Lo que conocía de ella me lo había contado el imbécil de Copley y, sobre la base de las informaciones de un hombre como él, otro hombre más avisado que yo, como por ejemplo Olivi, no hubiera ni siquiera aceptado establecer un trato comercial.

Toda esa sana, atareada actividad de Augusta en la gestión de mi casa era un esfuerzo desperdiciado. El drástico tratamiento del matrimonio a que me había sometido en mi afanosa búsqueda de la salud había fracasado. Yo seguía estando más enfermo que nunca, y además casado, en detrimento mío y de los demás.

Más adelante, cuando realmente era ya el amante de Carla, volviendo a pensar

en esa triste tarde, no llegué a entender por qué antes de comprometerme más no supe detenerme con viril decisión. Había llorado tanto mi traición antes de llevarla a cabo, que se habría podido pensar que hubiera sido más fácil evitar cometerla. Pero no conviene tener en cuenta la sabiduría que aporta la experiencia de los hechos una vez que ya han pasado; tanto respeto merece esto,

si a ello vamos, como la sabiduría que antes de producirse los acontecimientos pudiera haber; ninguna de las dos sirve para nada. En aquellas horas llenas de angustia, escribí con grandes caracteres en mi vocabulario, en la letra C (Carla), la fecha de ese día con la anotación: «última traición». Pero la primera traición real, que llevaba aparejada el compromiso de posteriores traiciones, se cometió únicamente el día siguiente.

Tarde ya, no sabiendo ya qué hacer, me di un baño. Tenía una sensación como de suciedad en mi cuerpo y quería limpiarme, pero cuando estuve sumergido en el agua, pensé: «Para limpiarme del todo debería poder disolverme en esta agua». Me vestí a continuación, tan carente de voluntad que ni a secarme del todo atinaba. El día se marchó y yo me quedé en la ventana mirando las verdes hojas nuevas de los árboles de mi jardín. Empecé a sentir escalofríos y, con cierta satisfacción, pensé que eran a causa de la fiebre. No deseaba la muerte pero sí la enfermedad, una enfermedad que me sirviera de pretexto para hacer lo que quería, o para que me lo impidiese.

Tras un largo tiempo de vacilación, Augusta vino a buscarme. Viéndola tan dulce y sin rencor, mis escalofríos se intensificaron hasta hacer que mis dientes castañetearan. Asustada, me obligó a irme a la cama. Mis dientes seguían entrechocando entre sí a causa del frío, pero yo ya sabía que no tenía fiebre y me opuse a que llamara al doctor. Le rogué que apagara la luz y se sentara junto a mí sin hablar. No sé durante cuánto tiempo nos quedamos así; volví a recobrar el calor que necesitaba y también alguna confianza. Mi mente seguía en cambio tan ofuscada que cuando ella volvió a hablar de llamar al médico, le dije que

conocía los motivos de mi malhumor y que se lo contaría más tarde. Volvía a mi intención de confesarlo todo. No me quedaba otro camino abierto para librarme de tanta opresión.

Nos quedamos así, aún mudos, durante algún tiempo. Más tarde advertí que Augusta se había levantado de su sillón y se acercaba a mí. Tuve miedo; tal vez se había dado cuenta de todo. Tomó mi mano, la acarició, después apoyó su mano ligeramente sobre mi frente para ver si ardía, y finalmente me dijo:

—¡Tenías que haberlo imaginado! ¿A qué viene tanta dolorosa sorpresa?

Esas extrañas palabras me sorprendieron y no menos me sorprendió el que me llegaran emitidas en medio de un ahogado sollozo. Era evidente que no aludía a mi aventura. ¿Cómo hubiera podido yo imaginar tener una naturaleza como la mía? Con alguna rudeza le pregunté:

—¿Qué quieres decir? ¿Qué es lo que tenía que haber imaginado? Con confusión murmuró:

—La llegada del padre de Guido para su boda con Ada...

Por fin entendí; Augusta creía que yo sufría por la inminente boda de Ada. Me pareció que, de verdad, era injusta conmigo; yo no era culpable de tal delito. Me sentí puro e inocente como un recién nacido y libre, de repente, de cualquier opresión. Salté de la cama:

—¿Crees que sufro por la boda de Ada? ¡Estás loca! Desde que estoy casado, no he vuelto a pensar en ella. ¡Ni siquiera me acordaba de que hoy había llegado el señor Cada!

La besé y abracé con pleno deseo y mis palabras adquirieron un matiz de tan completa sinceridad que Augusta se avergonzó de su sospecha.

También ella reflejó, en sus ingenuas facciones, la desaparición de cualquier nube de preocupación y nos aprestamos a cenar los dos con buen apetito. En esa misma mesa, donde habíamos sufrido tanto pocas horas antes, nos sentamos entonces como dos buenos compañeros que comparten su comida.

Me recordó que había prometido confiarle el motivo de mi malestar. Yo pretendí tener una enfermedad, la misma

enfermedad que tenía que concederme la facultad de poder hacer, sin culpa, todo cuanto deseaba. Le conté que, ya estando en compañía de los dos ancianos por la mañana, me había sentido profundamente desalentado. Después había ido a recoger las gafas que el oculista me había prescrito. Tal vez esa señal de vejez había conseguido deprimirme aún más, y luego, había caminado por las calles de la ciudad durante horas y horas. Conté algo también de las figuraciones que me habían hecho

sufrir tanto y recuerdo que en ellas había hasta un esbozo de confesión. No sé en qué conexión con mi imaginaria enfermedad hablé también de nuestra sangre

que no hace más que girar, nos mantiene erguidos, aptos para la acción y el pensamiento y, por tanto, para la culpa también, y el remordimiento. Augusta no comprendió que estaba hablando de Carla, pero a mí me pareció que se lo había dicho.

Después de la cena, con las gafas puestas fingí durante largo rato estar leyendo mi periódico, pero los cristales me nublaban la visión, en realidad, y ello provocó un aumento de esa inquietud mía, alegre como la de uno que hubiera bebido. Seguía haciéndome pasar por un enfermo.

Pasé la noche casi insomne. Esperaba el abrazo de Carla con un total e intenso deseo. La deseaba precisamente a ella, la

muchacha de ricas trenzas desordenadas, con una voz tan musical cuando la nota no surgía impuesta por el deber. Se había vuelto aún más deseable también por todo aquello que, a causa suya, había tenido que padecer. Toda la noche me acompañó un férreo propósito. Sería sincero con Carla antes de hacerla mía y le diría la entera verdad de mis relaciones con Augusta. En mi soledad me eché a reír: era realmente original la idea de ir a la conquista de una mujer con la declaración del amor a otra mujer en la boca. ¡Tal vez a Carla le diera por volver a su pasividad! ¡Y qué, con ello! Por el momento, ninguna de sus acciones podría disminuir el valor de su sumisión del que me parecía poder estar seguro.

La mañana siguiente, mientras me vestía, murmuraba las palabras que le diría. Antes de ser mía, Carla tenía que saber que Augusta, con su carácter y también con su salud (esto me obligaría a dedicar muchas palabras a explicar lo que yo entendía por salud, algo que serviría también para educar a Carla), había sabido conquistar mi respeto, y mi amor también.

Al beber mi café, tan abstraído estaba preparando un tan elaborado discurso, que Augusta no recibió por mi parte, de todo mi afecto, nada más que un ligero beso antes de salir. ¡Si le

pertenecía por completo! Iba en busca de Carla para reavivar mi pasión por ella.

En cuanto entré en la habitación de estudio de Carla, sentí un alivio tal al encontrarla sola y dispuesta, que enseguida la atraje hacia mí y la abracé apasionadamente. Me asustó la energía con la que me rechazó. ¡Una auténtica violencia! Ella no quería saber nada y yo me quedé con la boca abierta en medio de la habitación, dolorosamente desilusionado.

Pero Carla, que enseguida se repuso, murmuró:

—¿No ve que la puerta se ha quedado abierta y que alguien está bajando la escalera?

Adopté las maneras de un invitado lleno de cumplidos hasta que no terminó de

pasar el inoportuno. Después cerramos la puerta. Ella se puso pálida al ver que yo giraba también la llave en la cerradura. De esta manera todo quedaba claro. Poco después murmuró, entre mis brazos, con voz ahogada:



—¿Lo quieres? ¿Lo quieres de verdad?

Había usado un «tú» confidencial y esto fue decisivo. Yo enseguida respondí:

—¡No deseo otra cosa!

Se me había olvidado que hubiera debido antes aclararle algo.

Inmediatamente después hubiera deseado empezar a hablarle de mis relaciones con Augusta por haber descuidado hacerlo antes, pero el momento hacía difícil llevar a cabo este propósito. Hablar de otra cosa con Carla en ese instante hubiera sido como restar importancia a su entrega; hasta el más torpe de los

hombres sabe que no se puede hacer algo así, por más que todos sepamos que no hay posible comparación entre la importancia de esa entrega antes de que se cumpla y después. Sería una gran ofensa para una mujer, que acaba de abrir sus brazos por primera vez, oír que le dijeran: «Antes que nada tengo que aclararte esas palabras que ayer te dije...». Pero ¿qué ayer? Todo lo que sucedió el día antes debe parecer indigno de ser mencionado y si a un

caballero le aconteciera que no llegara a advertirlo, tanto peor para él y mejor sería que actuara de manera que nadie se diera cuenta.

Está claro que yo era precisamente el tipo de caballero que no se daba cuenta de todo esto porque, en la simulación, me equivoqué tanto como no hubiera podido hacerlo en la sinceridad. Le pregunté:

—¿Cómo es que te has entregado a mí? ¿Cómo he podido hacerme merecedor de algo así?

¿Quería mostrar mi agradecimiento o hacerle un reproche? Probablemente no se trató más que de un intento por iniciar mis explicaciones.

Carla, con alguna sorpresa, miró hacia arriba para ver mi expresión:

—A mí me parece que eres tú el que me ha hecho tuya —y sonrió con afecto para probarme que no era su intención dirigirme ningún reproche.

Me acordé de que las mujeres exigen que se diga que son los otros los que vencen su voluntad. A continuación ella misma se dio cuenta de que había cometido un error, de que sólo se puede tomar posesión de las cosas, mientras que las personas, por lo regular, acuerdan las acciones que se dan entre ellas, y murmuró:

—Te esperaba: eres el caballero que tenía que venir a liberarme. Que tú estés casado es algo que no está bien, claro, pero, dado que no amas a tu mujer, sé al menos que mi felicidad no destruye la de nadie más.

Mi dolor de cadera me atacó con tal intensidad que tuve que interrumpir el abrazo con que la rodeaba. ¿La importancia, por tanto, de mis desconsideradas palabras no había sido fruto de una exageración por mi parte? ¿Había sido precisamente mi mentira lo que había llevado a Carla a entregarse a mi deseo? Lo cierto es que si ahora se me ocurriera hablar de mi amor por Augusta ¡Carla tendría pleno derecho de acusarme nada menos que de haberle tendido una trampa! No cabía ya hacer uso de aclaraciones o explicaciones por el momento. Más adelante habría

ocasión de hacerlo, y a la espera del momento adecuado es así que entre Carla y yo venía a forjarse un vínculo de especial naturaleza.

Allí, junto a Carla, volvió a surgir íntegra mi pasión por Augusta. En ese momento no sentía más que un deseo: correr al lado de mi verdadera mujer, sólo para verla atareada en su asidua labor de hacendosa hormiguita, poniendo a salvo nuestras cosas en una cómoda atmósfera de alcanfor y naftalina.

Sin embargo, me até firmemente a mi deber, que resultó penosísimo por un episodio que me alteró mucho, en un primer momento, porque me pareció una nueva amenaza de la esfinge con la que estaba tratando.

Carla me contó que inmediatamente después de que me fuera el día anterior, había llegado su maestro de canto y que ella, sencillamente, lo había puesto en la puerta.

No pude ocultar un gesto de contrariedad. ¡Era lo mismo que informar a Copley de nuestro enredo!

—¿Qué dirá Copley? —exclamé.

Ella se echó a reír y se refugió, por propia iniciativa en esta ocasión, entre mis brazos:

—¿No habíamos dicho que lo echaríamos a él también?

Era muy encantadora, pero no podía ya conquistarme. Encontré enseguida también yo una actitud que me cuadraba: la del pedagogo; una actitud que me daba asimismo la posibilidad de dar desahogo a ese rencor que anidaba en el fondo de mi alma hacia una mujer que no me permitía hablar de la manera que hubiera querido de mi esposa. «En la vida hay que trabajar», le dije. Y ello porque —como ella no podía dejar de saber— es un mundo malo donde solamente los más aptos consiguen mantenerse. ¿Y si yo llegara a morir en ese momento? ¿Qué le sucedería a ella, entonces? Había planteado así la posibilidad de un abandono por mi parte de una manera que realmente no podía ofenderla y, de hecho, llegó a conmoverla en cambio. Después, con la evidente intención de mortificarla, le dije que con mi mujer, bastaba que yo manifestase cualquier deseo para encontrarlo inmediatamente satisfecho.

—Pues bien —dijo resignada—, ¡mandaremos decir al maestro que regrese! — Después intentó darme a conocer su antipatía por ese maestro. Cada día se veía obligada a padecer la compañía de ese viejo antipático que la obligaba a repetir infinitas veces los mismos ejercicios que no servían para nada, absolutamente para nada. Carla no recordaba haber pasado algún buen día más que cuando el maestro enfermaba. Había llegado a confiar en que se muriera, pero la buena suerte no solía acompañarla.

Se volvió hasta violenta al fin, en su desesperación. Repitió, incrementándola, su queja relativa a su mala suerte: era una mujer desafortunada, irremediablemente desafortunada. Cuando recordaba que se había enamorado de mí porque le había parecido que de mi forma de actuar, de hablar, de mirar, se desprendía una promesa de vida menos rígida, menos opresiva, menos tediosa, le daban ganas de llorar.

Fue así como trabé un temprano conocimiento con sus sollozos que no dejaron, por cierto, de fastidiarme; eran violentos hasta el extremo de agitar, al recorrerla, toda su débil anatomía. Tenía la

impresión de estar sufriendo un repentino asalto a mi bolsillo y a mi vida. Le pregunté:

—¿Acaso crees que mi mujer no hace nada en la vida? Ahora, mientras nosotros dos hablamos, sus pulmones sufren los contaminantes ataques del alcanfor y la naftalina.

Carla sollozó:

—Sus cosas, sus enseres, sus vestidos... ¡qué suerte la suya!

Pensé, con irritación, que quería que corriera a comprarle todas esas cosas sólo para proporcionarle esas ocupaciones que parecía preferir. No llegué a manifestar enfado, gracias a Dios, y obedecí a la voz del deber que gritaba:

«¡Acaricia a la muchacha que se te entregó!». La acaricié. Pasé mi mano ligeramente sobre sus cabellos con el resultado de que sus sollozos se calmaron y sus lágrimas fluyeron abundantes y no contenidas como la lluvia que sigue a una tormenta.

—Eres mi primer amante —añadió—, ¡y espero que sigas amándome!

Esa información, la de que yo era su primer amante, una designación que abría lugar a un segundo ocupante del mismo cargo, no llegó a alterarme demasiado. Era una declaración que llegaba con retraso porque desde hacía más de media hora ese tema había sido dejado de lado. Además se trataba de una nueva amenaza. Una mujer cree tener todo tipo de derechos sobre su primer amante.

Dulcemente le murmuré al oído:

—También tú eres mi primera amante... desde que estoy casado.

La dulzura de la voz enmascaraba mi intento por igualar las dos partidas.

Poco después la dejé porque bajo ningún concepto quería llegar tarde a la hora

de la cena. Antes de irme, volví a sacar de mi bolsillo el sobre que yo llamaba de las buenas intenciones porque un propósito inmejorable es el que lo había hecho nacer. Sentía la necesidad de pagar para sentirme más libre. Carla volvió a rechazar de nuevo,



dulcemente, ese dinero y yo entonces me enfadé seriamente, pero supe contenerme y no manifestar esa ira si no gritándole unas muy dulces palabras. Gritaba para no golpearla, pero nadie hubiera podido advertirlo. Dije que había llegado a lo más alto de mis deseos en el momento en que la hice mía

y que ahora deseaba tener la impresión de poseerla, aún más, manteniéndola. Por este motivo ella debía guardarse de provocar mi enfado a causa también de lo

que ello me hacía padecer. Queriendo marcharme ya a toda prisa, resumí en pocas palabras la idea que perseguía y que resultó —así, mientras la gritaba— muy brusca.

—Eres mi amante ¿no? Me corresponde por tanto mantenerte.

Ella, asustada, dejó de resistirse y cogió el sobre mientras me miraba ansiosa intentando adivinar qué es lo que era verdad: el grito que dejaba ver mi aversión o las palabras de amor con las que se le concedía todo aquello que ella había deseado. Se calmó un poco cuando, antes de irme, rocé su frente con mis labios. Ya en las escaleras me asaltó la duda de que ella, al disponer de ese dinero y habiendo oído que yo me responsabilizaba de su porvenir, llegase a poner en la puerta a Copler en el caso de que él, esa tarde, acudiera a visitarla. Hubiera querido volver a subir esas escaleras para encarecerle que no llegara a ponerme en un

compromiso con una acción de esa índole, pero no tenía tiempo y me marché corriendo.

Temo que el doctor que lea este manuscrito mío llegue a pensar que también

Carla hubiera sido un interesante sujeto para el psicoanálisis. Le parecerá que

esa entrega, precedida por el despido del maestro de canto, había sido demasiado rápida. También a mí me parecía que, en pago de su amor, ella había esperado, por mi parte, demasiadas concesiones. Tuvieron que pasar muchos, pero que muchos meses, para que yo llegara a entender mejor a la pobre muchacha.

Probablemente ella se había entregado para librarse de la inquietante tutela de Copley y tuvo que ser para ella una muy dolorosa sorpresa advertir que su

entrega había sido vana, porque se seguía pretendiendo de ella precisamente eso que tan pesado de soportar le resultaba, es decir, el canto. Se encontraba aún entre mis brazos y oía cómo le decía que tenía que seguir cantando. De todo ello debió proceder una ira y un dolor que no atinaban a expresarse. Por razones muy diferentes fue así como los dos llegamos a decir cosas muy raras. Cuando llegó a quererme recuperó toda la naturalidad que el

cálculo le había antes arrebatado. Yo, lo que es naturalidad, no llegué a tenerla nunca con ella.

Al marcharme corriendo pensé: «Si supiera cuánto amo a mi mujer se comportaría de manera diferente». Cuando llegó a saberlo se comportó, de hecho, de manera muy diferente.

Al aire libre saboreé mi libertad y no sentí el dolor de haberla comprometido. Había tiempo hasta el día siguiente y tal vez lograra encontrar un refugio ante las dificultades que me amenazaban. Mientras corría hacia mi casa tuve el valor de enfadarme con el orden social, como si éste tuviera la culpa de mis errores. Se

me antojaba que bien hubiera podido éste estar hecho de manera que se le concediera a uno de vez en cuando (no siempre) poder hacer el amor sin tener

que temer otras consecuencias, incluso con mujeres a las que no se ama en absoluto. No había el menor rastro de remordimiento en mí. Por este motivo pienso que el remordimiento no nace de la incomodidad que una culpa ya cometida produce, sino de la contemplación de la propia culpable disposición a cometerla. La parte superior del cuerpo se inclina para mirar y juzgar a la otra parte y la encuentra deforme. Su visión le produce asco y a esto se

llama remordimiento. En la tragedia clásica la víctima no recuperaba la vida y a pesar de ello el remordimiento se extinguía. Ello quería decir que la deformidad se había curado y que ya el llanto de otros había dejado de tener importancia.

¿Dónde cabía concebir el remordimiento en mí que, con tanta alegría y tanto afecto, corría al lado de mi legítima mujer? Hacía tiempo que no me sentía tan puro.

Durante la comida, sin apenas esfuerzo, me comporté de manera alegre y afectuosa con Augusta. Ninguna nota discordante apareció entre nosotros aquel día. No había, por otra parte, nada de extraordinario en ello, me comporté como debía con la mujer que era honesta e indudablemente mía. En otras ocasiones hubo excesos en mis demostraciones de afecto hacia ella, pero sólo en las ocasiones en que en mi ánimo se debatía una contienda entre las dos mujeres; entonces, al exagerar mis manifestaciones de afecto, me resultaba más fácil ocultar a Augusta que entre nosotros se interponía de manera poderosa, en esos instantes, la sombra de otra mujer. Puedo también afirmar que, por ello mismo, Augusta me prefería precisamente cuando, sin ella saberlo, no era yo del todo y con total sinceridad suyo.

Yo mismo me sorprendía no poco de mi calma y la atribuía al hecho de que había conseguido que Carla aceptase mi sobre de los buenos propósitos. No es que con ello imaginara haber saldado la cuenta que con ella tenía contraída, pero sí que me parecía haber empezado a pagar alguna indulgencia.

Lamentablemente, durante todo el tiempo que duró mi relación con Carla, el

dinero siguió siendo mi principal preocupación. Cada vez que tenía ocasión apartaba alguna cantidad en un lugar bien escondido de mi biblioteca, con el fin de estar preparado para hacer frente a cualquiera de las exigencias de mi amante que preveía con tanto pavor. Así es como fue que ese dinero, cuando Carla me abandonó sin habérmelo nunca pedido, acabó por tener una utilidad completamente diferente.

Teníamos que pasar la velada en casa de mi suegro en una cena a la que no habían sido invitados más que los miembros de la familia y que tenía la finalidad

de sustituir al tradicional banquete, preludio de la boda que tendría lugar dos días después. Guido quería aprovechar la mejoría de Giovanni para casarse, ya que imaginaba que no habría de durar.

Acudí con Augusta, temprano por la tarde, a casa de mi suegro. En el camino le recordé que ella, el día anterior, había tenido la impresión de que yo sufría a causa de esa boda. Ella se avergonzó de su sospecha y yo hablé extensamente de mi inocencia a ese respecto. ¡Si hasta había llegado a casa sin recordar siquiera que esa misma noche había de celebrarse esa solemne cena preludio de la próxima boda!

A pesar de que no había más invitados que miembros de la familia, los señores Malfenti querían que el banquete transcurriera de hecho como una ocasión especialmente solemne. Habían pedido a Augusta que ayudara en la preparación de la sala y la mesa. Alberta se había desentendido de tales tareas; acababa de obtener un premio en un concurso para la escritura de una comedia en un acto y se preparaba ahora, con pleno entusiasmo, a la reforma del teatro nacional, nada menos. De tal manera, alrededor de esa mesa, nos vimos Augusta y yo asistidos por Luciano, un chico de la oficina de Giovanni que demostraba tanta disposición para el orden en esa casa como para el que solía tener en la oficina.

Ayudé a llevar a la mesa las flores para la ocasión y contribuí a distribuirlas de la manera más ornamental.

—Ya ves —dije bromeando a Augusta— cómo contribuyo también yo a su felicidad. Si me pidieran que preparara para ellos también la cama nupcial, ¡lo haría con la misma serena expresión!

Más adelante fuimos a ver a los novios, que acababan de llegar de realizar una visita de cumplido. Se habían quedado en un rincón, el más apartado, del salón y supongo que, hasta el momento de nuestra llegada, habían estado

besuqueándose. La joven novia ni siquiera se había quitado aún su traje de paseo y tenía un aspecto especialmente delicioso, sonrojada por el calor.

Creo que los novios, para ocultar toda señal de los besos que habían estado intercambiándose, quisieron hacernos creer que habían estado debatiendo algún argumento científico. ¡Qué majadería; inapropiada, además! ¿Querían alejarnos de su intimidad o creían que sus besos iban a lastimar a alguien? Ni siquiera esto, sin embargo, consiguió estropear mi buen humor. Guido dijo que Ada no

quería dar crédito al hecho de que, según él afirmaba, algunas avispas podían paralizar con un aguijonazo a otros insectos

incluso más fuertes que ellas para mantenerlos así paralizados, vivos y frescos como alimento para sus larvas, y yo creía recordar que algo tan monstruoso como eso existía en la naturaleza, pero en ese momento no quise concederle ninguna satisfacción:

—¿Me tomas por una avispa para preguntarme tal cosa? —le repliqué riendo. Dejamos a los novios para permitirles ocuparse de cosas más placenteras. Yo, sin

embargo, empezaba a encontrar que la tarde se estaba alargando enojosamente y

hubiera querido regresar a casa para esperar en mi estudio la hora de la cena.

En el recibidor encontramos al doctor Paoli, que acababa de salir del dormitorio de mi suegro. Era un médico joven que había sabido, sin embargo, conquistarse una buena clientela. Era muy rubio, y blanco y rojo como un muchachote. En su poderosa complexión, su mirada resultaba, en cambio, tan cargada de empaque como para dotar a toda su persona de la requerida imponente seriedad que, de lo contrario, hubiera parecido faltarle. Las gafas le hacían parecer mayor y su mirada se detenía sobre las cosas como una caricia. Ahora que conozco muy bien tanto a él como al Doctor S. (el del psicoanálisis), me parece que la mirada



de este último es indagadora de manera intencionada, mientras que en el caso del doctor Paoli lo es por una incansable curiosidad suya. El doctor Paoli ve con precisión a su paciente, pero también a su mujer y la silla en la que se sienta.

¡Sólo Dios sabe cuál de los dos se las arregla mejor para acabar de fastidiar a sus enfermos! Durante la enfermedad de mi suegro fui a menudo a ver al doctor

Paoli para convencerle de que dejara que la familia llegara a saber que la catástrofe que les amenazaba era inminente y recuerdo que un día, mirándome más detenidamente de lo que me hubiera gustado tener que aguantar, me dijo sonriendo:

—Pero ¡usted adora a su mujer!

Era un buen observador porque, de hecho, yo en aquel tiempo adoraba a mi mujer que sufría intensamente por la enfermedad de su padre y a la que yo, a despecho de ello y sin dejar de adorarla, no dejaba de traicionar a diario.

En aquella ocasión nos dijo que Giovanni estaba aún mejor que el día anterior. Por el momento, no había otros factores de los que

preocuparse porque la estación era favorable y, en su opinión, los novios podían con toda tranquilidad

emprender su viaje. «Naturalmente —añadió con cautela—, salvo posibles imprevistos.» Su pronóstico se confirmó porque, de hecho, las complicaciones imprevistas se produjeron.

En el momento de despedirse se acordó de que conocíamos a un tal Copley a cuyo lecho había sido él llamado ese mismo día para una consulta. Había encontrado al paciente víctima de un paro renal. Relató que el episodio se había anunciado con un previo terrible dolor de muelas. Llegado a este punto dejó caer un diagnóstico de gravedad, pero, como solía hacer, mitigado por una duda:

—Su vida puede llegar a prolongarse si consigue llegar a ver el día de mañana.

A Augusta, a causa de la compasión, le afloraron lágrimas en los ojos y me rogó que acudiera de inmediato al lado de nuestro pobre amigo. Tras una ligera duda, cedí a sus deseos, y de buen grado, porque mi alma, de repente, se llenó de

Carla. ¡Qué duro había sido con la pobre niña! Una vez desaparecido Copley, ella se quedaba allí, solitaria en el rellano de su casa, de repente ya no en posición de resultar comprometedor, sino alejada de cualquier posible comunicación con lo que componía mi mundo. Era necesario correr a su lado para borrar la impresión que debía haberle producido mi dura actitud de esa mañana.

Prudentemente, fui antes a ver a Copley. Tenía que poder decirle a Augusta que había llegado a verle.

Conocía ya el modesto pero cómodo y decente barrio en el que vivía Copley en la Corsia Stadion. Un anciano jubilado le había alquilado tres de sus cinco habitaciones. Fue este último quien me recibió. Se trataba de un hombre grueso, jadeante, con los ojos rojos, que caminaba atrás y adelante en un breve y oscuro pasillo. Me dijo que el médico acababa de irse, tras haber constatado que Copley había entrado en agonía. El viejo hablaba en voz baja, sin dejar de jadear, como si temiera turbar la quietud del moribundo; yo también bajé el tono de mi voz como una forma de respeto a la que todos nos sometemos quién sabe si acertadamente, porque al agonizante tal vez, en el último trecho de su vida, le

gustaría en cambio sentir la compañía de voces fuertes y claras que le recordasen

la vida.

El viejo me dijo que una monja asistía al enfermo. Lleno de respeto me detuve durante unos instantes ante la puerta de esa habitación en la que el pobre Copler, con el exacto ritmo de sus estertores, medía su último tiempo. Dos sonidos componían su ruidosa respiración; vacilante parecía el que emitía el aire que él inspiraba y apremiante el que tenía su origen en el aire que expulsaba. ¿Prisa por morir? Una pausa seguía a los dos sonidos, y yo pensé que cuando esa pausa se alargara, ésa sería la señal de que una nueva vida daría inicio para él.

El viejo quería que yo entrase en esa habitación, pero yo me negué. Demasiados moribundos me habían ya mirado con una expresión de reproche.

No esperé a que esa pausa se prolongara y corrí a casa de Carla. Llamé a la puerta de su estudio, que estaba cerrada con llave, pero nadie contestó. Presa de la impaciencia la emprendí a

patadas con la puerta y se abrió entonces, detrás de mí, la puerta del apartamento. La voz de la madre de Carla preguntó:

—Pero ¿quién es?

A continuación la anciana, llena de temor, se asomó y, cuando a la luz amarilla que procedía de la cocina me hubo reconocido, advertí que estaba cubierta por un rubor que la nítida blancura de sus cabellos destacaba aún más. Carla no estaba, y ella se ofreció a ir a coger la llave del estudio para recibirme en esa habitación que, en su opinión, era la única en la que me podía recibir dignamente. Yo le rogué que no se molestara, entré en su cocina y me senté sin

más en una silla de madera. En el fogón, bajo una olla, ardía un modesto montón de carbón. Le dije que no desatendiera por mi causa la preparación de la cena, pero ella quiso tranquilizarme. Sólo estaba cocinando unas legumbres que no acababan de cocerse como es debido. La pobreza de la comida que se preparaba en esa casa, cuyos gastos habría de mantener yo solo de ahora en adelante, me ablandó y restó sus agudos perfiles al fastidio que sentía por no haber encontrado preparada a mi amante.

La señora se quedó de pie por más que yo, en repetidas ocasiones, la hubiese invitado a sentarse. Bruscamente le conté que había ido a traer a la señorita Carla una muy triste noticia: Copley estaba agonizando.

A la anciana se le cayeron los brazos y tuvo de repente que sentarse.

—¡Dios mío! —murmuró—. ¿Qué vamos a hacer nosotras ahora? Después se acordó de que lo que le pasaba a Copley era peor que lo que le pasaba a ella y añadió una lamentación:

—¡Pobre señor! ¡Tan bueno!

Su cara estaba ya cubierta de lágrimas. No sabía, evidentemente, que si el pobre hombre no se hubiese muerto a tiempo, se hubiera visto expulsado de aquella casa. También esto me tranquilizó. ¡A mi alrededor imperaba la más absoluta discreción!

Quise tranquilizarla y le dije que lo que Copley había hecho por ellas hasta entonces, lo continuaría haciendo yo. Ella argumentó su protesta de que no era por sí misma por lo que lloraba, dado

que sabía cómo a ambas las rodeaban tantas buenas personas, sino que el destino de su gran benefactor era lo que la entristecía.

Quiso que le informara de cuál era la enfermedad que estaba acabando con la vida de Copley. Al contarle cómo se había anunciado la catástrofe, me acordé de esa discusión que yo, tiempo atrás, había tenido con el enfermo en torno a la utilidad del dolor. En su caso los nervios de sus dientes se habían hecho notar con grandes y dolorosas llamadas de auxilio porque, a un metro de distancia de

ellos, los riñones habían dejado de funcionar. Me sentía tan indiferente al destino de mi amigo, cuyos estertores había oído hacía poco, que aún me entretenía en jugar con sus ideas. Si hubiera podido aún oírme, le habría dicho que era fácil entender cómo los dientes del enfermo imaginario pudieran legítimamente doler

a causa de una enfermedad que hubiera estallado a algunos kilómetros de distancia.

Era poca la conversación que aún quedaba entre la anciana y yo y acepté su propuesta de ir a esperar a Carla en su estudio. Agarré el método de canto e intenté leer alguna de sus páginas, pero el arte de esa facultad no me resultaba nada inspirador.

La mujer vino otra vez a hacerme compañía. Estaba inquieta porque Carla no llegaba. Me dijo que ésta había ido a comprar unos platos de los que tenían urgente necesidad.

Mi paciencia estaba realmente a punto de agotarse. Con mal talante le pregunté:

—¿Han roto ustedes los platos? ¿No podrían actuar con más cuidado? Conseguí así librarme de la vieja que protestó, en voz baja, al irse:

—Sólo dos... se me cayeron a mí...

Esto me proporcionó un momento de hilaridad porque no ignoraba que todos los que había en la casa se habían roto y no era la anciana quien los había roto, sino la propia Carla. Llegué a saber después que Carla era todo lo contrario que dulce con su madre y que ésta abrigaba un miedo terrible a tener que hablar demasiado de su hija con sus protectores. Al parecer, una vez, de la manera más ingenua, contó a Copley cuánto molestaban a Carla sus lecciones de canto; éste se enfadó con Carla y Carla, a su vez, reprendió a su madre.



Cuando mi deliciosa amante llegó por fin, la amé con ímpetu y rabia. Ella, encantada, balbuceaba:

—¡Y yo que dudaba de tu amor! ¡Todo el día me ha perseguido el deseo de matarme por haberme entregado a un hombre que me trató tan mal inmediatamente después!

Le expliqué que, a menudo, se me declaraban intensos dolores de cabeza, y cuando volví a encontrarme en el estado que de no haber sabido valerosamente resistirme me hubiera vuelto a conducir a la carrera al lado de Augusta, volví a hablar de mi dolor de cabeza y pude así dominar mi impulso de salir corriendo. Me iba acostumbrando. De momento lloramos juntos al pobre Copley; ¡juntos en todos los sentidos!

Por su parte, Carla no era indiferente al triste fin de su benefactor. Al hablar de ello, empalideció:

—Me conozco —dijo—. Durante mucho tiempo me costará quedarme sola. ¡Ya cuando estaba vivo me daba mucho miedo!

Por primera vez, tímidamente, me propuso que me quedara con ella toda la noche. Yo no tenía la menor intención de hacerlo y no hubiera sido capaz de prolongar ni siquiera media hora mi estancia en aquella habitación. Siempre con cuidado de no revelar a la pobre muchacha mi estado de ánimo, que yo era el primero en deplorar, expuse algunas objeciones diciéndole que algo así no era posible porque en esa casa estaba también su madre. Con auténtico desdén, Carla curvó sus labios:

—Podríamos traer aquí la cama; mi madre no se atrevería a espiarme.

Le hablé entonces del banquete de bodas que me esperaba en casa, pero después me sentí impulsado a decirle que nunca podría pasar una noche con ella. En el propósito de bondad que poco antes me había hecho llegaba a dominar cada una de mis palabras que siguieron, siendo todas ellas afectuosas, pero me parecía que cualquier otra concesión que le hiciera, o que dejara sólo entrever, habría equivalido a una nueva traición a Augusta que no quería llegar a cometer.

En ese momento sentía cuáles eran mis más fuertes vínculos con Carla: mi decisión de ser afectuoso y las mentiras que había dicho sobre mis relaciones con Augusta y que poco a poco, con el paso

del tiempo, era preciso atenuar e incluso cancelar. Por este motivo empecé esa tarde mi obra, naturalmente con la debida prudencia porque era demasiado fácil aún recordar el fruto que había dado mi mentira. Le dije que sentía intensamente el deber de mis obligaciones hacia mi mujer, que era una mujer tan digna de respeto que, con toda certeza, hubiera merecido ser amada mejor y a la que nunca dejaría saber la manera en que la traicionaba.

Carla me abrazó:

—Así es como me gustas, tan dulce y tan bueno como me pareciste enseguida la primera vez. No volveré a intentar perjudicar a tu pobre mujer.

No me gustaba que llamara pobre a Augusta, pero agradecía a la pobre Carla su bondad. Y bueno era que no odiara a mi mujer. Quise demostrarle mi agradecimiento y me esforcé por encontrar para ella también un apropiado signo de mi afecto. Acabé por encontrarlo y le regalé a Carla el equivalente de la lavandería de Augusta: le permití que no tuviera que volver a llamar nunca más al maestro de canto.

Carla respondió con una demostración de impetuoso afecto que me molestó bastante, pero que soporté con valor. Después ella me dijo que nunca dejaría el canto. Cantaba todo el día, pero a su manera. Es más, quería que oyera en ese mismo instante una canción suya. Pero yo no quise saber nada de su exhibición y, de manera bastante cobarde, me marché deprisa. Pienso por ello que también

esa noche Carla tuvo ocasión de volver a pensar en el suicidio, pero yo no le dejé el tiempo de comunicármelo.

Volví a casa de Copley porque tenía que llevarle a Augusta las últimas noticias del enfermo para que creyera que yo había pasado con él todas esas horas.

Copley había muerto cerca de dos horas antes, inmediatamente después de que yo me fuera. En la compañía del viejo, que había seguido midiendo con sus pasos el pequeño corredor, entré en la sala mortuoria. El cadáver, ya vestido, yacía sobre el desnudo colchón de la cama y sostenía entre sus manos el

crucifijo. En voz baja el señor me contó que todas las oportunas gestiones habían sido realizadas y que una sobrina del difunto iría a velar el cadáver.

Hubiera podido así irme sabiendo que a mi pobre amigo se le concedía todo aquello que aún pudiera necesitar, pero me quedé algunos minutos a mirar. Me hubiera gustado sentir cómo de mis ojos se derramaba una lágrima sincera de duelo por el pobre desventurado que tanto había luchado con la enfermedad hasta el extremo de intentar llegar a un pacto con ella. «¡Es doloroso!», dije. La enfermedad contra la que había tantos medicamentos le había matado brutalmente. Parecía una burla. Pero esa lágrima quedó ausente. El rostro demacrado de Copley no me había parecido nunca tan fuerte como en la rigidez de la muerte. Parecía el fruto de la labor de un cincel en una pieza de mármol coloreada y nadie hubiera podido imaginar que le aguardara, inminente, la putrefacción. Y sin embargo era una verdadera vida lo que esa cara manifestaba. Me desaprobaba con desprecio tal vez a mí, el enfermo imaginario, o tal vez a Carla, que no quería seguir con sus lecciones de canto. Me estremecí un momento al parecerme que el difunto reanudaba sus estertores, pero enseguida volví a mi crítica calma cuando advertí que lo que me había parecido un estertor no era más que el jadear, que la emoción incrementaba, del viejo jubilado que seguía a mi lado.

Fue él quien me acompañó a la puerta y me rogó que recomendara su casa si conocía a alguien que necesitara unas habitaciones de alquiler como las suyas:

—Ya ve que también en unas circunstancias como éstas he sabido desempeñar mi deber ¡y hasta más allá de mi deber, mucho más allá!

Por primera vez su voz alcanzó un tono más alto y en ella resonó un resentimiento que estaba sin duda destinado a Copler, que había dejado de ser su inquilino sin el obligado plazo de preaviso. Me marché deprisa tras prometer todo lo que me pedía.

En casa de mi suegro me encontré con que toda la familia acababa de sentarse a la mesa. Me pidieron que les informara y yo, para no echar a perder la celebración, dije que Copler seguía vivo y que aún había por tanto alguna esperanza.

A mí me pareció que esa reunión familiar resultaba bien triste. Tal vez esa impresión me la produjo la visión de mi suegro condenado a una magra sopita y un vaso de leche, mientras que a su alrededor todos se regalaban con los más suculentos platos. Le sobraba el tiempo para mirar lo que los demás comían, tras haber despachado enseguida su escasa cena. Al ver que el señor

Francesco se aplicaba activamente a disfrutar de sus entremeses, murmuró:

—¡Y pensar que tiene dos años más que yo!

Después, cuando el señor Francesco llegó a la tercera copa de vino blanco, refunfuñó en voz baja:

—¡Es la tercera! ¡Ojalá se le atragante!

Tal augurio no me habría alterado si no hubiera estado yo comiendo y bebiendo también en esa mesa, y no hubiese sabido que el mismo deseo le había sido dirigido al vino que pasaba entre mis labios. Me puse entonces a beber y comer a escondidas.

Aprovechaba algunos momentos en que mi suegro hundía su gran nariz en la taza de leche o contestaba a alguna pregunta que se le hubiera

dirigido, para tragar grandes bocados o para trasegar el vino de mi copa llena hasta el borde. Alberta, con la única intención de hacer reír, avisó a Augusta de que yo estaba bebiendo demasiado. Mi mujer, en broma, me amenazó con el dedo índice y la cosa estuvo mal porque me impidió seguir comiendo a escondidas.

Giovanni, que hasta entonces no se había casi acordado de mí, me miró por encima de sus gafas con una mirada de auténtico odio y dijo:

—Yo no he abusado nunca de la comida o del vino. Quien lo hace no es un auténtico hombre sino un ... —y repitió más de una vez la última palabra que acababa de pronunciar y que desde luego no era precisamente un cumplido.

Por efecto del vino, esa palabra ofensiva acompañada de una carcajada general introdujo en mi ánimo un deseo realmente irracional de venganza. Ataqué a mi suegro en su flanco más débil: su enfermedad. Grité que no era un auténtico hombre no quien abusaba de la comida sino el que pasivamente aceptaba las prescripciones de un médico. Yo, en su lugar, me hubiera comportado de forma mucho más independiente. En la boda de mi hija —si no por otro motivo, por afecto— no hubiera consentido que se me impidiera comer y beber.

Giovanni observó con ira:

—¡Quisiera verte en mi lugar!



—¿No te es suficiente verme en el mío? ¿Acaso he dejado yo de fumar?

Era la primera vez que conseguía útilmente vanagloriarme de mi debilidad, y encendí enseguida un cigarrillo para ilustrar mis palabras. Todos se reían e informaban al señor Francesco de cómo mi vida estaba llena de últimos cigarrillos. Pero ése no era el último cigarrillo y me sentía fuerte y combativo. Sin embargo, perdí enseguida el apoyo de los demás cuando serví un poco de vino a Giovanni en su gran vaso de agua. Tenían miedo de que Giovanni bebiera y gritaban para impedirselo hasta que la señora Malfenti consiguió agarrar y alejar ese vaso.

—De verdad, ¿es matarme lo que quieres? —preguntó dócilmente Giovanni mirándome con curiosidad—. Te sienta mal el vino ¿eh? — Él no había llegado a realizar ningún gesto que le permitiera aprovecharse del vino que le había ofrecido.

Me sentí auténticamente consternado y vencido. Me hubiera gustado arrojarme a los pies de mi suegro para pedir su perdón. Pero también esa idea me pareció que estaba inspirada por el vino y la rechacé. Al pedir perdón hubiera confesado mi culpa, mientras que el banquete seguía y habría de durar lo bastante

como para ofrecerme la oportunidad de compensar esa primera broma que tan mal resultado había tenido. Hay tiempo para todo en esta vida. No todos los ebrios se dejan guiar de inmediato por la primera sugerencia del vino. Cuando he bebido demasiado, analizo mis impulsos tanto como cuando estoy sereno y probablemente llegando a las mismas conclusiones. Seguí observándome para entender cómo había llegado a esa malvada inspiración de querer perjudicar a mi suegro. Y me di cuenta de que estaba cansado, mortalmente cansado. Si los demás hubieran sabido qué día había tenido, me habrían excusado. Había

tomado y violentamente abandonado por dos veces a una mujer y había regresado dos veces a mi esposa para renegar de ella dos veces también. Mi suerte fue que, entonces, por asociación, en mi recuerdo hizo presencia ese cadáver sobre el que en vano había intentado llorar, y el pensamiento que dirigía a las dos mujeres desapareció; de lo contrario hubiera acabado por hablar de Carla.

Lo cierto es que seguía teniendo el impulso de confesar mi situación incluso cuando la acción del vino no me volvía más magnánimo. Acabé por hablar de Copley. Quería que todos supieran que ese día había perdido a mi gran amigo. Podrían así explicarse mi actitud.

Grité que Copley había muerto, muerto del todo y que hasta ese momento había ocultado este hecho para no entristecerles. ¡Mira por dónde! Sentí por fin cómo las lágrimas afloraban en mis ojos y tuve que desviar la mirada para ocultarlas.

Todos se rieron porque no dieron crédito a mis palabras y fue entonces cuando hizo su aparición la obstinación, que es precisamente el rasgo más destacado del efecto del vino. Describí al difunto:

—Parecía una escultura de Miguel Ángel, tan rígido, como tallado en la piedra más incorruptible.

Se produjo un silencio general que Guido interrumpió al exclamar:

—¿Cómo es que ahora no sientes ya el impulso de evitarnos esta tristeza? La observación era acertada. ¡Había incumplido una decisión de la que me

acordaba! ¿No había ya manera de compensar mi falta? Me eché a reír con gestos exagerados.

—¡Os la he jugado! Está vivo y mejora.

Todos me miraron para intentar encontrar sentido a mis palabras.

—Está mejor —añadí con seriedad—, me reconoció y llegó incluso a sonreírme. Todos me creyeron pero la indignación fue general. Giovanni declaró que si no

temiera hacerse daño al someterse a ese esfuerzo, me tiraría un plato a la cabeza.

Desde luego, era imperdonable que yo hubiese turbado la alegría de la fiesta con una falsa noticia de esa índole. Si hubiera sido verdadera no habría habido culpa.

¿No hubiera sido mejor volver a decirles la verdad? Copler había muerto y, en cuanto me volviera a encontrar a solas, volvería a encontrar listas las lágrimas para llorarlo, brotando espontáneas y abundantes. Busqué las palabras pero la señora Malfenti, con esa gravedad suya de gran dama, me interrumpió:

—Dejemos tranquilo por ahora al pobre enfermo. ¡Ya nos ocuparemos de ello mañana!

Obedecí de inmediato hasta con mis pensamientos, que se alejaron definitivamente del difunto: «¡Adiós! ¡Espérame! ¡Volveré a tu lado enseguida!».

Había llegado la hora de los brindis. Giovanni había obtenido del médico la concesión de poder beber en ese momento una copa de champán. Con gravedad vigiló la manera en que se lo sirvieron, y no aceptó llevarse la copa a los labios hasta que no estuvo completamente llena. Tras haber dirigido a Ada y a Guido una felicitación seca y carente de todo adorno, vació su copa lentamente hasta la última gota. Mirándome torvo, me dijo que el último sorbo lo había encomendado a mi salud. Para anular su deseo, que yo sabía que no era favorable, con las dos manos bajo el mantel toqué madera.

El recuerdo del resto de la velada me resulta algo confuso. Sé que por iniciativa de Augusta, en la mesa, poco después, se dijeron un sinfín de cosas agradables citándome como un modelo de marido. Todo me fue perdonado e incluso mi suegro se mostró más amable. Añadió, sin embargo, que esperaba que el marido de Ada demostrase ser tan bueno como yo, pero al tiempo también un buen comerciante y sobre todo una persona... y buscaba la palabra. No la encontró y nadie a nuestro alrededor insistió, ni

siquiera el señor Francesco que, al haberme visto por primera vez esa mañana, poco podía conocerme. Yo, por mi parte, no me ofendí. ¡Cuánto mitiga las inquietudes del ánimo el sentimiento de tener grandes equivocaciones que reparar! Aceptaba con la mejor disposición todas aquellas insolencias con la condición de que se vieran acompañadas de ese

afecto que no merecía. Y en mi mente, confusa por el vino y el cansancio, completamente sereno, acaricié esa imagen de buen marido que no deja de ser bueno por ser adúltero. Había que ser bueno, bueno, bueno y el resto carecía de importancia. Envié un beso con la mano a Augusta, que lo recibió con una sonrisa de agradecimiento.

Hubo después quien, en aquella mesa, quiso aprovecharse de mi embriaguez para reírse y se me obligó a protagonizar un brindis. Acabé por consentir en ello porque me pareció, en ese momento, que hubiera sido algo decisivo poder hacer algún buen propósito en público. No es que yo dudase de mí, porque me sentía enteramente cual me habían descrito, pero mejoraría aún sensiblemente al afirmar un propósito delante de tantas personas que, en alguna medida, lo suscribirían con su presencia.

Sucedió que en el brindis hablé sólo de mí y de Augusta. Volví, por segunda vez en aquellos días, a repetir la historia de mi boda. La

había falsificado para Carla omitiendo lo enamorado que estaba de mi mujer; en esta otra ocasión la

falsifiqué de otra manera porque no me referí a las dos personas que tanto relieve tuvieron en la historia del que acabaría por ser mi matrimonio, es decir Ada y Alberta. Hablé de mis vacilaciones, de las que no podía ahora consolarme

porque me habían privado de un precioso tiempo de felicidad.

Después, por caballerosidad, atribuí a Augusta también su ración de vacilaciones, pero ella las negó riendo con gusto.

Recuperé el hilo de mi historia con alguna dificultad. Relaté cómo finalmente llegamos al viaje de novios y cómo hicimos el amor en todos los museos de Italia. Estaba tan bien afirmado en la mentira que introduje también ese falso detalle que no tenía ninguna finalidad. ¡Y luego dicen que en el vino está la verdad!

Augusta me interrumpió por segunda vez para poner las cosas en su sitio y contó cómo se había visto obligada a evitar los museos en vista del peligro que, por mi causa, corrían las obras de arte. ¡No se daba cuenta de que así revelaba la falsedad no sólo de ese detalle! Si alrededor de esa mesa se hubiera sentado

algún observador, ¡nada le hubiera costado descubrir cuál era la naturaleza de ese amor que yo representaba en un ambiente donde nunca hubiera podido producirse!

Reanudé mi largo y deslavazado discurso relatando la llegada a nuestra casa y la manera en que los dos nos aplicamos a su mejora con diferentes actuaciones y, entre otras cosas, con el proyecto de una lavandería.

Sin dejar de reírse, Augusta volvió a interrumpirme:

—¡Ésta no es una fiesta en honor nuestro, sino en el de Ada y Guido! ¡Habla de ellos!

Todos asintieron ruidosamente. Me reí también yo al darme cuenta de que, por obra mía, habíamos alcanzado el estado de ruidosa alegría que suele ser habitual en este tipo de festejos, pero ya no se me ocurría nada que decir. Tenía la impresión de llevar horas hablando. Bebí precipitadamente algunas copas más de vino, una detrás de otra:

—¡Ésta por Ada!



Me puse de pie un instante para ver si ella había también tocado madera debajo del mantel.

—¡Ésta por Guido! —y añadí, tras haber ingerido el vino—: ¡De todo corazón!

—olvidando que una declaración así no había acompañado al anterior brindis.

—¡Ésta por vuestro primer hijo!

Y hubiera seguido bebiendo muchas más por sus hijos, si no me lo hubieran impedido. Precisamente en honor de esos pobres inocentes hubiera bebido todo el vino que había en la mesa.

Después todo se tornó aún más oscuro. Con claridad recuerdo sólo una cosa: mi preocupación principal era no parecer borracho. Me mantenía erguido y hablaba poco. No me fiaba de mí mismo y sentía la necesidad de analizar cada una de mis palabras antes de pronunciarlas. Mientras la conversación general transcurría, yo me veía obligado a renunciar a tomar parte en ella porque no se me dejaba el tiempo de aclarar mis agitados pensamientos. Quise iniciar yo mismo un tema de conversación y le dije a mi suegro:

—¿Has oído que el Extérieur ha caído dos puntos?

Era algo que no me importaba en absoluto y que había oído comentar en la Bolsa; quería sólo hablar de negocios, el tipo de cosas serias de las que no suele acordarse un borracho. Pero al parecer a mi suegro el asunto le tocaba más de cerca y me llamó cuervo de mal agüero. Con él no parecía encontrar la manera de acertar.

Pasé a ocuparme entonces de mi vecina, Alberta. Hablamos de amor. A ella le interesaba sólo en teoría y a mí, por el momento, no me interesaba en absoluto en la práctica. Por eso resultaba agradable hablar de ello. Requirió alguna idea por mi parte y yo descubrí enseguida una que me pareció que surgía evidente de mi experiencia de ese mismo día. Una mujer era un objeto que variaba su precio bastante más que cualquier valor en la Bolsa. Alberta no comprendió lo que yo decía y creyó que yo quería decir algo que todos sabían, es decir, que una mujer de una cierta edad tenía un valor diferente que otra de diferente edad. Me expliqué con más claridad: una mujer podía tener un determinado valor a una determinada hora de la mañana, ningún valor al mediodía, y valer por la tarde el doble que por la mañana para acabar, por la

noche, con valor negativo. Expliqué el concepto de valor negativo; era el valor que una mujer alcanzaba cuando un hombre calculaba qué suma estaría dispuesto a pagar para enviarla muy, pero que muy lejos de él.

La pobre comediógrafa no alcanzaba a ver, aun así, lo acertado de mi propuesta, mientras que yo, recordando el desplazamiento de valor que ese mismo día habían padecido Carla y Augusta, estaba seguro de lo atinada que era mi ocurrencia. El vino cobró protagonismo cuando quise explicarme mejor y me desvié completamente.

—Mira —le dije—, suponiendo que tú ahora tengas un valor  $x$  y yo me permita oprimir tu piecito con el mío, tú aumentas inmediatamente tu valor al menos con otra  $x$  cantidad.

Hice de inmediato que el gesto acompañara a las palabras.

Roja como un tomate, ella se apresuró a retirar el pie y, queriendo bromear, dijo:

—Esto es ya práctica y no teoría. Pediré el consejo de Augusta.

Tengo que confesar que también yo sentía ese pequeño pie de una manera que distaba mucho de parecerse a una árida teoría, pero hice oír mi protesta gritando con el aire más cándido que quepa imaginar:

—Es pura, auténtica teoría, y está mal por tu parte sentirla de otra manera. Las fantasías del vino son auténticos acontecimientos.

Durante largo tiempo Alberta y yo no olvidamos que yo había tocado una parte de su cuerpo avisándole de que lo hacía para obtener placer. Las palabras habían desvelado la intención del gesto y el gesto había desnudado la intención de mis palabras. Hasta que se casó tuvo siempre listos para mí una sonrisa y un rubor; cuando lo hubo hecho me reservó sólo su ya conocido rubor y un enfado, en cambio, nuevo. Las mujeres son así. Cada nuevo día les aporta una nueva interpretación de su pasado. Su vida tiene que resultar, por cierto, poco monótona. En lo que a mí respecta, por el contrario, la interpretación de aquel gesto mío fue siempre idéntica. Se trató del robo de un pequeño objeto de intenso sabor y fue sólo culpa de Alberta el que, en una determinada época, recordarlo no resultara ingrato, mientras que

más tarde hubiera yo preferido pagar lo que fuera para que quedara completamente olvidado.

Me acuerdo también de que antes de irnos de la casa sucedió todavía algo que fue bastante más grave. Me vi, durante un corto espacio de tiempo, solo con Ada. Giovanni hacía tiempo que se había retirado y los demás se despedían del padre de Guido que regresaba al hotel acompañado por este último. Miré a Ada durante bastante tiempo vestida como iba toda ella, llena de encajes blancos, y los hombros y los brazos desnudos. Durante largo rato también me quedé completamente callado aunque sentía el deseo de decirle algo que, tras ser analizado, quedaba anulado, al eliminar cualquiera de las frases que acudían a mis labios. Recuerdo que analicé incluso si me estaba permitido decirle: «Cuánto me agrada que te cases y que lo hagas con mi amigo Guido. Ahora es cuando todo lo que hubo entre nosotros desaparece». Quería decir una mentira entonces porque todos sabían que entre nosotros todo había acabado varios meses antes, pero me parecía que esa mentira constituía un lisonjero cumplido y es una gran verdad que una mujer, así vestida, demanda toda clase de cumplidos y se complace al recibirlos. Sin embargo, tras largas reflexiones no llegué a decir nada. Eliminé esas palabras porque en el mar de vino en el que flotaba, encontré una tabla de salvamento. Pensé que era un error por mi parte poner en peligro el afecto de Augusta sólo para complacer a Ada

que no me quería; pero, en la duda que durante algunos instantes turbó mi mente y después cuando, con algún esfuerzo, logré alejarme de esas palabras que no llegué a pronunciar, dirigí a Ada una mirada tal que ella se levantó y salió tras haberse girado para vigilarme con susto, presta, tal vez, a echarse a correr.

Incluso una mirada propia puede ser recordada tanto y tal vez mejor que una palabra. De hecho, es más importante que una palabra, porque no hay en todo el vocabulario una palabra que sepa, como una mirada, desnudar a una mujer. Sé ahora que esa mirada mía falseó las palabras que había imaginado, simplificándolas. Para Ada, en cambio, mi mirada había intentado penetrar más allá de su vestido hasta debajo de su epidermis. Y con toda seguridad había encerrado una invitación a que se acostara de inmediato conmigo. El vino es un gran peligro, sobre todo porque no saca la verdad a la superficie; es más, hace todo lo contrario. Revela del individuo especialmente su historia pasada y ya olvidada y no su presente decisión; saca caprichosamente a la luz todas las ideas de poca entidad con las que en épocas más o menos recientes nos divertimos y que hemos olvidado; no presta atención a las correcciones y lee en cambio todo lo que resulta aún perceptible en nuestro corazón. Ya se sabe que en el corazón no hay manera de borrar nada de forma tan radical como se logra hacer cuando

se lleva a cabo un trazo equivocado en una letra de cambio. Toda nuestra historia resulta ahí legible y el vino la grita a los cuatro vientos, sin tener en cuenta todo lo que la vida modificó en ella.

Para volver a casa, Augusta y yo alquilamos los servicios de un coche. En la oscuridad me pareció que era mi deber besar y abrazar a mi mujer, porque en ese tipo de situaciones muchas veces lo había hecho con anterioridad y temía que, caso de no hacerlo, ella llegara a pensar que algo había cambiado entre nosotros. Nada había cambiado entre nosotros dos: ¡el vino gritaba también algo así! Ella se había casado con Zeno Cosini que, sin haber cambiado un ápice, seguía estando a su lado. ¿Qué podía importar que ese día yo hubiera poseído a otras mujeres cuyo número, para mi mayor deleite, el vino conseguía aumentar sumándoles ya no sé si a Ada o a Alberta?

Recuerdo que, mientras me dormía, volví a ver, por un instante, el rostro marmóreo de Copley en su lecho de muerte. Parecía demandar justicia, es decir, las lágrimas que yo le había prometido. Pero ni siquiera entonces las tuvo porque el abrazo del sueño anuló todo propósito en mí, no sin que antes no llegara a presentar mis disculpas al fantasma: «Espera un poco aún.

¡Enseguida estoy contigo!». No llegué a estar nunca con él, porque no asistí siquiera a su funeral. Estábamos tan ocupados en casa, y yo fuera de casa además, que no quedó tiempo para él. Hablamos de él en alguna ocasión pero sólo para reír al recordar que mi vino le había matado muchas veces y resucitado también. Pasó a ser un elemento proverbial en la familia y cuando los periódicos, como sucede a menudo, anuncian y desmienten después la muerte de alguien, nosotros comentamos: «Igual que el pobre Copley».

Al día siguiente me levanté con algo de dolor de cabeza. Me atribuló no poco el dolor de cadera probablemente porque, mientras duró el efecto del vino, no lo había sentido en lo más mínimo y había perdido la costumbre. Pero en el fondo no estaba triste. Augusta contribuyó a mi serenidad diciéndome que hubiera estado mal que no acudiera yo a esa celebración de boda, porque antes de mi llegada había tenido la impresión de estar en un funeral. No había por tanto motivo alguno para el remordimiento a causa de mi actitud. Después supe que una sola cosa no me había sido perdonada: ¡la mirada que había dirigido a Ada!

Cuando volvimos a vernos por la tarde, Ada me alargó su mano con una ansiedad que incrementó la mía. Tal vez en su conciencia pesaba aún esa fuga que había resultado bien poco amable por



su parte. También mi mirada había sido una acción enteramente reprobable. Recuerdo con exactitud el movimiento que mis ojos ejecutaron y podía entender que no pudiese olvidar esa mirada quien se había visto enteramente atravesada por ella. Era preciso compensar ese gesto con una actitud cuidadosamente fraternal.

Se suele decir que cuando se sufren los efectos del exceso de alcohol no hay nada mejor que beber algo más de alcohol. Yo, esa mañana, fui a reponerme a casa de Carla. Fui a verla precisamente por el deseo de vivir más intensamente y ése es el deseo que vuelve a llevar al alcohol pero, mientras me dirigía a su casa, hubiera querido que Carla me proporcionase una intensidad de vida muy diferente que la del día anterior. Me acompañaban unos propósitos poco definidos pero honestos todos ellos. Sabía que no podría dejarla de manera inmediata, pero sí que podía encaminarme hacia ese gesto tan moral poco a poco. De momento pensaba seguirle hablando de mi mujer. En mi abrigo llevaba otro sobre con dinero por si pudiera ser útil en caso de necesitarlo.

Llegué a casa de Carla y un cuarto de hora después me reprendió con unas palabras que, por lo acertadas que resultaban, resonaron durante largo tiempo en mis oídos: «¡Qué rudo eres en el

amor, tú!»). No soy consciente de haberlo sido precisamente entonces. Había empezado a hablarle de mi mujer, y las alabanzas que había tributado a Augusta habían sonado en los oídos de Carla como otros tantos reproches dirigidos a ella.

Fue después ella quien me hirió. Para pasar el rato, le había contado lo fastidioso que el banquete me había resultado, especialmente a causa de un brindis que había pronunciado y que había resultado completamente disparatado. Carla hizo notar:

—Si tú amases a tu mujer no te equivocarías al pronunciar los brindis en la mesa de la casa de su padre.

Llegó hasta a darme un beso como recompensa del escaso amor que tributaba a mi mujer.

Lo cierto es que el mismo deseo de intensificar mi vida que me había llevado al lado de Carla me volvería a llevar enseguida al lado de Augusta, la única con la que podía hablar de mi amor hacia ella. La ración de vino que me había administrado como cura contra el exceso de vino de la noche anterior me resultaba ya pesada y quería ya un vino completamente diferente. Ese día en

cambio mi relación con Carla tenía que adquirir perfiles más amables; tenía que adornarse finalmente con la simpatía que — como llegué a saber después— la pobre joven merecía. Carla me había ofrecido repetidas veces cantarme una composición sobre la que deseaba oír mi opinión, pero yo no había querido saber nada de ese canto del que no me interesaba ya ni siquiera su ingenuidad. Le dije que, dado que se negaba a seguir estudiando, no merecía la pena seguir cantando.

La que le dirigí era desde luego una ofensa muy grave y ella acusó el golpe con dolor. Sentada junto a mí, para esconder sus lágrimas, miraba inmóvil sus manos que tenía entrelazadas en su regazo. Reiteró su reproche inicial:

—¡Qué rudo serás con aquellos a quienes no quieras, si lo eres tanto conmigo! Soy un buen tipo y esas lágrimas me enternecieron hasta el punto de que le pedí

a Carla que desgarrara mis oídos con su elevada voz, en esa habitación tan

pequeña. Ella ahora pretendía no tener ya ganas de hacerlo y me vi obligado a amenazar con irme si no se me complacía. Tengo que confesar que me pareció, por un instante, haber encontrado

un sistema para recuperar mi libertad al menos de manera temporal, pero, ante la amenaza, mi humilde sierva se encaminó con los ojos bajos a sentarse delante del piano. Dedicó al recogimiento un breve instante y se pasó una mano delante de la cara como si quisiera despejarla de toda posible nube. Lo consiguió con una prontitud que me sorprendió, y su cara, cuando esa mano se retiró, no recordaba en absoluto el dolor que antes la había afligido.

Recibí de inmediato una gran sorpresa. Carla recitaba su canción; la narraba, no la gritaba. Los gritos —como más tarde me aclaró— habían sido una imposición de su maestro; ahora se había deshecho de ellos igual que del maestro. La cancioncilla triestina:

Fazzo l'amor xe vero  
Cossa ghe xe de mal  
Volé che a sedes'ani  
Stio là come un cocal...[24]

es una especie de relato o confesión. Los ojos de Carla brillaban de malicia y revelaban incluso más que las mismas palabras. No cabía temer ninguna lesión en el tímpano y me acerqué a ella,

sorprendido y encantado. Me senté junto a ella y ella me recitó la canción precisamente a mí, entrecerrando los ojos para decirme, con la nota más pura y más leve, que esos dieciséis años deseaban la libertad y el amor.

Por primera vez vi la carita de Carla con exactitud: un óvalo de líneas muy puras interrumpido por la profunda y arqueada cavidad de los ojos y los tenues pómulos; y con una nívea blancura que intensificaba aún más la pureza de ese contorno, ahora que ella tenía la cara orientada hacia mí y hacia la luz, y ahora que, por este motivo, ninguna sombra la cubría. Y esas líneas dulces en esa carne que parecía transparente y ocultaba con tanta precisión la sangre y las venas, demasiado débiles tal vez para poder mostrarse, reclamaban afecto y protección.

Ahora estaba listo para concedérselos, incondicionalmente e incluso en el momento en el que me sintiera dispuesto a regresar al lado de Augusta, porque Carla en ese instante no reclamaba ya más que un afecto paternal que yo podía concederle sin traicionar. ¡Qué gusto! ¡Me quedaba allí con Carla, le concedía lo que su carita oval pedía y no me alejaba de Augusta! Mi afecto por Carla se ennobleció. A partir de entonces, cuando precisaba yo pureza y

honestidad, no tuve ya que abandonarla, me pude quedar con ella y cambiar de conversación.

De esta nueva dulzura ¿era responsable su carita oval que yo entonces acababa de descubrir o su talento musical? ¡Un talento innegable! La extraña canción triestina acaba con una estrofa en la que la misma jovencita proclama ser vieja ya y estar maltrecha y no necesitar otra libertad que la de morir. Carla seguía desprendiendo malicia y aun deleite en esas tristes líneas; seguía siendo la juventud en ella la que actuaba fingiéndose vieja para mejor proclamar, desde ese nuevo punto de vista, sus derechos.

Cuando concluyó y me encontró entregado a admirarla, también ella por primera vez, además de amarme, me quiso de manera auténtica. Sabía que esa cancioncilla a mí me gustaría más que el canto que le enseñaba su maestro:

—Es una pena —añadió con tristeza— que, a no ser que se quiera ir por los cafés chantants, no se pueda sacar de esto lo necesario para vivir.

La convencí fácilmente de que no era ésa la situación. Había en este mundo

muchas grandes artistas que recitaban y no cantaban.

Ella quiso que le diera algunos nombres. Le encantaba saber cuán importante hubiera podido llegar a ser su talento.

—Yo sé —comentó ingenuamente— que este canto es bastante más difícil que el otro, que sólo requiere gritar dando alaridos.

Yo sonreí y no discutí. Su especialidad era también difícil sin duda y ella lo sabía porque era su único talento. Esa cancioncilla le había costado un larguísimo estudio. La había repetido mil veces corrigiendo la entonación de cada palabra,

de cada nota. Ahora estaba estudiando otra, pero sólo tras algunas semanas estaría en condiciones de interpretarla. Antes no quería que nadie la oyera.

Se sucedieron a continuación deliciosos momentos en esa habitación donde hasta entonces no se habían producido más que escenas de brutalidad. Ante Carla se abría una carrera: una carrera que me permitiría librarme de ella y ¡muy parecida además

a la que Copler había soñado! Le propuse buscar un maestro y ella, en

un primer momento, se asustó ante esa palabra, pero después se dejó convencer con facilidad cuando le declaré que era posible buscarlo quedando siempre ella en libertad de despedirle en caso de encontrarle aburrido o poco útil.

También con Augusta me sentí muy bien aquel día. Mi ánimo estaba tan tranquilo como si hubiera regresado de un paseo y no de casa de Carla, o como hubiera podido tenerlo el pobre Copler cuando abandonaba esa casa los días en que no se le habían presentado motivos de enfado. Gocé de esta especial sensación como si de un oasis se tratara. Para mí y mi salud hubiera resultado muy grave que toda mi larga relación con Carla se hubiese de desarrollar en un estado de perpetua inquietud. Desde aquel día, como resultado de la belleza estética, todo transcurrió de manera más tranquila, con oportunas ligeras interrupciones necesarias para reavivar tanto mi amor por Carla como por Augusta. Cada una de mis visitas a Carla era indudablemente una traición hacia Augusta, pero todo quedaba enseguida olvidado en un baño de salud y buenos propósitos. Tal tipo de propósitos no eran ya brutales y excitantes como cuando se quedaba atravesado en mi garganta el deseo de declararle a Carla que no volvería a verla. Yo era ahora dulce y paternal: ahora pensaba en



su carrera otra vez. Abandonar cada día a una mujer para correr tras ella el día después hubiera representado una pesada carga que mi corazón no hubiera podido resistir. Así, en cambio, Carla seguía estando en mi poder y yo la encaminaba hacia diferentes direcciones.

Durante algún tiempo mis buenos propósitos no fueron tan fuertes como para llevarme a recorrer toda la ciudad en busca de un maestro que se adecuase a las necesidades de Carla.

Me entretenía en la representación de mi buen propósito sin moverme de mi asiento. Después, un buen día, Augusta me confió su convicción de estar a la espera de un hijo y entonces mi propósito, por un instante, adquirió gigantescas proporciones y Carla tuvo por fin a su maestro.

Había dudado tanto también porque era evidente que, incluso sin el maestro, Carla había sabido encaminar su esfuerzo hacia un trabajo auténticamente serio en su nuevo arte. Cada semana estaba en condiciones de recitar una nueva canción, cuidadosamente analizada en la interpretación del gesto y la entonación. Algunas notas requerían un mayor pulido, pero tal vez

hubieran acabado por encontrar por sí mismas un mayor afinamiento. Una prueba decisiva de que

Carla era una auténtica artista la observaba yo en la manera en que perfeccionaba continuamente sus canciones sin llegar a renunciar nunca a los rasgos más sabios de que ella había sabido apropiarse desde el primer instante. Le sugerí a menudo que volviese a interpretarme su primer trabajo y en cada ocasión notaba algún acento nuevo y eficaz. Dada su ignorancia, era maravilloso que en su gran esfuerzo por descubrir una intensa expresión no se le hubiera ocurrido nunca añadir a la canción sonidos falsos o exagerados. Como una verdadera artista, cada día añadía una pequeña piedra más al pequeño edificio y todo lo demás permanecía intacto. La canción no resultaba estereotipada, pero sí el sentimiento que la dictaba. Carla, antes de cantar se pasaba siempre la mano por la cara y detrás de esa mano se creaba un instante de recogimiento que resultaba suficiente para que se sumergiera en la pequeña comedia que tenía que construir:

una comedia que no era siempre pueril. El irónico mentor de

Rosina te xe nata in un casoto

amenazaba, pero no demasiado seriamente. Parecía que la cantante supiera que era una historia común. La idea de Carla era diferente, pero acababa por llegar a la misma conclusión.

—Mi simpatía es hacia Rosina porque de lo contrario no valdría la pena cantar la canción —decía.

En alguna ocasión sucedió que Carla, sin saberlo, encendió mi amor por Augusta junto con mis remordimientos. Esto se produjo en todas las ocasiones en que Carla se permitió ofensivos avances contra la posición tan sólidamente ocupada por mi mujer. Carla seguía alimentando el deseo de tenerme con ella toda una noche entera; me confió que tenía la impresión de que, al no haber dormido

nunca uno junto al otro, estábamos menos unidos. Queriendo acostumbrarme a mostrarme más dulce con ella, no rechacé decididamente el complacerla, pero pensé casi siempre que no sería posible hacer algo así a menos que me resignara a encontrar a Augusta a la mañana siguiente en la ventana, donde con toda seguridad habría estado esperándome la noche entera. Además, ¿no hubiera sido esto una nueva traición a mi mujer? En ocasiones, es decir, cuando corría al lado de Carla lleno de deseo, me sentía inclinado a complacerla, pero inmediatamente después veía lo imposible e inapropiado de este gesto. De esta forma, no se llegó durante largo tiempo ni a eliminar la perspectiva del proyecto ni a realizarlo. Aparentemente se había producido un acuerdo, los dos coincidíamos en admitir que antes o después pasaríamos una noche entera juntos. Además ahora existía la posibilidad de hacerlo porque yo había conseguido convencer a Carla y a su madre de que despidieran a esos inquilinos que dividían en dos su casa y Carla disponía ya, por fin, de un dormitorio propio.

Sucedió entonces que, poco después de la boda de Guido, mi suegro cayó víctima de la crisis que habría de acabar con su vida y yo tuve la imprudencia de contarle a Carla que mi mujer tenía que pasar una noche a la cabecera de su padre para permitir descansar a mi suegra. Desapareció toda posibilidad de poderme

librar del compromiso; Carla pretendió que pasara con ella esa misma

noche que tan dolorosa tenía que resultarle a mi mujer. No encontré el valor para rebelarme ante ese capricho y consentí con un gran pesar interior.

Me preparé para el sacrificio. No fui a casa de Carla por la mañana y así corrí a su casa por la noche con pleno deseo, diciéndome también que era infantil que creyera que traicionaba a Augusta más gravemente sólo porque la traicionaba en un momento en el que ella, por otras causas, estaba sufriendo. Por ello, llegué casi a impacientarme porque la pobre Augusta me entretenía para explicarme

qué tenía que hacer para encontrar las cosas que pudiera necesitar para la cena, la noche y el desayuno de la mañana siguiente.

Carla me recibió en el estudio. Poco después la que era su madre y su criada nos sirvió una pequeña cena exquisita a la que yo añadí los dulces que había comprado. La vieja volvió después para retirar la mesa y yo realmente hubiera querido acostarme enseguida, pero la verdad es que era demasiado temprano y Carla me convenció para que la oyera cantar. Interpretó todo su repertorio y fue ésa la parte mejor de todas aquellas horas,

porque la ansiedad con la que esperaba a mi amante aumentaba el placer que siempre me habían producido las canciones de Carla.

—De haber un público te cubriría de flores y de aplausos —le dije en un determinado momento, olvidando que hubiera sido imposible conseguir que todo un conjunto de personas llegara a encontrarse en el estado de ánimo en que me encontraba yo.

Nos acostamos por fin en la misma cama en una pequeña habitación estrecha y carente de todo adorno. Parecía un pasillo interrumpido por una pared. No tenía sueño aún y me desesperaba el pensamiento de que, si lo hubiera tenido, no habría podido dormir con tan poco aire a mi disposición.

La voz tímida de su madre llamó a Carla. Ella, para contestar, se acercó al umbral y lo entreabrió. Oí cómo, con voz impaciente, preguntaba a la vieja qué quería. Tímidamente su madre dijo unas palabras de las que no entendí el sentido y entonces Carla gritó antes de cerrarle la puerta en las narices:

—¡Déjame en paz! ¡Ya te he dicho que esta noche duermo aquí!

Es así como supe que Carla, atormentada por la noche por el miedo, seguía durmiendo en su antiguo dormitorio con su madre, donde tenía otra cama, mientras que aquel en el que teníamos que dormir se quedaba vacío. Sin duda era el miedo lo que le había llevado a obligarme a jugarle esa mala pasada a Augusta. Confesó con un malicioso regocijo que no compartí que conmigo se sentía más segura que con su madre. Esa cama cerca de ese cuarto de estudios solitario me dio qué pensar. No sabía que estuviera allí. ¡Estaba celoso! Poco después me mostré despreciativo también por la actitud que Carla había tenido con su pobre madre. Carla resultaba bastante diferente a Augusta, que había renunciado a mi compañía por cuidar a sus padres. Soy especialmente sensible ante las faltas de respeto hacia los padres, yo, que había soportado con tanta resignación los antojos de mi pobre padre.

Carla no pudo advertir ni mis celos ni mi desprecio. Eliminé las manifestaciones de celos recordando que no tenía ningún derecho a estar celoso dado que pasaba una buena parte de mis jornadas deseando que alguien me quitara a mi amante. No tenía tampoco ningún sentido mostrar mi desprecio hacia la pobre joven ahora que me entretenía ya, de nuevo, con el pensamiento de abandonarla definitivamente, y a pesar de que mi desprecio se viera incrementado también por las razones que poco antes habían provocado mis celos. Lo que hacía falta era alejarse cuanto

antes de esa pequeña habitación que no contenía más que un metro cúbico de aire, y muy caliente, además.

Tampoco recuerdo bien el pretexto de que me serví para irme enseguida. Me volví a vestir con prisas mientras hablaba de una llave que había olvidado entregar a mi mujer de tal forma que, si ella lo precisara, no podría entrar en casa. Enseñé la llave que no era otra que la que siempre solía llevar en los bolsillos, pero que mostré como la prueba tangible de la verdad de mis

afirmaciones. Carla no intentó siquiera retenerme; se vistió y me acompañó hasta abajo para que tuviera luz. En la oscuridad de las escaleras, me pareció que me miraba con una expresión inquisitiva que me inquietó: ¿estaba empezando a entender cómo era yo? No era tan sencillo, dado que yo sabía disimular tan bien. Para agradecerle que me dejara marchar, seguía aplicando mis labios cada dos

por tres a sus mejillas y simulaba estar penetrado todavía por el mismo entusiasmo que me había llevado hasta ella. No me quedó después ninguna duda del éxito que mi simulación había logrado. Poco antes, con inspiración fruto del amor, Carla me había dicho que Zeno, el feo nombre que mis padres me habían propinado, no era desde luego el que correspondía a mi persona. En su opinión mi nombre debería ser Dario y allí, en la oscuridad del zaguán, se



despidió ahora de mí dándome ese apelativo. Advirtió que el tiempo amenazaba lluvia y se ofreció a traerme un paraguas. Yo no podía, de ninguna manera, aguantarla ni un minuto más y me alejé conservando aún en mi mano la llave en cuya autenticidad empezaba a creer también yo.

Deslumbrantes resplandores interrumpían a intervalos la oscuridad de la noche.

El bramido de los truenos parecía muy lejano y el aire resultaba aún tan tranquilo y sofocante como el de la habitación de Carla. Hasta los escasos goterones que caían resultaban tibios. Desde arriba, se cernía evidente una amenaza y me puse

a correr. Tuve la suerte de encontrar en la Corsia Stadion un portal aún abierto e iluminado en el que me refugié justo a tiempo.

Inmediatamente después el chaparrón se abatió sobre la calle. El sonido de la lluvia se vio interrumpido por una furiosa ventolera que pareció que arrastrara consigo al trueno, cuya descarga

pareció de repente muy cercana. ¡Me estremecí! ¡Hubiera resultado auténticamente comprometedor acabar muerto por un rayo, a esa hora, en la Corsia Stadion! Menos mal que mi mujer no ignoraba la caprichosa inclinación que podía llevarme a correr hasta allá de noche y, hasta para una situación como la presente, cabía la posibilidad de una excusa.

Tuve que quedarme en ese portal durante más de una hora. Cada dos por tres parecía que el tiempo quería recobrar la calma cuando, en cambio, arreciaba su furor añadiendo nuevas manifestaciones. Ahora granizaba. Se había acercado a hacerme compañía el portero de la casa y tuve que entregarle algunas monedas para que aplazara el cierre del portal. Después, un señor vestido de blanco que chorreaba agua, viejo, delgado y enteco. No he vuelto a verle nunca más, pero no puedo olvidarle por el resplandor de sus ojos, la energía que desprendía toda su menuda figura. Lanzaba imprecaciones, quejándose de lo mojadas que estaban sus ropas.

Siempre me ha gustado entretenerme con la gente que no conozco. Me siento con estas personas sano y seguro. Me resulta hasta relajante. Tengo sólo que prestar atención y no cojear, y estoy a salvo.

Cuando por fin el tiempo se calmó, me dirigí enseguida no a mi casa sino a la de mi suegro. En aquel momento me parecía que era urgente estar presente en el momento en que se pasara lista y jactarme de estar allí.

Mi suegro se había dormido y Augusta, a la que ayudaba una monja, pudo prestarme atención. Me dijo que había hecho bien en acudir y se arrojó, llorando, entre mis brazos. Había visto sufrir a su padre de una manera horrible.

Advirtió que yo estaba mojado. Hizo que me sentara en un sillón y me tapó con unas mantas. A continuación y durante un rato se pudo quedar a mi lado. Yo estaba muy cansado y, a pesar de ser corto el tiempo que ella permaneció a mi lado, tuve que luchar contra el sueño. Me sentí muy inocente porque de momento había conseguido no traicionarla quedándome lejos del domicilio conyugal durante toda una noche. Tan reconfortante resultaba mi inocencia que intenté incrementar esa sensación. Empecé a decir unas palabras que se parecían a una confesión. Le dije que me sentía débil y culpable y, dado que en ese instante ella me miró demandando alguna explicación, volví a esconder de inmediato la cabeza en el agujero y, entregándome a la filosofía, le dije que ese sentimiento de culpa yo lo tenía ante cada uno de mis pensamientos, cada vez que respiraba.

—Eso es lo que sienten también las personas religiosas —dijo Augusta—.

¡Puede que sean las culpas que ignoramos las causantes de este castigo!

Decía palabras apropiadas para acompañar las lágrimas que no dejaba de derramar. Me pareció que no había entendido bien la diferencia que había entre mi pensamiento y el de las personas religiosas, pero no quise discutir y con el monótono sonido del viento que había adquirido más intensidad y con la tranquilidad que me daba también ese impulso de confesión que había tenido, conseguí conciliar un largo sueño reparador.

Cuando hubo que arreglar el asunto del maestro de canto, todo alcanzó una feliz solución en pocas horas. Yo lo había elegido desde hacía tiempo y, a decir verdad, me había inclinado por él porque era el maestro más barato de Trieste. Para no comprometerme fue la propia Carla la que fue a hablar con él; yo no llegué a verle nunca, pero tengo que decir que ahora es mucho lo que sé de él y es una de las personas que más aprecio en esta vida. Debe de tratarse de un inocente y sano sujeto, lo que resulta extraño en el caso de un artista que vivía dedicado a su arte, este Vittorio Lali; un hombre, en definitiva, envidiable, tanto por su genialidad como por su salud.

De momento noté enseguida que la voz de Carla se suavizó y se volvió más flexible y más segura. Temíamos que el maestro le impusiera una pesada tarea, como había hecho el que anteriormente eligió Copler. Tal vez él se adaptó a los deseos de Carla, pero el hecho es que se mantuvo siempre en la línea que ella prefería. Hasta que no pasaron muchos meses, Carla no advirtió que se había alejado ligeramente de su timbre anterior, afinándose. Ya no cantaba las canciones triestinas y después ni siquiera las napolitanas, sino que había pasado a antiguas canciones italianas y a Mozart y a Schubert. Recuerdo especialmente una canción de cuna atribuida a Mozart, y en los días en que de manera más aguda siento la tristeza de la vida y echo de menos a esa inexperta joven que fue mía y que no amé, esa canción de cuna suena en mis oídos como un reproche. Vuelvo a ver a Carla entonces bajo el disfraz de una madre que saca de su pecho

los sonidos más dulces para conquistar el sueño de su hijo. Y sin embargo Carla,

que había sido una amante inolvidable, no podía ser una buena madre dado que era una mala hija, pero se ve que saber cantar como una madre es una cualidad que consigue encubrir todas las demás.

Fue Carla quien me contó la historia de su maestro. Había seguido algunos años de estudio en el Conservatorio de Viena y había

llegado después a Trieste, donde había tenido la suerte de trabajar para nuestro mayor compositor local, que era ciego. Escribía sus composiciones al dictado, pero contaba también con la confianza del compositor, un reconocimiento que los ciegos, por otra parte, están obligados a otorgar por entero. Llegó a conocer así el compositor los propósitos del que sería el maestro de Carla, sus convicciones tan maduras y sus sueños, tan juveniles aún. Pronto el maestro acumuló en su alma toda la música, incluida la que le hacía falta a Carla. Ésta me describió también su aspecto; era joven, rubio, más bien robusto, descuidado en su indumentaria, con una camisa a veces poco planchada y no lavada, una corbata que debió de ser negra en algún momento, abundante y floja, un sombrero deformado de alas descomunales. Era hombre poco dado a hablar —a tenor de lo que Carla me decía, y tengo que creerla porque pocos meses después se volvió con ella charlatán y ella enseguida me comunicó este cambio— y enteramente dedicado a cumplir el cometido que había asumido.

Enseguida el horario de mi habitual jornada sufrió nuevas complicaciones. Por la mañana llevaba a casa de Carla, además de amor, también unos amargos celos, que llegaban a ser mucho menos amargos en el curso de la jornada. Me parecía imposible que ese joven no se aprovechara de su deseable y fácil presa;

Carla parecía sorprendida de que yo pudiese pensar algo parecido, pero yo me sorprendía en igual medida al observar su sorpresa. ¿No se acordaba ya de cómo se habían producido los hechos en nuestro caso?

Un día llegué a su casa lleno de furiosos celos y ella asustada se declaró dispuesta a despedir enseguida al maestro. Yo creo que su miedo no se produjo sólo por el temor de poder llegar a verse sin mi apoyo, y lo sé porque en aquella época recibí por su parte manifestaciones de un afecto del que no puedo dudar y que me llevaron en ocasiones a momentos de extática felicidad, mientras que, cuando me encontraba en un estado de ánimo diferente, me fastidiaron, antojándoseme actos hostiles a Augusta a los que, muy en contra de mi voluntad, se me obligaba a asociarme. Su propuesta me desconcertó. Tanto si me encontraba en el momento del amor como en el del arrepentimiento, no quería aceptar un sacrificio por parte de Carla. Debía, a pesar de todo, existir alguna comunicación entre mis dos principales estados de ánimo y yo no quería disminuir mi ya escasa libertad de pasar de uno a otro. Por este motivo no podía aceptar la propuesta de Carla que, en cambio, consiguió hacerme más cauto, de tal manera que, incluso cuando los celos me llevaban a la exasperación, aprendí

a ocultarlos. Mi amor se volvió más fácil presa de la ira y acabó por considerar que, tanto cuando deseaba a Carla como cuando no la deseaba en lo más mínimo, Carla era un ser inferior. Ella, o bien me traicionaba o bien, como una única otra opción, no me interesaba en absoluto. Cuando no la odiaba, ni me acordaba de que existiera. Yo pertenecía al ambiente de salud y de honestidad en el que Augusta reinaba y junto a ella regresaba en alma y cuerpo en cuanto Carla me dejaba libre.

Dada la total sinceridad de Carla, yo sé exactamente durante cuán largo tiempo fue enteramente mía, y mis recurrentes celos de aquel entonces no pueden ser considerados más que la manifestación de un recóndito sentido de justicia. Antes o después tenía que pasarme lo que bien merecido me tenía. Primero se enamoró el maestro. Creo que el primer síntoma de su amor consistió en algunas palabras que Carla me repitió con aire de triunfo, considerando que señalaban su primer gran éxito artístico que la hacían merecedora de una alabanza por mi parte. Al parecer él le dijo que se había aficionado tanto a su tarea de maestro que, aun si ella no pudiera pagar sus clases, él seguiría impartíendoselas de manera gratuita. Yo le hubiera pegado una bofetada, pero enseguida me sobrepuse y también por mi parte pude fingir regocijo ante este auténtico triunfo suyo. Carla olvidó además enseguida el rictus que, en un primer momento, había



contraído mi cara como si hubiera hincado los dientes en un limón, y acogió con serenidad mis tardías alabanzas. El maestro le había contado todos sus asuntos privados, que no eran demasiados: música, miseria y familia. Su hermana había sido causa de grandes disgustos para él y él había sabido contagiar a Carla una gran antipatía por esa mujer que ella no conocía. Tal antipatía me parecía altamente comprometedora. En esos momentos se encontraban aplicados al estudio de unas canciones del maestro que me parecieron poca cosa tanto en los momentos en que amaba a Carla como cuando sentía su presencia en mi vida como una cadena. Puede ser, aun así, que fueran buenas a pesar de que yo después no las haya oído mencionar. Él ha dirigido después a diferentes orquestas en Estados Unidos y tal vez allí se canten esas canciones.

Un buen día Carla me contó que el maestro le había pedido que se casara con él y que ella le había rechazado. Entonces yo llegué a pasar un par de malos ratos verdaderamente atroces. El primero cuando sentí que me invadía tal ira que hubiera querido esperar al maestro para echarle a patadas. El segundo mal rato coincidió con el momento en que vi no poder encontrar la manera de conciliar la posibilidad de seguir adelante con mi enredo amoroso y esa boda que, en el fondo, era una cosa bien bonita y moral y una manera bastante más segura de

simplificar mi posición que la que representaba la carrera de Carla, una carrera que ella imaginaba habría de iniciarse teniéndome a su lado.

¿Por qué ese bendito maestro se habría acalorado de esa manera, y tan

temprano? Tras un año de relaciones, ya todo se había aplacado entre Carla y yo, hasta mi ceño cuando la dejaba. Mis remordimientos eran ahora más llevaderos

y, a pesar de que Carla no carecía de motivos para seguir definiéndome rudo en el amor, al parecer ya se había acostumbrado. Tenía que haberle resultado hasta fácil, porque yo no fui tan brutal como en los primeros días de nuestra relación y, una vez soportado ese primer exceso, el resto tuvo que parecerle, en

comparación, de lo más apacible.

Por ello incluso cuando Carla no me importaba ya tanto, me resultó entonces fácil imaginar que al día siguiente no me habría de agradar ir en busca de mi amante y no poder ya encontrarla. Claro que hubiera sido estupendo haber sabido entonces regresar junto a Augusta sin el habitual interludio con Carla, y en ese

momento yo me sentía muy capaz de hacerlo, pero antes preferí probar. Mi propósito por aquel entonces debió de ser más o menos el siguiente:

«Mañana le rogaré que acepte la proposición del maestro, pero en lo que a hoy respecta se lo impediré». Y con grandes esfuerzos seguí con mi conducta de amante. Ahora, al referirme a ello, tras haber registrado todas las fases de mi aventura, podría parecer que yo estaba entonces intentando que algún otro se casara con mi amante mientras ésta seguía siendo mía, algo que hubiera sido el criterio de un hombre más sagaz que yo y más equilibrado, aunque depravado en la misma medida también.

No es verdad, sin embargo; Carla tenía que casarse con el maestro, pero era éste un asunto que debía decidirse en un siempre postergado mañana. Por este motivo fue en ese momento cuando concluyó ese estado que yo obstinadamente sigo definiendo de inocencia. No era ya posible adorar a Carla durante un breve espacio de la jornada y después odiarla durante veinticuatro horas consecutivas y levantarme cada mañana, ignorante como un recién nacido, para volver a seguir en esa nueva jornada los mismos pasos que en las jornadas anteriores y sorprenderme de las aventuras que ese día aportaba, algo que bien hubiera

debido yo en cambio saber de memoria. Nada de esto era ya posible. Se perfilaba ante mí la posibilidad de perder para siempre a mi amante si no sabía controlar mi deseo de librarme de ella. ¡Enseguida domé ese deseo!

Fue así como el día en que ella ya no me importó, le hice a Carla una escena de amor que, por su furia y falsedad, se asemejaba a la que, presa del vino, había representado para Augusta aquella otra noche en el coche. Sólo que en esta ocasión faltaba el vino y yo acabé por conmoverme realmente ante el sonido de mis palabras. Le declaré que yo la amaba, que no podía ya quedarme sin ella y que, por otro lado, tenía la impresión de estar demandando por su parte el sacrificio de su vida, dado que no podía ofrecerle nada que pudiera igualar lo que Lali le ofrecía.

Fue desde luego una nueva nota en nuestra relación que tantas horas de amor había tenido. Ella escuchaba mis palabras con deleite. Tras largo rato de escucha se propuso convencerme de que no era necesaria tanta aflicción porque el maestro se hubiera enamorado. ¡Ella no estaba mínimamente interesada!

Yo se lo agradecí, con el mismo fervor que entonces no lograba ya conmoverme. Sentía un cierto peso en el estómago: evidentemente estaba más comprometido que nunca. Mi aparente fervor, en vez de menguar, se incrementó lo justo para que pudiera expresar algunas palabras de admiración hacia Lali. No quería desde luego perderle, quería conservarle, sólo que para un día después.

Cuando se trató de decidir si despedir o no al maestro, llegamos enseguida a un acuerdo. No era mi intención privarla, además que del matrimonio, de su carrera. Ella también confesó que mantener las clases era importante para ella; con cada lección comprobaba cuánto necesitaba su ayuda. Me aseguró que podía vivir tranquilo y confiado; ella me amaba a mí y a nadie más.

Evidentemente mi traición se había ampliado y extendido. Me había ligado a mi amante con una afectuosidad nueva que añadía nuevos vínculos e invadía un territorio hasta entonces reservado sólo a mi afecto legítimo. Sin embargo, una vez que llegaba a mi casa, incluso esta afectividad dejaba de existir y se volcaba en cambio, incrementada, en Augusta. Hacia Carla no sentía más que una honda desconfianza. ¡A saber si esa proposición de matrimonio era verdad! No me hubiera extrañado que un buen

día, sin haberse casado con ese otro, Carla me sorprendiera con un hijo dotado de grandes aptitudes musicales. Se reanudaron los férreos propósitos que me acompañaban hasta llegar a casa de Carla para abandonarme cuando estaba con ella y volver a asaltarme cuando aún no me había despedido de su lado. Asuntos sin consecuencias de ninguna índole.

Tampoco hubo otras consecuencias tras estas novedades. El verano pasó y se llevó consigo a mi suegro. Yo me vi después muy atareado con la nueva casa

comercial de Guido, donde trabajé más que en ningún otro lugar, incluidas las diferentes facultades universitarias a las que asistí. De esta actividad mía hablaré más adelante. Pasó también el invierno y después brotaron en mi pequeño jardín las primeras hojas verdes que no me vieron tan abatido como las del año anterior. Nació mi hija Antonia. El maestro de Carla seguía aún a disposición nuestra, pero Carla seguía sin estar interesada en su proposición de boda y yo tampoco, aún.

Se produjeron en cambio graves consecuencias en mis relaciones con Carla por hechos que verdaderamente no se hubieran debido considerar importantes. Pasaron casi inadvertidos y adquirieron relieve sólo a consecuencia de los efectos que dejaron.

Precisamente en los primeros albores de esa primavera, me vi obligado a aceptar ir a pasear con Carla al Jardín Público. Me parecía algo muy comprometido,

pero Carla deseaba tanto caminar de mi brazo bajo el sol, que acabé por complacerla. No había de sernos concedido vivir, ni siquiera durante breves instantes, como marido y mujer, y, de hecho, este intento también acabó mal.

Para mejor disfrutar del nuevo y templado aire que el cielo nos concedía mientras parecía que el sol había recuperado su imperio en él, nos sentamos en un banco. El jardín, en las mañanas de los días laborables, estaba desierto y a mí me parecía que, no moviéndome, el riesgo de ser visto disminuía. En cambio, apoyando su axila en una muleta, a pasos lentos pero agigantados, se acercó a nosotros Tullio, el de los cincuenta y cuatro músculos, y sin mirarnos se sentó justo a nuestro lado, después levantó la cabeza, su mirada se tropezó con la mía y me saludó:

—¡Cuánto tiempo! ¿Cómo estás? ¿Has conseguido estar menos ocupado? Se había sentado justo a mi lado y en el primer momento de sorpresa no me

moví para impedirle ver a Carla. Pero él, tras estrecharme la mano, me preguntó:

—¿Es tu señora?

Esperaba que le presentara. Me resigné:

—La señorita Carla Gerco, una amiga de mi mujer.

Seguí luego mintiendo y el mismo Tullio me ha contado después que la segunda mentira bastó para revelarlo todo. Con una sonrisa forzada, le dije:

—También la señorita se ha sentado en este banco por casualidad, sin verme.

El que miente debería tener presente que para que le crean hay que decir sólo las mentiras más estrictamente necesarias.

Con su buen sentido popular, cuando volvimos a coincidir, Tullio me dijo:



—Diste demasiadas explicaciones y por eso me di cuenta de que estabas mintiendo y de que esa bella señorita era tu amante.

Por entonces yo había ya perdido a Carla y con gran placer le confirmé que lo había adivinado todo, pero le conté con tristeza que posteriormente ella me había dejado. No dio crédito a lo que le contaba y yo se lo agradecí. Me parecía que su incredulidad era un buen auspicio.

Carla fue presa de un malhumor como yo no le había antes conocido. Ahora sé que desde ese momento empezó a tomar forma su rebelión. No me di cuenta de inmediato porque, por escuchar a Tullio que se había puesto a hablar de su enfermedad y de los tratamientos que iniciaba, yo le daba la espalda a Carla. Más tarde supe que una mujer, aun cuando consienta ser tratada con menos

cortesía en toda ocasión, excepto en ciertos instantes, no admite que se niegue en público su identidad. Ella manifestó su enfado sobre todo hacia el pobre cojo y

no hacia mí y no le contestó cuando Tullio le dirigió la palabra. Yo tampoco escuchaba a mi amigo porque, por el momento, el relato de sus tratamientos no me interesaba. Miraba sus pequeños ojos para lograr saber qué pensaba de ese encuentro. Sabía que él

estaba ya jubilado y que, al disponer de todos los días libres, podía fácilmente invadir con sus cotorreos todo el pequeño ambiente social de nuestra Trieste de aquel entonces.

Después, tras larga meditación, Carla se levantó para dejarnos.

Murmuró:

—Hasta la vista —e inició su camino.

Yo sabía que estaba enfadada y, sin dejar de prestar atención a la presencia de Tullio, intenté ganar el tiempo necesario para aplacarla. Le pedí permiso para acompañarla dado que la dirección que había yo de tomar era su misma dirección. Ese saludo seco por su parte representaba ni más ni menos que un abandono y fue aquélla la primera vez en la que seriamente temí que se produjera. Tan dura amenaza me dejaba sin aliento.

Pero la misma Carla no sabía aún hacia dónde se encaminaba con ese decidido paso suyo. Se limitaba a desahogar un momentáneo fastidio que, en un breve espacio de tiempo, la abandonaría.

Me esperó y después caminó a mi lado sin palabras. Cuando llegamos a casa, le acometió un ataque de llanto que no llegó a asustarme porque la llevó a refugiarse entre mis brazos. Le expliqué quién era Tullio y cuánto daño hubiera

podido producirme que él hablara de nuestro encuentro. Viendo que no dejaba de llorar, aún entre mis brazos, intenté usar un tono más decidido: ¿Es que quería acaso comprometerme? ¿No habíamos acaso dicho siempre que haríamos todo lo posible para ahorrar sufrimientos a esa pobre mujer que, a pesar de todo, era mi esposa y la madre de mi hija?

Pareció que Carla recapacitara, pero quiso quedarse sola para calmarse. Yo me apresuré a marcharme bastante contento.

Debió de ser por esta aventura, que se le ocurrió cada dos por tres querer aparecer en público como mi mujer. Parecía que, no queriendo casarse con el maestro, tenía la intención de obligarme a ocupar una mayor parte del lugar que a él le negaba. Me dio la lata durante mucho tiempo para que reservara dos localidades en un teatro que ocuparíamos viniendo cada uno por su lado para llegar a estar uno junto al otro como por casualidad. Con ella llegué a ir sólo, pero en repetidas ocasiones, al Jardín Público,

enclave emblemático de mis correrías, al que ahora llegaba yo desde el otro lado. ¡Más allá, no llegamos a ir

nunca! Por todo ello, mi amante acabó por parecerse demasiado a mí. Sin motivo alguno, a cada instante se enfadaba conmigo en estallidos de imprevista cólera. Enseguida modificaba su actitud, pero esos conatos bastaban para hacer que yo me volviera muy, pero que muy bueno y dócil. A menudo me la encontraba deshecha en lágrimas y nunca conseguía obtener de ella una explicación de su dolor; tal vez la culpa fue mía porque no insistí lo bastante como para conseguir esa explicación. Cuando la conocí mejor, es decir, cuando Carla me abandonó,

no precisé ya ninguna explicación. Carla, acuciada por su precaria situación, se había arrojado a una aventura conmigo, algo que mal se ajustaba a su naturaleza. Entre mis brazos se había hecho mujer, y —me gusta pensarlo así— una mujer honesta.

Naturalmente nada de esto hay que atribuirlo a algún mérito que me corresponda, tanto más que enteramente mío resultó, en cambio, el daño.

Se le antojó un nuevo capricho que, en un primer momento, me sorprendió e inmediatamente después me conmovió tiernamente: quiso llegar a ver a mi

mujer. Juraba que no se acercaría a ella y que actuaría de manera que Augusta no llegara a verla. Le prometí que cuando supiera

que mi mujer iba a realizar alguna salida a una hora fija, se lo comunicaría. Carla tenía que llegar a ver a mi mujer no cerca de nuestra casa, un lugar apartado donde un individuo puede llegar a resultar demasiado visible, sino en alguna calle de la ciudad llena de gente.

Por aquel entonces mi suegra se vio aquejada de una dolencia en la vista que le obligó a llevar vendados los ojos durante varios días. Se aburría terriblemente y, para animarla a seguir su tratamiento sin interrumpirlo, sus hijas se repartían la tarea de acompañarla: mi mujer por la mañana y Ada hasta las cuatro de la tarde. Con una repentina decisión le dije a Carla que mi mujer dejaba cada día la casa de mi suegra a las cuatro. Ni siquiera ahora sé con exactitud por qué presenté a Ada a Carla como si fuera mi mujer. Es verdad que yo, tras la proposición de matrimonio que le había hecho el maestro, sentía la necesidad de fortalecer el vínculo que tenía con mi amante y puede ser que creyera entonces que cuanto más guapa encontrase Carla a mi mujer, tanto más llegaría a apreciar al hombre que le sacrificaba (por así decirlo) a una mujer tan bella. Augusta en aquella época no era más que una buena y muy sana nodriza. Puede que en mi decisión influyera también la prudencia.

Tenía buenas razones para temer los cambios de humor de mi amante, y si ésta se hubiera dejado arrastrar a alguna acción inesperada ante Ada, no hubiera tenido importancia, dado que esta última me había ya dado pruebas de que nunca habría intentado difamarme ante mi mujer.

Si Carla llegara a ponerme en un compromiso ante Ada, le contaría todo y, a decir verdad, no sin una cierta satisfacción.

Mi política en cambio obtuvo un resultado realmente imprevisto. Llevado por una cierta ansiedad, acudí esa misma mañana a casa de Carla más temprano de

lo habitual. La encontré completamente cambiada desde el día anterior. Una gran seriedad había invadido el noble contorno de su carita. Quise besarla, pero me rechazó y después dejó que mis labios rozaran sus mejillas lo bastante como para convencerme de que la escuchara dócilmente. Me senté frente a ella al otro lado de la mesa. Ella, sin apresurarse demasiado, cogió una hoja de papel en la que había estado escribiendo hasta el momento de mi llegada y volvió a dejarla en medio de algunas partituras que había sobre la mesa. No presté atención a esa

hoja y sólo más adelante supe que era una carta que Carla estaba escribiendo al maestro.

Sin embargo, sé ahora que, incluso en ese momento, el ánimo de Carla estaba agitado por las dudas. Su seria mirada se detenía en mí indagadora y después la dirigía hacia la luz de la ventana para aislarse mejor y examinar su propio ánimo.

¡Quién sabe! Si hubiera adivinado mejor, de inmediato, todo aquello que se debatía en su interior, hubiera aún podido conservar a mi deliciosa amante.

Me habló de su encuentro con Ada. Había llegado a esperarla ante la casa de mi suegra y, cuando la vio llegar, la reconoció al instante.

—No había ninguna posibilidad de equivocarse. Tú me la habías descrito en sus rasgos más destacados. ¡Oh! ¡La conoces muy bien!

Calló por un momento para dominar la conmoción que le oprimía la garganta. Continuó después:

—Ignoro lo que haya podido pasar entre vosotros, ¡pero no quiero seguir traicionando a esa mujer tan guapa y tan triste! ¡Estoy

escribiendo al maestro de canto que estoy dispuesta a casarme con él!

—¡Triste! —grité yo sorprendido—. Te engañas, o puede que en esos momentos le hiciera daño algún par de zapatos demasiado estrechos.

¡Ada triste! Si siempre estaba riendo o sonriendo, también esa misma mañana en que la había visto por un momento en casa.

Pero Carla estaba mejor informada que yo:

—¡Zapatos estrechos! ¡Tenía los andares de una diosa cuando camina sobre las nubes!

Me siguió contando, cada vez más conmovida, que había conseguido que Ada le dirigiera una —¡oh!, ¡dulcísima!— palabra. A Ada se le había caído el pañuelo y Carla lo recogió y se lo devolvió. Su breve palabra de agradecimiento conmovió a Carla hasta el llanto. Hubo todavía algo más entre las dos mujeres. Carla afirmaba que Ada había advertido que ella estaba llorando y que se alejó de ella con mirada de solidaridad. Para Carla todo estaba



claro: ¡mi mujer sabía que yo la traicionaba y padecía por este motivo! De ahí su decisión de no volver a verme y de casarse con el maestro Lali.

¡No sabía cómo defenderme! Me resultaba fácil hablar con total antipatía de Ada pero no de mi mujer, la sana nodriza que no advertía lo que acontecía en mi ánimo, enteramente dedicada como estaba al desempeño de sus funciones. Pregunté a Carla si no había advertido lo dura que era la mirada de Ada, y si no se había dado cuenta de que su voz era baja y brusca, carente de toda dulzura. Para volver a conseguir el amor de Carla hubiera de buen grado atribuido a mi mujer muchos otros delitos, pero no era posible porque, desde hacía cerca de un año, con mi amante no hacía yo otra cosa que cantar sus alabanzas. Me salvé de otra manera. Fui yo mismo presa de una gran emoción que hizo que las lágrimas afloraran a mis ojos. Me parecía que tenía pleno derecho a compadecerme. Sin quererlo, me había metido en un avispero en el que me sentía terriblemente infeliz. Esa confusión entre Ada y Augusta era insoportable. La verdad era que mi mujer no era tan guapa y que Ada (era hacia ella hacia quien Carla sentía tanta compasión) se había portado muy mal conmigo. Por todo esto, Carla era verdaderamente injusta al juzgarme.

Mis lágrimas ablandaron a Carla:

—¡Querido Dario! ¡Cuánto bien me hacen tus lágrimas! Debe de haber habido algún malentendido entre vosotros y lo que importa ahora es aclararlo. No quiero juzgarte con demasiada severidad, pero no seguiré traicionando a esa mujer, ni quiero ser yo la causa de sus lágrimas. ¡Lo he jurado!

Muy en contra de su juramento Carla acabó por traicionarla una última vez. Hubiera querido despedirse de mí para siempre con un último beso, pero yo podía concederle ese beso sólo de una manera, de lo contrario me hubiera marchado lleno de rencor. Ella, por este último motivo, se resignó.

Murmurábamos los dos:

—¡Por última vez!

Fue un instante delicioso. La decisión que entre los dos habíamos tomado tenía una eficacia que conseguía borrar cualquier culpa. ¡Éramos inocentes y felices! Mi benévolo destino me había reservado un instante de perfecta felicidad.

Me sentía tan feliz que prolongué mi comedia hasta el momento de separarnos.

¡No volveríamos a vernos! Ella rechazó el sobre que yo seguía llevando en mi

bolsillo y no quiso ni siquiera un recuerdo mío. Había que borrar de nuestra nueva vida cualquier huella de nuestros pecados pasados. La besé entonces, paternalmente, en la frente, tal y como antes ella había querido.

Después, en las escaleras, me asaltó una duda porque el asunto estaba adquiriendo un tono muy serio, mientras que si hubiera contado con la seguridad de que ella al día siguiente estaría aún a mi disposición, mi pensamiento, orientado al futuro, no se hubiera presentado de manera tan inmediata. Carla, desde su rellano, me miraba mientras yo bajaba las escaleras, con alguna risa le grité:

—¡Hasta mañana!

Ella retrocedió sorprendida y casi asustada y se alejó diciendo:

—¡Nunca más!

Yo, aun así, me sentí aliviado por haber tenido el valor de decir las palabras que podían dejar abierto el camino a un último abrazo cuando la deseara de nuevo. Sin deseos ahora y exento de compromisos, pasé toda una bonita jornada con mi mujer y luego en la oficina de Guido. Tengo que decir que la falta de compromisos me aproximaba a mi mujer y a mi hija. Me sentía hacia ellas más cercano de lo habitual; no sólo amable sino un auténtico padre que ordena y dispone con serenidad, con toda su atención orientada a la casa. Mientras me iba a la cama me dije, con la fórmula de un propósito:

—Todos los días deberían parecerse a éste.

Antes de dormirse, Augusta sintió la necesidad de confiarme un gran secreto que su madre le había revelado ese mismo día. Unos días antes Ada había sorprendido a Guido mientras abrazaba a una de sus criadas. Ada había optado por mostrarse altiva, pero después la criada se había puesto insolente y Ada la había echado de casa. El día anterior habían esperado con ansia saber cómo Guido iba a tomarse el asunto. En caso de que se quejara, Ada pediría de inmediato la separación. Pero Guido se había reído y

alegado que Ada no había visto bien; incluso así, no se oponía a que, aun siendo inocente, esa mujer hacia la que sentía según él una sincera antipatía, se fuese de la casa. Al parecer las cosas se habían ahora serenado.

A mí me interesaba saber si Ada había visto visiones cuando había sorprendido a su marido en esa comprometida situación. ¿Cabía todavía dudarlo? Porque hay que recordar que cuando dos se abrazan, su postura es completamente diferente de la que se tiene cuando uno le limpia los zapatos al otro.

Me sentía de un humor excelente. Sentía hasta la necesidad de mostrarme justo y sereno al juzgar a Guido. Ada, desde luego, tenía una naturaleza celosa y podía haber sucedido que hubiese visto por ello las distancias más cortas y a las personas en diferente postura de como las vio.

Con voz acongojada Augusta me dijo que estaba segura de que Ada había visto bien y de que era ahora en cambio cuando, por demasiado afecto, juzgaba mal. Añadió:

—¡Cuánto mejor hubiera hecho en casarse contigo!

Yo, que cada vez me sentía más inocente, le di como obsequio la siguiente frase:

—¡Queda por ver que para mí hubiese sido mejor casarme con ella que contigo! Después, antes de dormirme, murmuré:

—¡Vaya canalla! ¡Manchar así su propia casa!

Era lo bastante sincero como para reprocharle exactamente esa parte de su acción que no tenía yo que reprocharme a mí mismo.

La mañana siguiente me levanté con un vivo deseo de que al menos esa primera jornada se pareciese exactamente a la precedente. Era probable que los deliciosos propósitos del día anterior no comprometieran a Carla más de lo que a mí me comprometían, y yo me sentía completamente libre de ellos. Habían sido demasiado bonitos para constituir un compromiso de ruptura. Claro que el ansia de saber qué es lo que de ellos pensaba Carla me invitaba a correr a su lado. Mi deseo hubiese sido el de hallarla lista para la realización de otro propósito exactamente igual que el que habíamos

consagrado el día antes. La vida se hubiera podido así seguir deslizando, llena de goces pero también de esfuerzos de mejora, y cada uno de mis días hubiera estado dedicado en gran medida al bien y, en una muy pequeña parte, al remordimiento.

El ansia persistía porque en todo aquel año tan rico de propósitos para mí, Carla sólo había tenido uno: demostrarme cuánto me quería. Lo había mantenido y había una cierta dificultad en inferir si ahora le sería fácil mantener el nuevo propósito que rompía el anterior.

Carla no estaba en casa. Fue una gran desilusión y me mordí las manos por la contrariedad que me causó. La vieja me hizo pasar a la cocina. Me contó que Carla regresaría a casa en el curso de la tarde. Le había dicho que comería fuera y por ese motivo en esa cocina no había ni siquiera esa pequeña lumbre que habitualmente ardía allí:

—¿No lo sabía? —me preguntó la vieja dilatando los ojos por la sorpresa. Pensativo y distraído, murmuré:

—Ayer me lo dijo. Pero no estaba seguro de que lo que Carla decía se refiriera a hoy.

Me fui tras haber saludado amablemente. Rechinaba los dientes, pero a escondidas. Necesitaba tiempo para adquirir el valor de enfadarme públicamente. Entré en el Jardín Público y paseé en él durante media hora a fin de tomarme el tiempo para comprender mejor las cosas. Estaban tan claras que no conseguía entender ya nada. De repente, sin piedad alguna, se me obligaba a respetar un propósito como el que yo me había forjado. Estaba mal, realmente mal. Cojeaba y luchaba contra una especie de ahogo. Me suelen aquejar ese tipo de ahogos: respiro bien, pero tengo que contar cada una de las inspiraciones porque tengo que hacerlas una detrás de otra, deliberadamente. Tengo la sensación de que si no prestara atención, me moriría asfixiado.

A esa hora hubiera tenido que ir a mi oficina o, mejor, a la de Guido. Pero no me resultaba posible alejarme así de ese lugar. ¿Qué haría después? ¿Qué diferente estaba resultando esa jornada de la anterior! ¿Si por lo menos conociera la dirección de ese maldito maestro que, a fuerza de cantar a mi costa, me había quitado a mi amante!



Acabé por volver al lado de la vieja. Encontraría una palabra que hacer llegar a Carla para convencerla de que volviera a verme. Lo más difícil era conseguir tenerla a tiro lo más pronto posible; el resto no ofrecería grandes dificultades.

Encontré a la vieja sentada junto a una ventana de la cocina, ocupada en remendar una media. Se quitó las gafas y, casi con temor, me dirigió una mirada interrogadora. ¡Yo dudé! Después le pregunté:

—¿Usted sabe que Carla ha decidido casarse con el señor Lali?

Me parecía estar contándome tal nueva a mí mismo. Carla me lo había comunicado dos veces por lo menos, pero yo el día anterior le había prestado poca atención. Esas palabras de Carla habían llegado a impactar contra mis orejas de manera indudable dado que yo las había recordado, pero se habían escurrido después sin llegar a penetrar más hondo. Ahora es cuando estaban llegando a mis entrañas, que se retorcían de dolor.

La vieja me miró dudando también ella. Con toda seguridad tenía miedo de cometer alguna indiscreción que pudiera serle después reprochada. Estalló después, en una demostración de alegría:

—¿Se lo ha dicho Carla? ¡Entonces tiene que ser verdad! ¡Yo creo que le haría mucho bien! ¿Qué piensa usted?

Ahora reía abiertamente, la maldita vieja, a la que siempre había creído yo informada de mis relaciones con Carla. Le hubiera pegado de buena gana, pero después me limité a decirle que antes yo esperarí a que el maestro se hubiese labrado una posición. A mí, en definitiva, me parecía que el asunto era algo precipitado.

En su alegría la señora, por primera vez, se volvió locuaz conmigo. No compartía mi opinión. Al casarse joven, había después que acabar la carrera tras haber contraído matrimonio. ¿Qué sentido tenía hacerla antes? Carla era tan parca en sus gastos. Su voz, ahora, costaría menos, dado que su marido sería también su maestro.

Estas palabras que podían representar un reproche frente a mi avaricia, me sugirieron una idea que me pareció magnífica y que, por el momento, me alivió. En el sobre que seguía llevando en el bolsillo delantero de mi chaqueta, tenía que haber ya una bonita

suma. Lo saqué del bolsillo, lo cerré y se lo entregué a la vieja para que se lo diese a Carla. Tenía también tal vez el deseo de pagar por

fin de manera decorosa a mi amante, pero el deseo más intenso era el de volver a verla y conseguir volver a tenerla. Carla accedería así a volver a verme tanto en

el caso de que quisiera devolver ese dinero como en el caso de que quisiera quedárselo, porque se sentiría entonces en la obligación de agradecerme. Volví a respirar: ¡no se había acabado todo para siempre!

Le dije a la vieja que el sobre contenía algo de dinero sobrante de la cantidad que

para ellas me habían entregado los amigos del pobre Copley.

Después, mucho más tranquilo, le indiqué que le dijera a Carla que yo seguiría en adelante siendo el mejor de los amigos siempre y que, si ella llegara a necesitar algún apoyo, podría con toda libertad dirigirse a mí. De esta manera pude dejarle mi dirección, que era la de la oficina de Guido.

Me marché con un paso mucho más elástico que el que me había conducido hasta allí.

Ese día sin embargo tuve una violenta discusión con Augusta, por un motivo insignificante. Le dije que la sopa estaba demasiado salada y ella sostuvo la pretensión de que tal cosa no era cierta. Sufrí un loco acceso de ira porque me pareció que se estaba burlando de mí y tiré del mantel hacia mí de manera que todo lo que sobre él estaba acabó por tierra. La niña, que estaba en brazos de la niñera, se puso a llorar, algo que me mortificó terriblemente porque parecía que su pequeña boca me reprendiera. Augusta palideció de la forma que ella sabe hacerlo, cogió en brazos a la niña y salió. A mí me pareció que la de ella también era una reacción exagerada: ¿pretendía dejarme comer solo como un perro? Pero enseguida ella, sin la niña, volvió a entrar, ordenó otra vez las cosas en la mesa y se sentó delante de su plato en el que llegó a remover la cuchara como si se dispusiese a comer.

Yo, para mis adentros, maldecía, pero a esas alturas sabía ya que había actuado como un juguete en mano de fuerzas desencadenadas de la naturaleza. La naturaleza, que no encontraba ninguna dificultad para reunirlos, menos aún encontraba límites a la hora de darles rienda libre. Mis blasfemias estaban encaminadas ahora contra Carla, que fingía actuar sólo en beneficio de mi mujer. Pues bien, ¡ése era el resultado!

Augusta, según un sistema al que hasta ahora sigue permaneciendo fiel, cuando me ve en esas condiciones, no protesta, no llora, no discute. Cuando yo mansamente me dispuse a presentarle mis excusas, ella quiso aclarar un extremo: no se había reído, había sólo sonreído de la misma forma que yo en tantas otras ocasiones había encontrado encantadora y de la que tantas veces había yo alardeado.

Me avergoncé profundamente. Supliqué que volvieran a traer a la niña y cuando la tuve entre mis brazos jugué largo rato con ella. Hice que se sentara detrás de mi cabeza y, debajo de su vestidito que me cubría la cara, sequé mis ojos

inundados con las mismas lágrimas que Augusta no había querido derramar. Seguí jugando con la niña, sabiendo que así, sin rebajarme a presentar excusas, conseguía volver a acercarme a Augusta y, de hecho, sus mejillas recuperaron su color habitual.

Después, también aquel día acabó muy bien y la tarde se pareció a la del día anterior. Era lo mismo que si por la mañana hubiese encontrado a Carla en su lugar acostumbrado. No me había faltado un desahogo. Había pedido repetidas veces perdón porque tenía que conseguir que Augusta volviese a la sonrisa

maternal que me otorgaba cuando decía o llevaba a cabo alguna de mis caprichosas extravagancias. Hubiera sido terrible que se viera forzada a adoptar en mi presencia alguna concreta actitud o que tuviese que suprimir ni siquiera

una de sus habituales sonrisas afectuosas que me parecían el juicio más completo y benévolo que se podía dar sobre mí.

Por la noche volvimos a hablar de Guido. Al parecer la paz de Ada era completa y Augusta se sorprendía al ver la bondad de su hermana. En esta ocasión, en cambio, era yo quien sonreía porque era evidente que ella no recordaba su propia bondad, que era enorme. Le pregunté:

—Y si yo mancillara nuestro hogar ¿no me perdonarías tú? Ella vaciló:

—Nosotros tenemos a nuestra hija —exclamó—, mientras que Ada no tiene niños que la aten a ese hombre.

A ella no le gustaba Guido; creo que tal vez le guardaba rencor porque me había hecho sufrir.

Pocos meses después, Ada le regaló a Guido dos hijos gemelos y Guido nunca llegó a entender por qué le felicitaba yo de manera tan calurosa. Teniendo dos hijos, según el criterio de Augusta, las criadas de la casa podían llegar a ser suyas sin peligro para él.

A la mañana siguiente, sin embargo, cuando en la oficina encontré sobre mi mesa, en un sobre, mi dirección con la caligrafía de Carla, respiré. Nada por tanto se había acabado y podía yo seguir viviendo armado de todos los elementos necesarios. En pocas palabras Carla me daba cita para las once de la mañana en el Jardín Público, en la puerta que estaba frente a su casa. Nos veríamos no en su habitación, pero sí en un lugar muy cercano a ésta.

No pude esperar y llegué a la cita un cuarto de hora antes. Si Carla no hubiera estado en el lugar indicado, yo me habría ido todo derecho a su casa, lo que habría resultado mucho más cómodo.

También ése era un día lleno de la nueva primavera, dulce y luminosa. Cuando dejé atrás la ruidosa Corsia Stadion y entré en el Jardín, me encontré en el silencio del campo, que no se puede

considerar que llegue a interrumpir el leve y continuo susurrar de los árboles acariciados por la brisa.

Con paso ligero, me disponía a salir del Jardín cuando Carla vino a mi encuentro. Tenía mi sobre en la mano y se acercaba a mí sin una sonrisa de saludo, es más, con una rígida decisión dibujada en su pálida carita. Llevaba un sencillo vestido de tela de grueso tejido atravesado por rayas azules, que le sentaba muy bien. Parecía también ella un elemento del Jardín. Más tarde, en los momentos en que más la odié, le adjudiqué la intención de haberse vestido de

esa manera para hacerse más deseable en el mismo momento en que me rechazaba. Lo que la vestía, en cambio, era el primer día de la primavera. Hay también que recordar que en el curso de mi largo y brusco amor, el aderezo de que hiciera gala mi amante había tenido muy poca importancia. Yo me había dirigido siempre a la misma habitación de estudio y las mujeres modestas son realmente muy sencillas cuando se quedan en casa.

Carla me alargó su mano, que yo estreché diciéndole:

—Te agradezco que hayas venido.



¡Cuánto más decoroso hubiera resultado para mí que durante todo aquel coloquio me hubiera limitado a este tono tan comedido!

Carla parecía conmovida y, cuando hablaba, una especie de convulsión hacía que sus labios temblaran. Algunas veces también mientras cantaba ese movimiento

de los labios le impedía articular la nota. Me dijo:

—Querría complacerte y aceptar este dinero por tu parte, pero no puedo, decididamente no puedo. ¡Te lo ruego, quédatelo!

Viendo que estaba cercana al llanto, la complací enseguida cogiendo el sobre que luego encontraría en mi mano, mucho tiempo después de haber abandonado

aquel lugar.

—¿Realmente no quieres volver a saber nada de mí?

Hice esta pregunta sin pensar que ella la había ya contestado el día antes. ¿Pero era posible que, tan deseable como me parecía, se negase a entregarse a mí?

—¡Zeno! —respondió la muchacha no sin dulzura—. ¿No habíamos prometido que no nos volveríamos a ver? Tras esa promesa nuestra he contraído compromisos no diferentes a los que tú tenías ya antes de conocernos. Son tan sagrados como los tuyos, y espero que a estas alturas tu mujer se haya ya dado cuenta de que eres enteramente suyo.

En sus pensamientos seguía por tanto teniendo importancia la belleza de Ada. Si yo hubiera estado seguro de que su abandono había sido causado por la visión de Ada, hubiera tenido una forma de poner remedio. Le hubiera dicho que Ada no era mi mujer y le hubiera dejado ver a Augusta con su ojo torcido y su figura de sana nodriza. ¿Pero no eran ya a estas alturas más importantes los compromisos que ella había contraído? Era de estos últimos de los que se imponía hablar.

Intenté hacerlo con calma a pesar de que también temblaba, pero por el deseo. Le dije que ella aún no sabía todo lo mía que era y cuán poco derecho tenía a disponer de sí misma. En mi cabeza

rondaba la prueba científica de lo que quería decir, me refiero a ese célebre experimento de Darwin con una yegua árabe, pero, gracias a Dios, estoy casi seguro de no haberlo mencionado. Seguramente hablé en cambio de animales y de su fidelidad física, con un balbuceo sin sentido. Dejé a un lado después los temas más difíciles que no resultaban accesibles ni a ella ni a mí en ese momento y dije:

—¿Qué tipo de compromisos has podido adquirir? ¿Y qué importancia pueden tener frente a un afecto como el que nos ha unido durante más de un año?

La agarré con rudeza por la mano para dar desahogo a mi necesidad de realizar un gesto enérgico y al no encontrar ninguna palabra que pudiera suplir a ese impulso.

Carla se desprendió con tal energía de mi gesto que la estrechaba que pareció la primera vez que yo me hubiera permitido algo parecido.

—¡Nunca —pronunció con la actitud de quien realiza un juramento— he

aceptado un compromiso tan sagrado! Y lo he hecho junto a un hombre que a su vez ha aceptado uno idéntico con relación a mí.

¡No cabía duda! La sangre que coloreó sus mejillas de repente se había visto impulsada por el rencor hacia el hombre que no había aceptado asumir ningún compromiso hacia ella. Se explicó aún mejor:

—Ayer caminamos por la calle, cogidos del brazo, en compañía de su madre. Era evidente que mi amante huía, cada vez más lejos de mí. Yo la perseguí

enloquecidamente, dando unos saltos como los de un perro al que se le niega un

sabroso pedazo de carne. Volví a aferrar su mano con violencia:

—Pues bien —propuse—, caminemos así, agarrados de la mano a través de toda la ciudad. En esta insólita postura, para que nos vean mejor, recorramos la Corsia Stadion y los soportales de Chiozza después y más allá, a través del Corso, hasta Sant’Andrea, para regresar a nuestra habitación por un camino completamente diferente, para que nos vea toda la ciudad.

¡Ésta fue la primera vez que renunciaba a Augusta! Y me pareció una liberación porque era precisamente ella la que quería quitarme a Carla.

Carla volvió a desprenderse de mi mano que la sujetaba y dijo con sequedad:

—¡Sería más o menos el camino que recorrimos nosotros ayer! Salté otra vez:

—¿Lo sabe él todo? ¿Sabe que incluso ayer fuiste mía?

—¡Sí! —dijo ella con orgullo—. ¡Sabe todo, todo!

Me sentía perdido, y en mi rabia, como el perro que, no pudiendo ya alcanzar el bocado que desea, aferra con los dientes el vestido de quien se lo niega, dije:

—Ese prometido tuyo tiene buen estómago. Hoy se traga mi existencia y mañana podrá tragarse todo lo que quieras.

No percibía el sentido exacto de mis palabras. Sabía que estaba gritando por el dolor. Carla en cambio adquirió una expresión de indignación de la que no

hubiera creído capaces a sus oscuros y apacibles ojos de gacela:

—¿A mí me lo dices? ¿Por qué no tienes el valor de decírselo a él?

Me dio la espalda y con paso apresurado se dirigió hacia la salida. Yo sentía ya remordimientos por las palabras que acababa de pronunciar, pero me hallaba aún ofuscado por la enorme sorpresa de que ahora se me impidiera tratar a Carla con menos dulzura.

Era esta sorpresa la que me tenía clavado en mi sitio. La pequeña figurita azul y blanca, con paso breve y acelerado, estaba llegando a la salida cuando me decidí a correr detrás de ella. No sabía qué le diría, pero era

imposible separarse de esa manera.

La detuve ante el portón de su casa y le hablé con entera sinceridad de mi gran dolor de esos instantes:

—¿Vamos a separarnos de esta manera, después de tanto amor?

Ella seguía su camino sin contestarme y yo la seguí hasta las escaleras. Me miró como a un enemigo:

—Si quiere usted ver a mi prometido, acompáñeme. ¿No lo oye? Es él quien toca el piano.

Sólo entonces oí las notas sincopadas del Adiós de Schubert con el arreglo de

Liszt.

A pesar de que desde mi infancia no he manejado un sable ni un bastón, no soy un hombre cobarde. El gran deseo que hasta ese momento me había guiado desapareció de repente. El espíritu combativo era el único rasgo propio de un varón que aún quedaba en mí. Había pretendido imperiosamente algo que no me correspondía. Para restar gravedad a mi error era entonces preciso batirse

porque, de lo contrario, el recuerdo de esa mujer que amenazaba con hacer que

su prometido me castigase, hubiera sido atroz.

—¡Pues bien! —le dije—. Si no te importa, te acompaño.

Me latía fuerte el corazón no por el miedo, sino por el temor de no llegar a comportarme de la manera adecuada.

Seguí subiendo las escaleras junto a ella que, de repente, se detuvo, se apoyó

contra la pared y se puso a llorar sin emitir palabras. Allá arriba seguían resonando las notas del Adiós en ese piano que había pagado yo. El llanto de Carla hizo que aquel sonido adquiriera unos tintes muy conmovedores.

—¡Haré lo que quieras! ¿Quieres que me vaya? —pregunté.

—Sí —contestó, articulando con dificultad esa breve respuesta.

—¡Adiós! —le dije—. Dado que es esto lo que quieres, ¡adiós para siempre! Bajé lentamente las escaleras, silbando también yo el Adiós de Schubert. Ignoro

si fue sólo una ilusión, pero me pareció que ella me llamaba.



—¡Zeno!

En esos instantes, Carla bien hubiera podido llamarme incluso con ese raro nombre, Dario, en el que ella veía un apelativo cariñoso hacia mí y, aun así, yo no me hubiera detenido. Sentía grandes deseos de marcharme y regresaba, al menos por una vez, puro, al lado de Augusta. También el perro al que a fuerza de patadas se le impide acercarse a una hembra, se ve obligado a huir totalmente puro, por el momento.

Cuando, al día siguiente, me vi de nuevo en las condiciones en que me había encontrado en el momento en que me encaminé al Jardín Público, me pareció que me había comportado sencillamente como un cobarde: ¡Carla me había llamado, aunque no con el nombre del amor, y yo no había contestado! Fue el primer día de dolor al que habrían de seguirle muchos otros de amarga desolación. Al no comprender por qué había huido de esa manera, me atribuía a mí mismo la culpa de haber tenido miedo de ese hombre o miedo del escándalo. Ahora hubiera estado dispuesto a aceptar cualquier compromiso, como cuando propuse a Carla ese largo paseo a través de toda la ciudad. Había dejado escapar un momento favorable y sabía muy bien que algunas

mujeres conciben ese tipo de oportunidades sólo en una única ocasión. A mí me hubiera bastado esa única vez.

Decidí escribir a Carla de inmediato. No podía dejar pasar ni siquiera un solo día más sin llevar a cabo un intento por lograr volver a acercarme a ella. Escribí y volví a escribir esa carta para poder conseguir depositar en esas palabras todo el ingenio del que era capaz. La volví a escribir tantas veces también porque el escribirla representaba un gran consuelo para mí; era el desahogo que necesitaba.

Le pedía perdón por la ira que había dejado escapar, afirmando que mi gran amor necesitaba un tiempo para calmarse. Añadía: «Cada día que pasa me trae una nueva pequeña cantidad de calma», y escribí esta frase en un sinfín de ocasiones sin dejar de rechinar los dientes cada vez que lo hacía. Le decía después que no conseguía perdonarme a mí mismo por las palabras que le había dirigido y que sentía la necesidad de pedirle perdón. Yo no podía, desgraciadamente, ofrecerle aquello que el maestro de canto le ofrecía y de lo que tan digna era ella.

Imaginaba que mi carta causaría una gran sensación. Dado que el maestro Lali estaba al tanto de todo, Carla se la enseñaría y para él podría resultar ventajoso tener un amigo como yo. Llegué

a soñar que bien pudiéramos encaminarnos a una dulce vida en la que los tres tuviéramos cabida, porque mi amor era tal que, por el momento, yo hubiera visto mi suerte bajo una luz más favorable si se me permitía incluso sólo cortejar a Carla.

Tres días después recibí una corta comunicación que Carla me había remitido. No se dirigía a mí ni como Zeno ni como Dario. Me decía solamente: «¡Gracias!

¡Que sea usted también feliz con su señora, tan merecedora de todo lo mejor!». Se refería a Ada, por supuesto.

El momento favorable no había encontrado ninguna prolongación, y en el caso de las mujeres no se prolonga nunca si no es uno capaz de detenerlo cogiéndolas de las trenzas. Mi deseo se condensó en una furiosa bilis. ¡No contra Augusta! Mi ánimo estaba tan lleno de Carla que sentía por ello vivos remordimientos y me obligaba a mantener ante mi mujer una sonrisa idiota, estereotipada, que a ella le parecía verdadera.

Tenía que hacer algo. ¡No podía quedarme de brazos cruzados y sufrir cada día de esa manera! No quería volver a escribirle. Las

cartas que se escriben a las mujeres tienen demasiada poca importancia. Era preciso encontrar algo mejor.

Sin un propósito determinado, me dirigí de prisa al Jardín Público. A continuación, con mucha menos precipitación, a la casa de Carla y, una vez que hube llegado a su descansillo, llamé a la puerta de la cocina. De poder hacerlo, evitaría ver al maestro Lali, pero tampoco me desagradaba la idea de encontrármelo. Hubiera dado lugar a la crisis que tenía yo la impresión de estar necesitando.

La anciana madre de Carla, como de costumbre, estaba atenta al fogón en el que ardían dos grandes fuegos. Se quedó muy sorprendida al verme, pero luego se puso a reír de una manera que bien se adecuaba a su inocentemente simple naturaleza. Me dijo:

—¡Me alegro de verle! Estaba usted tan acostumbrado a vernos todos los días que se entiende que no consiga prescindir completamente de nosotras.

No me costó demasiado conseguir que hablara. Me contó que el amor de Carla con Vittorio era grande. Ese día, él y su madre iban a ir a comer. Añadió riéndose:

—Pronto conseguirá él que Carla le acompañe incluso hasta a las lecciones de canto que se ve obligado a dar cada día. No consiguen estar separados ni siquiera durante breves instantes.

Sonreía ante la imagen de la felicidad de la que hablaba, acompañando sus palabras con la más maternal de las expresiones. Me dijo que, en el plazo de pocas semanas, contraerían matrimonio.

El sabor de mi boca era bien amargo, y ganas tuve de dirigirme a la puerta para irme. Me contuve después, a la espera de que la charla de la vieja me sugiriera alguna buena idea o me concediera alguna esperanza. El último error que había cometido con Carla había consistido precisamente en huir antes de haber estudiado todas las posibilidades que me pudieran ser ofrecidas.

Por un instante creí incluso disponer de un plan. Le pregunté a la vieja si había ya decidido ser la criada de su hija hasta su muerte. Le dije que yo sabía que Carla no era precisamente dulce con ella.

Ella siguió prestando su atención a los fogones pero no dejaba de escucharme. Actuó con un candor que yo no merecía. Se quejó de que Carla se impacientaba por cosas sin ninguna importancia. Se excusaba:

—Claro que cada día que pasa yo estoy más vieja y me olvido de todo. ¡No es culpa mía!

Aun así, ella esperaba que las cosas en el inmediato futuro transcurrieran de mejor manera. Los momentos de malhumor de Carla se reducirían, ahora que era feliz. Además Vittorio desde el primer instante le había mostrado un gran respeto. Para finalizar, y sin dejar de moldear unas figuras con una mezcla de pasta y fruta, añadió:

—Es mi deber quedarme con mi hija. Es así como tienen que ser las cosas.

Con cierta ansia intenté convencerla. Le dije que muy bien podría librarse de tal esclavitud. ¿No estaba yo allí acaso? Seguiría pasándole la mensualidad que hasta entonces le había otorgado a Carla. ¡Estaba empeñado en mantener a alguien! Quería conservar a esa vieja que me parecía en alguna medida parte de su hija.

La señora me manifestó su agradecimiento. Admiraba mi bondad, pero se puso a reír ante la idea de que alguien pudiera llegar a proponerle que abandonase a su hija. Era algo impensable.

¡Éstas fueron las duras palabras que chocaron contra mi frente haciendo que se inclinase! Volvía otra vez a esa gran soledad donde no estaba Carla y no se destacaba ya ningún camino que me condujera a ella. Recuerdo que llevé a cabo un último esfuerzo por imaginar que ese camino pudiera quedar por lo menos indicado. Le dije a la vieja, antes de irme, que podía darse la circunstancia de que algún tiempo después se encontrara de diferente humor. Le rogaba que se acordara de mí si tal cosa acontecía.

Al marcharme de la casa iba yo lleno de enojo y rencor, como si me hubiera visto maltratado cuando me disponía a realizar una buena acción. Esa mujer me había realmente ofendido con su

estallido de risa. Lo oía aún resonar en mis oídos y representaba algo más que la burla con la que había sido acogida mi última proposición.

No quise volver al lado de Augusta en esas condiciones. Preveía cuál había de ser mi destino. Si hubiera acudido a su lado, habría acabado por maltratarla y ella se habría vengado con esa intensa palidez suya que tanto me hería. Preferí caminar por las calles con un paso rítmico que pudiese prestar algo de orden a mi ánimo. ¡De hecho, el orden no dejó de presentarse! Dejé de quejarme de mi destino y me vi a mí mismo como si una luz muy fuerte hubiese proyectado toda mi imagen sobre el empedrado que miraba al caminar. Yo no estaba pidiendo a Carla por entero, lo que quería era su abrazo y preferiblemente el último de ellos.

¡Algo ridículo! Me clavé los dientes en los labios para arrojar dolor, es decir algo de seriedad, sobre mi ridícula imagen. Lo sabía todo a propósito de mí mismo y

era imperdonable que sufriera tanto sólo porque se me ofrecía una oportunidad única para desprenderme de mi indeseado hábito.

Carla ya no estaba; justo de la manera que tantas veces me había gustado desear. Con tan diáfana claridad en mi ánimo, cuando poco después, en una calle alejada



del centro a la que había llegado sin ningún propósito determinado, una mujer

llamativamente adornada me dirigió una señal y acudí sin ninguna duda a su llamada.

Llegué muy tarde a comer, pero me mostré tan dulce con Augusta que ésta enseguida se alegró. No fui en cambio capaz de besar a mi hija y durante varias horas no pude tampoco comer nada. ¡Me sentía muy sucio! No fingí ninguna enfermedad, como había hecho en otras ocasiones para ocultar y atenuar mi delito y mis remordimientos. No me parecía que pudiera encontrar consuelo en la formulación de algún propósito para el futuro y, por primera vez, no realicé ninguno. Tuvieron que pasar muchas horas para conseguir recuperar el ritmo habitual que me alejaba del oscuro presente para llevarme al luminoso porvenir.

Augusta advirtió que había algo nuevo en mí. Se rió:

—Contigo no hay manera de aburrirse. Cada día resultas un hombre nuevo.

¡Sí! Esa mujer de las afueras no se parecía a ninguna otra y yo la llevaba conmigo.

Pasé también la tarde y la noche con Augusta. Ella estaba muy atareada y yo me quedaba inerte a su lado. Tenía la impresión de que me transportara estando así, inerte, una corriente de agua limpia: la honesta vida de mi casa.

Me abandonaba a esa corriente que me conducía pero que no me limpiaba. ¡Todo lo contrario! Destacaba aún más mi suciedad.

Naturalmente, en la larga noche que siguió conseguí elaborar un propósito que resultó férreo. Conseguiría un arma para acabar con mi vida en cuanto me hubiera sorprendido a mí mismo encaminado a esa parte alejada de la ciudad. Me aportó tranquilidad esa decisión y me aplacó.

No llegué a gemir en mi cama y llegué, en cambio, hasta a simular la regular respiración del que duerme. Regresé así a la vieja idea de purificarme con una

confesión a mi mujer, justo como cuando estaba a punto de traicionarla con Carla. Pero ahora la confesión resultaba muy

difícil y no por la gravedad del error, sino por la complicación de la que era el resultado. Frente al juez que era mi mujer, bien hubiera tenido que hacer presentes las circunstancias atenuantes y éstas habrían alcanzado su objetivo sólo si hubiera podido hablar de la inesperada violencia con la que se había roto mi relación con Carla.

Pero entonces hubiera sido preciso confesar también esa traición ya pasada. Era una traición más pura que la última que había cometido, pero (tal vez) más ofensiva para una esposa.

A fuerza de reflexionar llegué a unos propósitos cada vez más razonables. Pensé en evitar que un desliz parecido volviera a repetirse, apresurándome a organizar otra relación igual a la que había perdido y de la que se veía que no podía prescindir. Pero también la nueva mujer me asustaba. Mil peligros volverían a asediarme a mí y a mi familia. En este mundo no era posible que hubiera otra Carla y, con muy amargas lágrimas, la lloré a ella, la dulce, la buena, que ¡hasta había intentado amar a la mujer que yo amaba y no lo había conseguido sólo porque yo le había puesto delante a otra mujer: la mujer precisamente a la que no amaba yo en absoluto!

## HISTORIA DE UNA ASOCIACIÓN COMERCIAL

Fue Guido quien quiso que yo participara en su nueva casa comercial. Yo me moría de ganas de formar parte de ella, pero estoy seguro de que no le dejé nunca ver este deseo mío. Es fácil entender que, en medio de mi inerte carencia de actividad, la propuesta de desempeñar una en compañía de un amigo, a la fuerza tenía que resultarme grata. Pero otros motivos se sumaban. Yo no había aún abandonado la esperanza de poder llegar a ser un buen comerciante, y me parecía más fácil poder progresar mientras enseñaba a Guido que recibiendo

lecciones de Olivi. En esta vida muchos son los que aprenden escuchándose sólo a sí mismos o que, por lo menos, son incapaces de aprender escuchando a los demás.

Tenía también otras razones para desear esa asociación. ¡Quería serle de utilidad a Guido! Ante todo le apreciaba y aunque él quisiera mostrarse fuerte y seguro, a mí me parecía que era un ser desprotegido que precisaba el amparo que yo gustoso quería prestarle. En mi conciencia además, no sólo ante los ojos de Augusta, me parecía que cuanto más me ligaba a Guido más neta se dibujaba mi total indiferencia hacia Ada.

En resumen, yo esperaba sólo una palabra de Guido para ponerme a su disposición, y esta palabra suya no llegó antes sólo porque Guido no me consideraba especialmente interesado en la actividad comercial, dado que no había querido saber nada de la que se me ofrecía en mi propia casa.

Un día me dijo:

—Yo he cursado todos los estudios de la Escuela Superior de Comercio, pero aun así me preocupa el tener que controlar correctamente todos los detalles que garantizan el sano funcionamiento de una empresa comercial. Es verdad que un comerciante no tiene por qué estar versado en nada, porque si precisa un utensilio llama al artesano que sepa hacerlo, si precisa el auxilio de la ley consulta a un abogado y, para su contabilidad, contrata a un contable. ¡Aun así

resulta muy duro tener que confiar desde el principio la contabilidad de la propia empresa a un extraño!

Fue la primera alusión clara a su intención de contar conmigo. En realidad yo no tenía otra práctica de contabilidad que la que habían representado los pocos meses en que había llevado el libro

mayor de Olivi, pero de lo que estaba seguro era de ser el único contable que no había de resultar un extraño para Guido.

Se habló abiertamente, por primera vez, de la posibilidad de una asociación entre nosotros cuando él fue a elegir el mobiliario para su oficina. Encargó sin más dos escritorios para la estancia de la dirección. Le pregunté con algún sonrojo:

—¿Por qué dos? Contestó:

—El otro es para ti.

Sentí hacia él tal gratitud que casi le abracé. Cuando salimos de la tienda, Guido, algo violento, me explicó que aún no era el momento de ofrecerme una posición en su empresa. Dejaba a mi disposición ese lugar en su despacho sólo para invitarme a acudir allí a hacerle compañía en todas las ocasiones en que se me antojara. No quería obligarme a nada y él también quedaba libre. Si su actividad llegaba a tomar un curso favorable me ofrecería un puesto en la dirección de sus negocios.

Hablando de su empresa, el atractivo y oscuro rostro de Guido adquiría una expresión muy seria. Parecía que hubiera ya

planeado todas las operaciones a las que quería dedicarse.

Miraba a lo lejos, por encima de mi cabeza, y yo me confié de tal manera a la seriedad de sus meditaciones que me giré también para mirar

lo que él estaba viendo: todas esas operaciones que habían de resultarle prósperamente favorables. Él no quería recorrer ni el camino ya trazado con tanto éxito por nuestro suegro ni la senda de la modestia y la seguridad que solía transitar Olivi. Ellos eran, en su opinión, comerciantes al viejo estilo. Había que buscar un camino muy diferente, y él, con la mejor de las disposiciones, se asociaba a mí porque me consideraba aún no estropeado por aquellos que consideraba anticuados.

Todo esto me pareció cierto. Me regalaba mi primer éxito comercial y me sonrojé de gusto por segunda vez. De esta manera y por gratitud hacia el aprecio que Guido me había demostrado, trabajé con y para él, a veces con más intensidad y otras menos, durante dos años, sin más compensación que la gloria de ocupar ese lugar en el despacho de la dirección. Hasta ese momento, fue ése

con toda certeza el período más largo que yo nunca antes había dedicado a una misma actividad. No puedo hacer de ello un mérito sólo porque esta actividad mía no dio ningún fruto ni para

Guido ni para mí, y en el comercio —es algo que todos saben— únicamente es posible juzgar según los resultados.

Yo mantuve la confianza de estar encaminado a una gran empresa comercial durante cerca de tres meses, el tiempo necesario para fundarla. Supe que a mí me tocaría no sólo controlar detalles como la correspondencia y la contabilidad, sino también supervisar los negocios. Guido siguió, sin embargo, conservando un

gran ascendiente sobre mí, hasta el extremo de que bien hubiera podido llegar a arruinarme y fue sólo mi buena estrella la que impidió que eso sucediera. Bastaba una mínima señal para que yo acudiera a su lado. Es algo que me deja perplejo aún hoy mientras lo escribo y después de haber pensado en ello durante una parte tan larga de mi vida.

Sigo escribiendo aún de estos dos años porque el vínculo que me ligó a él me parece una clara manifestación de mi enfermedad. ¿Qué motivo tenía para asociarme a él con el fin de aprender el comportamiento de las grandes empresas comerciales, y después quedarme a su lado para enseñarle los usos del pequeño comercio? ¿Qué motivo había para sentirse bien en esa posición



sólo porque me parecía que mi amistad con Guido indicaba una gran indiferencia hacia Ada?

¿Quién me exigía todo esto? ¿No era suficiente para demostrar nuestra recíproca indiferencia la existencia de todos esos mocosos que asiduamente seguíamos alumbrando? Yo no odiaba a Guido, pero con toda certeza no hubiera sido él el amigo que libremente habría elegido. Vi siempre con tanta claridad sus defectos que sus ideas a menudo me irritaban, cuando no me conmovía algún gesto suyo de debilidad. ¡Durante mucho tiempo le brindé el sacrificio de mi libertad y dejé que me arrastrara a las más odiosas posturas sólo para ayudarle, en una auténtica manifestación de enfermedad o de gran bondad, dos cualidades que están en íntima relación entre sí!

Todo esto sigue siendo cierto a pesar de que con el tiempo surgió entre nosotros un gran afecto, como suele suceder entre gentes de bien que se ven todos los días. ¡Y fue un afecto muy grande el mío! Cuando Guido desapareció, durante mucho tiempo sentí su falta y hasta mi vida entera me pareció vacía, dado que él había invadido una tan extensa parte de ella junto con sus negocios.

Me da risa recordar que, desde el primer momento en el curso de nuestro primer trato, la compra de los muebles, nos equivocamos en alguna medida en algún

término. Nos habíamos comprometido ya en la compra de los muebles y no nos decidíamos aún a fijar la situación de la oficina. Para la elección de este lugar, había habido entre Guido y yo una divergencia de opiniones que supuso su retraso. En el caso de mi suegro y de Olivi yo había visto siempre que, para facilitar su vigilancia, el almacén y la oficina eran contiguos. Guido se oponía con una mueca de desagrado:

—¡Esas oficinas de Trieste que apestan a pescado o a pieles de animales!

Él afirmaba que sabría organizar la vigilancia desde lejos, pero mientras, dudaba. Un buen día, el vendedor de los muebles le indicó perentoriamente que se los llevara porque de lo contrario los echaría a la calle, y entonces Guido se apresuró a fijar la localización de la oficina, la última que le habían ofrecido, carente de cualquier almacén en sus cercanías pero justo en el centro de la ciudad. Éste es el motivo por el que no llegamos a tener un almacén.

La oficina se componía de dos amplias habitaciones bien iluminadas y de un pequeño cuarto sin ventanas. En la puerta de este cuartucho inhabitable pegaron una inscripción en la que con letras lapidarias figuraba: Contabilidad. De las otras dos puertas, una recibió una tarjeta con el título de Caja y la otra fue adornada con una designación tan inglesa como es la de Privado. También Guido había aprendido comercio en Inglaterra y había sacado de esta experiencia algunas nociones útiles. La Caja tuvo, como resultaba obligado, una magnífica caja de hierro y la tradicional reja. Nuestro recinto Privado se convirtió en una habitación de lujo espléndidamente revestida con un color oscuro aterciopelado y dotada con los dos escritorios, un sofá y varias comodísimas butacas.

A continuación vino el asunto de la compra de los libros y los diferentes utensilios. En este apartado mi condición de director no fue discutida. Yo las encargaba y las cosas llegaban. En realidad hubiera preferido que no se me obedeciera con tanta prontitud, pero era mi deber indicar todo lo que hacía falta en una oficina. Creí descubrir entonces la gran diferencia que había entre Guido y yo. Todo lo que yo sabía me servía para hablar y a él para actuar. Cuando él llegaba a saber todo lo que sabía yo, y solamente eso,

compraba. Es verdad que en algunas ocasiones, en el curso de los tratos comerciales, se mostró muy decidido a no hacer nada, es decir a no comprar y a no vender, pero también esto me pareció una resolución propia del tipo de persona que cree saberlo todo. Yo me hubiera mostrado más indeciso incluso en mi falta de actividad.

En esas compras actué de manera muy prudente. Fui al despacho de Olivi a tomar las medidas para el copiadore de cartas y los libros de contabilidad. Después, el hijo de Olivi me ayudó a abrir los libros y me explicó también el modelo de contabilidad de doble partida; cosas no difíciles pero que suelen olvidarse con facilidad. Cuando llegáramos al balance él me explicaría eso también.

No sabíamos aún lo que íbamos a hacer en esa oficina (ahora sé que tampoco Guido lo sabía entonces) y discutíamos nuestra organización. Recuerdo que durante días se discutió dónde habíamos de poner a los restantes empleados en caso de tener que contratarlos. Guido proponía que pusiéramos a cuantos pudieran caber en la Caja, pero el pequeño Luciano, nuestro único empleado por el momento, declaraba que donde estaba la caja no podía haber otras personas más que las encargadas de su gestión. ¡Resultaba muy duro tener que aceptar lecciones de nuestro recadero! Tuve una inspiración:

—Me parece recordar que en Inglaterra se paga por medio de cheques. Se trataba de algo que me habían dicho en Trieste.

—¡Muy bien! —dijo Guido—. También yo lo recuerdo ahora. ¡Qué curioso que lo hubiera olvidado!

Se puso a explicarle a Luciano con todo lujo de detalles cómo no era ya costumbre el uso de grandes cantidades de dinero en las operaciones. Los cheques giraban de unos a otros, con todos los importes que se quisiera asignarles. La nuestra fue una bonita victoria y Luciano se calló.

Este Luciano obtuvo grandes ventajas de lo que aprendió con Guido. Nuestro recadero es hoy un comerciante de Trieste muy respetado; aún me saluda con una cierta humildad atenuada por una sonrisa. Guido empleaba siempre una parte de la jornada en impartir lecciones primero a Luciano, después a mí y

finalmente a la empleada. Recuerdo que había acariciado durante largo tiempo la idea de dedicarse al comercio a comisión para no arriesgar su propio dinero. Me explicó a mí la esencia de tal modalidad de actividades y, dado que, evidentemente, yo aprendía demasiado deprisa, se puso a explicárselo a Luciano,

que durante mucho tiempo se quedó a escucharle dando signos de la más viva atención, con sus grandes ojos relucientes en su cara todavía imberbe. No puede decirse que Guido perdiera entonces su tiempo, porque Luciano es el único de nosotros que ha alcanzado el éxito en ese tipo de comercio. ¡Y luego dicen que el saber es el que gana!

Entretanto desde Buenos Aires llegaron los pesos. ¡Fue un asunto serio! Al principio me había parecido una cosa sencilla, pero en cambio el mercado de Trieste no estaba preparado para esa exótica moneda. Tuvimos que recurrir de nuevo al hijo de Olivi, que nos enseñó la manera de hacer esos cheques. Después, como de repente nos dejaron solos al parecerle a Olivi que ya nos había conducido a buen puerto, Guido se encontró durante varios días con los bolsillos llenos de coronas, hasta que encontramos la solución en un Banco que nos ayudó a desprendernos de la incómoda carga entregándonos una libreta de cheques, de la que pronto aprendimos a hacer uso.

Guido se sintió obligado a decirle a Olivi que le estaba facilitando la tarea:

—¡Le aseguro que no pienso hacerle la competencia a la empresa de mi amigo! Pero el joven, que tenía otro concepto del comercio, contestó:

—¡Ojalá hubiera un mayor número de comerciantes dedicados a nuestros artículos! ¡Estaríamos todos mejor!

Guido se quedó con la boca abierta, entendió a la perfección, como le pasaba siempre, y se atuvo a esa teoría que propinó luego a quien quiso escucharla.

A pesar de su Escuela Superior, Guido tenía un concepto poco definido del Debe y del Haber. Se quedó mirando con sorpresa la manera en que yo sustituí la Cuenta Capital y también la manera en que registré los gastos. Luego llegó a saber tanto de contabilidad que, cuando le proponían un negocio, lo analizaba ante todo desde el punto de vista contable. Le parecía que el conocimiento de la contabilidad le confería al mundo un nuevo aspecto. Veía aparecer deudores y acreedores por todas partes hasta cuando dos se pegaban o se besaban.

Puede decirse que Guido entró en el comercio armado con la máxima prudencia. Rechazó una gran cantidad de negocios y, es

más, durante seis meses los rechazó todos con el aire de tranquilidad de quien sabe más que su interlocutor.

—¡No! —decía, y el monosílabo parecía el resultado de un preciso cálculo incluso cuando se trataba de un artículo que él no había visto nunca. Toda esa reflexión había sido desperdiciada en ver cómo el negocio y después su posible

beneficio o pérdida tendrían que pasar a través de una contabilidad. Era la última cosa que había aprendido y algo que se había superpuesto a todas sus restantes nociones.

Siento tener que hablar tan mal de mi pobre amigo, pero tengo que ser sincero también para conseguir entenderme a mí mismo. Recuerdo cuánto ingenio empleó para atestar nuestra pequeña oficina de ensoñaciones que nos impedían toda forma de sana laboriosidad. En un determinado momento, para iniciar el trabajo a comisión, lanzamos por correo un millar de circulares. Guido hizo esta reflexión:

—¡Cuántos sellos hubiéramos ahorrado si antes de enviar estas circulares supiéramos cuántas de ellas llegarán a las personas que las tomen en consideración!



La frase sola no hubiera supuesto nada, pero él quedó muy complacido con ella y empezó a tirar por los aires las circulares cerradas para enviar sólo las que caían por el lado en que estaba escrita la dirección. El experimento recordaba a algo parecido que yo había hecho en el pasado, pero aun así a mí me parece que no llegué nunca a tanto. Naturalmente yo no recogí ni envié las circulares que él eliminó, porque no podía estar seguro de que no hubiera habido una seria inspiración que dirigiera la eliminación que se había producido y no estuviera yo obligado, por tanto, a no desperdiciar los sellos que le tocaba pagar a él.

La buena suerte impidió que Guido me arruinara, pero la misma buena suerte me impidió asumir un papel muy activo en sus negocios. Lo digo en voz alta porque otros en Trieste piensan que las cosas no fueron así; durante el tiempo que pasé con Guido, no intervine nunca con una inspiración cualquiera parecida a la de la fruta seca. Nunca le empujé a iniciar un trato y nunca le impedí llevar a cabo ninguno. ¡Me limitaba a amonestarle! Le empujaba a la actividad, a comportarse con avisada presteza, pero nunca me hubiera atrevido a arrojar sobre la mesa de juego su dinero.

Junto a él la inercia prevaleció en mi propia actividad. Intenté llevarle por el camino correcto y no lo conseguí, acaso por esta inercia mía. Por otra parte, cuando dos se hallan juntos, no les corresponde a ellos decidir quién de los dos tiene que ser don Quijote y quién Sancho Panza. Él se ocupaba de los negocios y yo, como un buen Sancho, les daba cumplida presencia lentamente en mis libros, tras haberlos examinado y criticado como era mi deber.

El comercio a comisión fracasó estrepitosamente, pero sin llevar aparejado para nosotros ninguna pérdida. El único que nos envió algunas mercancías fue el dueño de una papelería de Viena y una parte de esos objetos de escritorio fue Luciano quien los vendió tras haberse informado muy despacio de cuál era la comisión que nos correspondía y hacer que Guido se la cediera casi entera a él. Guido acabó por aceptarlo porque se trataba de menudencias, y además porque el primer trato así liquidado tenía que traernos suerte. Este primer negocio nos

dejó en el cuarto de enseres el rastro de una cantidad de objetos de escritorio que tuvimos que pagar y conservar nosotros.

Teníamos así en depósito lo necesario para el consumo de muchos años de una casa comercial que fuera mucho más activa que la nuestra.

Durante un par de meses esa pequeña oficina luminosa, en el centro de la ciudad, se convirtió para nosotros en un agradable lugar de encuentro. Se trabajaba allí bien poco (yo creo que se llegaron a concluir en total dos negocios de embalajes usados vacíos para los que, en el mismo día, pudimos combinar demanda y

oferta y de los que sacamos una pequeña ganancia) y se conversaba mucho, como buenos chicos, también con ese inocentón de Luciano que, cuando se hablaba de negocios, demostraba el mismo interés que otros de su edad muestran cuando oyen hablar de mujeres.

Entonces me resultaba fácil divertirme inocentemente con otros inocentes porque no había aún perdido a Carla. Y de aquella época recuerdo con agrado la entera duración de las jornadas. Por la noche, en casa, tenía muchas cosas que referirle a Augusta y podía contarle todas las oídas en la oficina, sin excepción de ningún tipo y sin tener que añadir nada para falsearlas.

No me importaba en absoluto que Augusta, con alguna preocupación, exclamara:

—Pero ¿cuándo empezaráis a ganar algún dinero?

¿Dinero? Eso era algo en lo que no habíamos ni siquiera pensado. Nosotros sabíamos que antes había que detenerse a mirar, estudiar las mercancías, el país y nuestro entorno territorial también. ¡Una casa de comercio no era algo que se pudiera improvisar! Y, ante mis explicaciones, también Augusta acababa por tranquilizarse.

Después encontró acogida en nuestra oficina un huésped muy ruidoso: un perro de caza de pocos meses, inquieto y avasallador. Guido lo quería mucho y había

organizado para él un sistema de regular aprovisionamiento de leche y carne. Cuando no tenía nada que hacer ni que pensar, lo miraba con gusto también yo saltar por la oficina en esas cuatro o cinco actitudes que nosotros sabíamos interpretar en el perro y que hacían que lo quisiéramos tanto. ¡No me parecía aun así que fuera ése el lugar para él, tan ruidoso y sucio como solía mostrarse! Para mí la presencia de ese perro en nuestra oficina fue la primera prueba que Guido proporcionó de que no era digno de dirigir una casa comercial. Y era una prueba de absoluta falta de seriedad. Intenté explicarle que el perro no podía favorecer

nuestros negocios, pero no tuve el valor de insistir y él hizo que me callara con una réplica improvisada.

Por ello me pareció mi deber ser yo quien se ocupara de la educación de ese compañero mío y le asesté con gran placer alguna patada cuando Guido no estaba. El perro gemía y al principio volvía a mi lado creyendo que yo le había empujado inadvertidamente. Pero una segunda patada le explicaba mejor el sentido de la primera y entonces él se ovillaba en un rincón y hasta que Guido no llegaba a la oficina no había paz. Me arrepentí después de haber abusado de un inocente, pero demasiado tarde. Colmé al perro de amabilidades, pero no se fió ya de mí y en presencia de Guido dio claras señales de su antipatía.

—¡Qué extraño! —dijo Guido—. Por suerte sé quién eres tú, porque de lo contrario desconfiaría de ti. Los perros no suelen equivocarse en sus antipatías.

Para despejar las sospechas de Guido, a punto estuve de contarle de qué manera había sabido ganarme la aversión de su perro.

Se produjo enseguida una escaramuza con Guido a propósito de una cuestión que en realidad no hubiera debido importarme tanto. Al ocuparse con tanta pasión de la contabilidad, se le metió en la cabeza sumar sus gastos familiares a la cuenta de gastos generales. Tras haber consultado a Olivi, yo me opuse y defendí los intereses del anciano Cada. No era posible poner en esa cuenta todo lo que gastaban Guido, Ada y además todo lo que costaron los gemelos cuando nacieron. Eran gastos que le correspondían sólo a Guido y no a la empresa. Después, como compensación, propuse que escribiéramos a Buenos Aires para establecer un salario para Guido. Su padre se negó a concedérselo haciendo notar que Guido percibía ya el setenta y cinco por ciento de los beneficios mientras que a él no le tocaba más que una cantidad residual. A mí me pareció una respuesta justa, mientras que Guido se puso a escribir una serie de largas cartas a su padre para discutir la cuestión desde un punto de vista superior, como decía él. Buenos Aires estaba muy lejos y, así, la correspondencia se alargó tanto tiempo como el que duró nuestra casa comercial. ¡Pero yo conseguí imponer mi punto de vista! La cuenta de gastos generales se mantuvo intacta y no se vio contaminada con los gastos personales de Guido, y por el hundimiento de la casa comercial se vio así comprometido todo el capital, pero todo él, sin deducciones.

La quinta persona admitida en nuestra oficina (incluyendo también al perro Argo) fue Carmen. Yo asistí a su contratación para el empleo. Había ido a la oficina tras haber estado con Carla y me sentía muy tranquilo, con esa serenidad propia de las ocho de la mañana del príncipe de Talleyrand. En el oscuro pasillo vi a una señorita, y Luciano me dijo que la joven quería hablar con Guido en persona. Yo tenía algo que resolver y le rogué que esperase allí afuera. Guido entró poco después en nuestra habitación, evidentemente sin haber visto a la muchacha, y Luciano vino a traerle la carta de presentación que la joven tenía. Guido la leyó y después:

—¡No! —dijo secamente, quitándose la chaqueta porque hacía calor. Pero inmediatamente después tuvo alguna duda—.Tendré que hablarle por consideración a quien la ha recomendado.

Hizo que entrara y yo la miré sólo cuando vi que Guido se había arrojado con un salto sobre su chaqueta para volver a ponérsela y se había dirigido a la joven con su atractiva cara morena llena de rubor y con los ojos brillantes.

Ahora estoy muy seguro de haber visto a otras jóvenes tan guapas como Carmen, pero no con una belleza tan agresiva, es decir tan evidente a primera vista.

Por lo general creamos a las mujeres primero a partir de nuestro deseo, mientras que ésta no precisaba de tal primera fase. Al mirarla sonreí y me reí también. Me pareció que ella era como el dueño de una tienda que corriese por el mundo voceando la excelencia de sus productos.

Se presentaba para obtener un empleo, pero ganas me daban a mí de sumarme a la negociación para preguntarle:

—¿Para qué puesto? ¿Para una alcoba?

Vi que su cara no estaba maquillada, pero los colores estaban en ella tan definidos, tan azul el candor y tan parecido al de la fruta madura su rubor, que el artificio pareció simulado a la perfección.

Sus grandes ojos oscuros reflejaban

una tal cantidad de luz que cada uno de sus movimientos adquiría una enorme importancia.



Guido había hecho que se sentara y ella miraba recatadamente la punta de su pequeño paraguas o, de manera más probable, sus botitas de charol. Cuando Guido le habló, ella elevó rápidamente los ojos y los dirigió a la cara de su interlocutor tan luminosos, que mi pobre jefe quedó completamente aniquilado. Vestía con modestia, pero no le servía de nada porque cualquier modestia en su cuerpo quedaba anulada. Sólo las botitas denotaban lujo y recordaban un poco al papel blanco que Velázquez solía poner bajo los pies de sus modelos. Hasta Velázquez, para destacar a Carmen del ambiente, hubiera apoyado su figura sobre un tono negro de charol.

En medio de mi serenidad de esa mañana yo me quedé a oír con curiosidad. Guido le preguntó si sabía taquigrafía. Ella confesó que no sabía, pero añadió que tenía una gran experiencia en escribir al dictado. ¡Curioso! Esa figura alta, esbelta y tan armónica, dejaba oír una voz ronca. No pude ocultar mi sorpresa:

—¿Está resfriada? —le pregunté.

—¡No! —contestó—. ¿Por qué me lo pregunta? —y quedó tan sorprendida que la mirada con la que me envolvió resultó aún más intensa. No sabía que tenía

una voz tan poco melodiosa y tuve que suponer que también sus pequeñas orejas no eran tan perfectas como parecían.

Guido le preguntó si sabía inglés, francés o alemán. Él le dejaba elegir, dado que en ese momento nosotros no sabíamos cuál de esas lenguas necesitaríamos. Carmen contestó que sabía algo de alemán pero muy poco.

Guido no tomaba nunca ninguna decisión sin razonar:

—No necesitamos el alemán porque yo lo sé muy bien.

La joven esperaba las palabras decisivas que a mí me parecía que se habían dicho ya y, para apresurar su llegada, contó que ella en su nuevo empleo esperaba también tener la posibilidad de adquirir práctica y que, por ese motivo, se conformaría con un salario muy modesto.

Uno de los primeros efectos de la belleza femenina en un hombre es el de hacer que desaparezca su avaricia. Guido se encogió de hombros para indicar que él no

se ocupaba de cosas tan insignificantes, fijó para ella un salario que ella agradecida aceptó y le recomendó con gran seriedad que estudiara taquigrafía. Esta última recomendación la hizo por consideración hacia mí, ante quien él se había comprometido, en una previa declaración, al afirmar que el primer empleado que contratara sería un taquígrafo experimentado.

Aquella misma noche hablé de nuestro nuevo empleado a mi mujer. Ella mostró gran contrariedad. Sin que yo se lo dijera, Augusta pensó enseguida que Guido había contratado a esa chica para hacer de ella su amante. Yo discutí con ella y, aun admitiendo que Guido se comportaba un poco como un enamorado, afirmé que él sería capaz de superar ese flechazo sin que la cosa tuviera consecuencias. La muchacha, en general, parecía honesta.

Pocos días después —no sé si se trató de una casualidad— recibimos en la oficina la visita de Ada. Guido aún no había llegado y ella se demoró conmigo un rato preguntándome a qué hora regresaría. Después, con pasos vacilantes fue hasta la vecina habitación en la que en ese momento sólo estaban Carmen y

Luciano. Carmen estaba practicando con la máquina de escribir, completamente absorta en el ejercicio de encontrar cada una de las letras. Levantó sus bonitos ojos para mirar a Ada que la miraba a su vez fijamente. ¡Qué diferentes eran ambas mujeres! Se parecían un poco, pero Carmen parecía una versión de Ada tendente a la caricatura. Yo pensé que realmente una de ellas, a pesar de vestir con más riqueza, estaba hecha para convertirse en una esposa o una madre,

mientras que a la otra, aun cuando en esos momentos vistiera un sencillo delantal para no manchar su vestido ante la máquina, le correspondía el papel de amante. Ignoro si en este mundo hay sabios que sepan establecer si los bellísimos ojos de Ada reunían menos luz que los de Carmen y eran por tanto sólo auténticos órganos para mirar a las cosas y a las personas y no algo pensado para deslumbrar.

Así Carmen pudo aguantar perfectamente la mirada desdeñosa, pero también curiosa, de Ada. ¿Había en ella asimismo algo de envidia o este ingrediente lo puse sólo yo?

Ésta fue la última vez en que vi a Ada aún bella, igual a como era cuando me rechazó. Llegó después su desastroso embarazo y los dos gemelos requirieron la intervención del cirujano para venir al

mundo. Inmediatamente después le aquejaría esa enfermedad que se llevó toda su belleza. Por eso recuerdo tan bien esa visita, pero la recuerdo también porque en ese momento toda mi simpatía se

inclinó hacia ella con su modesta y apacible belleza, abatida por esa otra belleza tan diferente de la otra mujer. Desde luego no me gustaba Carmen, de la que no conocía más que sus magníficos ojos, el espléndido color de su rostro, su ronca voz además y finalmente la manera —frente a la que ella era enteramente inocente— en que había sido contratada allí. Me sentí realmente cerca, en cambio, de Ada en ese instante y es una cosa muy rara querer a una mujer a la que se deseó ardientemente, que no llegó a ser nuestra y que, en la actualidad, no nos importa nada. En conjunto se llega así a las mismas condiciones en que nos encontraríamos en el caso de que ella hubiera accedido a nuestros deseos, y es sorprendente poder constatar de nuevo cómo algunas cosas por las que vivimos tienen tan poca importancia.

Quise abreviar su dolor y la guíé hacia la otra habitación. Guido, que entró inmediatamente después, se ruborizó intensamente al ver a su mujer. Ada le dio una razón perfectamente aceptable para explicar su visita, pero inmediatamente después y en el momento de irse, le preguntó:

—¿Habéis contratado en la oficina a una nueva empleada?

—¡Sí! —dijo Guido y, para ocultar su confusión, no se le ocurrió otra cosa que cortar sus propias palabras para preguntar si había ido alguien a buscarle. Después, tras recibir una respuesta negativa, dibujó una mueca de contrariedad como si hubiese esperado una visita importante, mientras que yo sabía que no esperábamos a nadie, y fue entonces cuando le dijo a Ada con el requerido aire de indiferencia que consiguió por fin fingir:

»¡Necesitábamos a un secretario que supiera taquigrafía!

Yo me divertí muchísimo al ver que no atinaba ni siquiera con el sexo de la persona que decía necesitar.

La llegada de Carmen trajo una gran vida a nuestra oficina. No me refiero a la vivacidad que sus ojos nos dispensaban, junto con su amable figura y los colores de su semblante; me refiero estrictamente a los negocios. Guido recibió impulso para el trabajo gracias a la presencia de la muchacha. Quiso ante todo demostrarme a mí y a todos los demás que esa nueva empleada

era necesaria, y cada día inventaba nuevas tareas en las que él también participaba. Después, durante largo tiempo, su actividad constituyó un medio para cortejar de manera más eficaz a la joven. Alcanzó en esta tarea una eficacia inaudita. Tenía que enseñarle el formato de la carta que él dictaba y corregirle la ortografía de muchas, muchísimas palabras. Fue algo que hizo siempre con dulzura.

Cualquier compensación con la que Carmen le hubiera retribuido no hubiera sido excesiva.

De los negocios que inventó en medio de sus amorosos desvelos, fueron pocos los que llegaron a dar beneficios. En una ocasión se afaná prolongadamente en tratos en relación con un producto que resultó estar prohibido. De repente, nos vimos frente a un hombre con la cara contraída por el dolor sobre cuyos callos, sin saberlo, habíamos pisado. Quería averiguar ese hombre qué teníamos que ver nosotros con el artículo en cuestión y pretendía que nos habían comisionado poderosos competidores extranjeros. Al principio estaba descompuesto y se

temía lo peor. Cuando se dio cuenta de nuestra ingenuidad, se rió en nuestra cara y nos aseguró que no lograríamos nada. Al final resultó tener razón, pero antes

de que aceptáramos lo atinado de ese pronóstico pasó bastante tiempo y Carmen escribió bastantes cartas. Al final resultó que el artículo no podía conseguirse porque estaba rodeado de trincheras. Yo no le conté a Augusta nada de este asunto, pero ella me interrogó, porque Guido había hablado del asunto con Ada para demostrarle cuán atareado estaba nuestro «taquígrafo». Este negocio que no llegó a realizarse, siguió siendo muy importante para Guido. Habló de él todos los días. Estaba convencido de que en ninguna otra ciudad del mundo hubiera podido suceder algo así. Nuestro entorno comercial era miserable y cualquier comerciante emprendedor acababa aquí asfixiado. Eso es lo que le había pasado a él.

En la delirante y desordenada ristra de negocios que en aquella época pasaron por nuestras manos, hubo uno que llegó a quemárnoslas. No lo buscamos nosotros, fue el propio negocio el que nos asaltó. Nos metió en él un ciudadano dálmata, un tal Tacich, cuyo padre había trabajado en Argentina con el padre de Guido. Vino a vernos, en primer lugar, sólo para obtener unas informaciones comerciales que nosotros pudimos proporcionarle. Tacich era un joven muy atractivo, demasiado incluso. Alto, fuerte, tenía un rostro aceitunado en el que se fundían con una maravillosa entonación el azul oscuro de sus ojos, sus alargadas



cejas y unos breves y espesos mostachos oscuros con reflejos dorados. En resumen, había en él un tal entonado estudio del color que a mí me pareció el hombre idóneo para emparejarlo con Carmen. Él debió de pensar lo mismo y empezó así a visitarnos cada día. Las conversaciones en nuestra oficina duraban horas cada día, pero nunca resultaron aburridas. Los dos hombres luchaban por

conquistar a la mujer y, como todos los animales en celo, desplegaban sus mejores cualidades. A Guido le contenía un poco el hecho de que el dálmata le visitaba también en su casa y conocía por tanto a Ada, pero ninguna otra cosa podía, en cambio, perjudicarlo ante los ojos de Carmen. Yo, que conocía muy bien esos ojos, lo supe enseguida, mientras que Tacich llegó a saberlo mucho después y, para conseguir un pretexto que le permitiera ver a Carmen más a menudo, nos compró a nosotros, no al fabricante, varios vagones de jabón que tuvo que abonar según un porcentaje más alto. Después, y siempre por amor, nos metió en aquel desastroso negocio.

Su padre había observado que, en algunas épocas, el sulfato de cobre elevaba constantemente su precio y en otras, en cambio, lo rebajaba. Decidió, por tanto, comprar en Inglaterra, para especular en el momento más favorable, sesenta toneladas de ese material. Hablamos mucho de ese negocio y hasta lo preparamos

poniéndonos en comunicación con la casa inglesa. Después el padre

telegrafió a su hijo advirtiéndole de que el momento más favorable parecía haber llegado y hasta comunicó el precio al que estaba dispuesto a concluir el trato. Tacich, impulsado por su enamoramiento, vino a vernos de inmediato y nos

cedió el negocio recibiendo en premio una bella, intensa y acariciadora mirada

de Carmen. El pobre dálmata recibió con agradecimiento la mirada sin saber que no era más que una manifestación de amor hacia Guido.

Me acuerdo de la tranquilidad y la seguridad con la que Guido se dispuso a concluir el negocio que, de hecho, parecía muy fácil, porque en Inglaterra se podía embarcar la mercancía para que fuera entregada al llegar a nuestro puerto, donde recibiría el material, sin más traslados, nuestro comprador. Guido estableció con exactitud el importe que quería ganar y con mi auxilio señaló el límite que se había de imponer a nuestro amigo inglés para la compra. Con la ayuda del diccionario redactamos juntos el despacho en inglés. Tras haberlo enviado, Guido se frotó las manos y se puso a calcular cuántas coronas le caerían del cielo como premio a esa ligera y escasa tarea. Para propiciar a los

dioses, le pareció justo prometerme una pequeña provisión y, también, con algo de malicia, otra a Carmen, que había colaborado en el asunto con sus ojos. Los dos quisimos rechazarla, pero él nos suplicó que fingiéramos al menos aceptarla. Temía que,

de lo contrario, le afectara nuestro mal de ojo y yo le complací de inmediato para

tranquilizarle. Sabía con matemática certeza que de mí sólo podían llegarle los mejores deseos, pero comprendía que él pudiera dudarlo. Aquí abajo, cuando no nos odiamos nos amamos todos, pero en lo que a nuestros más vivos deseos se refiere es verdad que éstos acompañan sólo a aquellos asuntos en que también

nosotros participamos.

El trato fue examinado bajo todos sus posibles aspectos y hasta recuerdo que Guido llegó incluso a calcular durante cuántos meses, con el beneficio que obtuviera, podría mantener a su familia y la oficina, es decir sus dos familias, como él solía decir a veces, o sus dos oficinas, como decía en otras ocasiones cuando le fastidiaban mucho en casa. Ese asunto fue examinado en exceso y tal vez por ello no salió bien. Desde Londres llegó una breve comunicación:

Tomado nota, y, seguido, la indicación del precio de aquel día del sulfato, mucho más elevado de lo que nos había establecido nuestro comprador. Adiós negocio. Tacich recibió información de todo ello y, poco después, dejó Trieste.

En aquella época yo dejé durante casi un mes de acudir a la oficina y, por este motivo, no pasó por mis manos una carta que llegó a la empresa con un aspecto inofensivo pero que habría de tener graves consecuencias para Guido. A través de ella, la empresa inglesa nos confirmaba su despacho y concluía con la información de que consideraba nuestra orden válida hasta su revocación. Guido ni siquiera se ocupó de proceder a tal gestión y yo, cuando regresé a la oficina,

no me acordaba ya de aquel asunto. Así, varios meses después, una noche Guido vino a buscarme a mi casa con un despacho que él no comprendía y que pensaba que nos habían dirigido por equivocación a pesar de que iba acompañado claramente de nuestra dirección de telégrafos, que yo había hecho debidamente registrar en cuanto nos instalamos en nuestra oficina. El despacho contenía sólo tres palabras: 60 tons settled, y yo lo entendí de inmediato, algo nada difícil de hacer porque el único negocio importante que habíamos realizado era el del sulfato de cobre. Se lo dije: el despacho informaba de que el precio que nosotros

habíamos establecido para la ejecución de nuestra orden se había alcanzado y

que éramos, por tanto, los felices propietarios de sesenta toneladas de sulfato de cobre.

Guido protestó:

—¿Cómo se puede pensar que yo vaya a aceptar con tanto retraso la ejecución de mi orden?

Se me ocurrió enseguida que en nuestra oficina debía de estar la carta de confirmación del primer despacho, mientras que Guido no recordaba haberla recibido. Él, inquieto, propuso que fuéramos corriendo a la oficina para ver si estaba allí, algo que me pareció bien porque me fastidiaba esa discusión en presencia de Augusta, quien ignoraba que yo, durante un mes, no había acudido al trabajo.

Fuimos corriendo a la oficina. Guido se sentía tan molesto de verse obligado a realizar ese primer gran negocio que, con tal de eximirse de tal obligación, hubiera estado dispuesto a ir corriendo hasta Londres. Abrimos la oficina; después, a tientas en la

oscuridad, nos abrimos paso hasta nuestro despacho y buscamos el gas, para encenderlo. Vimos entonces, enseguida, la carta que estaba redactada en los términos que yo había imaginado; es decir, nos informaba de que nuestra orden, válida hasta su revocación, había sido ejecutada.

Guido miró la carta con la frente contraída no sé si por la contrariedad o por el esfuerzo de querer anular con su mirada lo que se confirmaba que había pasado con tan simples palabras.

—¡Y pensar —observó— que hubiera bastado escribir dos palabras para ahorrarse un perjuicio como éste!

No podía desde luego estar dirigido a mí tal reproche porque yo había estado ausente de la oficina y, aun cuando había sabido encontrar enseguida la carta conociendo el lugar donde debía encontrarse, antes de ese momento no la había visto. Para librarme más radicalmente de cualquier reproche, le dirigí decididamente uno a él:

—¡En mi ausencia hubieras debido leer con atención todas las cartas! La frente de Guido se alizó. Elevó los hombros y murmuró:

—Aún puede revelarse afortunado este asunto. Poco después me dejó y yo regresé a mi casa.

Pero resultó que Tacich tenía razón. En algunas épocas el sulfato de cobre bajaba y bajaba cada día más abajo y nosotros teníamos, en la ejecución de nuestra

orden y en la inmediata imposibilidad de ceder la mercancía a ese precio a otros, la oportunidad de poder estudiar todo el fenómeno. Nuestras pérdidas aumentaron. El primer día Guido me pidió consejo. Hubiera podido vender con una pérdida pequeña frente a la que tuvo que sufrir después. Yo no quise dar consejos, pero no dejé de recordarle que Tacich estaba convencido de que el recorte debía continuar durante más de cinco meses aún. Guido se rió:

—¡No me faltaba más que dejar que un provinciano dirija mis negocios! Me acuerdo de que hasta intenté corregirle, diciéndole que ese provinciano

pasaba su tiempo, desde hacía muchos años, mirando, en su pequeña ciudad dálmata, el curso del sulfato de cobre. Yo no puedo tener ningún remordimiento por las pérdidas que Guido sufrió en ese asunto. Si me hubiera escuchado se las habría ahorrado.

Más adelante discutimos el asunto del sulfato de cobre con un agente, un hombre pequeño, regordete, vivo y astuto, que nos reprochó haber realizado esa compra, pero que no parecía compartir la opinión de Tacich. En su opinión, el sulfato de cobre, aun cuando constituía un mercado independiente, se resentía de la fluctuación del precio de los metales. Guido obtuvo una cierta seguridad de esa entrevista. Rogó al agente que le informara de cada alteración en el precio; esperaba, dado que quería vender no sólo sin pérdidas, sino obteniendo un pequeño beneficio. El agente se rió discretamente y a continuación, a lo largo de la conversación, dijo unas palabras que yo advertí porque me parecieron muy verdaderas:

—¡Qué curioso que en esta vida haya tan poca gente que se resigne a las pequeñas pérdidas! Son las grandes pérdidas las que conducen inmediatamente a la resignación.

Guido no prestó atención a estas palabras. Yo, sin embargo, le admiré también a él, porque no le contó al agente el camino que habíamos seguido para llegar a comprar ese material. Se lo hice saber y él se sintió halagado. Me dijo que había temido provocar el descrédito hacia nosotros mismos y nuestra mercancía si hubiera llegado a contar la historia de esa compra.



Después, durante bastante tiempo, no hablamos más del sulfato hasta que llegó de Londres una carta con la que se nos invitaba a pagar y dar instrucciones para el envío de nuestro material. ¡Recibir y almacenar sesenta toneladas! Guido empezó a marearse. Calculamos lo que nos costaría conservar esa mercancía durante varios meses. ¡Una suma enorme! Yo no dije nada, pero el corredor, que con gusto hubiera visto llegar a Trieste la mercancía porque entonces, antes o después, se le haría el encargo de venderla, hizo notar a Guido que esa suma que él estimaba enorme no era gran cosa si se expresaba en «porcentajes» sobre el valor de la mercancía.

Guido se echó a reír porque encontraba extraña esa observación:

—¡No es que tenga sólo cien kilos de sulfato, es que, por desgracia, tengo sesenta toneladas!

Hubiera acabado por dejarse convencer por el cálculo del agente, evidentemente acertado dado que, con un pequeño deslizamiento

hacia arriba del precio, se hubieran podido cubrir abundantemente los gastos, si en ese momento no hubiera detenido a Guido una de las así llamadas inspiraciones suyas. Cuando se le ocurría una idea comercial auténticamente original, se quedaba completamente alucinado y no había lugar en su mente para otras consideraciones. Ésta era su idea: la gente que le había vendido su mercancía, franca de porte, debía costear su transporte desde Inglaterra. Si él cedía la mercancía a los mismos que se la habían vendido, que podrían así ahorrarse los gastos de su transporte, Guido hubiera podido disponer de un precio mucho más ventajoso del que se le ofrecía en Trieste. El asunto no era exactamente como él lo veía pero, para complacerle, nadie puso en discusión su idea. Una vez liquidado el caso, esbozó una sonrisa algo amarga en su cara, que adquirió entonces la apariencia seria propia de un pensador pesimista, y dijo:

—No hablemos más del asunto. La lección ha resultado muy cara; ahora hay que saber sacar provecho.

Hubo que volver a hablar de ello, en cambio. Él no volvió a hacer uso de esa su bonita manera de rechazar otros negocios y,

cuando a finales de año le hice ver todo el dinero que habíamos perdido, murmuró:

—¡Ese maldito sulfato de cobre ha sido mi desgracia! ¡No he dejado de sentir la necesidad de reponerme de esa pérdida!

El que Carla me abandonara había sido el motivo de mi ausencia de la oficina. Había, mientras, dejado de asistir a los progresos de los amores de Carmen y Guido. Ellos seguían mirándose y se sonreían en mi presencia. Me fui desdeñosamente con una resolución que tomé de noche, en el momento de cerrar la oficina, sin decir nada a nadie. Esperaba que Guido me preguntara el motivo

de mi alejamiento y meditaba darle entonces su merecido. Yo podía ser muy severo con él dado que ignoraba todo lo relativo a mis excursiones al Jardín Público.

Era una especie de celos lo que sentía, porque Carmen me parecía la Carla de Guido, una Carla más dócil y sumisa. También con la segunda mujer había resultado ser él más afortunado que yo, igual que había sucedido con la primera. Tal vez, sin embargo —y esto me daba motivos para dirigirle un nuevo reproche

—, debía él tal fortuna a esas cualidades tuyas que yo le envidiaba y que seguía considerando inferiores. De manera paralela a su seguridad en la interpretación de las composiciones musicales con su violín, corría también su desenvoltura en la vida. Yo, en ese momento, sabía ya con toda certeza que había sacrificado a Carla en favor de Augusta. Cuando volvía con el pensamiento a esos dos años de felicidad que ella me había concedido, me resultaba difícil comprender de qué manera ella —siendo como posteriormente había llegado a saber que era— había podido soportarme durante tanto tiempo. ¿No la había yo acaso ofendido cada

día por amor a Augusta? Por lo que a Guido se refiere, seguro estaba yo entonces

de que él podría gozar de Carmen sin ni siquiera acordarse de Ada. En su ánimo desenvuelto dos mujeres no eran demasiadas. Comparándome con él, me parecía que yo era hasta inocente. Yo me había casado con Augusta sin amor y, aun así, no era capaz de traicionarla sin sufrir por ello. Tal vez él también se había casado con Ada sin amor, pero —por más que en ese momento Ada ya no me importara en absoluto— aún recordaba el amor que me había inspirado su mujer a mí y me parecía que, dado que yo la había amado tanto, en el lugar de Guido hubiera sido todavía más delicado de lo que era en mi propia situación.

No fue Guido quien vino en mi busca. Fui yo quien tuve que regresar por mí mismo a esa oficina en busca de consuelo para mi gran aburrimiento. Él se comportó conforme a los términos de nuestro contrato, que establecían que no tenía yo ninguna obligación de actividad regular en sus negocios, y cuando me vio, en cambio, en mi casa o en otro lugar, me dio muestras de su gran amistad de siempre que yo seguía agradeciéndole y no daba señales de acordarse de que

yo había dejado libre mi lugar en esa mesa que él había comprado para mí. Entre nosotros sólo había una incomodidad: la mía.

Cuando volví a ocupar mi lugar

me recibió como si yo hubiera estado ausente durante un solo día, me expresó calurosamente su alegría por poder volver a contar con mi compañía y, tras oír mis intenciones de volver a desempeñar mi trabajo, exclamó:

—¡He acertado entonces al no permitir que nadie tocara tus libros!

De hecho encontré el libro mayor y hasta el periódico en el lugar en que los había dejado.

Luciano me dijo:

—Esperemos que ahora que está usted aquí, vuelva a haber actividad. Pienso que el señor Guido está desanimado por un par de negocios que empezó y que no le salieron bien. No le diga que he sido yo quien se lo ha dicho pero intente animarle.

Me di cuenta de que en esa oficina se trabajaba poco y, hasta que las pérdidas ocasionadas por el sulfato de cobre no vinieron a animarnos, nuestra vida en ese lugar fue realmente idílica. Llegué enseguida a la conclusión de que Guido no sentía con tanta urgencia la necesidad de trabajar para ofrecer una actividad a Carmen bajo su dirección y, pronto, de la misma manera, advertí que el período del cortejo entre ellos dos había pasado y que a esas alturas Carmen era ya su amante.

El recibimiento de Carmen me sorprendió porque me recordó enseguida algo que yo había olvidado completamente. Al parecer, antes de dejar esa oficina, en esos días en que yo había corrido detrás de tantas mujeres porque no podía ya ver a la que había sido mía, había llegado a asaltar también a Carmen. Ella me habló con gran seriedad y con bastante incomodidad: estaba contenta de volver a verme porque creía que yo apreciaba a Guido y que mis consejos podían serle útiles y quería mantener

conmigo —si yo estaba de acuerdo— una bonita y fraterna amistad. Algo así me dijo alargándome, con un amplio gesto, su mano derecha. En su cara tan bonita, que siempre parecía dulce, se dibujó una actitud muy severa para destacar la pura fraternidad de la relación que se me ofrecía.

Me acordé de todo en ese momento y me sonrojé. Tal vez si me hubiera acordado antes, no hubiera regresado nunca más a esa oficina. Había sido algo muy breve que se produjo en medio de tantas otras acciones del mismo tenor que si ella no me lo hubiera recordado entonces, hubiera podido creer que nunca se había producido. Pocos días después de haberme abandonado Carla, me había dedicado a examinar los libros haciendo que Carmen me ayudara y poco a poco, para ver mejor en una misma página, había deslizado mi brazo en torno a su cintura que había luego pasado a estrechar cada vez más. Con un salto, Carmen se había liberado de mí y yo había entonces abandonado el lugar.

¡Hubiera podido defenderme con una sonrisa, consiguiendo que sonriera junto a mí, porque las mujeres son propensas a sonreír ante delitos de este tipo! Hubiera podido decirle:

—He intentado algo que no me ha salido bien y lo lamento, pero no le guardo rencor y quiero ser su amigo mientras lo estime usted oportuno.

O hubiera podido también contestar como una persona seria, presentándole mis excusas a ella y a Guido también:

—Perdóneme y no me juzgue antes de conocer en qué condiciones estaba yo entonces.

No hallé, en cambio, las palabras. Mi garganta —creo— estaba cerrada por el rencor que allí se había solidificado y no podía hablar. Todas estas mujeres que no dejaban de rechazarme con decisión prestaban a mi vida tintes hasta trágicos. No había atravesado nunca un período tan desgraciado. En vez de contestar, para lo único que estaba listo era para rechinar los dientes, cosa difícil de realizar teniendo que ocultarlo al mismo tiempo. Tal vez me faltaron también las

palabras por el dolor de ver tan decididamente excluida una esperanza que alimentaba. No puedo dejar de confesarlo: mejor que con Carmen no hubiera podido reemplazar con nadie a la amante que había perdido, esa chica tan poco comprometedora



que no me había pedido nada más que el permiso para vivir a mi lado hasta el instante en que pidió en cambio el permiso de no volver a verme. Una amante compartida es la amante menos comprometedora. Con toda certeza, no tenía entonces tan claras mis ideas, pero las sentía y ahora sé que son así. Al convertirme en el amante de Carmen, habría beneficiado a Ada y no perjudicaría gran cosa a Augusta. Las dos hubieran resultado menos traicionadas que si Guido y yo hubiéramos tenido una amante entera para cada uno de nosotros.

Respondí a Carmen varios días después, pero aún hoy me ruboriza el pensar de qué manera. El trastorno en que me había arrojado el abandono de Carla debía de estar todavía presente para llevarme hasta ese punto. Me remuerde como ninguna otra cosa de mi vida. Las palabras atroces que dejamos escapar causan más remordimiento que las acciones más perversas a que nos pueda conducir la pasión. Naturalmente llamo palabras sólo a aquello que no son acciones porque

sé muy bien que las palabras de Yago, por ejemplo, son auténticas acciones. Pero las acciones, incluidas las palabras de Yago, se cometen para alcanzar la realización de algún placer o beneficio y entonces todo el organismo, incluso esa parte que después debería erigirse en juez, participa de ellas y se vuelve entonces un

juez muy benévolo. Pero la estúpida lengua actúa para obtener su propia satisfacción y la de alguna pequeña parte del organismo que sin ella se siente

vencida y da lugar a la simulación de una lucha cuando la lucha está ya acabada y perdida. Quiere herir o acariciar. Se mueve siempre en medio de metáforas mastodónticas y, cuando están ardiendo, las palabras queman a quien las ha pronunciado.

Yo había observado que Carmen no tenía ya los colores que la habían llevado a ser contratada tan rápidamente en nuestra oficina. Me figuré que los había perdido a causa de algún sufrimiento que no quise admitir hubiera podido ser físico y lo atribuí al amor por Guido. Por lo demás, nosotros los hombres nos inclinamos a compadecer a las mujeres que se abandonan a otros hombres. No llegamos a ver cuáles son las ventajas que puedan alcanzar. Podemos incluso ser amigos del hombre de quien se trate —es lo que sucedía en mi caso—, pero no logramos ni siquiera entonces olvidar de qué manera, por lo general, terminan las historias de amor en esta vida. Sentí una sincera compasión por Carmen como no había llegado a sentirla por Augusta o por Carla. Le dije:

—Dado que tiene la amabilidad de invitarme a ser amigo suyo, ¿me permitiría que le hiciera algunas advertencias?

No me lo permitió porque, como todas las mujeres en esas condiciones, también ella creyó que cualquier consejo es una agresión. Se sonrojó y balbuceó:

—¡No entiendo! ¿Qué es lo que quiere decir? —y, enseguida, para hacer que me callara—: Si llego a necesitar algún consejo me acordaré sin duda de usted, señor Cosini.

No tuve así ocasión de sermonearla y eso fue negativo para mí. Sermoneándola hubiera llegado a un grado superior de sinceridad, tal vez intentando volver a cogerla en mis brazos. Además no me atormentaría más el haber querido revestirme de ese falso aspecto de Mentor.

Durante varios días de cada semana, Guido no se dejaba ni siquiera caer por la oficina porque se había aficionado mucho a la caza y a la pesca. Yo, en cambio, tras mi vuelta, durante algún tiempo permanecí largo tiempo en ella, muy ocupado en poner al

día mis libros. A menudo me encontraba solo con Carmen y Luciano, que me consideraban su jefe. No tenía la impresión de que Carmen sufriera por la ausencia de Guido y me figuré que ella le amaba de tal manera

que llegaba hasta el extremo de alegrarse sabiendo que él se divertía. Seguramente estaba además al tanto de los días en que él se ausentaba, porque

no traicionaba entonces las señales de ninguna ansiosa espera. Yo sabía por Augusta, en cambio, que no era ésa la situación de Ada, porque ésta se quejaba amargamente de las frecuentes ausencias de su marido. Como todas las mujeres que no son amadas, se quejaba con la misma intensidad tanto de las ofensas grandes como de las pequeñas. Guido no solamente la traicionaba sino que cuando estaba en casa tocaba el violín. Ese violín que tanto me había hecho sufrir, era una especie de lanza de Aquiles por la variedad de sus prestaciones. Llegué a saber que hasta había pasado por nuestra oficina, donde había alegrado la corte prestada a Carmen con unas bellísimas variaciones del Barbero. Después Guido se lo había vuelto a llevar porque en la oficina sus servicios no eran ya necesarios y había regresado a su casa, donde ahorraba a Guido la molestia de tener que hablar con su mujer.

Entre Carmen y yo no volvió a haber nada nunca más. Pronto sentí hacia ella un sentimiento de indiferencia absoluta, como si ella hubiera cambiado de sexo, algo parecido a lo que sentía hacia Ada; una viva compasión por ambas y nada más. ¡Así como lo digo!

Guido me colmaba de amabilidades. Creo que ese mes en que le había dejado solo, había aprendido a apreciar mi compañía. Una atractiva mujercita como Carmen puede resultar agradable de vez en cuando, pero no es posible soportarla durante días enteros. Él me invitó a cazar y pescar. Detesto la caza y me negué a acompañarle con decisión. En cambio, una noche, empujado por el aburrimiento, acabé por ir con él a pescar. El pez carece de cualquier medio de comunicación con nosotros y no puede despertar nuestra compasión. ¡Si da boqueadas también cuando está sano y salvo en el agua! Ni siquiera la muerte altera su aspecto. Su dolor, caso de que exista, está perfectamente escondido bajo sus escamas.

Cuando un día me invitó a una salida de pesca nocturna, alegué mi necesidad de comprobar si Augusta habría de consentirme salir esa noche y quedarme fuera de casa hasta tan tarde. Le dije que

me acordaría de que su barca saldría del muelle Sartorio a las nueve de la noche y que, caso de poder hacerlo, allí me encontraría. Pensé así que también él tuvo que saber de inmediato que aquella noche no me vería y que, como había hecho tantas otras veces, no acudiría a la cita.

En cambio esa noche me echaron de casa los gritos de mi pequeña Antonia. Cuanto más la acariciaba su madre más chillaba la pequeña. Probé entonces un sistema mío que consistía en gritar insolencias en las orejitas de ese pequeño chimpancé aullador. Conseguí el único resultado de hacer variar el ritmo de sus chillidos, porque se puso a gritar del susto. Después quise intentar un sistema un poco más enérgico pero Augusta se acordó a tiempo de la invitación de Guido y me acompañó a la puerta prometiéndome que se iría a la cama sola si yo llegaba tarde a casa. Es más, con tal de conseguir que me fuera, habría aceptado tomar sin mí también el café de la mañana siguiente, caso de que me quedara fuera hasta entonces. Hay una pequeña divergencia entre Augusta y yo —la única— a propósito de la manera de tratar a los niños que dan la lata; a mí me parece que el dolor del niño es menos importante que el nuestro y que merece la pena infligírselo a él con tal de ahorrar una gran molestia al

adulto. Ella en cambio piensa que nosotros, que somos los que hemos hecho a esos niños, debemos también padecer.

Tenía tiempo de sobra para llegar a la cita y atravesé lentamente la ciudad mirando a las mujeres e inventando al tiempo un especial artefacto que impediría cualquier divergencia entre Augusta y yo. ¡Pero para tal artefacto la humanidad no estaba aún lo bastante evolucionada! Estaba destinado a un futuro lejano y de la única manera en que podía serme útil era a través de la demostración que me podía ofrecer el pequeño motivo que hacía posible mis disputas con Augusta: ¡la ausencia precisamente de ese artefacto! Hubiera sido algo sencillo: un tranvía casero, un asiento con ruedas y carriles en el que la niña hubiera pasado sus días. Hubiera tenido además, tal máquina, un botón eléctrico que al ser accionado hubiera hecho que la niña, con su rabieta, desapareciera transportada al lugar

más alejado, donde su voz, debilitada por la lejanía, nos hubiera parecido hasta agradable. Y Augusta y yo nos hubiéramos quedado juntos compartiendo afecto y tranquilidad.

Era una noche cargada de estrellas y sin luna, una de esas noches en que se alcanza a ver muy lejos y que por ello mismo calma con su serenidad. Miré a las estrellas que hubieran podido aún llevar el

signo de la mirada de adiós de mi padre moribundo. El período horrendo en que mis hijos ensuciaban y gritaban pasaría. Después llegarían a ser como yo; yo les amaría como mi deber dicta y sin esfuerzo. En la hermosa y vasta noche conseguí calmarme completamente sin tener que llegar a hacer ningún propósito.

En el extremo del muelle Sartorio las luces procedentes de la ciudad se veían interrumpidas por la vieja caseta desde la que asoma el mismo extremo del

muelle como una corta calle en el agua. La oscuridad era perfecta y el agua alta y oscura se me antojaba perezosamente hinchada.

No volví a mirar ni el cielo ni el mar. A pocos pasos de mí había una mujer que despertó mi curiosidad por una botita de charol que, durante un instante, brilló en la oscuridad. En ese escaso espacio y en la oscuridad, me pareció que esa mujer alta y tal vez elegante, estaba encerrada en una habitación en mi compañía.

Las aventuras más agradables pueden presentarse cuando uno menos se lo espera, y viendo que esa mujer se acercaba de repente, tuve por un instante

una muy placentera sensación, que desapareció enseguida cuando oí la ronca voz de Carmen. Quería fingir que le agradaba saber que también yo participaba en la excursión, pero en la oscuridad y con esa especie de voz suya no se podía fingir.



Le dije con brusquedad:

—Guido me invitó. Pero si lo desea ¡me dedico a otra cosa y les dejo solos!

Ella protestó declarando que, por el contrario, estaba muy contenta de verme por tercera vez ese día. Me contó que en esa pequeña barca nos reuniríamos todos

los de la oficina porque también estaba Luciano. ¡Ay de la oficina si la barca llegara a hundirse! Me había dicho que estaba también Luciano para claramente fingir lo inocente de esa cita. Después siguió charlando volublemente, diciéndome, en primer lugar, que era la primera vez que iba con Guido a pescar y confesando después que se trataba en realidad de la segunda vez. Se le había escapado que no le disgustaba estar sentada sobre «el pañol» de la barquita y a mí me parecía extraño que ella conociera ese término. Tuvo así que confesarme que lo había aprendido la primera vez que había ido de pesca con Guido.

—Ese día —añadió para destacar la completa inocencia de esa primera excursión— fuimos a pescar caballas y no doradas. Por la mañana.

Es una pena que no tuviera tiempo de conseguir que siguiera hablando porque habría podido saber todo lo que me interesaba, pero, desde la oscuridad de la Sacchetta, salió y se aproximó rápidamente a nosotros la barca de Guido. Yo seguía dudoso: dado que estaba Carmen ¿no hubiera debido irme? Tal vez Guido no había tenido ni siquiera la intención de invitarnos a los dos porque me acordaba de que había prácticamente rechazado su invitación. Mientras tanto la barquita atracó y, juvenilmente segura incluso en la oscuridad, Carmen bajó a ella desdeñando el apoyo de la mano que Luciano le había ofrecido. Como yo seguía dudando, Guido gritó:

—¡No nos hagas perder tiempo!

Con un salto también yo subí a la barca. Mi salto resultó casi involuntario: un efecto del grito de Guido. Miraba con deseo la tierra de la que acababa de separarme, pero bastó un instante de vacilación para hacerme imposible el desembarco. Acabé por sentarme en la proa de la pequeña barca. Cuando me acostumbré a la oscuridad, vi que en la popa, frente a mí, se sentaba Guido y a

sus pies, en el pañol, Carmen. Luciano, que remaba, nos separaba. Yo no me sentía ni muy seguro ni muy cómodo en la pequeña barca, pero enseguida me acostumbré y miré a las estrellas que, de nuevo, me aquietaron. Era verdad que, en presencia de Luciano —un devoto servidor de la familia de nuestras mujeres —, Guido no se arriesgaría a traicionar a Ada, y no había, por tanto, nada de malo en que yo les acompañase. Deseaba vivamente poder gozar de ese cielo, ese mar y esa vastísima quietud. Si llegaba a sentir remordimientos, y a sufrir por tanto, mejor hubiera sido que me hubiese quedado en casa dejando que la pequeña Antonia me torturara. El aire fresco de la noche me llenó los pulmones y comprendí que podía divertirme en compañía de Guido y Carmen, a los que en el fondo apreciaba.

Pasamos delante del faro y alcanzamos el mar abierto. Algunas millas más allá brillaban las luces de innumerables veleros allí donde unas muy diferentes insidias se les tendían a los peces. Desde el Presidio Militar, una poderosa mole que se recortaba negruzca sobre sus pilones, empezamos a desplazarnos arriba y abajo a lo largo de la ribera de Sant'Andrea. Era el lugar que los pescadores preferían. Junto a nosotros, silenciosamente, muchas otras barcas hacían nuestra misma maniobra. Guido preparó los

tres sedales y cebó los anzuelos clavando tres gambas por la cola. Nos entregó un sedal a cada uno de nosotros diciendo que el mío, en la proa —el único que tenía una pieza de plomo—, sería el que el pez preferiría. Divisé en la oscuridad a mi gamba con su cola atravesada y me dio la impresión de que movía lentamente la parte superior del cuerpo, esa parte que no parecía envuelta en un estuche. En lo que a ese movimiento se refiere, lo encontré más bien meditabundo que no fruto de los espasmos del dolor. Tal vez aquello que produce el dolor en los grandes organismos, en los muy pequeños puede reducirse hasta llegar a ser una experiencia nueva, un estímulo para el pensamiento. La introduje en el agua haciendo que bajara, como Guido me enseñó que hiciera, diez brazas. Después de mí, Carmen y Guido hicieron descender sus sedales. Guido tenía ahora en la popa un remo, también, con el que empujaba la barca con el arte que requería el cuidado por evitar que los

sedales se enredaran. Al parecer Luciano no estaba aún en condiciones de dirigir

de tal manera la barquita. Por su parte, Luciano había recibido ahora el encargo de ocuparse de la pequeña red con la que sacaríamos del agua al pez que el

anzuelo llevaría hasta la superficie. Durante largo tiempo no tuvo Luciano nada que hacer. Guido hablaba mucho. A lo mejor lo que le unió a Carmen fue su pasión por la enseñanza más que el amor.

Yo hubiera preferido no tener que oírle para seguir pensando en el pequeño animal que había yo expuesto a la voracidad de los peces; suspendido en el agua y con los gestos de su cabecita —si es que

en el agua seguían produciéndose— conseguiría atraer mejor al pez. Pero Guido me llamó repetidas veces y tuve que escuchar su teoría sobre la pesca. El pez tocaría varias veces el cebo y nosotros lo notaríamos, pero debíamos guardarnos de tirar del sedal hasta que no estuviera bien tenso. Entonces debíamos estar preparados para dar el tirón que conseguiría clavar profundamente el anzuelo en la boca del pez. Guido, como de costumbre, se alargó en sus explicaciones. Quería explicarnos claramente lo que sentiríamos en la mano cuando el pez olisquease el cebo. Y seguía con sus explicaciones cuando Carmen y yo conocíamos ya por experiencia la casi sonora repercusión en la mano de todo contacto que el anzuelo llegaba a sufrir. Más de una vez tuvimos que recoger el sedal para añadir un cebo nuevo. El pequeño animalito pensativo solía acabar impunemente en las fauces de algún pez astuto que conseguía evitar el anzuelo.

Había a bordo cerveza y bocadillos, y Guido condimentaba todo ello con su inagotable charla. Hablaba ahora de las enormes riquezas que yacen en el mar. No se trataba, como creía Luciano, ni de los peces ni de las riquezas que el hombre hubiera podido

sumergir en el mar. En el agua del mar había oro disuelto. Se acordó de repente de que yo había estudiado química y me dijo:

—Tú también estarás al tanto de lo relacionado con este oro.

Yo no recordaba gran cosa, pero asentí corriendo con el riesgo de realizar una afirmación de cuya verdad no podía estar seguro.

Declaré:

—El oro del mar es el más costoso de todos. Para conseguir uno de los napoleones[25] que yacen aquí disueltos, habría que invertir otros cinco.

Luciano, que ansiosamente se había dirigido a mí para oírme confirmar la existencia de esas riquezas sobre las que flotábamos, me volvió a dar desilusionado la espalda. Había dejado de estar interesado en ese oro. Guido, en cambio, me dio la razón afirmando que creía recordar que el precio de tal oro era exactamente el de cinco veces su valor, justo como yo había dicho. Hasta me ensalzaba confirmando mi aserción, que yo, en cambio, sabía que era completamente inventada. Se ve que me encontraba poco peligroso y que no

había en él la menor sombra de celos en relación con esa mujer tendida a sus pies. Pensé, por un instante, en la posibilidad de ponerle en un brete declarando que creía recordar en ese momento, en cambio, que eran en realidad sólo tres los napoleones de oro que se precisaban para sacar el equivalente a uno de ellos del mar, o diez tal vez.

Pero en ese momento el sedal reclamó mi atención al tensarse por la acción de

un poderoso tirón. Tiré yo de él también y grité. Con un salto Guido se puso a mi lado y me quitó el sedal de las manos. Empezó a tirar de él, al principio con pequeños tirones y después, al disminuir la resistencia, con grandísimos impulsos. En el agua oscura se vio brillar el cuerpo plateado del animal que

corría ya rápidamente y sin resistencia en persecución de su propio dolor. Entendí también el dolor del mudo animal porque lo que declaraba a gritos era esa prisa suya por correr en pos de su muerte. Enseguida lo tuve, boqueando, a mis pies. Luciano lo había sacado del agua con la red y, arrancándoselo sin contemplaciones, le había quitado el anzuelo de la boca.

Palpó la gruesa carne del pez:

—¡Una dorada de tres quilos!

Lleno de admiración, mencionó el precio que habrían pedido por él en una pescadería; Guido afirmó después que el agua estaba quieta a esa hora y que resultaría difícil conseguir atrapar otro pez. Relató que los pescadores consideraban que cuando el agua no crecía ni menguaba, los peces no comían y no se podía, por tanto, capturarlos. Hiló alguna consideración filosófica en torno al peligro que puede reportarle a un animal su apetito y después, echándose a reír, sin darse cuenta de que se comprometía, dijo:

—Tú eres el único que ha podido pescar esta noche.

Mi presa se debatía aún dentro de la barca, cuando Carmen dio un grito. Guido, sin moverse y con la risa bailando en sus palabras, preguntó:

—¿Otra dorada?

Carmen contestó confusa:



—¡Eso me pareció! ¡Pero se ha desprendido del anzuelo!

Estoy seguro de que, arrastrado por el deseo, Guido le había dado un pellizco.

Me sentía incómodo en esa barca. No acompañaba ya con las ganas la labor de mi anzuelo; es más, agitaba el sedal de forma que los pobres animales no pudieran agarrarlo. Declaré que tenía sueño y le rogué a Guido que me permitiera desembarcar en Sant'Andrea. Me preocupé después de hacer desaparecer en él la sospecha de que pudiera haber decidido irme molesto por cuanto podía haberme revelado el grito de Carmen, y le conté la escena que había organizado mi niña esa noche y mi deseo de confirmar que no estaba enferma.

Tan complaciente como siempre, Guido acercó la barca a la orilla. Me ofreció la dorada que yo había pescado, pero la rechacé. Propuse que se la liberara echándola de nuevo al mar, lo que hizo que Luciano lanzara un grito de protesta, mientras que Guido bondadosamente dijo:

—Si estuviera seguro de poder volver a darle la vida y la salud lo haría. ¡Pero a estas alturas la única utilidad que tiene el pobre animal es la que puede ofrecer encima de un plato!

Les seguí con la mirada y pude comprobar que no aprovecharon el espacio que yo había dejado libre. Seguían bien juntos y la barquita prosiguió su camino algo elevada en la proa a causa del excesivo peso que había en la popa.

Tomé por un castigo divino saber que mi pobre niñita había sido atacada por la fiebre. ¿No la había convertido en una enferma yo, al simular ante Guido una preocupación por su salud que no sentía? Augusta no se había acostado aún, pero poco antes había venido el doctor Paoli, quien la había tranquilizado diciendo que estaba muy seguro de que una fiebre repentina tan violenta no podía anunciar una enfermedad grave. Nos quedamos mucho rato mirando a Antonia que yacía abandonada en su pequeño lecho, con su carita de piel seca intensamente enrojecida bajo los oscuros rizos descolocados. No gritaba pero se quejaba de vez en cuando con un lamento breve que interrumpía su sopor irresistible. ¡Dios mío! Su sufrimiento la acercaba a mí. Habría dado una parte de mi vida para aliviar su dificultosa respiración. ¿Cómo desprenderme del remordimiento de haber pensado que no sabía

quererla y haber pasado todo ese tiempo en que ella sufría lejos de su lado y en una compañía como aquélla?

—¡Se parece a Ada! —dijo Augusta con un sollozo. ¡Era verdad! Nos dimos

cuenta entonces por primera vez, y esa semejanza se fue haciendo cada vez más evidente a medida que Antonia crecía, tanto que yo alguna vez siento temblar mi corazón ante la idea de que le pueda tocar el mismo destino que el que le ha tocado en suerte a la pobre mujer a quien se parece.

Nos acostamos tras haber puesto la cama de la niña cerca de la de Augusta. Yo no podía dormir; tenía un enorme peso en el corazón como esas noches en que mis deslices de la jornada se reflejaban en imágenes nocturnas de dolor y remordimiento. La enfermedad de la niña me pesaba como si fuera obra mía.

¡Me rebelé! Yo era puro y podía hablar, podía contarlo todo. Y así lo hice. Conté a Augusta mi encuentro con Carmen, le dije cuál era su posición en la barca y además le hablé de su grito que yo había dudado que fuera más bien debido a

una caricia brutal de Guido sin poder, sin embargo, afirmarlo con absoluta certeza. Augusta estaba en cambio segura. ¿Por qué, si

no, inmediatamente después, la voz de Guido estaba alterada por la risa? Intenté debilitar su certeza, pero luego me vi obligado a seguir mi relato. Hice una confesión también en lo relativo a mí, describiendo el fastidio que me había expulsado de casa y mi remordimiento por no haber sabido querer mejor a Antonia. Enseguida me sentí mejor y me dormí profundamente.

La mañana siguiente, Antonia estaba mejor, casi no tenía ya fiebre. Yacía tranquila y su respiración no era angustiosa, pero estaba pálida y derrotada como si se hubiese agotado en un esfuerzo desproporcionado para su pequeño organismo; evidentemente ya había salido victoriosa de su breve batalla. En la calma que siguió también para mí, me acordé, lamentándolo, de que había comprometido terriblemente a Guido e intenté conseguir de Augusta la promesa de que no comentaría con nadie mis sospechas. Ella alegó que no se trataba de sospechas, sino de evidencias muy ciertas, algo que yo negué sin conseguir convencerla. Después ella me prometió todo lo que le pedí y yo me fui tranquilamente a la oficina.

Guido aún no había llegado y Carmen me contó que habían tenido mucha suerte tras mi marcha. Habían capturado otras dos doradas, más pequeñas que la mía, pero con un peso

considerable. No me lo quise creer y pensé que quería convencerme de que, tras irme yo, ellos habían dejado la actividad a la que se habían dedicado mientras yo estuve. ¿No se había quedado quieta el agua?

¿Hasta qué hora habían estado en el mar?

Carmen, para convencerme, hizo que Luciano confirmara la pesca de las dos

doradas y yo, en esa ocasión, pensé que Luciano, para congraciarse con Guido, habría sido capaz de cualquier cosa.

Todavía durante la calma idílica que antecedió al asunto del sulfato de cobre, sucedió en esa oficina una cosa muy extraña que no logro olvidar, tanto porque pone en evidencia la desmesurada presunción de Guido como porque me coloca bajo una luz en la que me cuesta reconocerme.

Un día estábamos los cuatro en la oficina y el único de nosotros que hablaba de negocios era, como de costumbre, Luciano. Algo en sus palabras sonó en los oídos de Guido como una reprimenda que, en presencia de Carmen, no podía tolerar. Pero igualmente difícil resultaba defenderse de esa acusación, porque Luciano

tenía las pruebas de que un trato que él había aconsejado meses antes, y que Guido había rechazado, había acabado por rentar una suma de dinero a quien se había hecho cargo de él. Guido acabó por declarar que despreciaba el comercio y por afirmar que si la fortuna no le hubiera de asistir en este terreno, él encontraría el medio para ganar dinero con otras actividades mucho más inteligentes. Con el violín, por ejemplo. Todos declararon estar de acuerdo con él y también yo lo hice, pero expresando la siguiente reserva:

—A condición de que estudies mucho.

Mi actitud le molestó y dijo enseguida que si se trataba de estudiar, él hubiera podido hacer muchas otras cosas, literatura, por ejemplo. También en esto los otros dos se mostraron de acuerdo y yo mismo también, pero con alguna vacilación. No recordaba bien la fisonomía de nuestros grandes literatos y las evocaba para encontrar alguna que se pareciera a Guido. Gritó él entonces:

—¿Queréis bonitas fábulas? ¡Ahora mismo os improviso alguna como las de

Esopo!

Todos se echaron a reír menos él. Hizo que le alcanzaran la máquina de escribir y, seguido, como si escribiera bajo dictado, con gestos más amplios de lo que exigía un trabajo útil en la máquina, redactó su primera fábula. Estaba ya alargando la hoja a Luciano cuando se arrepintió, recuperó la hoja y la volvió a introducir en la máquina. Escribió una segunda fábula, pero ésta le costó más trabajo que la primera hasta el extremo de que olvidó seguir simulando con gestos la inspiración y tuvo que corregir su escrito varias veces. Considero por ello que la primera de las fábulas no había sido suya y que, en cambio, la segunda salió verdaderamente de su cerebro, del que me parece que era digna. La primera fábula hablaba de un pajarito al que aconteció darse cuenta de que la pequeña puerta de su jaula había quedado abierta. Pensó, en un primer momento, aprovecharse de esta circunstancia para escapar, pero después cambió de opinión temiendo que si, durante su ausencia, alguien llegara a cerrar la puerta, él perdería su libertad. La segunda fábula era sobre un elefante y su contenido cuadraba con la elefantiásica naturaleza del personaje. Aquejado de debilidad en las piernas, el enorme animal iba a consultar a un hombre, un médico muy célebre, que al ver esas

poderosas articulaciones, exclamaba: «¡No he visto nunca unas piernas tan fuertes!».

Luciano no se dejó impresionar por las fábulas, porque además no las entendía. Reía a carcajadas, pero se veía que encontraba cómico que algo así pudiera ser presentado como un artículo comerciable. Rió después, también complacido, cuando le explicaron que el pajarito temía que se le privara de su libertad de volver a la jaula y que el hombre encontraba admirablemente poderosas las patas del elefante, por más que éste alegara como motivo de su consulta la debilidad

de esas extremidades. No por ello dejó de preguntar:

—¿Qué se puede sacar de algo así? Guido se las dio de hombre superior:

—El placer de haberlas inventado y después, tras haber imaginado algunas más, incluso bastante dinero.

Carmen, en cambio, se dejaba llevar por la emoción. Pidió permiso para poder copiar esas dos fábulas y agradeció con reconocimiento que Guido le ofreciera como regalo la hoja que él mismo había escrito tras haberla hasta firmado con su pluma.



¿Qué tenía que ver yo con todo aquello? No tenía que batirme por conquistar la admiración de Carmen que, como he dicho, no me importaba en lo más mínimo, pero, al recordar la manera en que actué, tengo que creer que incluso una mujer a la que nuestro deseo no haga destacar puede llegar a empujarnos a la lucha. De hecho, ¿no combatían los héroes medievales también por mujeres que no habían llegado a ver nunca? A mí me sucedió ese día que los punzantes dolores de mi pobre organismo, de repente, se agudizaron y me pareció que no podría

conseguir que remitieran si no me batía con Guido escribiendo también yo de

inmediato alguna fábula.

Hice que me dejaran la máquina y yo sí que improvisé. Es verdad que la primera de las fábulas que realicé llevaba varios días dentro de mi ánimo. Inventé un título: Himno a la vida. Después, tras una breve reflexión, escribí debajo: Diálogo. Me parecía que sería más sencillo que los animales hablaran que tener que describirlos.

Nació así mi fábula con un diálogo muy breve:

La gamba mediatubunda: La vida es bella pero hay que prestar atención al lugar en el que uno se sienta.

La dorada (mientras corre a la consulta del dentista): La vida es bella pero hay que eliminar a esos animaluchos traicioneros que ocultan en sus sabrosas carnes un afilado estilete.

Había que hacer ahora la segunda fábula pero ya no me quedaban animales. Miré al perro que yacía en su rincón y él también me miró a mí. De esos ojos tímidos saqué un recuerdo: unos días antes Guido había vuelto de cazar lleno de pulgas y había ido a limpiarse a nuestro cuarto trasero. Se me ocurrió entonces la fábula y la escribí de seguido: «Había una vez un príncipe al que muchas pulgas no dejaban de picar. Pidió a los dioses que le concedieran el tormento de una sola pulga, grande y hambrienta, pero una sola, y destinasen las restantes a otros hombres. Pero ninguna de las pulgas aceptó quedarse sola con ese animal de hombre, y él tuvo que seguir aguantándolas a todas».

En ese momento, me pareció que las fábulas que había inventado eran espléndidas. Las cosas que salen de nuestro cerebro tienen un aspecto soberanamente amable, sobre todo cuando se las

examina nada más nacer. A decir verdad, mi diálogo me sigue gustando aún hoy, ahora que tanta práctica he adquirido en redacción. El himno a la vida que el que va a morir es capaz de entonar suele resultar un elemento muy simpático para aquellos que miran cómo muere y es también verdad que muchos moribundos agotan su último aliento en expresar lo que a ellos les parece ser la causa por la que mueren, elevando así un canto a la vida de los demás que aprenderán a evitar ese accidente. En lo que concierne a la segunda fábula prefiero no referirme a ella.

Fue el propio Guido quien la comentó sagazmente al gritar riendo:

—No es una fábula, sino una manera de insultarme.

Le acompañé en sus risas y los dolores que me habían empujado a escribir encontraron rápido alivio. Luciano se rió cuando le expliqué qué era lo que había querido decir y opinó que nadie hubiera pagado nada ni por mis fábulas ni por

las de Guido. A Carmen, en cambio, mis fábulas no le gustaron nada. Me dedicó una mirada indagadora que resultaba nueva en esos ojos y que yo entendí como si se hubiera tratado de una afirmación oralmente expresada:

—¡Guido no te gusta!

Tuvo el efecto de alterarme porque lo cierto es que en esos momentos Carmen no se equivocaba. Pensé que era injusto que me comportara como si Guido no me gustara, precisamente yo que trabajaba desinteresadamente para él. Tenía que prestar atención a mi manera de actuar.

Con tono afable, dije a Guido:

—Estoy dispuesto a reconocer que tus fábulas son mejores que las mías. Hay que tener presente, sin embargo, que son las primeras fábulas que he hecho en mi vida.

Guido no se dio por vencido:

—¿Piensas acaso que yo he hecho con anterioridad otras?

La mirada de Carmen había atenuado su dureza y, para conseguir que fuera más dulce aún, le dije a Guido:

—Tú dispones de manera indudable de un talento especial para las fábulas.

El cumplido hizo que se rieran y, enseguida, yo me sumé también a sus risas, pero todos lo hicimos con el mejor talante porque resultaba evidente que yo me había expresado sin ninguna mala intención.

El asunto del sulfato de cobre aportó a nuestra oficina una mayor seriedad. No quedó ya tiempo para componer fábulas. Casi todos los negocios que se nos proponían encontraban una pronta decisión de aceptarlos por nuestra parte. Algunos rindieron algunos beneficios, pero pequeños; otros supusieron pérdidas, sólo que cuantiosas. Una extraña avaricia era el principal defecto de Guido que, al margen de los negocios, era en cambio una persona generosa. Cuando un negocio resultaba beneficioso, él lo liquidaba apresuradamente, ávido de

embolsarse el pequeño beneficio que proporcionaba. Cuando, en cambio, se encontraba enredado en un negocio desfavorable, no acertaba a encontrar el momento para salirse de él con tal de aplazar el instante en que se viera obligado a pagar de su propio bolsillo. Éste es el motivo por el que pienso que sus

pérdidas fueron siempre destacadas y sus ganancias reducidas. Las cualidades de un comerciante no son más que las que resultan de todo su organismo, desde la punta de sus cabellos hasta las uñas de sus pies. Para Guido hubiera resultado acertada una definición de los griegos: «astuto imbécil». Verdaderamente astuto, pero auténticamente deficiente también. Estaba lleno de hábiles trucos que no conseguían, al final, nada más que engrasar la pendiente por la que se deslizaba cada vez más abajo.

Junto con el sulfato de cobre se le presentaron, de repente, los dos gemelos. Su primera impresión fue la de quien recibe una sorpresa todo menos agradable, pero inmediatamente después de haberme anunciado el acontecimiento, consiguió hacer un chiste que provocó que me riera mucho e hizo que él, al complacerse por su éxito, dejara de fruncir el ceño. Equiparando a los dos niños con las toneladas de sulfato, dijo:

—¡Se ve que estoy condenado a trabajar al por mayor!

Para consolarle le recordé que Augusta estaba de nuevo en el séptimo mes y que muy pronto alcanzaría yo también, en materia de tonelaje, su tasa. Contestó con su habitual ingenio:

—A mí, como buen contable, no me parece lo mismo.

Tras algunos días, durante un tiempo le asaltó un gran afecto por los dos mocosos. Augusta, que pasaba una parte de la jornada en casa de su hermana, me contó que Guido dedicaba a sus hijos varias horas cada día. Los acariciaba, les cantaba nanas y Ada se sentía tan agradecida que entre los dos esposos parecía estar volviendo a florecer un nuevo afecto. En esos días Guido invirtió una suma cuantiosa en una sociedad de seguros para que sus hijos encontraran, a los veinte años, una suma apreciable. Lo recuerdo por haber sido yo quien registrara ese importe en su Debe.

Me invitaron a ver a los gemelos; es más, Augusta me había dicho que así podría saludar también a Ada, quien al final no pudo recibirme por tener que estar aún en la cama a pesar de que habían pasado ya diez días desde el parto.

Los dos niños estaban acostados en dos cunas, en un cuarto contiguo al dormitorio de sus padres. Ada, desde su cama, me gritó:

—¿Son guapos, Zeno?

Me sorprendió el tono de esa voz. Me pareció que era más dulce; era un auténtico grito porque se detectaba en él el esfuerzo y, aun así, seguía siendo muy dulce. Sin duda, la dulzura en esa voz procedía de la maternidad, pero a mí me conmovió porque la descubrí cuando se dirigía mí. Esa dulzura hizo que me pareciera que Ada no me había llamado sólo por mi nombre, sino con el añadido también de algún apelativo afectuoso como «querido» o «hermano». Me sentí intensamente agradecido y me volví bueno y afectuoso. Respondí con el más festivo de los tonos:

—¡Guapos, riquísimos, iguales, dos maravillas!

Me parecían, en realidad, dos pequeños cadáveres descoloridos. Los dos lanzaban vagidos sin conseguir ponerse de acuerdo al hacerlo. Pronto Guido regresó a la que había sido su vida anterior. Tras el asunto del sulfato acudía a la oficina con mayor asiduidad, pero cada semana, el sábado, se iba de caza y volvía el lunes por la mañana a última hora justo a tiempo de echar un vistazo a la oficina antes de la comida. A pescar iba por la noche y, a menudo, pasaba la noche entera en el mar. Augusta me contaba todo lo



que esto contrariaba a Ada quien, si bien es verdad que sufría unos frenéticos celos, padecía también por el hecho de tener que pasar sola gran parte del día. Augusta intentaba calmarla recordándole que en las jornadas de caza y pesca no participaban mujeres. Sin embargo, alguien, sin que se supiera quién, había informado a Ada de que Carmen algunas veces había acompañado a Guido en sus excursiones de pesca. Guido, además, había confesado la verdad de este hecho, añadiendo que no

había nada de malo en esa amabilidad que él tenía con una empleada que tan útil

le resultaba. Y, además, ¿no estaba acaso siempre presente Luciano? Acabó por prometer no volver a invitarla, dado que a Ada le enojaba tanto. Afirmaba que

no quería renunciar ni a sus salidas a cazar, que le costaban mucho dinero, ni a la pesca. Decía que trabajaba mucho (de hecho, en aquella época en la oficina

había mucho que hacer) y que consideraba que un poco de distracción era algo a lo que tenía derecho. Ada no compartía esa opinión y creía que la mejor distracción la podría encontrar en la familia, y en tal parecer encontraba Ada el incondicional asentimiento de Augusta, mientras que yo consideraba que esa sería una distracción demasiado sonora.

Ése era el momento en que Augusta exclamaba:

—¿No estás tú acaso, cada día, en casa a las horas debidas?

Era verdad y yo tenía que confesar que entre Guido y yo había una gran diferencia, pero no conseguía jactarme de ella.

Le decía a Augusta mientras la acariciaba:

—El mérito te corresponde a ti porque has usado muy drásticos métodos de educación.

Para el pobre Guido, además, las cosas empeoraban cada día más. En un primer momento, a pesar de que los niños eran dos, había sido contratada una sola nodriza porque se esperaba que Ada pudiera alimentar a uno de ellos. Ada, en cambio, no pudo hacerlo y tuvieron que acudir a una segunda nodriza. Cuando Guido quería que me riera, se paseaba arriba y abajo por la oficina marcándose el ritmo con las palabras: «¡Una mujer... dos niños... dos nodrizas!».

Había algo que Ada detestaba de especial manera: el violín de Guido. Podía soportar los llantos de los niños, pero sufría de manera horrible por el sonido del violín. Le había dicho a Augusta:

—¡Ganas me dan de ponerme a ladrar como un perro cada vez que oigo esos ruidos!

¡Qué extraño! ¡A Augusta en cambio le deleitaba oír cómo mis discordantes sonidos salían de mi estudio cuando pasaba por delante de él!

—Y sin embargo, también el de Ada ha sido un matrimonio por amor —decía yo con sorpresa—. ¿No es el violín la mejor de las cualidades de Guido?

Estas charlas quedaron olvidadas cuando volví a ver por primera vez a Ada. Fui yo precisamente el primero que supo advertir su enfermedad. Uno de los primeros días de noviembre, un día frío, húmedo y sin sol, salí de manera inhabitual de la oficina a las tres de la tarde y corrí a casa con la idea de descansar y soñar durante alguna hora en mi cálido y acogedor estudio. Para llegar hasta él tenía que recorrer el largo pasillo y ante la habitación en que

Augusta solía dedicarse a sus tareas me detuve porque oí la voz de Ada. Era

dulce e insegura (dos condiciones equivalentes, según creo) como ese otro día en

que se había dirigido a mí. Entré en la habitación impulsado por la extraña curiosidad de ver cómo la serena, la tranquila Ada, podía llegar a revestirse de esa voz que recordaba un poco a la de una de nuestras actrices cuando se propone conseguir que los espectadores lloren, sin saberlo hacer ella misma. Era de hecho una voz falsa o eso me parecía a mí, sólo porque, sin haber visto siquiera a quien la emitía, la percibía tan conmovedora como conmovida. Pensé que estaban hablando de Guido, porque ¿qué otro tema hubiera podido

conmover a Ada de esa manera?

En cambio, las dos mujeres, tomando juntas una taza de café, estaban hablando de cosas domésticas: ropa, criadas, y cosas así. Pero me bastó con ver a Ada para comprender que esa voz no era falsa. Conmovedora resultaba también su cara, que era yo el primero en descubrir cuán alterada estaba, y en ese caso si no de forma acorde a algún sentimiento, sí que reflejaba en cambio exactamente a todo un organismo y era por tanto auténtica y sincera. Esto es lo que enseguida

advertí. No soy médico y no pensé por ello en una enfermedad, sino que intenté llegar a explicarme lo alterado que me parecía el aspecto de Ada como un efecto de su convalecencia después del parto. Pero ¿cómo podía uno explicarse que Guido no hubiera advertido un cambio tan notorio en su mujer? Por lo pronto yo, que conocía de memoria esos ojos, los mismos que yo había temido tanto porque enseguida había advertido que fríamente examinaban las cosas y a las personas para quererlas o rechazarlas, pude enseguida constatar que estaban cambiados, agrandados, como si para ver mejor tuviesen que forzar las órbitas. En su carita, debilitada y exangüe, esos grandes ojos desentonaban. Me tendió la mano con gran afecto:

—Ya sé —me dijo— que aprovechas cada ocasión para venir a ver a tu mujer y a tu niña.

Tenía la mano bañada en sudor y sé que eso es algo que denota un estado de debilidad. Con mayor motivo me imaginé que, cuando lograra reponerse, recuperaría los colores que solían ser los suyos y las seguras líneas en el dibujo de sus mejillas y el contorno de sus ojos.

Interpreté las palabras que me había dirigido como un reproche destinado a Guido y, con el más bondadoso de mis tonos, le contesté que Guido, en su condición de propietario de la empresa, tenía responsabilidades más grandes que las mías que le ataban a la oficina.

Me lanzó una mirada escrutadora para comprobar que yo estaba hablando en serio.

—Pero aun así —dijo— opino que podría encontrar algo de tiempo para su mujer y sus hijos.

Y su voz estaba llena de lágrimas. Se recobró con una sonrisa que pedía indulgencia y añadió:

—Además de sus negocios, ¡están también la caza y la pesca! Esas cosas son precisamente las culpables de que apenas tenga tiempo.

Con una volubilidad que me sorprendió, habló de los exquisitos platos que hacían aparición en su mesa después de las excursiones de caza y pesca de Guido.

—Sin embargo, ¡con gusto renunciaría a ellos! —añadió a continuación con un suspiro y una lágrima. No por ello se declaraba infeliz, ¡todo lo contrario! Decía que no hubiera ya podido figurarse qué hubiera sido de su vida sin los dos niños a los que adoraba. Con algo de malicia añadía sonriendo que les quería más ahora que cada uno de ellos disponía de una nodriza. Ada no conseguía dormir mucho, pero al menos cuando lograba conciliar el sueño, nadie la molestaba. Cuando le pregunté si de verdad era tan poco lo que conseguía dormir, volvió a mostrarse seria y conmovida para contestarme que la falta de sueño era precisamente su mayor trastorno.

Después, alegre, añadió:

—Pero ¡la cosa va mejor!

Nos dejó al poco rato por dos motivos: por la tarde tenía que ir a visitar a su madre y, además, no podía soportar la temperatura de las habitaciones de nuestra casa, equipadas con grandes estufas. Yo, que consideraba que esa temperatura era sólo tolerable, pensé que era una señal de fortaleza en ella el que percibiera esa temperatura como excesivamente alta.

—No parece que estés tan débil —dije sonriendo—, ya verás como a mi edad tu opinión en lo relativo con la temperatura cambia.

A ella le agradó intensamente oír cómo se señalaba en ella una acentuada juventud.

Augusta y yo la acompañamos hasta el rellano. Parecía sentir una gran necesidad de nuestra amistad porque para dar esos pocos pasos eligió caminar en medio de nosotros dos y, primero, se agarró del brazo de Augusta y después del mío, no sin que yo, de inmediato, adquiriera la rigidez que ocultaba mi miedo a ceder a la antigua costumbre de apretar todo brazo femenino que se me ofreciera. Ya en el rellano siguió hablando largo rato y, tras recordar a su padre, volvieron a humedecerse los ojos por tercera vez en un cuarto de hora. Cuando se marchó, le dije a Augusta que parecía una fuente, no una mujer. A pesar de advertir la enfermedad en Ada, no le concedí importancia. Sus ojos se habían vuelto más grandes; su carita estaba más delgada; su voz se había transformado, así como su carácter, con esa nueva afectuosidad que no formaba parte de su antigua manera de ser,



pero todo esto yo lo atribuía a la doble maternidad y la consiguiente debilidad. En definitiva, demostré ser un magnífico observador porque lo vi

todo, pero también demostré ser un gran ignorante porque no llegué a pronunciar la palabra que correspondía: ¡enfermedad!

El día siguiente, el tocólogo que atendía a Ada solicitó la asistencia del doctor Paoli, quien, de inmediato, pronunció el término que yo desconocía: Morbus Basedowii.[26] Guido me lo contó describiéndome con gran doctrina la enfermedad y compadeciéndose de Ada que sufría mucho. Sin mala intención, pienso que tanto su compasión como su ciencia no eran tan grandes como aparentaba. Adoptaba un aspecto acongojado cuando hablaba de su mujer, pero cuando dictaba cartas a Carmen dejaba ver toda la alegría de vivir e instruir que quepa imaginar. Creía además que quien había dado su nombre a la enfermedad era el mismo Basedow que había sido amigo de Goethe, mientras que cuando yo indagué la naturaleza de la enfermedad en una enciclopedia, descubrí enseguida que se trataba de otro.

¡Era una enfermedad muy seria! Para mí fue muy importante conocerla. La estudié en diferentes monografías y sólo entonces

creí descubrir el secreto esencial de nuestro organismo. Creo que en el caso de muchos, igual que me sucede a mí, hay períodos de tiempo en el que ciertas ideas ocupan y llegan a atestar todo nuestro cerebro, cerrando el acceso a las demás. ¡Pero si hasta a la colectividad le llega a pasar lo mismo! Vive prestando toda su fe a Darwin, tras haber hecho lo mismo con Robespierre, e hizo lo mismo con Napoleón después de hacerlo con Liebig[27] y hasta con Leopardi,[28] ¡siempre que, en todo el universo, no sea Bismarck quien prevalezca!

Pero ¡sólo yo presté toda mi fe a Basedow! Me pareció que él había sacado a la luz las raíces de la vida, que echa de la siguiente manera: todos los organismos se distribuyen a lo largo de una línea, en uno de cuyos extremos está la enfermedad de Basedow que implica el muy generoso y alocado consumo de la fuerza vital a un ritmo vertiginoso y el latido de un corazón desenfrenado. En el otro extremo, están los organismos consumidos por una avaricia orgánica, destinados a sucumbir por una enfermedad que podría parecer algún tipo de

agotamiento y que es, en cambio, sólo holgazanería. El justo medio entre las dos enfermedades se encuentra en la mitad e inapropiadamente se le llama salud cuando no es más que una pausa. Y entre el centro y una extremidad —la de Basedow— están todos aquellos que se exasperan y gastan su vida en grandes deseos, ambiciones, goces e incluso trabajo, mientras que en el

otro extremo están los que no arrojan al plato de la vida más que migajas y ahorran, preparándose a ser ese tipo de abyectos longevos que constituyen una carga para la sociedad. Al parecer, este tipo de contrapeso es también una necesidad. La sociedad avanza porque los basedowianos la impulsan y no se derrumba porque son los otros los que la sostienen. Yo estoy convencido de que, puestos a forjar una sociedad, hubiera sido más fácil hacerlo de manera más sencilla, pero es así

como está hecha, con el bocio en uno de sus extremos y el edema en el otro, y no existe remedio. En la mitad se encuentran todos los que, de manera incipiente, tienen ya o bocio o edema, y a lo largo de toda la línea, en toda la humanidad, la salud completa está ausente.

También estaba ausente en el caso de Ada el bocio, según lo que Augusta me decía, pero todos los restantes síntomas de la enfermedad sí que los tenía. ¡Pobre Ada! Me había llegado a parecer la representación de la salud y el equilibrio, hasta el extremo de que durante largo tiempo pensé que había elegido a su marido con el mismo frío ánimo con el que su padre elegía la mercancía, y ahora había sido presa de una enfermedad que la arrastraba a un régimen

completamente diferente, en el terreno de las perversiones psíquicas. Yo enfermé

a la par que ella con una enfermedad ligera, pero larga. Dedicué demasiado tiempo a pensar en Basedow. Creo, de hecho, que decida donde decida uno establecerse, en cualquier parte del universo, acaba uno por contaminarse. Hay que moverse. La vida está llena de venenos, pero hay también toda una serie de venenos diferentes que actúan como antídotos. Sólo corriendo puede uno librarse de esas primeras sustancias y beneficiarse de las segundas.

Mi enfermedad se convirtió en un pensamiento dominante, un sueño, y un susto también. Seguramente tuvo su origen en una reflexión que me llevó a considerar

que con el nombre de perversión se quiere indicar una desviación en el estado de salud, esa especie de salud que nos acompañó durante un trecho de nuestra vida. Ahora bien, yo sabía lo que había sido la salud en el caso de Ada. ¿No podía su perversión llevarla a amarme a mí, alguien a quien, estando sana, había llegado a rechazar?

¡No sé cómo este terror (o esperanza) pudo llegar a nacer en mi cabeza!

¿Pudo deberse tal vez a que la voz dulce y rota de Ada me pareció llena de amor cuando se dirigió a mí? La pobre Ada se había puesto muy fea y yo ya no podía sentir algún deseo hacia ella y, sin embargo, revisaba nuestras pasadas relaciones y me parecía que si ella llegara a ser comprometedor víctima de un repentino amor por mí, me vería en una situación en nada diferente de aquella en que se había visto Guido por culpa del amigo inglés de las sesenta toneladas de sulfato de cobre. ¡Justo la misma situación! Pocos años antes le había yo declarado mi amor y no había llevado a cabo después ninguna acción de revocación de ese compromiso, aparte de casarme con su hermana. En tal contrato ella no estaba protegida por la ley sino por la caballerosidad. Yo tenía la impresión de estar tan obligado hacia ella que, si se hubiera presentado ante mí muchos pero que muchos años más tarde, perfeccionada incluso tal vez en su enfermedad con un bonito bocio, me vería en la necesidad de hacer honor a mi firma.

Recuerdo, sin embargo, que tal perspectiva hizo que mis pensamientos hacia

Ada se volvieran más afectuosos. Hasta ese momento, cuando me habían

hablado de los sufrimientos que Ada padecía por culpa de Guido, yo desde luego no me había alegrado, pero aun así no había dejado de dirigir mi pensamiento, con cierta satisfacción, a mi casa, en la que Ada había rechazado entrar y en la que no se sufría en absoluto. Ahora las cosas eran diferentes. Aquella Ada que con desdén me había rechazado no existía ya, a menos que mis libros de medicina estuvieran equivocados.

La enfermedad de Ada era grave. El doctor Paoli, pocos días después, aconsejó alejarla de la familia y mandarla a un sanatorio en Bolonia. Guido me lo dijo, pero Augusta me contó después que a la pobre no se le ahorraron, tampoco en esos momentos, grandes disgustos. Guido había tenido la desfachatez de proponer que Carmen se encargara de la dirección de la familia durante la ausencia de su mujer. Ada no tuvo el valor de decir abiertamente lo que pensaba de una proposición como ésta, pero declaró que no se movería de su casa si no se le permitía confiar su gestión a su tía María, y Guido convino en hacerlo así sin más oposición. Él siguió aun así acariciando la idea de poder tener a Carmen a su disposición en el lugar que Ada dejaba libre. Un día le dijo a Carmen que si no estuviera tan ocupada en la oficina, él le habría confiado el cuidado de su casa; Luciano y yo nos miramos

y, con toda claridad, vimos uno en la cara del otro una expresión maliciosa. Carmen se ruborizó y murmuró que no hubiera podido aceptar esa propuesta.

—Ya —dijo con ira Guido—, ¡por esas estúpidas consideraciones al mundo no puede hacerse algo que sería tan conveniente!

Enseguida se calló, sin embargo, y era sorprendente que abreviara un sermón tan interesante.

Toda la familia acompañó a Ada a la estación. Augusta me había rogado que llevara unas flores para su hermana. Llegué con algo de retraso con un ramo de orquídeas que alargué a Augusta. Ada vigilaba nuestros gestos y cuando Augusta le ofreció las flores nos dijo:

—¡Os lo agradezco de todo corazón!

Quería indicar que había recibido las flores también de mí pero yo sentí sus palabras como una manifestación de afecto fraternal, dulce y un poco frío también. Desde luego, los síntomas de la enfermedad de Basedow no tenían nada que ver con esto.

Parecía una novia, la pobre Ada, con esos ojos desmesuradamente agrandados por la felicidad. Su enfermedad era capaz de llevarla a simular todas las emociones.

Guido se iba con ella para acompañarla y regresar algunos días después. Esperamos sentados en el andén de salida del tren. Ada se quedó asomada a la ventana de su vagón y siguió agitando su pañuelo mientras pudo vernos.

Después, acompañamos a la señora Malfenti, hecha un mar de lágrimas, a su casa. En el momento de separarnos, mi suegra, después de besar a Augusta, me besó también a mí.

—¡Perdona! —dijo riéndose entre sus lágrimas—, lo he hecho sin darme cuenta, pero si me lo permites te doy otro beso.

También la pequeña Anna, con doce años ya, quiso darme un beso. Alberta, que estaba a punto de dejar el teatro nacional para prometerse y que, por lo general, adoptaba una actitud algo reservada conmigo, ese día me dio calurosamente la mano. Todos me apreciaban porque mi mujer resplandecía de salud, y querían



así manifestar su antipatía hacia Guido, cuya mujer estaba enferma.

Justo entonces corrí el riesgo de convertirme en un marido menos bueno. Sin culpa por mi parte, le causé un gran dolor a mi mujer a causa de un sueño en el que inocentemente hasta llegué a hacer que ella participara. Éste fue el sueño: tres personas, Augusta, Ada y yo, estábamos asomados a una ventana que para mayor precisión era la más pequeña que había en nuestras tres casas, la mía, la de mi suegra y la de Ada. Es decir, estábamos asomados a la ventana de la cocina de la casa de mi suegra que, en realidad, se abre sobre un pequeño patio mientras que en el sueño daba precisamente al Corso. En el pequeño alféizar

había tan poco espacio que Ada, que se encontraba entre nosotros dos agarrada a nuestros brazos, estaba completamente pegada a mí. Yo la miré y vi que sus ojos habían vuelto a ser fríos y secos y las líneas de su semblante destacaban netas hasta la nuca que yo veía cubierta con sus pequeños rizos ligeros, esos mismos rizos que estaba tan habituado a ver cada vez que Ada me daba la espalda. A pesar de tanta frialdad (eso es lo que parecía su salud), Ada seguía pegada a mí como había pensado que lo estaba la noche de mi compromiso en torno al velador parlante. Yo, con júbilo, le dije a Augusta (esforzándome también

seguramente por ocuparme de ella): «Ya ves lo recuperada que está. Pero ¿dónde está Basedow?». «¿No lo ves?», preguntó Augusta, que era la única de nosotros que conseguía distinguir lo que había en la calle. Con un esfuerzo nos asomamos también Ada y yo y divisamos un gran gentío que avanzaba amenazador gritando. «Pero ¿dónde está Basedow?», volví a preguntar. Lo vi después. Era él quien se adelantaba perseguido por esa multitud: un anciano pordiosero con una amplia capa rota, pero de brocado rígido, con su gran cabeza cubierta por una blanca melena desordenada, que el viento agitaba, con los ojos saliendo de las órbitas mirando ansiosos con una mirada que yo había visto en animales perseguidos, llena de miedo y amenaza. El gentío gritaba: «¡Matad al apestado!».

A esto le siguió un intervalo de noche vacía. Después, a continuación, Ada y yo nos encontramos solos en la más empinada de las escaleras que había en nuestras casas, la que lleva al desván de la mía. Ada estaba parada algunos peldaños más arriba, pero girada hacia mí, que realizaba el gesto de subir mientras ella parecía querer bajar. Yo abrazaba sus piernas y ella se inclinaba hacia mí no sé si

cediendo o para estar más cerca. Por un instante me pareció verla desfigurada por la enfermedad, pero después, al mirarla con preocupación, conseguía volver a verla como se había ella dejado ver asomada a la ventana, guapa y sana. Me decía con su habitual ruda voz: «¡Ve delante, te sigo!». Yo, rápido, me volvía para adelantarme corriendo pero no lo bastante deprisa como para no distinguir que la puerta del desván se abría muy despacito y asomaba por ella la cabeza

melenuda y blanca de Basedow con esa cara suya entre temerosa y amenazadora. Distinguí también sus débiles piernas y su pobre, desdichado cuerpo que su abrigo no conseguía ocultar. Salí corriendo pero no sé si para abrir camino a Ada o para escapar de ella.

Ahora bien, al parecer me desperté jadeante en la noche y, todavía adormilado, le conté todo o parte del sueño a Augusta para, a continuación, volver a dormirme de forma más tranquila y profunda. Creo que en ese estado de semiinconsciencia seguí ciegamente mi antiguo y compulsivo deseo de confesar mis extravíos.

Por la mañana, en la cara de Augusta destacaba la cérea palidez de las grandes ocasiones. Me acordaba perfectamente del sueño,

pero no exactamente de lo que le había contado a ella. Con un aspecto de dolorosa resignación me dijo:

—¡Te sientes desdichado porque está enferma y ha tenido que irse y por eso sueñas con ella!

Me defendí riendo y burlándome de ella. Lo importante para mí no era Ada sino Basedow, y le hablé de mis investigaciones y de las aplicaciones que yo había llevado a cabo.

No sé si conseguí, sin embargo, convencerla. Si te sorprenden en tus sueños resulta muy difícil después defenderte. Es totalmente diferente a plantarte ante tu mujer nada más acabar de traicionarla de la manera más consciente. Por lo demás, en relación con esos concretos celos de Augusta, yo no tenía nada que perder porque era tanto lo que ella quería a Ada que por ese lado sus celos no arrojaban la menor sombra y, en lo que a mí respecta, me trataba con una consideración más afectuosa incluso y estaba aún más agradecida por cada una de mis más leves manifestaciones de cariño.

Pocos días después, Guido volvió de Bolonia trayendo las mejores noticias. El director del sanatorio ofrecía garantías de cura definitiva a condición de que Ada pudiese encontrar, después, una gran paz en casa. Guido repitió con bastante

simplicidad e inconsciencia el pronóstico del médico no advirtiéndole que en la familia Malfenti ese veredicto venía a confirmar muchas sospechas relacionadas con él. Le dije a Augusta:

—Ya me veo llegar más besos por parte de tu madre.

Al parecer Guido no se encontraba muy cómodo en su casa bajo la dirección de la tía María. De vez en cuando caminaba, paseando arriba y abajo por la oficina y murmurando:

—Dos niños... tres nodrizas... ninguna esposa.

También solía ausentarse a menudo de la oficina porque desahogaba su malhumor con los pobres animales en sus sesiones de pesca y caza. Cuando recibimos, sin embargo, desde Bolonia la noticia de que se consideraba curada a Ada y de que ésta se aprestaba a regresar a casa, no me pareció que él se sintiera

demasiado feliz. ¿Se había acostumbrado a la tía o la veía tan poco que le resultaba fácil y agradable el soportarla? Conmigo naturalmente no dejó ver su malhumor excepto en lo relativo a la expresión de sus dudas sobre si Ada no estaba apresurando demasiado su salida del sanatorio, antes de haberse asegurado de no volver a sufrir una recaída. De hecho, cuando Ada, tras un breve tiempo y todavía en el curso de aquel mismo invierno, tuvo que regresar a

Bolonia, él me dijo triunfal:

—¿No lo había dicho yo acaso?

No creo, sin embargo, que en ese triunfo hubiera otra alegría que esa tan viva en él de haber sabido prever algo. Guido no deseaba ningún mal a Ada, pero por su gusto ésta se hubiera quedado en Bolonia por mucho tiempo.

Cuando Ada regresó, Augusta estaba confinada en la cama por el nacimiento del pequeño Alfio y en esta ocasión todo resultó extremadamente conmovedor. Augusta quiso que yo fuera a la estación con flores y le dijese a Ada que ella quería verla ese mismo día. En caso de que Ada no pudiera ir a verla desde la

misma estación, Augusta me rogó que volviese yo enseguida a casa, para poderle describir el estado de Ada y decirle si su belleza, de la que tan orgullosos estaban en la familia, le había sido íntegramente devuelta.

En la estación nos encontramos solamente Guido, Alberta y yo, porque la señora

Malfenti pasaba gran parte de sus días junto a Augusta. En el apeadero, Guido

intentaba convencernos de su gran alegría por la llegada de Ada, pero Alberta le escuchaba fingiendo estar distraída con el fin — como después me confesó— de no tener que contestarle. En lo que a mí respecta, disimular con Guido me costaba ya poco esfuerzo. Me había acostumbrado a fingir que no me daba cuenta de su inclinación por Carmen y nunca había osado aludir a sus faltas con respecto a Ada. No me costaba por ello mantener la actitud de quien presta atención como si admirase su alegría por el regreso de su amada esposa.

Cuando el tren, a las doce en punto, entró en la estación, Guido se puso a la cabeza de nosotros tres para acercarse a su mujer que bajaba del tren. La tomó entre sus brazos y la besó afectuosamente. Yo, que veía su espalda doblada para llegar a

besar a su mujer, más baja que él, pensé: «¡Qué buen actor!».  
Cogió después de la mano a Ada y la trajo hasta nosotros:

—¡Aquí está, devuelta de nuevo a nuestro afecto!

Fue entonces cuando Guido se mostró como era, es decir, un sujeto falso y simulador, porque si hubiera mirado mejor a la cara a la pobre mujer, hubiera advertido que, en vez de a nuestro afecto, es a nuestra indiferencia a lo que se la reintegraba. La cara de Ada aparecía mal construida porque había vuelto a recuperar sus redondas mejillas, pero fuera de lugar, como si la carne, al regresar, hubiera olvidado el sitio que debía ocupar y se hubiese depositado demasiado por debajo de este último; parecían hinchazones y no mejillas. Los ojos habían regresado a sus órbitas pero nadie había podido reparar los daños que se habían producido al abandonarlas anteriormente. De hecho, habían desplazado o destruido importantes líneas claramente definidas. Cuando nos despedimos fuera de la estación, a la luz cegadora de ese día de sol invernal, vi que el colorido de ese rostro no era ya aquel que yo había amado tanto. Estaba muy pálido y en las partes carnosas se sonrojaba a causa de unas manchitas rojizas. Parecía que la salud no perteneciera ya a esa cara; parecía que se hubiese



conseguido sólo simularla.

Le dije enseguida a Augusta que Ada estaba guapísima, igual a como lo había sido cuando era más joven y ella se quedó tan contenta. Después, tras haberla visto y para mi sorpresa, Augusta confirmó mis palabras en más de una ocasión, como si hubieran sido verdades evidentes estas piadosas mentiras mías. Decía:

—¡Está tan guapa como cuando era más joven y como lo será mi hija!

Se ve que los ojos de una hermana no son muy penetrantes.

Durante largo tiempo no volví a ver a Ada, que tenía demasiados hijos, igual que nos pasaba a nosotros. Sin embargo Ada y Augusta se las componían para verse varias veces a la semana, pero siempre en las horas en que estaba yo fuera de casa. Se acercaba la época del balance y yo estaba muy ocupado. Fue, de hecho, ése el período de mi vida en que más trabajé. Algunos días estuve sentado a mi mesa hasta diez horas. Guido me había ofrecido la ayuda de un contable, pero yo me negué. Había aceptado un encargo y tenía que responder de ello. Tenía la intención de recompensar a Guido por aquella ausencia mía de un

mes que tan desastrosas consecuencias había tenido, y me complacía demostrar ante Carmen una diligencia que no podía tener otro origen que mi afecto hacia Guido.

Sin embargo, en cuanto empecé a poner en regla las cuentas, comencé a ver las considerables pérdidas que habíamos sufrido en aquel primer año de ejercicio. Con preocupación le comenté algo a Guido cuando estuvimos a solas, pero él, que se estaba preparando para salir a una de sus batidas de caza, no quiso prestarme atención:

—Ya verás que no es tan grave como te parece y además el año no ha concluido aún.

De hecho faltaban aún ocho días para que el año finalizase.

Confié entonces mis preocupaciones a Augusta, que en un primer momento vio en este asunto sólo el daño que todo ello podría acarrearle. Las mujeres suelen actuar siempre así en estos casos, pero Augusta era extraordinaria, incluso para ser una mujer, cuando se quejaba en este caso del daño que las dificultades de Guido pudieran ocasionarle. ¿No acabaría también yo, me

preguntaba Augusta, por ver que se me considerara responsable de las pérdidas que Guido llegara a sufrir? Quería que consultáramos de inmediato a un abogado y, entretanto, era preciso distanciarse de Guido y dejar yo de acudir a su oficina.

No me resultó fácil convencerla de que no podía llegar a ser considerado responsable de nada al ser solamente un empleado de Guido. Augusta argumentaba que quien no dispone de una retribución fija no puede ser considerado un empleado, sino algo que puede parecerse a la figura de un dueño. Cuando conseguí que comprendiera mis argumentos, naturalmente ella siguió manteniendo su opinión, porque descubrió entonces la idea de que no habría de

perder yo nada si dejaba de acudir a esa oficina donde seguramente acabaría, de seguir haciéndolo, por verme difamado en el terreno comercial. Diantres, ¡mi fama comercial! Convine yo también en que era necesario salvar esta última y, por más que ella estuviera equivocada en lo que a la naturaleza de sus argumentos se refiere, se llegó a la conclusión de que había que actuar según sus deseos. Augusta consintió en que acabara el balance, dado que era yo quien lo había empezado, pero después tendría que encontrar la manera de regresar a mi pequeño estudio en nuestra casa, un lugar donde no se ganaba dinero pero donde tampoco se perdía.

Llegué en cambio entonces a descubrir algo sobre mí mismo que desconocía. No fui capaz de abandonar esa actividad a pesar de que eso es lo que se había decidido. ¡Me quedé perplejo! Para comprender bien estos hechos conviene recurrir a las imágenes. Recordé entonces que en el pasado, en Inglaterra, la condena a trabajos forzados se aplicaba colgando al condenado encima de una rueda accionada por la tracción del agua, obligando así a la víctima a mover según un determinado ritmo sus piernas que, de lo contrario, habrían quedado aplastadas. Cuando se trabaja se tiene siempre la impresión de estar sometido a una obligación de este tipo. Es verdad que cuando no se trabaja la posición es idéntica y creo justo afirmar que Olivi y yo nos vimos siempre colgados de la misma manera, sólo que yo lo estuve de una forma que me eximió de tener que mover las piernas. Nuestra posición daba desde luego un resultado diferente,

pero ahora sé con toda certeza que no era nada que justificara ni la censura ni la alabanza. En resumen, es el azar quien decide si resulta uno atado a una rueda que se mueve o a una que no lo hace. Librarse de esta atadura es siempre una tarea difícil.

Durante varios días, tras haber cerrado el balance, seguí acudiendo a la oficina a pesar de haber decidido no volver a

hacerlo. Salía de casa indeciso; con el mismo estado de ánimo tomaba una dirección que era casi siempre la de la oficina y, a medida que proseguía mi camino, tal dirección iba adquiriendo un rumbo muy definido hasta el momento en que me veía sentado en mi silla de

siempre, enfrente de Guido. Por suerte, en un determinado momento, se me rogó que no abandonara mi lugar y yo enseguida accedí, dado que entretanto había advertido que allí es donde estaba yo atado.

El 15 de enero mi balance estaba cerrado. ¡Un auténtico desastre! Cerrábamos con la pérdida de la mitad de nuestro capital. Guido hubiera preferido que no lo revisara el hijo de Olivi, temeroso de que se produjera alguna indiscreción, pero

yo insistí con la esperanza de que éste, con su práctica, encontrara algún error que pudiera cambiar el resultado. Podía haber algún importe registrado en el Debe en lugar de en el Haber, y con una oportuna rectificación se hubiera podido llegar a una diferencia importante. Sonriendo, Olivi prometió a Guido la máxima discreción y trabajó luego conmigo durante una jornada entera. Desgraciadamente, no encontró ningún error. Tengo que decir que yo aprendí mucho en esa revisión que llevé a cabo en compañía

del joven Olivi y que tras esa experiencia hubiera sabido afrontar y cerrar balances incluso más importantes que aquél.

—¿Qué es lo que van a hacer ahora? —preguntó el joven antes de irse. Yo ya sabía cuál habría de ser su sugerencia. Mi padre, que a menudo me había hablado del comercio durante mi infancia, me lo había enseñado ya. Según las leyes vigentes, dada la pérdida de la mitad del capital, estábamos obligados a liquidar la empresa y volver tal vez a establecerla después sobre nuevas bases.

Dejé que me repitiera el consejo de lo que ya sabía que había que hacer. Añadió:

—Se trata de una formalidad. —Después, sonriendo—: ¡No atenerse a su cumplimiento puede salir muy caro!

Por la noche ya, Guido se puso a revisar el balance al que no podía aún resignarse. Llevó a cabo su revisión sin método alguno, comprobando este o aquel importe a voleo. Quise interrumpir ese inútil trabajo y le comuniqué el consejo de Olivi de liquidar de inmediato, pero pro forma, la empresa.

Hasta ese momento Guido había tenido la cara contraída por el esfuerzo de encontrar en esas cuentas el error que pudiera librarle, con un ceño que resultaba aún más torvo por la complicación que aportaba una contracción de su boca, parecida a la de alguien que sintiera en ella un sabor desagradable.

Al oír aquello que yo le decía levantó la cara, que se alisó por fin, en su esfuerzo por prestar atención. No entendió de inmediato lo que le decía, pero cuando entendió se echó a reír de todo corazón. Yo interpreté la expresión de su rostro

de la siguiente manera: áspera y amarga mientras se halló frente a esas cifras que no había forma de cambiar; alegre y decidida cuando el doloroso problema se

vio apartado por una propuesta que le daba ocasión de recuperar la sensación de ser dueño y árbitro de la situación.

No entendía. Le parecía el consejo de un enemigo. Le expliqué que el consejo de

Olivi tenía especial valor considerando sobre todo el peligro de perder más dinero y fracasar que se cernía, de manera evidente, sobre la empresa. Una posible bancarrota hubiera sido un delito, si

tras ese balance que aparecía ya en nuestros libros no se tomaban las medidas que Olivi había aconsejado. Y añadí:

—¡La pena que nuestras leyes prescriben para la quiebra fraudulenta es la cárcel! La cara de Guido se puso tan roja que temí que estuviera a punto de sufrir una congestión cerebral. Gritó:

—¡En ese caso Olivi no tiene por qué darme consejos! ¡Si algo así ha de suceder sabré cómo hacerlo yo solo!

Su decisión me impresionó y tuve la sensación de encontrarme frente a alguien perfectamente consciente de su responsabilidad. Bajé el tono de mi voz. Me puse después de su lado y, olvidando que había ya presentado el consejo de Olivi como digno de ser tomado en consideración, le dije:

—Esa misma objeción es la que le hice presente a Olivi. La responsabilidad es tuya y nosotros no tenemos nada que ver cuando tú tomas alguna determinación relacionada con la empresa que es de tu padre y tuya.



En realidad esto se lo había dicho yo a mi mujer y no a Olivi, pero, en resumidas cuentas, era verdad que a alguien se lo había dicho. Ahora, tras haber oído la

viril declaración de Guido, hubiera sido capaz de decírselo también a Olivi, porque la decisión y el valor son condiciones que siempre logran conquistarme.

¡Si hasta adoraba la desenvoltura que puede desprenderse no ya sólo de esas cualidades, sino incluso de otras mucho menos destacadas!

Dado que quería poder referir todas sus palabras a Augusta para tranquilizarla, insistí:

—Tú sabes que de mí, y con toda razón probablemente, se dice que carezco de cualquier talento para el comercio. Puedo llevar a cabo todo lo que me ordenas, pero no puedo, desde luego, asumir ninguna responsabilidad por lo que tú haces.

Él acompañó su asentimiento con gestos de ardiente aprobación. Se encontraba tan a gusto en el papel que yo le asignaba que llegaba hasta a olvidar su dolor por el balance negativo. Declaró:

—Soy el único responsable. Todo está a mi nombre y no admitiría siquiera que otros, por estar junto a mí, tuvieran que asumir alguna responsabilidad.

Todo esto podía serle perfectamente transmitido a Augusta, pero era incluso más de lo que yo había preguntado. Había que ver además la pose que él adoptaba al hacer esa declaración, ¡más que un medio arruinado parecía un apóstol! Se había arrellanado en su balance pasivo y desde allí pasaba a ser mi dueño y señor. Esta vez, como en tantas otras ocasiones en el curso de nuestra vida en común, mi impulso afectivo hacia él se vio ahogado por esas expresiones suyas que revelaban el desproporcionado valor que se concedía a sí mismo. Guido desafinaba. Sí, ésta es la manera de definirlo, ¡ese gran músico desafinaba!

Le pregunté bruscamente:

—¿Quieres que haga mañana una copia del balance para tu padre?

Por un instante había estado a punto de pronunciar ante él una declaración mucho más brusca diciéndole que, inmediatamente

después de cerrar el balance, yo dejaría de acudir a su oficina. No lo hice por no saber de qué manera podría yo emplear las horas libres que me quedarían, pero mi pregunta sustituía casi perfectamente la declaración que me había tragado. De momento le había recordado que, en esa oficina, no era el único dueño.

Acusó una evidente sorpresa ante mis palabras porque no le parecían conformes a todo lo que hasta ese momento, con mi evidente aprobación, se había dicho y, con el tono de antes, me dijo:

—Yo te diré cómo hay que hacer esa copia.

Protesté a gritos. En toda mi vida no he gritado tanto como con Guido, que en ocasiones parecía que era sordo. Le declaré que existía en derecho también una responsabilidad para la figura del contable y que no estaba dispuesto a hacer pasar por copias exactas cualquier elucubrada composición de cifras. Guido palideció y reconoció que yo tenía razón, pero añadió que él era muy dueño de poder ordenar que no se sacaran en absoluto extractos de sus libros. No tuve dificultad en reconocer que tenía razón en este extremo y entonces, más

animado, declaró que escribiría él a su padre. Pareció incluso que se dispusiera a escribir de inmediato, pero cambió de idea después y me propuso que fuéramos a tomar un poco el aire. Quise complacerle. Yo suponía que aún no había digerido bien el balance y que quería por eso hacer algo de ejercicio para conseguir acabar de tragárselo.

El paseo me recordó el que hicimos la noche en que me prometí a Augusta. Faltaba la luna porque había arriba mucha niebla, pero abajo todo estaba igual, porque caminábamos seguros a través de un aire limpio. También Guido se acordó de esa noche memorable:

—Es la primera vez que caminamos juntos de nuevo por la noche. ¿Te acuerdas? Tú me explicaste entonces que también en la luna la gente se besa como aquí. Ahora, en cambio, en la luna siguen con su beso eterno; estoy seguro de ello a pesar de que esta noche no se vea. Aquí abajo, en cambio...

¿Quería volver a hablar mal de Ada? ¿De esa pobre enferma? Le interrumpí, pero con actitud sumisa, casi sumándome a sus palabras (¿no le había acompañado para ayudarle a olvidar?):

—¡Es verdad! ¡Aquí abajo no puede estar uno siempre besándose! Allá arriba además no hay más que la imagen del beso. El beso es más que nada movimiento.

Intentaba alejarme de todos sus posibles argumentos, es decir del balance y de Ada, tanto es así que conseguí a tiempo eliminar una frase que a punto había estado de decir, en la que señalaba el hecho de que allá arriba el beso no solía engendrar gemelos. Él, en cambio, para librarse del balance, no encontraba nada mejor que quejarse de otras adversidades suyas. Como yo había previsto, habló mal de Ada. Empezó por lamentar que ese primer año de matrimonio suyo hubiera sido tan desastroso para él. No quería referirse a los gemelos que eran tan monos y tan guapos, sino a la enfermedad de Ada. Él pensaba que la enfermedad la hacía irascible, celosa y poco afectuosa a la par. Acabó por exclamar desconsolado:

—¡La vida es dura e injusta!

A mí me parecía que me estaba completamente vedado decir una sola palabra

que implicase un juicio por mi parte entre él y Ada, pero me parecía también que estaba obligado a decir algo. Guido había acabado por hablar de la vida y le

había endosado dos predicados que no destacaban precisamente por su manifiesta originalidad. Yo descubrí algo mejor precisamente porque me había puesto a criticar lo que él había dicho. Muchas veces se dicen cosas siguiendo el sonido de las palabras que se van casualmente asociando. Después, enseguida, si

va uno a comprobar si lo que se ha dicho valía el esfuerzo realizado al pronunciarlas, algunas veces se descubre que esa asociación casual ha dado lugar a una idea valiosa. Dije:

—¡La vida no es ni fea ni bonita, pero sí original!

Cuando lo pensé me pareció que había dicho algo importante. Así designada, la vida me pareció tan nueva que me quedé a mirarla como si la estuviera viendo por primera vez con sus cuerpos gaseosos, líquidos y sólidos. Si se lo hubiera contado a alguien que

no estuviera acostumbrado y careciera por tanto de nuestro sentido común, se hubiera quedado sin aliento ante una tan enorme construcción carente de finalidad; sin embargo esta misma persona me hubiera preguntado: «Pero ¿cómo habéis podido soportarla?». Tras informarse de cada

detalle pormenorizado, desde esos cuerpos celestes colgados allá arriba para que sean vistos pero no tocados, hasta el misterio que rodea la muerte, este sujeto

que careciera de nuestro sentido común no dejaría ciertamente de exclamar:

«¡Muy original!».

—¡Original la vida! —dijo Guido riendo—. ¿Dónde lo has leído?

No me preocupó asegurarle que no lo había leído en ninguna parte porque de lo contrario mis palabras hubieran tenido menos importancia para él, pero cuanto más lo pensaba, más original me parecía que era la vida. Y no era preciso ni siquiera venir de fuera para verla como algo construido de la más extravagante y caprichosa de las maneras. Bastaba recordar todo lo que nosotros los hombres esperamos de la vida para verla tan extraña como

para llegar a la conclusión de que tal vez el hombre ha sido puesto en medio de ella por error y no le pertenece.

Sin haber tomado alguna decisión relativa a la dirección de nuestro paseo habíamos ido a parar, como la vez anterior, a la cuesta de la calle Belvedere. Tras encontrar el pequeño muro sobre el que se había tumbado esa noche, Guido se subió y se tumbó en él, alargado, justo como lo había hecho la vez anterior.

Canturreaba, quizá aún bajo la opresión de sus pensamientos, y meditaba seguramente sobre las inexorables cifras de su contabilidad. Yo, en cambio, recordé que en ese sitio había querido matarle, y comparando mis sentimientos

de entonces con los de ahora, admiraba una vez más la incomparable originalidad de la vida. Me acordé de repente de que poco antes y por un arranque de persona ambiciosa, me había ensañado con el pobre Guido en uno de los peores días de su vida. Me dediqué a una investigación: asistía sin gran

dolor a la tortura que se le infligía a Guido a causa del balance que yo había realizado con tanto cuidado y me surgió una duda curiosa, e inmediatamente después, un igualmente muy curioso recuerdo. La duda era la siguiente: ¿era yo bueno o malo? El recuerdo había sido provocado de repente por una duda que no era nueva: me veía a mí mismo cuando era niño y vestido (seguro



estoy de ello) todavía con pantalones cortos, en el momento de levantar mi cara para preguntar a mi madre que sonreía: «¿Soy bueno o malo, yo?». En aquel tiempo la duda debió de serle inspirada al niño por todos aquellos que le habían llamado bueno y por todos aquellos otros que, en broma, le habían calificado de malo. No tenía nada de extraño que el niño se sintiera confundido ante ese dilema. ¡Oh, incomparable originalidad de la vida! Era realmente sorprendente que la duda con que la propia vida había atenazado al niño de manera tan pueril, no hubiera podido ser resuelta por el adulto cuando éste había superado la mitad de su vida.

En la noche oscura, precisamente en el mismo lugar donde en el pasado ya me había asaltado el deseo de matar, esa duda me angustió, de manera profunda. Con toda certeza, el niño, al sentir vagar esa duda en su cabeza, que acababa apenas de verse libre de su diminuto gorro de bebé, no había llegado a sufrir mucho porque a los niños se les dice que la maldad es algo que tiene cura. Para liberarme de mi actual angustia quise volver a prestar fe a esa creencia, y lo conseguí. De no haberlo conseguido me hubiera visto obligado a llorar por mí mismo, por Guido y por nuestra tristísima vida. ¡El propósito renovó la ilusión! Me refiero al propósito de ponerme al lado de Guido y colaborar con él en el desarrollo de sus actividades comerciales de las que dependía su

vida y la de los suyos sin que todo ello me reportara a mí ningún beneficio. Vislumbré la posibilidad de correr, afanarme y discurrir en favor suyo y admití la posibilidad de convertirme, para ayudarle, en un gran emprendedor, genial comerciante.

¡Esto es precisamente lo que pensé en esa oscura noche de esta originalísima vida!

Entretanto Guido dejó de pensar en el balance. Abandonó la posición que ocupaba y pareció resignado. Como si hubiera obtenido una conclusión de alguna cavilación de la que yo todo lo ignoraba, me dijo que no diría nada a su padre porque, de lo contrario, el pobre anciano sin duda se embarcaría en ese largo viaje desde su sol estival hasta nuestra niebla invernal. Me dijo además que las pérdidas parecían ingentes a primera vista, pero que no serían al final tan gravosas si no se veía obligado a soportarlas en solitario. Rogaría a Ada que se hiciera cargo de la mitad de ellas y para compensarla le concedería una parte de las ganancias del año siguiente. La otra mitad de las pérdidas quedarían a su cargo.

Yo no dije nada. Consideré también que no estaba autorizado a emitir juicios, porque de lo contrario acabaría por verme en una situación que rechazaba en los términos más tajantes, convertido en juez entre ellos dos. Por lo demás en esos momentos estaba tan lleno de buenos propósitos que me parecía que Ada acabaría por hacer un buen negocio participando en una empresa que nosotros dirigiéramos.

Acompañé a Guido hasta la puerta de su casa y retuve su mano al estrechársela para renovar silenciosamente mi decisión de quererle. Después me las ingenié para decirle algo amable y acabé por encontrar esta frase:

—Que los gemelos pasen una buena noche y te dejen dormir porque necesitas desde luego una noche de descanso.

Según me alejaba me mordía los labios por el desconsuelo de no haber podido encontrar algo mejor. ¡Pero, si bien sabía yo que los gemelos, ahora que cada

uno de ellos disponía de su propia nodriza, dormían a medio kilómetro de Guido y no habrían podido molestar su sueño! De

cualquier manera, él había entendido la intención de mi deseo porque la había aceptado agradecido.

Al llegar a casa, me encontré con que Augusta se había retirado a su dormitorio con los niños. Daba el pecho a Alfio mientras que Antonia dormía en su camita dejando ver, de espaldas, su rizada nuca. Tuve que explicar los motivos de mi retraso y le conté por ello qué medio había ideado Guido para liberarse de su pasivo. Augusta encontró indigna la propuesta de Guido:

—Yo, en el lugar de Ada, me negaría —exclamó con violencia aunque en voz baja para no asustar al niño.

Siguiendo la línea que mis propósitos de bondad me inspiraban, objeté:

—¿Quiere eso decir que si tuviera las mismas dificultades por las que Guido está atravesando tú no me ayudarías?

Ella se rió:

—¡El asunto es completamente diferente! En nuestro caso decidiríamos aquello que fuera más ventajoso para ellos —y señaló al niño que sujetaba en sus brazos

y a Antonia. Después, tras algunos instantes de reflexión, siguió—: ¿Y si nosotros aconsejásemos ahora a Ada que cediera su dinero para seguir con ese negocio del que dentro de poco no seguirás tú formando parte, no nos veríamos obligados a indemnizarla caso de que lo perdiera?

Era una ocurrencia propia de un ignorante, pero bajo la influencia de mi recién adquirido altruismo exclamé:

—¿Y por qué no?

—¿Pero no ves que tenemos dos niños en los que pensar?

¡Y tanto que los veía! La pregunta era una figura retórica completamente carente de sentido.

—¿Y no tienen acaso ellos también dos niños en los que pensar? — pregunté seguro de mi victoria. Augusta se echó a reír

estruendosamente asustando a Alfio, que dejó de mamar para echarse a llorar. Ella se ocupó enseguida de él sin dejar de reír, y yo acepté su risa como un homenaje a mi sentido del humor mientras que, en realidad, en el momento en que había formulado esa pregunta, había sentido latir en mi pecho un gran amor por los padres de todos los niños y los niños de todos los padres. Al haberse producido después esos estallidos de risa, de todo aquel afecto no quedó ya nada.

Pero incluso la congoja que me producía el saber que no era esencialmente bueno se aplacó. Tenía la impresión de haber resuelto un angustioso problema. Nadie era ni bueno ni malo de la misma manera que no era uno un montón de cosas más. La bondad era la luz que, bajo la forma de destellos instantáneos, iluminaba el oscuro ánimo humano. Hacía falta una antorcha encendida para conseguir tener luz (en mi ánimo había habido una de esas antorchas y antes o después regresaría, a no dudar) y es bajo esa luz donde el ser pensante puede elegir la dirección que le permita moverse en la oscuridad. Es posible, por tanto, declararse uno bueno, buenísimo, siempre, y esto es lo que cuenta. Cuando regresara la luz no nos cogería por sorpresa y nos deslumbraría. No me hubiera costado nada apagarla de un soplo para extinguirla antes, visto que no la precisaba, y todo porque yo sabría conservar el propósito, es decir, la dirección.

El propósito de atenerse a un estricto criterio de bondad resulta plácido y

práctico y yo me sentía tranquilo y frío. ¡Curioso! El exceso de bondad me había llevado a excederme en la valoración de mí mismo y mi poder. ¿Qué es lo que

podía yo hacer por Guido? Era verdad que en su oficina yo destacaba en relación con los otros empleados tanto como, en mi oficina, Olivi padre sobresalía en relación conmigo; pero no era mucho lo que esto probaba. Y para ser

enteramente prácticos: ¿qué es lo que le aconsejaría a Guido el día siguiente?

¿Alguna inspiración mía tal vez? ¡Pero si ni siquiera en la mesa de juego se seguía ninguna inspiración cuando se trataba de jugar con el dinero de otros! Para mantener con vida a una empresa comercial hay que crear para ella una actividad diaria y esto se puede conseguir trabajando cada hora alrededor de una organización. No era yo, por cierto, quien podía llegar a hacer algo así; ni me parecía justo someterme, a fuerza de bondad, a la condena de un aburrimiento que durara toda la vida.

Seguía sintiendo aun así la impresión que me había causado mi impulso de bondad como un compromiso que hubiera adquirido con Guido, y no lograba dormirme. Suspiré profundamente más de una vez y hasta llegué a gemir en una de esas ocasiones, seguramente en el momento en el que me pareció que estaba obligado a atarme a la oficina de Guido de la misma manera en que Olivi estaba atado a la mía.

En su duermevela Augusta murmuró:

—¿Qué te pasa? ¿Tienes otra vez alguna protesta contra Olivi?

¡Ésa era justamente la idea que estaba yo buscando! ¡Aconsejaría a Guido que contratara como director al hijo de Olivi! Ese joven tan serio y tan trabajador y que de tan mala gana veía yo en mis negocios, porque me parecía que estaba dispuesto a suceder a su padre en su dirección para mantenerme definitivamente alejado de ellos, me parecía que tendría un destino mejor en la oficina de Guido, para beneficio de todos. Dándole un cometido en su firma, Guido conseguiría, sin duda, salvarse y el joven Olivi resultaría más útil en ese empleo que en mi oficina.



La idea consiguió exaltarme y desperté a Augusta para comunicársela. También ella quedó tan entusiasmada como para despertarse del todo. Le parecía que, de esta manera, yo podría más fácilmente retirarme de los comprometedores negocios de Guido. Me dormí con la conciencia tranquila. Había encontrado la manera de salvar a Guido sin condenarme a mí mismo; es más, todo lo contrario.

No hay nada más desagradable que ver cómo te rechazan un consejo que ha sido

sinceramente estudiado con un esfuerzo que llegó a costar incluso horas de sueño. En mi caso se había producido además otro esfuerzo: el de despojarme a mí mismo de la idea de poder resultar beneficioso a los negocios de Guido. Había sido un esfuerzo penosísimo. Había, en primer lugar, llegado a una auténtica bondad, después a una total objetividad y, ahora, ¡me mandaban a freír espárragos!

Guido llegó a rechazar mi consejo hasta con desdén incluso. No creía en las capacidades del joven y además le fastidiaba su aspecto de joven anciano y más aún le contrariaban esas gafas tuyas tan relucientes en su blanco semblante. Sus argumentos me llevaban a creer que el único de ellos que tenía fundamento era en

el fondo el siguiente: su decisión de no acceder a mi propuesta. Acabó por decirme que podría llegar a aceptar como jefe de su oficina no a Olivi hijo sino a su padre, pero yo no creía poderle conseguir la colaboración de este último y además no me consideraba aún en condiciones de poder asumir, de repente, la dirección de mis negocios. Cometí la equivocación de discutir y le dije que era poco lo que valía el más anciano de los Olivi. Le conté a Guido lo que me había costado la obstinación de mi empleado al no haber querido comprar a tiempo la fruta seca de aquel negocio perdido.

—¡Pues bien! —exclamó Guido—. Si es tan poco lo que vale ese viejo administrador tuyo, ¿qué valor puede tener su hijo que con él ha aprendido lo que sabe?

Éste sí que era un buen argumento, y tanto más desagradable para mí en la medida en que era yo mismo quien se lo había proporcionado con mi imprudente charla.

Pocos días después, Augusta me contó que Guido le había propuesto a Ada que respaldara con su dinero la mitad de las pérdidas del balance. Ada se había negado diciéndole a Augusta:

—¡Me traiciona y pretende encima mi dinero!

Augusta no había tenido el valor de aconsejarle que se lo diese, pero aseguraba que había puesto su mejor intención en convencer a Ada para que abandonase sus creencias en relación con la infidelidad de su marido. Ada había contestado de una manera que llevaba a pensar que ella, en relación con ese tema, estaba informada de mucho más de lo que nosotros pudiésemos imaginar. Y esto es lo que Augusta argumentaba hablando conmigo:

—Por un marido hay que saber aceptar cualquier sacrificio, pero ¿tiene sentido tal expresión también en el caso de Guido?

En los días que siguieron, la actitud de Guido adquirió un carácter extraordinario. Venía a la oficina sólo de vez en cuando y no se quedaba más de media hora. Se marchaba con las prisas de quien ha olvidado en casa su pañuelo. Supe luego que corría a presentar a Ada nuevos argumentos que le parecían decisivos para convencerla de que actuara según sus deseos. Tenía verdaderamente el aspecto de una persona que ha llorado

demasiado o ha gritado demasiado o que ha llegado a pelearse, incluso, y ni siquiera en nuestra

presencia conseguía domar la emoción que le contraía la garganta y hacía que las lágrimas se asomaran a sus ojos. Le pregunté qué le pasaba y me contestó con una sonrisa triste pero amistosa para demostrarme que no estaba enfadado conmigo. A continuación se concentró para conseguir hablarme sin alterarse demasiado y, finalmente, pronunció unas pocas palabras con las que me informó de que Ada le hacía sufrir con sus celos.

Me decía así que eran sus avatares íntimos los que alimentaban sus discusiones con Ada mientras que yo sabía muy bien que entre ellos estaba también presente el problema de la cuenta de «pérdidas y ganancias».

Al parecer esto último carecía de importancia. Es lo que él me decía y también lo que Ada le decía a Augusta, refiriéndose sólo, en cambio, a sus celos. La violencia además de esas discusiones, que dejaban profundas huellas en la cara

de Guido, parecía confirmar la verdad de sus afirmaciones.

En cambio, resultó después que entre los dos esposos no se habló más que de la cuestión del dinero. Ada, por más que fueran sus dolores pasionales los que dictaban sus actos, no los había mencionado, y Guido, tal vez por la conciencia de su culpa y por más que sintiese que en Ada actuaba la ira de una mujer herida, siguió discutiendo de negocios como si lo demás no existiese. Él se afanó cada vez más en su correr tras ese dinero, mientras que ella, a la que las cuestiones de negocios no le inquietaban en lo más mínimo, protestaba contra la propuesta de Guido con un único argumento: el dinero tenía que quedar para los niños.

Cuando él encontraba nuevos argumentos: su paz, la ventaja que habría de derivarles a los propios niños del trabajo de su padre, la seguridad de estar en regla con lo que la ley establecía, ella los saldaba con un duro «No». Esto

exasperaba a Guido y, como si de un niño se tratara, acrecentaba su deseo de obtener lo que pretendía. Los dos —cuando hablaban con otros— creían decir la verdad al afirmar que sufrían por amor y celos.

Fue una especie de malentendido lo que me impidió intervenir a tiempo para hacer que cesara la desagradable cuestión del dinero. Yo podía demostrarle a Guido que, en realidad, carecía de

importancia. Como contable, soy algo lento y sólo entiendo las cosas cuando las tengo reflejadas en los libros, bien apuntadas, pero creo que me di cuenta enseguida de que la inversión que Guido pretendía que Ada hiciera no cambiaría las cosas de manera importante. ¿Cuál era la utilidad de una inversión de capital? Las pérdidas no hubieran parecido por ello menores, a menos que Ada no aceptase que ese dinero fuera a parar a la contabilidad, algo que Guido no pretendía. La ley no se hubiera dejado embaucar al hallar que, tras pérdidas tan considerables, se pretendía arriesgar aún más, atrayendo a la empresa la contribución de nuevos inversores.

Una mañana Guido no pasó por la oficina, algo que nos sorprendió porque sabíamos que la noche anterior no había realizado una de sus salidas de caza. A la hora de comer Augusta me dijo, conmovida y llena de inquietud, que Guido había intentado suicidarse la noche anterior. Estaba ya fuera de peligro. Tengo que confesar que la noticia, que le parecía trágica a Augusta, a mí me dio rabia.

¡Guido había recurrido a ese drástico medio para romper la resistencia de su mujer! Fui informado también, enseguida, de que lo había hecho con todas las precauciones, porque antes de

administrarse la morfina había tenido buen cuidado de que se le viera con el frasco destapado en la mano. Así, en cuanto cayó en el primer sopor, Ada llamó al médico y él se vio enseguida fuera de peligro. Ada había pasado una noche espantosa porque el doctor consideró oportuno manifestar algunas reservas en relación con el resultado del envenenamiento y su intranquilidad se vio incrementada por la actuación de Guido que, cuando recuperó el sentido, tal vez no dueño aún de sus actos, la llenó de reproches tachándola de enemiga suya, inquisidora, la persona que le impedía dedicarse a ese sano trabajo en el que él quería volcarse.

Ada le concedió enseguida el préstamo que él requería de ella, pero después, al final, con el propósito de defenderse, habló con toda claridad y le hizo escuchar todos los reproches que durante tanto tiempo había callado. Llegaron así a un entendimiento porque él consiguió —éste era el convencimiento de Augusta— disipar en Ada cualquier sospecha relativa a su fidelidad. Él fue enérgico y

cuando Ada habló de Carmen, Guido gritó:

—¿Estás celosa de ella? Pues bien, si así lo quieres, la despido hoy mismo. Ante esto Ada no había contestado y creyó haber aceptado de esta manera la

propuesta y pensó también que él se había comprometido.

Me sorprendió que Guido hubiera sabido actuar de esta manera en su estado de no plena consciencia y llegué incluso a creer que no había llegado a tragar ni siquiera la pequeña dosis de morfina que afirmaba haber ingerido. A mí me parecía que uno de los efectos de los somníferos era el de ablandar el ánimo más endurecido, llevándole a dejar escapar las confesiones más ingenuas. ¿No acababa yo acaso de experimentar una aventura parecida? Esto incrementó mi desdén y desprecio hacia Guido.

Augusta lloraba recordando en qué estado había encontrado a Ada. ¡No! Ada ya no estaba guapa con esos ojos que el terror abría de par en par.

Entre mi mujer y yo se abrió una larga discusión a propósito de si debía yo hacer una visita a Guido y Ada de inmediato, o si no era mejor fingir que no sabía nada y esperar hasta volver a verle en la oficina. A mí, esa visita me parecía un engorro insoportable. Al verle, ¿cómo hubiera podido evitar decirle lo que pensaba? Éstos eran mis argumentos:



—¡Es una acción indigna de un hombre! No tengo ningún deseo de matarme, pero no hay duda de que si decidiese hacerlo lo conseguiría enseguida.

Esto era precisamente lo que yo pensaba y quería que Augusta lo oyese, pero me parecía concederle aún demasiados honores a Guido al compararlo conmigo:

—No es necesario ser químico para saber destruir a este organismo nuestro que es hasta demasiado sensible. ¿No hay acaso en nuestra ciudad, casi cada semana, alguna pobre costurera que ingiere una solución de fósforo preparada en el secreto de su mísera habitación y que, por obra de ese veneno rudimentario, y a pesar de cualquier posible intervención, se ve arrastrada a la muerte con la carita aún contraída por el dolor físico y el sufrimiento moral que padeció su pobre e inocente alma?

Augusta no admitía que el alma de la costurera suicida pudiera ser tan inocente, pero, tras efectuar alguna ligera protesta, volvió a su intento de conseguir que yo

realizara la visita que era el motivo de nuestra discusión. Me dijo que no debía temer yo verme en una situación incómoda. Ella ya había hablado también con Guido, que había conversado con ella con tanta serenidad como si la acción que él había llevado a cabo fuera de las más comunes.

Salí de casa sin darle a Augusta la satisfacción de mostrarle que sus argumentos me habían convencido. Tras alguna vacilación, me encaminé sin más a dar satisfacción a los deseos de mi mujer. Por más que el recorrido era breve, el ritmo de mis pasos me llevó a rebajar la gravedad de mi juicio en relación con la actuación de Guido. Recordé la orientación que me había indicado la luz que pocos días antes había iluminado mi ánimo. Guido era un niño, un niño a quien

yo había prometido indulgencia. Si no conseguía matarse antes, también él, antes o después, llegaría a la madurez.

La criada me hizo pasar a una pequeña estancia que debía de ser el estudio de Ada. El día era oscuro y el pequeño recinto, con una diminuta ventana cubierta por una espesa cortina, carecía de luz. En la pared colgaban los retratos de los padres de Ada y Guido. Me quedé poco tiempo allí porque la criada volvió a llamarme y me llevó hasta donde ellos estaban, en su dormitorio. Éste

resultaba amplio y luminoso incluso en una jornada como ésa, gracias a sus dos amplias ventanas y a la tapicería y los muebles claros. Guido yacía en su cama con la cabeza vendada y Ada estaba sentada junto él.

Guido me recibió sin señal alguna de incomodidad; antes bien, con el más vivo agradecimiento. Parecía adormilado, pero para saludarme y para darme después sus disposiciones, supo despejarse y parecer completamente despierto. Después se dejó caer sobre la almohada y cerró los ojos. ¿Se acordó de que debía simular el fuerte efecto de la morfina? De cualquier manera, inspiraba no ira sino piedad y yo me sentí muy bueno.

No miré a Ada enseguida; temía comprobar en su fisonomía el efecto de su enfermedad. Cuando la miré, tuve una sorpresa agradable porque esperaba un cambio mayor. Sus ojos se habían realmente agrandado de manera desmedida, pero las hinchazones que habían sustituido en su rostro a las mejillas habían desaparecido y a mí me pareció que estaba más guapa. Vestía un amplio vestido rojo, cerrado hasta la barbilla, en el que su pequeño cuerpo parecía perdido. Había algo muy casto en ella y, en lo que a sus ojos se refiere, algo muy severo también. No pude aclarar del todo mis sentimientos, pero realmente pensé que me

encontraba junto a una mujer que se parecía a esa Ada que yo había amado.

En un determinado momento, Guido abrió completamente los ojos, sacó de debajo de la almohada un cheque en el que vi enseguida la firma de Ada, me lo entregó, me rogó que me ocupara de que se ingresara y que registrase su importe en una cuenta que tenía que abrir a nombre de Ada.

—¿A nombre de Ada Malfenti o de Ada Speier? —preguntó él a Ada bromeando.

Ella se encogió de hombros y dijo:

—Vosotros veréis lo que es más conveniente.

—Luego te diré cómo tienes que hacer las otras anotaciones —añadió Guido con una brevedad que me resultó ofensiva.

Estaba yo a punto de interrumpir el estado de somnolencia al que él se había abandonado, declarando que si quería registrar otras entradas que lo hiciera él mismo.

Trajeron, en ese momento, una gran taza de café negro que Ada le alargó. Él sacó su brazo de debajo de las mantas y se llevó, con las dos manos, la taza a la boca. Ahora, con la nariz dentro de la taza, parecía realmente un niño.

Cuando me despedí, Guido me aseguró que el día siguiente acudiría a la oficina. Yo me había ya despedido de Ada y me sorprendió no poco el que ella me alcanzara antes de que yo llegara a la puerta de la casa. Jadeaba:

—¡Te lo ruego, Zeno! Ven un instante. Tengo algo que decirte.

La seguí hasta el pequeño estudio en que había estado ya poco antes y hasta el que llegaba ahora el llanto de uno de los gemelos.

Nos quedamos de pie, mirándonos a la cara. Ella jadeaba todavía y por eso, sólo por eso, yo pensé por un momento que me había hecho entrar en esa pequeña habitación para pretender de mí el amor que le había ofrecido en el pasado.

En la oscuridad sus grandes ojos resultaban terribles. Lleno de angustia, me preguntaba qué es lo que tenía que hacer. ¿No habría sido mi deber tomarla entre mis brazos y ahorrarle el tener que pedirme algo? ¡En un instante, qué sucesión

de propósitos! Adivinar qué es lo que quiere una mujer es una de las grandes dificultades de la vida. Oír sus palabras no sirve de nada, porque toda una argumentación puede verse desmentida por una mirada y ni siquiera ésta puede servirnos para orientarnos cuando estamos con ella, siguiendo su voluntad, en una cómoda pequeña habitación oscura.

Al no poder adivinar sus deseos, intentaba comprenderme a mí mismo. ¿Qué era lo que deseaba? ¿Quería besar esos ojos y ese cuerpo esquelético? No sabía encontrar una respuesta decidida porque poco antes la había visto en la severa castidad de esa ligera prenda que vestía, tan deseable como la muchacha que yo había amado.

Entretanto a su ansiedad se había sumado también el llanto y, de esa manera, se alargó el tiempo en que yo no sabía lo que quería ella y lo que deseaba yo. Por fin, con voz rota, Ada volvió a hablarme una vez más de su amor por Guido, de tal manera que

yo quedé libre de cualquier deber o derecho en relación con ella.

Balbució:

—Augusta me ha dicho que tienes la intención de dejar a Guido y no seguir ocupándote de sus negocios. Tengo que rogarte que sigas ayudándole. No creo que esté en condiciones de actuar solo.

Me pedía que siguiera haciendo lo que ya hacía. Era poco, bien poco, y yo intenté concederle algo más:

—Ya que así lo quieres seguiré ayudando a Guido; es más, pondré todo de mi parte para ayudarle de manera más eficaz aún que como lo he venido haciendo hasta ahora.

¡Otra vez una exageración! Me di cuenta en el mismo instante en que incurría en ella, pero no pude remediarlo. Quería decirle a Ada (o mentirle quizá) que ella era importante para mí. Ada no quería mi amor sino mi apoyo y yo le hablaba de una manera que pudiese hacerle creer que estaba dispuesto a concederle las dos cosas.

Ada agarró mi mano al instante. Me estremecí. ¡Es mucho lo que una mujer ofrece con ese gesto! Es lo que siempre he sentido. Cuando una mujer me ha ofrecido su mano he tenido siempre la impresión de estar tomándola a ella por entero. Tomé conciencia de su estatura y, en la evidente comparación entre la mía y la suya, me pareció estar llevando a cabo un gesto parecido al del abrazo.

Desde luego se trató de un contacto íntimo. Ella añadió:

—Yo tengo que regresar enseguida a Bolonia al sanatorio y representará una gran tranquilidad para mí el saber que tú estarás a su lado.

—¡Me quedaré a su lado! —contesté con aspecto de resignación. Ada debió de creer que ese aspecto mío de resignación era la señal del sacrificio que consentía en ofrecerle. Yo en cambio estaba resignado a volver a una vida muy, pero que muy común, dado que ella no tenía la menor intención de seguirme en esa otra vida de excepción que yo había soñado.

Hice un esfuerzo para bajar a tierra del todo, y descubrí de inmediato en mi mente un nada sencillo problema de contabilidad. Debía abrir la cuenta de Ada con el importe del cheque que llevaba en el bolsillo. Esto estaba claro; y no lo estaba en absoluto,



en cambio, cómo podría cambiar en lo más mínimo tal registro la cuenta de pérdidas y ganancias. No hablé de ello ante la posibilidad de que tal vez Ada no supiera que, en este mundo, había un libro mayor que incluía cuentas de tan variada naturaleza.

No quise, sin embargo, salir de esa habitación sin haber dicho algo más. Fue así como, en vez de hablar de contabilidad, dije una frase que en ese momento dejé caer negligentemente sólo por decir algo, pero que sentí después que tenía gran importancia para mí, para Ada y para Guido, pero sobre todo para mí mismo comprometiéndome una vez más. Tan importante resultó esa frase que durante largos años recordé cómo, de forma descuidada, moví los labios para pronunciarla en esa pequeña oscura habitación en presencia de los cuatro retratos de los padres de Ada y Guido, casados ellos también entre sí en esas paredes. Dije:

—¡Has acabado por casarte con un hombre aún más raro que yo!

¡De qué manera sabe la palabra superar el tiempo!

¡Es en sí misma un acontecimiento que queda anudado a los hechos a los que acompaña! Adquiría la naturaleza de un acontecimiento, de un trágico suceso, porque estaba dirigida a Ada. En mi pensamiento ¡nunca hubiera sabido evocar, de manera tan viva como entonces, el momento en el que Ada había elegido entre Guido y yo en aquella soleada calle donde, tras días de espera, había

podido encontrarme con ella para caminar a su lado y esforzarme por conquistar su risa que estúpidamente acogía yo como una promesa! Me acordé también de que entonces me hallaba yo en inferioridad de condiciones por el impedimento que suponía el mal funcionamiento de los músculos de mis piernas, mientras que Guido se movía con más desenvoltura aún que la misma Ada y no llevaba la marca de ninguna inferioridad a no ser que como tal se tuviera que considerar

ese extraño bastón que se le antojaba llevar. Ada dijo en voz baja:

—¡Es verdad!

Después, sonriendo afectuosamente:

—Pero estoy contenta por Augusta de que tú hayas resultado mucho mejor de lo que yo pensaba. —Después, con un suspiro—:

Tanto, que es algo que en alguna medida atenúa el dolor que me causa el que Guido no sea lo que yo esperaba.

Yo seguía callado, aún lleno de dudas. Me parecía que Ada acababa de decir que yo me había vuelto lo que ella había esperado que llegase a ser Guido. ¿Era, por tanto, amor? Y ella añadió:

—Eres el mejor hombre que hay en nuestra familia, el depositario de nuestra fe, de nuestra esperanza. —Volvió a coger mi mano y yo la apreté, demasiado tal vez. Ella retiró su mano tan pronto, sin embargo, que cualquier duda quedó disipada. Y en esa fría pequeña estancia yo volví a saber de qué manera tenía que comportarme. Tal vez para atenuar ese gesto me envió otra caricia—: Es porque sé que eres así por lo que lamento haberte hecho sufrir tanto. ¿Es realmente mucho lo que sufriste?

Yo arrojé enseguida mi mirada en la oscuridad de mi pasado para recuperar ese dolor y murmuré:

—¡Sí!

Poco a poco recordé el violín de Guido y después de qué manera me habrían expulsado de aquel salón si no me hubiese aferrado a Augusta, y después aún el salón de la casa de los Malfenti, donde alrededor de la mesita Luis XIV se prodigaban los gestos de amor, mientras desde la otra mesita mirábamos Augusta y yo. De repente, me acordé también de Carla, porque también en su caso había

estado presente Ada. Sentí entonces viva la voz de Carla que me decía que yo pertenecía a mi mujer, es decir a Ada. Repetí, mientras afloraban las lágrimas a mis ojos:

—¡Mucho! ¡Sí! ¡Mucho! Ada hasta sollozaba:

—¡Lo siento tanto, tanto! Cobró ánimos y dijo:

—¡Pero tú ahora amas a Augusta!

Un sollozo la interrumpió por un momento y yo me sobresalté no sabiendo si

ella se había detenido para oír que yo afirmara o negara ese amor. Por suerte para mí no me dio tiempo a hablar porque siguió:

—Ahora hay entre nosotros dos, y así debe ser, un auténtico amor fraterno. Yo te necesito. Para ese muchacho que está en la otra

habitación, yo tendré ya que ser una madre, tendré que protegerle.  
¿Quieres ayudarme en esta difícil tarea?

En medio de su gran emoción, ella casi se apoyaba en mí, como en el sueño; pero yo me atuve a sus palabras. Pedía de mí un afecto fraterno; el compromiso de amor que yo pensaba que meataba a ella se transformaba así en otro derecho suyo, y sin embargo le prometí enseguida ayudar a Guido, ayudarla a ella, hacer todo lo que quisiera. Si hubiera estado más sereno habría tenido que hablarle de mi incapacidad para asumir la tarea que me estaba asignando, pero hubiera destruido toda la inolvidable emoción de aquel momento. Por otra parte, estaba yo tan conmovido que no podía sentir mi incapacidad. En ese momento pensaba que nadie estaba sujeto a ninguna incapacidad. Incluso la de Guido podía aventarse con algunas simples palabras que le dieran el necesario entusiasmo.

Ada me acompañó hasta el descansillo y se quedó allí, apoyada en la barandilla, viendo cómo bajaba. Es lo que hacía siempre Carla, pero era raro que lo hiciese Ada que amaba a Guido, y yo me sentí tan agradecido que, antes de pasar al segundo tramo de las escaleras, levanté también la cabeza una vez para verla y

despedirme. Es lo que se hace cuando hay amor, pero se ve que es habitual también cuando se trata de amor fraterno.

Me fui contento. Ada me había acompañado hasta ese rellano y no más allá. No cabían más dudas. Las cosas estaban de la siguiente manera: yo la había amado y ahora amaba a Augusta, pero mi antiguo amor le concedía el derecho de

disponer de mi devoción. Ella, por su parte, seguía amando a ese muchacho, pero me reservaba a mí un gran afecto fraterno y no sólo porque me había casado con su hermana, sino para indemnizarme de los padecimientos que me había ocasionado y que constituían un vínculo secreto entre nosotros. Todo esto resultaba de lo más dulce, un sabor raro en esta vida. ¿No podría acontecer que tanta dulzura me deparara una auténtica salud? De hecho, caminé todo aquel día sin dolores ni entorpecimientos, me sentí magnánimo y fuerte y descubrí en mi corazón un sentimiento de seguridad que me resultaba desconocido. Olvidé que

había traicionado a mi mujer, y de la manera más indecente además, o me hice el propósito de no volver a hacerlo, lo que viene a ser lo mismo, y me sentí verdaderamente de la manera en que Ada me veía: el mejor hombre de la

familia.

Cuando tanto heroísmo fue perdiendo su ardor, yo gustoso bien hubiera querido reavivarlo, pero entretanto Ada había vuelto a Bolonia y todo esfuerzo por mi parte por obtener algún nuevo estímulo de todo lo que ella me había dicho resultaba vano. ¡Sí! Haría lo poco que podía hacer por Guido, pero un tal propósito no aumentaba el aire en mis pulmones ni la sangre en mis venas. Hacia Ada quedó en mi corazón una intensa y nueva dulzura renovada en cada ocasión en la que ella, en sus cartas a Augusta, me recordaba con alguna palabra afectuosa. Correspondía a su afecto con toda sinceridad y mis mejores votos la acompañaban en su tratamiento. ¡Ojalá consiguiera recuperar toda su salud y toda su belleza!

El día siguiente, Guido vino a la oficina y se puso enseguida a examinar los asientos que quería hacer. Propuso:

—Derivemos ahora la cuenta de pérdidas y ganancias, en su mitad, a la cuenta de Ada.

Era precisamente lo que él quería, y no serviría de nada. Si yo hubiera sido ejecutor indiferente de sus deseos, como de hecho había sido hasta pocos días antes, de la manera más simple

hubiera realizado esos asientos sin darles más importancia. Me sentí en la obligación, en cambio, de decirle todo; me parecía que le impulsaba a trabajar haciéndole saber que no era tan fácil cancelar las pérdidas que habíamos sufrido.

Le expliqué que, hasta donde yo sabía, Ada había dado ese dinero para que estuviera a su disposición en su cuenta, y eso no podría suceder si nosotros lo saldábamos introduciendo en la cuenta por otro lado la mitad de las pérdidas del balance. Le dije además que la parte de las pérdidas que él quería trasladar a su propia cuenta, le correspondía por entero; pero eso no significaba su anulación y sí en cambio la constatación de su existencia. Había pensado tanto en ello que me resultaba fácil explicarle todo, y concluí:

—Admitiendo que llegáramos a vernos —¡Dios no lo quisiera!— en las circunstancias que Olivi había previsto, las pérdidas resultarían aun así evidentes en nuestros libros en cuanto los examinara un perito experto.

Guido me miraba atónito. Sabía lo bastante de contabilidad como para entenderme y a pesar de ello no lo lograba porque su deseo le impedía rendirse a la evidencia. Añadí después, para que viera todo con claridad:



—¿Ves como no tenía ningún sentido el que Ada realizara su inversión? Cuando por fin comprendió, se puso muy pálido y empezó a morderse las uñas

nerviosamente. Se quedó anonadado pero quiso sobreponerse y, con esa cómica

manera suya de actuar como un comandante, dispuso que, no obstante, se llevaran a cabo esos asientos, añadiendo:

—Para librarte de cualquier responsabilidad estoy dispuesto a ser yo quien haga los registros en los libros y ¡hasta a firmar!

¡Comprendí! Quería seguir soñando, en un lugar donde los sueños no tienen cabida: ¡una doble contabilidad!

Me acordé de lo que me había prometido a mí mismo allí en la cuesta de Via Belvedere, y a Ada después, en el oscuro pequeño salón de su casa, y dije con generosidad:

—Ahora mismo hago los asientos como tú deseas; no necesito verme apoyado por tu firma. ¡Estoy aquí para ayudarte, no para poner obstáculos!

Él me estrechó con afecto la mano:

—La vida es difícil —dijo— y es un gran consuelo para mí tener cerca a un amigo como tú.

Nos miramos a los ojos conmovidos. Los suyos brillaban. Para escapar de la emoción que amenazaba con embargarme también a mí, dije riendo:

—La vida no es difícil, pero sí muy original. Y también él se echó a reír.

Después se quedó a mi lado para ver cómo saldaba yo esa cuenta de pérdidas y ganancias, algo que llevé a cabo en pocos minutos. Esa cuenta se extinguió, pero arrastró consigo, en su desaparición, también a la cuenta de Ada cuyo crédito anotamos en cambio en una libreta, por si acaso cualquier otra prueba, tras algún cataclismo, llegara a desaparecer y para contar con la evidencia de que debían serle abonados los intereses. La otra mitad de la cuenta de pérdidas y ganancias pasó a aumentar el Haber ya considerable de la cuenta de Guido. Por su naturaleza, los contables son una especie de animales marcadamente inclinados a la ironía. Al hacer esos asientos, yo pensaba: «Una cuenta —la

de pérdidas y ganancias— había muerto asesinada; la otra, la de Ada, había fallecido de

muerte natural porque no podíamos mantenerla viva, y no hemos sabido en cambio acabar con la cuenta de Guido, que al ser de un deudor poco fiable, en el estado en que se halla, es una auténtica tumba abierta en nuestra empresa».

En esa oficina nuestra seguimos hablando de contabilidad durante largo tiempo. Guido se afanaba por encontrar otra manera que pudiese protegerle mejor de posibles insidias legales (así es como él las llamaba). Creo que consultó incluso con algún contable porque un día vino a la oficina a proponerme que destruyéramos los libros antiguos tras crear otros nuevos en los que registraríamos una falsa venta a un nombre inventado que figuraría haberla pagado con el importe del préstamo de Ada. Era doloroso tener que desilusionarle porque ¡había llegado corriendo a la oficina animado por una esperanza tan grande! Lo que proponía era una falsificación que realmente me repugnaba. Hasta entonces no habíamos hecho nada más que desplazar algunas realidades, amenazando con perjudicar a quien implícitamente había concedido su consentimiento. Ahora, en cambio, él pretendía inventarse movimientos de mercancías. También yo me daba cuenta de que sólo de esa manera se podía borrar toda huella de las pérdidas sufridas, pero ¡a qué precio!

Había que inventarse incluso el nombre del comprador o conseguir el consentimiento de la

persona que quisiéramos hacer aparecer como tal. No tenía nada en contra de ver destruir los libros que con tanto esmero había yo anotado, pero era un fastidio tener que hacer otros nuevos.

Presenté una serie de objeciones que acabaron por

convencer a Guido. No es fácil simular una factura. Habría que saber falsificar también los comprobantes de la existencia y propiedad de la mercancía.

Guido renunció a su plan, pero el día siguiente apareció en la oficina con otro que implicaba también la necesidad de destruir los libros viejos. Cansado de ver cómo se entorpecía así cualquier otra perspectiva de trabajo con discusiones como ésta, protesté:

—Viendo lo mucho que piensas en ello ¡cualquiera creería que pretendes prepararte para el fracaso! De lo contrario, ¿qué importancia puede tener una disminución tan exigua de tu capital? Hasta el momento nadie tiene derecho a mirar en tus libros. Ahora habría que trabajar; trabajar y no ocuparse de tonterías.

Me confesó que esa idea era su obsesión. ¿Y cómo no hubiera podido serlo? Con algo de mala suerte ¡podía ir derecho a caer en esa sanción penal y acabar en la cárcel!

Por mis estudios jurídicos sabía yo que Olivi había expuesto con gran exactitud los que eran los deberes de un comerciante que ha cerrado un balance como el nuestro, pero para librar a Guido, y a mí también, de tales obsesiones, le aconsejé que consultara a algún abogado amigo.

Me contestó que ya lo había hecho, es decir, me dijo no que hubiera ido a un abogado con esa concreta finalidad, porque no quería confiar ni siquiera a un abogado ese secreto suyo, sino que me contó que había llegado a hablar a un abogado amigo sobre ese asunto al encontrárselo en una de sus excursiones de caza. Sabía por tanto que Olivi no se había equivocado ni había exagerado...

¡lamentablemente!

Viendo su nula utilidad, dejó de urdir planes para conseguir falsear su contabilidad, pero no con ello recuperó la calma. Cada vez que venía a la oficina su expresión se oscurecía al mirar esos grandes

libros. Me confesó en una ocasión que al entrar en nuestro despacho le había parecido encontrarse en la antesala de la cárcel y le habían dado ganas de salir corriendo.

Un día me preguntó:

—¿Augusta está informada de todo lo relativo a nuestro balance?

Me sonrojé porque en la pregunta me pareció percibir un reproche pero, evidentemente, si Ada conocía lo relativo al balance, Augusta podía estar también informada. No lo pensé en un primer momento, pero me pareció que me merecía el reproche que tenía él intención de dirigirme. Por eso murmuré:

—¡Lo habrá sabido a través de Ada, o de Alberta tal vez, a quien ha podido decírselo Ada!

Revisaba yo todas las corrientes que podrían conducir hasta Augusta y no parecía estar de esa manera negando que ella hubiera recibido toda la información de la primera fuente, es decir de mí. Lo que creía estar afirmando es que hubiera resultado inútil por mi parte callar. ¡Qué pena! Si hubiera confesado desde el primer momento que yo con Augusta no tenía secretos ¡me

hubiera podido sentir tan leal y honesto! Un ligero hecho como ése, es decir, el disimulo de una acción que hubiera sido mejor confesar proclamando su condición de inocencia, basta para ensombrecer la amistad más sincera.

Consigno aquí ahora, aunque no haya tenido ninguna importancia ni para Guido ni para mi historia, el hecho de que, algunos días después, el charlatán agente con el que nos habíamos visto en tratos cuando el negocio del sulfato de cobre me paró por la calle y, mirándome de abajo arriba, como imponía su baja estatura que él sabía siempre exagerar encogiendo las piernas, me dijo irónicamente:

—¡Se dice que han hecho ustedes algún otro buen negocio como el del sulfato! Después, al ver cómo me ponía pálido, me estrechó la mano y añadió:

—Por mi parte, les deseo lo mejor. ¡Espero que no lo duden!

Y se fue. Supongo que lo relacionado con nosotros lo supo por su hija, que estaba en el instituto en la misma clase que la pequeña Anna. No le conté a Guido esta pequeña indiscreción. Mi principal tarea consistía en defenderle de inútiles angustias.

Me sorprendió que Guido no tomara alguna decisión en relación con Carmen, porque sabía que le había prometido formalmente a su mujer echarla. Yo creía que Ada regresaría a casa pasado algún mes, como la primera vez. Pero ella, sin pasar por Trieste, se dirigió a descansar a una casita cerca del Lago Maggiore donde poco después Guido le llevó a los niños.

Tras regresar de ese viaje —e ignoro si había él recordado por sí mismo su promesa o si Ada se la había vuelto a recordar— me preguntó si no sería posible emplear a Carmen en mi oficina, es decir, en la de Olivi. Yo sabía que en ese sitio todos los empleos estaban cubiertos, pero dado que Guido me lo pedía con tanto interés, acepté ir a hablar de ello con mi administrador. Por una afortunada casualidad, un empleado de Olivi estaba a punto de irse en esos días, pero tenía una paga inferior a la que se le pagaba a Carmen en los últimos meses, con gran liberalidad por parte de Guido que, en mi opinión, disponía que fuera la cuenta de gastos generales la que pagara a sus mujeres. Olivi padre quiso informarse sobre las capacidades de Carmen y, por más que yo le di las mejores referencias, ofreció contratarla de momento bajo las mismas condiciones que el empleado que había sido despedido. Le conté todo ello a Guido quien, incómodo y afligido, se rascó la cabeza.



—¿Cómo podemos ofrecerle un salario inferior al que percibe? ¿No se podría convencer a Olivi para que le pague de momento el mismo que ya tiene?

Yo sabía que no era posible y además Olivi no tenía la costumbre de considerarse comprometido con sus empleados como hacíamos nosotros. Cuando se diera cuenta de que Carmen merecía una corona menos de lo que se le concedía en su paga, se la quitaría de encima sin misericordia alguna. El resultado fue éste: Olivi no tuvo y no solicitó siquiera una respuesta decisiva nunca y Carmen siguió adornando con sus bonitos ojos nuestra oficina.

Entre Ada y yo había un secreto y seguía siendo importante precisamente porque seguía siendo un secreto. Escribía a Augusta con asiduidad, pero no le dijo

nunca que había tenido unas explicaciones conmigo y tampoco le dijo que me había encomendado a Guido. Tampoco yo hablé de ello. Un día Augusta me mostró una carta de Ada que tenía que ver conmigo. Pedía noticias directas de mí y acababa por encomendarse a mi bondad para que le dijese algo sobre la marcha de los negocios de Guido. Me turbó saber que Ada se dirigía a mí y recuperé, en cambio, mi serenidad cuando vi que,

como de costumbre, se dirigía a mí para tener noticias de Guido. De nuevo, no estaba yo obligado a poner a prueba mi matrimonio.

De acuerdo con Augusta, y sin hablar de ello a Guido, escribí yo a Ada. Me puse a la tarea con la intención de escribirle verdaderamente una carta de negocios y

le comuniqué que estaba muy contento de la manera en que ahora Guido dirigía su trabajo, es decir, de manera asidua y hábil.

Esto era verdad o, por lo menos, estaba yo contento de él ese día, dado que había conseguido ganar algún dinero vendiendo una mercancía que tenía depositada en la ciudad desde hacía varios meses. Era también verdad que él parecía más regular en su asistencia al trabajo, pero seguía yendo a cazar y a pescar, sin embargo, cada semana. Yo no escatimaba mis alabanzas porque con mis exageraciones me parecía estar ayudando a la recuperación de Ada.

Volví a leer la carta y no me bastó. Algo faltaba. Ada se había dirigido a mí y estaba claro que quería recibir noticias procedentes de mí; por ello, cometía una falta de cortesía no dándoselas. Poco a poco —lo recuerdo como si estuviera sucediendo ahora— me sentí incómodo en aquella mesa, como si me encontrara

nuevamente cara a cara con Ada, en esa oscura pequeña habitación de su casa.

¿Tenía que apretar mucho esa manita que se me había ofrecido?

Escribí, pero tuve después que volver a redactar la carta porque había dejado algunas palabras que resultaban hasta comprometedoras y que afirmaban que anhelaba volver a verla y esperaba que recuperara toda su salud y toda su belleza. Era como agarrar por la cintura a la mujer que me había ofrecido sólo su mano. Mi deber era estrechar sólo su pequeña mano, y hacerlo dulce y prolongadamente, para indicar que lo entendía todo, todo eso que no debía nunca jamás pronunciarse.

No mencionaré todo el repertorio de frases al que pasé revista para encontrar algo que pudiese sustituir a apretar su mano de manera dulce, larga y significativa. Consideraré aquí sólo las frases que llegué a escribir. Hablé largo y tendido de la vejez que me acechaba. No podía quedarme un minuto quieto sin envejecer. Cada vez que mi sangre daba un giro completo, algo se añadía a mis huesos y a mis venas que indicaba vejez. Cada mañana, al despertar, el mundo parecía más gris y yo no lo advertía porque

esa tonalidad combinaba con el color de las restantes cosas. Nada en ese día conservaba ni siquiera una pincelada del color del día anterior; de lo contrario la hubiera descubierto y la añoranza me habría llevado a la desesperación. Recuerdo muy bien que envié la carta plenamente satisfecho.

No me había comprometido en lo más mínimo con esas palabras, pero me parecía también que, si Ada pensaba lo mismo que yo, entendería el amoroso gesto de estrechar su mano que incluía. No eran necesarias grandes dotes de intelecto para adivinar que esas largas disquisiciones a propósito de la vejez no indicaban nada más que mi temor a que, al encontrarme en plena carrera a través del tiempo, no pudiera el amor volver a alcanzarme. Parecía que le gritase yo al amor: «¡Ven, ven!». No estoy seguro, en cambio, de haber querido ese amor y, si existe una duda, procede sólo del hecho de que sé que lo que escribí, más o menos, era eso lo que expresaba.

Hice una copia de esa carta para Augusta sin incluir la disquisición a propósito de la vejez. Ella no la hubiera entendido, pero la prudencia siempre es aconsejable. ¡Me hubiera sonrojado al ver cómo ella me miraba mientras estrechaba la mano de su hermana en el futuro! ¡Sí! Yo sabía aún sonrojarme y lo hice también cuando

recibí una nota de agradecimiento de Ada en la que no mencionaba para nada las palabras sobre mi vejez. Me pareció que ella se comprometía mucho más conmigo de lo que me había comprometido yo con ella. No retiraba su manita que yo seguía estrechando; la dejaba inerte en las mías y, en el caso de una mujer, la falta de reacción constituye una forma de consentimiento.

Pocos días después de haber escrito esa carta, descubrí que Guido había empezado a jugar a la Bolsa. Llegué a saberlo gracias a una indiscreción del agente Nilini.

Yo conocía a este sujeto desde hacía muchos años porque habíamos sido compañeros del mismo instituto, que él había tenido que dejar después para entrar enseguida en la oficina de un tío suyo. Nos habíamos visto después en alguna ocasión, y recuerdo que lo diferentes que habían sido nuestros destinos había constituido, en nuestras relaciones, mi superioridad. Era él quien por entonces saludaba en primer lugar y algunas veces intentaba acercárseme.

Era algo que me parecía natural, y me pareció en cambio menos natural que, en una época que no acierto a precisar, se volviera

con relación a mí muy altanero. No me saludaba en esa época, y contestaba a duras penas a mi saludo. Me preocupé un poco porque mi piel es muy sensible y es fácil que los arañazos dejen en ella sus marcas. Pero ¿qué podía hacer? Tal vez me había descubierto en la oficina de Guido, donde le pareció que yo desempeñaba un papel subalterno y me despreciaba por ello; o, con la misma probabilidad, podía yo suponer que, al haber muerto un tío suyo y haber él pasado a ser agente

independiente de Bolsa, se había acrecentado en él la soberbia. En los ambientes pequeños es fácil que se den relaciones de este tipo. Sin que se haya producido algún acto de hostilidad, nos miramos un buen día con aversión y desprecio.

Me sorprendió por ello verle entrar en la oficina, donde estaba yo solo, para preguntar por Guido. Se había quitado el sombrero y me había ofrecido su mano y después se había dejado caer, con gran libertad, en uno de nuestros grandes sillones. Le miré con interés. Hacía años que no le veía tan de cerca y ahora, con la aversión que me manifestaba, había logrado atraer la más intensa atención por mi parte.

Tenía él entonces cerca de cuarenta años y era bien feo a causa de una calvicie casi general, interrumpida por un oasis de cabellos negros y poblados en la nuca y alrededor de las sienes y a causa

de su cara amarilla con demasiada piel y una gran nariz. Era pequeño y delgado y se erguía todo lo que podía, tanto que cuando hablaba con él no dejaba de sentir yo un ligero dolor en el cuello por simpatía, la única simpatía que sentía hacia él. Me pareció ese día que estaba conteniendo la risa y que su cara estaba contraída por la ironía o un desprecio que no debía de estar dirigido a mí, puesto que me había saludado de forma tan amable. Descubrí después que un capricho de la madre naturaleza era el responsable de esa ironía que estaba estampada en su cara. Sus pequeñas mandíbulas no encajaban correctamente y entre las dos, en un extremo de su boca, había quedado un orificio en el que residía, estereotipada, esa expresión. Tal vez para actuar de conformidad con esa máscara, de la que no podía librarse más que cuando bostezaba, gustaba él tanto de burlarse del prójimo. No era ningún estúpido y solía lanzar indirectas cargadas de veneno, pero generalmente dirigidas a los que no estaban presentes.

Hablaba mucho y estaba dotado de imaginación sobre todo para los negocios de Bolsa. Hablaba de esta última como si se tratase de una sola persona que él solía definir angustiada por una amenaza o adormilada en la inercia, dotada de un semblante que podía reír o llorar. Él la veía subir la escala de las cotizaciones bailando o la veía bajar por ella con riesgo de caerse, y la

admiraba viendo cómo acariciaba un valor, cómo estrangulaba otro, o bien también cómo sabía enseñar moderación y actividad a la gente. De hecho, sólo las personas juiciosas podían llegar a tratar con ella. Había mucho dinero caído por tierra en la Bolsa, pero agacharse a recogerlo no era fácil.

Le hice esperar tras haberle ofrecido un cigarrillo y me enfrasqué en el despacho de la correspondencia. Tras poco tiempo se cansó y dijo que no podía quedarse más. Había venido sólo para contarle a Guido que unas acciones con el extraño nombre de Río Tinto que él había aconsejado a Guido comprar el día anterior — sí, justo veinticuatro horas antes— habían registrado ese día una subida de casi

el diez por ciento. Se echó a reír a carcajadas.

—Mientras estamos aquí hablando, es decir, mientras estoy esperando, la Bolsa habrá hecho lo demás. Si el señor Speier quisiera comprar ahora esas acciones,

¡quién sabe lo que tendría que pagar por ellas! ¡Cómo he adivinado cuál era la orientación de la Bolsa!



Se jactó de que con sólo una ojeada pudiera, gracias a su larga intimidad con la

Bolsa, prever los resultados. Se interrumpió para preguntarme:

—¿Quién cree que enseña mejor: la universidad o la Bolsa?

Su mandíbula descendió un poco más y el agujero de la ironía aumentó de tamaño.

—¡Evidentemente la Bolsa! —contesté yo convencido. La respuesta me valió por su parte un afectuoso apretón de manos cuando se marchó.

Así que ¡Guido jugaba a la Bolsa! Si hubiera prestado más atención habría podido adivinarlo antes, porque cuando le había presentado una cuenta exacta de los importes de las cantidades, no insignificantes, que habíamos ganado con nuestros últimos negocios, él la había mirado sonriendo, con algo de desprecio. En su opinión, era mucho lo que habíamos tenido que trabajar para ganar ese dinero. Y ¡téngase en cuenta que sumando alguna decena de negocios como aquéllos, bien hubiéramos podido cubrir las pérdidas en que habíamos incurrido el año anterior!

¿Qué es lo que tenía que hacer ahora yo, que pocos días antes había escrito sus alabanzas?

Poco después Guido vino a la oficina y yo le repetí fielmente las palabras de Nilini. Se detuvo a oír con tal ansiedad que no advirtió siquiera que yo me había enterado de que él jugaba, y se marchó.

Por la noche hablé de ello con Augusta, que consideró que había que dejar tranquila a Ada y avisar, en cambio, a la señora Malfenti de los peligros a que se estaba exponiendo Guido. Me pidió que pusiera yo también todo de mi parte para impedir que cometiera algún despropósito.

Preparé detenidamente las palabras que pensaba dirigirle. Podía por fin llevar a cabo mis propósitos de bondad activa y mantener la promesa que le había hecho a Ada. Sabía cómo tenía que abordar a Guido para convencerle de que

obedeciera. Todos actúan de manera ligera —le explicaría— cuando juegan a la Bolsa, pero más que nadie lo hace un comerciante que tenga como tú, a sus espaldas, un balance como el tuyo. Al día siguiente empecé muy bien:

—¿Así que tú juegas ahora a la Bolsa? ¿Quieres acabar en la cárcel? —pregunté severamente. Me había preparado para una escena y me reservaba la declaración en que le informaría de que, ya que él actuaba de una manera que comprometía a la empresa, yo, sin más, iba a dejar la oficina.

Guido me desarmó enseguida. Hasta entonces había conservado su secreto, pero ahora, con actitud de buen chico, me contó cada detalle de esas transacciones suyas. Trabajaba en valores mineros de no sé qué país, que le habían rendido ya unas ganancias que casi hubieran bastado por sí solas para cubrir las pérdidas de nuestro balance. Ahora ya había pasado todo posible riesgo y podía contármelo todo. Cuando tuviera la mala suerte de perder lo que había ganado, dejaría simplemente de jugar. Si la fortuna le seguía siendo favorable se apresuraría a poner en regla mis asientos, cuya amenaza seguía sintiendo.

Me di cuenta de que las cosas no requerían el enfado y sí imponían, en cambio, la conveniencia de felicitarle. Por lo que se refiere a las cuestiones de contabilidad, le dije que podía estar ya tranquilo, porque donde había cantidades contantes disponibles, resultaba muy fácil arreglar la más complicada de las contabilidades. Cuando la cuenta de Ada fuera reintegrada a

nuestros libros, como por derecho debía ser, y por lo menos se disminuyera lo que yo llamaba el abismo de nuestra empresa, es decir, la cuenta de Guido, nuestra contabilidad resultaría impecable.

Le propuse después llevar a cabo esos arreglos de inmediato y poner, a cuenta de la empresa, las operaciones de Bolsa. Por suerte, él no aceptó porque, de lo contrario, yo habría pasado a ser el contable de un jugador y me habría visto implicado con un mayor grado de responsabilidad. Así en cambio, las cosas siguieron su curso como si yo no hubiera existido. Él rechazó mi propuesta con unas razones que me parecieron buenas. Traía mala suerte pagar tan deprisa las deudas y constituye una muy divulgada superstición en todas las mesas de juego la creencia de que el dinero de los demás trae suerte. Yo no creo en ello, pero cuando juego no dejo de aplicar yo también alguna cautela de este tipo.

Durante algún tiempo me hice reproches por haber aceptado lo que Guido me decía sin ninguna protesta, pero cuando vi que la señora Malfenti se comportaba

de la misma manera, diciéndome que su marido había sabido ganar unas bonitas cantidades en la Bolsa, y cuando supe que

Ada consideraba el juego igual a cualquier otro tipo de comercio, me di cuenta de que, a este respecto, no se me hubiera podido reprochar nada en absoluto. Para frenar la caída de Guido por esa pendiente no hubieran bastado mis protestas, que hubieran carecido de toda eficacia si la familia al completo no las apoyaba.

Así fue como Guido siguió jugando, y con él toda la familia. Yo también formaba parte del grupo, tanto es así que inicié una bastante curiosa relación de amistad con Nilini. Es cierto que yo no podía soportarle porque lo consideraba ignorante y presuntuoso, pero, al parecer, por consideración a Guido, que confiaba en recibir por su parte buenos consejos, supe ocultar también mis sentimientos que Nilini acabó por creer que en mí tenía a un amigo devoto. No niego que tal vez mi amabilidad con él no se debiera al deseo de evitar ese malestar que me había producido la manifestación de su hostilidad, un malestar especialmente intenso a causa de la ironía que solía reír en su feo semblante. No tuve con él, en cambio, otra gentileza que la de extender mi mano y dirigirle un saludo cuando llegaba y cuando se iba. Él, en cambio, fue de lo más amable y yo no supe negarme a recibir sus gestos de cortesía con gratitud, lo que verdaderamente constituye el máximo de amabilidad que se puede dispensar en este mundo. Me proporcionaba cigarrillos de contrabando y hacía que le pagara por ellos el mismo precio que pagaba él, es decir, muy poco. Si me

hubiera sido más simpático habría podido convencerme para que jugara con él como intermediario; no llegué a hacerlo nunca sólo para no tener que verle más a menudo.

¡Lo que le veía ya me parecía demasiado! Pasaba horas enteras en nuestra oficina a pesar de que —como era fácil advertir— no estaba enamorado de Carmen. Venía a verme precisamente a mí. Al parecer estaba decidido a instruirme en política, un argumento del que la Bolsa le había hecho conocedor. Me señalaba el hecho de que las grandes potencias un día se estrechaban las manos y al siguiente se daban de bofetadas. No sé si no llegó a adivinar el futuro porque, por antipatía, nunca presté atención a sus predicciones. Ante él,

mantenía una sonrisa estúpida, estereotipada. El malentendido entre nosotros seguramente se originó en una interpretación equivocada de mi sonrisa que le debió de parecer de admiración. Yo no tengo la culpa.

Sé sólo aquello que solía repetir todos los días. Pude advertir que era un italiano de dudosa vocación porque opinaba que era mejor para Trieste seguir siendo

austríaca. Adoraba Alemania y sobre todo los ferrocarriles alemanes, que llegaban con tanta puntualidad. Era socialista a su

manera, y según sus deseos hubiera debido prohibirse que una sola persona poseyera más de cien mil coronas. No me reí un día en el que, conversando con Guido, Nilini admitió que poseía justamente esa cantidad de cien mil coronas y ni un céntimo más. No me reí, y no le pregunté tampoco si, de llegar a ganar más dinero, modificaría su teoría. No podía reírme con él, ni de él.

Tras desgranar alguna de sus sentencias, se erguía de tal manera en su sillón que sus ojos miraban al techo mientras que quedaba expuesto a mi vista el agujero que yo llamaba mandibular. ¡Con ese ojo él veía! Quise alguna vez aprovechar esa postura suya para pensar en otra cosa, pero él reclamaba mi atención preguntándome entonces de inmediato:

—¿Me escuchas?

Después de esa simpática efusión suya, Guido no me habló de sus negocios durante largo tiempo. Algo, al principio, me contaba de ellos Nilini, pero también él se volvió luego más reservado. La propia Ada me dijo que Guido seguía ganando.

Cuando esta última regresó, volví a verla bastante más fea. Más que más gruesa, estaba hinchada. Sus mejillas, que habían vuelto a aparecer, también esta vez estaban fuera de su sitio y hacían que su cara pareciera casi cuadrada. Sus ojos habían seguido deformando las órbitas que los acogían. Mi sorpresa fue grande, porque Guido y otros que habían ido a visitarla me habían informado de que cada día le aportaba nuevas fuerzas y salud. Pero la salud de la mujer reside en primer lugar en su belleza.

Con Ada tuve también otras sorpresas. Me saludó con afecto, pero no de manera diferente a como había saludado a Augusta. No había entre nosotros ya ningún secreto y, con toda certeza, ella no se acordaba ya de que había llorado al recordar todo lo que había yo sufrido por su causa. ¡Tanto mejor! ¡Así olvidaba ella también sus derechos sobre mí! Era sólo un buen cuñado para ella y me amaba sólo porque encontraba intactas mis afectuosas relaciones con mi mujer, algo que seguía siendo un motivo de admiración en la familia Malfenti.

Un día hice un descubrimiento que me dejó muy sorprendido. ¡Ada creía seguir siendo guapa! Allá lejos, en el lago, la habían cortejado y era evidente que ella



gozaba con el éxito obtenido. Probablemente exageraba su alcance, porque me parecía excesivo que pretendiera haber tenido que dejar su lugar de veraneo para librarse de la persecución de un enamorado. Admito que alguna verdad pudiera haber en ello porque, probablemente, ella podía parecer menos fea a alguien que no la hubiera conocido con anterioridad. Pero, desde luego, ¡no hasta esos extremos con esos ojos, esa tez y la actual forma de su cara! A nosotros nos resultaba más fea porque, al recordar cómo había sido, distinguíamos de manera más evidente la devastación que había llevado a cabo la enfermedad.

Invitamos una noche a Guido y a Ada a nuestra casa. Fue un encuentro agradable, auténticamente familiar. Parecía la continuación de aquel noviazgo nuestro a dobles parejas. Pero no había ninguna luz que iluminara el cabello de Ada.

En el momento de separarnos, yo, para ayudarle a vestir su abrigo, me quedé por un instante solo con ella. Tuve enseguida una nueva sensación algo diferente de nuestras relaciones. Nos habían dejado solos y podíamos decirnos tal vez lo que no queríamos decir en presencia de los demás. Mientras la ayudaba, reflexioné, y acabé por encontrar las palabras que quería dirigirle:

—Tú ya sabes que él ahora juega —le dije con voz seria. Me asalta a veces la duda de si yo, con tales palabras, no quise recordar nuestro último encuentro, que no podía admitir que hubiera quedado completamente olvidado.

—Sí —dijo ella sonriendo—, y hace muy bien. Se le da muy bien, según me cuentan.

Reí con ella, a carcajadas. Me sentía libre de cualquier responsabilidad. Mientras se iba murmuró:

—Esa tal Carmen ¿sigue trabajando con vosotros?

No llegué a contestar porque se fue corriendo. Entre nosotros ya no existía nuestro pasado. Sí estaban sus celos, en cambio; tan vivos como en nuestra última entrevista.

Ahora, volviendo a pensar en ello, se me ocurre que hubiera debido darme cuenta, mucho antes de que se me avisara expresamente, de que Guido había empezado a perder en la Bolsa. Desapareció de su cara el aire de triunfo que había llegado a iluminarla y volvió a dar señales de esa gran ansiedad que el

balance que habíamos cerrado de aquella especial manera le producía.

—¿Por qué te preocupas —le pregunté yo en mi inocencia— cuando tienes ya lo que precisas para que todos esos asientos sean reales? Teniendo tanto dinero, no va uno a la cárcel.

En aquel momento, como supe después, él no tenía ya nada en el bolsillo.

Creí con tanta certeza que él había asegurado su suerte que no presté atención a los muchos indicios que hubieran podido indicarme lo contrario.

Una noche de agosto, Guido consiguió arrastrarme otra vez a salir de pesca con él. Bajo la deslumbrante luz de una luna casi llena, había pocas probabilidades de conseguir atrapar algo con el anzuelo. Pero él insistió diciendo que en el mar encontraríamos algún alivio frente al calor. De hecho, eso es lo único que encontramos. Tras un único intento, ni siquiera seguimos cebando ya los anzuelos y dejamos colgar los sedales desde la pequeña barca que Luciano

dirigió hacia mar abierto. Los rayos de la luna llegaban seguramente al fondo del mar afinando la vista de los peces más grandes, advirtiéndoles del peligro que les acechaba, y lo mismo pasaba con los peces pequeños, capaces de mordisquear el cebo pero no de llegar al anzuelo con su pequeña boca. Nuestros cebos no eran más que un obsequio para todo ese sinfín de pequeños peces.

Guido se tumbó en la popa y yo lo hice en la proa. Él murmuró poco después:

—¡Qué triste es toda esta luz!

Lo decía probablemente porque la luz le impedía dormir y yo asentí para complacerle y para no turbar también, con una estúpida discusión, la calma solemne en la que lentamente nos movíamos. Luciano, en cambio, protestó diciendo que a él esa luz le gustaba muchísimo. Como Guido no contestaba, quise conseguir que se callara diciéndole que la luz era, a no dudar, algo triste porque permitía ver las cosas de este mundo. Además, impedía pescar. Luciano rió y se calló.

Nos quedamos callados durante mucho tiempo. Yo bostecé varias veces de cara a la luna. Lamentaba haberme dejado convencer para subirme a esa barca.

Guido, de repente, me preguntó:

—Tú que eres químico, ¿podrías decirme si es más eficaz el veronal puro o el veronal al sodio?

Yo, a decir verdad, ni siquiera sabía que había veronal al sodio. No se puede pretender que un químico lo sepa todo de memoria. Yo sé de química tanto como para poder encontrar enseguida en mis libros cualquier información y, además, tanto como para poder discutir —como se vio en esa ocasión— a propósito de las cosas que ignoro.

¿Al sodio? Pero si todos sabían que las combinaciones al sodio eran las que más fácilmente se asimilan. Es más, a propósito del sodio recordé y repetí, de manera más o menos exacta, un himno a ese elemento entonado por un profesor mío en la única clase suya a la que había asistido. El sodio era el vehículo que los elementos utilizaban para moverse más rápidos. El profesor había recordado

cómo el cloruro de sodio pasaba de un organismo a otro y cómo iba agrupándose por la sola acción de la gravedad en el agujero más profundo de la tierra, el mar. Yo no sé si llegué a reproducir con exactitud las ideas de mi profesor, pero en ese momento, ante esa enorme extensión de cloruro de sodio, hablé del sodio con un respeto infinito.

Tras alguna vacilación, Guido volvió a preguntar:

—De tal forma, ¿quien quisiera matarse, tendría que ingerir veronal al sodio?

—Sí —contesté.

Después, recordando que hay algunos casos en los que se puede querer simular un suicidio y no advirtiéndolo de inmediato que estaba con ello recordándole a Guido un episodio desagradable de su propia vida, añadí:

—Y quien no quiere morir tiene que tomar veronal puro.

Los estudios de Guido sobre el veronal hubieran podido darme que pensar. En cambio, no me di cuenta de nada, llevado de mi preocupación por el sodio. En los días que siguieron estuve en condiciones de llevarle a Guido nuevas pruebas de las cualidades que había yo atribuido al sodio; para acelerar también las amalgamas, que no son otra cosa que abrazos intensos entre dos cuerpos, abrazos que sustituyen a la combinación o la asimilación, se añadía sodio al mercurio. El sodio actuaba como una celestina entre el oro y el mercurio. Pero a Guido el veronal ya no le interesaba, y yo pienso ahora que en ese momento sus condiciones en la Bolsa habían mejorado.

En el curso de una semana, Ada vino a la oficina por lo menos tres veces. Sólo después de su segunda visita surgió en mí la idea de que quería hablar conmigo.

En su primera visita se encontró con Nilini, que se había aplicado una vez más a darme una de sus lecciones. Ada esperó una hora entera a que Nilini se fuera, pero cometió el error de ponerse a conversar con él, por lo que éste creyó verse en la obligación de quedarse. Después de haberles presentado, respiré aliviado al ver que el agujero mandibular de Nilini no estaba orientado hacia mí. No tomé parte en su conversación.

Nilini se mostró hasta gracioso y sorprendió a Ada diciendo que se solían pronunciar tantas maledicencias en el triestino edificio de la Bolsa como en el salón de una señora. Sólo que en la Bolsa, según él, como siempre, se estaba mejor informado que en otro lugar. A Ada le pareció que se estaba insultando a las mujeres. Afirmó que ni siquiera tenía idea de lo que era una maledicencia. En ese momento intervine yo para confirmar que, en los largos años que hacía que

la conocía, no había visto nunca salir de su boca una palabra que pudiese ni por lo más remoto recordar a lo que es una maledicencia. Sonreí al hacer esta afirmación porque me pareció estar pronunciando un reproche. Ella no caía en la maledicencia porque no sentía interés por las cosas de los demás. Antes, en la plenitud de su salud, se había ocupado de sus propios asuntos y, cuando le asaltó la enfermedad, no quedó en ella más que un pequeño lugar disponible que ocupaban sus celos. Era una auténtica egoísta, pero acogió mi testimonio con gratitud.

Nilini fingió no darnos crédito ni a mí ni a Ada. Dijo que me conocía desde hacía muchos años y que creía que yo era un gran ingenuo. Esto me divirtió y divirtió también a Ada. Me sentí muy molesto, en cambio, cuando él, por



primera vez ante terceras personas, proclamó que era uno de sus mejores amigos

y que, por eso, me conocía a fondo. No intenté protestar, pero esa descarada declaración hizo que mi pudor se sintiera ofendido, como una muchacha a la que en público se le hubiese reprochado haber fornicado.

Yo era tan ingenuo, decía Nilini, que Ada, con la habitual astucia de las mujeres, podría haber incurrido en la maledicencia en mi presencia sin que yo lo advirtiera. A mí me pareció que Ada seguía divirtiéndose ante esos dudosos cumplidos mientras que, como supe después, ella le dejaba hablar esperando que se agotara y se fuera. Pero resultó la suya una espera prolongada.

Cuando Ada regresó, en una segunda ocasión, me encontró con Guido. Leí entonces en su cara una expresión de impaciencia y comprendí que ella quería hablar conmigo. Hasta que no volvió a la oficina, yo me abandoné al juego de mis habituales sueños. En el fondo, ella no quería amor por mi parte, pero lo cierto es que, con demasiada frecuencia, quería encontrarse a solas conmigo. Para los hombres es difícil entender lo que las mujeres quieren, también porque ellas mismas, a menudo, lo ignoran.

No fue en cambio ningún nuevo sentimiento lo que sus palabras me dictaron. En cuanto pudo hablarme lo hizo con una voz estrangulada por la emoción y no por estar dirigiéndome a mí la palabra. Quería saber el motivo por el que no se había despedido a Carmen. Yo le conté todo lo que sabía al respecto, incluido el intento de conseguirle un puesto de trabajo en mi oficina, bajo las órdenes de Olivi.

Se tranquilizó enseguida porque lo que yo le contaba se correspondía exactamente con lo que Guido le había dicho. Supe después que Ada seguía sufriendo accesos de celos periódicamente. Se presentaban sin motivo aparente y desaparecían con el solo requisito de alguna explicación que la convenciera.

Me hizo también otras dos preguntas: si tan difícil era encontrar una colocación para una empleada, y si la familia de Carmen dependía realmente de lo que su hija ganaba.

Le expliqué que en Trieste era difícil encontrar entonces un trabajo para las mujeres en las oficinas.

En lo que a su segunda pregunta se refería, no podía responderle porque no conocía a nadie de la familia de Carmen.

—Guido, en cambio, los conoce a todos —murmuró ella con ira, y las lágrimas regaron de nuevo sus mejillas.

Me estrechó después la mano para despedirse y me dio las gracias. Sonriendo a través de sus lágrimas, dijo que sabía que podía contar conmigo. La sonrisa me complació porque con toda certeza no estaba dirigida al cuñado, sino a alguien a quien ella estaba unida por secretos vínculos. Intenté demostrar que merecía esa sonrisa y murmuré:

—¡Lo que me lleva a temer por Guido no es Carmen, sino su afición a jugar en

Bolsa!

Ella se encogió de hombros:

—Eso no tiene importancia. He hablado del asunto ya con mamá. Papá también jugaba a la Bolsa y consiguió ganar un montón de dinero.

Yo me quedé desconcertado ante esa respuesta e insistí:

—Ese Nilini no me gusta. ¡No es verdad que sea amigo suyo! Ella me miró sorprendida:

—A mí me parece un caballero. También Guido le tiene en gran estima. Me parece, además, que Guido está ahora muy pendiente de sus negocios.

Mi decisión de no hablar mal de Guido era muy firme y me callé. Cuando me quedé solo no pensé en Guido, sino en mí mismo. Tal vez era mejor que Ada se me presentara ahora como una hermana y nada más. No pretendía amor ni amenazaba con él. Durante varios días recorrí la ciudad inquieto y alterado. No conseguía entender mis propios sentimientos. ¿Por qué me sentía como si Carla me hubiera dejado en ese instante? Nada nuevo me había acontecido. Sinceramente, creo que he necesitado siempre tener una aventura o alguna otra complicación que se le parezca. Mis relaciones con Ada no eran ya mínimamente complicadas. Un

día Nilini, desde su sillón, lanzó uno de sus sermones, más alarmante de lo habitual: un nubarrón avanzaba por el horizonte, nada más y nada menos que el encarecimiento del dinero. ¡La Bolsa, de repente, estaba saturada y no podía absorber nada más!

—¡Echémosle sodio! —propuse.

Mi interrupción no le hizo la menor gracia pero, para no tener que enfadarse, la pasó por alto. De repente, en este mundo el dinero se había vuelto muy escaso, y por lo tanto caro. Él estaba muy sorprendido de que tal cosa sucediera ahora, mientras que, según sus previsiones, era algo que tenía que suceder un mes después.

—¡Habrán mandado todo el dinero a la luna! —dije yo.

—Se trata de cosas serias de las que no conviene reírse —afirmó Nilini mirando al techo—. Ahora se verá quién tiene el alma de un auténtico luchador y quién, en cambio, sucumbe al primer golpe.

Así como no llegué a entender de qué manera, en este mundo, podía llegar a escasear el dinero, tampoco pude adivinar que Nilini ponía a Guido entre los luchadores cuyo valor había que

poner a prueba. Estaba tan acostumbrado a defenderme de sus sermones con la falta de atención, que también este último sermón que le llegué a oír resbaló sobre mí sin dejar ninguna señal de su paso.

Pocos días después, sin embargo, la conversación de Nilini adquirió un carácter muy diferente. Un nuevo hecho se había producido. Nilini había descubierto que Guido había utilizado los servicios de otro agente de cambio. Empezó a

protestar, en tono excitado, que él no había cometido ninguna falta con relación a

Guido, ni siquiera de la más discreta de las maneras. Quería que yo le prestara mi testimonio de la verdad de esta afirmación. ¿No había él acaso mantenido el secreto de los negocios de Guido incluso conmigo, que él seguía considerando el mejor amigo de Guido? Pero él se había ya desprendido de cualquier reserva y quería gritarme en los oídos que Guido estaba perdiéndolo todo.

En lo referente

a los negocios que se habían hecho por medio de él, Nilini podía asegurar que, con la más leve mejoría, se podría resistir y esperar tiempos mejores. Era algo terrible, sin embargo, que Guido le hubiese engañado ante la primera adversidad.

¡Lo de Ada no era nada en comparación a esto! Los celos de Nilini eran indomables. Yo quería que me diera informaciones concretas y él en cambio se exasperaba cada vez más y seguía hablando de la traición de que había sido víctima.

Por ello, en contra de cualquier otra decisión, siguió manteniendo su discreción en relación con las pérdidas de Guido.

Por la tarde, encontré a Guido en la oficina. Estaba tumbado en nuestro sofá, en un curioso estado intermedio entre la desesperación y el sueño. Le pregunté:

—¿Estás perdiéndolo todo?

Tardó en contestarme. Apartó el brazo con el que se tapaba su deshecho semblante y dijo:

—¿Has visto alguna vez a alguien más desgraciado que yo?

Volvió a cubrirse el rostro con el brazo y cambió de posición poniéndose boca arriba. Cerró los ojos de nuevo y pareció olvidar mi presencia. Yo no pude brindarle ningún consuelo. Realmente me

ofendía que se creyera el hombre más desgraciado del mundo. No es que fuera la suya una exageración, es que era una auténtica patraña. Le hubiera ayudado de haber podido, pero no podía consolarle. En mi opinión, ni siquiera quien es incluso más inocente y

desdichado que Guido merece compasión, porque de lo contrario no habría lugar en nuestra vida para otra cosa que ese sentimiento, lo que resultaría extremadamente tedioso. La ley natural no concede el derecho a la felicidad,

sino que por el contrario prescribe la miseria y el dolor. Cuando algo comestible sale a la luz, de todas partes acuden los parásitos y, si de estos últimos hubiera poca cantidad, rápidamente entonces otros se apresurarían a nacer. Pronto la presa se vuelve escasa e, inmediatamente después, insuficiente, porque la naturaleza no lleva a cabo cálculos, sino que suma experiencias. Cuando ya no es suficiente la presa, los que vivían de ella tienen que reducir su número a cambio de su propia muerte precedida por el dolor, y de esta manera el equilibrio, por un instante, queda restablecido. ¿Por qué lamentarse? Sin embargo todos lo hacen. Los que no han alcanzado a aferrar nada de la presa mueren clamando contra esa injusticia y los que han podido tomar parte en el festín encuentran que bien hubieran podido tener derecho a una porción mayor.



¿Por qué no mueren y viven callados? Resulta simpática, en cambio, la alegría

de quien ha sabido conquistar para sí una parte destacada de la pieza disputada y, confiado, manifiesta su contento al sol, en medio de los aplausos. El único grito que cabe admitir es el del triunfador.

¡Tratándose de Guido, además! Carecía de cualquier cualidad para conquistar o conservar la riqueza. Venía de la mesa de juego y lloraba por lo que había perdido. No se comportaba, por tanto, ni siquiera como un caballero y a mí me producía náuseas. Por este motivo, y sólo por este motivo, en el momento en que Guido hubiera precisado mi afecto, no lo tuvo. Ni siquiera mis repetidos propósitos consiguieron llevarme hasta ese extremo.

Entretanto, la respiración de Guido se iba haciendo cada vez más regular y ruidosa. ¡Se estaba durmiendo! ¡Cuán poco viril resultaba en su desgracia! Le habían robado su presa y cerraba los ojos, tal vez para soñar que la seguía teniendo a pesar de todo, en vez de tenerlos muy bien abiertos para intentar aferrar siquiera una pequeña porción.

Sentí curiosidad por saber si Ada había sido informada de la desgracia que se había producido. Se lo pregunté en voz alta. Se estremeció y necesitó una pausa para habituarse a su infortunio que volvió a ver, de repente, al completo.

—¡No! —murmuró. Después volvió a cerrar los ojos.

Desde luego, todos aquellos que han recibido un duro golpe tienden a quedarse dormidos. El sueño repone las fuerzas. Me quedé aún mirándole, titubeando. Pero ¿cómo podía uno ayudarle si estaba dormido? No era ése el momento indicado para dormirse. Le agarré bruscamente por un hombro y le sacudí:

—¡Guido!

Se había dormido de verdad. Me miró sorprendido, con la mirada aún velada por el sueño, y me preguntó después:

—¿Qué quieres? —Enseguida, enfadado, repitió su pregunta—:  
¿Qué es lo que quieres?

Yo quería ayudarlo, de lo contrario no hubiera tenido siquiera derecho a despertarlo. Me enfadé también yo, a mi vez, y grité que no era ése el momento de dormir porque había que apresurarse a ver de qué manera podía contenerse el alcance del desastre. Había cálculos que hacer y discutir con todos los miembros de nuestra familia y los de la suya en Buenos Aires.

Guido se irguió hasta quedar sentado. Estaba aún algo trastornado por la manera en que le había despertado. Me dijo con amargura:

—Hubiera sido preferible que me dejaras dormir. ¿Quién quieres que me ayude ahora? ¿No te acuerdas de los extremos a que tuve que llegar la vez anterior para obtener ese poco que necesitaba para salvarme? ¡Ahora se trata de cantidades importantes! ¿A quién quieres que me dirija?

Sin ningún afecto y, es más, con la ira de tener que dar y privar al tiempo a mí y a mi familia de lo contenido en mi ofrecimiento, exclamé:

—¿Acaso no estoy yo aquí también? —Después la avaricia me sugirió que atemperara desde ese primer momento mi sacrificio—: ¿No está Ada? ¿No está nuestra suegra? ¿No podemos unirnos para salvarte?

Guido se levantó y se acercó a mí con la evidente intención de abrazarme. Esto

era precisamente lo que quería yo evitar. Dado que le había ofrecido ya mi ayuda, ahora tenía derecho a reprenderle e hice un amplio uso de él. Le reproché su actual debilidad y además la presunción que le había acompañado hasta ese momento y que le había arrastrado a la ruina. Había actuado según su propio criterio sin consultar a nadie. En muchas ocasiones había intentado yo saber cosas de él para contenerle y salvarle y él había rechazado darme cualquier información, reservando toda su confianza sólo para Nilini.

Al oír esto, Guido sonrió, ¡realmente llegó a sonreír, el desdichado! Me dijo que desde hacía quince días no trabajaba ya con Nilini por habersele metido en la cabeza que la cara de este peculiar personaje le traía mala suerte.

Ese sueño caracterizaba a Guido; con esa sonrisa arrastraba con él a todos a la ruina sin modificar su expresión en lo más mínimo. Tomé la actitud de un severo juez porque para salvar a Guido antes había que educarle. Quise saber a cuánto ascendían sus pérdidas y me enfadé cuando me dijo que no lo sabía con exactitud. Me enfadé de nuevo cuando mencionó una cantidad relativamente pequeña que resultó representar después el importe que había que pagar por la liquidación del quince del mes, de la que nos separaban dos días. Guido aseguraba que hasta fin de mes había tiempo y que las cosas podían cambiar. La escasez de dinero en el mercado no duraría eternamente.

Grité:

—Si falta el dinero en este mundo, ¿quieres que te caiga acaso del cielo? — Añadí que él no debía jugar ni siquiera un día más. No se podía correr el riesgo de ver que aumentaran unas pérdidas que eran ya enormes. Dije que las pérdidas se dividirían en cuatro partes de las que responderíamos yo mismo, él (es decir, su padre), la señora Malfenti y Ada; que era preciso que reanudáramos la actividad de nuestra empresa sin correr riesgos y que no quería volver a ver en nuestra oficina ni a Nilini ni a ningún otro agente de cambio.

Él, de la manera más dócil, me rogó que no gritara tanto, porque los vecinos podrían oírnos.

Realicé un gran esfuerzo para conseguir calmarme y lo conseguí a condición de poder dedicarle en voz baja nuevas insolencias. Sus pérdidas eran la consecuencia de lo que bien podía considerarse como un crimen. Había que ser bruto para llegar a ponerse en semejante situación. Me parecía que era realmente necesario que él llegara a sufrir la lección completa. Llegados a este extremo, Guido dejó oír una suave protesta.

¿Quién no había jugado alguna vez a la Bolsa? Nuestro suegro, que había sido un comerciante tan sólido, no había dejado de hacerlo ninguno de los días de su vida, y además —Guido lo sabía—, yo también había jugado.

Protesté señalando que entre los juegos que él mencionaba había alguna diferencia. Él había arriesgado en la Bolsa todo su patrimonio y yo las rentas de un mes.

Me produjo una triste impresión que Guido intentara, de la más infantil de las maneras, librarse de su responsabilidad. Él aseguró

que Nilini le había convencido para que jugase más de lo que él quería jugar, bajo la falsa promesa de estarle guiando hacia la obtención de una gran fortuna.

Yo me reí y me burlé de él. No había ningún motivo para denigrar a Nilini porque éste se había limitado a hacer lo que más le convenía. Por otra parte, tras haber dejado el asesoramiento de Nilini, ¿no se había él apresurado a aumentar

la cuantía de sus apuestas por medio de otro agente? Habría llegado a jactarse de su nueva relación comercial si con ella se hubiera dedicado a jugar a la baja sin que Nilini lo supiera. Para poner remedio a la situación, no podía desde luego bastar el cambiar de representante y seguir por el mismo camino, perseguido por la misma mala suerte. Él quiso por fin convencerme para que le dejara en paz y, con un sollozo en la garganta, reconoció que se había equivocado.

Interrumpí mi reprimenda. En ese momento me inspiraba una gran compasión y le hubiera hasta abrazado de haberlo él querido. Le dije que pensaba ocuparme enseguida del dinero que yo tenía que aportar y que me ocuparía también de hablar con nuestra suegra. Él, en cambio, tenía que encargarse de Ada.

Mi compasión aumentó cuando Guido me confió que prefería ser él quien hablase con nuestra suegra, y no yo, pero que, en cambio, la perspectiva de tener que hablar con Ada le angustiaba.

—¡Ya sabes cómo son las mujeres! ¡O no entienden nada de negocios o entienden sólo de los que acaban bien!

No tenía la menor intención de hablar con Ada del asunto y rogaría a la señora

Malfenti que fuera ella quien informase de todo a su hija.

Esta decisión le produjo un gran alivio y salimos juntos. Le veía caminar junto a mí con la cabeza baja y me arrepentía de haberle tratado de manera tan dura. Pero ¿cómo actuar de otra manera si le quería? ¡Guido tenía que cambiar de conducta, si no quería tener que enfrentarse a su completa ruina! ¡Cómo debían de ser sus relaciones con su mujer para tener tanto miedo de hablar con ella!

Entretanto él descubrió una nueva manera de provocar mi enojo.



Mientras caminábamos se le había ocurrido una forma de perfeccionar el plan que tanto le había complacido. No sólo no tendría que hablar con su mujer, sino que evitaría tener que verla esa noche, yéndose de caza en ese mismo instante. Tras tomar esa decisión, se vio libre de cualquier preocupación. Parecía como si la perspectiva de poder irse a estar al aire libre, lejos de cualquier preocupación, le hubiera bastado para sentirse ya en esa feliz situación, gozándola plenamente.

¡Yo estaba indignado! Estaba claro que, con esa misma expresión, hubiera podido regresar a la Bolsa para reanudar el juego en el que poder arriesgar la fortuna de su familia y también la de la mía.

Me dijo:

—Quiero concederme a mí mismo esta última distracción y te invito a venir conmigo con la única condición de que te comprometas a no recordarme con una sola palabra los acontecimientos de este día.

Hasta ese momento había hablado con una sonrisa. Al ver la seriedad de mi cara, también su expresión se tornó seria. Añadió:

—Tú también puedes ver que necesito un descanso tras el golpe que he recibido;

me resultará así más sencillo volver a ocupar mi puesto en la lucha.

Su voz estaba velada por una emoción de cuya sinceridad no pude dudar. Supe, por tanto, contener mi desdén o manifestarlo sólo a través del rechazo a su invitación, diciéndole que tenía que quedarme en la ciudad para conseguir el dinero que necesitábamos. ¡En sí, esto era ya un reproche! Yo, que era inocente, permanecía en mi sitio, mientras que él, el culpable, podía ir a divertirse.

Habíamos llegado a la puerta de la casa de la señora Malfenti. Guido no había recuperado su aspecto de alegría por esas horas de diversión que le esperaban, y mientras permaneció a mi lado mantuvo, estereotipada en su cara, la expresión de dolor que yo le había llamado a volver a adoptar. Antes de dejarme encontró la manera de desahogarse con una gran manifestación de independencia y —así me lo

pareció— de rencor. Me dijo que le sorprendía, en gran manera, descubrir

en mí a un amigo tan entregado. Vacilaba ante la idea de aceptar el sacrificio que quería ofrecerle y tenía mucho interés en que yo supiera que no me consideraba comprometido de manera alguna y que era libre por tanto de prestar o no prestar mi ayuda.

Estoy seguro de que me sonrojé. Para superar esa incomodidad le dije:

—¿Por qué quieres que desee retirar mi oferta cuando hace pocos minutos, sin que tú me hayas pedido nada, me he ofrecido a ayudarte?

Me miró algo sorprendido y dijo a continuación:

—Dado que lo deseas, acepto sin más y te lo agradezco. Pero estableceremos un contrato de sociedad completamente nuevo, para que cada uno tenga lo que le corresponde. Es más, si llegara a haber trabajo y tú quisieras continuar ocupándote de él, tendrías que recibir un salario. Nuestra nueva sociedad se asentará sobre bases muy diferentes. Así, nunca tendremos que temer más daños

por haber ocultado las pérdidas de nuestro primer año de ejercicio.

Repliqué:

—Nuestras pérdidas no tienen ya importancia y no debes pensar más en ellas. Intenta ahora poner de nuestra parte a nuestra suegra. Esto es lo único que interesa por el momento.

Así fue como nos separamos. Creo que llegué a sonreír por la ingenuidad con que Guido manifestaba sus más íntimos sentimientos. Él me había dirigido esas largas consideraciones sólo para poder aceptar mi ayuda sin tener que manifestar su gratitud, pero yo no pretendía nada. Me bastaba sencillamente con saber que

él me debía ese agradecimiento.

Por lo demás, al separarme de él yo también me quedé aliviado, como si hubiera logrado salir al aire libre. Sentía realmente la libertad de que me había visto privado por mi decisión de educarlo y volver a llevarle al buen camino. En el fondo, el pedagogo está más atado que su alumno. Estaba completamente

decidido a concederle el dinero prometido. Naturalmente no sé decir si lo hacía

por el afecto hacia él o hacia Ada o, tal vez, para librarme de esa pequeña parte de responsabilidad que podía corresponderme por haber trabajado en su oficina. En definitiva, había decidido sacrificar una parte de mi patrimonio y aún hoy contemplo ese día de mi vida con gran satisfacción. Ese dinero salvaba a Guido y me garantizaba a mí una gran tranquilidad de conciencia.

Caminé hasta el final de la tarde en medio de esa gran tranquilidad mía y así fue como perdí el tiempo necesario para localizar en la Bolsa a Olivi, a quien tenía que dirigirme para que me consiguiera una suma tan elevada de dinero. Pensé después que el asunto no era tan urgente. Tenía mucho dinero a mi disposición y esa cantidad bastaba, de momento, para cubrir mi participación en el arreglo conjunto a fin de cubrir el pago del día quince de ese mes.

Para el final del mismo mes, ya habría tiempo de tomar las medidas necesarias. Durante toda la velada no volví a pensar en Guido. Más tarde, es decir, cuando

los niños estuvieron acostados, estuve en diferentes ocasiones a punto de

contarle a Augusta todo lo relativo al desastre financiero de Guido y al perjuicio que todo ello podía causarme, pero después no quise verme envuelto en alguna discusión y pensé que era mejor esperar, para convencer a Augusta cuando se decidiera la solución al problema con el acuerdo de todos. Además, mientras Guido se divertía, hubiera tenido gracia que fuera yo el único que tuviera que fastidiarse. Dormí perfectamente y por la mañana, con no demasiado dinero en el bolsillo, justo el contenido del viejo sobre que Carla no había querido coger y que, hasta entonces, había conservado religiosamente para la misma Carla o para alguna sucesora suya, y alguna otra cantidad de dinero que había podido retirar

de un banco, me encaminé a la oficina. Pasé toda la mañana leyendo periódicos, entre Carmen que se dedicaba a coser y Luciano que ejercitaba sus habilidades sumando y multiplicando números.

Cuando volví a casa a la hora de la comida, encontré a Augusta perpleja y abatida. Su cara estaba cubierta por esa palidez que sólo aparecía como síntoma de los sufrimientos que yo le causaba. Suavemente me dijo:

—Me he enterado de que has decidido sacrificar una parte de tu patrimonio para salvar a Guido. Sé que no tenía derecho a esperar que me informaras.

Tan dudosa de su derecho se sentía que titubeó. Después reanudó su reprimenda relativa a mi silencio:

—Pero es verdad que yo no soy como Ada, porque no me he opuesto nunca a tu voluntad.

Me costó algún tiempo enterarme de lo que había ocurrido. Augusta había ido a casa de Ada en el momento en que su madre y ella discutían la situación de Guido. Al verla, Ada se había abandonado a una crisis de llanto y le había hablado de mi generosidad, algo que ella no podía, de ninguna manera, aceptar. Es más, había rogado a Augusta que me instara a desistir de mi ofrecimiento.

Me di cuenta enseguida de que Augusta padecía de nuevo los efectos de su vieja enfermedad, los celos hacia su hermana, pero no le concedí importancia. Me sorprendía la actitud que había tomado Ada:

—¿Te pareció que estaba resentida? —pregunté abriendo mucho los ojos por la sorpresa.

—¡No! ¡No! ¡No estaba ofendida! —gritó la sincera Augusta—. Me besó y me abrazó... para que te abrace a ti, tal vez.

Parecía una manera de expresarse muy cómica. Me miraba estudiándome, llena de desconfianza.

Protesté:

—¿Crees que Ada está enamorada de mí? ¿Qué ideas se te ocurren?

Pero no conseguí calmar a Augusta, cuyos celos me producían un horrible malestar. Es verdad que, a esa hora, Guido no se estaba divirtiendo ya y seguramente estaba pasando, en cambio, unos terribles momentos con su suegra y su mujer, pero también yo estaba muy fastidiado y me parecía que estaba sufriendo demasiado, teniendo en cuenta que era completamente inocente.



Intenté calmar a Augusta dedicándole algunas caricias. Ella apartó su cara de la mía para verme mejor y me dirigió dulcemente un suave reproche que me conmovió mucho:

—Sé que también me quieres a mí —me dijo.

Evidentemente, el estado de ánimo de Ada no tenía ninguna importancia para ella y era, en cambio, el mío el que le interesaba, y me vino una inspiración para poder probarle mi inocencia:

—¿Está entonces Ada enamorada de mí? —dije riendo. Después, tras separarme de Augusta para que me viera mejor, inflé un poco mis mejillas y abrí de una manera poco natural mis ojos para parecerme a la actual Ada enferma. Augusta me miró sorprendida, pero adivinó al instante mis intenciones. La sacudió de repente un estallido de hilaridad del que enseguida se avergonzó.

—¡No! —me dijo—. Te ruego que no te burles de ella.

Confesó después, sin dejar de reírse, que había logrado yo imitar con toda precisión esas protuberancias que conferían al rostro de Ada un aspecto tan sorprendente. Yo lo sabía porque, al imitarla, había tenido la impresión de estar abrazándola. Cuando me quedé solo, volví a llevar a cabo ese esfuerzo en diferentes ocasiones, con deseo y rechazo a la vez.

Por la tarde fui a la oficina con la esperanza de hallar a Guido allí. Le esperé algún rato y decidí después ir a su casa, pues, de alguna manera, tenía yo que saber si era preciso pedir dinero a Olivi. Tenía que cumplir mi deber por más que me molestara volver a ver a Ada una vez más alterada por su agradecimiento hacia mí. ¡A saber cuántas sorpresas me podía aún deparar esa mujer!

En las escaleras de la casa de Guido me encontré con la señora Malfenti que las subía con dificultad. Me contó, con todo lujo de detalles, todas las decisiones que se habían tomado hasta entonces en relación con el asunto de Guido. La noche anterior se habían despedido con un acuerdo casi general en lo relativo al convencimiento de que había que salvar a ese hombre que tenía una desastrosa mala suerte. Por la mañana, Ada había sabido que yo tenía que colaborar en cubrir las pérdidas de Guido y había,

decididamente, rechazado aceptarlo. La señora Malfenti la justificaba:

—¿Qué quieres? No quiere cargar con el remordimiento de haber sido la causa de que su hermana preferida pueda resultar perjudicada.

En el rellano, la mujer se detuvo para recobrar la respiración y seguir hablando, y me dijo, riendo, que el asunto se resolvería sin que nadie se viera perjudicado. A primera hora, Ada, Guido y ella misma habían acudido para solicitar consejo a la consulta de un abogado, antiguo amigo de la familia y tutor ahora también de la pequeña Anna. El abogado había dicho que no había que pagar porque la ley no obligaba a hacerlo. Guido se había opuesto ardientemente a este consejo

invocando conceptos como el honor y el deber, pero sin duda, una vez que todos, con inclusión de Ada, habían decidido no pagar, también él tendría que resignarse a aceptar tal decisión.

—Pero ¿se verá declarada su empresa en bancarrota? —dije yo lleno de asombro.

—¡Probablemente! —contestó la señora Malfenti con un suspiro antes de emprender la subida del último tramo de las escaleras.

Guido tenía la costumbre de descansar después de comer y por este motivo fue sólo Ada quien nos recibió en ese pequeño salón que yo conocía tan bien. Al verme se mostró confusa por un instante, un único instante, que yo, en cambio, capté y entendí, claro y evidente, como si su confusión me hubiera sido revelada. Después hizo un esfuerzo y me tendió la mano con un movimiento decidido,

viril, destinado a borrar la femenina vacilación que había precedido al gesto. Me dijo:

—Augusta te habrá dicho cuán agradecida te estoy. No podría ahora decirte lo que siento porque me hallo confusa. Estoy enferma, además. Sí, ¡muy enferma!

¡Necesitaría volver ahora al sanatorio de Bolonia! Un sollozo interrumpió sus palabras:

—Te pido ahora un favor. Te ruego que le digas a Guido que tú no estás en condiciones de prestarle ese dinero. Así será más sencillo conseguir que haga lo que debe.

Antes había dejado escapar un sollozo al pensar en su enfermedad; ahora, volvió a sollozar antes de seguir hablando de su marido:

—Es como un niño y como tal hay que tratarle. Si llega a saber que tú consientes en darle ese dinero, se obstinará aún más en la idea de sacrificar el resto de la cantidad que quiere pagar para nada. Para nada, porque ahora sabemos con total certeza que quebrar en Bolsa está permitido. Lo ha dicho el abogado.

Me comunicaba su opinión antes de preguntarme la mía. Como alguien que acudía a la Bolsa desde antiguo, mi opinión, incluso al lado de la del abogado, hubiera podido tener algún peso, pero no llegué a acordarme de ninguna opinión

por mi parte, si es que disponía de alguna. Me acordé, en cambio, de que se me ponía en una difícil situación. No podía echarme atrás en el compromiso adquirido con Guido. A cambio de ese compromiso, yo me había creído autorizado a gritar en sus oídos un montón de insolencias, embolsándome de esa manera una especie de interés sobre un capital que no podía ahora negarle.

—¡Ada! —dije vacilante—. No creo que pueda negarme a cumplir lo prometido así, de un día para otro. ¿No sería mejor que tú convencieras a Guido para que actuara según tus deseos?

La señora Malfenti, con la gran simpatía que siempre demostraba hacia mí, dijo que entendía muy bien lo delicado de mi posición y que, por otro lado, cuando Guido se viera en disposición de sólo una cuarta parte del importe que precisaba, tendría que plegarse, incluso con mi dinero, a la voluntad de los demás.

Pero Ada no había dado fin a sus lágrimas. Llorando, con la cara oculta en su pañuelo, dijo:

—¡Ha estado mal, muy mal por tu parte hacer esa oferta tan extraordinaria!

¡Ahora se ve cuánto daño ha causado!

Me parecía que estaba dudosa entre demostrar una gran gratitud o un gran rencor. Después añadió que no quería que volviera a hablarse de esa oferta y me rogaba que no entregara ese dinero, algo que ella me impediría hacer al tiempo que obligaría a Guido a no aceptarlo.

Me sentía tan incómodo que acabé por decir una gran mentira. Es decir, le dije que yo había hecho ya que librarán ese dinero e indiqué mi bolsillo, en la parte delantera de la chaqueta, donde seguía ese sobre tan ligero que solía llevar. Ada me miró esta vez con una expresión de auténtica admiración, algo que tal vez me habría complacido si no hubiera sabido que no me lo merecía. De cualquier manera, fue precisamente esta mentira mía, a la que no sé dar otra explicación que una extraña tendencia por mi parte a mostrarme ante Augusta mayor y más solvente de lo que soy, lo que me impidió esperar a Guido, haciendo que me sintiera como expulsado de esa casa. Hubiera podido darse el caso de que, en un determinado momento, de manera contraria a lo que parecía estar sucediendo, se me pidiera hacer entrega del dinero que yo afirmaba llevar encima y, en ese caso,

¿qué papel hubiera hecho? Alegué asuntos urgentes que resolver en la oficina y me marché corriendo.

Ada me acompañó a la puerta y me aseguró que ella se encargaría de hacer que Guido fuera a verme para agradecerme mi bondad y rechazarla. Hizo esta declaración con tal resolución que yo me estremecí. Me pareció que ese firme propósito me atacaba en parte también a mí. ¡No! En ese momento ella no me amaba. Mi gesto de bondad era demasiado grande. Aplastaba a la gente sobre la que se abatía y no tenía nada de sorprendente el

que los receptores de su benéfico efecto se quejaron. Yendo a la oficina intenté librarme del malestar que me había producido la actitud de Ada, al señalar que yo ofrecía ese sacrificio a Guido y a nadie más. ¿Qué tenía Ada que ver? Me prometí hacérselo saber a la propia Ada en la primera ocasión.

Fui a la oficina precisamente para no quedarme con el remordimiento de haber mentido otra vez. Nada había allí que esperara mi urgente presencia. Desde por la mañana caía una lluvia fina y persistente que había refrescado considerablemente el aire de esa incierta primavera. No tenía más que dar un salto para verme en casa, mientras que para ir a la oficina tenía que recorrer una calle mucho más larga, algo que resultaba bastante molesto. Me parecía, sin embargo, que tenía que hacer frente a un compromiso.

Poco después llegó también Guido a la oficina. Alejó de allí a Luciano para quedarse solo conmigo. Tenía ese aspecto alterado que le servía de ayuda en sus peleas con su mujer y que yo tan bien conocía. Debía de haber llorado y gritado.

Me preguntó cuál era mi opinión con relación a los planes de su mujer y de nuestra suegra que él sabía me habían sido ya



comunicados. Me mostré dubitativo. No quería expresar mi opinión, que no podía ser la misma que la de las dos mujeres, sabiendo, además, que si hubiera adoptado el punto de vista de estas últimas habría provocado nuevas escenas por parte de Guido. Me desagradaba mucho además hacer que mi ayuda pareciera vacilante y, para finalizar, existía el acuerdo establecido con Ada de que la decisión debía proceder de Guido y no de mí. Le dije que había que calibrar, ver, escuchar a otras personas, yo no era un hombre de negocios tan experimentado como para poder ofrecer un consejo en un asunto tan importante. Para ganar más tiempo, le pregunté si quería que consultara con Olivi.

Esto último bastó para que gritara:

—¡Ese imbécil! —bramó—. Te lo ruego, ¡consigue que se mantenga al margen!

No estaba en lo más mínimo dispuesto a llevar a cabo una enfervorizada defensa de Olivi, pero mi calma no bastó para devolver a Guido su serenidad. Estábamos en la misma situación que el día anterior, pero ahora era él quien gritaba y a mí me tocaba callar. Es cuestión de disposición. Me embargaba una tan incómoda sensación que me veía hasta imposibilitado de mover mis miembros.

Él quiso, sin embargo, que yo expresara mi opinión. Gracias a una inspiración que considero de origen divino conseguí hablar muy bien, tan bien que si mis palabras hubieran alcanzado a tener algún efecto, se hubiera podido evitar la catástrofe que siguió después. Le dije que, de momento, yo habría dividido las dos cuestiones, la de la liquidación del día quince y la del final del mes. En realidad, el quince no había que pagar un importe demasiado elevado y había mientras que convencer a las dos mujeres de que aceptasen esa pérdida no muy considerable. Después tendríamos todo el tiempo necesario para hacernos sabiamente cargo de la otra liquidación.

Guido me interrumpió para preguntarme:

—Ada me ha dicho que tú dispones ya del dinero que constituye tu parte. ¿Lo tienes aquí?

Me sonrojé, pero enseguida encontré otra mentira que me salvó:

—Dado que en tu casa no quisieron aceptar ese dinero, lo he ingresado en el banco hace poco. Pero podemos volver a recuperarlo cuando queramos, mañana por la mañana incluso.

Entonces Guido me reprochó el haber cambiado de opinión. ¡Si había sido yo precisamente quien el día anterior había declarado que no quería esperar a la siguiente liquidación para poner todo en regla! Aquí tuvo Guido un estallido de violenta ira que acabó por arrojarle, sin fuerzas, sobre el sofá. Iba a echar de la oficina a Nilini y a los otros agentes que le habían arrastrado al juego. ¡Oh! Al jugar, él había llegado a entrever la posibilidad de la ruina, pero nunca había imaginado tener que estar sometido a mujeres que no entendían nada de nada.

Fui a estrecharle la mano y, si me lo hubiese permitido, le habría abrazado. Lo único que quería era verle llegar a esa decisión. ¡Abandonar el juego y aplicarse al trabajo cotidiano!

Esto es lo que hubiera supuesto un porvenir para nosotros y la independencia para él.

Ahora, se trataba de dejar transcurrir ese breve y duro período, pero después todo resultaría fácil y sencillo.

Abatido, pero más tranquilo, Guido me dejó poco después.

También él, con toda su debilidad, se sentía invadido por una segura decisión.

—¡Vuelvo al lado de Ada! —murmuró, y dibujó una sonrisa amarga, pero firme. Le acompañé a la puerta y le hubiera acompañado hasta su casa de no haber

tenido él un coche que le esperaba.

La Némesis perseguía a Guido. Media hora después de despedirme de él, pensé que hubiera sido más prudente por mi parte acompañarle hasta su casa para ayudarlo.

No es que sospechara que le amenazase algún peligro, pero para entonces estaba enteramente de su parte y hubiera podido contribuir a convencer a Ada y la señora Malfenti para que le ayudaran. La quiebra en la Bolsa no era algo que me gustara y, en su conjunto, las pérdidas divididas entre nosotros cuatro, aun no siendo pequeñas, no representaban la ruina para ninguno de nosotros.

Recordé después que mi mayor deber ahora consistía no en ayudar a Guido sino en hacer que al día siguiente pudiera él encontrar disponible el importe que le había prometido. Fui enseguida a buscar a Olivi y me preparé para una nueva batalla. Había ideado un sistema para reembolsar en mi empresa ese gran importe en varios años, ingresando sin embargo en el plazo de pocos meses todo lo que aún quedaba de la herencia de mi madre. Esperaba que Olivi no pusiera dificultades, porque hasta entonces nunca le había pedido nada más que lo que me correspondía en calidad de beneficios e intereses y podía incluso prometer no volver a inquietarle en lo sucesivo con peticiones como ésa. Era evidente que podía esperar por parte de Guido recuperar al menos algo de ese importe.

Esa tarde no pude encontrar a Olivi. Acababa de salir de la oficina cuando entré yo. Suponían que había ido a la Bolsa. Tampoco allí pude encontrarle y me dirigí entonces a su casa, donde me informaron de que se encontraba en una sesión de una asociación económica en la que ocupaba un cargo honorífico. Hubiera

podido ir a buscarle allí, pero se había hecho de noche, y caía sin cesar una lluvia abundante que convertía las calles en un sinfín de arroyos.

Fue un diluvio que duró toda la noche y que se recordó durante muchos años. La lluvia caía muy tranquila, perpendicular incluso, siempre con la misma abundancia. Desde los terrenos elevados que rodean la ciudad bajó lodo que, asociado a los desechos de nuestra vida ciudadana, corrió tapando nuestros escasos canales. Cuando me decidí a volver a casa, tras haber esperado inútilmente en un refugio a que cesara la lluvia, y cuando tuve clara la impresión de que el tiempo iba a estabilizarse en esa lluvia continua y era inútil esperar un cambio, el agua cubría abundantemente las aceras. Corrí a casa maldiciendo y calado hasta los huesos. Lanzaba imprecaciones también porque había perdido una considerable cantidad de tiempo útil en la infructuosa tarea de intentar encontrar a Olivi. Puede ser que el tiempo no sea, después de todo, tan valioso, pero lo cierto es que yo sufro terriblemente cuando compruebo que me he esforzado en vano. Mientras corría, pensaba: «Dejemos todo para mañana, cuando el tiempo aclare y no llueva. Mañana iré a ver a Olivi e iré a buscar a Guido. Puede que me levante temprano, pero el tiempo será claro y seco». Tan convencido estaba de lo acertado de mi resolución que le dije a Augusta que todos habíamos decidido aplazar cualquier decisión hasta el día siguiente. Me cambié, me afeité y,

con unas cómodas y abrigadas zapatillas en mis torturados pies, primero cené y me acosté después para dormir profundamente hasta la mañana, mientras que, contra los cristales de mi ventana, golpeaba la lluvia como una cortina de espesas cuerdas.

Así fue como llegué a enterarme de los acontecimientos de esa noche demasiado tarde. Lo primero que supimos es que la lluvia había acabado por provocar inundaciones en diferentes puntos de la ciudad; después, nos enteramos de que Guido había muerto.

Mucho más tarde llegué a saber de qué manera llegó a suceder algo así. Casi a las once de la noche, cuando la señora Malfenti se marchó, Guido informó a su mujer de que había ingerido una enorme cantidad de veronal. Quiso convencerla de que estaba condenado. La abrazó, la besó, le pidió perdón por haberla hecho sufrir. Después, aún antes de que sus palabras pasaran a ser sólo un balbuceo, le aseguró que ella había sido el único amor de su vida. Ella, hasta ese momento,

no dio crédito ni a esa afirmación ni al hecho de que él hubiera podido tragar tanto veneno como para poder llegar a morir. No creyó tampoco que él se hubiera desvanecido, sino que pensó que fingía para obtener de ella nuevas entregas de dinero.

Después, casi una hora más tarde, viendo que su marido dormía cada vez más

profundamente, sintió un cierto temor y escribió una nota a un médico que residía no lejos de su casa. En aquella nota explicaba que Guido precisaba una urgente medida para contrarrestar la gran cantidad de veronal que había ingerido.

No había habido hasta entonces en esa casa ninguna emoción que hubiese podido advertir a la criada, una anciana mujer que residía en la casa desde hacía poco tiempo, de la gravedad de su misión.

La lluvia hizo el resto. La criada se encontró con el agua que llegaba hasta media pierna y perdió la nota. Se dio cuenta de que tal cosa había sucedido sólo cuando se encontró ante el doctor. Acertó a decirle, en cambio, que la situación era urgente y consiguió que la siguiera hasta la casa de Guido.

El doctor Mali era un hombre de cerca de cincuenta años que, lejos de ser genial, era, sin embargo, un médico práctico que siempre había llevado a cabo su deber como mejor había podido. No



disponía de una gran clientela, pero tenía en cambio mucho trabajo a cuenta de una sociedad con numerosos miembros, que le pagaban de manera poco espléndida. Acababa de volver a su casa y había conseguido en ese momento por fin secarse y calentarse cerca de la chimenea. Es fácil imaginar con qué ánimo debió de abandonar entonces su cálido rincón. Cuando me puse a indagar mejor las causas de la muerte de mi pobre amigo, me tomé la molestia de conocer al doctor Mali. Esto es lo único que supo decirme: cuando llegó a la calle y sintió cómo la lluvia le calaba a través del paraguas, se arrepintió de haber estudiado medicina en vez de agricultura, al recordar que los campesinos, cuando llueve, se quedan en casa.

Al llegar junto al lecho de Guido, encontró a Ada completamente tranquila. Ahora que junto a sí estaba el doctor, recordaba mejor de qué manera Guido le había jugado la misma pasada meses antes simulando un suicidio. No era ya a ella a quien correspondía asumir ninguna responsabilidad sino al doctor, que tenía que recibir todas las informaciones, incluso las relacionadas con la anterior simulación de suicidio. Y todas estas explicaciones el doctor las recibió al

tiempo que sus oídos prestaban atención a las olas de lluvia que barrían la calle. Dado que no se le había avisado de que se le

llamaba para tratar un caso de envenenamiento, carecía de cualquier material necesario al caso. Deploró este hecho balbuciendo algunas palabras que Ada no llegó a entender. Lo peor era que, para llevar a cabo un lavado de estómago, el doctor no hubiera podido encargarse a alguien que le trajera lo necesario, sino que habría tenido que ir a buscarlo él mismo atravesando dos veces las calles inundadas. Tomó el pulso a

Guido y le pareció en perfectas condiciones. Preguntó a Ada si tal vez Guido no había tenido siempre un sueño muy profundo. Ada contestó que así era, pero nunca tanto. El doctor examinó los ojos de Guido: ¡reaccionaban a la luz perfectamente! Se marchó recomendando que le suministraran de vez en cuando cucharaditas de café negro muy fuerte.

Me contaron también que, al llegar a la calle, murmuró con rabia:

—¡No debería estar permitido un suicidio con semejante tiempo!

Yo, cuando le conocí, no me atreví a hacerle algún reproche por su negligencia, pero él adivinó mi pensamiento y se defendió. Me dijo que se había quedado muy asombrado al saber por la mañana que Guido había muerto, tanto que llegó a sospechar que éste se

había despertado y había ingerido más veronal. Añadió después que los profanos del saber médico no podían imaginar de qué manera, en el curso de su práctica profesional, un doctor se veía obligado a defender su vida contra los clientes que atentaban contra ella, no pensando en nada más que en sí mismos.

Poco después de una hora, tras la marcha del doctor, Ada se cansó de introducir entre los dientes de Guido la cucharita de café, y viendo que él conseguía sorber cada vez menos líquido y que el resto mojaba la almohada, volvió a asustarse y rogó a la criada que fuera a buscar al doctor Paoli. En esta ocasión la criada tuvo en cuenta la nota que le fue entregada, pero empleó más de una hora en llegar a la residencia del doctor. Es natural que, cuando llueve de la manera en que esa noche llovía, a uno le asalte la necesidad de vez en cuando de pararse bajo algún pórtico. Una lluvia como ésa no sólo cala, sino que golpea.

El doctor Paoli no estaba en casa. Un cliente le había llamado poco antes y se había marchado diciendo que esperaba regresar pronto, pero parece ser que después prefirió esperar en casa del paciente a que cesase la lluvia. Su criada, una persona excelente, de cierta edad, hizo que la criada de Ada se sentara junto al fuego y se ocupó de atenderla. El doctor no había dejado la dirección de

su cliente y así las dos mujeres pasaron varias horas juntas, frente al fuego. El doctor regresó cuando cesó la lluvia. Cuando después llegó a casa de Ada con todos los instrumentos que ya había utilizado en otra ocasión con Guido, estaba

amaneciendo. Junto a ese lecho era ya sólo una la tarea que le esperaba: ocultar a

Ada que Guido estaba muerto y hacer que viniera la señora Malfenti antes de que Ada lo advirtiera, para que pudiera asistirle en su dolor más inmediato.

Por este motivo la noticia nos llegó a nosotros muy tarde e imprecisa.

Al levantarme tuve por última vez un arranque de ira contra el pobre Guido:

¡complicaba todas las desgracias con sus comedias! Salí de casa sin Augusta, que no podía dejar al niño solo. Fuera me asaltó una duda que hizo que me detuviera. ¿No era mejor esperar a que abrieran los bancos y Olivi llegara a su oficina para aparecer luego ante Guido con el dinero que le había prometido?

¡Tan poca fe prestaba yo a la noticia de la gravedad de las condiciones en que

Guido estaba, a pesar de que me habían sido comunicadas!

Fue el doctor Paoli quien me refirió la verdad cuando me topé con él en las escaleras. Me causó una tan fuerte impresión que a punto estuve de caerme. Guido, desde que vivía yo en estrecha relación con él, se había convertido para mí en un personaje de gran importancia. Mientras estuvo vivo le veía bajo una cierta luz que formaba parte de cada una de mis jornadas. Al morir, esa luz se modificaba como si hubiera pasado de repente a través de un prisma. Era precisamente esto lo que conseguía deslumbrarme. Él había cometido errores, pero yo enseguida vi que, al morir, no quedaba ya nada de esas equivocaciones. En mi opinión, no era más que un imbécil el gracioso ese que, en un cementerio lleno de epígrafes laudatorios, había preguntado dónde sepultaban a los pecadores muertos en esa ciudad. Los muertos nunca han sido pecadores. ¡Guido era ya un alma pura! La muerte le había purificado.

El doctor estaba conmovido por haber asistido al dolor de Ada. Algo me contó de la horrible noche que ella había pasado. A estas alturas habían ya logrado persuadirla de que la cantidad de veneno que Guido había ingerido había sido tan alta que ninguna ayuda hubiera podido resultar útil. ¡De ninguna manera debía ella saber la verdad!

—La verdad —añadió el doctor con desconsuelo— es que si hubiera llegado algunas horas antes habría podido salvarle. He encontrado los frascos vacíos del veneno.

Los examiné. Una dosis fuerte, pero sólo algo más que en la vez anterior. Me enseñó algunas ampollas sobre las que aparecía impreso: Veronal. No se trataba por tanto de veronal al sodio. Como nadie, podía yo ahora estar seguro de que Guido no había tenido la intención de morir. Sin embargo, nunca se lo dije a nadie. Paoli me dejó tras haberme dicho que no intentase ver a Ada por el momento. Le había administrado unos fuertes calmantes y no dudaba de que, en un breve plazo, surtirían efecto.

En el pasillo, oí su llanto apagado procedente de esa pequeña estancia en donde dos veces me había recibido. Se distinguían palabras aisladas que no lograba entender, pero que sonaban llenas de dolor. Percibí la palabra «él» varias veces repetida y pude imaginar lo que ella estaba diciendo. Estaba llevando a cabo la reconstrucción de su relación con el desdichado difunto y seguro que no se parecía en nada a la que realmente había tenido con él vivo. Resultaba evidente para mí que Ada se había equivocado con su marido vivo. Él había muerto a causa de un delito cometido

por todos juntos porque había jugado a la Bolsa con el consentimiento de todos ellos. Cuando había llegado el momento de pagar le habían dejado solo y él se había apresurado a cumplir con el pago. Yo, el único de sus familiares, que en realidad tenía poco que ver con el asunto, era también el único que había sentido el deber de ayudarlo.

En la alcoba matrimonial, el pobre Guido yacía abandonado, cubierto con una sábana. La rigidez ya avanzada expresaba, en este caso, no una fuerza sino una gran sorpresa por haber llegado a morir sin haberlo deseado. En su moreno y bello semblante estaba impreso un reproche que, con toda certeza, no estaba dirigido a mí.

Volví en busca de Augusta para pedirle que acudiera en ayuda de su hermana; yo estaba muy conmovido y Augusta lloró al abrazarme:

—Tú has sido un hermano para él —murmuró—. Ahora es cuando estoy de acuerdo contigo en sacrificar una parte de nuestro patrimonio para limpiar su memoria.

Me ocupé de que le fueran rendidos todos los honores a mi pobre amigo. De momento clavé en la puerta de la oficina un aviso que anunciaba su cierre por el fallecimiento del propietario. Yo mismo redacté la esquila de defunción. Pero hasta el día siguiente, de acuerdo con los deseos de Ada, no se tomaron las disposiciones para el funeral. Me enteré entonces de que Ada había decidido ir tras el féretro hasta el cementerio. Quería concederle todas las pruebas de afecto que podía prestar. ¡Pobrecilla! Yo sabía qué tipo de dolor provocaba el remordimiento sobre una tumba. Había tenido plena ocasión de experimentarlo con motivo de la muerte de mi padre.

Pasé la tarde encerrado en la oficina en compañía de Nilini para llevar a cabo un pequeño balance de la situación de Guido. ¡Espantoso! No sólo resultaba estar destruido el capital de la empresa, sino que Guido habría figurado como deudor de una idéntica cantidad si se hubiera visto en la necesidad de responder de los hechos.

Hubiera tenido que trabajar, pero trabajar de verdad, en favor de mi pobre amigo fallecido, pero no se me ocurría otra cosa que soñar. Mi primera intención había sido la de sacrificar toda mi vida en esa oficina y trabajar a favor de Ada y de sus hijos. ¿Pero estaba en realidad tan seguro de saber actuar correctamente?



Nilini, como de costumbre, charlaba mientras yo proyectaba mis pensamientos muy, pero que muy lejos. También Nilini sentía la necesidad de cambiar radicalmente la realidad de sus relaciones con Guido. ¡Ahora se daba cuenta de todo! El pobre Guido, cuando le engañó, había sido ya víctima de la enfermedad que habría de llevarle al suicidio. Todo quedaba por ello olvidado y siguió perorando, declarando que su naturaleza le impedía guardar rencor hacia nadie. Él siempre había apreciado a Guido y aprecio era lo que todavía sentía hacia él.

Al final los sueños de Nilini se sumaron a los míos y se les superpusieron. No era en la lenta laboriosidad del comercio donde había que buscar la solución a una catástrofe de esas dimensiones, sino en la misma Bolsa, y aquí Nilini me relató el caso de una persona amiga suya que, en el último momento, había podido salvarse redoblando la apuesta.

Seguimos hablando durante muchas horas, pero la propuesta de Nilini de seguir el juego que Guido había empezado llegó en último lugar, poco antes del mediodía, y recibió mi inmediata aceptación. La acepté con una alegría pareja a la que me hubiera producido la posibilidad de conseguir devolver la vida a mi amigo. Al final yo

compré a nombre del pobre Guido una nueva cantidad de acciones con los nombres más curiosos: Río Tinto, South French, y cosas por el estilo.

Así dieron comienzo las cincuenta horas de más intensa dedicación al trabajo

que yo he tenido en toda mi vida. En primer lugar y hasta última hora de la tarde, me quedé midiendo con largas zancadas la oficina a la espera de saber si mis órdenes habían sido llevadas a cabo. Temía que se hubiera conocido en la Bolsa la noticia de la muerte de Guido y que su nombre no se considerara ya apto para nuevos compromisos. En cambio, sucedió que durante varios días no se atribuyó

la causa de esa muerte al suicidio.

Después, cuando Nilini pudo por fin informarme de que todas mis órdenes habían sido cumplidas, empezó para mí una auténtica agitación, incrementada por el hecho de que en el instante de recibir los comprobantes se me informó de que, en todos ellos, perdía yo en ese momento alguna fracción importante. Recuerdo esa agitación como un auténtico trabajo. Tengo en mi recuerdo la curiosa sensación de que, de manera ininterrumpida, durante cincuenta horas, permanecí sentado a la mesa de juego,

barajando las cartas. No conozco a nadie que haya podido resistir un esfuerzo parecido durante tantas horas. Registré y vigilé todas las oscilaciones de los precios y además (¿por qué negarlo?) elevé y contuve las cantidades de la manera en que a mí, es decir a mi pobre amigo, le convenía.

Hasta las noches transcurrieron insomnes.

En el temor de que alguien de la familia pudiera intervenir para impedirme llevar a cabo la tarea de salvamento que me había propuesto cumplir, no hablé con

nadie de la liquidación de mediados de mes cuando llegó el momento de hacerle frente. La pagué yo solo porque nadie más se acordó de esas obligaciones, dado que todos estaban alrededor del cadáver de Guido que aún esperaba sepultura. Por lo demás, en el pago de esa liquidación había que abonar menos de lo que en su día quedó establecido porque la suerte me había sido favorable. Mi dolor por la muerte de Guido era tal que tenía la impresión de poder mitigarlo implicándome por completo tanto con el uso de mi firma como con la decisión

de poner en juego mi dinero. Hasta este extremo me llevó la fantasía de bondad que había llegado a construir durante tanto tiempo antes, junto a él. Padecí tanto a causa de toda esa

agitación que no he vuelto a jugar en Bolsa nunca más por mi cuenta.

En el calor de mi entrega a esta febril actividad (que resultó ser mi principal ocupación), al final sucedió que no llegué a asistir al funeral de Guido. Todo ocurrió de la siguiente manera: precisamente ese día los valores en los que había depositado mi apuesta sufrieron un alza considerable; Nilini y yo pasamos todo nuestro tiempo absortos en la realización del cálculo que nos permitiera saber cuánto habíamos recuperado de la suma total de pérdidas. ¡El patrimonio del padre de Guido parecía ahora reducido solamente a la mitad! Era un resultado magnífico que me llenaba de orgullo. Había pasado precisamente eso que Nilini había previsto en un tono muy dubitativo, es cierto, pero que ahora,

naturalmente, al repetir las palabras que entonces pronunció, dejaba de ser así para presentarse él, en cambio, como un infalible profeta. En mi opinión, él había llegado a prever tanto este presente resultado como un posible resultado contrario. No llegó así a caber nunca la posibilidad de que fallara, pero no se lo dije porque a mí me convenía que siguiera participando en las gestiones con el aporte de su ambición. También su deseo podía llegar a ejercer influencia en los precios.

Salimos de la oficina a las tres y lo hicimos corriendo porque fue entonces cuando nos acordamos de que el entierro tenía que celebrarse a las tres menos cuarto.

A la altura de los soportales de Chiozza, divisé a lo lejos el cortejo y me pareció incluso distinguir el coche de un amigo que Ada había mandado al funeral. Subí de un salto con Nilini a un coche de alquiler, y ordené al conductor que siguiese al cortejo de ese entierro. Y dentro de ese coche Nilini y yo seguimos entregados a las cábalas relativas al asunto que compartíamos. Estábamos tan lejos de

pensar en el pobre fallecido que llegamos a quejarnos de la lentitud del transporte en el que íbamos. ¡A saber qué estaría mientras pasando en la Bolsa, cuya vigilancia habíamos abandonado! Nilini, en un determinado momento, me miró justo a los ojos y me preguntó por qué no invertía yo en Bolsa alguna cantidad en mi propio beneficio.

—Por el momento —dije yo, y no sé por qué me ruboricé—, yo trabajo sólo a cuenta de mi pobre amigo.

Después, tras una leve vacilación, añadió:

—Más adelante pensaré en mí mismo.

Quería dejar viva en él la esperanza de poder convencerme de que jugara para así conseguir mi objetivo de lograr que siguiera siendo para mí un amigo incondicional. Para mis adentros, en cambio, pensé las palabras que no me atrevía a dirigirle: «¡Nunca me pondré en tus manos!».

Él empezó a soltar uno de sus sermones:

—¡Quién sabe si se podrá aprovechar otra ocasión parecida!

Se olvidaba de que él me había dicho que, en la Bolsa, las ocasiones se presentaban a cada momento.

Cuando llegamos al lugar en que, por lo común, se detienen los coches, Nilini sacó la cabeza por la ventanilla y soltó un grito de

sorpresa. El coche seguía su camino, tras el cortejo fúnebre que habíamos venido siguiendo, en dirección al cementerio griego.

—¿El señor Speier era griego? —preguntó sorprendido.

De hecho, el entierro estaba dejando atrás el cementerio católico y se encaminaba a algún otro cementerio: judío, griego, protestante o serbio.

—¡Puede que fuera protestante! —dije yo al principio, pero me acordé enseguida de que su boda se había celebrado según el rito católico.

—¡Tiene que tratarse de un error! —exclamé pensando al principio que se disponían a enterrarle en un lugar equivocado.

Nilini de repente se echó a reír con una risa irrefrenable que le llevó a caer, sin fuerzas, en el suelo del coche con su fea boca abierta de par en par en esa pequeña cara suya.

—¡Nos hemos equivocado! —exclamó. Cuando consiguió detener el estallido de hilaridad que acababa de sufrir, me llenó de reproches. Era mi obligación saber a dónde nos teníamos que dirigir porque era yo quien tenía que conocer la hora, las personas que participaban, etc.

¡Aquél era el entierro de otro!

Irritado, yo no le había acompañado en sus risas, y ahora me resultaba muy difícil tolerar su reprimenda. ¿Por qué no había prestado tampoco él mayor atención? Contuve mi mal humor, sólo porque la Bolsa era para mí más importante que el cortejo. Bajamos del coche para conseguir orientarnos mejor y nos dirigimos a la entrada del cementerio católico. El coche nos siguió. Me di cuenta de que los familiares del otro difunto nos miraban con sorpresa sin lograr explicarse por qué, tras haber honrado hasta ese lugar a ese pobre hombre fallecido, abandonábamos el cortejo en lo mejor.

Nilini, impaciente, iba delante de mí. Preguntó al portero tras una breve duda:

—¿Ha llegado ya el entierro del señor Speier?



El portero no pareció sorprenderse ante la pregunta que a mí me pareció en cambio cómica. Contestó que no lo sabía. La única información que nos dio era que habían entrado en el recinto en la última media hora dos entierros.

Nos preguntamos perplejos qué decisión tomar. Evidentemente no era posible saber si el entierro se encontraba ya dentro o fuera. Tomé entonces por mi cuenta una decisión. No se me permitiría intervenir en la función que tal vez ya había empezado y alterar su transcurso, así que no entraría para nada en el cementerio. Por otra parte no podía arriesgarme a toparme con el entierro, si es que éste no había entrado aún, al volver sobre mis pasos. Desistí por tanto de estar presente en el entierro y me dispuse a regresar a la ciudad, dando una vuelta muy larga más allá de Servola.[29] Dejé el coche a Nilini, que no quería renunciar a hacer acto de presencia en consideración hacia Ada, a la que conocía.

A paso acelerado, para evitar todo posible encuentro, subí hasta Servola por un camino agreste. A esas alturas no sentía ya haberme equivocado de entierro y no haber rendido los últimos honores al pobre Guido. No podía entretenerme en esos ritos religiosos. Era muy otro el deber que sobre mí pesaba. Tenía que

salvar el honor de mi amigo y defender su patrimonio en favor de su viuda e hijos. Cuando informara a Ada de que había conseguido recuperar tres cuartas partes de las pérdidas, con toda seguridad me perdonaría el hecho de no haber participado en las exequias.

Al considerar todo esto, mi pensamiento, de hecho, volvía a representar todos los cálculos que tantas veces habíamos repetido: Guido había perdido el doble del patrimonio de su padre y, tras mi actuación, las pérdidas se reducían a la mitad de ese patrimonio. Mi conclusión era, por lo tanto, exacta. Yo había recuperado exactamente tres cuartas partes de las pérdidas.

Ese día el tiempo volvía a ser bueno. Brillaba un magnífico sol de primavera y, sobre el campo aún mojado, el aire resultaba nítido y sano. Mis pulmones, gracias al ejercicio que en los últimos días no me había concedido, se dilataban. Todo en mí desprendía salud y fuerza. La salud destaca sólo en los contrastes. Me comparaba con el pobre Guido y subía, me elevaba hasta lo más alto con mi victoria, en el mismo combate en el que él había sucumbido. Todo lo que me rodeaba estaba lleno de salud y fuerza, incluso el

campo con la hierba recién nacida. La lluvia abundante y general de la catástrofe del otro día, ahora sólo producía benéficos resultados y ese sol luminoso aportaba el calor que la tierra aún helada demandaba. Era verdad que, cuanto más nos alejáramos de la catástrofe, más insolente resultaría ese cielo azul caso de que no tuviera la prudencia de saber tomar a tiempo tonalidades más oscuras, pero este tipo de previsiones son las que dicta la experiencia y yo entonces no las tuve en cuenta. Es ahora, al escribirlas, cuando me asaltan. En aquel momento en mi ánimo había sólo un himno a mi salud y a la de toda la naturaleza: una salud perenne.

Mi paso se aceleró. Disfrutaba sintiéndolo tan ligero. Bajando desde la colina de

Servola tomó casi el impulso de una carrera. Al llegar al paseo de San Andrés, en la llanura, volvió a ser más pausado, pero seguí conservando la sensación de avanzar con gran facilidad. El aire me conducía.

Había olvidado completamente que volvía del entierro de mi más íntimo amigo. Llevaba el paso y el aliento del vencedor, pero mi alegría por la victoria era un homenaje hacia mi pobre amigo en cuyo interés había bajado a la lid.

Fui a la oficina para consultar los resultados a la hora del cierre. Habían bajado algo, pero no fue esto lo que me hizo perder mi confianza. No dudaba de que, con las debidas medidas, me recuperaría y conseguiría mi objetivo.

Tuve al final que dirigirme a casa de Ada y me abrió la puerta Augusta, quien me preguntó de inmediato:

—¿Cómo has podido faltar al entierro precisamente tú, el único hombre de nuestra familia?

Dejé el sombrero y, un poco sorprendido, le dije que tenía que hablar con Ada inmediatamente para no tener que repetir dos veces mi explicación. Por lo pronto le podía asegurar, en cambio, que mis razones para faltar al entierro eran de

peso. No estaba ya tan seguro de ello y de repente la cadera había empezado a

dolerme, a causa del cansancio tal vez. El motivo podía residir también en esa observación de Augusta que me llevaba a dudar de la posibilidad de poder excusarme por mi ausencia, algo que debía de haber sido causa de un gran escándalo. Veía delante de

mí a todos los que habían participado en esa triste ceremonia mientras se distraían de su dolor para preguntarse dónde podía estar yo.

Ada no se presentó. Supe después que ni siquiera le habían dado aviso de que la estaba esperando. Me recibió la señora Malfenti, que empezó a hablarme con

una expresión severa como no había visto nunca otra igual.

Empecé a presentarle mis excusas, pero me encontraba bien lejos de la seguridad con la que había yo volado a la ciudad desde el cementerio. Empecé a balbucear. Le referí también algunas cosas menos verdaderas como apéndice de lo que de verdad había

hecho: mi valiente iniciativa en la Bolsa en favor de Guido. Añadí, en cambio, que poco antes de la hora del entierro había tenido que enviar un despacho a París para dar una orden y que no había juzgado posible alejarme de la oficina sin haber antes recibido la solicitada respuesta. Era verdad que Nilini y yo

habíamos tenido que telegrafiar a París, pero dos días antes, y habíamos recibido la necesaria contestación ese mismo día. En resumen, me daba cuenta de que la verdad no era suficiente para excusarme, tal vez también porque no podía revelarla por entero y hablar de la tan importante operación a que estaba yo aplicado desde hacía varios días y que consistía en conseguir regular los

cambios en todo el mundo con el único concurso de mis deseos. La señora Malfenti me excusó cuando oyó la cifra a que entonces ascendían las pérdidas de Guido. Me dio las gracias con lágrimas en los ojos. De nuevo era yo, no el único hombre de la familia, sino el mejor.

Me pidió que volviera esa noche con Augusta a ver a Ada, a la que ella mientras pondría en antecedentes de lo ocurrido. En esos momentos Ada no estaba en condiciones de recibir a nadie. Yo, con todo gusto, me marché con mi mujer. Tampoco ella, antes de irnos, sintió deseos de despedirse de Ada, quien en esos momentos pasaba de unos llantos desesperados a estados de intenso abatimiento que le impedían incluso advertir la presencia de quien le hablaba.

Alumbré una esperanza:

—Entonces ¿Ada no se ha dado cuenta de mi ausencia?

Augusta me confesó que hubiera preferido no tener que hablar de ello, hasta tal extremo le había parecido excesiva la manifestación de resentimiento de Ada ante mi ausencia. Ada exigió que

Augusta le diera alguna explicación, y cuando ésta se vio obligada a decirle que no sabía nada, al no haberme visto aún, Ada se abandonó nuevamente a su desesperación gritando que Guido había tenido que acabar de esa manera, odiado por toda la familia.

A mí me pareció que Augusta hubiera debido defenderme y recordarle a Ada que era yo el único que me había mostrado dispuesto a ayudar a Guido de la manera que había que hacerlo. Si me hubieran escuchado, Guido no hubiera tenido ningún motivo para llevar a cabo o simular un suicidio.

Augusta, en cambio, se había callado. Había quedado tan conmovida por la desesperación de Ada que temía llegar a ultrajarla poniéndose a discutir. Por otra parte, ella confiaba en que ahora las explicaciones de la señora Malfenti convencerían a Ada de lo injusto de su opinión en lo relativo a mí. Tengo que confesar que yo mismo alimentaba esa esperanza y que ya desde ese momento empecé a disfrutar de antemano de la certeza de tener que presenciar la sorpresa de Ada y sus manifestaciones de gratitud. Por culpa del Basedow, en ella ya todo resultaba excesivo.

Regresé a la oficina, donde me enteré de que en la Bolsa todo apuntaba a una leve indicación de subida; muy leve pero tal, ya que llevaba a confiar en volver a encontrar al día siguiente, en la apertura, los índices de esa mañana.

Después de la cena, tuve que ir solo a ver a Ada porque Augusta no pudo acompañarme por una indisposición de la niña. Me recibió la señora Malfenti, quien me dijo que tenía que ocuparse de algo en la cocina y que tenía que dejarme solo con Ada. Después me confesó que Ada le había rogado que la dejara sola conmigo porque tenía que decirme algo que nadie más debía oír. Antes de dejarme en ese pequeño salón donde ya en dos ocasiones había tenido sendos encuentros con Ada, la señora Malfenti me dijo sonriendo:

—Sabes, no está aún dispuesta a perdonar tu ausencia en el entierro de Guido, pero... casi.

En esa pequeña estancia, y como siempre, mi corazón latía acelerado. En esta ocasión, esto no se debía al temor de verme amado por quien yo no amaba. Desde pocos instantes antes y



sólo gracias a las palabras de la señora Malfenti, me había dado cuenta de que había cometido una grave falta en relación con la memoria del pobre Guido. La misma Ada, ahora que sabía que para excusar esa falta le ofrecía en cambio un patrimonio, no conseguía perdonarme al instante. Me había sentado y miraba los retratos de los padres de Guido. El viejo Cada tenía un aire de satisfacción, lo que se me antojaba debido a mis recientes actuaciones, mientras que la madre de Guido, una mujer delgada vestida con un traje de mangas abultadas y un sombrerito que se mantenía en equilibrio sobre una montaña de cabello, tenía un aire muy severo. Pero, ¡claro!, todo el mundo adopta otra expresión ante la cámara fotográfica, y yo miré hacia otra parte enfadado conmigo mismo por indagar en esos rostros. ¡La madre no podía, desde luego, haber previsto que yo no asistiría al entierro de su hijo!

La manera en que me habló Ada constituyó una dolorosa sorpresa. Debía de haber estudiado durante largo tiempo lo que quería decirme y no tuvo ni siquiera en cuenta mis explicaciones, mis protestas y mis rectificaciones que ella no podía haber imaginado y para las que no estaba preparada. Recorrió su camino como un caballo desbocado, hasta el final.

Entró vestida con una bata negra y con el peinado descompuesto, en el desorden de unos cabellos revueltos y hasta arrancados, obra de unas manos obsesivamente obstinadas en esa ocupación cuando no encuentran otra forma de alivio. Llegó hasta la mesa a la que estaba yo sentado y se apoyó en ella con las manos, para verme mejor. Su carita parecía haber vuelto a adelgazar librándose de esa extraña salud que crecía en ella deformando sus perfiles. No estaba tan guapa como cuando Guido la había conquistado, pero nadie al mirarla habría recordado su enfermedad. ¡No existía! Sí existía en cambio un dolor muy agudo que le prestaba unos perfiles muy destacados. Yo entendí con tanta precisión ese inmenso dolor que no acerté a decir nada. Mientras estuve mirándola pensé:

«¿Qué palabras podría decirle que pudieran tener el mismo valor que tomarla fraternalmente entre mis brazos para consolarla e invitarla a llorar y desahogarse?». Después, cuando me sentí atacado, quise reaccionar, pero de una manera poco enérgica que impidió que ella me oyera.

Ella habló, habló, habló y yo no acertaría a repetir sus palabras. Si no me equivoco empezó por agradecerme seriamente, pero sin el menor calor, el que hubiera hecho yo tanto por ella y por sus hijos. Después, enseguida, pasó a reprocharme:

—¡Con lo que has hecho has conseguido que él haya muerto por algo que no merecía la pena!

Después rebajó el tono de su voz como si quisiera conservar en secreto lo que me estaba diciendo y apareció en su voz algún aliento más cálido, un calor que era el resultado de su afecto hacia Guido y (¿o sólo me lo pareció?) también hacia mí:

—Te disculpo por no haber ido a su entierro. No podías hacerlo y yo te disculpo. También él lo haría si estuviera vivo. ¿Qué habrías pintado tú en su entierro? ¡Tú que no le querías! Eres bueno y hubieras podido llorar por mí, por mis lágrimas, pero no por él al que tú... ¡odiabas! ¡Pobre Zeno! ¡Hermano mío!

Era increíble que se me pudiera decir tal cosa, alterando la verdad de esa manera. Protesté, pero ella no me oyó. Creo que llegué a gritar o por lo menos llegué a sentir en la garganta el efecto del esfuerzo por hacerlo, al tiempo que decía:

—Pero es un error, una mentira, una calumnia. ¿Cómo puedes creer algo así? Ella siguió diciendo aún en voz baja:

—Yo tampoco supe amarle. No le traicioné ni siquiera con el pensamiento, pero mis sentimientos no supieron despertar en mí la fuerza para protegerle. Veía tus relaciones con tu mujer y las envidiaba. Me parecían mejores que las que él me ofrecía. Te agradezco que no llegaras a tomar parte en el entierro porque de haberlo hecho no hubiera yo llegado a entender hoy nada. Así, en cambio, veo y comprendo todo. Tampoco yo le amé: de lo contrario, ¿cómo hubiera podido yo odiar hasta su violín, la más completa expresión de su ánimo?

Fue entonces cuando apoyé la cabeza en mi brazo y escondí mi rostro. Las acusaciones de que me hacía objeto eran tan injustas que no se podían discutir y lo irrazonable de su naturaleza se veía tan mitigado por lo afectuoso de su tono que mi reacción no podía ser tan áspera como hubiera debido para resultar victoriosa. Por otra parte, Augusta me había dado ya el ejemplo de su considerado silencio para evitar ultrajar y exasperar tanto dolor. Cuando mis ojos volvieron a abrirse, vi en la oscuridad que sus palabras habían creado un mundo nuevo, como todas las palabras que no son ciertas. Me pareció que yo también comprendía que siempre había odiado a Guido o que había estado asiduamente a su lado, a la espera de la oportunidad para golpearlo. Ella, además, había puesto

a Guido al mismo nivel que su violín. Si no hubiera sabido que Ada se debatía a ciegas en su dolor y sus remordimientos, habría podido creer que ese violín

había sido desenfundado como una parte de Guido, para dotar de convicción a la acusación de odiarle que yo estaba recibiendo.

Después, en la oscuridad, volví a ver el cadáver de Guido y en su cara aún dibujado el estupor de verse allí, sin vida. Asustado, levanté la cabeza. Era preferible encarar la acusación de Ada, que yo sabía injusta, que seguir mirando en la oscuridad.

Pero ella seguía hablando de mí y de Guido:

—Y tú, pobre Zeno, sin saberlo, seguías viviendo a su lado mientras le odiabas. Le favorecías por amor hacia mí. ¡No era posible! ¡Tenía que acabar así! También yo creí una vez que podía aprovecharme del amor que sabía que tú conservabas hacia mí para incrementar alrededor suyo esa protección que podía serle de utilidad. Sólo quien lo amase hubiera podido protegerle y, de nosotros dos, ninguno le quiso.

—¿Qué más hubiera podido hacer por él? —pregunté yo, llorando ardientes lágrimas para demostrarle a ella y a mí mismo mi

inocencia. Las lágrimas pueden sustituir a un grito a veces; yo no quería gritar y dudaba incluso de que tuviera que hablar. Pero tenía que vencer sus afirmaciones, y por eso lloré.

—¡Salvarle, querido hermano! Tú o yo, uno de nosotros hubiera debido hacerlo. Yo, en cambio, estuve a su lado y no supe hacerlo por falta de verdadero afecto y tú te quedaste lejos, ausente, siempre ausente hasta que fue enterrado. Después volviste a aparecer seguro, armado con todo tu afecto. Pero, antes, no te ocupaste de él en lo más mínimo. Y sin embargo estuvo contigo esa noche. Tú hubieras podido imaginarte, si te hubieras ocupado de él, que algo grave estaba a punto de sucederle.

Las lágrimas me impedían hablar, pero farfullé algo destinado a establecer que Guido, la noche anterior, la había pasado divirtiéndose cazando en el campo, por lo que nadie en el mundo hubiera podido prever qué uso llegaría a hacer de la siguiente noche.

—¡Él necesitaba la caza, la necesitaba! —me reprendió Ada en voz alta. Después, como si el esfuerzo de ese grito hubiera sido demasiado poderoso, de repente se vino abajo y cayó sin sentido al suelo.

Me acuerdo de que durante un instante dudé si llamar o no a la señora Malfenti. Me parecía que ese desvanecimiento revelaba algo de lo que entre nosotros se había dicho.

Acudieron la señora Malfenti y Alberta. La señora Malfenti, sosteniendo a Ada, me preguntó:

—¿Ha estado hablando contigo de esas dichosas operaciones de Bolsa? — Después—: ¡Es el segundo desmayo en el día de hoy!

Me rogó que me ausentara un instante y yo salí al pasillo, donde me detuve a

esperar para saber si tenía que volver a entrar o irme. Me preparaba para nuevas aclaraciones con Ada. Ella olvidaba que si se hubiera actuado según mi propuesta, seguramente se habría podido evitar la desgracia. Bastaría decirle esto para convencerla de lo injusto de su trato hacia mí.

Poco después, la señora Malfenti vino a mi lado y me dijo que Ada se había recuperado y que quería saludarme. Descansaba en el diván en el que poco antes había estado yo sentado. Al verme, se

puso a llorar y fueron ésas las primeras lágrimas que yo le vi derramar. Me ofreció su pequeña mano llena de sudor:

—¡Adiós, querido Zeno! ¡Te lo ruego, acuérdate! ¡Recuerda siempre!  
¡No le olvides!

Intervino la señora Malfenti para inquirir qué es lo que había que recordar y yo

le dije que Ada quería que se liquidara enseguida la participación de Guido en la Bolsa. Me sonrojé por mi mentira y temí que Ada me desmintiera. En vez de desmentirme, ella se puso a gritar:

—¡Sí! ¡Sí! ¡Hay que liquidarlo todo! ¡No quiero volver a oír hablar de esa horrible Bolsa!

Estaba otra vez muy pálida y la señora Malfenti, para calmarla, le aseguró que iba a hacerse enseguida lo que ella quería.

Después, la señora Malfenti me acompañó a la puerta y me rogó que no apresurara las cosas, que hiciera lo que yo creyera más útil para los intereses de Guido. Pero yo le contesté que ya no me



fiaba. El riesgo era muy grande y no podía volver a tener la osadía de tratar de esa manera los intereses de otro. No creía ya en el juego de la Bolsa o por lo menos carecía de la confianza que me llevara a creer que mis «corazonadas» podían intervenir en su marcha. Tenía por tanto que liquidarlo todo enseguida, bien contento de que todo lo que en ella arriesgué hubiera salido de esa forma.

No le referí a Augusta las palabras de Ada, ¿por qué tenía que afligirla? Pero esas palabras, también porque nunca llegué a decírselas a nadie, siguieron martilleándome los oídos y me acompañaron durante largos años. Todavía resuenan en mi alma. Muchas veces, aun hoy en día, las analizo. No puedo afirmar que yo quisiera a Guido, pero ello se debió sólo a que él fue un hombre muy extraño. Estuve en cambio a su lado constantemente y le ayudé como pude. No me merezco los reproches de Ada.

No volví nunca más a encontrarme a solas con ella. No sintió la necesidad de decirme nada más y yo no me atreví a pedirle una explicación, tal vez para no renovar su dolor.

En la Bolsa las cosas tuvieron la conclusión que yo había previsto y el padre de Guido, tras haber recibido, en un primer despacho, la noticia de que había perdido todos sus haberes, tuvo que recibir,

ciertamente con gran placer, la información de que la mitad de esa cantidad volvía a ser suya. Todo había sido obra mía y es algo de lo que no pude llegar a gozar de la manera que había yo esperado.

Ada me trató con afecto todo el tiempo anterior a su partida hacia Buenos Aires adonde, junto con sus hijos, fue a reunirse con la familia de su marido. Le

gustaba vernos a Augusta y a mí. Yo, en alguna ocasión, quise pensar que todo lo que me había dicho había sido fruto de un estallido de dolor irracional que luego ella misma no creía, pero en una ocasión en que volvió a hablarse de Guido repitió y confirmó brevemente todo lo que ese día me había dicho:

—¡Pobrecito! Nadie le quiso.

Cuando embarcaba, sosteniendo en brazos a uno de sus hijos ligeramente indispuerto, me besó. Después, en un momento en que no había nadie cerca de nosotros, me dijo:

—Adiós, Zeno, hermano. Siempre recordaré que no supe amarle lo suficiente.

¡Tienes que saberlo! Abandono sin pesar mi país. ¡Tengo la impresión de alejarme de mis remordimientos!

La reprendí por torturarse de esa manera. Declaré que ella había sido una buena esposa tal como yo sabía y estaba en condiciones de poder declarar. No sé si conseguí convencerla, Ada no volvió a hablar, rendida al llanto. Después, mucho tiempo más tarde, sentí que al despedirse de mí ella había querido, con esas palabras, renovar los reproches que ya me había dirigido antes. Sé, sin embargo, que ella no me juzgó rectamente. Es seguro que yo no tengo que reprocharme el no haber querido a Guido lo suficiente.

El día estaba revuelto y oscuro. Parecía que una única nube extendida y nada amenazadora ofuscaba el cielo. Intentaba salir del puerto, a fuerza de remos, una gran barca cuyas velas colgaban inertes desde los palos. Únicamente había dos hombres que bogaban y, con innumerables golpes, conseguían desplazar escasamente la enorme embarcación. Tal vez encontrarán en alta mar una brisa favorable.

Ada, desde la cubierta del piróscafo, saludaba agitando su pañuelo. Después, nos volvió la espalda, seguro que para mirar

hacia Sant'Anna donde descansaba Guido. El elegante perfil de su pequeña persona se volvía cada vez más perfecto a medida que se alejaba. Las lágrimas nublaron mis ojos; Ada nos abandonaba y nunca más habría yo de poder probarle mi inocencia.

## PSICOANÁLISIS

3 de mayo de 1915

He roto con el psicoanálisis. Tras haberlo seguido con asiduidad a lo largo de seis meses completos estoy peor que antes. No he despedido aún al doctor, pero mi decisión es irrevocable. Por lo pronto ayer le envié el recado de que no podía acudir y durante unos días dejaré que me espere. Si estuviera bien seguro de poder reírme de él sin llegar a enfadarme, hasta podría volver a verle, pero temo que si le viera acabaría por ponerle la mano encima.

En esta ciudad, tras el estallido de la guerra, nos aburrimos todavía más que

antes y para suplir al psicoanálisis vuelvo a mis queridas cuartillas. Hacía un año que no escribía nada, obedeciendo en esto, como en todo lo demás, a las prescripciones del doctor, quien afirmaba que, a lo largo del tratamiento, tenía que llevar a cabo mis análisis sólo junto a él, porque sin su supervisión únicamente lograría reforzar los frenos que impedían el necesario abandono y sinceridad por mi parte. Ahora, en cambio, me encuentro desequilibrado y más enfermo que nunca y, al escribir, creo que

lograré desprenderme más fácilmente del daño que me ha hecho el tratamiento. Al menos estoy seguro de que éste es el auténtico sistema para volver a conceder importancia a un pasado que ya no duele y para que pase más deprisa el fastidioso presente.

Me había abandonado al doctor de manera tan confiada que cuando me dijo que estaba curado creí en sus palabras con entera fe y no presté, en cambio, atención a los dolores que seguían asaltándome. Les decía a estos últimos: «¡No sois vosotros!». Sin embargo, ¡ahora no hay duda! ¡Se trata de ellos! Los huesos de mis piernas se han convertido en vibrantes aristas que hieren la carne y los músculos.

Pero no es mucho lo que todo esto me importa y no es ésta la razón por la que abandono el tratamiento. Si las horas de recogimiento que hay que pasar al lado del doctor hubieran seguido siendo interesantes momentos cargados de sorpresas y de emociones, no las habría interrumpido o, para hacerlo, habría esperado al

final de la guerra, que me impide llevar a cabo cualquier otra actividad. Sin embargo, ahora que estaba yo al tanto de todo, es decir, de que mi tratamiento no consistía nada más que en una

estúpida ilusión, un truco capaz de conmover sólo a alguna vieja mujer histérica, ¿cómo podría soportar la compañía de ese hombre ridículo, con esos ojos suyos que querrían resultar escrutadores y esa presunción suya que le consiente agrupar todos los fenómenos de este mundo alrededor de su nueva gran teoría? Emplearé el tiempo que me va a quedar libre en escribir. Escribiré por lo pronto, de la manera más sincera, la historia de mi tratamiento. Toda sinceridad entre mi médico y yo había desaparecido y ahora puedo respirar. No se me somete a ningún esfuerzo. No tengo que imponerme ninguna fe ni pretender que la tengo. Precisamente para ocultar mejor mi auténtica opinión, creía que tenía que mostrarle al doctor una total reverencia, y él aprovechaba para inventarse cada día una nueva ocurrencia. Mi tratamiento tenía que acabarse porque el origen de mi enfermedad se había revelado y no consistía más que en el mal que, en su momento, el difunto Sófocles había diagnosticado en relación con Edipo: había amado a mi madre y habría querido matar a mi padre.

¡Ni siquiera me enfadé! Escuché embobado esa explicación. Era una enfermedad que me elevaba a la más alta nobleza. Una rica enfermedad cuyas víctimas antepasadas llegaban hasta la época

mitológica. Ni siquiera ahora que estoy aquí solo, con la pluma en la mano, me enfado, sino que me río de la más estruendosa manera. La mejor prueba de que yo nunca he padecido esa enfermedad se encuentra en el hecho de que no me he curado. Esta prueba llegaría a convencer hasta al doctor. Que no se inquiete; sus palabras no han conseguido estropear el recuerdo de mi juventud. Cierro los ojos y veo enseguida puro, infantil e ingenuo el amor por mi madre junto con el respeto y gran afecto hacia mi padre.

El doctor presta un crédito demasiado grande a esas dichas confesiones que no quiere devolverme para que pueda yo revisarlas. ¡Dios mío! Él sólo ha estudiado medicina e ignora por tanto qué es lo que significa escribir en italiano para nosotros, que hablamos y no sabemos escribir el dialecto.[30] Una confesión por escrito resulta siempre una mentira. ¡Con cada una de nuestras palabras en italiano nosotros mentimos! ¡Si él supiera hasta qué extremo relatamos de

manera preferente todas las cosas para las que disponemos de los elementos que construyen las frases que las expresan y cómo evitamos esas otras que nos obligarían a hacer uso del vocabulario! Es según este criterio cómo seleccionamos los episodios más destacados de nuestra vida. Es fácil comprender



cómo nuestra existencia adquiriría un aspecto muy diferente si lograra encontrar una expresión en nuestro familiar dialecto.

El doctor me ha confesado que, a lo largo de toda su larga carrera, nunca había tenido que asistir a una emoción tan fuerte como la mía al enfrentarme a las imágenes que me había, en su opinión, proporcionado. También por este motivo se apresuró tanto a concederme el aval de mi curación.

Yo no fingí esa emoción. Es más, fue una de las más importantes que he tenido

en mi vida; una emoción llena de sudor mientras la elaboré y de lágrimas cuando la obtuve. Con anterioridad había contemplado con delectación la perspectiva de poder volver a vivir un día de inocencia e ingenuidad. Durante muchos meses tal esperanza me sostuvo y me dio ánimos. ¿No se trataba acaso de conseguir a través del vivo recuerdo y en pleno invierno el regalo de la primavera? El propio doctor aseguraba que el recuerdo resultaría completo y resplandeciente, que representaría un día más que añadir a mi vida. Las rosas de la primavera alcanzarían a emitir su perfume más pleno sin dejar, tal vez, de mostrar también sus espinas.

Así fue como, a fuerza de correr detrás de esas imágenes, las alcancé. Ahora sé que únicamente las inventé. Pero inventar es un acto de creación, no una mentira. Las mías eran como invenciones que la fiebre produce y que pueden llegar a andar por vuestra habitación para que podáis verlas por todos lados y que incluso pueden llegar a tocaros. Tenían la solidez, el color, la petulancia de las cosas vivas. A golpe de deseo proyecté las imágenes, que no estaban más que en mi cerebro, al espacio en que yo miraba; un espacio cuyo aire y luz sentía junto con esas contundentes aristas que no han dejado de estar presentes en ninguno de los espacios que he atravesado.

Cuando llegué al sopor que tenía que facilitar la ilusión y que me parecía no ser otra cosa que la asociación de un gran esfuerzo con una gran inercia, creí que esas imágenes eran auténticas reproducciones de los viejos días pasados. Hubiera podido sospechar enseguida que no eran tal cosa porque, no apenas se desvanecían, las recordaba pero sin ninguna excitación o conmoción. Las recordaba como se recuerda un suceso contado por alguien que no fue testigo de él. Si hubieran sido auténticas reproducciones hubieran seguido haciéndome reír y llorar como cuando las viví. El doctor apuntaba:

«Hemos tenido esto, hemos tenido aquello». En realidad no teníamos nada más que unos signos gráficos, esqueletos de imágenes.

Se me indujo a creer que se trataba de una evocación de mi infancia porque la primera de las imágenes me colocó en una época relativamente reciente de la

que había conservado, incluso antes, un pálido recuerdo que mi evocación pareció confirmar. Hubo un año en mi vida en el que ya acudía al colegio mientras que mi hermano no lo hacía aún y todo sugería que pertenecía a ese año la hora que yo conseguí recordar. Me vi salir de mi casa una soleada mañana de primavera, me vi pasar por nuestro jardín para bajar a la ciudad, abajo, abajo, mientras una anciana criada, Catina, me llevaba de la mano. En la escena que soñé, mi hermano no aparecía a pesar de ser, en ella, el héroe. Yo sentía que él se quedaba en casa libre y feliz mientras que yo iba al colegio. Iba con sollozos en

la garganta, mi paso era desgastado y alimentaba, en mi ánimo, un intenso rencor. No llegué a ver más que uno de esos paseos al colegio, pero el rencor de mi ánimo me decía que cada día yo iba al colegio y cada día mi hermano se quedaba en casa. Así hasta el infinito, mientras que en realidad creo que después de no mucho tiempo mi hermano, que tenía un año menos que yo, empezó a ir

al colegio él también. Pero en ese momento la verdad del sueño me pareció indiscutible: yo estaba condenado a ir siempre al colegio mientras que mi hermano tenía permiso para quedarse en casa. Mientras caminaba al lado de Catina, calculaba la duración de mi condena ¡hasta mediodía!, ¡mientras que él se queda en casa! Y me acordaba de que en los días anteriores hubo amenazas y regañinas en el colegio que me perturbaron y que yo había pensado también en esos instantes: todo esto a él no le puede caer, él se libra de todo esto también. Había sido una visión de una enorme evidencia. Catina, que yo sabía que era muy menuda, me había parecido alta, y esto, sin lugar a dudas, porque yo era pequeño en aquel entonces. Muy mayor era algo que ella me pareció también en aquella época, pero ya se sabe que quien es muy joven ve siempre muy viejos a los mayores. Por el camino que yo tenía que recorrer para ir al colegio, distinguí también las extrañas columnitas que marcaban, en esos tiempos, los bordes de las aceras de nuestra ciudad. Es verdad que yo nací lo bastante temprano como para ver, aun siendo adulto, esas pequeñas columnas en nuestras calles más céntricas, pero en el camino que yo recorrí con Catina ese día dejaron de existir en cuanto salí de la infancia. Mi fe en la autenticidad de esas imágenes perduró en mi ánimo incluso cuando, enseguida, estimulada por ese sueño, mi fría memoria descubrió otros detalles de esa época, siendo el principal que también mi hermano me envidiaba a mí porque yo

iba al colegio. Estaba seguro de haberme dado cuenta de ello, pero este dato no pasó a acreditar la verdad del sueño de manera inmediata. Más adelante, pasó a restarle cualquier aspecto de verdad: los celos se habían dado en la realidad, pero en el sueño habían sufrido un desplazamiento.

La segunda visión me volvió a llevar a una época reciente, aunque muy anterior

a la de la primera. El decorado era una habitación de mi casa, no sé cuál de ellas porque era mucho más grande que cualquier otra de las que la componen de verdad. Es extraño cómo yo me veía encerrado en esa habitación sabiendo enseguida un detalle que la simple visión no podía haberme sugerido: la habitación estaba lejos del lugar donde en ese momento estaban Catina y mi madre. Hubo aún un segundo detalle: yo todavía no iba al colegio.

La habitación era completamente blanca; es más, yo no he visto nunca una habitación más blanca ni tan completamente iluminada por el sol. ¿Acaso el sol de entonces conseguía atravesar las paredes? Desde luego ese sol estaba ya alto, pero yo me encontraba aún en mi cama sujetando con la mano una taza de la que había llegado a sorber todo el café con leche que contenía y en la que seguía hurgando afanosamente con una

cucharita para conseguir sacar el azúcar. Hubo un momento en el que la cuchara no consiguió sacar más azúcar y yo intenté entonces llegar al fondo de la taza con la lengua, sin conseguirlo.

Acabé por

tener la taza en una mano y la cuchara en la otra, al tiempo que miraba a mi hermano acostado en la cama que estaba junto a la mía, mientras seguía sorbiendo su café, con la nariz dentro de la taza y retrasado con respecto a mí. Cuando por fin levantó la cara, conseguí verla por entero, contraída ante los

rayos del sol que cayeron de lleno sobre ella, mientras que la mía (Dios sabrá por qué) se encontraba en penumbra. Su cara estaba pálida y algo afeada por un

ligero prognatismo. Me dijo:

—¿Me prestas tu cuchara?

Sólo entonces me di cuenta de que Catina había olvidado llevarle su cuchara. Enseguida y sin la menor vacilación, contesté:

—¡Sí! Si a cambio me das un poco de tu azúcar.

Sostuve en alto la cuchara para poner de relieve su valor, pero enseguida la voz de Catina resonó en toda la habitación:

—¡Qué vergüenza! ¡Usurero!

El susto y la vergüenza me devolvieron de manera abrupta al presente. Habría querido discutir con Catina, pero ella, mi hermano y yo, con mi aspecto de entonces, pequeño, inocente y usurero, desaparecimos volviendo a caer en el abismo.

Lamento haber sentido con tanta intensidad esa vergüenza hasta el punto de destruir la imagen a la que, con tanto esfuerzo, había conseguido llegar. Mejor hubiera sido ofrecer, en cambio, tranquilamente y gratis mi cucharita y no discutir esa mala acción mía que era, probablemente, la primera que cometí. Tal vez Catina habría invocado la ayuda de mi madre para imponerme un castigo y yo así habría conseguido, por fin, volver a verla.

Logré verla algunos días después, en cambio, o eso me pareció. Hubiera podido darme cuenta enseguida de que se trataba de una ilusión porque la imagen de mi madre, como yo la había evocado, se parecía demasiado al retrato de ella que tengo sobre

mi cama. Tengo que confesar que, en su aparición, mi madre no se movió como una persona viva.

¡Mucho, mucho sol! ¡Tanto que cegaba! De esa que yo pensaba que era mi juventud, era tanto el sol que me llegaba que era difícil dudar que no le perteneciera. El lugar era nuestro cuarto de estar a primera hora de la tarde. Mi padre ha vuelto a casa y está sentado en un sofá al lado de mamá, que estampa con una tinta indeleble unas iniciales en un montón de ropa distribuida sobre una mesa a la que está sentada. Yo me encuentro bajo la mesa jugando con unas bolitas. Me acerco cada vez más a mamá, probablemente deseo que ella se sume a mis juegos. En un determinado momento, para incorporarme en medio de ellos dos, me aferro a la ropa que cuelga de la mesa y se produce entonces el desastre. El frasco de tinta se derrama sobre mi cabeza, empapa mi cara y mis vestidos, la falda del traje de mi madre y llega hasta producir una ligera mancha en los pantalones de mi padre. Mi padre levanta una pierna para propinarme una patada...

Pero yo, justo a tiempo, había regresado de mi lejano viaje y me hallaba a salvo aquí, adulto y viejo. ¡Tengo que decirlo! Durante un instante sufrí por la amenaza que había recibido e,



inmediatamente después, lamenté no haber podido asistir al gesto de protección que sin duda llevó a cabo mi madre. Pero ¿quién puede detener esas imágenes cuando empiezan a huir a través de ese tiempo que en ninguna otra ocasión se pareció tanto al espacio? ¡Ésta era mi apreciación de las cosas mientras di crédito a la autenticidad de esas imágenes! Ahora, desgraciadamente (¡oh, cuánto lo lamento!), no les presto ya ningún crédito y sé que no eran las imágenes las que huían, sino mis ojos, sin sombras, los que miraban de nuevo en el auténtico espacio en que no hay lugar para los fantasmas. Referiré ahora unas imágenes de otro día a las que el doctor concedió una gran importancia y que le llevaron a declararme curado.

En el duermevela al que me abandoné tuve un sueño inmóvil como una pesadilla. Soñé conmigo mismo niño otra vez, con el único fin de ver a ese niño que también soñaba. Yacía ese niño mudo presa de un gozo que se extendía a todo su diminuto organismo. Tenía la impresión de haber, por fin, alcanzado su antiguo deseo. Y, sin embargo, ¡yacía allí solo y abandonado! Aun así, veía y sentía, con la evidencia con que se pueden ver y sentir en el sueño incluso las cosas más lejanas. El niño, mientras yacía en una habitación de mi casa, veía (Dios sabe de qué manera) que en el techo había una jaula construida sobre muy sólidas bases, carente de puertas y ventanas, pero iluminada con toda la luz que se pueda desear y un aire puro y perfumado. El niño sabía que sólo él sabría llegar a esa

jaula y, tal vez, sin ni siquiera desplazarse, porque sería la jaula la que llegara hasta él. En esa jaula no había más que un único mueble, un sillón, y en él se sentaba una bella mujer, deliciosamente formada, vestida de negro, rubia, con ojos grandes y azules, manos y pies pequeños calzados con unas botitas de charol de las que se divisaba, bajo su vestido, un ligero brillo. Tengo que decir que esa mujer me parecía constituir una sola unidad con su vestido negro y sus botitas de charol. ¡Ella era todo! Y el niño soñaba con poseer a esa mujer, pero de la manera más extraña; es decir, estaba seguro de poder comer algunos bocados suyos en los extremos.

Ahora, al volver a pensar en ello, me sorprende que el doctor que ha leído y, a tenor de lo que dice, con extrema atención mi manuscrito, no haya recordado el sueño que yo tuve antes de ir a reunirme con Carla. Algún tiempo después, cuando volví a pensar en ello, me pareció que este sueño no era nada más que ese otro sueño anterior con alguna variación más infantil.

El doctor, en cambio, tomó cuidadosa nota de todo y, a continuación, preguntó con aspecto algo bobo:

—¿Su madre era rubia y hermosa?

Me sorprendió la pregunta y contesté que también mi abuela lo había sido. Pero, lo que es para él, estaba yo curado, totalmente curado. Abrí la boca de par en par para regocijarme con él y me resigné a lo que a continuación vendría, es decir,

no más investigaciones, búsquedas y meditaciones, sino una auténtica reeducación.

Esas sesiones fueron una auténtica tortura desde entonces y yo las mantuve sólo porque siempre me ha resultado difícil detenerme cuando me muevo o ponerme

en marcha cuando estoy quieto. Algunas veces, cuando él soltaba alguna gorda, me arriesgaba a oponer alguna objeción. No era en absoluto verdad —como él creía en cambio— que cada una de mis palabras, cada uno de mis pensamientos, fueran los de un delincuente.

El doctor, en esas ocasiones, abría sus ojos por la sorpresa. ¡Yo estaba curado y no quería aceptarlo! Una auténtica ceguera: ¿sabía ahora que había deseado robarle a mi padre su mujer —¡mi madre!— y no sentía que me había curado?

¡Qué obstinación más inaudita la mía! Pero el doctor admitía que mi curación sería más profunda cuando hubiera concluido mi proceso de reeducación, tras el que me acostumbraría a considerar esas cosas (el deseo de matar a mi padre y besar a mi propia madre) como hechos muy inocentes por los que no era preciso sentir remordimientos, porque a menudo se daban también en las mejores familias. En el fondo, ¿qué perdía yo? Él me dijo un día que yo era ya como un convaleciente que no se había habituado aún a vivir sin fiebre. Pues bien: tendría que esperar todavía un tiempo para acostumbrarme.

Él sentía que yo no estaba aún plenamente persuadido y además de la reeducación, de vez en cuando, volvía al tratamiento. Intentaba tratar de nuevo los sueños, pero no volvimos a tener ninguno que fuera auténtico. Fastidiado por tener que esperar tanto, acabé por inventarme uno. No lo habría hecho si hubiera podido prever las dificultades de una simulación como ésta. No es en absoluto sencillo balbucear como si nos encontráramos inmersos en un duermevela, cubrirnos de sudor o palidecer; no traicionarnos, ponernos si acaso rojos por el esfuerzo y no sonrojarnos. Hablé como si hubiera vuelto a la mujer de la jaula y la hubiese obligado a extender hacia mí, a través de un agujero que de repente se hubiera producido en la pared de la habitación, uno de sus pies para que yo lo chupara y me lo comiese. «El

izquierdo, el izquierdo», murmuré, añadiendo a la visión un detalle curioso que pudiera hacer que se pareciera a los sueños anteriores. Demostraba yo así también haber comprendido perfectamente cuál

era la enfermedad que el doctor exigía de mí. A esto es a lo que se parecía el

Edipo infantil: chupaba el pie izquierdo de la madre para cederle el pie derecho al padre. En mi esfuerzo por imaginar realmente (lejos de ser esto una contradicción) me engañé también a mí mismo incluso al sentir el sabor de su pie. A punto estuve de vomitar.

No sólo el doctor sino que yo mismo hubiera deseado que se me aparecieran esas queridas imágenes de mi juventud, auténticas o falsas pero que no había tenido necesidad de construir. Dado que junto al doctor no volvían a presentarse, intenté

propiciar su llegada lejos de él. Solo, corría el riesgo de olvidarlas, pero ¡a esas alturas no perseguía yo una cura! Pretendía conseguir rosas de mayo en diciembre. Ya las había tenido, ¿por qué no hubiera podido conseguir volver a tenerlas?

En la soledad me aburrí también bastante, pero después, en vez de las imágenes, surgió algo que durante algún tiempo las

sustituyó. Simplemente creí haber conseguido hacer un importante descubrimiento científico. Me creí llamado a completar toda la teoría de los colores fisiológicos. Mis predecesores, Goethe y Schopenhauer,[31] no habían llegado a imaginar nunca hasta dónde se podía llegar manejando hábilmente los colores complementarios.

Conviene saber que yo pasaba mi tiempo echado en el sofá frente a la ventana de mi estudio, desde la que veía un fragmento de mar y de horizonte. Pues bien, una tarde, con un crepúsculo lleno de color en un cielo lleno de nubes dispersas, me entretuve largo rato en admirar en un extremo despejado un color magnífico, verde, puro y sereno. En el cielo había también mucho color rojo extendido en

los márgenes de las nubes hacia poniente, pero era un rojo aún pálido, desteñido por los blancos rayos del sol que recibía.

Deslumbrado, tras un corto intervalo de tiempo, cerré los ojos y pude ver que el verde era el color a que había estado dirigido mi interés, porque en mi retina apareció su color complementario, un rojo brillante que en nada se parecía al rojo luminoso, pero pálido, del cielo. Miré, acaricié ese color que yo había fabricado. Mi gran sorpresa se produjo cuando, después de haber abierto los ojos, vi ese llameante color rojo invadir

todo el cielo y cubrir también el verde esmeralda que, durante largo tiempo, no conseguí volver a distinguir. Pero ¡entonces yo había descubierto la manera de poder teñir la naturaleza! Naturalmente, repetí el experimento varias veces. Lo curioso es que había también movimiento en esa coloración. Cada vez que abría los ojos, el cielo no recogía enseguida el color de mis retinas. Había, en cambio, un instante de vacilación en el que conseguía volver a distinguir el verde esmeralda que había dado lugar a ese rojo que acabaría por engullirle. Este último surgía del fondo, inesperado, y se extendía como un monumental incendio.

Cuando estuve seguro de lo acertado de mi observación, se la llevé al doctor con la esperanza de reavivar nuestras tediosas sesiones. El doctor me despachó alegando que yo tenía las retinas más sensibles a causa de la nicotina. A punto estuve de decirle que, en ese caso, también las imágenes que nosotros habíamos atribuido a reproducciones de acontecimientos de mi juventud podían haber sido

producto del efecto del mismo veneno. Con ese argumento le hubiera revelado que no me había curado y él habría intentado convencerme para volver a empezar mi tratamiento desde el principio.

Y, sin embargo, ese bruto no siempre creyó que yo estuviera tan intoxicado. Lo prueba también el intento de reeducación que llevó a cabo para curarme de la

que él llamaba mi enfermedad del tabaco. Éstas fueron sus palabras: el tabaco no me hacía daño y, cuando consiguiera convencerme de que era inocuo, pasaría a serlo del todo. Seguía además argumentando que, dado que las relaciones con mi padre habían sido sacadas a la luz del día y presentadas ante mi juicio de hombre adulto, bien podría yo entender que me había aficionado a ese vicio para

competir con mi padre y le había atribuido un efecto venenoso al tabaco por un íntimo sentimiento moral con el que quise así castigarme por competir con él.

Ese día dejé atrás la casa del doctor fumando como un carretero. Había que hacer una prueba y yo me presté de buen grado. Durante todo el día fumé sin cesar. Mi bronquitis crónica había vuelto a aparecer; sobre ella no cabían dudas porque no costaba descubrir sus efectos en la escupidera.

Al día siguiente le conté al doctor que había fumado mucho y que ahora ya no me importaba. El doctor me miró sonriendo y yo adiviné que su pecho se henchía de orgullo. ¡Retomó con calma la



tarea de mi reeducación! ¡Avanzaba con la seguridad de ver florecer el suelo en el que detenía su paso!

Es muy poco lo que recuerdo de todo ello. Padecí esa reeducación y cada vez que salía de esa habitación me sacudía como un perro que sale del agua, consiguiendo quedarme mojado, aunque no empapado.

Recuerdo, en cambio, con indignación que mi instructor afirmaba que el doctor Coprosich había tenido razón al dirigirme las palabras que habían causado en mí tanto resentimiento.

¿Entonces quería eso decir que había merecido la bofetada que mi padre quiso darme mientras moría? No sé si llegó a afirmar también esto último. Sé con toda certeza que según él yo había odiado también al anciano señor Malfenti, que había pasado a ocupar el lugar de mi padre. Son muchos en esta vida los que creen que no pueden vivir sin un determinado afecto; yo, en cambio, según él, perdía mi equilibrio si me faltaba un determinado odio. Me casé con una u otra de sus hijas y me resultaba indiferente cuál, porque se trataba de poner a su padre en un lugar donde pudiera alcanzarle mi odio. A

continuación me las compuse para mancillar esa casa en la que había entrado.

Traicioné a mi mujer y es evidente que, de haber podido hacerlo, habría seducido a Ada y también a Alberta. Naturalmente no tengo la menor intención de negar todo esto y, es más, me produjo grandes risas que el doctor, al decírmelo, adoptara la actitud de un Cristóbal Colón cuando llegó a América. Creo, sin embargo, que él es el único en este mundo que oyendo que quería acostarme con dos bellas mujeres se preguntaba: —¿Qué motivo puede llevar a este hombre a querer acostarse con dos mujeres? Más difícil de soportar me resultó lo que también el doctor se creyó autorizado a decir a propósito de mis relaciones con Guido. De mi propia narración él había recibido la información de la antipatía que había marcado el inicio de mi trato con Guido. Esa antipatía, en su opinión, nunca dejó de existir y Ada tuvo razón al ver la última manifestación de su existencia en mi ausencia el día de su entierro. No recordó que yo me encontraba entonces inmerso en la pía tarea de salvar el patrimonio de Ada, ni yo me digné recordárselo.

Al parecer el doctor, en lo relativo a Guido, llevó a cabo también algunas pesquisas; afirma que, habiéndolo elegido Ada, no podía ser Guido tal y como

yo lo describía. Descubrió que un grandioso almacén de maderas, muy cercano a la casa donde realizábamos nuestras sesiones de psicoanálisis, había pertenecido a la empresa Guido Speier & Cía. ¿Por qué no se lo había yo mencionado?

Si lo hubiera hecho habría ello supuesto una dificultad añadida a mi exposición, que ya resultaba muy difícil. Esta eliminación no es más que la prueba de que una confesión mía en italiano no podía ser ni completa ni sincera. En los depósitos de maderas hay una enorme variedad de cualidades que nosotros, en Trieste, denominamos con términos extranjeros tomados del dialecto, del croata, del alemán y, en algunas ocasiones, incluso del francés (zapin, por ejemplo, no equivale en absoluto a sapin).[32] ¿Quién podía prestarme un auténtico vocabulario? ¿A mi edad, tenía acaso que buscarme un empleo en la empresa de algún comerciante de maderas que fuera un buen exponente lingüístico del italiano normalizado? Por lo demás, el almacén de maderas de la empresa Guido Speier & Cía no arrojó más que pérdidas. Además, no tenía ningún motivo para referirme a él porque permaneció siempre inactivo, salvo cuando intervinieron los ladrones e hicieron desaparecer esas maderas con nombres extranjeros, como si hubiera sido un material destinado a construir veladores para experimentos de espiritismo.

Le propuse al doctor que recabara información sobre Guido procedente de mi mujer, de Carmen o de Luciano, un gran comerciante que todos conocen. Que yo sepa no se dirigió a ninguno de ellos y debo creer que se abstuvo de hacerlo por el miedo de ver caer, a raíz de esas informaciones, todo su edificio de

acusaciones y sospechas. ¿Por qué surgiría en él ese odio hacia mí? Seguro que también él ha sido un histérico de mucho cuidado, por haber deseado en vano a su madre, que se venga en quien no tiene nada que ver con esa historia.

Al final yo me sentí muy cansado de esa lucha que me veía obligado a mantener con un doctor al que además pagaba. Creo que esos sueños debidos al tratamiento no me han sentado bien, y además la libertad de poder fumar todo lo que quería acabó por abatirme del todo. Tuve una buena idea: fui a ver al doctor Paoli.

Hacía muchos años que no lo veía. Su pelo se había vuelto más blanco, pero su figura de granadero no estaba aún demasiado redondeada por la edad, ni encorvada. Seguía examinando las cosas con unas miradas que parecían caricias. En esta ocasión descubrí por qué me producían esa impresión. Evidentemente a

él le gusta mirar y mira tanto las cosas bonitas como las feas, con el placer con el que otros acarician.

Había subido a su consulta con la intención de preguntarle si creía que debía continuar mi psicoanálisis, pero cuando me vi delante de esos ojos suyos, fríamente indagadores, no tuve el valor de hacerlo. Tal vez me ponía en ridículo al confesar que, a mi edad, me había dejado embaucar por una tal superchería. Sentí tener que callarme, porque si el doctor Paoli me hubiera prohibido seguir con mi terapia, mi posición se hubiera visto muy simplificada, pero también me hubiera contrariado verme durante demasiado tiempo acariciado por esos grandes ojos suyos.

Le hablé de mis insomnios, de mi bronquitis crónica, de una erupción en las mejillas que por aquel entonces me ocasionaba muchos padecimientos, de unos lacerantes dolores en las piernas y, para finalizar, de unas extrañas pérdidas de memoria que empezaba a advertir.

El doctor Paoli analizó mi orina delante de mí. La mezcla adquirió un tono negro y Paoli adoptó un aspecto pensativo. ¡Ése sí que era un auténtico análisis y no el psicoanálisis! Me acordé con simpatía y emoción de mi pasado lejano de

químico y de mis auténticos análisis: ¡un tubito, un reactivo y yo! El otro, el

líquido analizado duerme hasta que el reactivo lo despierta imperiosamente. En el tubo de ensayo no hay resistencia o, si la hay, cede ante la más mínima elevación de la temperatura y no hay la menor simulación. En ese tubo de ensayo no sucedía nada que pudiese recordar mi comportamiento cuando, por agradar al doctor S., inventaba yo nuevos detalles de mi infancia destinados a confirmar el diagnóstico de Sófocles. Aquí, en cambio, todo era verdad. Lo que había que analizar estaba encerrado en la probeta y, sin sufrir ningún tipo de

alteración, esperaba al reactivo; cuando este último llegaba, pronunciaba siempre la misma sentencia. En el psicoanálisis no se repiten nunca ni las mismas imágenes ni las mismas palabras.

Habría que darle un nombre diferente; deberíamos llamarlo aventura psíquica. Exactamente eso; cuando se empieza una simple terapia es como si nos internásemos en un bosque no sabiendo si nos encontraremos con un bandido o con un amigo. Y no llega uno a tener una respuesta definitiva ni siquiera cuando la aventura ha concluido. En esto último

el psicoanálisis se parece al espiritismo.

El doctor Paoli no creía que se tratara de azúcar. Quería volver a verme al día siguiente tras haber analizado ese líquido por polarización.

Yo, de momento, me marché radiante, cargado de diabetes. A punto estuve de ir a ver al doctor S. para preguntarle cómo habría analizado él ahora en mi interior las causas de una enfermedad como ésta para anularlas, pero ya había tenido bastante de ese sujeto y no quería volver a verle ni siquiera para burlarme de él.

Tengo que confesar que la diabetes revistió, en mi caso, una especial impresión de dulzura. Le comuniqué a Augusta esta situación y sus ojos se llenaron enseguida de lágrimas:

—Has hablado tanto de enfermedades toda tu vida que, al final, ¡tenías que tener una! —dijo, y a continuación trató de consolarme.

Me gustaba mi enfermedad. Me acordé con simpatía del pobre Copley que prefería una enfermedad real a una imaginaria. Ahora yo también estaba de acuerdo con él. La enfermedad real era muy sencilla, sólo había que dejar que actuara. De hecho, cuando leí en un libro de medicina la descripción de mi dulce enfermedad,

descubrí que llevaba aparejado un programa de vida (¡no de muerte!) en sus diferentes estadios. Adiós a mis propósitos; por fin quedaba yo libre de ellos. Cada cosa seguiría su camino sin ninguna intervención por mi parte.

Descubrí también que mi enfermedad era siempre o casi siempre muy dulce. El enfermo come y bebe mucho y no hay grandes padecimientos si se tiene cuidado en evitar la aparición de llagas. Después se llega a la muerte en un dulce coma.

Poco después el doctor Paoli me llamó por teléfono. Me comunicó que no había indicios de azúcar en mis análisis. Fui a verle al día siguiente y me prescribió una dieta que seguí sólo durante pocos días y un mejunje cuya composición escribió con una letra ilegible y que bebí, por orden suya, a lo largo de un mes completo.

—¿Le ha asustado mucho la diabetes? —me preguntó sonriente.

Protesté pero no le dije que ahora que la diabetes me había abandonado he pasado a sentirme muy solo. No me hubiera creído.



Por aquel entonces cayó entre mis manos la célebre obra del doctor Beard[33] sobre la neurastenia. Seguí su consejo y cambié de medicina cada ocho días con sus recetas, que copié con una escritura más clara. Durante algunos meses el tratamiento me pareció bueno. Ni siquiera Copler había tenido en su vida un tan abundante consuelo de medicinas como tenía yo entonces. Después, también esa fe pasó, pero de momento yo había aplazado día tras día mi regreso al psicoanálisis.

Me encontré después con el doctor S., que me preguntó si había decidido dejar el tratamiento. Actuó con mucha educación, con mucha más educación de la que había hecho uso cuando me tenía en su poder. Evidentemente, quería volver a tratarme. Yo le dije que tenía asuntos urgentes que resolver, cuestiones familiares que requerían mi tiempo y me preocupaban y que, en cuanto recobrarla la calma, volvería a verle.

Hubiera querido pedirle que me devolviera mi manuscrito pero no me atreví; habría tenido el mismo valor que confesarle que no quería volver a saber nada del tratamiento. Me reservé un intento parecido para otro momento cuando él se hubiera dado cuenta de que yo no pensaba ya en el tratamiento y se hubiera resignado a este hecho.

Antes de dejarme me dedicó unas palabras con la intención de recuperarme:

—Si examina su ánimo encontrará que éste ha cambiado. Ya verá cómo regresa enseguida a mi consulta cuando advierta que yo conseguí, en un tiempo relativamente corto, acercarle a la salud.

Yo, en realidad, creo que con su ayuda, a fuerza de estudiar mi ánimo, he conseguido sumirme en nuevas enfermedades.

Estoy ahora dedicado a intentar curarme de su tratamiento. Evito los sueños y los recuerdos. Por su culpa mi pobre cabeza ha pasado a no poder sentirse ya segura sobre mis hombros. Tengo unos despistes horribles. Hablo con la gente y mientras digo algo intento involuntariamente acordarme de otra cosa que dije poco antes o que hice sin que logre acordarme de qué es. Intento recordar incluso un pensamiento al que puedo llegar a conceder una importancia enorme; el mismo tipo de importancia que mi padre

concedió a esos pensamientos que tuvo poco antes de morir y que no pudo llegar a recordar.

Si no quiero acabar en un manicomio, tendré que prescindir de semejantes entretenimientos.

15 de mayo de 1915

Hemos pasado dos días de fiesta en nuestra casa de Lucinico.[34]  
Mi hijo Alfio tiene que reponerse tras haber pasado una gripe y se quedará aquí con su hermana. Nosotros regresaremos para el Corpus.

He conseguido recuperar mis dulces costumbres y dejar de fumar. Estoy ya mucho mejor desde que he podido eliminar la libertad que ese bobo doctor se había empeñado en concederme. Hoy que estamos a mitad de mes me ha impresionado comprobar las dificultades que nuestro calendario ofrece para poder tomar una regular y ordenada resolución. Ningún mes es igual a otro. Para mejor destacar la decisión que va a tomar, uno querría que su decisión de acabar de fumar coincidiera con algo más, por ejemplo el final de un mes, pero excepto julio y agosto y diciembre y enero, no hay otros meses que, yendo aparejados en una misma sucesión, tengan una cantidad par de días. ¡Un auténtico desorden, todo lo relativo al tiempo!

Para concentrarme mejor, la tarde del segundo día la pasé solitario junto a las orillas del río Isonzo.[35] No hay mejor manera de concentrarse que mirar cómo

fluye el agua. Uno se queda quieto, y el agua, al correr, aporta la distracción que uno necesita porque no resulta igual a sí misma, en el color y las formas que adopta, ni un solo instante.

Era un día extraño. Con toda certeza, arriba soplaban un viento muy fuerte porque las nubes cambiaban de manera continua sus formas, pero más abajo la

atmósfera estaba quieta. De vez en cuando sucedía que, a través de las nubes en movimiento, el sol, que estaba ya alto, encontraba una rendija para inundar con sus rayos tal o cual trecho de colina o la cima de una montaña, destacando el dulce verde de ese mes de mayo en medio de las sombras que cubrían todo el paisaje. La temperatura era templada y esa fuga de nubes en el cielo ponía también sus primaverales notas. No había duda: ¡el tiempo se estaba recuperando!

Pude conseguir un auténtico momento de recogimiento, uno de esos instantes raros que la avara vida tan escasamente concede, un momento de auténtica gran objetividad en el que uno deja, por fin, de creerse y sentirse víctima. En medio de todo ese verde que esos destellos de sol tan deliciosamente destacaban, pude sonreírle a mi propia vida y hasta a mi enfermedad. Las mujeres tuvieron

siempre, en ella, una enorme importancia. Ellas, o tal vez pedazos de ellas, como sus pequeños pies, sus cinturas, sus bocas, colmaron todos mis días. Y

¡revisando mi vida y también mi enfermedad, las amé, las comprendí! Mi vida había sido más bonita que las de los así llamados sanos, esos mismos que pegan, o hubieran querido pegar, a sus mujeres todos los días menos en determinados momentos. A mí, en cambio, el amor me había acompañado siempre. Cuando no había dirigido a mi mujer todos mis pensamientos por estar distraído, sí había tenido que dirigir a ella mis pensamientos para conseguir que me perdonara el hecho de haber pensado en otras mujeres. Los otros hombres solían dejar a sus mujeres, desilusionados y hartos de la vida. En mi vida nunca faltó el deseo, y la ilusión volvió a renacer íntegra tras cada naufragio, en mi sueño de miembros, voces y actitudes más perfectas.

Recordé en ese momento que entre las muchas mentiras que le había soltado a ese profundo observador de la vida que era el doctor S., estaba también la de que yo no había traicionado a mi mujer tras la partida de Ada. También a propósito de esta mentira fabricó él sus propias teorías. Allá, en la orilla de ese río, de repente, con sobresalto, me acordé de que era verdad que desde hacía algunos días, tal vez desde que había dejado la terapia, no había vuelto a buscar la compañía de otras mujeres. ¿Estaba tal vez curado como pretendía el doctor S.?

Con lo viejo que soy, hace bastante que las mujeres ya no me miran. Si yo dejo de mirarlas, cualquier relación entre nosotros quedará interrumpida.

Si una duda como ésta se me hubiera ocurrido en Trieste, habría sabido enseguida de qué manera resolverla. Aquí era bastante más difícil.

Pocos días antes había estado hojeando el libro de memorias de Da Ponte,[36] el aventurero contemporáneo de Casanova.

También él había pasado con toda seguridad por Lucinico y yo soñé encontrarme con esas damas suyas empolvadas, con los miembros ocultos tras el velo de las crinolinas. ¡Dios mío!

¿Cómo conseguían esas mujeres ceder tan pronto y tan a menudo estando protegidas por todas esas telas?

Me pareció que el recuerdo de las crinolinas, a pesar de mi terapia, resultaba bastante excitante, pero este deseo mío resultó muy elaborado y no me tranquilizó de manera suficiente.

Tuve poco después la experiencia que estaba buscando y bastó para tranquilizarme, pero me costó bastante. Para tenerla,

enturbié y eché a perder la relación más pura que había tenido en mi vida.

Me tropecé con Teresina, la hija mayor del colono de una finca situada junto a mi casa. El padre había enviudado hacía dos años y su numerosa prole había vuelto a encontrar la figura de una madre en Teresina, una robusta muchacha que se levantaba temprano para trabajar y dejaba el trabajo sólo cuando llegaba la hora de acostarse y descansar para proseguir su tarea el día siguiente. El día de nuestro encuentro, ella conducía el burrito que normalmente estaba confiado al cuidado de un hermano pequeño y caminaba junto al carro cargado de hierba fresca, porque el animal, de talla no muy grande, no hubiera podido arrastrar también por esa ligera pendiente el peso de la muchacha.

El año anterior Teresina me había parecido aún una niña y no le había dirigido más que una simpatía sonriente y paternal. Incluso el día anterior, cuando había vuelto a verla por primera vez, por más que hubiera notado que había crecido, con su morena carita más seria y sus débiles hombros más anchos, sobre un seno que estaba adquiriendo relieve en el pequeño desarrollo de su cuerpo menudo y cansado, había seguido viéndola como una niña inmadura de la que sólo se podían admirar su extraordinaria



actividad y el instinto maternal que sus hermanos pequeños disfrutaban. Si no hubiera andado por medio esa condenada terapia y la necesidad de comprobar de inmediato en qué estado se encontraba mi enfermedad, también en esa concreta ocasión hubiera podido yo irme de Lucinico sin haber llegado a turbar tanta inocencia.

Teresina no vestía crinolinas y su carita rellena y sonriente no conocía el uso de afeites. Tenía los pies desnudos y se le veía también la mitad de la pierna. Ni su carita ni sus piecitos ni su pierna llegaron a encender mi deseo. La cara y los miembros que Teresina dejaba a la vista tenían el mismo color; pertenecían al aire y no había nada de malo en que estuvieran al aire. Tal vez por ello no conseguían atraer mi interés. Lo que me alarmó fue notar mi falta de reacción.

¿Era posible que tras la terapia necesitara yo ya crinolinas?

Empecé por acariciar al burrito al que mi llegada acababa de conceder un descanso. Intenté después volver a Teresina y puse en sus manos nada menos que diez coronas. ¡Era el primer atentado! El año anterior, para expresar mi afecto paternal hacia ella y sus hermanos, había puesto en sus manitas sólo unos pocos céntimos. Pero ya se sabe que el afecto paternal es otra cosa. Teresina se

quedó asombrada ante mi rico presente. Cuidadosamente levantó su faldita para esconder en no sé qué oculto bolsillo el precioso pedazo de papel. Al hacerlo pude ver otra parte de su pierna igualmente morena y casta.

Me volví al burrito y le di un beso en la cabeza. Mi afecto despertó el suyo. Alargó el hocico y emitió ese sonoro grito de amor que yo he escuchado siempre con respeto. ¡De qué manera supera éste las distancias y cuánto significado encierra con ese primer grito que llama y se repite, atenuándose después y terminando en un llanto desesperado! Al escucharlo tan cerca de mí, hizo que mis tímpanos retumbaran.

Teresina se reía y su risa me dio valor. Volví a su lado y aferré su antebrazo, haciendo que mi mano lo remontase lenta, hacia su pequeño hombro, explorando mis sensaciones. ¡Gracias a Dios, aún no estaba curado! Había dejado a tiempo la terapia.

Teresina hizo que el burro siguiera su camino con un buen golpe y se fue detrás de él dejándome.

Riendo abiertamente porque me quedaba satisfecho aunque la muchacha no quisiera saber nada de mí, le dije:

—¿Tienes novio? Deberías tenerlo. ¡Es una pena que aún no lo tengas!

Mientras seguía su camino, me dijo:

—Si me echo uno, será desde luego más joven que usted.

Mi alegría no se vio empañada. Me hubiera gustado darle una pequeña lección e intenté acordarme de cómo en la obra de Boccaccio se dice que Maese Alberto de Bolonia honestamente avergüenza a una mujer que le quería avergonzar por haberse enamorado de ella. Pero el intento de maese Alberto no alcanzó su objetivo porque doña Malgherida de los Ghisolieri le dijo: «Aprecio vuestro amor como el de un hombre sabio y valiente; y por ello, quedando a salvo mi honestidad, imponed con plena confianza todo placer que queráis que sea vuestro, como si yo vuestra fuera». Intenté hacer algo mejor:

—¿Cuándo te dedicarás a los viejos, Teresina? —grité para que me entendiera desde lejos.

—Cuando sea vieja yo también —gritó ella riéndose con ganas y sin detenerse.

—Pero entonces los viejos ya no querrán saber nada de ti.  
¡Escúchame! ¡Les conozco!

Gritaba también yo, complacido con mis golpes de ingenio que procedían enteramente de mi sexo. En ese instante, en algún punto del cielo las nubes se abrieron y dejaron pasar los rayos de sol que alcanzaron a Teresina que estaba ya lejos de mí, a más de cuarenta metros de distancia y diez o más metros más arriba. ¡Era pequeña, morena, pero luminosa! ¡El sol no llegó a iluminarme a mí! Cuando se es viejo se queda uno en sombras aunque disponga de ingenio.

26 de junio de 1915

¡La guerra me ha alcanzado! Yo que escuchaba las historias de guerra como si se tratara de una guerra de otras épocas de la que resultaba divertido hablar pero de la que hubiera sido estúpido preocuparse, me encontré en medio de ella lleno de estupor y sorprendido al mismo tiempo, por no haber advertido hasta entonces que después habría de verme también yo afectado. Había vivido con toda tranquilidad en un edificio cuya planta baja estaba ardiendo y no había previsto que más pronto o más tarde toda la edificación, conmigo dentro, se hundiría en medio de las llamas.

La guerra me ha alcanzado, me ha sacudido como a un trapo, me ha privado de golpe de toda mi familia y también de mi nuevo administrador. De un día a otro me convertí en un hombre nuevo, es más, para ser exactos, cada una de mis veinticuatro horas pasó a ser completamente nueva. Desde ayer me encuentro algo más tranquilo porque, por fin, tras un mes de espera, he tenido las primeras noticias de mi familia. Están todos sanos y salvos en

Turín mientras que yo había ya perdido cualquier esperanza de volver a verlos.

Tengo que pasar todo el día en mi oficina. No tengo nada que hacer allí; los dos Olivi, como ciudadanos italianos que son, tuvieron que marcharse y todos mis escasos mejores empleados están combatiendo en un bando o en el otro y por eso tengo que quedarme en mi puesto como vigilante. Por la tarde vuelvo a casa con el grueso manojo de llaves del almacén. Hoy, que me siento mucho más

tranquilo, me he llevado a la oficina este manuscrito que podría ayudarme a pasar mejor este largo tiempo. De hecho, me ha proporcionado un maravilloso rato durante el que he podido comprobar que ha habido en este mundo una época de tanta quietud y silencio como para permitir que alguien se entretuviera con juguetes como éstos.

No estaría mal que alguien me invitara seriamente a sumirme en un estado de semiinconsciencia que me permitiera volver a vivir aunque nada más fuera una hora de mi vida anterior. Me reíría en sus narices. ¿Cómo se puede dejar atrás un presente como el actual para ir en busca de cosas sin la menor importancia? Yo opino que es ahora cuando me he distanciado definitivamente de

la salud y la enfermedad. Camino por las calles de nuestra pobre ciudad, sintiendo que soy un privilegiado que no va a la guerra y que cada día encuentra lo que necesita para comer. En comparación con todos los demás me siento muy feliz — especialmente desde que he tenido noticias de mi familia—, tanto que me parecería estar provocando la ira de los dioses si además estuviera yo bien del todo.

La guerra y yo nos encontramos de una manera violenta que, ahora, encuentro también algo cómica.

Augusta y yo habíamos regresado a Lucinico a pasar el Corpus con nuestros hijos. El 23 de mayo me levanté temprano. Tenía que tomar las sales en Carlsbad y dar un paseo antes del desayuno. Fue durante este tratamiento en Lucinico cuando advertí que el corazón, cuando se está en ayunas, se ocupa de manera más activa de otras cuitas, irradiando por todo el organismo un gran bienestar. Mi teoría había de perfeccionarse en el curso de ese mismo día en el que se me obligó a pasar un hambre que me sentó muy bien.

Augusta, para despedirse de mí, levantó su blanca cabeza de la almohada y me recordó que había prometido a mi hija traerle algunas rosas. Nuestro rosal estaba seco y había, por tanto, que pensar en otra solución. Mi hija se había convertido en una bella señorita y se parecía a Ada. De un día para otro, había olvidado comportarme con ella como un tosco educador y había pasado a desempeñar el papel del caballero que respeta la femineidad en el caso incluso de su propia

hija. Ella se dio cuenta enseguida de su poder y, para gran diversión de Augusta y mía, abusó de él. Quería rosas y había que conseguirlas.

Me hice el propósito de caminar durante un par de horas. Lucía un bonito sol y, dado que mi intención era caminar sin detenerme hasta que volviera a casa, no me llevé ni la chaqueta ni el sombrero. Por suerte me acordé de que tendría que pagar las rosas y no me dejé en casa, junto con la chaqueta, la cartera.

Me dirigí ante todo al campo de al lado, en busca del padre de Teresina, para rogarle que cortase las rosas que recogería yo a mi regreso. Entré en el patio de grandes dimensiones, limitado por un muro bastante estropeado, y no encontré a nadie. Grité el nombre



de Teresina. De la casa salió el más pequeño de los niños, que tendría entonces unos seis años.

Puse en su pequeña mano algunos céntimos y él me contó que toda su familia había ido muy temprano hasta más allá del río Isonzo, para dedicar toda la jornada de trabajo a un campo de patatas cuya tierra había que remover.

Era algo que no me disgustaba. Conocía ese campo y sabía que para llegar hasta él tendría que emplear cerca de una hora de tiempo. Dado que me había propuesto caminar durante dos horas, me agradaba la idea de poder asignar a mi paseo una finalidad determinada. De esta manera no cabía el temor de tener que verlo interrumpido por un imprevisto ataque de pereza. Me puse en camino a través de una llanura más alta que la carretera, desde la que, por ese motivo, no distinguía más que sus márgenes y alguna copa de árbol en flor.

Me sentía verdaderamente alegre; en mangas de camisa y sin sombrero, tenía la

impresión de ir muy ligero. Aspiraba ese aire tan puro y, como tenía por costumbre desde hacía algún tiempo, mientras

caminaba, realizaba los ejercicios de gimnasia pulmonar de Niemeyer.[37] Esta técnica que me ha enseñado un amigo alemán, resulta algo muy útil para quien lleva una vida bastante sedentaria.

Cuando hube llegado al campo al que me dirigía, vi a Teresina que estaba trabajando justo en la parte orientada hacia la carretera. Me acerqué a ella y advertí entonces que, algo más allá, trabajaban junto al padre los dos hermanos pequeños de Teresina de una edad que no hubiera podido precisar, entre los diez y los catorce años. Con el cansancio del ejercicio puede que los viejos se sientan exhaustos pero, gracias a la excitación que acompaña a este estado, más jóvenes en cualquier caso que en la inactividad. Riendo me acerqué a Teresina:

—Aún estás a tiempo, Teresina. No te demores.

No me entendió y yo no le expliqué nada. No era preciso. Dado que no se acordaba, se podía volver a reanudar con ella nuestra antigua forma de relación. Había vuelto a repetir mi experimento y había ya obtenido, también en esta ocasión, un resultado favorable. Al dirigirle esas pocas palabras la había al tiempo

acariciado de una manera diferente a como pueda llegar a hacerlo una mirada.

Con el padre de Teresina enseguida llegué a un acuerdo en lo relativo a las rosas. Me permitía cortar cuantas quisiera sin que el precio tuviera que suponer motivo de discusión; él quería reanudar enseguida su trabajo mientras que yo me disponía a tomar el camino de regreso, pero en ese momento cambió de opinión y vino detrás de mí. Tras darme alcance, en voz muy baja me preguntó:

—¿No ha oído usted nada? Dicen que ha estallado la guerra.

—¡Sí! ¡Todo el mundo lo sabe! Desde hace cerca de un año — contesté yo.

—No me refiero a esa —dijo él con impaciencia—. Me refiero a la guerra con...

—e hizo un gesto en dirección a la cercana frontera italiana—. ¿No sabe usted nada? —Me miró esperando mi respuesta con ansiedad.

—Comprenderás —le contesté con total seguridad— que si yo no sé nada, eso quiere decir que no hay nada. Vengo de Trieste y las últimas palabras que he oído allí refieren que el peligro de una guerra está totalmente descartado. En

Roma ha caído el gobierno favorable a la guerra y tienen ahora a Giolitti.[38] Él recobró de inmediato la calma:

—De tal manera que estas patatas que estamos tapando y que prometen resultar tan buenas ¡serán nuestras después! ¡Cuántos charlatanes hay! —Con la manga de la camisa se secó el sudor que caía de su frente.

Al verle tan contento, intenté incrementar aún más su alegría. Me gustan las personas felices. Por este motivo dije algunas cosas que no me agrada recordar. Afirmé que, aun cuando la guerra llegara a estallar, no sería allí donde se librarían los combates. Antes estaba la opción del mar, donde ya era hora de que se enfrentaran, y además no faltaban en Europa campos de batalla para quien los quisiera. Estaba Flandes, y varios departamentos en Francia. Había oído además

—no sabía determinar quién me lo había dicho— que, en este mundo, había una tal demanda de patatas que hasta en los campos de batalla las recolectaban con sumo cuidado. Hablé

mucho, sin dejar de mirar a Teresina que, pequeña y diminuta, se había inclinado sobre la tierra para probarla antes de golpear con su pala.

El campesino, totalmente tranquilizado, regresó a su trabajo. Yo, en cambio, le había entregado una parte de mi tranquilidad, quedándome con un remanente muy mermado para mí. Era verdad que en Lucinico estábamos demasiado cerca de la frontera. Lo discutiría con Augusta. Tal vez no sería mala idea regresar a Trieste y desplazarnos después más allá o más acá de ese punto. Era verdad que Giolitti había vuelto al poder, pero no era posible saber si, una vez allí, seguiría viendo las cosas bajo la misma luz con que las había visto cuando quien presidía el gobierno no era él.

Me puso aún más nervioso el encuentro casual con un pelotón de soldados que marchaba por la carretera en dirección a Lucinico. Eran unos soldados no muy jóvenes y muy mal vestidos y equipados. Colgada al costado, llevaban lo que nosotros en Trieste llamábamos una Durlindana,[39] esa bayoneta larga que, en Austria, en el verano de 1915, habían tenido que sacar de antiguos depósitos. Durante algún tiempo caminé detrás de ellos inquieto por llegar a casa cuanto antes. Después empezó a molestarme el

intenso mal olor que desprendían y aminoré el paso. Mi inquietud y mi prisa eran una tontería. Era también tonto inquietarse por haber asistido a la inquietud de un campesino. Veía desde lejos mi casa y el pelotón no estaba ya en la carretera. Aceleré el paso para llegar por

fin a poder tomar mi desayuno.

Aquí es donde empezó mi aventura. Tras un recodo del camino, me vi detenido por un centinela que gritó:

—Zurück! —mientras se ponía hasta en posición de disparo. Quise dirigirme a él en alemán ya que era en alemán como había gritado, pero él sólo sabía esa palabra en alemán y la siguió repitiendo cada vez más amenazadoramente. Había que ir zurück y yo, sin dejar de mirar hacia atrás por miedo a que el otro, para conseguir que le entendiera mejor, disparase, me aparté no sin una cierta prisa

que no me abandonó ya ni siquiera cuando el soldado no podía verme.

No había aun así renunciado a llegar enseguida a mi casa. Pensé que yendo al otro lado de la colina a mi derecha, llegaría a aparecer mucho más atrás que el amenazador centinela.

La subida no resultó difícil, especialmente porque la hierba alta estaba doblada por la acción de la gente que había pasado por allí antes que yo. Con toda seguridad se habían visto obligados a hacerlo por culpa de la prohibición de transitar por la carretera. Mientras caminaba recuperé mi seguridad y pensé que cuando llegara a Lucinico iría enseguida a protestar al alcalde por el trato que se me había dado. Si seguía consintiendo que se tratara así a los veraneantes,

¡dentro de poco nadie iría a Lucinico!

Sin embargo, al llegar a la cima de la colina me encontré con la desagradable sorpresa de hallarla ocupada por ese pelotón de soldados malolientes que ya conocía. Muchos de ellos descansaban a la sombra de una pequeña casa de campesinos que yo conocía desde hacía mucho tiempo y que a esa hora estaba completamente vacía. Tres de ellos parecían estar prestando guardia, pero orientados hacia la dirección por la que había yo llegado, y otros estaban en semicírculo delante de un

oficial que les daba unas instrucciones al tiempo que las ilustraba con un mapa que sujetaba en sus manos.

Yo ni siquiera tenía un sombrero que pudiera servirme para saludar. Inclinandome varias veces y con la mejor de mis sonrisas, me acerqué al oficial, quien, al verme, dejó de hablar con sus soldados y se puso a mirarme. También los cinco mamelucos que lo rodeaban me concedían ahora toda su atención.

Bajo todas esas miradas y sobre un terreno que no era llano, resultaba muy difícil no llegar a moverse.

El oficial gritó:

—Was will der dumme Kerl hier? (¿Qué quiere ese estúpido?)

Sorprendido de que, sin ninguna provocación, se me agraviara de esa manera, quise mostrarme virilmente ofendido pero, con la discreción que la ocasión requería, desvié mi camino e intenté alcanzar la ladera que me hubiera conducido a Lucinico. El oficial se puso a vociferar diciendo que, si llegaba a

dar un solo paso más, daría la orden de que me dispararan. Volví a sentirme muy cortés y, desde ese día hasta ahora, mientras



escribo, he seguido siendo siempre extremadamente cortés. Era una barbaridad tener que estar obligado a hablar con un sujeto así, pero por lo menos tenía la ventaja de que hablaba un fluido alemán. Representaba esto una ventaja tal que, al recordarla, resultaba más fácil dirigirse a él con dulzura. Hubiera sido una calamidad que, tan bruto como era, no hubiera tampoco comprendido el alemán. Me hubiera visto perdido.

Era una lástima que yo no hablara, en cambio, de manera fluida esa lengua porque de ser así me hubiera resultado fácil conseguir que se riera ese adusto señor. ¡Le dije que en Lucinico me esperaba mi desayuno del que sólo su pelotón me separaba!

Se rió, a fe mía que se rió. Se rió sin dejar de lanzar improperios y no tuvo la paciencia de dejarme acabar. Declaró que otros beberían el café de mi desayuno y, cuando hubo escuchado que además del café con leche estaba también allí mi mujer esperándome, gritó:

—Auch Ihre Frau wird von anderen gegessen werden. (También otros serán los que se coman a su mujer.)

Estaba ya de mejor humor que yo. Al parecer, lamentó después haberme dicho unas palabras que, subrayadas por las clamorosas risotadas de esos cinco mamelucos, podían parecer ofensivas. Se puso serio y me explicó que no debía esperar volver a ver Lucinico durante algunos días y, es más, en calidad de amigo, me aconsejaba que no lo siguiera intentando porque el solo hecho de pretenderlo podía llegar a comprometerme.

—Haben Sie verstanden? (¿Ha comprendido?)

Yo me daba cuenta, pero no resultaba fácil resignarse a renunciar a mi desayuno del que sólo me separaba la distancia de un escaso medio kilómetro. Éste era el

único motivo que me llevaba a dudar ante la idea de marcharme, porque era evidente que, cuando hubiera bajado esa colina, ese día no volvería a poder llegar a mi casa. Para ganar tiempo, le pregunté sumisamente al oficial:

—¿A quién tengo que dirigirme para poder regresar a Lucinico a coger por lo menos mi chaqueta y mi sombrero?

Hubiera debido darme cuenta de que el oficial ardía en deseos de que se le dejara solo con su mapa y sus hombres, pero aun así no esperaba despertar tanta ira por su parte.

De una manera que llegó a atronar mis oídos, gritó que ya me había dicho que no debía volver a pedir regresar al pueblo. A continuación me ordenó que me fuera donde quisiera llevarme el diablo (wo der Teufel Sie tragen will). La idea de que me llevaran no me disgustaba porque estaba muy cansado, pero aún vacilaba. Entretanto, en cambio, el oficial a fuerza de gritar se acaloró cada vez más y, con un tono muy amenazador, llamó junto a sí a uno de los cinco hombres que le rodeaban y dándole el apelativo de señor cabo le impartió la orden de guiarme a los pies de esa colina y vigilarme hasta que hubiera desaparecido en el camino que lleva a Gorizia, disparándome en caso de que mostrara la intención de desobedecer.

Acabé por bajar de esa colina más bien voluntariamente:

—Danhe schön —dije a mi vez sin el menor velo de ironía.

El cabo era un eslavo que hablaba algo de italiano. Le pareció que debía mostrarse brutal en presencia del oficial y, para obligarme a que le precediera en la bajada de la colina, me gritó:

—Marsch!

Pero cuando nos hubimos alejado se volvió afable y amigable. Me preguntó si tenía noticias de la guerra y si era verdad que la intervención italiana era inminente. Me miraba con ansiedad a la espera de mi respuesta.

¡Ni siquiera los que combatían en ella sabían, por tanto, si había o no guerra! Quise alegrarle todo lo que en mi mano estaba y le di las noticias que le había dado también al padre de Teresina, algo que luego pesó en mi conciencia. En la terrible tormenta que estaba a punto de estallar, seguramente todas las personas a las que yo tranquilicé han muerto. No es difícil imaginar la cara de sorpresa que la muerte habrá congelado en sus semblantes. Mi optimismo era irrefrenable.

¿Acaso no había visto claramente la guerra en las palabras del oficial y aún mejor en el tono con que las ilustró?

El cabo se alegró mucho y, para recompensarme, me dio también él el consejo de no volver a intentar llegar a Lucinico.

Considerando mis noticias, él pensaba que las disposiciones que me impedían regresar a mi casa serían anuladas al día siguiente, pero entretanto me aconsejaba que fuera a Trieste, a la

Platzkommando, donde tal vez pudiera conseguir un permiso especial.

—¿Hasta Trieste? —pregunté asustado—. ¿Ir a Trieste, sin chaqueta, sin sombrero y sin haber desayunado?

Según lo que el cabo sabía, mientras hablábamos un denso cordón de infantería estaba cerrando el tránsito a través de Italia, creando una nueva e insuperable frontera. Con la sonrisa de quien se cree superior me declaró que, en su opinión, el camino más corto hasta Lucinico era el que llevaba a Trieste.

A fuerza de que me lo repitieran, me resigné y me encaminé a Gorizia pensando tomar el tren del mediodía para ir a Trieste. Estaba alterado, pero tengo que decir que me encontraba muy bien. Había fumado poco y no había comido nada en absoluto y me sentía tan ligero como hacía tiempo que no me sentía. No me

molestaba el tener que seguir caminando. Me dolían algo las piernas, pero me parecía que lograría resistir hasta llegar a Gorizia, tan libre y profundo se sentía mi espíritu. Haciendo que mis piernas se calentaran a buen paso, la caminata no me resultó muy pesada. En medio de ese bienestar y marcando mis tiempos, alegre al sentirme insólitamente rápido, recuperé mi optimismo. Por más que amenazaran desde un lado y otro, no llegarían a declarar la guerra. Así fue que dudé, cuando llegué a Gorizia, si alquilar una habitación en un hotel donde pasar la noche y regresar al día siguiente a Lucinico para presentar mis quejas al alcalde.

De momento, corrí hasta la oficina de correos para telefonar a Augusta, pero nadie contestó en la casa.

El empleado, un hombrecillo con una cabeza rala que, con su escasa talla y rigidez, tenía algo de ridículo y obstinado —lo único que recuerdo aún de él—, oyendo cómo soltaba yo mis imprecaciones contra el teléfono que no me respondía, se me acercó:

—Es ya la cuarta vez hoy que Lucinico no contesta.

Cuando me volví hacia él, en sus ojos brilló una enorme y alegre maldad (¡estaba antes equivocado!; ¡esto es también algo que recuerdo sólo ahora mientras lo escribo!), y sus ojos brillantes buscaron los míos para ver si realmente estaba yo tan ofendido y enfadado. Hubieron de pasar unos buenos

diez minutos para que me diera cuenta y entonces ya no me quedaron más dudas. Lucinico se encontraba o estaba a punto de encontrarse en medio de la línea de fuego. Cuando advertí el significado de esa mirada elocuente me dirigía al café para tomar, a la espera de la comida, la taza de café que se me adeudaba desde

esa mañana.

Modifiqué mis planes y fui a la estación. Quería encontrarme más cerca de los míos y me dirigí a Trieste, siguiendo las instrucciones de mi amigo el cabo.

Durante ese breve viaje fue cuando estalló la guerra.

Pensando que llegaría enseguida a Trieste, en la estación de Gorizia, y por más que hubiera tenido tiempo para ello, no tomé ni

siquiera esa taza de café que hacía tanto tiempo que anhelaba. Subí al vagón que me correspondía y, cuando me quedé solo, dirigí mis pensamientos a mis seres queridos, de quienes de tan extraña manera me había visto separado. El tren siguió sin contratiempos su recorrido hasta más allá de Monfalcone.

Daba la impresión de que la guerra no había llegado hasta allí. Quise tranquilizarme pensando que probablemente en Lucinico las cosas discurrirían como a este lado de la frontera. A esa hora Augusta y mis hijos estarían de camino al interior de Italia. Esta tranquilidad, que se sumó a esa inmensa y sorprendente sensación de hambre que padecía, provocaron que me sumiera en un largo sueño.

Fue seguramente el hambre lo que me despertó. Mi tren se había detenido en medio de la así llamada Sajonia de Trieste. No era posible ver el mar, por más que debía de estar muy cerca, porque una ligera neblina impedía mirar a lo lejos. El Carso[40] tiene una gran dulzura en el mes de mayo, pero ésa es una cualidad que puede comprender sólo quien no haya visto modificado su juicio por las primaveras exuberantes de color y vida de otros campos. En el Carso, las piedras que afloran por todas partes están rodeadas de un no muy encendido verde que



resulta humilde porque pasa enseguida a ser la nota predominante del paisaje.

En otras circunstancias me hubiera enfurecido enormemente no poder comer con el hambre que tenía. Aquel día, en cambio, la importancia del suceso histórico del que había sido testigo me imponía reducirme a la resignación. El conductor, a quien regalé algunos cigarrillos, no pudo conseguir ni siquiera un trozo de pan. No le conté a nadie la que había sido mi experiencia de esa mañana. Ya hablaría de ello en Trieste con alguien que fuera íntimo. Desde la frontera, hacia la que tendía a orientar mi oído, no llegaba ningún ruido de combates. Estábamos parados en ese lugar para dejar que pasaran unos ocho o nueve trenes que bajaban hacia Italia como una exhalación. La llaga engangrenada (como se llamó enseguida en Austria al frente italiano) se había abierto y precisaba materiales que nutrieran su purulencia. Los pobres hombres que veía pasar en esos trenes, acudían hacia allí riendo ruidosamente y cantando. De todos aquellos trenes salían los mismos sonidos de alegría y ebriedad.

Cuando llegué a Trieste la noche había caído ya sobre la ciudad.

El resplandor de muchos incendios iluminaba la oscuridad y un amigo que vio cómo me dirigía a casa en mangas de camisa me gritó:

—¿Has participado en los saqueos?

Conseguí por fin comer algo y me fui a la cama enseguida.

Un auténtico y enorme cansancio me empujaba a irme a la cama. Yo creo que tuvo su origen en las esperanzas y las dudas que atormentaban mi mente. Seguía estando muy bien y, en el breve período que precedió al sueño (unas imágenes que el psicoanálisis me había enseñado a conservar), recuerdo que di por finalizada mi jornada con una última e infantil idea optimista: nadie había muerto aún en la frontera y se podía aún, por tanto, recomponer la paz.

Ahora que sé que mi familia está sana y salva, la vida que hago no me desagrada. No es mucho lo que tengo que hacer pero no se puede decir que esté inactivo. No hay ni que comprar ni que

vender; el comercio volverá a resurgir cuando vuelva la paz. Olivi me ha hecho llegar desde Suiza algunos consejos.

¡Si supiera cuánto desentonan sus consejos en este ambiente tan completamente cambiado! Yo, por lo pronto, de momento no hago nada.

24 de marzo de 1916

Desde el mes de mayo del año pasado no había vuelto a tocar estas páginas. Ahora, desde Suiza, el doctor. S. me escribe rogándome que le mande todo lo que haya seguido anotando. Es una solicitud curiosa, pero no me opongo a mandarle también este escrito en el que verá claramente lo que pienso de él y su terapia. Dado que está en posesión de todas mis confesiones, bien

puede tener también estas pocas páginas y algunas más aún que con gusto añadido para que le resulten de provecho. Dispongo de poco tiempo porque mis jornadas están dedicadas a mi actividad comercial, pero, aun así, no quiero dejar de decirle al doctor S. lo que se merece. He pensado tanto en ello que ahora tengo ya claras mis ideas.

Por lo pronto, él cree que va a recibir otras confesiones mías de enfermedad y debilidad, y va a recibir, en cambio, la descripción de una salud sólida y tan perfecta como una edad tan avanzada como la mía puede permitir. ¡Estoy curado! No sólo no quiero seguir con el psicoanálisis sino que ni siquiera lo necesito. Mi salud además no procede sólo del hecho de sentirme un privilegiado en medio de tantos mártires. No es por comparación a ellos como consigo llegar a sentirme sano. Estoy sano, en términos absolutos. Desde hace mucho yo sabía que mi salud no podía ser otra cosa que una convicción por mi parte y que era una estupidez digna de un soñador hipnagógico[41] quererla tratar en vez de llegar a persuadirme de ella. Es cierto que padezco algunos dolores, pero carecen de importancia en medio de mi gran salud. Puedo poner algún remiendo aquí o allá, pero el resto tiene que moverse y combatir y nunca recrearse en la

inmovilidad que es como un cáncer. Dolor y amor. Además la vida, en definitiva, no puede ser considerada como una enfermedad sólo porque duele.

Admito que, para alcanzar el convencimiento de mi salud, mi destino tuvo que cambiar y calentar mi organismo con la lucha y sobre todo con el triunfo. Fue mi dedicación al comercio lo que me curó y quiero que el doctor S. lo sepa.

Atónito y sin reacción, me quedé mirando al mundo trastornado hasta el principio del mes de agosto del año pasado. Entonces empecé a comprar. Subrayo este verbo porque tiene un significado más alto que antes de la guerra.

En la boca de un comerciante, entonces, tenía el significado de que estaba dispuesto a comprar un determinado artículo, pero tal y como lo he utilizado quiere ahora significar que pasé a ser un comprador de cualquier mercancía que se me ofreciera. Al igual que todas las personas fuertes, yo tuve en la cabeza una sola idea y de esa idea viví y fue mi fortuna. Olivi no estaba en Trieste, pero lo cierto es que él no hubiera consentido un riesgo como ése y se lo habría cedido a los demás. A mí, en cambio, no me parecía un riesgo. Estaba seguro, con plena certeza, del feliz resultado de mis

operaciones. Al principio me había dedicado, como suele hacerse por ancestral costumbre en tiempos de guerra, a convertir en oro todo mi capital; pero había una cierta dificultad para comprar y vender oro. La mercancía representaba, por así decirlo, oro líquido, por su mayor movilidad, y yo acaparé esa riqueza. De vez en cuando llevo a cabo alguna venta, pero siempre en menor medida que las compras. Dado que empecé en el momento más propicio, mis compras y mis ventas resultaron tan afortunadas que fueron estas últimas las que me proporcionaron los grandes medios que precisaba para llevar a cabo las primeras.

Recuerdo con gran orgullo que mi primera compra fue aparentemente una tontería; con la única intención de realizar enseguida mi nueva idea compré una partida no muy grande de incienso. El vendedor me sugería la posibilidad de emplear el incienso como un sustituto de la resina que ya empezaba a escasear, pero yo, en mi condición de químico, sabía ya con toda certeza que el incienso nunca podría llegar a sustituir a la resina, de la que era diferente toto genere. Era mi idea, en cambio, que el mundo llegaría a una tal miseria que tendría que aceptar el incienso como un sustituto de la resina. ¡Y compré! Hace pocos días he vendido una pequeña cantidad de esa materia y obtuve la misma cantidad de la que me valí para obtener la partida

completa. En el momento en que entré en posesión de ese dinero, mi pecho se ensanchó en el sentimiento de mi fuerza y mi salud.

El doctor, cuando haya recibido esta última parte de mi manuscrito, tendría que devolvérmelo completo. Volvería así a escribirlo con auténtica claridad porque

¿cómo podía entender mi vida cuando no conocía aún este último período? ¡Tal vez he vivido todos estos años para prepararme para estos últimos tiempos!

Naturalmente no soy un ingenuo y perdono al doctor haber visto, en lo que es la vida misma, una manifestación de enfermedad. La vida se parece algo a la enfermedad cuando procede a base de crisis y lisis[42] y tiene empeoramientos y mejoras diarias. A diferencia de las restantes enfermedades, la vida es siempre mortal. No admite curas. Sería como obturar todos los orificios que tenemos en

el cuerpo pensando que fueran heridas. Moriríamos asfixiados en cuanto acabara nuestro tratamiento.

La vida actual está contaminada desde las raíces. El hombre ha invadido el espacio de los árboles y los animales y ha

contaminado el aire, ha cercado el espacio libre. Pueden ocurrir cosas peores. El triste y activo animal que el hombre es podría descubrir y poner a su servicio a otras fuerzas. Hay una amenaza de este tipo en el aire. Todo ello provocará una gran riqueza... en el número de hombres. Cada metro cuadrado estará ocupado por un hombre.

¿Quién nos curará de la falta de aire y espacio? ¡Sólo de pensarlo me ahogo! Pero no es esto, no es esto sólo.

Cualquier esfuerzo por recuperar nuestra salud es vano. La salud no puede pertenecer a nadie más que a los animales que conocen un único progreso, el de su propio organismo. Cuando la pequeña golondrina comprendió que para ella

no había otra forma de vida posible que no fuera la de la emigración, hizo que el músculo que mueve sus alas se reforzara y se convirtiera en la parte más notable de su organismo. El topo se metió bajo tierra y todo su cuerpo se adaptó a sus necesidades. El caballo aumentó de tamaño y transformó sus pezuñas. No conocemos el progreso de algunos animales, pero sin duda lo habrá habido y no habrá nunca dañado a su salud.

En cambio, el hombre, tan inteligente, inventa artefactos que están fuera de su cuerpo, y si puede haber habido salud y nobleza en quien inventó esos aparatos, lo más seguro es que quien los



use carezca de esas cualidades. Esos aparatos se compran, se venden y se roban, y el hombre se vuelve cada vez más astuto y más débil. Es más, la astucia del hombre aumenta de forma proporcional a su debilidad. Los primeros artefactos que el hombre inventó parecían prolongaciones de sus brazos y no podían resultar eficaces más que por la fuerza de esas mismas extremidades, pero en la actualidad esos aparatos no tienen ya ninguna relación con tales miembros. Es el artefacto el que produce la enfermedad al abandonar la ley que fue símbolo de la creación en toda la tierra. La ley del más fuerte desapareció y perdimos con ella la forma más saludable de selección. Bien poca cosa es el psicoanálisis para combatir el estado de esta situación; sometidos a la ley del dueño del mayor número de artefactos, prosperarán las enfermedades y los enfermos.

Tal vez, por medio de una catástrofe inaudita que lleguen a producir esos aparatos, volvamos a la salud. Cuando los gases venenosos no basten ya, un hombre como los demás, en el secreto de una habitación en este mundo, inventará un explosivo incomparable frente al que los explosivos que actualmente existen podrán considerarse inocuos juguetes. Otro hombre, en nada diferente tampoco él de los demás, sólo que un poco más enfermo que ellos, robará ese explosivo y alcanzará el centro de la Tierra para ponerlo en el punto donde su efecto alcance la máxima magnitud. Habrá una enorme explosión y la

Tierra, tras volver a convertirse en una nebulosa, errará por los cielos libre de parásitos y de enfermedades.

**InfoLibros.org**

